[BREVIARIO EN LOS SALMOS.]

[ADVERTENCIA EN EL SIGUIENTE BREVIARIO EN LOS SALMOS, Y COMENTARIOS EN LOS SALMOS I, III Y IV.]

[ADVERTENCIA.]

Finalmente, habiendo revisado todos los comentarios genuinos del gran Jerónimo sobre toda la Escritura, hemos dejado deliberadamente este lugar para el Breviario en los Salmos: ya que este libro, aunque erróneamente se atribuye al Santo Padre, es sin embargo superior a todos los demás en el número de obras apócrifas, y no permite ser relegado al último tomo, por su dignidad, ni ha sido rechazado a ese lugar en las ediciones publicadas hasta ahora. Esto no solo fue el consejo de todos los editores antes de nosotros, sino también la autoridad del sumo pontífice, el santísimo Pío V, como testifica Victorio, para que inmediatamente después de los escritos genuinos de Jerónimo, y antes de llegar a los ajenos, este volumen sobre los Salmos se colocara como dudoso. Nosotros también, aunque valoramos mucho más los argumentos que lo despojan de Jerónimo, sentimos que, sin embargo, contiene alguna parte del trabajo jeronimiano dispersa aquí y allá, que casi se revela por su propia luz. Sin embargo, generalmente se sostiene, y la opinión más cercana a la verdad es que el autor de este Breviario es un compilador de los Padres más antiguos, quien, aunque tomó mucho de Orígenes, Hilario, Eusebio, y mucho de Eucherio de Lyon, más reciente que ellos, a quien cita en el salmo diecisiete, ha transcrito en su mayor parte de los comentarios de Jerónimo, ya sea los que se han perdido sobre los Salmos del décimo al dieciséis, o los que están en otras partes de la Escritura, donde en lugares extraños se exponen muchos pasajes de los Salmos, y los ha adaptado a su obra y a su ingenio. Para que no lo niegues, al menos deben proponerse argumentos más sólidos, que hace tiempo Erasmo, luego Sixto de Siena, en el libro IV de la Biblioteca Santa, Victorio también, y Martianeo Dupinio, y Tillemont, por no mencionar a otros, han expuesto, y que se reducen a estos puntos principales.

Primero, el tipo de dicción y estilo, que es casi una piedra de toque para distinguir a los autores, y el gusto y sabor de la doctrina, distan tanto del jeronimiano, que basta con haber examinado con los ojos este Breviario, o haberlo comparado por un momento con los comentarios verdaderos de Jerónimo, para entender de inmediato que está muy por debajo del ingenio del Santo Padre. Y ciertamente es un extraño en la lectura jeronimiana quien no nota de inmediato que, en contra de la costumbre perpetuamente mantenida por el Santo Doctor, aquí se pospone el sentido de la historia y la exposición de la letra misma, y todo el autor se centra en las alegorías y tropos sobre Cristo y la Iglesia: trata la erudición hebrea y griega tan ligeramente, que dondequiera que la introduce, parece haberla tomado prestada y literalmente de otros, más que de sí mismo o de la fuente. Incluso Martianeo observó que, cuando este autor se refiere al texto hebreo, no significa otra cosa que la versión griega de Aquila o la latina de Jerónimo desde el hebreo. De ahí que diga en el salmo V que en hebreo es ἐπίβουλον, en lugar de, y en el salmo CXIX ἀρκευθίνοις, o ἀρκευθίναις, en lugar de, ambas interpretaciones de Aquila: así como cuando dice que sela se tiene por siempre, lo que tomó de la versión de Jerónimo, no del arquetipo. Finalmente, el autor aquí difiere de todos los modos del gusto de Jerónimo, de modo que a veces es diferente de sí mismo, lo que indica que no fue uno, sino varios los que cosieron esta obra. En efecto, expone algunos salmos al modo de un comentarista, con buenas opiniones de otros Padres no ineptamente seleccionadas: otros los trata al estilo de un predicador, con un género homilético de discurso al pueblo, o en la reunión de hermanos; y lo que más se aparta del ingenio y del modo de vida del Santo Doctor, a menudo se extiende en fórmulas de alocución, ya sea interpelando a sus

oyentes o concluyendo su narración con alguna oración dirigida a Dios. Expone el salmo ciento dieciocho, un poco más largo, en tres homilías: el ciento once, que no puede seguir exponiendo más ampliamente, lo excusa por la hora. Cosas similares, que no tienen nada que ver con el estilo de Jerónimo en la explicación de las Escrituras, se encuentran en casi todo el libro, para no repetir ahora cada una ociosamente.

Segundo, el autor no solo defiende muchas cosas ajenas, sino también completamente contrarias a las opiniones jeronimianas. Tal es, en primer lugar, la interpretación de la cynomyia del salmo CIV como mosca canina: Jerónimo, por el contrario, en la carta 104 a Sunnia y Fretela, quiere que se lea κοινομυῖαν, y lo traduce como todo tipo de moscas, o según el sentido de Aquila, que interpretó πάμμικτον, mosca de todo tipo. En el siguiente salmo CV, la tierra de Cham, que Jerónimo había afirmado muy eruditamente que era Egipto en las Cuestiones Hebraicas sobre el Génesis, aquí se toma por la misma Palestina, a la cual, una vez eliminadas las naciones, sucedieron los hebreos: y lo que en las mismas Cuestiones sobre el Génesis IV el Santo Doctor enseña que Naid, o Nod, no debe considerarse, según la opinión de los griegos y latinos, como la tierra que habitó Caín, aquí se toma como el mismo lugar de nombre propio. El verdadero Jerónimo, en la carta 140 a Cipriano, atribuye el salmo ochenta y nueve a Moisés como autor, y también sostiene que los once siguientes, que no tienen títulos, son de Moisés en el libro I contra Rufino, y esa opinión, que él mismo tomó de Orígenes, aquí se recibió de Huillo, y nuevamente en otros lugares, especialmente en el prólogo a Malaquías, la prueba. Por el contrario, el autor del Breviario, en toda la exposición prolija de los títulos, prefiere atribuirlos a David, y claramente indica en toda esa discusión de sentido incierto y prolija, que ignoraba completamente esa doctrina. Puedes encontrar otras similares, lector, si comparas las cartas mencionadas a Sunnia y Fretela, luego a Cipriano, y dos más, una a Marcela 34, otra a Principia 65, en las que el Santo Padre expuso algunos salmos, con este Tratador. También hemos notado algunas en las notas, para no alargarte aquí donde habría que luchar con el número. Pero así como no disimulamos los errores del autor pseudónimo, también nos molesta que a veces se le acuse injustamente. Martianeo, por ejemplo, lo acusa de ignorancia porque dijo sobre el nombre de Iscariote, dudoso si significa padre o su villa: como si las palabras mismas, su padre, o su villa, las hubiera considerado etimología. Pero ese no fue su sentido e intención; sino que, al aprobar la opinión generalmente aceptada de que el nombre se compone de dos palabras, para significar hombre de charioth: dijo que era incierto si una de ellas era el nombre del padre o de la villa, o de la tierra en la que nació. Tampoco es más justa la acusación en el lugar del salmo CXV, Omnis homo mendax, donde el autor nota que en hebreo se tiene Omnis homo, mendacium, que se dice chazab. Martianeo encontró zecam en los manuscritos que usó en lugar de chazab: y sostiene que fue escrito por el mismo tratador, para acusarlo de tal ignorancia que confundió la última letra de la palabra chazab con la primera de la siguiente en el ejemplar hebreo ma, y además se equivocó al tomar caph por beth: finalmente, que creó una palabra sin significado. Sin embargo, es más probable que los manuscritos estén equivocados, y que toda la culpa no recaiga en el tratador, que originalmente escribió correctamente, sino en los copistas, que posteriormente corrompieron gravemente una lectura desconocida para ellos. Y creo que esto se confirmará por el mismo argumento de Martianeo: porque si este autor conocía tanto las letras hebreas como para poder acceder al arquetipo, y al recibir de él, aunque se equivocara, no pudo cometer tantos errores en una sola palabra. Supongamos que tomó caph con un ojo apresurado por beth: pero también omitió la primera letra formativa caph de esa palabra: finalmente, añadió temerariamente la tercera mem de otra palabra. Sin embargo, es poco probable que un hombre, a quien acusas de este error, y que supones que no desconocía el manejo y lectura del códice hebreo, haya cometido tantos errores en tres letras. Por lo tanto, cuando los libros publicados anteriormente tienen chazab, esta es la lectura que debe

mantenerse, y así se debe suponer que el autor escribió, no arrastrado a la calumnia por la negligencia de los escribas. Porque quienes se han dedicado al estudio de los códices manuscritos saben cuán a menudo y con qué monstruosidades de palabras los escribas latinos deforman las voces exóticas, de modo que si se confiara en ellos, ni siquiera Jerónimo parecería haber sabido hebreo o griego.

Tercero, para demostrar el fraude de la escritura, se derivan argumentos de los propios testimonios del autor y del verdadero Jerónimo sobre sí mismo: aunque, para decir abiertamente lo que siento, los que generalmente se presentan me han parecido más débiles. A Victorio le movió especialmente el hecho de que al principio del salmo ciento treinta y dos el autor dice de sí mismo que tiene un hermano secular, contrario a lo que se sabe de Jerónimo, cuyo único hermano Pauliniano, aún bastante joven, fue ordenado presbítero por San Epifanio. Sin embargo, intenta resolver la dificultad diciendo que o Pauliniano aún no era presbítero cuando Jerónimo escribió esto, o que tenía otro hermano en el mundo, que desconocemos. Pero no debió causarle ningún problema ese lugar completamente alegórico, donde el autor llama hermano secular al mismo mundo al que había renunciado. Esto se aclara con sus propias palabras: Unum, dice, fratrem dimisimus: et ecce quantos invenimus! Frater meus saecularis (quod de meo loquor, de singulis loquor) non tantum me amat, sed substantiam meam. Martianeo había prometido presentar otros testimonios, con los que demostraría con las propias palabras del tratador que vivió en Egipto, y allí en la reunión de monjes expuso los Salmos leídos o cantados. Sin embargo, cuando llegó a ese lugar, me contenté con remitir al lector al salmo CXLIII, en cuya exposición hay algunas cosas que denotan a un hombre más reciente que la época de Jerónimo, pero ninguna que indique que fue habitante de Egipto o Palestina. De aquí surge casi la conjetura más verosímil, que se toma del salmo CXXXV, donde el autor casi manifiestamente revela que fue monje en Bretaña. Pues inmediatamente nombra esta región, como ejemplo tomado de alguna región, para probar que las estrellas aparecen con el mismo brillo en todas partes: y esto es indicio de que argumentaba desde la tierra que él y sus oyentes habitaban, como era natural, hacia las demás regiones del mundo. Stella, dice, quae videtur in Britannia, ubique et ipsa apparet. Sin embargo, para que no pienses de inmediato que este es Beda; sino más bien otro abad escocés de esos tiempos, es decir, del séptimo y octavo siglo, que ciertamente florecieron en gran número con la alabanza de la erudición. En esos tiempos, digo, porque tanto el ingenio de sus comentarios como la mención de Eucherio de Lyon, que brilló a mediados del siglo quinto, claman por esa época posterior. Podría incluso mencionar a alguno de ellos por nombre, y especialmente a San Columbano, abad de Luxeuil, nacido en la isla escocesa de Irlanda, cuyos comentarios sobre todo el Salterio, elaborados cuando aún era joven, y por lo tanto antes de partir de Bretaña, son celebrados por Sigeberto, el Anónimo de Melicena, Tritemio, y otros. Sin embargo, habrá lugar para hablar de él un poco más adelante, donde también presentamos una muestra del comentario inédito que recibimos de su monasterio de Bobbio. Ahora, los testimonios del propio Jerónimo sobre sí mismo, que niegan que esta obra sea suya, deben ser preferidos. Y el más claro es el que tiene en el capítulo LXIII de Isaías, libro que compuso alrededor del año 410, casi al final de su vida, donde al hablar de los Salmos octavo y ochenta y tres, confiesa abiertamente que aún no los ha expuesto. En buena parte, dice, se escriben los salmos para los lagares, el octavo y el ochenta y tres: sobre los cuales se dirá en su lugar, si la vida acompaña, con la ayuda del Señor. El resto de su vida se concluye en más o menos una década: y así apenas pudo dar la mano final a la obra profética, ya que dejó incompletos los comentarios sobre Jeremías, que quedaban, debido a su muerte. Esto es realmente decisivo, ya que cuando exponía el mismo Jeremías, en el capítulo segundo promete algo similar, que en su lugar hablará más plenamente sobre las Puertas, que se mencionan en el salmo veintitrés. De aquí se sabe con certeza que no fue Jerónimo quien

compuso esa obra, de la cual él mismo dice que no tenía en mente elaborar algunas de sus partes, y esas no las menos importantes, ni omitidas antes por razones específicas, ni unidas entre sí en orden, justo al final de su vida.

Sin embargo, otros argumentos no menos fuertes persuaden de lo que propusimos al principio, que esta obra se compone a menudo de fragmentos verdaderos de Jerónimo. Esto cualquiera lo podrá saber si compara los lugares de los Salmos que el Santo Padre interpretó, que en su mayor parte se recogen en el índice de cada tomo, con los lugares del Breviario, y nota las largas parodias, y a menudo no solo las sentencias, sino también las mismas palabras que se encuentran. También es razonable suponer que esos siete tratados sobre los Salmos del décimo al dieciséis, que él mismo incluye en el catálogo de sus obras, pero que hace tiempo se han perdido porque no se tienen separados y con una nota de autenticidad, se intercalaron aquí: y que esto mismo proporcionó al compilador estudioso la oportunidad de adornar y comentar los demás salmos. Además, los lugares que los antiguos citan y describen de Jerónimo sobre este o aquel salmo, y que están formulados en este Breviario con las mismas palabras, no se pueden explicar fácilmente de otra manera que si se tiene por cierto que el libro pseudepigráfico está interpolado con algunos fragmentos que realmente provienen de la pluma del Santo Doctor. Un fragmento de la exposición del salmo noventa y tres es citado por el testigo más fidedigno de todos, y contemporáneo de Jerónimo, San Agustín, en el Commonitorio a Fortunatiano, o carta 148, tan seguro de la autenticidad de la escritura jeronimiana que utiliza principalmente esta autoridad de tanto renombre contra los adversarios. Para no hacer largas demoras, dice, intercalo esto de San Jerónimo. Y luego, Cuando ese hombre muy docto en las Escrituras exponía el salmo donde se dice: Entended, pues, insensatos del pueblo, y necios, alguna vez sed sabios, el que plantó el oído, ¿no oirá?, o el que formó el ojo, ¿no considerará?: entre otras cosas. Este lugar, dice, es principalmente contra aquellos que son antropomorfitas: que dicen que Dios tiene miembros, como también nosotros tenemos. Por ejemplo, se dice que Dios tiene ojos: Los ojos del Señor miran todo: manos porque hizo todo. Y oyó, dice, Adán el sonido de los pies del Señor caminando en el paraíso. Estos lo escuchan simplemente, y refieren las debilidades humanas a la magnificencia de Dios. Pero yo digo que Dios es todo ojo: todo mano: todo pie. Todo ojo es, porque todo lo ve. Todo mano es, porque todo lo opera. Todo pie es, porque está en todas partes. El que plantó el oído, ¿no oirá?, y el que formó los ojos, ¿no considerará? No dijo el que plantó el oído, por lo tanto, él mismo no tiene oído. No dijo, por lo tanto, él mismo no tiene ojos. Pero dijo: El que plantó el oído, ¿no oirá?, y el que formó los ojos, ¿no considerará? Quitó los miembros, dio las eficiencias. Estas cosas, en verdad, no las encontrarás en ningún otro lugar de Jerónimo, sino en este mismo Breviario erróneamente atribuido a él: donde en ese lugar del salmo noventa y tres están descritas con las mismas palabras, como si hubieran sido tomadas de ese arquetipo. Aunque en la prefación general nos pareció que no se tomaron de un comentario sobre los salmos, sino de alguna carta de San Jerónimo de las que se han perdido, no dudamos de que sean jeronimianas, con Agustín garantizando su autenticidad. Además, hay otras que Servato Lupo en el Collectaneo de tres Cuestiones cita de este Breviario como de Jerónimo, como es aquello en la explicación del primer salmo, que examinaremos en su lugar: otras que San Gregorio VII (pues es más probable que él sea el verdadero autor del comentario sobre los salmos penitenciales, no San Gregorio Magno, a quien generalmente se atribuye) describe de la exposición del versículo 17 del salmo cincuenta, y las refiere a Jerónimo: que si bien no prueban la autenticidad de toda la obra, ciertamente tienen mucho peso para establecer la autenticidad de las sentencias que citan, y además señalan cuán largo ha sido el intervalo de siglos desde que se consideraron jeronimianas.

Finalmente, como siento que muchas de las doctrinas o incluso palabras de Jerónimo están presentes en este Breviario, lo que principalmente lo demuestra es lo que el Santo Padre menciona sobre sí mismo, que en el convento de los hermanos explicaba diariamente el Salterio con comentarios. Sus palabras más claras se encuentran en el libro I contra Rufino, número 19: "Se dice que él (Rufino) critica que al interpretar un salmo, en lugar de lo que leemos en latín, 'aprehended la disciplina', y en el volumen hebreo está escrito 'nescubar', yo dije en mis comentarios 'Adorad al hijo'. Y nuevamente, al traducir todo el Salterio al sonido romano, como si olvidara la antigua exposición, puse 'Adorad puramente', lo cual evidentemente es contradictorio para todos". Después de refutar esta objeción de manera muy erudita, añade: "¿Qué he pecado, entonces, si convertí una palabra ambigua con diferentes interpretaciones? Y en los comentarios, donde hay libertad para discutir, dije 'Adorad al hijo', pero en el cuerpo mismo, para no parecer un intérprete violento y dar lugar a la calumnia judía, dije 'Adorad puramente' o 'elegid', etc." No hay duda de que el Santo Padre produjo algunos comentarios más breves sobre los Salmos: la razón por la que no los enumera en el catálogo de sus obras la hemos explicado en el prefacio general, principalmente porque fueron pronunciados oralmente y no consignados por escrito, y por lo tanto no se consideraban parte del censo de escritos. Sin embargo, que fueron recogidos de alguna manera por escrito por alguno de los oyentes y divulgados, lo prueba la burla de Rufino y el contexto mismo de la respuesta de Jerónimo. Además, parece que en muchos lugares los escribas, apresurados, se preocuparon más por las ideas que podrían desarrollar en privado que por las palabras mismas. Por eso, ese trabajo aún en bruto llegó a manos de otros, notable por el nombre de Jerónimo, pero tan fragmentado, inexperto e informe que parecía más un conjunto de materiales para una obra que la obra misma: y cualquier estudioso pensó que podía añadirle otras cosas y, según su capacidad, rellenar ese mosaico. Así estoy convencido, y creo que esta es la única manera de conciliar las diversas opiniones de los hombres doctos, y de entender la causa de la variada exposición que en algunos enseña y en otros desdice a Jerónimo. Esta es, en verdad, la única razón, y la más digna de ser considerada por los editores de este libro, de por qué existen tantos y tan diversos ejemplares de este Breviario bajo el nombre de Jerónimo. Evidentemente, el primer borrador del Santo Padre, tomado temerariamente de su boca, fue refundido por los interpoladores según su ingenio y conveniencia, y en diferentes tiempos fue divulgado, como si hubiera nacido bajo diferentes parteras.

Para comprender bien el asunto, vale la pena ahora presentar algunos de estos que yacen ocultos en las bibliotecas, y que hemos examinado con nuestros ojos, o que, cuando parecieron de tal importancia, hemos descrito en parte; pues con la más certera evidencia, cuando difieren entre sí, simultáneamente se acusan de falsificación. Dos han sido conocidos recientemente por la imprenta, al menos en parte, para poner a prueba al autor. El primero se titula "Exposición de los Salmos", de la cual Martianay añadió al final del Breviario lo que le pareció omitido por el compilador. Lo extrajo de dos manuscritos, uno de los cuales fue comparado y descrito diligentemente por su colega D. Francisco Levacher del manuscrito del monasterio de San Pedro de Pratellis, y el otro fue tratado por él mismo del códice de Corbie. Nosotros encontramos otro elegantísimo en la biblioteca Ambrosiana de Milán, encuadernado en folio menor y numerado como el ciento veinte, que exhibe esa misma exposición con las mismas palabras, tanto como fue posible comparar la parte que Martianay publicó, atribuida a nuestro Jerónimo. Antes que nosotros, un hombre muy docto examinó ese códice y juzgó que esa obra debía atribuirse a Floro de Lyon. La principal razón para afirmar esto fue que al final del códice, después de todas las explicaciones, se atribuyen cuarenta y dos versos sobre David, en los cuales Floro, diácono de Lyon, dedica el libro de los Salmos al abad Florado. Comienzan: "Estos himnos líricos el joven arpista compuso en tus alabanzas, oh buen

Cristo", y terminan con: "Y ahora adiós, y recuerda sin fin a tu Floro, para que él pueda librarse de sus culpas".

No negamos que esos versos son de Floro de Lyon, quien sabemos que se deleitaba maravillosamente componiendo poemas de este tipo sobre los libros de la Sagrada Escritura: y tenemos la inscripción antigua del nombre como el argumento más certero de autenticidad. Sin embargo, no sostenemos que la exposición o los comentarios puedan atribuirse a él por esa razón, ni de ninguna otra manera: ya que el contexto mismo de los versos manifiestamente se revela como elaborado en alabanza y revisión del libro de los Salmos, no en su exposición. No es molesto aprender todo esto de aquellos a quienes, después de haber recorrido en alabanzas del Rey David, el autor añade: "Por eso, con oraciones constantes y canto perenne, que esto, Padre, resuene desde vuestra lira. Lo que los antiguos cantaron, que los máximos del Nilo y la alta ola del mar temieron. Y lo que el sagrado Jerónimo, corregido de los errores de una larga era, devolvió a su antiguo esplendor. Con su ingenio, adornado con bellas flechas, brilla con el resplandor de las estrellas. Que la mano estudiosa, con mucho sudor y trabajo, restauró en los antiguos lugares, a tu pedido. Pues mientras erraba por las palmas incultas, la dulce lira teñida de licor ambrosíaco: había perdido las señales radiantes del metal dorado, y había cubierto los hilos sonoros con un oscuro moho. Pero sin embargo, pulido nuevamente con la razón hebrea, y al mismo tiempo pintado de nuevo con la mano argólica. Esparciendo las voces melifluas del cielo más allá de las estrellas, resuena los sagrados cánticos con sonido angelical. Toma este volumen corregido con un corazón agradecido, y para que así permanezca, da, Padre, te ruego, tu esfuerzo: pues ningún fruto seguirá nuestros esfuerzos, que hemos añadido cosas buenas, borrando los vicios: a menos que el escritor vigilante y sagaz, con tu excelente estudio, conserve lo que ahora permanece correcto".

Aquí no ves a Floro mencionar en absoluto una exposición adornada por él mismo, sino que todo se centra en aprobar la industria del códice recién corregido. Pero nadie, creo, podría persuadirse de que esto podría haber sucedido, si también hubiera ilustrado los Salmos con ese comentario, que al menos en esta materia no mencionara a su abad Florado. Más bien, habría recomendado el método y el estudio de tan gran obra a muchos, que en la nueva revisión, y quizás elaborada por otra mano estudiosa, exagera las alabanzas. Aunque también por otros argumentos es claro y evidente que Floro nunca puso mano en la elaboración de comentarios sobre los Salmos: ni tampoco lo recuerdan en absoluto los más recientes, que han compilado catálogos de hombres ilustres en doctrina, y de las obras mismas de Floro. Finalmente, como muchas otras cosas por la proximidad del argumento, también sabemos que esos versos del diácono fueron tomados de otro lugar y unidos a ese comentario por quien compiló el códice; pues también con mejor consejo los hemos visto en uno o dos manuscritos Vaticanos prefijados al mismo Salterio, de la versión que llaman Galicana. Por lo tanto, Floro no es el autor de ese comentario, sino otro más tardío, quienquiera que haya sido, un interpolador del Breviario sobre los Salmos, que no solo tomó esas explicaciones que también Martianay publicó, sino que la mayoría de ellas fueron aceptadas de allí y migraron a otra y otra forma: y para imponer más seguramente a la fe de los lectores, asumió la persona de Jerónimo. No solo son falsos, sino también completamente indignos del nombre jeronimiano, los borradores que precedió en lugar de prefacios. El primero es la célebre carta a Dámaso, "He leído las cartas de vuestro apostolado, pidiendo que según la simplicidad de los setenta intérpretes me apresure a interpretar al Salmista", etc., publicada hace tiempo por Martio, y llena de tales monstruosidades de sentencias y palabras, que no dejo de maravillarme de que Henschenius, un hombre docto en otros aspectos, las considerara genuinas. Las demás son casi del mismo grano: "Modo del Salterio. El Salterio en forma de

la letra delta, la sonoridad de la madera hueca, etc." Y lo que sigue: "Porque el espíritu no siempre está presente en las mentes de los profetas: para que cuando no lo tengan, sepan que lo tienen del Señor cuando lo tienen". A esto sigue el genuino prefacio del Santo Doctor sobre los Salmos nuevamente corregidos según el ejemplar griego, que comienza, "El Salterio que corregí en Roma hace tiempo", etc. Sigue la misma, en cuya gracia hemos dicho esto, la extensa exposición de los Salmos: "I. Salmo de David sobre Cristo. Algunos creen que la clave de este salmo debe referirse a la persona de nuestro Señor Cristo, para que este hombre bienaventurado, según el hombre, sea Cristo", etc., tal como lo encontró en su códice Martianay, y nosotros después de él lo publicaremos al final del Breviario. Después de los Salmos se explican también los Cánticos, luego se expone la Oración del Señor, donde el tratador lee "pan supersustancial" en lugar de "cotidiano". También se explican brevemente el Símbolo de los Apóstoles y la Fe Católica de San Atanasio: y en el primero, el artículo sobre la "Remisión de los pecados" se omite, lo que parecería señalar la antigüedad más remota del Símbolo (ya que tampoco aparece en los que Tertuliano, Ireneo o Orígenes recitan), a menos que más bien deba pensarse que fue omitido en esta exposición por la negligencia de los escribas. Después de esto, "Jerónimo sobre el Salterio termina": y se añaden estos dos versos: "Que los que lean estos escritos recuerden a Francisco, a quien corresponde a menudo derramar oraciones". No interesa seguir con lo demás, ya que hemos hablado del poema de Floro.

Regresemos a Martianay. A lo que hemos dicho, él añadió también un largo prefacio sobre el libro de los Salmos, que encontró en tres ejemplares manuscritos del canon de la verdad hebrea, y que hace tiempo el ilustre Cotelerius en las notas al tomo III de los Monumentos de la Iglesia Griega había declarado con toda verdad que no era de Jerónimo, ni del compilador jeronimiano. No hay duda de que fue tomada completamente de los argumentos de Eusebio de Cesarea sobre los Salmos, a los que él llama "Hipótesis", aunque el traductor latino, quienquiera que haya sido, parece no haber dominado bien ninguno de los dos idiomas. También encontramos un ejemplar mucho más corregido de este Prólogo en la biblioteca Ambrosiana, en el códice I, 6, que perteneció a San Columbano de Bobbio, del cual lo presentamos más corregido en su lugar, para que no falte nada.

Los recientes coleccionistas de Anécdotas, los señores Edmundo Martene y Ursino Durand, presentan otra interpretación de los Salmos del manuscrito de Aquicincto, aunque ese libro no lleva a Jerónimo como autor, sino a Hilario de Poitiers. Los mismos editores también atribuyen a Hilario una parte de esa obra, cuatro tratados en los salmos XV, XXXI, XLI y CXLIX, que publican por primera vez. No niegan que el resto sea del compilador jeronimiano; pues, dicen, al tomar el volumen del Breviario sobre los Salmos, que Erasmo y Mariano Victorio atribuyen al santo doctor, encontramos que las exposiciones completas atribuidas a él se refieren. No diré nada sobre la falsa mención de Erasmo como defensor del Breviario aquí: pero sostendría que estos cuatro tratados no tienen a Hilario como autor, así como sabemos con certeza que los demás mienten sobre Jerónimo. No faltan argumentos de esa lectura de los tratados que se pueden repetir, si se comparan con los sermones de Hilario. Pero basta, para mantener el propósito, y mostrar que el códice de Aquicincto no es más que un ejemplar algo diferente del breviario jeronimiano, haber examinado brevemente las razones que presentan para la autenticidad de esos tratados. Dicen que estas cuatro exposiciones, que aún no se han publicado y que encontraron en ese códice, se echan de menos en las obras editadas de Hilario. Además, notamos en ellas el método de escritura de Hilario, su estilo y la versión más antigua de la Escritura: y por lo tanto no pareció inconveniente atribuirlas a Hilario. Esta era una razón agradable; pues no se deduciría bien si solo esas cuatro hubieran sido excluidas del comentario de Hilario: ya que para añadir solo

tanto paño como sea necesario para remendar la vestimenta, no necesariamente es de la misma textura y lana que el resto de la vestimenta. Pero ahora que faltan muchas más exposiciones en otros quince salmos de Hilario, que sin embargo están todas en ese códice, argumentan demasiado libremente por esa falta, y ciertamente actúan a su antojo, no según la fe del códice, cuando con estas y todas las demás rechazadas, las aceptan. Toda esa colección del autor pseudónimo es: y los tratados genuinos que sobreviven en la edición de Hilario se apartan enormemente de los que están en esta colección. Pero, las que rechazan, se sabe manifiestamente que son del compilador jeronimiano del Breviario, en el que están descritas con las mismas palabras: algunas incluso contienen ciertas cosas que no son acordes con la época y el ingenio de Hilario; por el contrario, las cuatro que aceptan son completamente diferentes de las que se encuentran en el Breviario publicado, y no difieren del estilo e ingenio del obispo de Poitiers. Sin duda, esto es lo que más nos mueve a pensar que se debe deducir lo contrario de sus propios argumentos. Pues si todo el resto de la obra fue compilada por el autor personificado, ¿por qué no también los cuatro tratados, una parte ciertamente muy pequeña de una obra tan larga? ¿Quién podría inducirse a pensar que, habiendo recopilado todo lo demás de varios fragmentos de los Padres, copió estos literalmente de Hilario, sin cambiar nada en las sentencias o palabras, y los añadió a su centón? Por lo tanto, debería haberse inferido de esta manera: Si algunas partes del comentario, que manifiestamente difieren de los tiempos de Hilario, no pueden atribuirse a él en absoluto, no hay ninguna que pueda ser legítimamente considerada parte de su censo de escritos. De lo contrario, no solo las cuatro homilías, sino si hay otras que no difieran en nada de la época de Hilario, serán inmediatamente consideradas como de Hilario, y de esa manera también las que se duda si el obispo de Poitiers alguna vez pronunció, serán suficientes como obras ajenas. Pero el hecho de que esas cuatro sean completamente diferentes de las que exhibe el Breviario del compilador jeronimiano, no favorece en absoluto a Hilario. En efecto, hay diversos ejemplares de ese libro, como hemos dicho, y es común en este tipo de símbolos de lucubraciones que, según su propio deseo, ya sea para dar un discurso al pueblo o para compilar un códice de comentarios sobre los Salmos, algunos tomaran tratados de otros autores y los interpolaran con otros testimonios. El argumento del estilo es igualmente fluido y leve: pues aunque concediéramos que de alguna manera no se aleja mucho del estilo de Hilario, ciertamente hay muchos otros tratados en manos del compilador jeronimiano que nadie atribuiría a Hilario: sin embargo, no se apartan ni un ápice del ingenio y método de esos cuatro. En efecto, al igual que otros Padres, ambos tratadores expoliaron segmentos: aquel trasladó a Orígenes a su obra, y no es de extrañar que en algún lugar huelan a este o aquel.

Pero ya sigamos enumerando otros códices diversos del propuesto Breviario. En Florencia, en la biblioteca Medicea Laurenciana, en el estante XVIII; un códice de pergamino numerado 20, comienza en el salmo ciento diecinueve y llega hasta el ciento cuarenta y cinco con una mano bastante antigua, aunque al final algunas hojas desgastadas por la antigüedad son suplidas por una mano más reciente. Pero el librero antiguo anota que contiene la "Exposición sobre los Salmos" de Jerónimo; sin embargo, quien primero describió el códice lo dotó solo con este título: "Comentario sobre los Salmos de David". En la misma ciudad, en la biblioteca de los Padres de San Marcos, dos ejemplares muy antiguos atribuyen el nombre del Santo Doctor: sin embargo, uno se titula "Comentarios de San Jerónimo sobre los Salmos", y el otro "Breviario de San Jerónimo". A menudo se escucha "Exposición del Salterio", y con este título aparecen en manuscritos de épocas posteriores, de los cuales mencionamos uno marcado con la letra R y el número 42 en la biblioteca Ambrosiana de Milán. También se puede encontrar algunos con esta única inscripción, "Jerónimo sobre los Salmos": y observamos uno allí mismo marcado con la letra C y numerado uno sobre trescientos. Vimos también en Roma algunos, entre los cuales, por la prerrogativa de su

antigüedad, se debe mencionar un catálogo en uno de los Palatino-Vaticanos, que está numerado veintisiete, y en las dos primeras páginas cubre un índice de libros de una biblioteca más antigua. En estos, "de San Jerónimo sobre el Salterio desde el primer salmo hasta el LXXVI, tomado de Orígenes, en un códice. Y, de él mismo otros XXVI (quizás LXXIV) hasta el final. También Exposición de los Salmos penitenciales en un códice". También describimos muchas de esta última obra de un manuscrito cuadrado, de probada antigüedad y nota, que perteneció a San Columbano de Bobbio, ahora en la Ambrosiana bajo la letra R y el número 42. El título de ese libro dice: "Comienzan los Salmos, que el bienaventurado Jerónimo ordenó que se cantaran para la penitencia". Pero lo que en ese momento variaba de los libros editados e inéditos que extrajimos, ahora no parece ser de tal importancia como para ofrecerlo al lector estudioso del nombre jeronimiano. Porque también en general, si quisiera exponer cuidadosamente las innumerables discrepancias entre los códices, no haría nada valioso, ni podría garantizar suficientemente la misma materia; es cierto que en otro tiempo los tratadores eclesiásticos se dedicaron en gran número a seleccionar y compilar homilías de este tipo, de modo que si alguien espera poder evaluar lo que cada uno ha contribuido, sería como si quisiera vaciar el mar.

Sin embargo, pareció digno, y especialmente acorde con el ingenio de los eruditos de esta era, examinar más cuidadosamente uno que encontramos mucho más excelente que todos los demás, y completamente diferente de los publicados, y dar a los lectores alguna muestra de él, ya que no es posible presentar la obra completa aquí. Se encuentra, pues, en la tantas veces mencionada biblioteca Ambrosiana de Milán, un libro antiquísimo escrito a mano, que contiene bajo el nombre de Jerónimo una Exposición sobre los Salmos completamente diferente de las que se han conocido hasta ahora, y ciertamente más elegante, de modo que si alguna otra ha parecido merecer un lugar entre las obras del Santo Padre, esta podría estar con dignidad por encima de las demás. El códice está marcado con la letra C y el número uno sobre trescientos, y es de la forma alargada, como se dice, en folio. Perteneció en otro tiempo al monasterio de San Columbano de Bobbio, del cual se importaron allí los monumentos más preciosos de la antigüedad. Está escrito en un carácter que los anticuarios llaman cursivo de forma más antigua, y que se aproxima a la figura de las notas que hoy se ven en los papiros egipcios. Por lo tanto, a menudo es muy difícil de leer, ya que se necesita mucha práctica para distinguir las notas: y a veces, con las letras desgastadas por la antigüedad, escapa a la vista, de modo que en más de un lugar hemos considerado mejor dejar algunas lagunas que suplirlas con ingenio, si no se podía hacer con seguridad.

Antes del pergamino, que el copista utilizó para encuadernar el códice, está completamente descrito en letras latinas, y estas son casi similares al carácter del resto del códice, pero el ilustre hombre a quien le atribuyo todo, dijo que la lengua que suenan es desconocida, o antigua Iliria. Yo, si esto mismo interesa al lector saber, advertiría que es hebrea: pues son indicios de ello, que aunque la mayoría de las otras están borradas, se pueden leer algunas palabras de terminación y sonido hebreo: especialmente estas, que se añaden a la voz hiruzech en el margen del libro como interpretación, ciudad de nuestra fortaleza. Así, ciertamente, las palabras que componen esa voz son, hir, Hebr., significa ciudad: uz, Hebr., significa fortaleza: finalmente, el sufijo ch, Hebr., es un pronombre, tuyo. Por lo tanto, dirás, debería haberse escrito en latín, ciudad de tu fortaleza, no nuestra, para corresponder al hebreo, lo cual no niego; pero así lo siento, no por la gracia de explicar esa voz en latín, sino para indicar que la lectura latina era algo diferente de aquella, fue añadida por algún estudioso. Quienquiera que haya sido, imitó la diligencia de Orígenes: pues así como él transcribió el texto hebreo en letras griegas para sí mismo en las Hexaplas, este lo repuso en latinas: ciertamente ambos en sus lenguas vernáculas. Quizás incluso representó en latín esa

copia de Orígenes, no el arquetipo hebreo: y esa fue la razón por la cual los sonidos peculiares de la lengua primigenia, y los modos de aspiración con los que abunda, y otras cosas de este tipo, a menudo no se refieren en la Escritura distorsionada por la fuerza con elementos griegos no tan aptos para el asunto, y parece dar sonido sin sentido.

Pero esto de paso: ahora sigamos describiendo el comentario mismo. Dijimos que se atribuye a Jerónimo, pues así lo presenta la inscripción del códice, y sus primeras hojas, que verdaderamente exhiben las prefaciones jeronimianas al Salterio. El libro comienza: *Comienza la Prefacio de Jerónimo* Salmos en Cristo: al final: Termina el Prólogo de San Jerónimo. Esas prefaciones son las mismas que el Santo Doctor dio a Paula a modo de cartas, o que prefijó al Salterio mismo, primero corregido por él, luego traducido del hebreo al latín. Sin embargo, para no disimular nada, en ambos lugares el nombre de Jerónimo no está escrito por la mano que originalmente escribió el códice, sino por otra, aunque también antigua, y contemporánea, y parece que con otra tinta. Luego sigue el comentario, del cual hemos descrito las exposiciones del primer y tercer salmo, y en gran parte del cuarto, y lo presentamos para hacer una prueba sobre el autor. Perdimos la exposición completa del segundo, creo que por negligencia de quien entregamos nuestras hojas para ser copiadas; pero dado que solo damos una muestra de su obra, esa pérdida no afectará mucho a nuestro propósito o al interés del lector. Creo que esto será suficiente para los hombres eruditos para discernir al autor, pues si debe atribuirse a Jerónimo, de lo que hemos discutido hasta ahora, no se puede sospechar de ninguna manera. A mí, a menos que la conjetura sea más audaz de lo que puede ser probada con buenos argumentos, me gustaría atribuirlo a San Columbano, a quien hemos alabado antes, primer abad de Luxeuil en Borgoña, luego de Bobbio en Italia, de cuyo monasterio el libro fue importado a la biblioteca de Milán. Las pocas obras de su ingenio que han salido a la luz, pues se dice que la mayoría yacen en bibliotecas, especialmente en la de Fleury, parecen ser de la misma saliva y gusto que este comentario: también la expresión de las Escrituras es la misma, tanto como se ha podido entender de la comparación de algunos lugares. Se constata con otros autores, especialmente con Sigeberto, cap. 60, que San Columbano estaba dotado de un tesoro de sabiduría tan grande, que aún siendo joven escribió el libro de los Salmos con un discurso pulido: de lo cual Tritemio, cap. 223, dice: Cuando aún era joven dedicó gran estudio a las sagradas letras, de tal manera que escribió con un estilo elegante un libro de comentarios sobre todo el Salterio. Además, la cronología de su tiempo, es decir, del siglo sexto, hasta cuyo final llegó el Santo abad, según los testimonios de Fredegario en la Crónica, y Aimoino, libro III de los Hechos de los Francos, concuerda bastante bien con las demás circunstancias de su Escritura: finalmente, el lugar de donde proviene, es decir, el monasterio que fundó San Columbano y dirigió durante mucho tiempo, añade mucho peso a la conjetura. Sin embargo, no queremos establecer esto como cierto, sino que permitimos que el juicio de los hombres doctos que leerán esto discierna al verdadero autor.

SALMO PRIMERO. (C,S)*

Algunos quisieron que el primer salmo se dijera sobre el rey Joás, quien fue criado por el príncipe de los sacerdotes Joiada y, tras la muerte de Atalía, fue colocado en el poder: porque durante todo el tiempo en que fue instruido por el pontífice en la ley de Dios, meditó en ella día y noche. Pero no deben ser escuchados aquellos que, para excluir la verdadera exposición de los salmos, intentan introducir falsas similitudes tomadas de la historia. Pues, ¿cómo podría David haber señalado a este como bienaventurado y ajeno a todo error, amante de la virtud, a quien los libros de los Reyes no dan ningún testimonio...? en los cuales se dice así: E hizo Joás lo recto ante el Señor todos los días en que lo iluminaba Joiada el pontífice; sin embargo, no se apartó de los lugares altos: aún el pueblo sacrificaba en los lugares altos. Al

decir, todos los días en que lo iluminaba Joiada el príncipe de los sacerdotes, hizo lo recto ante el Señor, indica que en los demás días, cesando la enseñanza de Joiada, se apartó, es decir, que no concordaba con las primeras instituciones. También se relata en los mismos libros de los Reyes, que Joás apartó al rey Hazael de Siria de atacar Jerusalén con una ofrenda... que ciertamente envió dones tomados del templo, que antes tanto él como los reyes de Judá, es decir, sus mayores, habían ofrecido a Dios, antes de que indicara el acto: con estas palabras (pues es bueno que nos acerquemos al conocimiento del hecho con el testimonio de la lectura) Y tomó Joás rey de Judá todas las cosas santificadas que sacrificaron Josafat, Joram y Ocozías, padres y reyes de Judá, y sus propias cosas santificadas, y todo el oro que se encontró en los tesoros de la casa del Señor, y en la casa del rey, y lo envió a Hazael rey de Siria. ¿A este, pues, que despojó el templo del Señor y reunió todos los dones puestos dentro, y los envió a un hombre extranjero, impío y sacrílego, podría David haberle conferido el ápice de la bienaventuranza? Por lo tanto, la usurpación de tal historia es inconveniente para la prueba, ya que no puede adaptarse al presente salmo, en el cual David pronuncia bienaventurado al hombre de quien se habla, conspicuo en la perfección de toda virtud. Pues al final del salmo se dice: Por tanto, no se levantarán los impíos en el juicio, ni los pecadores, hasta, perecerá. Esto se dice de aquellos que pueden incluso morir perfectos, y tener no poca confianza ante el Señor por su buena conversación. El rey Joás, sin embargo, no se muestra tal en la lectura de la historia, como para ser aprobado digno de bienaventuranza. Por lo tanto, es un salmo moral, lo cual aparece por lo que sigue, en lo que se discute sobre el apetito de los vicios y la abstinencia del error, lo cual no puede convenir propiamente a Joás. Pues siendo niño durante el tiempo en que fue criado por el pontífice Joiada, nunca pudo rechazar el mal por su propio juicio, nunca pudo aplicar un cuidado diligente en la meditación de la Ley, quien era llevado a todo estudio por el arbitrio de su nutriente: pues a la edad de siete años se le impuso el honor y la insignia de la dignidad real. Hay, por lo tanto, dos cosas que hacen que el hombre llegue a la bienaventuranza, dogmas rectos y sentencia: es decir, que piense piadosamente sobre Dios, y... y una formación corregida, antes de que viva honestamente y santamente. Ninguno de los dos géneros vale para la perfección: uno suple al otro como compañero; pero la fe ocupa el primer lugar. Así como en el cuerpo se considera más honorable la cabeza, y los demás miembros se consideran necesarios para la perfección: sin embargo, también es necesaria la adición de los demás y la conexión de los miembros para el hombre: de manera similar, para la consumación de la vida, es necesario que ambos concurran, a saber, la fe y la vida: para que la fe sea ardua y difícil de comprender perfectamente, pero fácil de guardar. La razón de la vida, sin embargo, es fácil de entender, y parece expuesta al entendimiento de todos tanto en el apetito de los bienes como en la huida de los males. La exhibición de la obra no es poca, y el trabajo, pero a veces el mérito de la vida abre el acceso a la fe, y por el contrario, los pecados obstruyen la perfecta comprensión; pues como ciertas tinieblas de la conversación interrumpen la certeza, e impiden cultivar más puramente esta parte de la Escritura divina de Moisés. Y por eso también en el presente salmo antes de los documentos de la disciplina moral se indica; pues aprendamos del Apóstol, que los vicios de los modales están ausentes de la fe perfecta, quien dice a los Corintios: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo: y añade: pues mientras haya entre vosotros, etc., ¿no sois carnales, y andáis según el hombre?, cuando por el contrario Cornelio a la fe es...

Por lo tanto, el argumento del presente salmo es de alguien que suplica al Señor para abrir el entendimiento, y acercarse. Y si es necesario para nuestra consideración, explicar más ampliamente algunas cosas que se presentan, no olvidaremos la brevedad que prometimos en la prefación. Aquí principalmente observaremos en el presente salmo, y en todos los demás, que reduciendo todo entendimiento a lo esencial, explicaremos brevemente lo que debe

decirse: pues no nos proponemos seguir todo extensamente, sino tocar el sentido de todo lo dicho en resumen, para que pueda relucir la primera apariencia de la exposición a los lectores, dejando a ellos las ocasiones de mayor inteligencia, si quisieran añadir algo, que sin embargo no discrepen de la interpretación previa; pues esta es la percepción del verdadero entendimiento, para que adaptemos el tenor de la exposición a la fe de la historia, y presentemos de manera adecuada lo que debe decirse.

Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo, hasta, se sentó. A veces la Escritura divina hace una diferencia entre el impío y el pecador: llamando impío al que no tiene conocimiento del verdadero Dios: y pecador al que no sigue el camino del bien y lo recto: sin embargo, donde significa ambos con un término común, en el presente parece hacer una distinción: pues quiere expresar quién es el seguidor de la perfección, a quien también cree que la bienaventuranza le compete debidamente, ya sea por el perfecto conocimiento de la Deidad, o por los estudios de una vida mejor. Lo que dice, no anduvo, no se detuvo, no se sentó, señala los movimientos del alma con signos corporales; pues cuando intentamos hacer algo, primero nos movemos para emprender la obra... luego nos detenemos, cuando la cosa comienza a estar en nuestras manos: y nos convertimos en sentarnos, cuando el negocio ya está preparado. Esto dice el santo David, que aquel verdaderamente bienaventurado es quien ni siquiera con los primeros pasos ha llegado o ingresado a la cogitación de la impiedad, ni ha encontrado el afecto de la obra perversa..., ni está atrapado por ningún lazo de mala afición, que muestra con el nombre de cátedra y sesión, para unirse a la compañía de aquellos que infectan la simplicidad de otros con el veneno de su propia maldad. A estos los llama pestilentes, cuya unión es claramente morbosa. Pues también es propio de la pestilencia, al pasar de uno a otro, infectar y corromper los cuerpos de muchos. No anduvo, por lo tanto, diciendo, notó el consentimiento de las cogitaciones, por las cuales somos llevados a sugestiones perversas, y en las que nos agrada cumplir... propio. Quien dice, no se detuvo, indica que nunca salió a la obra en la que la cogitación había sugerido al ánimo, lo cual sin embargo cumplimos cuando nos agrada detenernos en otras obras... y a menudo detenernos. Por la sesión de la cátedra se señala a aquel que así se deleita y descansa en la mala costumbre, que se mezcla sin ningún pudor con el consentimiento de otros hombres del mismo estudio. Quien puso los consejos de los impíos, y las obras de los pecadores, miró suficientemente a ambos. La impiedad se refiere a la agitación de la mente, y al movimiento del alma que no siente correctamente: el pecado, sin embargo, es la acción ya llevada a la cosa. Lo tercero que añadió a ambos, para que no solo estos fueran llamados pestilentes, que corrompen a los demás con su mala manera de pensar, y matan con su compañía..., sino también aquellos que con la corrupción de la compañía rompen el bien de su propia conversación recta. A los cuales no mezclarse en absoluto, es de quien se aconseja a sí mismo... óptimamente. Y por eso la lectura del presente salmo definió bienaventurado a aquel que por todos los medios se aparta de tales. Quien así mira sus propios actos, que también se aparta de las malas solicitaciones ajenas: y teme, no sea que con manchas ajenas se oscurezca su propio candor y pureza. Pues tendiendo a la bienaventuranza, no basta solo con apartarse de los males: ciertamente también es necesario hacer el bien. Más abajo dice: Pero en la ley del Señor fue su voluntad, hasta, día y noche. No solo, dice, se esfuerza por evitar las compañías de los malos, sino que con la meditación asidua y continua de la ley, aprende cómo debe formarse. Y para que este estudio, que se esfuerza por recomendar, sea fructífero: introduce una similitud, por la cual pueda relucir el bien y el bienaventurado que dicen, a los hombres. Y será como un árbol plantado junto a corrientes, hasta, prosperarán. Como un árbol, dice, que por naturaleza debe florecer, también se vivifica por el beneficio del lugar en que ha sido plantado, para que sea defendido de la sequedad por las aguas de riego, y esté lleno de muchos frutos: que no siente las injurias del aire, ni del lugar, ni del tiempo. Eso

indica, lo que sigue diciendo: Y todo lo que haga, prosperará; todo, tanto por el verdor perpetuo, como por la abundancia de frutos, conspicuo. Así también será claro aquel que se haya abstenido de los males, y se haya vinculado por el amor de los estudios buenos, a quien ni las obras de los pecadores engañen, y la meditación continua de la ley lo adorne. ss. eterna... No así los impíos, no así, sino como, hasta, de la faz de la tierra. Con lo dicho anteriormente provocó a todos al estudio de la virtud: con lo presente disuade de los vicios, y con la comparación del polvo muestra, porque tanta es la vileza de los impíos, y cuán dignos son de algún consentimiento: y así son fácilmente impulsados por los males que sobrevienen, y no pueden permanecer, como el polvo que por su delgadez y ligereza, es dispersado aquí y allá por los vientos... Por tanto, no se levantarán los impíos, hasta justos. Diciendo esto, no niega la resurrección a los impíos, quienes ciertamente si no resurgieran, lucrarían las futuras penas, que ciertamente no de otra manera... no restituidos en el cuerpo las soportarán. Pues así será común el castigo del alma y del cuerpo, como fue común la admisión de los pecados... tal es... hemos puesto en los crímenes manifiestos no aplicar demoras para investigar, sino inmediatamente emitir la sentencia de condenación: así también los impíos resurgiendo para el castigo no tendrán aquella dilación que suele aplicarse en las cuestiones del juicio: a quienes se indica en este salmo que les espera un castigo más grave... a la sentencia condenatoria serán empujados al lugar debido a sus méritos y al último fin. Y por eso no dijo absolutamente, no resurgirán; sino que añadió, en el juicio: aunque no resurgirán para la examinación, sino que resurgirán, para inmediatamente recibir la sentencia de condenación. Y para que no pensemos que por el nombre común de resurrección también es común la futura expulsión de todos, muestra que en el mismo momento de la resurrección habrá una gran diferencia, para que uno sea llevado a la honra por aquel, y otro sea enviado al castigo. Pues será preciosa para unos y remunerable, para otros grave y terrible. O hizo una diferencia entre el impío y el pecador: y dijo que los impíos no resurgirán en el juicio, es decir, como dijimos antes, no vendrán a la comunicación del pecador: estos en el consejo de los justos, es decir, que no tendrán ninguna comunión en la remuneración de los justos. Por lo tanto, también ellos serán entregados a los castigos, no porque por los pecados sean excluidos de los primeros, sin duda harán cosas diferentes de las primeras. En esto habrá diferencia, para que los impíos resurgan no para ser discutidos, sino para ser inmediatamente asignados a sus lugares: los pecadores, sin embargo, para que no se unan en ninguna comunión con los justos. Esto se muestra más claramente por lo que sigue: Porque el Señor conoce el camino de los justos, es decir, que es placentero y acepto para Él, lo demostrará con el testimonio de la remuneración; y el camino de los impíos perecerá. Por eso los impíos no resurgirán para la examinación, porque los caminos de todos están contenidos en la perfecta ciencia de Dios: y de ellos ninguna dilación recibirá la condición y suerte de su resurrección digna.

SALMO TERCERO. (C,S)*

Salmo de David, cuando huía de la faz de Absalón su hijo. Absalón, que se interpreta, paz del padre, significa a Judas el traidor, de cuya faz David, es decir, Cristo, la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, como huyó, cuando lo dejó en juicio oculto después de que el diablo entró en su corazón.

Señor, cuántos se han multiplicado. La voz de Cristo al Padre por sus perseguidores, es decir, los judíos: y la Iglesia se dirige al Señor por todos sus enemigos. Aquí, sin embargo, el Señor Cristo se enfrenta a un pueblo que se ha levantado contra Él, quien vino a ellos con el propósito de salvación. Al decir, me afligen, muestra que lamentó profundamente la ceguera de aquellos que, con mentes obstinadas, lo rechazaron. Muchos dicen. Fueron tantos que incluso Judas, el traidor, se unió a ellos desde el número de los judíos. Muchos dicen: pues

cuando se repite muchas veces muchos, se muestra la cruel multitud de los impíos. No hay salvación. Esto se refiere a las voces de los judíos que decían: A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Pero tú, Señor. El Verbo hecho carne, es la asunción del hombre y de la Iglesia; por lo tanto, la carne proclama su gloria y la exaltación de la cabeza, que el Verbo omnipotente asumió: Con mi voz. Esto lo declaran las palabras evangélicas, donde el Hijo dice: Padre, glorifica a tu Hijo, etc. Y escuchó desde su monte santo, es decir, desde la altísima cumbre de la Divinidad, cuando dijo: Y he glorificado, y volveré a glorificar. Yo dormí. Llega a la segunda parte, en la que expresa el sueño y la somnolencia de la pasión y resurrección de Cristo, de la cual Él mismo dijo: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Y por eso resucitó, porque su naturaleza humana fue asumida por el poder divino. De otra manera: La Iglesia durmió por la infidelidad; pero se levantó por la iluminación de la fe. Cristo durmió en la muerte por la pasión, resucitó por la gloria de la resurrección. No temeré a miles. En la pasión del Salvador, una gran multitud de personas lo rodeó, a la cual no temió en lo más mínimo: porque sabía de antemano que resucitaría al tercer día. Y su carne fue salvada. La Iglesia habla de Cristo su Señor, es decir, el cuerpo habla a su cabeza. Pues al resucitar Él, ella fue salvada. Porque tú golpeaste. No solo los adversarios, es decir, los perseguidores del Salvador, sino también los herejes son golpeados por la ceguera de la mente, quienes con los dientes de la detracción corroen las palabras de la verdad. Así también los judíos cuando decían: Si es el rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en Él; los enemigos del nombre de Cristo fueron golpeados por la confusión; y por eso fueron quebrantados, porque inmediatamente reconocieron que había resucitado en gloria. La salvación es del Señor. La vida eterna no puede ser destruida, ni la salvación del Salvador puede ser de ninguna manera amputada; y por eso, la bendición eterna sigue a los que creen en Él.

SALMO CUARTO. (C,S)*

Al final, en los cánticos, salmo de David. Aquí, el fin significa perfección, no consumación. El salmo se refiere a la obra, y el cántico a la ciencia o la alegría.

Cuando invoqué. La Madre Iglesia se regocija de haber sido escuchada por el Dios de su justicia, de quien tiene todo lo que es justo y recto, su justicia: porque confiesa la unidad y omnipotencia de la Santa Trinidad. Dice que ha sido ensanchada cuando se hacen confesores y se coronan mártires. De otra manera: Me has llevado de las angustias de la tristeza a la amplitud de los gozos. Ten piedad de mí. La piadosa madre decía que debía tenerse piedad de ella, si su oración por sus hijos era escuchada. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo, etc. Con razón la santa Iglesia confiesa que han sido de corazón pesado por mucho tiempo, aquellos que después de la predicación de la verdad eligieron adorar más bien ídolos de falsedad, que son vanidad y mentira. Y con razón recibieron tal nombre, porque se levantaron contra la dignidad de la verdad. Y sabed: esto es, creed, que a Cristo, a quien los judíos crucificaron, Dios Padre lo glorificó en la resurrección y ascensión. Y el mismo Hijo escuchó a su Iglesia, cada vez que clamaron a Él: y con razón, porque ella lo predicó a los pueblos para ser glorificado. Enfadaos. Debéis enfadaros con los pecados pasados, para que podáis huir de la maldad presente: y no volváis a hacer el mal. Compungíos, dejando vuestras malas intenciones. Antes de que cometáis los crímenes que siempre envolvéis en vuestros corazones. Compungíos, es decir, al arrepentimiento. Lo mismo que antes llamó corazón, aquí lo llama lecho. Ofreced sacrificios. Aquí comienza otra cosa; en la que la madre clementísima enseña y dice: Ofreced sacrificio de justicia: es decir, vivid rectamente, y ofreced siempre vuestros corazones puros a la divinidad. Y esperad en el Señor, para que una vida buena sea seguida por una esperanza más feliz. Muchos lo mismo, etc., etc.

[NOTA.]

Estas cosas, para tomar una muestra de la obra, han sido suficientes y abundantes, a menos que a los hombres descuidados les parezcan descritas quizás más extensamente de lo que era necesario. Pero para volver al propósito, a modo de colofón, concluiré esta advertencia con un ejemplo más, del cual entenderás cuán de dudosa fe es el autor del Breviario, quien incluso se ha hecho pasar por Agustín en algún momento, y ha usurpado la misma exposición de los salmos de Agustín. Esto fue notado hace tiempo por los editores benedictinos, en tres manuscritos, a saber, el Vaticano, el Regio, y el de los Padres Dominicos de Clermont, que contienen los tratados de Agustín sobre los Salmos, que la enarración del salmo XIV del autor del Breviario, con apenas unas pocas palabras cambiadas, se tiene y se coloca inmediatamente antes de la otra, que es verdaderamente de Agustín. Se describe, como si fuera del falso Jerónimo desde el principio: Oportunamente se leyó el salmo decimocuarto, y según el orden así sucedió, y lo demás hasta el final, que además está protegido por esta suscripción: Termina el tratado de Aurelio Agustín, obispo, sobre el salmo XIV. Si tuviéramos a mano códices manuscritos de otros antiguos que escribieron sobre los Salmos, no dudo que encontraríamos ejemplos similares en ellos, o bien este autor del Breviario compiló los escritos de todos los tratadistas anteriores a él, o ciertamente este pseudónimo asumió las personas.

BREVIARIO SOBRE LOS SALMOS. (C,G,S)

PRÓLOGO.

Recientemente, cuando leíamos en común el Salterio de Orígenes, que él llamaba Enchiridion, anotado con interpretaciones breves y necesarias, ambos descubrimos que él había tocado ligeramente algunos temas, o los había dejado completamente intactos: sobre los cuales en otra obra discutió extensamente, ya que no consideraba que fuera una gran cosa concluir el asunto con un breve discurso. Por lo tanto, por la familiaridad que hay entre nosotros, solicitaste con diligencia y esmero que anotara con ciertos signos, más que con interpretaciones, lo que me parecía digno de memoria. Y lo que suelen hacer aquellos que pintan en una pequeña tabla la disposición de tierras y ciudades, y tratan de mostrar vastas regiones en un espacio reducido: así, en la obra vastísima del Salterio, como si pasara de largo, tocaría algunos puntos, para que de los pocos que tocara, se entendieran también los demás que se omitieron, qué fuerza tienen y qué razón. No porque piense que puedo decir lo que él omitió, sino porque lo que él discutió en tomos o homilías, o yo considero digno de lectura, lo referiré en este pequeño comentario. El Salterio es griego, y en latín se llama órgano, que los hebreos llaman NEBEL. Se llama salmo, porque tomó su nombre del salterio, o por el acto de salmodiar. Aunque David cantó todos los salmos, sin embargo, todos los salmos pertenecen a la persona de Cristo, y los que no parecen tener título entre los hebreos, se consideran como un solo salmo. Pues por el título se entiende el sentido de cada salmo. ¿Qué es el título, sino una llave? Así que, por decirlo de alguna manera, no se entra en una casa sino por la llave, así también el sentido de cada salmo se entiende por la llave, es decir, por el título, en cuya persona se canta, ya sea en la persona de Cristo, o en la persona de la Iglesia, o en la persona del profeta.

COMIENZAN A EXPLICARSE LOS SALMOS.

SALMO PRIMERO.

Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos. Algunos dicen que este salmo es como un prefacio del Espíritu Santo: y por eso no tiene título. Otros dicen que al ser el primero, tiene el principio de su orden, y que es un pleonasmo decir que es el primero, antes de que haya ninguno. De otra manera: Entre los hebreos, el primero y el segundo son un solo salmo, lo cual también se comprueba en los Hechos de los apóstoles. Finalmente, porque comenzó con bienaventuranza, termina en bienaventuranza, diciendo: Bienaventurados todos los que confían en Él. De otra manera: Bienaventurado el que no pensó, no hizo, no enseñó el mal. De otra manera: Bienaventurado el que no es judío, gentil, hereje. De otra manera: Tertuliano, en el libro de los Espectáculos, afirma que este salmo también puede entenderse de José, quien sepultó el cuerpo del Señor, y de aquellos que no asisten a los espectáculos de los gentiles. Y en el camino de los pecadores no se detuvo. No dijo, y en el camino de los pecadores no anduvo: esto, en efecto, es imposible: porque nadie está sin pecado, ni siquiera si su vida fuera de una sola hora. No dice que nadie esté sin pecado: sino que en el camino de los pecadores no se detuvo: esto es, que no perseveró en el delito, sino que se convirtió a mejores cosas por el arrepentimiento. Y en la silla de pestilencia no se sentó. Por pestilentes, en hebreo tiene burladores, lo cual significa que todo maestro perverso engaña a sus discípulos. De ahí Jeremías: No me senté, dice, en el consejo de los que se burlan (Jerem. XV).

Sino que en la Ley del Señor está su voluntad. A dos cosas se refiere, para que tenga voluntad, y a la voluntad una también le una el estudio. Y en su ley meditará de día y de noche. La meditación de la ley no es solo en leer las Escrituras, sino también en hacer lo que está escrito. El justo, por lo tanto, ya sea que coma, beba, o duerma, haciendo todo en el nombre del Señor, medita en su ley de día y de noche.

Y será como árbol plantado, etc. Por plantado, Aquila tradujo trasplantado. El árbol al que se compara el varón bienaventurado, creo que es la sabiduría, de la cual también habla Salomón, Es árbol de vida para los que la siguen (Proverb. III). Sin embargo, la sabiduría es declarada por el Apóstol como Cristo, el Hijo de Dios. Cristo, dice, poder de Dios, y sabiduría de Dios (I Cor. 1), esto es, hecho conforme a Cristo, el Hijo de Dios, al cuerpo de su gloria. Que dará su fruto a su tiempo. Dará fruto no en cualquier tiempo, sino en el prescrito: es decir, cuando habiendo vencido a las potestades y principados, entregue el reino a Dios Padre, conformado a la claridad de su cuerpo. Pero cuando el Señor quiso ser llamado árbol, dijo: O haced el árbol bueno y su fruto bueno (Mat. XII). Lo que dijo del árbol así: Si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Luc. XXIII).

Y su hoja no caerá. Las palabras de la doctrina que aprovechan para la salvación de las naciones, según aquello del Apocalipsis: Y las hojas de este árbol son para la sanidad de las naciones. Y todo lo que haga prosperará (Apoc. XXII). Los judíos piensan que este salmo fue dicho de Josías: que solo entre los reyes profanos no anduvo en el consejo de los impíos, sino que siguió la ley de Dios. Pero esto que se ha leído ahora, y todo lo que haga prosperará, no solo de Josías, sino de ninguno de los santos puede tomarse, a menos que sea en el siglo futuro. Mejor, por lo tanto, lo entendemos del hombre que fue asumido y salvado por nuestro Salvador: no porque testifiquemos que asumió a otro, sino que uno y el mismo Hijo de Dios y Hijo del hombre, que siempre fue el Verbo antes de los siglos, Él mismo después se dignó asumir carne.

No así los impíos, no así. Lo que se dice por segunda vez, no así, no se encuentra en los volúmenes hebreos: pero ni siquiera en los setenta intérpretes. Pues en los ejemplares de Orígenes en la biblioteca de Cesarea, leyendo, encontré que estaba escrito solo una vez. Entre el impío y el pecador hay esta diferencia, el que es impío, niega a Dios: el que es pecador,

confiesa y peca. Así como el justo es comparado a un árbol: así el impío es comparado al polvo. El que es justo, es comparado al árbol del paraíso: pero el que es impío, es comparado al polvo.

Sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra. Aunque el polvo es de la tierra, sin embargo, deja de ser tierra. Tan infeliz será el impío, que ni siquiera será polvo terrenal. Parece tener la sustancia de la tierra, pero tiene su propia sustancia: no tiene nada sólido, pero lo que tiene, lo tiene para castigo. Se dispersa de aquí para allá, nunca está en un solo lugar, dondequiera que el viento lo lleve, allí se dirige su impulso. Así también el impío, que una vez ha negado a Dios, dondequiera que el viento del diablo lo lleve, allí es conducido por el error.

Por eso no resucitan los impíos en el juicio: No porque no resuciten, sino porque no resuciten en el juicio: ya se ha prejuzgado sobre ellos. Ni los pecadores en el consejo de los justos. Si no resucitan los pecadores en el consejo de los justos, es diferente la resurrección de los pecadores y de los justos.

Porque el Señor conoce el camino de los justos. El Señor no conoce otra cosa, sino lo que es digno de su conocimiento. Conoce, en efecto, el Señor a los que son suyos: y si alguno no es conocido, no será conocido (Tim. II). Y a los pecadores se les dice: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conozco (Luc. XIII). El camino de los justos creo que es aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV). De quien también el profeta dice: Ved cuál es el buen camino. Y el camino de los impíos perecerá (Jerem. VI). Cuán clementemente, no dice que los impíos perecerán, sino la impiedad.

SALMO II.

¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas? Es audaz querer interpretar este salmo después de Pedro: más bien, tener otra opinión sobre él que la que dijo Pedro en los Hechos de los apóstoles.

Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo. No solo Herodes el rey, sino también aquellos reyes se levantaron contra el Señor, cuyos reinos el diablo le mostró en un instante de tiempo.

Rompamos sus ligaduras, y echemos, etc. Los cuatro versos anteriores los han hablado los ángeles o los profetas, maravillándose de por qué la temeridad humana se levantó contra el Hijo de Dios. Pero desde el quinto versículo, el mismo Señor responde, exhortando al pueblo de los gentiles, y a todos los que de los judíos habrán de creer en Él, a que disuelvan las ligaduras legales, y arrojen la pesada carga de la Ley, que sus padres no pudieron llevar, sino que sigan a aquel cuyo yugo es suave, y su carga ligera.

El que habita en los cielos se reirá de ellos. Por medio de ejemplos de la conversación humana, aprendemos los afectos de Dios: no porque Él se burle de alguien, sino porque hacemos cosas dignas de burla. Y el Señor se burlará de ellos. La burla propiamente se expresa con la frente arrugada y la nariz contraída. Por lo tanto, no pensemos de Dios corporalmente, lo que incluso en hombres graves algunos consideran digno de reproche.

Entonces les hablará en su ira. Sobre la ira de Dios, Lactancio escribió un libro muy hermoso, y el mismo Orígenes discute frecuentemente, no tanto que sea ira, sino corrección necesaria, como la de un padre hacia su hijo, de un médico hacia su enfermo, de un maestro hacia su discípulo. Pero la ira puede parecer a los que la sufren, no que Dios corrija con ira. Y en su

furor los turbará. Como en la Epístola a los Romanos: Se revela, dice, la ira de Dios (Rom. I), para que quienes la entienden que vendrá, se esfuercen por evitarla: así también en el presente lugar benévolamente, no dice, castigará: sino, turbará, para que sin castigos quien está turbado, se corrija.

Yo, sin embargo. Voz de Cristo. He sido constituido rey, se dice por parte de la carne. Por Él, Dios Padre. Sobre Sion, es decir, sobre la Iglesia. Sion se interpreta como atalaya de vida. Su monte santo, el monte es la Iglesia, o el mismo Cristo, como aquello: Y será en los últimos días preparado el monte de la casa del Señor en la cima de los montes. Proclamando el precepto del Señor (Isa. II). Esto es la doctrina del Evangelio.

El Señor me dijo, tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy. Jesucristo es ayer y hoy, y por los siglos. Correctamente, pues, a quien nació en el tiempo, se le dice:

Pídeme, y te daré las naciones por herencia. Como si dijera: Mientras los judíos no quisieron recibirte: todas las naciones vendrán a ti por herencia.

Los regirás con vara de hierro. En la dura disciplina de los romanos. O por la vara de hierro, disciplina intolerable: porque sus corazones eran tortuosos. Como vasija de alfarero los quebrarás. La vasija de alfarero antes de que se haya endurecido en cerámica, si se rompe, es reformable. Lee Jeremías (Jerem. XIX). Pero si una vez la vasija se ha roto en cerámica, no puede ser recompuesta en su totalidad. Sin embargo, lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. El alfarero, Cristo: la vasija, el hombre, como aquello: Como la vasija en la mano del alfarero, así vosotros en mi mano, dice el Señor (Ibid. XVIII). De otra manera: Se quiebra en arrepentimiento aquí, o en el día del juicio en el fuego.

Ahora, reyes, entended. Todos los reyes del mundo o los santos apóstoles, entended estas cosas dichas anteriormente. Sed instruidos. Esto es, a vosotros mismos, o a otros. Que juzgáis la tierra, la santa Iglesia.

Servid al Señor con temor. Dijo temor, para quitarles la altivez: porque los había llamado reyes. Y alegraos en Él. Para confortarlos de nuevo, como aquello: Alegraos y exultad, con temblor: para que estén con temblor, es decir, temblor del cuerpo, y temor del alma.

Aprehended la disciplina, no sea que se enoje el Señor. Por lo que en griego se dice, δράξασθε παιδίας: en hebreo se lee NESCU BAR, que puede interpretarse como, adorad al hijo. Una profecía clarísima sobre Cristo, y el orden del precepto, Adorad al Hijo; no sea que se enoje el Señor, esto es, el Padre. Y perezcáis del camino justo. A los judíos que no quisieron adorar al Hijo, el Señor se enojó, y perecieron del camino recto. El camino justo, o recto, es Cristo. Estamos en el camino, cuando cumplimos los mandamientos de Dios. Perecemos del camino, cuando nos desviamos de ellos.

En breve su ira. Esto es, en la salida de cada hombre. O breve ira en el día del juicio, como aquello: Porque cuando digan los hombres, paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos repentina destrucción (I Thess. V). Bienaventurados todos los que confían en Él. No en los hombres, ni en sí mismos, sino en Dios. Este salmo, como hemos dicho antes, termina en bienaventuranza, de donde el anterior comienza, y por eso entre los hebreos se consideran como uno solo.

SALMO III.

Salmo de David, cuando huía de la presencia de Absalón, su hijo. Este salmo es posterior a muchos de los siguientes, que parecen pertenecer a la historia de Saúl. De hecho, David sufrió las insidias de Saúl antes de que Absalón tomara las armas contra él. Pero como su propósito era no solo relatar lo que él mismo había sufrido, sino también instruir a todos los hombres a través de su ejemplo, puso lo segundo antes que lo primero para enseñar el orden de las tentaciones. De hecho, primero somos corregidos por nuestros pecados, y luego somos probados por nuestra virtud. En David, sin embargo, el orden de las tentaciones fue alterado. Bajo la persecución de Saúl, fue inocente; bajo Absalón, fue claramente culpable de crimen, habiendo matado a Urías. Lee el título del salmo cincuenta y entenderás que, según el orden anterior, este es el tercero.

Señor, ¿por qué se multiplican los que me afligen? Muchos se levantan contra mí. Este salmo puede referirse tanto a David como a Cristo, y a través de él, a todos los santos.

Me escuchó desde su monte santo. Creo que el monte santo es el Hijo unigénito de Dios, hacia quien en los últimos días confluirán los pueblos. Isaías y Miqueas profetizan esto mismo. Pero también se entiende de la Iglesia, porque no puede esconderse una ciudad situada sobre un monte.

Yo dormí, y me adormecí, y me levanté, porque el Señor me sostuvo. Como si dijera: el sueño y su lugar es la persecución.

No temeré a los millares de personas que me rodean. David puede decir esto de Absalón y su ejército, y el Señor de los judíos que rugen contra él y claman: ¡Quítalo, quítalo, crucifícalo! (Juan XIX).

Porque tú has herido a todos los que me adversan sin causa. El Señor hiere, y las viñas de los extranjeros en granizo, y el Salvador, que por nosotros se hizo todo, es herido por el Padre: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán (Zacarías XIII). Por sin causa, se lee maxilar en hebreo, es decir, LECHI. Y porque había mencionado el maxilar, se añade consecuentemente. Has quebrado los dientes de los pecadores. Que respondan, pues, los amigos de la mera historia, cómo Dios golpea el maxilar y rompe los dientes de los pecadores, como pugilistas que luchan contra él. Has quebrado los dientes de los pecadores. Los príncipes de los judíos: dientes, o los doctores heréticos, o sus palabras.

La salvación es del Señor. Esto es, no del hombre, sino de Dios. Solo él puede, y a través de él, pasar de la muerte a la vida. Y sobre tu pueblo. Esto es, el pueblo cristiano. Tu bendición. Infunde bendición al pueblo de los creyentes: transmitiéndoles el Espíritu Santo, o en el futuro cuando dirá: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mateo XXV).

SALMO IV.

Al final, en los cánticos, salmo de David. Al final, es decir, en Cristo. Porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente. En los cánticos, esto es, en las alabanzas. Salmo de David, esto es, alabanza de Cristo.

Cuando invoqué, me escuchó el Dios de mi justicia. Es incongruente tomar esto de David, quien en el salmo anterior casi fue asesinado por su hijo debido al asesinato de Urías, ahora se atreve a decir: Me escuchó el Dios de mi justicia. Por lo tanto, todo el salmo debe referirse a Cristo, y a través de Cristo a los justos. Algo similar también dijo Jacob, diciendo: Mañana me escuchará mi justicia (Génesis XXX).

En mi tribulación me has ensanchado. Ten misericordia de mí, y escucha mi oración. Aunque me hayas traído ayuda, y en mi tribulación me has ensanchado: sin embargo, siempre necesito tu misericordia.

¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Diapsalma. La palabra SELA, los setenta intérpretes, Símaco y Teodocio, la tradujeron como diapsalma. Aquila, sin embargo, como siempre; y creo que es una señal de algún sonido musical, o ciertamente se indica la perpetuidad de lo que se ha dicho, para que dondequiera que se añada SELA, esto es, diapsalma, o siempre, sepamos que no solo se refiere al tiempo presente, sino a lo eterno, ya sea lo que sigue o lo que precede.

Lo que decís en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos. Lo que pecáis pensando durante el día, expiadlo por la noche con lágrimas.

Ofreced sacrificios de justicia, y esperad en el Señor. Ofreced a Dios el sacrificio de justicia, y consecuentemente esperaréis en el Señor.

Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor. En cuyo rostro está sellada la luz del Señor, este contempla la gloria del Señor con el rostro descubierto. Tal señal también en las frentes de los que gimen en el libro del profeta Ezequiel el Señor mandó que se notara (Ezequiel IX).

Del fruto del trigo y del vino de ellos se han llenado. Lo que se encuentra en muchos códices, y de su aceite, al revisar el antiguo ejemplo del Salterio de Orígenes, que había sido corregido por su propia mano, no lo encontré ni en hebreo, ni en las demás ediciones, ni entre los mismos setenta intérpretes.

SALMO V.

Al final, por la que hereda, salmo de David. Este salmo se compone sobre la Iglesia que al final y consumación del mundo heredará a todas las naciones que creen en Cristo. De hecho, también se dirige la oración al Señor desde su persona.

Escucha mis palabras, Señor. Nadie tiene esta confianza sino la Iglesia. Quien es pecador, no se atreve a decir: Escucha mis palabras, Señor; quien se enoja y maldice, no se atreve a decir: Escucha mis palabras, Señor; sino que desea que Dios cierre sus oídos. Entiende mi clamor, etc. El clamor en las Escrituras no es de voz, sino de corazón. De hecho, se dice a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV), cuando Moisés no había clamado antes. Entiende mi clamor. Y el Apóstol: Clamando en nuestros corazones, abba padre (Gálatas IV). Ciertamente, quien clama, no clama en el corazón, sino con la lengua. ¿Y cómo dice el Apóstol, clamando en nuestros corazones? Cuando, por tanto, nuestro gemido y conciencia suplican, Dios entiende ese clamor. Por eso también dice Jeremías: No calle la pupila de mi ojo (Lamentaciones II). Vean lo que dice: No calle la pupila de mi ojo: y a veces la pupila del ojo clama a Dios. Ciertamente, si clama, clama con la lengua, no con la pupila del ojo. Pero así como clamamos en nuestros corazones cuando suplicamos al Señor con gemidos, así cuando derramamos lágrimas a Dios, en ese momento la pupila de nuestro ojo clama al Señor. Mi Rey y mi Dios. Aquel que verdaderamente se atreve a decir, Mi Rey y mi Dios, es aquel en quien no reina el pecado en su cuerpo mortal. Mi Rey y mi Dios, porque reinas en mí, y no reina el pecado: por eso eres mi Dios. Tú eres mi Dios: porque no es mi vientre mi Dios: porque no es el oro mi Dios: porque no es la lujuria mi Dios. Porque tú eres virtud, y yo deseo tener virtudes, por eso tú eres mi Dios, esto es, mi virtud.

Por la mañana escucharás mi voz. Algunos interpretan más simplemente, esto es, me levanto al amanecer para orar, y te suplico. ¿Y cuál es esta interpretación, que se dice, por la mañana nos escucha, por la tarde no nos escucha, a medianoche no nos escucha? Pero vean lo que dice: Mientras estoy en las tinieblas del error, no me escucha. Pero cuando el sol de justicia venga a mi corazón, entonces me escucha: por la mañana escucharás mi voz. No dijo, a la tercera hora, no dijo a la sexta hora, no dijo a plena luz; pero vean lo que dice: Por la mañana, tan pronto como las tinieblas comiencen a huir, me escuchas: tan pronto como en el principio de la buena obra me escuchas, no buscas el fin. Es mío querer, tuyo perfeccionar. Por la mañana estaré ante ti. Vean el orden, por la mañana, no por la tarde, no en las tinieblas, sino por la mañana. Por la mañana estaré ante ti: estaré firmemente, e imitaré a Moisés. Por la mañana estaré ante ti: estaré ante ti, no ante otros. Pero cuando sea por la mañana, y esté de pie, y esté ante ti, entonces mereceré verte. Y veré. Se sobreentiende, te veré, muchos leen mal, y dicen, καὶ ἐπόψειμε: pero sepamos que es un error; se dice así, καὶ ἐπόψομαι esto es, veré, para que así el orden que hemos dicho, comenzando la luz de las virtudes en mi alma, cuando comience a estar de pie ante ti, no sentado, no acostado, sino de pie: y pondrás mis pies sobre la roca, entonces por estos grados mereceré verte. Porque tú eres un Dios que no quiere la iniquidad. Por eso no me escucharás a plena luz, sino por la mañana, porque no quieres, Dios, la iniquidad. Porque cuando comience a apartarme de la iniquidad, inmediatamente mereceré tu escucha.

Ni habitará junto a ti el maligno. Cuando alguien malo se aleja de nosotros, alegrémonos, esto sucede en nosotros lo que también sucedió en el Señor. Vean lo que dice el Espíritu Santo: Ni habitará junto a ti el maligno, porque ¿qué comunión hay entre la luz y las tinieblas? ¿qué acuerdo entre Cristo y Belial? cuando, por tanto, algunos se alejan de nosotros, digamos también nosotros: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros. Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (1 Juan XII). Se dice a Dios: No habitará junto a ti el maligno. Porque si Dios es fuego, y fuego consumidor, cualquiera que sea paja, cualquiera que sea madera, huye del fuego, para no ser consumido por el fuego. Ni permanecerán los injustos ante tus ojos. Cuando se dice, ni permanecerán, se muestra que alguna vez estuvieron. Pero permanecieron alguna vez los injustos ante los ojos de Dios: permanecieron con Dios esperando su arrepentimiento; pero porque permanecieron injustos, por eso no permanecieron ante los ojos de Dios.

Odias a todos los que hacen iniquidad. Desdichado es aquel a quien Dios odia. ¿Quién es aquel a quien Dios odia? el que hace iniquidad. Porque si todos pecamos, y cualquiera que peca, es odiado por Dios, entonces somos odiados por el Señor. Si, sin embargo, somos odiados por el Señor, ¿cómo somos salvos por gracia? Odias a todos los que hacen iniquidad. No dijo los que hicieron iniquidad, sino los que hacen iniquidad. Los que perseveran en el pecado, esos son odiados por el Señor: pero los que lo han dejado, esos son amados por el Señor: Destruirás a todos los que hablan mentira. Veo algo nuevo. El que hace mal, es odiado: el que miente, perece. Veamos qué es más, ser odiado por el Señor, o perecer. Desdichado ciertamente es el que es odiado por el Señor, pero aún vive. Pero el que habla mentira y perece, ya deja de existir. Por lo tanto, es más desdichado el que habla mentira, que aquel que hace iniquidad, porque el que hace iniquidad, es odiado: pero el que habla mentira, perece. Porque la boca que miente, mata el alma (Sabiduría I). ¿Y cómo está escrito: para que Dios sea veraz, y todo hombre mentiroso (Romanos III)? Si, sin embargo, cualquiera que habla mentira, ya perece, y mata su alma: pero todos mentimos, entonces todos pereceremos? Pero lo que dice: Destruirás a todos los que hablan mentira, y por las cosas que siguen en el salmo, y por el mismo orden podemos entender, porque dice de los herejes: Porque el que

hace iniquidad, solo mata su propia alma: pero el que es hereje, y habla mentira, mata a tantos hombres como induce.

El hombre sanguinario y engañoso lo abominará el Señor. Hombre sanguinario, todo hereje es, diariamente derrama sangre de almas. Dijo correctamente engañoso: y es homicida, y engañoso.

Pero yo, en la multitud de tu misericordia, entraré en tu casa. Ellos en su iniquidad salen de tu casa, yo en tu misericordia entraré en tu casa, Entraré en tu casa, que es la Iglesia.

Adoraré hacia tu templo, etc. Esa es la casa que también es templo.

Señor, guíame en tu justicia. Yo deseo entrar en tu casa y quiero entrar por tu camino recto; pero porque los enemigos ponen escándalos continuos en los caminos, y a mí que deseo ir a tu casa, me ponen trampas en el camino; por eso, te ruego, que dirijas mis pasos hasta el final. Es mío poner los pies en tu camino: es tuyo corregir mis pasos: Por causa de mis enemigos dirige en tu presencia mi camino. Esto es, haz recto tu camino por causa de mis enemigos, que me acechan. Pero ¿cuál es este camino? La lectura de las Escrituras, esto es, para que no caiga en tus Escrituras, por las cuales deseo entrar en tu Iglesia. Porque todo el que entiende mal las Escrituras, cae en el camino de Dios.

Porque no hay verdad en su boca. Se describen los herejes, se describe al hombre sanguinario y engañoso, a quien abominará el Señor. No hay verdad en su boca. No tienen a Cristo la verdad en su boca, porque tampoco lo tienen en su corazón. Su corazón es vano. Mejor se tiene en hebreo ἐπίβουλον. Porque verdaderamente el corazón de los herejes acecha a todos los que engaña.

Sepulcro abierto es su garganta. Desdichados son los herejes, que son sepulcros blanqueados, llenos de huesos de muertos. Sepulcro abierto es su garganta. Arrio, Eunomio, y los demás herejes tienen lenguas como flechas: sus fauces son un sepulcro. Sepulcro abierto es su garganta. Y dijo correctamente, abierto porque cuando quiera alguien engañado entrar, el hereje está preparado, y lo recibe. Nunca los herejes cierran su boca, sino que siempre abren su boca. Con sus lenguas actuaban engañosamente. Tenían otra cosa en el corazón, otra cosa prometían en el discurso. Hablaban de piedad, y ocultaban impiedad. Hablan de Cristo, y ocultan al Anticristo. Porque saben que nadie puede ser inducido, si presentan al Anticristo. Presentan la luz, para ocultar las tinieblas, para que a través de la luz lleven a las tinieblas. Júzgalos, Dios. Saben que eres juez, saben que miras las cosas humanas. Tú que juzgarás al final, también en el presente juzga. Tú que juzgarás en general, ahora juzga en parte. Que no quieren sentir al padre, sientan al juez. Júzgalos, Dios. ¿Por qué? ¿por qué razón? Sigue:

Caigan por sus propios consejos. Porque si en el presente les devuelves lo que merecen, comienzan a apartarse de sus malos consejos: mientras no te sienten como juez, no temen. Caigan por sus propios consejos. Dijo excelentemente, por sus propios consejos. Porque diariamente los herejes cambian sus dogmas. De hecho, si un hombre eclesiástico instruido en las Escrituras contiende contra ellos, y los refuta con las santas Escrituras, inmediatamente buscan, cómo encontrar otro nuevo dogma. No buscan cómo salvarse, sino cómo vencer. Por eso ahora dijo. Caigan por sus propios consejos, y tengan una sola mente contigo.

Según la multitud de sus impiedades expúlsalos. No dijo, de dónde expulsarlos: de los cielos expulsarlos, de la tierra expulsarlos: de dónde expulsarlos la Escritura no dice: pero es un hipérbaton, y un orden inverso. Debemos, por tanto, leer: Según la multitud de sus

impiedades expúlsalos. Lo que dice, esto es: De sus muchas impiedades por tu misericordia expúlsalos, esto es, que no estén en sus muchas impiedades. También puede interpretarse de otra manera: Porque fueron muy impíos y no quisieron caer de sus propios consejos, y aumentan impiedades sobre impiedades, y diariamente las acumulan, y tienen más impiedades, por eso expúlsalos. ¿De dónde? De la que hereda. Tú expúlsalos de allí, para que porque no tienen fe en la Iglesia, no se muevan en ella. Porque te irritaron, Señor. Tú, Señor, por naturaleza eres dulce, pero cualquiera que sea pecador y hereje, por su vicio convierte la naturaleza de tu dulzura en amargura.

Y alégrense todos los que esperan en ti. Que ellos perezcan, y los eclesiásticos se alegren. En la eternidad se regocijarán. Aquí, en la eternidad, no debemos decir del tiempo presente, sino del futuro. De hecho, no dijo, en el siglo se regocijan, sino se regocijarán, se dice del futuro. Porque aquí hay tristeza, pero allí hay alegría. Los herejes se ríen del presente, pero en el futuro llorarán. Nosotros lloramos en el presente, para reír en el futuro. En la eternidad se regocijarán. ¿Cuál será la exultación de los hombres santos? Y habitarás en ellos. Felices serán los que merezcan tener a Cristo como huésped: felices los que serán el tabernáculo de Cristo.

Y se gloriarán en ti todos los que aman tu nombre. Cualquiera que ama a Dios, se gloriará en el Señor. Los que aman. No dijo, los que temen, sino, los que aman. Porque donde hay temor, allí no hay amor. Porque el amor perfecto echa fuera el temor. Porque cualquiera que ama el nombre del Señor, ese se gloriará. Se gloriarán. Nuestra bienaventuranza futura: todo lo que se promete es del futuro. Otros reinen; otros posean; otros se gloríen. Nosotros aquí somos miserables, para que después seamos felices. Sigamos a Cristo nuestro Señor. Quien dice que cree en Cristo, debe caminar como él caminó. Cristo, el Hijo de Dios, no vino para ser servido, sino para servir. No vino para mandar, sino para servir. No vino para que le lavaran los pies, sino para lavar los pies de los discípulos. No vino para golpear, sino para ser golpeado. No dio una bofetada, sino que la recibió. No crucificó, sino que fue crucificado. No mató a otros, sino que él mismo sufrió. Fue pobre, para hacernos ricos. Él recibió el golpe por nosotros, para que nosotros, golpeados, no sintiéramos dolor. Cada vez que somos golpeados, ofrezcamos la mejilla, pongamos la espalda, imitemos a Cristo. Quien es golpeado, imita a Cristo: quien golpea, al Anticristo. ¿Por qué digo todo esto? Para que en el presente siglo lo que soportamos, glorifiquemos el nombre del Señor. Mientras hablamos, mientras caminamos, de repente somos arrebatados. Yo mismo que hoy les hablo, mañana no sé qué será de mí. Si viene una ligera fiebre, ¿dónde está esta voz? ¿Dónde está la soberbia? De repente se convierte en ceniza. ¿De qué se gloría la tierra y el polvo? Según la naturaleza del cuerpo, somos tierra y polvo. Tierra eres, y a la tierra volverás; y la tierra se gloría contra su hacedor. Sigue.

Porque tú bendecirás al justo. Por lo tanto, la bienaventuranza se difiere al futuro.

Señor, como escudo de buena voluntad, etc. En el mundo hay un escudo y una corona diferentes: pero en Dios, Él mismo es el escudo y la corona, como escudo protege, como Dios corona, Él es nuestro escudo y nuestra corona: y por esto dice: Señor, como escudo de tu buena voluntad nos has coronado. Nos has protegido con tu escudo, y tu protección ha sido nuestra corona, es decir, nuestra victoria. Porque corona significa victoria. Demos gracias a Dios y roguémosle que en su buena voluntad Él sea nuestro escudo y corona, para que nunca nos apartemos de Él, para que lo sigamos y digamos con Jeremías: Y tras de ti, siguiéndote, no me cansé, Señor, como escudo de tu buena voluntad nos has coronado (Lamentaciones I). Con el escudo somos protegidos, y cuando seamos perfectos, seremos coronados.

SALMO VI.

Al final, para los cánticos del octavo, salmo de David. Este y el undécimo salmo tienen la inscripción para el octavo, conteniendo el misterio de nuestra resurrección y penitencia, y por tanto de nuestra salvación. En él, la humanidad pide ser corregida y juzgada por Dios, pero no en su ira y furor. Sería largo recordar muchos ejemplos del sacramento de este número. Ocho almas entraron en el Arca de Noé, que fueron salvadas en el diluvio. David fue el octavo hijo de Jesé, quien fue despreciado por su padre, pero elegido solo por Dios. Al octavo día se circuncidan los primogénitos y dejan de ser impuros. Zacarías, el padre de Juan, también habló el octavo día de la circuncisión de su hijo. Y después de ocho o seis días (pues ambos se leen en diferentes evangelios), el Señor se transfigura en el monte, de modo que el octonario se contiene en el sexto número, como ahora en el sexto salmo, se pone la inscripción de la ogdóada.

Señor, no me reprendas en tu furor, etc. Es un salmo de penitencia, y no rechaza ser corregido y reprendido, sino en furor e ira, porque está enfermo y sus huesos están turbados. Y a veces primero es el furor y después la ira; pero principalmente es uno solo. Sin embargo, el furor es en el presente, la ira en el futuro.

Ten piedad de mí, Señor. Voz de la Iglesia. Ten piedad de mí, porque soy miserable. Y encuentra la misericordia de Dios quien se confiesa miserable. Porque estoy enfermo, sáname, Señor. Como si dijera: estoy enfermo por el pecado: sáname, porque eres médico. Yo estoy enfermo, tú eres el médico. Yo tengo la enfermedad, tú tienes la salud. Yo estoy enfermo por el pecado, tú sana por la misericordia.

Porque todos mis huesos están turbados. Como si dijera: todas las virtudes, que llamó huesos, en el primer hombre fueron transgredidas o perdidas. Mi alma desde entonces está turbada. Por la penitencia para que seamos corregidos.

Y tú, Señor, ¿hasta cuándo? Se sobreentiende, ¿hasta cuándo no libras, no corriges, no enmiendas mi alma que está muy turbada?

Vuélvete, Señor, y libra mi alma. A menos que primero convierta nuestra alma, no puede librarla del peligro. O aquello: Señor, que apartaste tu rostro de nosotros, vuélvete y digna verte, y libra nuestra alma.

Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti. Porque los muertos no te alabarán, Señor, sino nosotros que estamos vivos, porque no es Dios de muertos, sino de vivos. ¿Quién te confesará en el infierno? No lo puso por imposible, sino por raro. En todos los juicios de Dios se deleita el santo, y alaba sus juicios.

He trabajado en mi gemido. Ten piedad de mí, porque he hecho esto y esto que sigue. Lavaré cada noche mi lecho. Quien diariamente riega su lecho con lágrimas, no puede en su pensamiento permitir que se infiltre la pompa de las lujurias. En mis lágrimas regaré mi lecho. Cuánta multitud de lágrimas, para que su lecho esté regado con lágrimas.

Mi ojo está turbado por el furor. ¿Dónde están las letras amigas? Ciertamente este ojo corporal no se turba por la ira, a menos que nos elevemos a tal rabia que también nuestros rostros y bocas cambien. Así se turba el ojo: que si se escandaliza, será arrancado. Pero no dice: Mi ojo está turbado por mi ira: sino, por tu ira. Oh Dios, por quien temo los castigos preparados para mí: mi mente está turbada, y todo el principal de mi corazón ha temblado. He

envejecido en todos mis enemigos. No nuevos enemigos libran guerras contra mí, mi enemigo es antiguo. De otra manera: No puedo alcanzar la pubertad de aquel hombre que se renueva día a día, porque llevo al hombre viejo con sus vicios y concupiscencias, mis enemigos que luchan contra mí.

Apartaos de mí todos los que obrabais iniquidad. Después de haber conseguido misericordia, enseña o exhorta a los demás a que se aparten de él. Pues no quiere tener la compañía de los inicuos. Además, es de notar lo que ya dijimos antes: que no manda apartarse a los que obraron iniquidad; sino a los que obran.

Conviértanse y avergüéncense mucho rápidamente. No ora contra los enemigos, sino por los enemigos: para que se conviertan y se avergüencen de sus pecados: y se avergüencen no ligeramente, sino vehementemente: no en tiempo postergado, sino pronto.

SALMO VII.

Salmo de David, que cantó al Señor por las palabras de Cusí hijo de Jemini. Muchos, especialmente aquellos que no tienen conocimiento del idioma hebreo, piensan que este salmo fue cantado en el tiempo en que Cusí hijo de Araqui, amigo de David, destruyó el consejo de Ajitofel: y le envió mensajeros para que no permaneciera más en el desierto, sino que huyera lejos, para no ser oprimido por su hijo. Pero es necesario saber que se equivocan gravemente. Primero, porque el nombre Cusí está escrito con la letra samech: aquí, sin embargo, con sin. Luego, porque David, quien había ordenado a Joab y a los demás líderes de su ejército, diciendo: No toquéis al joven Absalón (II Sam. XVIII), no hablaría de la muerte de su hijo: Concibió dolor, y dio a luz iniquidad: Abrió un pozo y lo cavó, y cayó en la fosa que hizo: especialmente quien, al oír de su muerte, cubrió su cabeza, y clamando lamentaba: Hijo mío Absalón, hijo mío Absalón. Finalmente, porque allí está escrito Cusí, amigo de David, hijo de Araqui: aquí, sin embargo, hijo de Jemini. Por lo tanto, es necesario saber que Cusí se interpreta como Etíope: y todo el salmo está escrito contra Saúl, quien lo perseguía: y en la fosa que cavó, él mismo cae. A quien llama Etíope, por sus costumbres sanguinarias, oscuras y crueles. Jemini, sin embargo, familia, que pertenece a la tribu de Benjamín, de la cual Saúl nació, como lo atestiguan los libros de los Reyes, en los cuales la Escritura menciona: Y había un hombre de los hijos de Benjamín, y su nombre era Cis, hijo de Abiel, hijo de Sera, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un hombre de Jemini, hombre poderoso, y a este un hijo, y su nombre era Saúl (I Sam. IX). También aquel Semei que arrojaba piedras y polvo a David, era de la familia de Saúl, es decir, Jemineo: como está escrito en los mismos libros; Salía un hombre de la cercanía de la casa de Saúl, y su nombre era Semei, hijo de Gera (II Sam. XVII); de quien después David es inducido a hablar: He aquí mi hijo que salió de mis entrañas, busca mi vida: y cuánto más ahora el hijo de Jemini. Aquila interpretó este lugar así. Por la ignorancia de David, que cantó al Señor por las palabras del Etíope: Symmachus de esta manera: Por la ignorancia de David, que cantó al Señor por las palabras de Cusí hijo de Jemini. He expuesto todo esto más ampliamente, porque hombres muy eruditos pensaron que este salmo no fue compuesto contra Saúl, sino contra Absalón, lo cual en parte he demostrado que no es así.

Señor Dios mío, en ti he confiado, etc. No confié en mi espada: no confié en mi fuerza; sino que confié en tu ayuda.

No sea que arrebate como león mi alma, etc. Esto conviene a Saúl, no conviene a Absalón. ¿Cómo podría llamar león a Absalón, de quien dice: No toquéis a mi joven Absalón? Si allí lo llama joven, y como un infante e ignorante: ¿cómo aquí lo llama león? Esto por ahora según

la historia, y hay muchas cosas que se pueden decir, y todo el salmo se puede interpretar en la persona de Saúl. Sin embargo, porque nos importa interpretar no solo según la historia, sino también según la inteligencia espiritual: interpretamos a este Cusí, Etíope, no como otro, sino como el diablo. Se pregunta, ¿cómo este Cusí es hijo de Jemini: cómo el diablo Etíope es hijo de la derecha? Que es Etíope, por su vicio: que es hijo de la derecha, creado por Dios: correctamente se dice de él: No sea que arrebate como león mi alma. Nuestro adversario el diablo como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

Señor Dios mío, si he hecho esto. He aquí el príncipe de este mundo: y en mí no encontró nada. Si hay iniquidad en mis manos. Porque no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca.

Si he devuelto mal a los que me hacían mal. Saúl fue entregado dos veces en sus manos, a quien no quiso matar, diciendo: No tocaré al ungido del Señor (I Sam. XXIV). Esto es, por tanto, no devolverle mal por mal: quien le devolvía mal por bien. Si, dice, he devuelto mal a mis enemigos por mal, no resurgiré; y si por mal busqué mal, ellos me devolverán mal por bien. Caeré merecidamente vacío ante mis enemigos. En hebreo por vacío se escribe RECAM. De donde entendemos lo que se contiene en el Evangelio: Quien diga a su hermano, raca y fatuo (Mat. V), qué interpretación tiene.

Persiga el enemigo mi alma, etc. El último enemigo del alma destruido es la muerte. Y pise en tierra mi vida. No puede ser pisoteada, porque no hizo lo dicho anteriormente. Y mi gloria en polvo reduzca. Si, dice, he devuelto mal a mis enemigos por mal, no resurgiré.

Levántate, Señor, en tu ira. Porque no te sintieron por los beneficios, que te sientan por la ira. Y exáltate en los confines de mis enemigos. Ruega por los enemigos, para que en los confines de los enemigos seas exaltado. Cuando dejen de ser enemigos, entonces tú, Señor, serás exaltado en ellos.

Y levántate, Señor Dios mío, en el precepto que mandaste, etc. Esto decimos nosotros: esto lo decimos creyendo. Siempre cambian las personas en los Salmos. Es mucho ahora si queremos decir en cuántas, cuántas personas cambian. Levántate, Señor Dios mío, en el precepto que mandaste: esto decimos nosotros, por nosotros sufriste, fuiste crucificado; levántate, y sálvanos. Por eso levántate, para que crea en ti una gran multitud. Cuando te levantes, ¿qué más pedimos, sino que regreses al Padre?

Y por esto regresa en lo alto. ¿Por quién? por la sinagoga de los pueblos. Que moriste, por nosotros moriste: que resucitaste, por nosotros resucitaste, que ascendiste al Padre, por nosotros ascendiste. Y por esto regresa en lo alto. Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en los cielos.

Júzgame, Señor, según mi justicia, etc.

Esto no lo puede decir David: esto propiamente conviene al Salvador, quien no pecó.

Se consumirá la maldad de los pecadores, y dirigirás al justo. No puede mi justicia ser dirigida, a menos que la iniquidad de ellos, a saber, de los judíos, sea cumplida.

Si no os convertís, afilará su espada. Este lugar recibe una doble interpretación. Muchos piensan que se dice de Dios, para que se diga a los pecadores. ¿Y qué dice? Si no os convertís, afilará su espada: esto es, si no hacéis penitencia, el Señor os herirá con su espada. Pero veamos si las consecuencias pueden adaptarse a la persona del Señor. Tensó su arco, etc. Esto puede decirse de Dios. Y en él preparó armas de muerte. Esto es difícil: el Señor no

tiene armas de muerte, sino armas de vida. Pero esto también puede entenderse sobre la persona del Salvador. Esto que sigue:

He aquí que concibió injusticia, etc. Esto es, para que los herejes se levantaran en desprecio de Dios.

Abrió un pozo, etc. Para que los perdiera. Y cayó en la fosa que hizo. En la fosa de muerte que había abierto, él mismo pereció primero: como está escrito de Arrio: esto es, si no os convertís, si no hacéis penitencia, el diablo siempre tiene preparado el arco, lanza flechas, con las que nos hiere. Cuyos corazones arden en lujuria, vicios y pasiones: estos han sido vencidos por el diablo. Hizo sus flechas ardientes. Bien dijo, ardientes: no dijo, que arderán: esto es, que arderán con sus flechas: sino aquellos cuyos corazones ve arder, a esos hiere. Dice el Apóstol que el diablo tiene flechas ardientes (Efes. VI). He aquí que concibió injusticia, concibió dolor, y dio a luz iniquidad. El diablo así concibe, así da a luz, así nutre, así exalta. Abrió un pozo, y lo cavó, y cayó en la fosa que hizo. El diablo es el pozo, él es la fosa. Abrió un pozo. Pero como no puede contener agua según Jeremías: por eso su pozo se convirtió en fosa. Todas las reuniones de los herejes son fosas del diablo. Pero lo que pasamos por alto antes: Escudriñador de corazones y riñones es Dios, mi justo auxilio de Dios: en hebreo está escrito así: Escudriñador de corazones y riñones es Dios justo: para que después siga: Mi auxilio es de Dios, que salva a los rectos de corazón. ¿Se enojará cada día? Mejor por esto en hebreo se tiene: Amenaza cada día, que también Aquila tradujo. Y bien dice: Amenazando y rechinando cada día. Porque quien por su paciencia no castiga los delitos: como enojado y amenazante, espera el día de la venganza, para corregir con temor al delincuente. Sigamos el orden.

Se convertirá su dolor en su cabeza, etc. Como si alguien lanzara una piedra al aire, y no fuera cauteloso, y la piedra viniera sobre su cabeza, se hiere con su propia herida: así también el diablo es asesinado por su propia soberbia, se exalta, y cae. Ahora quiere exaltar su cabeza, y no puede: porque se convertirá su dolor en su cabeza, y lo deprimirá. El diablo según la regla de las Escrituras se lee en Génesis; él es la serpiente, él es el antiguo serpiente, que hablaba a Eva: porque todo él se adhiere a la tierra. Los demás animales aunque caminen en la tierra (Gén. III), sin embargo, no tienen todo el cuerpo yaciendo en la tierra: aunque tengan los pies en la tierra, sin embargo, tienen otra parte del cuerpo hacia arriba. Pero el diablo, esto es, la serpiente y el antiguo serpiente, según Isaías todo está en la tierra (Is. XIV): y la cabeza y el resto del cuerpo lo tiene igual. Se convertirá su dolor en su cabeza y en la cima de su cabeza descenderá su iniquidad. Mira lo que dice: y en su cabeza, y en la cima de su cabeza. Pero cuando la iniquidad oprime la cabeza, y oprime la cima, ¿dónde está el poder del diablo? Este es el fin del diablo. Se convertirá su dolor en su cabeza, y en la cima de su cabeza descenderá su iniquidad.

Confesaré al Señor según su justicia. Quien no permitió que los que le temen se perdieran. Y cantaré al nombre del Señor altísimo. Quien nos ha llevado de los lamentos de tristeza, a las alegrías eternas.

SALMO VIII.

Al final, para los lagares, salmo de David. Tres salmos para los lagares se prescriben de diferentes hombres: David, Asaf, hijos de Coré, y que pertenecen al misterio de la Iglesia: por eso tienen el número octavo y octogésimo. Pero el octogésimo, el tercer salmo final, que se preanota para los lagares, muestra que en la Trinidad se contiene el sacramento de la resurrección de la Iglesia.

Señor, Señor nuestro. El primer nombre del Señor en hebreo es de cuatro letras, jod, he, vau, he: que propiamente suena como el nombre de Dios: y puede leerse IAHO, y los hebreos lo consideran ἄῤῥητον, es decir, inefable. El segundo, ADONAI, es común a todos, que a menudo se pone también en los hombres. Cuán admirable es tu nombre en toda la tierra. Que por nosotros te hiciste hombre, que moriste, que resucitaste, en todas las naciones es divulgado.

Porque se ha elevado tu magnificencia sobre los cielos. Que después de la resurrección ascendiste a los cielos con el triunfo de la gloria.

De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza. Aunque por la doctrina de los profetas mayores, hay muchas cosas que contienen la alabanza del Señor: sin embargo, este versículo en el Evangelio el mismo Señor declara que se ha cumplido, clamando los niños: Hosanna al hijo de David (Mat. XXI). Por causa de tus enemigos. Para confusión de los judíos. Para destruir al enemigo y al vengador, al hereje, que con su maldad ataca a la Iglesia, pero pretende defenderla.

Porque veré los cielos, obra de tus dedos. Entendemos por cielos las santas Escrituras: que fueron proferidas por el dedo de Dios, esto es, por el Espíritu Santo. Porque veré los cielos, obra de tus dedos. Quien promete que verá, aún no ve presente. Veré, dice. Entonces también conoceré la razón de su obra y su curso. De otra manera ve el piloto la nave: de otra manera el médico al enfermo, de otra manera el pintor la pintura, que los ojos rudos de los inexpertos. La luna y las estrellas que tú fundaste: la Iglesia, o sus doctores.

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Qué mérito tiene el hombre, para que te acuerdes de él, para que por su redención tomes carne? O el Hijo del hombre, para que lo visites. El Hijo de Dios, se hizo Hijo del hombre: es decir, Hijo de la virgen María: quien visitó nuestro cuerpo de humillación, que se dignó asumir.

Lo hiciste un poco menor que los ángeles. En hebreo, en lugar de "ángeles", que se dice MALACHIM, se usa "Dios", que es ELOHIM. Este pasaje el Apóstol lo interpreta en la Epístola a los Hebreos sobre Cristo. (Heb. II). Lo coronaste de gloria y honor. Gloria cuando en su descenso al infierno resplandeció; honor cuando venció a la muerte; corona, cuando rodeado del coro de los santos, regresó triunfante del infierno. Y lo pusiste sobre las obras, etc. Para que todo le esté sujeto, excepto aquel que le sujetó todo.

Todo lo sujetaste bajo sus pies. Cuando ascendió a los cielos. Ovejas y bueyes todos. Las almas santas, que producen el fruto de la inocencia. Además, las bestias del campo. Hombres de mérito inferior.

Aves del cielo. Que por soberbia, hablan iniquidad en lo alto. Y peces del mar, que recorren los caminos del mar. Que por excesiva curiosidad no contemplan las cosas celestiales: entre las olas de este mundo piensan que está la vida eterna.

Señor, nuestro Señor, ¡cuán admirable es, etc.! Comienza con la bienaventuranza o con la alabanza y termina en alabanza. Esto admira la Iglesia, cómo los santos voluntariamente sufren por el nombre de Cristo, o cómo todos somos redimidos por el Creador del mundo.

SALMO IX.

Al final, por los ocultos del hijo, salmo de David. Aunque Aquila tradujo "por los ocultos del hijo" como "la juventud del hijo", sin embargo, se debe saber que en hebreo se tiene "por la muerte del hijo". De hecho, también Símaco lo tradujo de esta manera, "por la victoria sobre la muerte del hijo". Todo el salmo, por tanto, se refiere a través de la tropología al sacramento de Cristo. Por eso los Setenta intérpretes quisieron ocultar la pasión y resurrección de Cristo, que antes era desconocida para el mundo, mediante la palabra "ocultación", para que en ese tiempo no fuera fácilmente conocida por las naciones. Aquí se refiere a este hijo que mencionó anteriormente, no al hijo según la historia de David, es decir, Absalón, cuyas obras no fueron ocultas, sino manifiestas y malas contra su padre: sino que esto se entiende del Unigénito del Padre de Dios. Sabemos de dos venidas, la primera y la segunda. En la primera venida, vino tanto manifiesto como oculto. Manifiesto en la carne, y oculto en la divinidad. Y en la segunda venida, vendrá tanto oculto como manifiesto. Oculto, porque no sabemos el día ni la hora. Manifiesto, porque todo ojo lo verá. Y de otro modo oculto, porque no conocemos el juicio oculto de Dios: esto es, porque los judíos fueron rechazados, las naciones fueron elegidas. De otra manera: Vemos a los santos ser atribulados, y no sabemos si es para prueba o para corrección, para que su gloria crezca a mejor. Vemos a otros ser atribulados, cuya pena comienza aquí y permanece con ellos en el futuro. Vemos a otros ni ser atribulados ni sufrir injuria: sino que abundan en salud corporal y alegría temporal. Estos tales son peligrosos: porque creemos que Dios no los visita, porque no son dignos de ser visitados, para que después sean castigados sin fin. Este salmo entero se canta en persona de la Iglesia por el profeta sobre el Anticristo.

Te confesaré, Señor, etc. Voz de la Iglesia. Aquí resuena una triple confesión: es decir, de pecadores, mártires, confesores: acción de gracias, o alabanza, como en el Evangelio: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mat. XI), y aquí se entiende una triple dilección: es decir, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón: y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas (Mat. XXII). Contaré todas tus maravillas. ¿Cómo dice que contará todas las maravillas de Dios, si ningún hombre puede ni ver ni comprender a Dios? Pues si quisiéramos contar todas las maravillas de Dios, es imposible. ¿Por qué no podemos? porque en otro lugar dice: Proclamaré todos los juicios (Sal. XVIII). Ni eso puede hacer el hombre. ¿Cómo no puede? porque el Señor dice: Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV). Pero ¿por qué no narró el día del juicio, sino que dijo; No os corresponde a vosotros saber los tiempos o momentos que el Padre ha puesto en su potestad (Hechos II)? Pero esta cuestión se resuelve cuando añade, todos los juicios: después dice, de tu boca: como si el profeta o cualquier santo dijera: Tanto como me enseñaste, tanto narraré: porque si narras tanto como entiendes, narras todas las maravillas de Dios, aunque en sí mismas sean más. O narraré todas tus maravillas, no solo aquellas en que los muertos resucitan, los ciegos ven, o las demás; sino también que por ti las almas perdidas son devueltas a una salvación inesperada.

Me alegraré y exultaré en ti. Me alegraré, en esperanza, y exultaré, en realidad: según aquello del Apóstol: El que se gloría, gloríese en el Señor (II Cor. X), Y cantaré a tu nombre, Altísimo. Cantaré, completaré con obra, a tu nombre. El nombre del Padre es el Hijo, el Altísimo es Dios mismo. O, cantaré a tu nombre: aquí alabanza con obra.

Al convertir a mi enemigo hacia atrás. ¿Qué enemigo, es decir, el diablo: porque el Señor dijo: Apártate, Satanás (Mar. VIII). Antes de la venida de Cristo, el diablo era el guía del camino de la muerte: pero después, siguiendo a la Iglesia, es como un perro. Por eso en otro lugar dice: Tú aplastarás su cabeza, y él observará tu talón (Gén. III): esto es, el fin de la vida de cada uno. La mujer es la Iglesia, la serpiente es el diablo. Se debilitarán y perecerán ante tu rostro. Los impíos ciertamente perecerán por su impiedad. O como dijo antes en singular,

así también aquí en plural, es decir, comprende a todos sus secuaces juntos, que perecerán en el día del juicio. ¿Por qué se debilitarán? porque antes eran fuertes por nuestros pecados: pero ahora la debilidad de Dios nos hizo fuertes, y a ellos débiles: como dice el Apóstol: Lo que es débil en Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I).

Porque hiciste mi juicio. Voz de la Iglesia, como si dijera: Abiertamente elegiste a las naciones, y reprobaste a los judíos. Cuando dice, mi juicio: aquí aparece que la Iglesia viene de las naciones. Y mi causa. Como si dijera la Iglesia. Causaste por mí contra los adversarios, y me vengaste; e hiciste mi causa buena. Te sentaste en el trono. Trono es griego, en latín sede: porque cada santo es sede de Dios: como él mismo dice. El cielo es mi trono (Is. LXVI). Y en otro lugar: El alma del justo es sede de la sabiduría (Sab. VII). Dice un trono de ellos, es decir, Pablo: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII). Que juzgas con equidad. Esto es, justicia: juzgaste justamente tú, Padre, mi causa, para resucitarme: porque injustamente me entregaron a la muerte.

Reprendiste a las naciones. Por los predicadores, que adoraban ídolos, madera y piedras. Y pereció el impío. El diablo que es adorado en esas maderas o piedras: o por la predicación apostólica fueron reprendidas las naciones, y del impío fue hecho primero. Borraste su nombre para siempre. Es decir, su memoria. No se recordará más entre ellos el nombre de la impiedad: porque creyendo en ti recibieron tu nuevo nombre, que será bendecido en la tierra.

Los enemigos han perecido con espada hasta el fin. Como si dijera: las armas del diablo, que eran los miembros pecadores suyos, por los cuales el diablo perseguía a otros, han perecido. O de otra manera: Los enemigos han perecido con espada, como si dijera, de la espada, que es la palabra de Dios, en el juicio futuro perecerán, cuando por esa misma palabra serán juzgados. Y destruiste sus ciudades. Es decir, los pecadores. Cuantos son los vicios de los pecadores, tantas son las ciudades, es decir, fortalezas, en las que el diablo reinaba: como si dijera: Perecieron por tus predicadores.

Pereció su memoria con estruendo. El sonido de su doctrina, o de los herejes malas con ellos pereció. O con estruendo, es decir, por la predicación del Evangelio. Y el Señor permanece para siempre. Y él y sus santos con su tumulto perecerán, en los siglos permaneciendo el Señor, como dijimos, y sus santos.

Preparó en el juicio, etc. Porque todo juicio lo dio al Hijo. Preparó en el juicio su sede: es decir, la Iglesia: desde la cual él juzgará el orbe de la tierra, que son todas las naciones. Juzgará a los pueblos con equidad. Lo que es equidad, esto es justicia, es decir, Cristo. O en su segunda venida con los justos premios, a los injustos el infierno y el castigo.

Y el Señor se hizo refugio del pobre. Entre el pobre y el adversario, es decir, el diablo, Cristo será el juez: que juzgará entre la Iglesia y el adversario, es decir, el diablo. Por eso también en el Apocalipsis se dice: Que es el acusador de nuestros hermanos. O aquellos pobres, que por él se hicieron pobres, distribuyen sus riquezas en alimentos para los pobres. Ayudador en las oportunidades. Es ayudador de su Iglesia. En la tribulación. Cuando es oportuno, como dice el Apóstol. Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis: sino que hará con la tentación también el resultado, para que podáis soportar: para que no seamos condenados con los pecadores en el castigo eterno (I Cor. X).

Esperen en ti. Es decir, no en sí mismos, sino en ti, y no en las concupiscencias del mundo. Que conocen tu nombre. O tu poder, o tu magnificencia. O tu nombre: es decir, tu Hijo. ¿Por qué por esto que sigue: Porque no abandonaste a los que te buscan, Señor. Por eso esperan en

ti: como aquello: Si matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Sin embargo, permite que sean tentados, pero no del todo.

Canten al Señor. Es decir, canten al Señor, prediquen, cumplan con obra. Que habita en Sion. Sion, atalaya, es decir, Jerusalén, esto es, visión de paz: ahora la Iglesia aquí es especulación: porque especula sobre el juicio futuro de Dios. Pero cuando venga a la Jerusalén celestial, entonces no será especulación, sino visión. Por eso dice Pablo: Ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII). Anuncien entre las naciones sus obras. La voz del profeta amonesta a los predicadores para que prediquen. Anuncien sus obras: esto es, prediquen sus mandamientos. Quizás ellos digan: Moriremos si vamos a las naciones: pero el profeta añade:

Porque requiriendo su sangre. Y el Señor: No teman: porque si matan el cuerpo, no pueden matar el alma (Mat. X). Se acordó el Señor: y no olvidó la oración del pobre. Como si dijera el profeta: No olvidó vengar su sangre. Por eso el mismo Señor dijo: ¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a él día y noche? (Luc. XVIII).

Ten misericordia de mí, Señor. Voz de la Iglesia: Mira mi humillación por mis enemigos: que me exaltas de las puertas de la muerte, etc. Las puertas de la muerte son las obras de los padres, que adoraban a diversos dioses de los demonios. Ellos eran las puertas de la muerte, cuya doctrina conducía a la muerte. De otra manera: Las puertas de la muerte, la doctrina de los herejes, de cuyas puertas la Iglesia fue exaltada: y fue enviada a las puertas de la hija de Sion, que son las puertas de la vida. Así como por la mala doctrina entendemos como puertas de la muerte, que nos conducen a la perdición: así también entendemos como puertas de la vida a los buenos predicadores, que nos conducen por su doctrina a la vida eterna.

Exultaré en tu salvación. Exultaré, es decir, me alegraré: En tu salvación, en tu Cristo.

Las naciones quedaron atrapadas en la destrucción que hicieron. Esto es, en las malas obras que hicieron, allí quedaron atrapadas, de las cuales serán juzgadas. En este lazo que escondieron, etc. Porque cada uno cae primero en el lazo que prepara para que otro caiga.

Se conocerá al Señor haciendo juicios. Se conocerá, esto es, en el juicio. En las obras de sus manos fue atrapado el pecador. Porque cada pecador lleva consigo mismo tanto las cuerdas, como las cadenas, y los tormentos, de donde soportará los males. Pues no es necesario que otros preparen de donde sea atormentado, cuando él mismo se prepara lo que pertenece al castigo:

Conviértanse los pecadores en el infierno. Es decir, porque quieren vivir más allá del fin del mundo, conviértanse en el infierno. Todas las naciones que olvidan a Dios. Esto es, que dicen que Dios olvida, y no cuida de sus cosas, ellos serán olvidados por el Señor: porque no dicen la verdad que Dios olvida sus criaturas; porque dice:

Porque no para siempre el olvido, etc. Porque si difiere, no quita su ayuda a sus santos.

Levántate, Señor, no prevalezca el hombre. La voz de la Iglesia suena contra el Anticristo: Levántate, en juicio: no prevalezca el hombre: es decir, el hombre pecador Anticristo. Sean juzgadas las naciones ante ti. De dos maneras ya han sido juzgadas en la presciencia de Dios. ¿Por qué? Porque no pertenecen a la Iglesia, sino al Anticristo: porque se dijo: Pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III).

Constituye, Señor, un legislador sobre ellos. Es decir, al Anticristo, que es el portador de la ley de la mala doctrina, como dice Pablo: No quisieron recibir la verdad, sino que consintieron en la iniquidad (I Tes. II).

Sepan las naciones que son hombres. Cuando sean condenadas, entonces conocerán porque pusieron su esperanza en el hombre, y no en Dios, que solo puede salvar.

¿Por qué, Señor, te alejaste lejos? ¿Por qué alejas tu salvación cuando estamos inflamados por la expectativa de tu venida? Por eso el Señor dijo en el Evangelio: Si no se acortaran aquellos días, no se salvaría toda carne (Mat. XXIV). Desprecias en las oportunidades, etc. Entonces parece despreciar, cuando es tiempo oportuno para la Iglesia para que la ayude, y no acude inmediatamente a ella en la tribulación. ¿Por qué? para ejercitarla según su voluntad: porque cuanto más difiere, tanto más la Iglesia se dilata en su deseo.

Mientras el impío se enorgullece, etc. Mientras el impío, el Anticristo, se enorgullece: el pobre, la Iglesia, se enciende en tribulación, por la soberbia de ese Anticristo. Son atrapados en sus consejos, etc. Porque son atados por sus propios pensamientos, que están contra Dios.

Porque el pecador es alabado en sus deseos, etc. Por los aduladores, y no por los justos es alabado el pecador, entonces cuando el pecador alaba al pecador, uno al otro, mientras se alaban mutuamente, se matan.

Exacerbó al Señor el pecador. El mismo Anticristo. Según la multitud de su ira. Porque no aceptó los azotes de corrección. No buscará. Para que lo adoren como a Dios: esto es, no es digno de ser buscado, sino de ser castigado.

No hay Dios ante sus ojos. Porque no obra nada digno para él. Sus caminos están contaminados, etc. Porque no camina por el camino recto, que es Cristo.

Serán quitados tus juicios, etc. Porque no cree que habrá juicio para él. De todos sus enemigos, y ciertamente de los cristianos, para probar a los que se niegan a seguirlo.

Porque dijo en su corazón, etc. Siempre seduciré a los hombres, para que perseverando en el mal, resistan a la voluntad de Dios. Porque dijo, esto es, el Anticristo: ¿qué dijo? No seré movido de generación en generación sin mal: es decir, haré tantos males en una gente, que antes de que venga a otra gente, antes oigan mi fama y teman. De otra manera: No seré movido de la generación carnal a la generación espiritual: es decir, de la tierra con el cuerpo subiré al cielo: sin mal, como si dijera, sin ninguna injuria. Cuando quiera subir al monte de los Olivos, el Señor lo matará con el espíritu de su boca. Uno de sus miembros, Simón el Mago, quiso subir al cielo, pero pereció.

Su boca está llena de maldición y amargura. Como si dijera: El que se jacta de su justicia para ser Dios, es maldito ante Dios. Bajo su lengua. Bajo su corazón. Trabajo y dolor. Dolor para él mismo, y a otros les causa trabajo y dolor.

Se sienta en emboscadas con los ricos. Es decir, el diablo acecha a través de sus miembros en los que preside, y daña a otros. Para matar al inocente. Es decir, para hacer de los inocentes culpables, y primero se daña a sí mismo.

Sus ojos. Es decir, los ojos del Anticristo. Miran al pobre. Esto es, a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo: mira para dañar, y no para ayudar. Acecha en secreto, como un león en su

guarida. El diablo, y puede llamarse león y dragón. Dragón, cuando daña ocultamente: y león, cuando persigue abiertamente. Para arrebatar al pobre. Es decir, al cristiano.

Arrebatar al pobre, mientras lo atrae. En su lazo lo humillará: se inclinará, y caerá, etc. Parece inclinarse como a la humildad, para parecer manso y santo, y cuando se incline, entonces caerá: porque mientras espera estar lejos de la muerte, entonces le sobrevendrá la destrucción repentina.

Porque dijo en su corazón, Dios se ha olvidado: ha apartado su rostro, para no ver hasta el fin. Se ha olvidado: como si dijera: Todo es mío mientras el mundo exista, y Dios lo ha entregado al olvido: nunca lo ha usado: pero es mío, porque yo soy Dios.

Levántate, Señor. Esto es, al juicio. La Iglesia dice contra el Anticristo. Y sea exaltada tu mano. Es decir, tu poder: mientras el Anticristo se jacta de poseer todo sin fin. No olvides a los pobres hasta el fin. Mientras él dice que reinará hasta el fin. Por eso dice antes.

Irritó al impío a Dios. Es decir, el Anticristo. Porque dijo en su corazón, Dios no buscará. Dice el Anticristo: Dios no se preocupa de esto presente.

Ves porque tú consideras el trabajo y el dolor. El profeta habla a Dios: Porque el Anticristo medita para dañar, tú consideras. Para entregarlos en tus manos. Las manos de Dios se llaman aquellos que ejercen la justa venganza de Dios sobre los pecadores. Por eso manos, porque por ellos Dios se venga. De otra manera: Para entregarlos en tus manos, es decir, en sus obras: para que sean dignos de ser entregados, quienes hicieron cosas indignas: porque ellos mismos se entregaron a sus miserias, y los dejó en todas sus voluntades.

Porque a ti ha sido confiado el pobre. Es decir, la Iglesia. Como si dijera: Tuya es la salvación. Serás ayudador del huérfano. Se llama huérfano al que no tiene padre; huérfano, al que no tiene ni padre ni madre. Se llama huérfano al que no tiene al diablo como padre, como en el Evangelio: No llaméis padre vuestro sobre la tierra (Mateo XXIII). Y al que no tiene madre, es decir, la gentilidad. Como si dijera: a este serás ayudador.

Quebrantando el brazo del pecador. Esto se refiere al Anticristo: porque el Señor quebrantará su fortaleza. Y del maligno. Él es el maligno. Se buscará su delito, y no se encontrará. Esto es, no es digno de venir a la enmienda. Y de otra manera: No se encontrará, para que tenga pecado: sino que sea como Dios que no tiene pecado, tanto en él mismo.

El Señor reinará eternamente sin fin. Porque entonces el reino con tranquilidad, como dice Pablo: Cuando haya entregado el reino a Dios y al Padre, cuando Dios sea todo en todos (I Cor. XV). Pereceréis, naciones, de su tierra. Los que recibieron al Anticristo, perecerán de la Iglesia, esto es, de la Iglesia; reinando Cristo, las naciones de los crímenes desaparecen del cuerpo humano.

El deseo de los pobres ha escuchado el Señor. Es decir, el Señor ha escuchado a su Iglesia para que sea vengada. Ha escuchado, para darles el reino de los cielos. La preparación de su corazón ha escuchado tu oído. Esto es, tu clemencia. Se dice que los oídos del Señor escuchan, cuando se digna escuchar: es decir, la vida eterna, que la Iglesia desea, cuando se la da: para que lo que una vez deseó en sí misma, finalmente lo disfrute en la realidad.

Juzgar al huérfano y al humilde. Aquí habla en caso dativo, no acusativo: esto es, no para juzgar al huérfano, sino para que se juzgue al huérfano y al humilde, para que reciban la vida

eterna. Para que no se añada más a engrandecerse el hombre sobre la tierra. Para que de esto no se levante el Anticristo sobre los elegidos de Dios, ni los tiente: porque oprimido por el reino del Hijo de Dios, ya no será. También nosotros oremos al Señor, para que se digne guardarnos ilesos de sus obras: para que hechos huérfanos por él, reconociendo a Cristo el Señor como padre, lo sigamos con fe, lo retengamos en el corazón, lo glorifiquemos en la obra: porque a él es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO X.

Al final, salmo de David. El décimo salmo se canta contra los herejes y los que creen mal.

En el Señor confío. Voz de la Iglesia, contra los herejes, o de Cristo contra los demonios. Emigra al monte como un gorrión. Quiere que el justo emigre al desierto, para allí derribarlo más fácilmente. O porque los herejes son engañosos, de los cuales dice el profeta: ¡Ay de los que llaman dulce a lo amargo, y amargo a lo dulce (Isaías V): por eso quieren seducir al justo hacia ellos, diciendo: Emigra a nosotros. Quien les respondió: En el Señor está mi esperanza. ¿Cómo, dice, emigraré a vuestros montes, esto es, a vuestra soberbia? Pero lo que dice, como un gorrión: a menudo leemos que el gorrión se pone en lugar de prudencia. Por eso dicen: Pasa a nosotros como prudente, cuando su prudencia es necedad.

Porque he aquí que los pecadores han tensado el arco. Es decir, los herejes han tensado el arco de su boca contra la Iglesia, el poder de su verbosidad. Han preparado sus flechas: esto es, palabras. En la aljaba, en sí mismos. Porque ellos son las aljabas: donde retienen ocultas palabras vanas y sentencias venenosas que confeccionan de las Escrituras santas. Para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón. Nunca luchan a la luz, sino siempre en las tinieblas. Por eso el justo decía: Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor. Para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Salmo CXVIII). Para que cuando vean en la Iglesia a los inexpertos o a los simples, los atraigan con lazos engañosos y ocultos.

Porque lo que tú perfeccionaste destruyeron. ¿Qué es lo que hiciste? Tu Iglesia en unidad. De donde dice: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (Salmo VIII). Los herejes quieren destruir esto en sí mismos y en otros, porque desgarran la unidad. De otra manera: A quien tú perfeccionaste, a Cristo concebido del Espíritu Santo, los judíos lo mataron. Pero ¿qué hizo el justo? Cuando los herejes calumnian y discordan entre sí, esto responde la Iglesia en persona de la Iglesia. Entre vosotros discordáis, pero de vosotros Cristo no calla: porque dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV). Y de otra manera: ¿Qué hizo el justo? Esto es, redimió al mundo, y se dio a sí mismo por el mundo.

El Señor en su santo templo. Como si dijera el profeta: Aunque vosotros, herejes, os apartéis de la Iglesia, sin embargo, el Señor estará en su templo, esto es, en la Iglesia. Dice el Apóstol: Vosotros sois templo del Dios vivo (II Cor. VI). El Señor en su santo templo: En la Iglesia que se presentó a sí misma santa. El Señor en el cielo su trono. En el cielo, esto es, en el santo predicador. De donde dijo. El cielo es mi trono (Isaías LXVI), y el alma del justo, trono de la sabiduría en el alma del justo, que medita en las cosas celestiales.

Sus ojos miran al pobre. Los ojos de Cristo con la mirada de la divinidad miran al pueblo cristiano. ¿Para qué miran? Esto es, para ayudar. Sus párpados interrogan a los hijos de los hombres. La sutileza de la divinidad, es decir, los juicios ocultos de Dios, en los cuales nos interroga: porque por esto conoce lo que tiene cada uno, porque los juicios de Dios son ocultos. Como la Escritura a veces se oscurece, para que reconozcamos nuestra debilidad: de

nuevo somos elevados, para que no desesperemos. Y de otra manera: Por lo próspero y lo adverso interroga: porque por esto Dios prueba cómo ha sido cada uno. De otra manera: Vemos a una nación ser azotada, y sabemos por qué causa es azotada: aquí los juicios son manifiestos. Y de otra manera: Vemos ser azotada, y no sabemos por qué causa, y aquí los juicios son ocultos, por estos comprendidos anteriormente.

El Señor interroga al justo y al impío. Es decir, prueba. Pero quien ama la iniquidad, odia su alma. Esto es, la pierde.

Lloverá sobre los pecadores lazos: fuego, etc. Esto según la historia sucedió: cuando el Señor llovió azufre y fuego sobre Sodoma. Como dice el apóstol Judas, en ejemplo del fuego eterno fue hecho. Lloverá sobre los pecadores. De dos maneras también los herejes llueven mala doctrina. Y así como una lluvia riega la tierra fértil y la árida: así también una predicación es de Dios, que infunde la tierra buena, es decir, los santos: y la tierra mala, los pecadores, a quienes pertenecen estas cosas que siguen: Fuego, codicia, azufre, podredumbre de pecados, espíritu de tormentas, espíritu de tempestad. Espíritu de tormentas, indica el castigo del juicio eterno, y los azotes de los pecadores, a quienes el fuego consume, la tempestad exánima. Y el profeta dice: Alrededor de él hay una tempestad poderosa. Parte de su cáliz (Salmo XL): ¿Por qué dijo parte? Porque a cada uno según su parte, como de un cáliz, es decir, recibirá la justa venganza según haya llevado su miseria: como dice el profeta: Dios pagará a cada uno según sus obras (Salmo LXI, Jeremías XXV).

Porque justo es el Señor, y ama las justicias: la equidad vio su rostro. Porque a cada uno como en un espejo, cuando venga en su presencia, verá su iniquidad y él mismo prevé la iniquidad de ellos. O la presencia de Dios vio a los santos para gobernar. Porque ama la justicia: porque juzga a cada uno según su propia obra. La equidad vio su rostro: para que a los santos dé premios, a los pecadores castigo. Que nos dignifique con su llamado, y no nos imponga castigos según nuestros pecados, sino que nos otorgue perdón según su gran misericordia: porque a él es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XI.

Al final por la octava, salmo de David. Este salmo se canta sobre la pasión de Cristo. Por la octava, como dijimos anteriormente.

Sálvame, Señor. Voz de Cristo al Padre por la parte de la carne en la pasión. Porque ha faltado el santo. Fuera de ti, no queda quien pueda salvar. Porque han disminuido las verdades de los hijos de los hombres. ¿Por qué dijo verdades, cuando no sabemos quién es la verdad, como dice: Yo soy el camino y la verdad (Juan XIV). Así como muchas Iglesias y una Iglesia, así muchas verdades: porque muchas obras de justos, y muchos que hacen el bien. Pero ¿por qué disminuidas? Porque antes de la venida de Cristo, ya sean profetas, ya sean patriarcas, tanto de buena naturaleza, como los que en parte caídos veían servir, en muchos modos estaban disminuidos: porque la cabeza, es decir, la verdad, que es Cristo, aún no había venido. Los miembros estaban disminuidos, hasta que su cabeza, que es Cristo, llegó.

Hablaron vanidades, etc. Primero Pedro, cuando dijo: Y si es necesario que muera contigo, no te negaré. De igual manera dijeron todos los discípulos (Mateo XXVI): pero todos ellos hablaron vanidades, cuando no pudieron cumplir lo que propusieron. Y los herejes, malos doctores, que enseñan doctrina perversa, hablaron vanidades cada uno a su prójimo. Cristo el

Señor, que habla estas cosas, es el prójimo de todos: quien hizo misericordia, para que con su muerte atara nuestras heridas. Contra quien los judíos se ejercitaban en vaniloquio. Labios engañosos en el corazón y corazón hablaron. Simmachus lo tradujo así Labios resbaladizos, en el corazón es una cosa, y habla. Labios engañosos, se llaman bilingües, porque hablan con dos lenguas: porque dicen una cosa, y retienen otra. Así los labios engañosos que hablaron mal de corazón en corazón: según lo que concibieron en el corazón, lo pronunciaron con la boca en la obra.

Destruya el Señor todos los labios engañosos. ¿Acaso lo dice maldiciendo? No: porque no es costumbre de los santos maldecir, sino pronunciando lo que ha de venir, dijo: no deseando, sino profetizando (Juan VIII). ¿Quiénes son los labios engañosos? Herejes, y malos predicadores. Y la lengua grandilocuente. Es decir, los que hablan con soberbia.

Que dijeron, magnificaremos nuestra lengua. Esto es, los que se alaban a sí mismos mutuamente, y magnifican sus obras. Nuestros labios son de nosotros. Como si dijera: Nuestros doctores los tenemos de nosotros mismos, no de otro lugar. Se jactan en vana verbosidad, diciendo: Nosotros somos hijos de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Quién es nuestro Señor? Como si dijeran: No tenemos Señor, porque todo lo sabemos.

Por la miseria de los pobres, y el gemido de los pobres. Es la voz del Padre. ¿Quién era miserable, sino el género humano en el mundo, que vino a esta miseria en la que gemía en pecados? Y el gemido estaba en el infierno, en aquellos que habitaban en penas. Ahora me levantaré, dice el Señor. Esto es, enviaré a mi Hijo para que los redima, y a aquellos que están en miseria en el mundo, o a aquellos que habitan en el infierno. Lo cual así fue hecho: Dios Padre envió a su Hijo a nosotros miserables, para que nos liberara, y con su pobreza fuéramos ricos.

Pondré en mi salvación. Dijo, en la salvación, y no dijo, qué pondré: se sobreentiende, la salvación de las naciones. Y aún qué pondré? Contra el gemido la alegría: y contra la pobreza, las riquezas espirituales. Actuaré con confianza en él. Voz del Padre sobre el Hijo. Como si dijera: Con confianza hago todo por él: porque la divinidad fortaleció la humanidad: como está escrito, actuó libremente.

Las palabras del Señor, palabras castas. Comprende conjuntamente la doctrina de ambos Testamentos. Entonces son castas, si por buenos predicadores se predican incorruptiblemente y sin corrupción. Entonces será esto: si cuando predican no son provocados por el amor de los parientes, ni por el temor de los poderosos, ni por los dones presentes, ni por el honor vano. De otra manera: Que ni se atreven a añadir algo más, ni a disminuir tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, sino que predican fielmente. Plata probada en el fuego. Esto es, probada por el Espíritu Santo. No prueban ellos las palabras divinas: sino que el Espíritu Santo ilumina a aquellos que las predican: como en Isaías aquel ángel, cuando tomó un carbón del altar, y tocó sus labios, diciendo: He aquí que he tocado esto tus labios, y será quitada tu iniquidad, y tu pecado será purificado. Por la plata, el Antiguo Testamento: por el oro, el Nuevo. Así es la letra y el entendimiento espiritual, como si del plata se produjera oro. Probada en la tierra, esto es, la Iglesia. Aquellas palabras divinas fueron probadas por el Espíritu Santo, que recibió la Iglesia. De otra manera: Probada en la tierra, es decir; Cristo el Señor, que vino en aquella humanidad por la parte de la carne, que de María recibió, como tierra el Señor asumió. Purificada siete veces. Los siete dones que estuvieron en Cristo: no para que él fuera purificado, sino para que los que iban a recibir esos dones, fueran purificados.

Tú, Señor, nos guardarás. Esto es, en la fe, la Iglesia ruega. Y nos guardarás de esta generación. Comprende conjuntamente a toda la multitud de los malos, herejes, dialécticos, y demás. De esta generación el Señor separó a su Iglesia. De donde también en el Evangelio: Todas estas cosas vendrán sobre aquella generación, desde la sangre de Abel que fue derramada; o desde la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien mataron entre el templo y el altar (Mateo XXIII).

Alrededor caminan los impíos. Cuando nos hayan trasladado de este siglo al futuro, entonces los impíos caminan fuera: ni podrán entrar con los santos, a quienes tú, según tu grandeza, conservaste con tu solicitud. Alrededor caminan los impíos: porque no llegarán a la vida eterna. Y de otra manera: Cuando los elegidos hayan sido recibidos, fuera de la puerta clamarán: Señor, Señor, ábrenos. De otra manera: Alrededor de ellos, y se les dirá. No os conozco: Según tu altura multiplicaste a los hijos de los hombres. Hijos de Dios. Según la multitud según la abundancia de tu misericordia, porque se multiplica la Iglesia, esto es, de su piedad y misericordia: cuando en la retribución de la futura bienaventuranza recibiendo tus promesas, hechos conformes al cuerpo de tu gloria, en el cual a ti es con el eterno Padre, y el Espíritu Santo, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XII.

Al final, salmo de David. El duodécimo salmo contiene la voz del alma fiel, que busca a Dios.

¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre? Voz de la Iglesia. Como si dijera: ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué dice para siempre? el hombre consta de cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra. La tierra es inferior a estas criaturas, porque el fin de las criaturas es la tierra: por eso dice la Iglesia: Y si soy más vil, vilísima como la tierra, ¿hasta cuándo me olvidarás? No por eso, porque soy inferior, y el fin de las otras criaturas: no por esto me olvides para siempre. ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí, para que no tenga conocimiento, ni iluminación de tu pensamiento antes del término de esta vida?

¿Cuánto tiempo pondré consejos en mi alma? Sufro esto, dice, hasta que por consejo espiritual te busque. Dolor en mi corazón cada día. Por aquella luz del conocimiento tuyo que perdí por mucho tiempo, añadiré dolor sobre las tinieblas de mis pecados: esto es, haré penitencia.

¿Hasta cuándo se exaltará mi enemigo sobre mí? Mientras no me haya convertido a ti, se levanta contra mí el diablo, que es el enemigo del género humano. ¿Hasta cuándo se exaltará mi enemigo sobre mí? Como si dijera: ¿Cuánto tiempo tendrá el adversario dominio sobre la Iglesia? Hasta el fin. Mira, y escúchame, Señor mi Dios. Es la oración de la Iglesia, de tres personas se puede entender: Mira en la tribulación, o en la ayuda: y escucha en esto que suplico.

Ilumina mis ojos. Es decir, los ojos del corazón. Para que nunca duerma en la muerte. Sabemos que el hombre no puede dormir cuando está en tormento, pero dormir lo pone por aquella noche. De donde dijo antes: Muerte sin muerte, y defecto sin defecto. Y el Señor durmió en la nave, cuando es despertado por los discípulos. Notemos, que el Señor dormía, cuando la fe de los apóstoles vacilaba. El Señor vela por la fe de cada uno, y por la fe es despertado. Y si no se tiene fe, parece que duerme. De donde dice: Despierta tu fe, y entonces despiertas a Cristo. Mira, y escúchame, Señor mi Dios. Ilumina mis ojos, para que nunca

duerma en la muerte. Porque tú eres la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Tú iluminas los ojos de nuestro corazón, para que no nos sorprenda el sueño de la muerte eterna. No sea que diga el enemigo, etc. No sea que, esto es, en el juicio futuro, diga mi enemigo, prevalecí contra él: es decir, lo seduje para engañarlo. Como si dijera: Si el adversario puede encontrarnos en el sueño de la infidelidad, entonces prevalece sobre nosotros.

Se alegrarán si me he movido. Aquellos cuyos pies se movieron: porque no permanecieron en la verdad de Dios, si mis pies, esto es, mis sentidos, de la fe católica pudieran alejarse: entonces se alegrarán: es decir, se regocijarán, como dice el Profeta: Mis pies casi se movieron: pero yo en tu misericordia espero, para que me estabilice en la fe.

Se alegrará mi corazón en tu salvación: En el Señor Jesucristo. Cantaré al Señor, es decir, alabaré, y predicaré. Quien me ha dado bienes, esto es, los auxilios de esta vida presente, con los cuales subsistimos: para que, despreciando las pompas del mundo, contemplemos espiritualmente. De otra manera: Ha dado bienes: las virtudes de la Iglesia, es decir, la fe, la esperanza, y la caridad: y en el futuro la vida eterna. Cantaré a tu nombre, Altísimo: esto es, lo que canto y predico, lo cumpla con la obra. Con razón, pues, Señor Jesucristo, se canta a tu nombre, porque rico en piedad, das victoria a los justos, e invitas a los pecadores a que se conviertan a ti: a ti gloria y honor con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XIII.

El decimotercer salmo no tiene inscripción, pero pronuncia que nuestra redención procederá de Sion. Y primero habla contra los impíos, que confiando en las riquezas del mundo, ignoran a Dios que las otorga.

Dijo el insensato en su corazón. En lugar de insensato, en hebreo se ha puesto NABAL. De ahí que Abigail dijera de su esposo Nabal en el monte Carmelo: "Verdaderamente, según su nombre, es insensato" (1 Reyes XXV). No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Este salmo se refiere a la pasión de Cristo, cuando todos abandonaron al Señor: tanto que incluso Pedro, quien fue el príncipe de los apóstoles, lo negó. Dijeron en su corazón: no hay Dios. Lo dijeron en su corazón, no en su boca. ¿Por qué? Porque no se atrevieron: no fuera que violaran las deidades de sus dioses. Dijo el insensato, el pueblo judío: quienes dicen en su corazón, no hay Dios, no hay Cristo, el Hijo de Dios. Uno de ellos no solo no lo tuvo por Dios, sino que ni siquiera lo creyó profeta, cuando dijo: "Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora" (Lucas VII). Y otro: "Si es el Hijo de Dios, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Marcos XV).

Se corrompieron. Degeneraron de aquella integridad de la buena naturaleza. Se hicieron abominables. Es decir, odiosos. En sus voluntades. Es decir, en sus hechos. Se corrompieron y se hicieron abominables en sus voluntades. Pues si hubieran tenido conocimiento de Dios, no se habrían corrompido ni se habrían hecho abominables. No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. A menos que alguien conozca a Cristo, quien es el único del Padre, no podrá ser verdaderamente bueno. No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Aquí se muestra que este salmo se refiere a la pasión: porque ninguno de los discípulos, ni siquiera Pedro, quien es la cabeza de la Iglesia, porque él también lo negó: ninguno de los hombres, porque todo el mundo se había inclinado hacia la parte inferior, excepto un hombre, que es Cristo.

El Señor miró desde el cielo. Para dar salvación al género humano. O, desde el cielo, es decir, desde los santos. Sobre los hijos de los hombres. A quienes hace sus santos. O, desde su santo. Sobre los hijos de los hombres: es decir, sobre el género humano: Para ver, esto es, para hacer ver a sus santos: a través de quienes mira, y en quienes habita. El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres: para ver si hay alguien inteligente o que busque a Dios. Mira a través de las almas santas, que a menudo hemos llamado cielo, para ver si hay alguien sabio, que busque a Dios con la mente: porque ante el poder divino nada está oculto.

Todos se desviaron. Todo el género humano se había desviado hacia la parte inferior. Juntos se hicieron inútiles, tanto para sí mismos como para otros. Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles. No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Dice esto de las naciones. Pero porque interpone a todos, añade que se debe entender a los judíos, quienes a menudo se mezclaron en los lodazales y las idolatrías de las naciones.

Sepulcro abierto es su garganta. Desde este verso hasta aquel donde dice: "No hay temor de Dios ante sus ojos", no se encuentra en los códices hebreos. Se pregunta entonces cómo el Apóstol usó este testimonio en la Epístola que escribió a los Romanos (Rom. III). Respondemos que el Apóstol tejió este testimonio del Deuteronomio y el Salterio, y de otros lugares de las Escrituras.

Allí temieron con temor: esto que sigue, Donde no había temor: No se encuentra en los volúmenes hebreos.

Sepulcro abierto es su garganta. A través de sus seducciones, han reunido a los hombres en sus bocas como en sepulcros. Pues en otro lugar se pone algo similar a esto: "Si el Señor no hubiera estado con nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos" (Salmo CXXIII). Con sus lenguas actuaban con engaño. Corrompiendo las buenas costumbres con malas conversaciones. Veneno de áspides hay bajo sus labios. Porque, como las áspides, así tapan sus oídos, para no escuchar los preceptos de la Ley divina. El veneno, en efecto, se entiende como el engaño de las conversaciones iniquas.

Cuya boca está llena de maldición y amargura. La bendición de la adulación trae maldición. La amargura se refiere a esto: porque las dulces palabras de Dios, al ser mal interpretadas, las hicieron amargas para su propia perdición. Cuya boca está llena de maldición y amargura: porque su doctrina daña tanto a ellos mismos como a otros, y en el futuro condena. Sus pies son veloces para derramar sangre. Y matan tanto corporal como espiritualmente, mientras desean derramar a Cristo, quien es la vida del alma.

Destrucción y miseria hay en sus caminos: destrucción del cuerpo, miseria del alma. En sus caminos, en sus obras. Siempre los pecadores se destruyen miserablemente en su camino. Porque no conocieron el camino de la paz. Que es Cristo el Señor: ni por la fe, ni por la obra. ¿Por qué no lo conocieron? Por lo que sigue: Porque no hay temor de Dios ante sus ojos. No pusieron a Dios ante sus sentidos, en memoria y santo temor. No hay temor de Dios ante sus ojos. Pues no temen el juicio futuro, por eso no observan sus mandamientos.

¿No conocerán todos los que obran iniquidad, la venganza venidera? Como si dijera: Si ahora no conocen, conocerán en el juicio cuando venga. Que devoran a mi pueblo como pan: los herejes al pueblo cristiano. Así como el pan se consume en todas las comidas, sin él no se puede saciar, pero se toma con todas las comidas: así también los herejes nunca se sacian de sus iniquidades, sino que se sacian de la gente de Dios, o de la Iglesia, a quienes pueden capturar. Que devoran a su pueblo, al pueblo eclesiástico, como pan: porque no hay pan vivo,

sino el que descendió del cielo. No invocaron al Señor. Pues si lo hubieran invocado, ciertamente habrían sido salvos. De otra manera: No invocaron a Dios. ¿Por qué? Porque muchos invocan, pero no a Dios, sino a otra cosa que desean tener por Dios, no al mismo Dios.

Allí temblaron de miedo, donde no había miedo. Y las naciones temen a sus dioses, y los mismos poderosos judíos, cuando dijeron de Cristo: "Si lo dejamos vivir, vendrán los romanos y nos quitarán nuestro reino y nuestra nación". Temblaron de miedo, donde no había miedo: En los ídolos y en los vanos ritos de los simulacros.

Porque el Señor está en la generación justa. En el pueblo cristiano. Y estuvo en los judíos: porque de ellos tomó carne. Confundieron el consejo del pobre. Los judíos no quisieron creer en Cristo: esto es, no quisieron creer en el misterio de su encarnación. Cristo es llamado pobre, como dice Pablo: "Porque siendo rico, se hizo pobre, para que con su pobreza nos hiciera ricos" (II Cor. VIII). Confundieron el consejo del pobre: es decir, de Cristo: no entendiendo que procedía de Dios cuando daba consejo, diciendo: Arrepentíos. Porque el Señor es su esperanza. El Padre ciertamente, por la carne asumida: porque la humanidad fue fortalecida por la divinidad.

¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? ¿Quién sino Dios que está en Sion? Él dio la salvación, el mismo Cristo en la santa Iglesia. De otra manera: ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Cristo el Señor, a quien los habitantes de esa Sion terrenal no creyeron. Cuando el Señor haga volver la cautividad de su pueblo. Ya hemos sido redimidos de aquella cautividad de la transgresión, pero aún estamos en la cautividad de esta vida. Y de otra manera: De parte de los judíos: que se apartará de la cautividad en el tiempo de Elías y Enoc, como dijo Pablo: "Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo". De otra manera: Cuando el Señor haga volver la cautividad de su pueblo, por su propia pasión. Alégrese Jacob, y exulte Israel. Él es Jacob quien también es Israel: pero aquí Jacob, y allí Israel. Aquí suplantador de vicios, y allí viendo a Dios cara a cara: cuando Dios será todo en todos: quien, dejando las cosas mundanas, contempla al Señor con la mente. Que se digne concedernos: que, hechos Jacob en acción, suplantando los vicios y siendo verdaderos israelitas, merezcamos ver con la mente, y tener con el corazón al mismo, a quien es con el eterno Padre y el Espíritu Santo, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XIV.

Salmo de David. Oportunamente se ha leído el decimocuarto salmo: y según el orden, ha sucedido de tal manera que parece haber sido leído casi intencionadamente, según el orden se ha leído el salmo. Creo que ha sido hecho por disposición de Dios: para que lo que os beneficiaba, hoy se expusiera en el orden de la explicación. Se ha leído el decimocuarto salmo, que se titula, Salmo de David. Pero nuestro David es Cristo, como hemos dicho a menudo. Luego leemos en Éxodo: que el cordero se inmola el día catorce (Éxodo XII). Se inmola el día catorce, cuando la luna está llena, cuando no falta nada de luz. Ved, pues, que Cristo no se inmola, sino en luz perfecta y plena. Porque, por tanto, el cordero debe ser inmolado para vosotros el día catorce, ahora el profeta se maravilla, y pregunta:

Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? Vosotros que queréis habitar en el tabernáculo del Señor, escuchad lo que dice el Señor: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? Aquí tomamos tabernáculo por eternidad, aunque en otros lugares se entienda como obras: porque aquí, mientras somos inferiores, estamos como en un tabernáculo, hasta que después de la victoria se llegue a la casa. De otra manera: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién,

dice, podrá ser templo de Dios en la tierra, y habitar en la ciudad del Dios viviente? De la cual el Apóstol habla mucho. ¿O quién descansará en tu monte santo? ¿Quién, dice, será digno de ser conformado a la imagen del Hijo de Dios (Hebreos XII, Romanos IX), quien a menudo es llamado monte? Esta piedra cortada del monte sin manos: esta se hizo un gran monte, esta llenó la amplitud de la tierra (Daniel II), en este descansan las almas de los santos. En este, por tanto, nadie recibe descanso, sino quien entra sin mancha, y obra justicia: quien está libre de toda mancha de pecado, y guarda inviolablemente los preceptos de Dios. De otra manera: ¿O quién descansará en tu monte santo? No primero en el monte, y después en el tabernáculo: sino primero en el tabernáculo, y así en el monte. El tabernáculo no es una casa firme, el tabernáculo no tiene fundamento: sino que se mueve de aquí para allá, y migra con el que migra: porque el tabernáculo no tiene fundamento, sino que es una casa incierta: pero la casa firme tiene fundamentos. El monte se pone por la vida eterna.

Quien entra sin mancha. Esto es, sin pecados mortales, porque sin los pequeños no podemos estar. De donde se dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. O de otra manera: Quien entra sin mancha. Ved lo que se ordena. No dijo: quien llega al final sin mancha, sino quien aún está en el camino, y no tiene mancha. Alguien puede decir: No tengo mancha, no he hecho mal. No nos basta con no hacer el mal si no hacemos también el bien. De hecho, sigue: Y obra justicia. No dijo, obra castidad, obra sabiduría, obra fortaleza. Y estas virtudes son ciertamente óptimas. La sabiduría nos beneficia, la fortaleza nos beneficia, para resistir las persecuciones. Luego la templanza y la castidad nos son necesarias, para no perder nuestras almas. La justicia sola es una gran virtud, y madre de todas. Que alguien diga: ¿Cómo es la justicia mayor que las demás virtudes? Las demás virtudes deleitan al que las tiene: la justicia no deleita al que la tiene, sino a los demás. Si soy sabio, la sabiduría me deleita: si soy fuerte, mi fortaleza me deleita: si soy casto, mi castidad es mi alegría. Sin embargo, la justicia no beneficia a los que la tienen, sino a los demás miserables que no la tienen. O de otra manera: Y obra justicia, esto es, guarda los mandamientos, como aquello: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mateo XIX).

Quien habla verdad en su corazón. Muchos hablan verdad en los labios, pero no en el corazón, quienes parecen decir la verdad, pero el corazón no concuerda con los labios. De otra manera: Quien habla verdad en su corazón, para que piense verdaderamente sobre la verdad, que es Cristo: ni se mezcle con las afirmaciones heréticas, que siempre se encuentran falsas y vacías. De donde Pablo dijo: Con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X). Quien no ha hecho engaño con su lengua. No ha proclamado engañosamente la doctrina católica para engañar; sino que lo que ha dicho con la boca, lo ha cumplido con la obra. Aquel actúa engañosamente, quien piensa una cosa y dice otra: como dice el profeta: Detén tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño (Salmo XXXIII).

Ni ha hecho mal a su prójimo. Quien hace misericordia, él es el prójimo. Cristo el Señor hizo misericordia, para redimirnos con su pasión: cuya doctrina nadie debe convertir en mal, como hacen los herejes. Nuestro prójimo es todo hombre cristiano. Lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro. Y en otro lugar dice: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y nuevamente dice: Apártate del mal, y haz el bien. Algunos piensan que el prójimo es el hermano, o el vecino, o el pariente, o el consanguíneo. Pero nuestro Señor enseña en el Evangelio en esa parábola, donde alguien descendió de Jerusalén a Jericó: el sacerdote pasó, el levita pasó, y no tuvo misericordia: el samaritano pasó, y tuvo misericordia. Y luego el Señor pregunta, y dice: ¿Quién de estos fue el prójimo? Inmediatamente se dice, quien hizo el bien. Y el Señor añade: Id, y haced vosotros lo mismo (Lucas X). Por tanto, todos los

hombres son nuestros prójimos, y a ninguno debemos hacer mal. Y no aceptó oprobio, etc. Nunca es acusado como nocivo por sus vecinos. Pero glorifica a los que temen al Señor. No glorifica a los ricos, no a los poderosos, sino solo a aquellos que temen al Señor. Y no aceptó oprobio contra sus prójimos. No aceptó el oprobio de la detracción del hermano, si primero no cree en esas cosas antes de probarlas. Como si dijera: Quien guarda estas cosas que se dijeron antes, ese es sin mancha, y obra justicia. Y este habita en el tabernáculo, y descansará en tu monte santo, esto es, en la vida eterna.

El maligno es reducido a nada en su presencia. En la presencia de ese justo, el diablo. Pues en la Iglesia, cualquiera que sea malo, en presencia del santo es contado por nada. Es reducido a nada, porque ante tal santo es tenido por nada: mientras fue ángel, y se hizo fugitivo; y así como fue hecho de la nada, después de que perdió lo bueno, fue reducido a nada. Y mientras es nada, los santos más fuertes no lo temen. Pero glorifica a los que temen al Señor. Voz de la Iglesia: Quienes temen al Señor con santo temor, el Señor los glorifica. De otra manera al sentido moral: Pero glorifica a los que temen al Señor. Pues sabe que en ellos habita Dios, como dice el Señor: Quien os ama, me ama (Juan XIV).

Quien jura a su prójimo, y no engaña. Este ya es menor en perfección, y si hace el bien, porque aunque no engañe por juramento, sin embargo, son vituperados por aquel precepto que dice: No juréis en absoluto, ni por el cielo, ni por la tierra: sino que vuestro discurso sea: Sí, sí: No, no. Porque esta sentencia es de los perfectos, no jurar (Mateo V). Porque el alma cuando promete guardar los preceptos de Dios, si el prójimo es el cuerpo: entonces lo engaña, si no observa lo que promete. Quien no dio su dinero a usura. Aunque no peque alguien porque lo que da, eso mismo recibe: sin embargo, no es perfección: porque se ha dicho: Parte tu pan con el hambriento (Isaías LI). Y es más bienaventurado dar que recibir (Hechos X). Hasta que llegue a esto, es menor en perfección. De otra manera: El dinero del Señor es la predicación: muchos no quieren darlo, si no reciben de ello un precio. Sin embargo, es lícito recibir sustento y vestido de esa predicación (como dice el santo Pablo): no tener más de ello, como dice: Quienes predican el Evangelio, que vivan del Evangelio (1 Cor. IX). Y el Señor dice: Digno es el obrero de su alimento (Mateo X). Pero quien quiera exigir más, se considera usura. De donde Pablo dice: Si os hemos sembrado cosas espirituales, ¿es mucho si cosechamos de vosotros cosas carnales (1 Cor. IX)? Como si dijera: No es mucho en comparación con aquellas cosas espirituales que os anunciamos: Pero teniendo sustento, con esto estemos contentos (1 Tim. VI). Así como se prohíbe dar dinero visible a usura, para que quien presta no despoje más: así también la palabra de Dios, que es gran dinero, no solo a los ricos que alimentan y dan regalos, sino también a los necesitados y pobres debe ser insinuada gratuitamente: diciendo así el Señor: Gratis recibisteis, dad gratis (Mateo X). Y no aceptó regalos sobre el inocente, para no perturbar el juicio de la verdad, ofreciendo regalos. Y de otra manera: Para no hacerse semejante a Judas: quien, habiendo recibido el peso de plata, vendió al inocente. Como dice el profeta: Quien sacude sus manos de todo regalo, este habitará en las alturas (Isaías XXXIII).

Quien hace estas cosas, no será conmovido para siempre. Todas estas cosas deben ser retenidas alegóricamente: así como expuestas según la letra deben ser guardadas en las costumbres. Que si alguien las guarda irreprensiblemente, no solo estará seguro de la conmoción del juicio eterno, sino que también merecerá poseer el mismo monte y tabernáculo celestial en Cristo Jesús nuestro Señor; a quien es honor y gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XV.

Título: Inscripción de David.

La inscripción del título en los túmulos y sepulcros es aquella que contiene los cuerpos de los muertos. Por esto, Aquila y Símaco han puesto "humilde" y "sencillo e inmaculado", significando que el salmo se refiere propiamente a Cristo, quien dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo XI). El salmo, como hemos dicho, retiene sin disminución la voz de nuestro Rey, que en el hombre asumido profiere, enviada por el Padre. David, es decir, el mismo Cristo. Este salmo se refiere a la pasión. Hay tres tipos de inscripciones: una, sobre los túmulos de los muertos; otra, en los umbrales de la ciudad o de las casas; y la tercera, en la victoria del rey. Aquí, por tanto, habla de la inscripción de la victoria del rey: así como este rey fue, es decir, Cristo, y fue escrito sobre su cabeza en la Pascua después de la victoria, es decir, después de vencer al diablo, redimiendo al género humano, en tres lenguas: griego, hebreo y latín. Por eso Pilato dijo: "Lo que he escrito, he escrito". Y puso sobre su cabeza la causa de Cristo: "Este es el rey de los judíos" (Mateo XXVII).

Conserva me, Domine, quoniam in te speravi. Voz de Cristo al Padre en la pasión, en la persona del hombre asumido. Como si dijera: Del Padre, de quien salí, seré custodiado en la pasión, porque tú eres mi esperanza. Dije al Señor: "Tú eres mi Dios". Muestra que es hombre en la humildad de la carne, aunque es igual en la omnipotencia de la majestad: porque si hubiera dicho: "Tú eres mi Señor", habría mostrado al Hijo menor y al Padre mayor. Por eso dijo: "Dije al Señor: 'Tú eres mi Dios'", porque en la divinidad es igual al Padre. Porque no necesitas de mis bienes. Leemos la misma línea escrita en Job. ¿De qué sirve si haces tu camino sencillo? Todos los bienes que el Señor mostró según la forma de siervo en la carne no benefician al Padre, sino al género humano. Porque no necesitas de mis bienes. Voz de Cristo. ¿Cuáles son los bienes de Cristo? Esto es, la encarnación, la pasión, la resurrección y nuestra redención. O de otra manera: los bienes son el cielo y lo que hay en él, y la tierra buena y lo que hay en ella, que Dios creó. El Padre no necesitó de estas cosas después de que fueron hechas, ni antes. Estas cosas no son necesarias para el Padre. ¿Pero para quién?

Sanctis qui in terra sunt ejus. Para estos, todas estas cosas son necesarias. Están en su tierra, es decir, en la Iglesia. Magnificó todas sus voluntades entre ellos. Cristo magnificó sus misterios a través de sus santos: esto es, los engrandeció.

Multiplicatae sunt infirmitates eorum: postea acceleraverunt. Las naciones de las que ahora congrego la Iglesia, antes de que se multiplicaran sus ídolos, conocían a Dios naturalmente. Pero después de que se multiplicaron los ídolos, que los Setenta interpretaron como "enfermedades", dejándolos, regresaron a mí rápidamente.

Non congregabo conventicula eorum de sanguinibus. Porque la religión del Nuevo Testamento es espiritual. Ni recordaré sus nombres con mis labios. Porque somos transformados en el bautismo: y de hijos de los hombres, somos llamados Hijos de Dios. Ni recordaré sus nombres con mis labios. Voz de Cristo. Ni recordaré los nombres de estos apóstoles, que tenían antes de la fe, cuando eran infieles. No recordaré eso: porque al crecer sus méritos, se añadieron nuevos nombres, como Abraham, como Sara, como Pedro, y los demás, porque antes eran siervos del pecado, pero después amigos: como el Señor dijo: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos" (Juan XV). Y Pablo fue santo cuando decía: "Fuimos en otro tiempo necios e incrédulos como los demás; pero hemos alcanzado la misericordia de

Dios" (Tito III). Y de nuevo: "Pero habéis sido lavados; pero habéis sido santificados" (1 Cor. VI).

Dominus pars haereditatis meae. Voz de Cristo al Padre. La herencia de Cristo es la Iglesia, y el Señor es parte de su cuerpo. Por parte del hombre asumido dice: porque él tomó de lo nuestro la humanidad, y nosotros de lo suyo la inmortalidad. Y de mi cáliz. ¿Por qué dijo cáliz? Porque por el cáliz cada uno recibe según la medida: pero Cristo más que sus miembros: como dice Pablo: "Él es el primogénito entre muchos hermanos" (Rom. VIII). Tú eres quien restituirá mi herencia a mí. Esto es lo que se dice en el Evangelio: "Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae" (Juan VI). Según la historia, la herencia de Cristo fueron los judíos, a quienes Cristo vino. Pero entonces fue dispersada, cuando lo crucificaron: pero será restituida en el futuro, cuando la plenitud de las naciones haya entrado. De otra manera: Dios Padre restituirá la herencia de Cristo, cuando atraiga a sus elegidos, el cuerpo de la santa Iglesia, a esa integridad, para que después de la resurrección, habiendo recibido sus cuerpos, vivan incorruptos e inmortales: porque perdieron esa inmortalidad en Adán.

Funes ceciderunt mihi in praeclaris. En los mejores. Por uno Israel, ha conseguido la herencia de todo el orbe. Se dan cuerdas en la herencia: porque lo que dijo, "me cayeron en lugares agradables", es lo mismo que si dijera, en los patriarcas, y profetas y apóstoles: o a quienesquiera que el Padre haya llamado, Cristo los recibe consigo. Por eso dijo, "en lugares agradables", santos o apóstoles.

Benedicam Dominum qui tribuit mihi intellectum. Voz de la cabeza con los miembros. Dio el entendimiento para discernir entre el bien y el mal: entre el sentido y la letra: entre Dios y el prójimo: entre la luz y las tinieblas. Bendeciré al Señor que me dio entendimiento. Quien es la sabiduría de Dios, no necesita de la misma sabiduría: pero debe entenderse según lo que se dice en el Evangelio: "Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lucas II). Además, hasta la noche me reprendieron mis riñones. La noche significa el tiempo de la pasión: en el cual la fragilidad humana fue instruida por la divinidad interior. Además, hasta la noche me reprendieron mis riñones. Las deleites carnales me reprenden entonces, cuando me sugieren que peque, cuando la carne se deleita. Pero si no estuvieras a mi derecha, quizás me debilitaría.

Providebam Dominum in conspectu meo semper. El Hijo al Padre, la Iglesia a Cristo. Porque está a mi derecha para que no me conmueva. Como si dijera: Si no estuvieras a mi derecha, quizás me habría movido de la fe a la infidelidad, del bien al mal.

Propter hoc laetatum est cor meum, etc. Por la resurrección me alegré, porque por ella el mundo fue liberado. De otra manera: "Por esto se alegró mi corazón, y exultó mi lengua". Por esto, que me ayudas, mi corazón se alegra, mi lengua proclama. Además, mi carne descansará en esperanza. Voz de Cristo. Por la persona del cuerpo descansa en esperanza. Como si dijera: La Iglesia, que es mi carne, ahora descansa en esperanza. Es decir, en la esperanza de la resurrección: para que donde la cabeza ha precedido, los miembros sigan.

Quoniam non derelinques animam meam in inferno. No la dejarás: porque por eso descendió allí, para expulsar a sus elegidos de allí, y atar al diablo. El diablo antes se jactaba de tener todos los reinos del mundo, pero ahora no solo no pudo retenerlo, sino que más bien se dice que fue atado por Cristo. Ni permitirás que tu santo vea corrupción. ¿Cómo dice: "No permitirás que vea corrupción", mientras en otro lugar dice: "¿Qué utilidad hay en mi sangre cuando desciendo a la corrupción?" (Salmo XXV)? No habla de la corrupción del cuerpo de Cristo en el sepulcro; sino de los demás santos.

Notas mihi fecisti vias vitae. Voz de la cabeza por el cuerpo. Las vías de la vida son los mandamientos de Cristo: como está escrito: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mateo XIX). Me llenarás de alegría con tu rostro. Entonces habrá plena alegría, cuando el cuerpo de la Iglesia se reúna en el reino de Dios: esto es, cuando entregue el reino a Dios su Padre: entonces Dios será todo en todos. Deleites en tu derecha hasta el fin. La derecha del Padre es el Hijo. El deleite de la vida eterna en la derecha: es decir, en la prosperidad que se da al Hijo: hasta el fin: como si dijera, sin fin: porque el fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente: porque la plenitud de la ley es el amor, y el fin del mandamiento es el amor. De otra manera: Deleites en tu derecha hasta el fin. En ese poder deleitable tuyo con el que los santos reinarán contigo, que no se concluye con ningún fin. Por eso les suplicamos que no nos separemos de ellos, si no merecemos ser revestidos de gloria, no seamos excluidos del perdón. Porque a ti es el honor y la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XVI.

El decimosexto salmo contiene la oración de la persona del Señor unida a su cuerpo, que es la Iglesia. Oración de David. Se entiende para tres personas. Esta oración se encuentra en cuatro salmos. Este salmo se canta desde la persona de Cristo contra los judíos: y desde la persona de la Iglesia contra los herejes. Los hebreos explican que cuando David cantó el salmo, porque dijo: "Escucha, Señor, mi justicia", por la misma presunción con la que se jactaba de ser escuchado por su justicia, habría caído en crimen.

Escucha, Señor, mi justicia. Según los LXX, Dios de justicia, o Dios justo por naturaleza. Pues, "Escucha, Dios, mi justicia": aquí se da a entender la persona de Cristo. "Escucha, Dios, mi justicia": voz de Cristo en la pasión, y voz de la Iglesia en la tribulación. O dice la Iglesia su justicia, y no suya: ¿Por qué suya, si cumple los mandamientos de Dios en obra? No suya: porque se da por Dios, no por sí misma. "Escucha, Dios, mi justicia": porque te obedecí hasta la muerte. Atiende mi súplica. Hay diferencia entre oración y súplica. La oración de los santos es por los devotos, para que perseveren en el bien. La súplica, por sus pecados o los de otros. La súplica es de todos.

Auribus percipe orationem meam. Esto es, en esto que ruego, "auribus percipe orationem meam". Ora no la disminución de la deidad, sino la debilidad de la carne. No con labios engañosos. Sino por la pureza que te es placentera.

De vultu tuo judicium meum prodeat. No con labios engañosos. Como si dijera: Escucha mi oración, porque oro de todo corazón: no como aquellos que con labios engañosos, porque dicen una cosa y tienen otra en el corazón, ya sean herejes o judíos. De tu rostro salga mi juicio, no con labios engañosos. Voz de Cristo al Padre. Porque quienes tienen labios engañosos, me juzgan, pero tú los juzgarás en el futuro. El profeta no lo dice deseando, sino anunciando. Esto muestra lo que el Señor hará en el juicio. Mis ojos vean la equidad. Los ojos de Cristo, los santos predicadores, vean, es decir, entiendan, la equidad, es decir, la igualdad, para que la justicia que predican, la cumplan en obra.

Probasti cor meum, Deus, et visitasti nocte. Incluso en las angustias me probaste: porque estoy triste, y como en una cierta presión de la noche tenebrosa. Probaste mi corazón, Dios. Voz de Cristo al Padre. Probaste a Cristo en la pasión, y a la Iglesia en la tribulación. Me examinaste con fuego. Es decir, por la misma tribulación confundiste mis pecados. Y no se encontró iniquidad en mí. Para que mi boca no hable obras de hombres. ¿Cuáles son las obras

de los hombres? Vanidades que ellos mismos aman: o diversos negocios, estas son las obras de los hombres: como en el Evangelio el Señor dice (Mateo XXI). Que si se da cuenta de la palabra ociosa: cuánto más de las obras de los hombres, que hablan diligentemente desde el mismo sentido.

Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras. Por la predicación y por lo que se promete en los cielos, guardé caminos duros. ¿Cómo dice aquí duros, mientras en el Evangelio se dice: "Mi yugo es suave, y mi carga ligera" (Mateo XI)? Es suave para los que quieren: es duro para los que no quieren. Aunque parezca duro para los santos por la tribulación corporal, sin embargo, es suave: porque tienen la esperanza de la vida eterna: O de otra manera: "Por las palabras de tus labios guardé caminos duros". Como si dijera: Temiendo los futuros castigos, que has amenazado a los transgresores de la ley, me ejercité en trabajos duros, y sometí el cuerpo al poder del alma.

Perfice gressus meos in semitis tuis. Perfecciona mis sentidos en tus mandamientos. Voz de la Iglesia. Porque de Dios es comenzar, y de Dios es terminar. Gressus, sentidos. Para que no se muevan mis pasos. De aquellos cuyos pies se movieron: es decir, cualquiera que haya hecho mal.

Ego clamavi, etc. ¿Por qué dijo, clamé? Porque creyó por la fe: por eso dijo, "Yo clamé". Inclina tu oído a mí, etc. Cristo inclina el oído, cuando se digna escuchar. Por similitud, el enfermo ruega, que está en la cama, para que venga el médico, y sane sus enfermedades. Así también el género humano estaba enfermo: cuando yacía en la cama: es decir, en el pecado. Rogaba para que viniera el verdadero médico, que es Cristo en la carne, y sanara sus enfermedades.

Mirifica misericordias tuas, Domine, etc. ¿Acaso no habían sido maravilladas antes? Pero entonces maravilló sus misericordias: cuando por los santos apóstoles y sus santos curaba enfermedades.

A resistentibus dexterae tuae. Salvas de los que resisten a tu derecha de tres maneras: demonios, a Dios: judíos, a Cristo: herejes, a la Iglesia. Guárdame, Señor, como a la niña de tus ojos. Voz de la Iglesia. El ojo se entiende como el cuerpo de la Iglesia, y la niña como la humildad de Cristo, por cuyo ejemplo vivimos y vemos. Esto suplica la Iglesia, para que pueda observar esa humildad que Cristo enseñó. Porque si el ojo no se guarda por la niña, de ninguna manera ve. Porque los ojos se entienden como los predicadores, por la niña el sentido espiritual. Esto ruega el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, para que se guarde el sentido de los predicadores, que es el ojo: para que no sea arrebatado en la infidelidad de los herejes.

Sub umbra alarum tuarum protege me. La sombra consta de dos cosas: luz y cuerpo. Por la luz, se entiende la divinidad: por el cuerpo, la humanidad. Por eso se dice a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lucas I). Bajo esta sombra protégeme, para que no me arrebate el milano. Y bajo las dos alas de los Testamentos: es decir, sus doctrinas por las cuales se vive, y se guarda, y se cubre como la gallina: porque por la gallina se entiende la sabiduría de Dios Padre. Porque así como la gallina esconde a sus polluelos bajo sus alas por los milanos: así también la sabiduría divina, y las dos alas, que son los dos testamentos, protegen a la Iglesia del milano: esto es, del diablo. De la cara de los impíos que me afligieron. Los judíos a Cristo en la pasión, y los herejes a la Iglesia.

Inimici mei animam meam circumdederunt. Los judíos a Cristo en la pasión. Dije alma, no cuerpo: porque el diablo no sabe qué piensa el hombre en su interior, a menos que lo entienda por los movimientos exteriores, y en lo que ve que uno se deleita, sugiere diversas cosas. Esto se refiere a la Iglesia, "Adipem suum concluserunt". ¿Qué se designa por el sebo, sino la malicia de los judíos? Que en el Antiguo Testamento se prohíbe comer sebo: porque su corazón estaba engrosado. Por eso dijo en el Cántico de Deuteronomio: "Engrosado está el amado, y recalcitró" (Deut. XXXII). ¿Por qué? Porque estaba engrosado de malicia, y recalcitró: porque no quería observar los mandamientos de Dios. El amado por Dios fue el pueblo judío: porque les llovió maná divino: lo que nos concierne, porque comemos a Cristo. Pero los judíos se despreciaron a sí mismos: esto es, se ataron en malicia. Su boca habló con soberbia. La boca de los impíos: porque actúan contra Cristo, y contra la Iglesia.

Projicientes me nunc circumdederunt me: oculos suos statuerunt declinare in terram. Cuando Cristo sufrió, toda la tierra tembló, y los astros se oscurecieron, y las piedras se partieron. Pero los judíos fijaron sus ojos en la tierra, porque pensaron que era solo un hombre, y no entendieron la divinidad. O fijaron sus ojos en la tierra: porque pensaban en actos terrenales, pero no meditaban en los celestiales.

Susceperunt me sicut leo paratus ad praedam, etc. Así como el león está preparado para la presa: así los judíos recibieron a Cristo en la pasión. Y como cachorro de león. El león, el diablo: el cachorro, su hijo el Anticristo. O de otra manera. El león, el diablo: y sus hijos, los judíos. En los escondites, en sus corazones, como en lo oscuro. El diablo, o sus miembros en los que habita el diablo, se llaman lugares escondidos.

Exsurge, Domine, praeveni eos, etc. La voz de Cristo habla a la divinidad, para que prevenga a su alma, para que no sea arrebatada por el príncipe diablo, lo que así hizo. Lo previno, y lo ató, y lo llevó al infierno. Venía el diablo a buscar algo suyo en Cristo, pero en él no encontró nada, como dijo en el Evangelio: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada" (Juan XIV). Y la santa Iglesia ruega antes de ser suplantada por el diablo, y en sus insidias, que son los herejes: para que venga nuestro católico, que es Cristo, y subvierta las astucias del enemigo, es decir, lo suplanté. Rescata mi alma del impío, tu espada de los enemigos de tu mano. Oro, rescata la espada de tu mano de tus enemigos, porque el enemigo recibió poder para castigarnos por los pecados. A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar, dice el Apóstol (1 Tim. I). Rescata mi alma del impío. La voz de Cristo habla a Dios Padre: esto es, rescata mi alma del diablo. Y la voz de la Iglesia a Cristo ruega esto, para ser liberada del diablo, o de los herejes, y de cualquier hombre malo. Tu espada de los enemigos de tu mano. La espada se entiende de Cristo, y de la Iglesia. La espada de Dios Padre es el alma de Cristo, de la cual hace justa venganza. El diablo es su espada, de la cual hace venganza en el mundo.

Señor, sepáralos de la tierra, etc. Voz de la Iglesia. De unos pocos, de la tierra. La Iglesia desea separarse de los carnales, de la cizaña y de la paja antes del día del juicio: pero en vano, porque ha recibido respuesta de Dios, como el Señor dijo en el Evangelio: Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega (Mat. XIII): es decir, hasta el día del juicio. Porque aquí la Iglesia está mezclada con los pecadores: ruega por aquellos que están predestinados, para que vengan y se separen de aquellos que no están predestinados, como se dice: Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XXII). Derriba a los que están en la impiedad; para que aquí deban ser corregidos, o en el futuro sean derribados en venganza. De tus secretos se ha llenado su vientre. El vientre se entiende aquí de tres maneras. El vientre se entiende como castidad, como dice Eucherio. Y el vientre de los ángeles fue lleno de los misterios de Dios

antes de que cayeran, y el vientre de los judíos de los misterios de la ley, y el vientre de los herejes de los misterios de la Iglesia.

Se han saciado de hijos. Los judíos se han saciado: porque se multiplicaron en la procreación de hijos y en las cosas del mundo. Cuando dice, se han saciado de cerdo, esto designa la impureza de los judíos. Dejaron sus restos a sus pequeños. Esto es la justa venganza que les corresponde. Dejaron sus restos a sus pequeños; esto es, cuando dijeron: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII). Y los hijos de los herejes tendrán igualmente condenación. ¿Quiénes son sus restos? Sus discípulos, que han sido regenerados de esa mala doctrina de ellos. Se han saciado de hijos, y dejaron sus restos a sus pequeños. Debido a la ambigüedad de la palabra, algunos piensan que en lugar de hijos, se escribió cerdo, lo que Símaco, expresando la verdad hebrea, tradujo, se saciarán de hijos, y dejarán sus restos a sus pequeños. Se han saciado de hijos, y dejaron sus restos, impureza e iniquidad: pisoteando las perlas de tus palabras. Y dejaron sus restos a sus pequeños, clamando: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Pero yo apareceré con justicia ante tu presencia. Voz de la Iglesia. Con justicia: esto es, cumplir tus mandamientos. Apareceré ante tu presencia: esto es, en tu presencia en el futuro. Me saciaré. Con el alimento celestial. Cuando aparezca tu gloria. Tu Hijo, que es salvación, y vida, y gloria de todos los Santos: porque Cristo es llamado salvación y gloria. Pero yo apareceré con justicia, vencida la muerte. En tu presencia me saciaré, ascendiendo a los cielos. Cuando aparezca tu gloria, a tus santos y elegidos que creyeron en mí: porque lo que les ha sido otorgado es mío. Pues yo estoy en ellos, y ellos en mí contigo. Nosotros, redimidos por ti, Señor Jesús, viendo tan gran poder y piedad, suplicamos humildemente, que examinados por el fuego divino, no seamos detractores de las obras humanas, sino que en ti estemos firmes y constantes, exaltemos tu gloria continuamente en la obra, la proclamemos en la fe, la alabemos en la voz. Amén.

SALMO XVII.

Al final, por el siervo del Señor David: las palabras de este cántico que habló al Señor, el día en que el Señor lo libró de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl. Todo este salmo bajo la persona de David se refiere a Cristo. David sostiene el tipo de Cristo, que es fuerte de mano, de cuya descendencia es nuestro David, que es Cristo. Por el siervo del Señor, esto es, del Padre de Dios, como dice el profeta. Es grande para ti ser llamado mi hijo. Porque he aquí yo, y los hijos que Dios me ha dado. Y el profeta Isaías: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. Las palabras de este cántico que habló al Señor. Y David según la historia cantó este cántico cuando era perseguido por sus enemigos, y Cristo, que es nuestra cabeza, y al Padre cantó en la pasión: la Iglesia en la persecución. El Señor lo libró: esto es, tanto a David de la persecución de Saúl, como a Cristo en la pasión Dios Padre lo libró de la mano de los enemigos; esto es, de la mano de los judíos, y de la mano de Saúl. Saúl se interpreta como deseo, porque lo desearon como rey contra la voluntad de Dios. Este Saúl representó el tipo del diablo. Estos enemigos son miembros del diablo: es decir, los judíos que persiguieron a Cristo, y los demonios, o sus miembros que persiguen a la Iglesia.

Te amaré, Señor, mi fortaleza. Otros dicen, mi fuerza, pero es lo mismo fortaleza y fuerza. Todo este salmo bajo la persona de David se refiere a Cristo: que es la verdadera fortaleza. Te amaré, mi fortaleza. Voz de Cristo. Mi fortaleza: esto es, la divinidad: la fortaleza del hombre asumido. Y la Iglesia es la fortaleza de Cristo, que dice: Te amaré, Señor. Si es la voz de Cristo, siendo uno, una es también la sustancia de la divinidad, porque se ha dicho: Un poder, una voluntad, una majestad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: ¿cómo dice, te amaré,

Señor? Se dice Padre porque tiene un hijo, y se dice Hijo porque tiene un padre. El Espíritu Santo no es ni Padre ni Hijo, sino el amor que el Padre tiene en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Por eso el apóstol Pablo dijo: Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V). El Señor es mi firmeza. Voz de Cristo, y voz de la Iglesia. Firmeza, como dice el profeta; torre de fortaleza ante el enemigo (Sal. LX). Y mi refugio. Voz de Cristo, y voz de la Iglesia. Refugio de Cristo en el Padre, y refugio de la Iglesia en Cristo. Y mi libertador, en la tribulación.

Mi Dios, que me creaste. Mi ayudador, de las necesidades. Esperaré en él, en él pondré toda mi esperanza.

Mi protector, que me proteges, o defiendes. Y el cuerno de mi salvación. Cuerno de salvación: porque fortaleció nuestra debilidad. Porque antes de la venida de Cristo la Iglesia estaba debilitada por el pecado, pero después fortalecida por Cristo, como dice el profeta: Ha levantado un cuerno de salvación para nosotros (Luc. I). Como si dijera: Nos ha dado un reino fuerte, como aquello: Y nos hizo un reino para Dios su Padre (I Tes. II). No, pues, en aquel cuerno de soberbia, sino en el cuerno de tu salvación, confío tener ayuda. Mi sustentador. Cristo fue sustentado por el Padre en la humanidad, y la Iglesia es sustentada en la fe.

Alabando invocaré al Señor. Los justos alaban: porque de todos los males los ha librado, por lo que sigue: Y seré salvo de mis enemigos. Invoqué al Señor. Cristo invocó a Dios Padre. La Iglesia a Cristo. Y seré salvo de mis enemigos, Cristo de los judíos, y la Iglesia de los herejes.

Me rodearon los gemidos de la muerte. Voz de Cristo, y voz de la Iglesia. Rodearon a Cristo aquellos que gemían en el infierno, que estaban en el infierno, y la Iglesia de igual manera. Y los torrentes de iniquidad me turbaron. Torrentes llama a las aguas que pasan. Se llama torrente al que no proviene de una fuente ni de agua viva, sino de las lluvias, o que desciende de las montañas a los valles, y va al mar. ¿Qué significa por torrentes, sino todas las gentes que descienden por el monte de la carne a este mar? Donde está escrito: Generación va y generación viene (Ecles. I): Y de otra manera. Y los torrentes de iniquidad me turbaron. Multitudes de inicuos, que como torrentes en invierno se hinchan, fluyendo de inmediato.

Los dolores del infierno me rodearon. En el día de los detractores, que obran la muerte infernal. Me precedieron los lazos de la muerte. Me precedieron los enemigos en la pasión antes de la venganza de la cruz, con los lazos de la muerte, que los adversarios me tendían.

Y en mi tribulación invoqué al Señor. La humanidad invocó a la divinidad, y la Iglesia a Cristo: no con la voz de la boca, sino del corazón. Y clamé a mi Dios, y escuchó desde su santo templo mi voz. El templo es el cuerpo del Señor, donde la humanidad fue escuchada por la divinidad, y la Iglesia de igual manera por Cristo. En el templo, en la santa Iglesia. Y de otra manera. En mi corazón que santificó: en cuyo santo templo habita. Y mi clamor en su presencia entró en sus oídos. Sus oídos: esto es, la capacidad de escuchar. La capacidad es fortaleza, con la que los santos suplican con fuerza, porque se ha dicho, El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.

Se conmovió y tembló la tierra. Según la historia, sucedió: cuando Moisés recibió la ley en el monte Sinaí. La tierra tembló, lo que prefiguró la pasión de Cristo, porque en la pasión de Cristo toda la tierra tembló, cuando la nueva ley fue dada al pueblo cristiano. De otra manera: Se conmovió la tierra, cuando de la infidelidad vinieron a la fe, y a los creyentes terrenales, se hizo cielo. Los fundamentos de los montes se turbaron y se conmovieron. Aquí se entienden

los montes como los soberbios. Sus fundamentos son los demonios: así como los fundamentos de los santos son los profetas y los apóstoles. Donde dice el santo Pablo: Edificados sobre el fundamento de los profetas y apóstoles: Los fundamentos de los montes se turbaron y se conmovieron (Efes. II), su soberbia que confían en este mundo. Porque Dios se enojó con ellos. Esto es, con esos montes, o perseguidores: disipando la esperanza de los placeres mundanos.

Subió humo en su ira, etc. El humo se produce de dos cosas: del fuego y del agua. Por el humo, se excitan las lágrimas, y por el fuego se entiende la compunción del corazón, y por las lágrimas, el agua. Se encendieron carbones de él. ¿Qué se entiende por carbones, sino la buena naturaleza del género humano, extinguida por Adán, iluminada en la venida de Cristo por el bautismo o por la penitencia? Los carbones se extinguen por el agua, que es la codicia: y se iluminan por la gracia, que es el Espíritu Santo.

Inclinó los cielos y descendió. Esto es, lo que en otro salmo dice: Descendió como lluvia sobre el vellón (Salmo LXXI): porque se mostró humilde a nosotros, y en forma de siervo oculto, y latente. O de otra manera: Los cielos, los ángeles se inclinaron, cuando Gabriel vino a María, y Cristo descendió, y vino en carne. O de otra manera: Los cielos, los santos apóstoles, o sus imitadores. Se inclinaron desde la altura: esto es, de la contemplación, para enseñar a los brutos, a los débiles en la Iglesia por compasión de los prójimos. O a los casados, como dice el santo Pablo: El marido pague a la mujer el deber conyugal, y la mujer de igual manera al marido (I Cor. VII). Y la oscuridad bajo sus pies. Significa la sustancia invisible de Dios, y los secretos de sus juicios. O de otra manera: Y la oscuridad bajo sus pies. Oscuridad: esto es, la profundidad de las Escrituras: que Dios dio a sus pies, que son sus santos: es decir, a su Iglesia: porque en el sentido de los santos está la profundidad de las Escrituras, y Cristo preside sobre ellos.

Y subió sobre los querubines. Esto es, sobre la plenitud del conocimiento, Cristo subió con su cuerpo sobre todos los ángeles y arcángeles. Querubines, se interpreta como plenitud del conocimiento, que es caridad: porque la plenitud de la ley es el amor, esto es, caridad. Cristo subió sobre esto, como en el Evangelio el mismo Señor dice: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV). Lo que así hizo Cristo, que dio su vida por sus amigos. Y voló, etc. Según la historia, lo que es primero, voló sobre las alas de los vientos: porque el viento es más veloz que todas las criaturas, y el Señor es más veloz que el viento, porque penetra hasta los confines de la tierra, y todo lo dispone suavemente. Porque él está más allá del viento, por eso es más veloz. Y en sentido moral: quiso significar el alma por el viento. Así como este viento es invisible, así también el alma. El viento mueve el cuerpo, y el alma mueve el cuerpo de igual manera. Pero ¿por qué llamó viento al alma? Esto es, porque Dios sopló en Adán. No porque Dios Padre sea corporal; sino que entonces sopló, cuando dio el alma, como dice el profeta: Tú, Señor, creas todo aliento (Isaías LVII). Por esto entendemos que todas las almas son creadas por Dios. Y voló: voló sobre las alas de los vientos: esto es, las virtudes de las almas santas, porque Cristo es más veloz que el viento, y más ligero que el alma, y más excelso que los ángeles y los santos.

Puso las tinieblas por su escondite, etc. Se llamó a sí mismo escondite en las Escrituras. A su alrededor su tabernáculo. Cristo en María como esposo en el tálamo, y el cuerpo de María como tabernáculo. Llama tinieblas: porque para nosotros es oscura su Encarnación, o su Natividad. Agua tenebrosa en las nubes del aire. Las nubes son los profetas: y el agua, su doctrina, porque son oscuras las Escrituras de los profetas. Porque así como las nubes llevan la lluvia, y riegan la tierra seca, así también los profetas por su doctrina riegan los corazones secos.

Por el resplandor en su presencia pasaron las nubes. Los resplandores, la iluminación del Espíritu Santo. Las mismas nubes, es decir, los profetas, pasaron en los judíos a las gentes, guiados por el Espíritu Santo. Por los resplandores del fuego, se entiende la compunción del corazón. Granizo, y carbones de fuego. En el granizo, los azotes: en el fuego, la encendida caridad se muestra: con los que los corazones de los fieles se mueven a conocer a Dios.

Y tronó el Señor desde el cielo. Tronó por sus santos: como desde el cielo evangelizó por los corazones de los justos. Y el Altísimo dio su voz. Por los evangelistas destruyó la malicia humana. El Altísimo dio su voz: esto es, la predicación, como dice el profeta: La voz de tu trueno en la rueda (Salmo LXXVI), es decir, su predicación en todo el mundo.

Y envió sus flechas, y los dispersó. Envió sus santas palabras como flechas, que predican plenamente a los malos y a los buenos. Dios recompensa a los buenos, si hacen: y a los malos los destruye, si oyen y no hacen. Donde el santo apóstol dice: Porque somos para Dios el buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden (II Cor. II). Olor de vida son para aquellos que oyen y hacen; y olor de muerte son para aquellos que oyen y no hacen. Porque los predicadores no saben quiénes están predestinados; sin embargo, predican con confianza. Y multiplicó los resplandores, y los turbó. Los resplandores, los milagros, y la claridad de su virtud. Los turbó. Por esos milagros de los apóstoles se compungieron, y aquellos que dijeron a Pedro; ¿Qué haremos, hermanos? Y él: Haced penitencia, dijo, y bautícese cada uno de vosotros (Hechos II).

Y aparecieron las fuentes de las aguas. Las fuentes son los apóstoles, como aguas de una fuente bebieron. De una fuente que es Cristo, se saciaron los apóstoles, como en el Evangelio dijo. El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Juan IV). Y de otra manera: Fuentes de aguas, aquellos, que por el sacramento del bautismo se hicieron fuente de agua viva para los pecadores, saltando para vida eterna. Y se revelaron los fundamentos del orbe de la tierra. Los profetas y apóstoles sobre los que se colocan los fundamentos de todas las Iglesias. Se revelaron los fundamentos del orbe de la tierra, según la historia, cuando en la pasión el velo del templo se rasgó de arriba abajo, y lo que estaba en el templo apareció. Y al sentido de la letra el sentido espiritual, porque lo que allí estaba oculto en figura, a todos se manifestó por los misterios.

Por tu reprensión, Señor, por la inspiración del espíritu de tu ira. Por tu reprensión, Señor, cuando decías: Si el Hijo no os libera, moriréis en vuestros pecados (Juan VIII). Por la inspiración del espíritu de tu ira, prometiendo en estos acercarse el reino de Dios.

Envió desde lo alto y me tomó. Llamándome. Y me sacó de las muchas aguas. De los pueblos adversarios. O de otra manera: Envió desde lo alto, y me tomó, y me sacó de las muchas aguas. Dios Padre envió a su Hijo, como se ha dicho: El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I). Envió el esposo a la esposa: unió al verdadero esposo con la esposa: esto es, la carne en el vientre de la virgen María. Me sacó de las muchas aguas: es decir, de la multitud del pueblo, la Iglesia fue recogida. Muchas aguas, muchos pueblos.

Me libró de mis enemigos poderosos. Dios Padre libró a Cristo de los judíos, y a la Iglesia de los herejes. Y de los que me odian, porque se fortalecieron sobre mí. Los judíos odiaron al Señor, y los herejes a la Iglesia. Porque se fortalecieron sobre mí, como si pudieran vencer.

Me precedieron. Como dijimos antes, antes de la venganza de la cruz. Y el Señor se hizo mi protector. Dios Padre protegió a su Hijo, y el Hijo a su Iglesia.

Me sacó a un lugar espacioso. Sacó a la Iglesia de la tribulación, como de la angustia: A un lugar espacioso: que es la esperanza del futuro, o la recompensa de la vida eterna. Me salvó, porque me quiso. Voz de la Iglesia, que me quiso, para presentarse a sí mismo la Iglesia. Porque me quiso. Por su propia voluntad, y no por mi mérito me llamó, diciendo el Apóstol: Por gracia sois salvos por la fe: y esto no de vosotros (Efes. II).

Y el Señor me recompensará según mi justicia, y según la inocencia de mis manos me recompensará. Pero ¿cuál es su justicia, y la inocencia de sus manos? Escucha lo que sigue: Porque, dice, he guardado, para que se guarden los caminos de Dios, y nada impío se sienta de él con los herejes.

Porque he guardado los caminos del Señor. Es decir, sus mandamientos. Ni he actuado impíamente de mi Dios. Para que no convierta la alabanza en ídolo.

Porque todos sus juicios están siempre ante mí. Cuatro son los juicios de Dios; dos del presente, y dos del futuro. En el presente, la prosperidad de los malos, y la tribulación de los santos. En el futuro, la recompensa de los santos, y la condenación de los pecadores. La Iglesia se adhiere a Cristo, porque Cristo no cometió pecado; ni se halló engaño en su boca. Y la Iglesia se adhiere a Cristo, porque todos sus juicios están siempre ante mí. Y sus justicias no las rechacé de mí. Sino que las abracé.

Y seré inmaculado con él, y me guardaré de mi iniquidad. Perseveraré en aquella inocencia, en la que fui llamado. Y me guardaré de mi iniquidad: es decir, no me convertiré a aquella iniquidad donde antes estuve en la infidelidad.

Y el Señor me recompensará según mi justicia, y según la pureza de mis manos ante sus ojos. A través de los ojos, se entiende la mirada de la divinidad: porque Él observa todo lo que el hombre hace en los mandamientos de Dios. En la retribución de los bienaventurados, que considero a través de la altura de la esperanza.

Con el santo serás santo, con aquel que es santificado por ti. Y con el hombre inocente, serás inocente, con aquel que no ha corrompido su vida con vicios.

Y con el elegido, serás elegido, con aquel que sabes que ha sido predestinado. Y con el perverso, serás subvertido, con el hereje, que al entender mal pervierte las palabras divinas: como en otro lugar el mismo Señor habla a los judíos: Si andáis perversamente ante mí, yo también andaré perverso con vosotros. Con el santo serás santo. Tú, Cristo, eres santo por naturaleza: aquel a quien tú santifiques, por él serás conocido, porque tú eres santo. Voz del profeta a Cristo: A quien tú hagas inocente, por él serás conocido, porque tú eres inocente: ya que no haces daño a nadie, por eso eres inocente. A quien tú elijas, para que sea elegido: por él serás conocido porque eres elegido, como dijo Pablo: Alcanzaré a aquel por quien fui alcanzado (Filip. III). Se llaman perversos a aquellos que se desvían de la rectitud hacia la perversidad, como el diablo, Judas, los herejes y todos los soberbios. Cuantas veces Dios hace una justa venganza, lo reprenden, cuando elige a los pobres y rechaza a los poderosos, cuando eligió a pescadores, como Pedro, y dejó a los nobles. Esto parece ser perverso para los perversos, como dice el profeta: Los caminos del Señor son rectos (Ose. XIV), pero vuestros caminos son perversos.

Porque tú salvarás al pueblo humilde, lo que dijimos antes. Y humillarás los ojos de los soberbios. Porque tú salvarás al pueblo humilde, que hace penitencia, y humillarás los ojos de los soberbios: porque elevados por la soberbia, se niegan a hacer penitencia.

Porque tú iluminas mi lámpara. ¿Qué es la lámpara sino el entendimiento del alma? Así como los ojos del cuerpo, si no tienen luz de una lámpara exterior, no ven en la oscuridad: así también el entendimiento del alma, si no es iluminado por otro, es decir, por Cristo, no ve: como dice en el Evangelio: Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1). Señor mi Dios, ilumina mis tinieblas. Esto es la ignorancia del corazón. De donde está escrito: Si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes serán esas tinieblas! (Mat. VI). Y el apóstol dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V).

Porque en ti seré librado de la tentación. Voz de la Iglesia. Si no soy librado por Dios, por mí mismo no puedo. Y en Dios saltaré el muro. La Iglesia llama muro a nuestros pecados; que construimos, aumentando pecado sobre pecado. Si no son destruidos por Dios, no podemos por nosotros mismos pasar a Dios.

Dios mío, su camino es inmaculado. Camino inmaculado: esto es, su encarnación: porque no es de semilla viril, sino concebido por el Espíritu Santo. Y de otra manera: La fe perfecta de la Iglesia, se llama su camino inmaculado por el cual Dios vino a nosotros. Las palabras del Señor son probadas por el fuego. Las palabras del Señor, sus mandamientos, son agradables a Dios: no porque ellas mismas sean probadas por el fuego, o porque hubieran sido manchadas; sino que quien las reciba, lo hacen como oro puro, purificado por el fuego. Es protector de todos los que esperan en él. Los que creen en él. Dios protege a aquellos que lo temen con santo temor.

Porque ¿quién es Dios fuera del Señor? ¿O quién es Dios fuera de nuestro Dios? Aquí se entiende la Trinidad. Fuera del Señor, lo que dijo, se entiende Dios Padre. Fuera de nuestro Dios: el Hijo: y la tercera persona, es decir, el Espíritu Santo: porque Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, es un solo Dios.

Dios que me ciñó de fortaleza. Por semejanza, como el hombre ciñe sus vestiduras, para que no dañen sus pies, que son los sentidos: y sus manos, que son las obras. Ciñó: esto es, para que restrinjan los pliegues de la codicia, como dije antes, para que no sean impedidos por la codicia. O de otra manera: Dios que me ciñó de fortaleza: el Espíritu Santo que nos arma contra las potestades iniquas, según el Apóstol: Vestíos de las armas de Dios, y de la espada del Espíritu Santo, para que podáis resistir al diablo (Efes. VI). Callen ahora los herejes al ver aquí expresada la Trinidad, y reconozcan al Hijo a quien dicen menor que el Padre, anunciado primero por el profeta, no como anterior, sino nada inferior. Y puso mi camino inmaculado. Esto es, mi fe, para que no sea violada.

Quien perfeccionó mis pies como los de los ciervos. Así como los ciervos pisan con sus pies las espinas, y saltan sobre los bosques: así los santos pisan las espinas, es decir, los pecados; saltan sobre los bosques, es decir, la infidelidad: y llegan hasta Dios, esto es, hasta la altura de la caridad. Quien perfeccionó mis pies como los de los ciervos, para saltar los impedimentos de este siglo. Y me puso sobre las alturas. Las alturas, la santa Iglesia es: y Cristo sobre las alturas, y las alturas sobre las alturas: es decir, sobre lo sublime de la Iglesia. Me puso sobre las alturas, colocó mi esperanza en las cosas celestiales.

Quien enseña mis manos para la batalla. Mis obras contra el diablo destructor. Quien enseña mis manos para la batalla, para vencer las maldades. Y puso como arco de bronce mis brazos. Arco de bronce: es decir, intención, brazos, fortaleza: esto es, para que no desfallezcan en hacer el bien.

Me diste la protección de tu salvación. Voz de la Iglesia a Cristo. Salvación: porque él es nuestra salvación, como dice: Del Señor es la salvación. Me diste la protección de tu salvación: para que no sea oprimido por los males. Y tu diestra me sostuvo. La diestra del Padre es Cristo. Me sostuvo, la Iglesia por la encarnación. Tu disciplina me corrigió hasta el fin. Porque el Señor corrige a quien ama. Nos levantamos, pues, los que antes habíamos caído, cuando hemos sido heridos por el Señor. Y tu doctrina misma me enseñará. Es necesario mientras estemos aquí, estar bajo la doctrina. De donde Pablo dice: Toda doctrina en el presente no parece ser de gozo, sino de tristeza, pero después en el futuro da mucho fruto (Hebr. XII).

Ensanchaste mis pasos debajo de mí. Sentido de la Iglesia: debajo de mí, bajo el poder de la Iglesia. Ensanchaste mis pasos debajo de mí, en la amplitud de tu caridad. Y no se debilitaron mis huellas. Las huellas, ejemplo de la Iglesia, no se debilitaron por los sucesores: porque dejé impresas para los que me siguen. De aquí la voz de Cristo después de la resurrección.

Perseguiré a mis enemigos, y los alcanzaré. A los judíos, ciertamente, que injustamente se hicieron enemigos de él. O de otra manera: Perseguiré a mis enemigos, los afectos carnales. Y los alcanzaré, antes de que yo sea alcanzado por ellos. Y no me volveré hasta que desfallezcan, etc. No me volveré a luchar contra ellos: o no me volveré de esta intención hasta que desfallezcan, ya sea de malicia, ya sea de pensamientos perversos. Los afligiré en muchos males, como ya leemos que sucedió en el tiempo de Tito. Y no podrán estar, porque eran inicuos, y soberbios se habían erguido. Caerán bajo mis pies, ya sea para adorar, ya sea para ser pisoteados.

Me ceñiste de fortaleza para la guerra, contra la muerte, o sus ministros. Me ceñiste de fortaleza, es decir, de fortaleza contra el diablo, o contra estos vicios mencionados anteriormente. Derribaste a los que se levantaban contra mí debajo de mí, aquellos que se erguían sobre mi cabeza.

Y a mis enemigos me diste la espalda. Porque no quisieron volver su rostro hacia mí. Y a mis enemigos me diste la espalda. Mis enemigos dan la espalda, cuando huyen, y cuando van detrás de mí. Y a los que me odian los destruiste. Todos los enemigos de la Iglesia: o Dios destruyó esos vicios y pecados. Y a los que me odian los destruiste. Porque cada uno en su malicia fue dispersado.

Clamaron, y no había quien los salvara: al Señor, y no los escuchó. Porque eran indignos de su escucha. Clamarán. ¿Quiénes clamarán? Los impíos demonios, y los judíos y herejes clamarán en el juicio futuro: y no habrá quien los salve: porque cuando Dios clamó a ellos por los profetas, o por las demás Escrituras, no quisieron escuchar: por eso ellos clamarán, y no habrá quien los escuche, como dice Salomón: Llamé, y rehusasteis, extendí mi mano, y no hubo quien mirara (Prov. I). Despreciasteis todo mi consejo, y mis reprensiones desechasteis. Por eso yo también me reiré en vuestra destrucción: cuando os sobrevenga lo que temíais. Me burlaré, cuando os sobrevenga repentina calamidad. Entonces me invocaréis, y no escucharé.

Y los trituraré, como polvo ante el viento. Los trituraré, es decir, esos afectos carnales mencionados anteriormente los reduciré a nada. Y los trituraré, como polvo ante el viento: porque secos y sin la lluvia de la misericordia fueron arrojados, y fueron triturados en su soberbia, y como polvo del campo dispersados. Como lodo de las calles los borraré, a modo de lodo turbio.

Líbrame de las contradicciones del pueblo, me constituirás en cabeza de las naciones. Voz de Cristo al Padre: Me librarás de las contradicciones del pueblo judío, ciertamente: porque cuando algunos decían, Es veraz: ellos contrariamente decían, No; sino que engaña a la multitud. Líbrame de esos pueblos infieles que me contradicen. Tú líbrame de los judíos infieles, y hazme cabeza de las naciones.

El pueblo que no conocí me sirvió. Es decir, las naciones que no me conocieron ni por la fe, ni por la ley, me servirán. El pueblo que no conocí me servirá. Porque lo ignoraba, cuando servía a los ídolos: ahora creyendo, conocido y sirviendo se ha hecho para mí. Al oír con el oído me obedeció. Me obedecieron con los oídos, porque no vieron maravillas, ni mi presencia corporal. Después oyeron, y creyeron. Al ser instruidos por los predicadores, la Iglesia recibió el oído espiritual: con el cual entendiendo guarda los preceptos divinos.

Hijos extraños. Esto mismo también lo dice Isaías: ¡Ay de la nación pecadora, hijos extraños, pueblo lleno de pecados! (Is. I). En el antiguo vocabulario, los judíos fueron llamados hijos de Dios: pero alienados, porque se hicieron hijos del diablo. Y los mismos judíos, cuyo padre es el diablo: Me mintieron, porque no permanecieron en la verdad como su padre. Hijos extraños envejecieron: esto es, porque no recibieron la venida del nuevo hombre, permanecieron en el hombre viejo. Y cojean de sus caminos. Cojean: porque creen en el padre, y no creen en el hijo. Tienen un pie, y no tienen el otro: de ahí cojean en la letra de la ley. Voz de la iglesia.

Vive el Señor. A quien habían encerrado en el sepulcro bajo la colocación de sellos. Y bendito sea mi Dios, por Dios Padre. Vive el Señor, y bendito sea el Señor mi Dios. ¿Acaso antes no vivía? Pero esto lo dice por la encarnación: como dice san Pablo: Que murió por un tiempo por la debilidad de la carne, pero vive por el poder de Dios. Porque ya no muere, la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI). Y sea exaltado el Dios de mi salvación. Voz de la Iglesia a Cristo: Porque Cristo fue exaltado en la Ascensión. O de otra manera: Sea exaltado el Dios de mi salvación: En mí siempre sea excelso: cuya vocación es mi salvación: para que no piense nada vil de él.

Dios, que me das venganza, subvirtiendo a los judíos: o al mismo traidor Judas. O de otra manera: Dios, que me das venganza. Voz de la Iglesia a Cristo. Dios dio poder a la Iglesia de atar y desatar, y de hacer disciplina; como tuvo poder Pedro y Pablo, por el Espíritu del Señor: como dijo: He aquí os he dado poder de pisar sobre serpientes, y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo (Luc. X). Y sometiste pueblos bajo mí, bajo el poder de la Iglesia, para gobernar a las naciones incrédulas. Mi libertador el Señor de las naciones iracundas: Cristo en la pasión de los judíos clamando: Crucifícalo, crucifícalo, y la Iglesia de los herejes, y el alma de todos los vicios, que llamó naciones.

Y de los que se levantan contra mí me exaltarás, es decir, de los perseguidores. Del hombre iniquo me librarás, es decir, del diablo, como se dijo el enemigo hombre hizo esto.

Por eso te confesaré entre los pueblos, Señor. Dice la Iglesia: Te alabaré entre los creyentes. Te cantaré un salmo entre las naciones: es decir, te alabaré, y obraré: Por eso te confesaré entre los pueblos, Señor. Te cantaré un salmo a tu nombre. Porque yo estoy en ellos; yo te confesaré, Padre: y cantaré, voz del profeta.

Magnificando la salvación de su rey, de Cristo el Señor, que resucitó. O de otra manera: el profeta habla a Dios Padre; porque hace sanidad, y salvación por cada uno, porque atrae almas por la predicación, para que sea la salvación de los creyentes, que creen en la salvación

de su rey. Y haciendo misericordia a su Cristo David: Esto es, a su unigénito. David se interpreta como mano fuerte, que es Cristo. Y a su descendencia hasta el fin. Su descendencia, estos son sus santos. El Señor siempre hace misericordia con sus santos sin fin. Y haciendo misericordia a su Cristo, David y a su descendencia hasta el siglo, al mismo mediador Jesús el Señor, y al pueblo eclesiástico, que por su palabra creyó. Que el mismo fortísimo libertador nos digne librar de este mundo, y establecernos en la fe por el Evangelio, porque a él la gloria, y el imperio con el eterno Padre, y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XVIII.

Al final, salmo de David. El salmo contiene la voz del profeta hablando de Cristo. Este salmo se canta en la persona de Cristo por el profeta, y en la persona de la Iglesia.

Los cielos cuentan la gloria de Dios, etc. Por las criaturas se reconoce consecuentemente al Creador. De otra manera: Los cielos cuentan la gloria de Dios: La tierra no puede contarla. Según la historia, el cielo y la tierra con sus demás criaturas cuentan la gloria de Dios, como dice Pablo: Por las cosas que han sido hechas, entendidas se contemplan (Rom. I): es decir, por los que entienden, entendidas se contemplan. Este cielo, es el firmamento. De donde dijo: Y puso Dios el firmamento entre las aguas, es decir, el cielo (Gén. I). De otra manera según el sentido: Cielos apóstoles, y lo que es gloria, esto es, obra: y lo que es cuentan, esto es anuncian: porque predican la gloria de Dios. Y para que sepamos que esto es el firmamento que también llama cielo en Génesis: Y llamó Dios al firmamento cielo. Anuncian. De donde también el Señor a los discípulos: Todo lo que oí de mi Padre, os lo he anunciado (Juan XV).

El día al día emite palabra, y la noche a la noche declara sabiduría. Iguales a iguales se refirió, que por el orden de los tiempos llegamos más al conocimiento de Dios. El día al día emite palabra, y la noche a la noche declara sabiduría. El día de ayer anunció el día de hoy, y el día de hoy el día de mañana. Según el sentido: día, Cristo. Y de otra manera, día, apóstoles. Cómo Cristo es día, como dice: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII): así también los apóstoles son día, como dice: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V). Y un día, tiene doce horas. De donde el mismo Señor en el Evangelio dijo: ¿No son doce horas del día? (Juan XI) se entienden los doce apóstoles. Noche a noche. Noche Judas; a la noche judíos: declara sabiduría, es decir, cuando dijo: A quien yo bese, ese es, prendedlo (Mat. XXVI). De otra manera: Noche, la profundidad de las Escrituras en los profetas, anuncia la profundidad del Antiguo Testamento.

No hay lenguas, ni palabras, donde no se oigan sus voces. No hay lenguas: como si dijera, lenguas: ni palabras, porque muchas lenguas son muchos discursos. O se entienden las diversidades de palabras por discursos: como si dijera: No hubo locuciones que los apóstoles en la variedad de lenguas no recibieran, y por eso no hubo lenguas que no oyeran los discursos de los apóstoles: mientras dice: Por toda la tierra salió su sonido: y hasta los confines del mundo sus palabras, esto es, en todas las islas, o confines del mundo.

Por toda la tierra salió su sonido: y hasta los confines del mundo sus palabras, de los apóstoles, ciertamente, y de los evangelios.

En el sol puso su tabernáculo. En hebreo así tiene: Al sol puso tabernáculo en ellos, es decir, en los cielos. Dios en el sol puso su tabernáculo, y él como esposo que sale de su tálamo. En el sol, en el vientre de la santa Virgen María. María se interpreta como estrella del mar. La luz del sol brilla más que las estrellas. Sol de justicia el Señor, como dice el profeta: Para

vosotros nacerá el sol de justicia (Malach. IV): que es Cristo. Este sol iluminó la estrella, es decir, a María, para que fuera como el sol. Por eso puso su tabernáculo en el sol, cuando asumió el cuerpo de su vientre. Y él como esposo que sale de su tálamo. Esposo, la palabra del Padre, esposa la carne humana: con la cual salió del tálamo, es decir, del vientre de la Virgen.

Exsultó como un gigante para recorrer el camino. Por el sol se entiende mística y simbólicamente a Cristo. Exsultó como un gigante para recorrer el camino. Este gigante se refiere a la fortaleza de Cristo, ya que Él ató al fuerte diablo y saqueó sus bienes (que éramos nosotros). Para recorrer el camino: porque aquí no tuvo demoras. ¿Cómo? Nació, vino a la pasión, resucitó y ascendió. Desde el extremo del cielo es su salida, y su encuentro hasta su extremo. Desde el extremo del cielo, es decir, del Padre, que es el nombre principal: no porque sea mayor que el Hijo según la divinidad, sino por el nombre del Padre. Desde el extremo, es decir, desde la eternidad es su salida. Y su encuentro hasta su extremo. Su encuentro, en la coigualdad de la eternidad. Porque ascendió a los cielos, se sienta a la derecha del Padre, donde antes y siempre estuvo con Él. Y no hay quien se esconda de su calor. No hay nadie, de hecho, que no tenga las semillas del entendimiento de Dios. Ni hay quien se esconda de su calor. No hay nadie que no tenga algo de su calor que no le haya dado de las muchas divisiones de las gracias; como dijo Pablo: A uno se le da palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia (I Cor. XII).

La ley del Señor es irreprochable. La ley es Cristo mismo, quien no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V). Irreprochable: porque no tuvo pecado. La ley del Señor es inmaculada. Quien antes había alabado a Dios por las criaturas, ahora comienza a proclamarlo por la donación de la ley. Convirtiendo las almas, de la cautividad a la libertad. El testimonio del Señor es fiel. ¿Qué testimonio? Sino que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas (Mat. XI). Fiel, porque no miente. Proporcionando sabiduría a los pequeños, no a los pequeños en sentido, sino en humildad. De donde está escrito: Porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños (Mat. X).

Las justicias del Señor son rectas, alegrando los corazones. Justicias, es decir, juicios: Rectas: porque Dios juzga rectamente, y de los rectos se tienen cosas rectas. Alegrando los corazones, las almas de los santos. El precepto del Señor es luminoso, el nuevo Testamento. Iluminando los ojos, es decir, los ojos del corazón.

El temor del Señor es santo, permanece por los siglos de los siglos. Temor con caridad: De donde dijo: La caridad perfecta echa fuera el temor (I Juan IV). Que tema no con temor del infierno, ni con temor del castigo, sino con temor santo: que tema así, para no perder por negligencia a quien ama. Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos, no por otro, sino por sí mismos. Porque Dios no engaña a nadie.

Deseables más que el oro y la piedra preciosa en gran medida, más que todos los tesoros mundanos amados. Y más dulces que la miel y el panal, porque ningún metal precioso puede compararse con los juicios o la sabiduría de Dios: ni el oro ni la piedra preciosa, ni lo que pertenece al adorno y al vestido: ni la miel de la que se alimenta. Con estas dos cosas el hombre se viste y se alimenta: como Pablo: Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto (I Tim. III). Si fueras una piedra preciosa y probado como el oro, merecerás entender los juicios y la sabiduría de Dios.

Porque tu siervo los guarda, en guardarlos hay gran recompensa. ¿Por qué los guarda? Sino, en guardarlos hay gran recompensa. Si guardáis, dice el Señor, mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Juan XV). ¿Qué mayor recompensa que ser amado por Dios?

¿Quién entiende los errores? Quien está en errores, es decir, en pecados, no entiende los juicios de Dios, ni sus propios pecados: mientras está en errores. ¿Quién entiende los errores? La tercera división de alabanza, que enseña la imposibilidad de la ley, por la cual a través de la transgresión de la ley el pecado apareció más en el mundo, fue completado por la gracia del Evangelio: ni puede nadie ser liberado de las impurezas de los pensamientos: sino por la venida del Espíritu Santo. ¿Quién entiende los errores, sino el escudriñador de los corazones Dios, que también puede perdonarlos? Límpiame de mis ocultos: y de los ajenos perdona a tu siervo. De los ocultos, es decir, de los pecados pasados, y de los ajenos, es decir, los que están por venir, y aún no han llegado a mí. O de otra manera: De los ocultos, es decir, de todos los que están en mí, y de los ajenos, pecados: porque el diablo tuvo en oculto la soberbia, y fue arrojado: después era ajeno a Adán, antes de que Adán mismo pecara. Pero después de que consintió en él, se unieron en soberbia y voluntad, y de un pecado el diablo hizo para sí dos juicios, para ser juzgado doblemente, porque mató tanto a sí mismo como a otro.

Si no me dominaran, entonces seré inmaculado. Si estos pecados no me dominaran, entonces seré inmaculado. Y seré limpiado del gran delito, es decir, de la soberbia; porque la soberbia es el principio de todo pecado.

Y serán para que complazcan las palabras de mi boca. Entonces te agradarán mis palabras. Y la meditación de mi corazón en tu presencia siempre, es decir, del recuerdo de la humildad.

Señor, mi ayudador y mi redentor. Ayudador en la tribulación y en las necesidades. Y mi redentor: porque tú me redimiste con tu preciosa sangre. Tú eres el ayudador del género humano: cuando nos haces acercarnos a ti. Tú eres el redentor: porque nos redimiste de la destrucción con tu pasión y resurrección, que nos dignas guardar caminando siempre en tu ley: porque a ti con el eterno Padre y el Espíritu Santo es el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XIX.

Al final, salmo de David. Este salmo el profeta lo canta en persona de la Iglesia sobre Cristo. El profeta preveía a Cristo venir en carne para nuestra redención, y orar por los enemigos. De ahí dijo: Escuche.

Escuche el Señor en el día de la tribulación. En el día de la tribulación, lo dijo por la parte de la carne. Algunos piensan que este salmo fue dicho con la voz del pueblo hablando a Cristo, como a rey y sacerdote.

Envíe ayuda desde el santo. Quien tomó la forma de siervo, correctamente se le desea ayuda como a un hombre. Envíe ayuda desde el santo: esto es, de sí mismo, porque esa divinidad estaba en el mismo cuerpo. Y te reciba de Sion: Esto es, de la misma Iglesia Sion, que es tanto la Iglesia, como Él mismo está en la Iglesia.

Recuerde el Señor todo tu sacrificio. Esto es, para que redima por su pasión. Porque Cristo mismo es rey, y sacerdote, y víctima: porque se ofreció a sí mismo en la pasión, porque por nosotros dio su sangre. Que tu holocausto sea graso, es decir, sea aceptable a Dios. El holocausto es todo quemado: porque Cristo con cuerpo y alma subió a la cruz. Todas tus

víctimas, el sacrificio de Cristo es, ya sea lo que todos le ofrecemos suplicando: o lo que por todos Él mismo derramó su sangre. Y el sentido es: No permitas que nadie perezca, ya que por todos moriste, y que toda tu voluntad la cumpla el Padre. De donde dice: Quiero que como yo y tú somos uno, así también ellos sean uno en nosotros. (Juan XVII).

Conceda el Señor según tu corazón, es decir, ya sea por la humanidad de la carne de Cristo, o por su cuerpo, esto es, la Iglesia, que desea ser escuchado. Y confirme todo tu consejo: es decir, el consejo de la Trinidad.

Nos alegraremos en tu salvación. Voz de la Iglesia: en la salvación que diste sufriendo. Y en el nombre del Señor nuestro Dios seremos magnificados: No en nosotros, sino en Él, porque en la Iglesia estamos congregados en tu nombre.

Cumpla el Señor todas tus peticiones. Hasta aquí habló de la pasión, ahora de la resurrección, y ascensión, y remuneración. Son dos las peticiones de Cristo cuando dice: Escuche el Señor, y cumpla todas tus peticiones. Cuando dijo Cristo al Padre: Glorifícame, Padre, junto a ti con la gloria que tuve antes de que el mundo existiera (Juan XVII). Y en otro lugar: Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que como nosotros somos uno, así también ellos sean uno (Ibídem). Ahora sé que el Señor ha salvado a su Cristo. Ahora dice el profeta al tiempo cuando recibió el Espíritu Santo. Entonces supo que Dios Padre salvaría a su Hijo.

Y lo escuchará desde su santo cielo: es decir, de sí mismo y de la santa Iglesia. En los poderes está la salvación de su diestra. En los poderes de la santa Iglesia: por los cuales la salvación fue hecha por Cristo que es su diestra, es decir, de Dios Padre, porque la Iglesia tiene el poder de atar y desatar, y de hacer disciplina. Y el Señor: He aquí que os he dado poder de pisar sobre serpientes, y todas las virtudes del enemigo (Luc. X). De donde Pablo dice: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con caridad? (I Cor. IV). En los poderes está la salvación de su diestra. En aquel poder con el que resucitó victorioso de entre los muertos.

Estos en carros, y aquellos en caballos. Los carros y el caballo siempre se reprenden en los egipcios. Algunos creen en ídolos y demonios; nosotros confiamos en Cristo. O de otra manera: Estos en carros, y aquellos en caballos. Por los carros, se designa el placer del mundo, o la codicia de todas las cosas mundanas; porque como las ruedas, que son inestables, así ellos en la mente corren de aquí para allá. Por los caballos, los soberbios, y ellos mismos son codiciosos. Pero nosotros invocaremos en el nombre del Señor nuestro Dios: no en estos mencionados, sino en el nombre del Señor.

Ellos están atados, y cayeron: que están atados con las cuerdas de los vicios y no pueden ascender a lo alto, sino que caerán como aquello: Y se fueron hacia atrás, y cayeron (Juan XVIII). Pero nosotros nos levantamos y estamos erguidos. Nos levantamos de la infidelidad: estamos erguidos por la fe: porque fuimos tortuosos en los pecados.

Señor, salva al rey: y escúchanos en el día en que te invoquemos. Salva al rey: esto es, a Cristo, por la parte de la carne. Y escúchanos. La Iglesia ruega ser escuchada en el tiempo oportuno. Señor, salva al rey, y escúchanos en el día en que te invoquemos. En hebreo está escrito así: Señor, salva al rey: que nos escuche en cualquier día en que te invoquemos.

SALMO XX.

Señor, en tu fortaleza se alegrará el rey. Este es el rey, a quien también en el salmo anterior según la forma de siervo se ora por la salvación. Cristo rey de reyes, y Señor de señores. Y

sobre tu salvación se exultará vehementemente: es decir, en que salvaste a los hombres: Tu Hijo que es el Salvador, se exultará.

El deseo de su corazón le diste: y no le negaste la voluntad de sus labios. Ya no somos siervos, sino amigos. Lo que pidió, se cumplió. Como Él y el Padre son uno, así también nosotros en Él somos uno. O de otra manera: El deseo de su alma le diste. El Hijo de Dios deseó venir a redimir al género humano. De donde dijo: Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros, antes de que muera (Luc. XXII). Y no le negaste la voluntad de sus labios. Y esto es cuando el Señor dijo: Mi paz os doy: mi paz os dejo (Juan XIV).

Porque lo preveniste con bendiciones de dulzura. Esto es desde lejos, cuando Melquisedec bendijo a Abraham (Gén. XIV). Y luego cuantas bendiciones hubo en los patriarcas hasta la venida de Cristo, Cristo fue bendecido en ellos. Porque lo preveniste: esto es, antes lo preveniste con bendiciones de dulzura, que antes de que le ofrecieran hiel por los judíos: porque antes le vinieron estas bendiciones. Gustó y no quiso beber (Mat. XXVII). Gustó, porque asumió nuestra muerte. No quiso beber: porque al tercer día resucitó. No quiso beber: esto es, no permaneció en la muerte. Pusiste sobre su cabeza una corona de piedra preciosa. La corona de Dios: la Iglesia es una congregación de varias naciones. De la cual Pablo bajo la persona de los creyentes dice: Mi gozo y mi corona (Filip. IV).

Pidió vida, y le diste. Como hombre murió, como hombre resucitó: porque Dios no pudo pedir vida. Longitud de días por los siglos de los siglos. Que calle la impía sinagoga. ¿Quién de los hombres vive por los siglos, y por los siglos de los siglos? David y Salomón no reinaron más de cuarenta años.

Grande es su gloria en tu salvación. Se cumplió lo que Él mismo pidió en el Evangelio: Padre, glorifícame junto a ti (Juan XIII, XVII). Grande es su gloria en tu salvación: como si dijera: Grande es su gloria: es grande que el hombre haya sido asumido a la derecha de Dios Padre. Gloria y gran decoro pondrás sobre él; gloria de la resurrección; decoro, cuando en el monte resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve (Mat. XVII).

Porque le darás bendición por los siglos de los siglos: porque toda criatura lo bendice. Lo alegrarás con gozo con tu rostro: esto es, estará contigo siempre en los cielos. Lo alegrarás con gozo con tu rostro. Entonces alegrarás al Hijo con gozo, cuando se haya reunido aquella multitud de santos, y el número le sea restituido. Cristo se alegrará por los adquiridos, por los que sufrió.

Porque el rey confía en el Señor: según la disposición del cuerpo: o el hombre asumido en la divinidad. Y en la misericordia del Altísimo no se conmoverá. Ni la humanidad del Hijo, ni la Iglesia primitiva, se conmoverán al final. Hasta aquí, el profeta ha hablado en persona de la Iglesia a Dios Padre sobre la humanidad de Cristo: ahora habla a la divinidad. De donde dijo:

Encuentre tu mano a todos tus enemigos. Encuentren tus enemigos tu poder, para que se vuelvan al bien. Encuentre el poder de Dios a aquellos que no quisieron creer en Cristo en humildad: encuéntrenlos en venganza. Tu diestra encuentre a todos los que te odian. A los que se odian a sí mismos, Dios con su gran clemencia quiere convertir, cuando incluso desea encontrar a sus enemigos.

Los pondrás como horno de fuego en el tiempo de tu rostro: en buen sentido, para que se quemen sus pecados. Como el horno arde por dentro, así arderá su conciencia por dentro,

porque no hicieron el bien. Señor, en tu ira los turbarás. Y aquí la clemencia de Dios no castiga, sino que turba, para que se conviertan en penitencia. Los devorará el fuego: por el Espíritu Santo sus pecados. Los devorará el fuego en el tiempo del rostro de Dios, cuando venga a juzgar al mundo.

Destruirás su fruto de la tierra: es decir, los destruirás a ellos, o sus obras de la santa Iglesia. Y los comerá el fuego. Este fuego es del que el Señor en el Evangelio dice: Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? (Luc. XII). De este fuego también los dos a quienes en el camino el Salvador abrió las Escrituras, decían: ¿No ardía nuestro corazón en el camino, cuando nos abría las Escrituras? (Ibid. XXIV). Y su semilla de entre los hijos de los hombres. Semilla, es decir, hijos que fueron engendrados en mala doctrina. De entre los hijos de los hombres: es decir, del consorcio de los buenos los destruirás.

Porque inclinaron hacia ti males. Los judíos lo que debían recibir sobre sí por justa venganza, lo inclinaron hacia Cristo, cuando dijeron, que era digno de muerte, y es mejor que uno muera que toda la nación perezca (Juan XI). Pensaron un consejo que no pudieron establecer: cuando dijeron a Pilato: Señor, recordamos, que aquel seductor dijo aún viviendo, después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día. Y él: Tenéis una guardia: id, custodiad como sabéis. Y después pusieron sellos, pero los muertos no pudieron retener al viviente (Mat. XXVII). Resucitó, lo que ellos ni quisieron, ni creyeron. Entonces no pudieron establecer el consejo que pensaron.

Porque los pondrás de espaldas. De dos maneras. De espaldas, porque siempre desean cosas terrenales: de otra manera, de espaldas, para que caigan hacia atrás, o cuando miran hacia atrás. En tus reliquias prepararás su rostro. Por reliquias, en hebreo tiene en bienes. Así se teje este sentido: A semejanza de los santos que te has guardado de todo el orbe, también a aquellos que han sido purgados por tormentos, haz que sean, para que junto al rostro de los santos, también comiencen a ser los rostros de los pecadores: esto es, que sean tales los que fueron pecadores, como aquellos que son santos. O de otra manera: En tus reliquias prepararás su rostro: es decir, los profetas, que sus padres mataron. Sus reliquias, los hijos de los judíos que mataron al jefe de los profetas: para que aquella venganza que comenzó con los profetas, venga sobre aquellos que mataron al Señor. De otra manera: En tus reliquias prepararás su rostro: esto es, por Elías y Enoc creerán al final. Prepararás su rostro: a ti creyentes, como aquello: Para convertir el corazón de los padres hacia los hijos (Luc. I).

Exáltate, Señor, en tu poder. Voz de la Iglesia. Exáltate en tu poder: es decir, muestra tu poder y majestad, porque antes viniste en humildad, pero ahora ven en majestad. Cantaremos y salmodiaremos tus virtudes, Señor. Cantaremos en el corazón: salmodiaremos en la obra: tus virtudes anunciamos.

SALMO XXI.

Al final, por la asunción matutina, salmo de David. La asunción matutina de la resurrección del Señor y la ascensión al Padre significa el sacramento. Esta inscripción los hebreos la tienen de otra manera: Por el ciervo matutino, y con interpretación perversa piensan que todo el vigésimo primer salmo está compuesto sobre Esther, que por su peligro e intercesión ante el rey fue liberado el pueblo israelita del peligro. Pero nosotros entendemos que el ciervo que mata serpientes y consume venenos no es otro que Cristo, como lo muestra el contexto de todo el salmo.

Dios, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado? Este versículo lo utilizó el Señor colgado en la cruz. De lo cual advertimos que todo el salmo es cantado por el Señor puesto en la cruz. Sin embargo, lo que tiene en medio, atiende a mí, no se encuentra en los códices hebreos, y la voz del Señor lo declara añadido, que también lo omitió en el Evangelio: como si dijera: ¿Por qué me has abandonado? Aquí habla la humanidad sobre cómo fue abandonada en Adán, cuando transgredió el mandamiento. O en la pasión, Cristo fue abandonado en parte de la carne. Lejos de mi salvación están las palabras de mis pecados. Lejos: aquí habla la divinidad. Palabras de mis pecados: porque considera nuestros pecados como suyos. Pues en su salvación no hay pecado: pero la salvación está lejos del pecador. O de otra manera: Lejos de mi salvación están las palabras de mis pecados. Aquila interpretó este lugar así: Lejos de mi salvación están las palabras de mi gemido: Symmachus, las palabras de mis gemidos: la quinta y sexta edición: las palabras de mi clamor. Y el sentido según los demás intérpretes es: Mis gemidos y esfuerzos con los que siempre busqué salvar al pueblo de Israel, se han alejado de mi salvación, que deseaba otorgar al pueblo: porque ellos no quisieron recibir la sanidad. Según los setenta intérpretes, este es el sentido: Esto que suplico por la salvación, que me quejo de ser abandonado: no hablo desde mi propia persona, sino desde el pueblo, cuyos pecados asumí en mi cuerpo. Por lo cual digo: Lejos están de mi salvación, estas palabras que derramo. Pues no pido tanto la salvación para mí, que soy Dios, como para el pueblo que necesita salvación.

Clamaré de día, y no escucharás: y de noche, y no para mi insensatez. Colgado de día no es escuchado por el Padre: de noche resucita de entre los muertos victorioso. De otra manera: Quien no es escuchado en la alegría, es escuchado en las lágrimas. Por lo cual dice: No para mi insensatez, es decir, no clamé en vano. Y Aquila tradujo del hebreo diciendo: Y de noche, y no callarás: es decir, me escucharás: me responderás: harás lo que he orado. Dios mío clamaré de día, y no escucharás, y de noche. Cristo clamó en la cruz, y oró por los suyos: escuchado, y no escuchado. Escuchado por los predestinados: como en los ocho mil, o por aquellos ciento veinte y quinientos hermanos. Y no escuchado: esto es por aquellos que no estaban predestinados. Por lo cual dijo el evangelista: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII). Por lo tanto, aquí el día se entiende por los buenos, y la noche por los malos. O el día y la noche, prosperidad y adversidad en la Iglesia. La Iglesia no es escuchada en la prosperidad, para que no se ensalce, y no es escuchada en la adversidad, para que se purifique más. Y no para mi insensatez: es decir, el Hijo coeterno al Padre sabe todo, por qué no fue escuchado en el día de la pasión, es decir, por los hijos de la muerte, y la prosperidad, y la tribulación de su Iglesia.

Tú, sin embargo, habitas en el santo: alabanza de Israel. Voz del profeta. Habitas en el santo, esto es, en su cuerpo, o en el cielo, o en la Iglesia.

En ti esperaron nuestros padres, Señor: esperaron, y los liberaste. Esperaron los patriarcas y profetas, o los demás: y los liberaste: es decir, de Egipto o de Babilonia. No fueron confundidos: porque lo que prometiste cumpliste, esto es, la tierra de la promesa y la vida larga. De otra manera: en ti esperaron nuestros padres, los doctores de la Iglesia. No fueron confundidos, porque tú siempre eres su esperanza.

Pero yo soy un gusano y no un hombre. Esto lo dice por la humildad del cuerpo asumido: también Isaías canta lo mismo: No temas, gusano de Jacob (Isaías XLI). Oprobio de los hombres y desprecio del pueblo. ¿Qué mayor oprobio que la cruz? Y desprecio del pueblo: es decir, burla del pueblo judío. ¿Por qué gusano y no hombre; mientras dice en el Evangelio: Vino el Hijo del hombre a redimir lo que se había perdido (Lucas XIX)? Cristo es llamado gusano y hombre. Gusano, como dice el profeta: No temas, gusano de Jacob; y hombre,

porque nacido de María, su nacimiento se asemeja al del gusano: porque el gusano que nace en la madera, no tiene padre, sino madre. Y Cristo nació de María sin la unión con un hombre. Dios hizo dos moradas, el cielo y la tierra. El cielo es la morada de los ángeles, y la tierra la morada de los gusanos. Dios hizo que un gusano ascendiera al cielo, y un ángel a la tierra. Cristo por la humildad ascendió sobre todos los ángeles, y el diablo por la soberbia fue arrojado a la tierra. Oprobio de los hombres y desprecio del pueblo: oprobio, cuando dijeron los judíos: Tú eres discípulo de aquel (Juan IX): desprecio, cuando lo echaron fuera de la ciudad, y lo crucificaron.

Todos los que me ven se burlan de mí. Se dice por parte de los malos, como también dijeron los judíos: Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz: o: Salve, rey de los judíos (Mateo XXVII). Hablaron con los labios, y movieron la cabeza. Hablaron con los labios, porque lo que tenían en el corazón, eso hablaban con palabras. Movieron la cabeza: es decir, dejaron una cabeza que es Cristo, y se hicieron muchas cabezas de demonios.

Confió en el Señor, que lo libre: que lo salve, porque lo quiere. Voz del profeta hablando de la humanidad. Confió en el Señor: esto es, la humanidad en la divinidad. Que lo libre: es decir, de los judíos. Porque lo quiere: es decir, Dios Padre quiso tener tal Hijo sin pecado, por quien quitara los pecados del mundo, como dice el profeta: Él tomó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras dolencias (Isaías LII).

Porque tú eres quien me sacó del vientre. Voz de la humanidad. Me sacaste del vientre: es decir, del útero de santa María, o de la sinagoga, porque por la profecía de los profetas fue concebido, y al sentido espiritual, como sacado del vientre. Mi esperanza desde los pechos de mi madre, etc.: es decir, Cristo no despreció mamar de los pechos de su madre: es decir, de los pechos de María. O los pechos de la madre: la ley de la sinagoga. Se dice que tiene dos pechos, porque tienen la letra y el sentido. Pero ellos, es decir, los judíos, recibieron un solo pecho: esto es, porque solo observan la letra de la ley. Tú eres mi Dios, no te alejes de mí, en el día de la pasión.

Porque la tribulación está cerca. Como él mismo dijo: Levantaos, vamos: he aquí se acerca el que me va a entregar (Juan XIV). No hay quien ayude, ni ángel, ni hombre, sino tú, Padre.

Me rodearon muchos becerros: Becerros juguetones: es decir, los judíos, que eran juguetones e incontinentes. Toros gordos me rodearon. Por gordos, Symmachus interpretó cebados. En hebreo se pone la palabra Basán, que también puede traducirse como ignominia: porque me rodearon. Se les llama toros, por su soberbia: es decir, sus príncipes Anás y Caifás, o los demás. Gordos, por la grosura de su maldad.

Abrieron su boca contra mí. Cuando dijeron, crucifícalo. Como león que arrebata y ruge. Es decir, cuando pensaban en cómo matarlo. Arrebata, cuando lo prendieron con espadas y palos.

Como agua he sido derramado, y se han dispersado todos mis huesos. Así quisieron los judíos extinguir a Cristo como el agua, que se bebe, se dispersa, y no regresa. Se han dispersado todos mis huesos. Los huesos de Cristo se llaman apóstoles; porque así como la carne se fortalece con los huesos, así también el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, se fortalece con los apóstoles o doctores.

Mi corazón se ha vuelto. El corazón de Cristo se entiende como la Iglesia, antes de que Cristo subiera a la cruz: que parecía dura, porque pocos sufrían por su nombre. Por lo cual se dice:

¿Por el justo quién muere? Como cera que se derrite. Porque después de que Cristo subió a la cruz, todos los santos comenzaron a soportar tribulación por él debido a la esperanza de la recompensa futura (Romanos V). En medio de mi vientre. Esto es, en medio de la Iglesia. Mi corazón se ha vuelto como cera que se derrite en medio de mi vientre. Mi sabiduría, que antes no se entendía, encendida por el fuego de la pasión se calentó, y fue recibida por la Iglesia.

Mi fuerza se ha secado como una teja. La teja antes de ser puesta en el fuego, es débil: después de ser puesta en el fuego, se fortalece. Y Cristo después de haber subido al madero de la cruz, fortaleció a su Iglesia. Por lo tanto, no se secó como la hierba para caer: sino como una teja para fortalecerse. Y mi lengua se adhirió a mis fauces. Es decir, las lenguas de los apóstoles enmudecieron en el tiempo de la Pasión: aunque uno habló, sin embargo negando no confesando, es decir, Pedro. Pues los discípulos guardando mis preceptos, hablarán de mí en el futuro. Y me llevaron al polvo de la muerte. Esto es, a la encarnación, o al infierno, cuando llevó consigo las almas de los santos de allí. Y me llevaron al polvo de la muerte. Como a los impíos que el viento arrojó, así pensaron que yo caería en la muerte: como si no pudiera resucitar.

Porque me rodearon muchos perros. Propio de los perros es alegrarse con su amo, y ladrar al ladrón. Aquí se entienden los perros como los judíos, que ladraron a Cristo, y se alegraron con el ladrón: esto es, Barrabás: cuando lo pidieron, y mataron a Cristo (Juan XVIII): Porque me rodearon muchos perros: no hablando rectamente, sino ladrando iniquidades. El consejo de los malignos me rodeó. La congregación de los judíos. Muchos perros. Por perros en hebreo se tiene chelabim, que Aquila y Theodotion interpretaron como cazadores. El consejo de los malignos me rodeó. Los judíos rodearon: es decir, rodearon a Cristo.

Perforaron mis manos y mis pies. Se pone el pasado por el futuro. Perforaron, clavaron clavos, y encontraron un gran fruto: es decir, la salvación de las naciones. Y contaron todos mis huesos. En la cruz extendida vieron sus miembros.

Ellos mismos consideraron, etc. Diciendo: A otros salvó: a sí mismo no puede salvarse (Mateo XXVII).

Repartieron entre sí mis vestiduras. Haciendo a cada soldado su parte. Y sobre mi ropa echaron suertes. Tratando sobre la túnica: No la rompamos: sino echemos suertes sobre ella de quién será. O de otra manera: Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. Lo que hicieron cuatro soldados en cuatro partes, y no dividieron la túnica: significaba la unidad de la Iglesia, que no se dividiría. Los herejes quieren dividirla, y no pueden.

Tú, sin embargo, Señor, no alejes tu ayuda de mí. La humanidad habla a la divinidad: para que le ayude en el tiempo de la Pasión. Tú, sin embargo, Señor, no alejes tu ayuda de mí; sino resucítame de inmediato. Mira a mi defensa. Que no prevalezca contra mí la parte del infierno voraz.

Libra mi alma de la espada. Libra del cuchillo o la maldad de los judíos. O libra mi alma de aquel poder, que seduciendo mata. Y de la mano del perro mi única. Perros, judíos. Única: es decir, el alma de Cristo. Se llama única, porque esa alma no tiene pecado, y otras almas son purificadas por ella. O única, la Iglesia: y de la mano del perro: de la boca del infierno, que devora ávidamente como un perro.

Sálvame de la boca del león. La boca del león, el pueblo judío: por la fortaleza de su maldad. Y de los cuernos de los unicornios mi humildad. Unicornio, se entiende el mismo pueblo judío: porque tiene un cuerno, es decir, una ley: con la cual ventilaba a todas las naciones antes de su prevaricación. Y de los cuernos de los unicornios mi humildad. De los satélites de Satanás: por los cuales los hombres se exaltan singularmente en la soberbia. Hasta aquí ha hablado de la Pasión: ahora habla de la resurrección cuando dice:

Anunciaré tu nombre a mis hermanos. Voz de Cristo. Hermanos, los apóstoles, después de que resucitó, como él mismo dice: Id, anunciad a mis hermanos, que vayan a Galilea, allí me verán (Mateo X). En medio de la Iglesia te alabaré. Esto es, en la unidad de la Iglesia: en medio de los pueblos creyentes. Te alabaré, te predicaré.

Los que temen al Señor, alábenlo. Todos los santos que lo temen con santo temor, lo alaban. Toda la descendencia de Jacob, magnifíquenlo. Es decir, el pueblo menor, suplantadores de vicios, magnifíquenlo: ciertamente la descendencia de los cristianos, a quien servirá el mayor. (Génesis XXV).

Tema a él toda la descendencia de Israel. Esto es, todos los que ven a Dios, que renacidos por el bautismo, ven a Dios con la mente. Porque no despreció ni desechó la súplica del pobre: La mía, que por vosotros me hice pobre. O a los pueblos cristianos no los despreció Dios, sino que los escuchó.

Ni apartó su rostro de mí. Sino que me resucitó de entre los muertos. Y cuando clamé a él, me escuchó. Respondiendo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo (Juan XII): Cristo fue escuchado en la Pasión, y la Iglesia en la tribulación.

En ti está mi alabanza en la gran Iglesia. Es decir, en el Padre como dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan X). En ti está mi alabanza en la gran Iglesia: que por todo el mundo está difundida en la fe. Mis votos al Señor los cumpliré ante los que le temen. Los votos de Cristo, el nacimiento o la pasión: los votos de la Iglesia, las buenas obras. O el misterio de mi cuerpo y sangre ofrezcan con aquellos que en su temor celebran esto.

Comerán los pobres y se saciarán. Pobres, los apóstoles, comerán el cuerpo de Cristo. Alabarán al Señor los que lo buscan. Por el fin y las obras reconociendo, que él es el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI).

Vivirán sus corazones por los siglos de los siglos. El corazón de su alma. Sin fin, porque quien coma de este pan, vivirá en él el sentido espiritual para siempre.

Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Esto es, hizo el Señor Dios al pueblo cristiano, para que recordara en él, y se volviera de sus caminos perversos. Toda la multitud de las naciones reconoce que están envueltos en tinieblas: por eso se acercan para ser iluminados.

Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Y aquí adoran, y en el futuro: porque según el Apóstol, se doblarán todas las rodillas (Filipenses II).

Porque del Señor es el reino: y él dominará sobre las naciones. El reino del diablo cayó, y el reino de Cristo ha llegado. Ascendiendo él a los cielos, todo le fue sometido.

Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra. Es decir, los apóstoles o los demás santos comieron el cuerpo de Cristo, como dijo antes. Ricos de la tierra: esto es, en fe, y obra, o

virtudes: reconociendo que el Señor es bueno. En su presencia caerán todos los que descienden a la tierra. Caerán, es decir, los pecadores en el día del juicio estarán en la presencia de Dios. Descienden de la soberbia del mundo: para adorar en el sentido de pura humildad.

Mi alma vivirá para él: y mi descendencia le servirá. La Iglesia, que ya no vive para sí misma, sino que Cristo vive en ella. O de otra manera: Mi alma vivirá para él, y mi descendencia le servirá. El alma de Cristo vive para Dios Padre, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Romanos VIII). O la Iglesia vivirá para Cristo. Mi descendencia, los hijos de la Iglesia, le servirán, el pueblo de los creyentes.

Se anunciará al Señor la generación venidera. El profeta dice: La generación venidera, esto es, el pueblo de las naciones, que vendrían antes de que Cristo viniera al mundo a creer en él. O, la generación venidera, esto es, en el día del juicio toda la claridad íntegra. Anunciarán los cielos su justicia. Esto es, los apóstoles o doctores. Su justicia. Esto es, sus mandamientos. Al pueblo que nacerá. Esto es, por la palabra de la predicación. Que hizo el Señor. Esto es, predestinó antes de los siglos. Al pueblo que nacerá que hizo el Señor. Que acercándose por la fe, por el bautismo ha renacido en Cristo. Que se digne concedernos tener en nuestra presencia sus heridas, y con Tomás palpando la perforación de sus clavos (Juan XX): o haciendo siempre memoria de toda la humildad de su pasión, recordando también con suspiros que descendió al infierno por nuestros pecados, hagamos siempre en este cuerpo terrenal, para que merezcamos ser unidos a él en el reino. Amén.

SALMO XXII.

Salmo de David. Este salmo contiene la voz de la Iglesia alabando a Cristo.

El Señor es mi pastor, nada me faltará. De este pastor, también habla Ezequiel: Levantaré un pastor, y los pastoreará mi siervo David (Ezequiel XXXIV). O de otra manera: El buen pastor, que puso su vida por mí (Juan X): me guía con moderación justa: por eso no carezco de nada. O de otra manera: Me guía: la Iglesia habla con confianza por la fe: porque antes de la venida de Cristo, el diablo gobernaba el mundo: pero ahora Cristo gobierna su Iglesia. Lo que decimos: El Señor me gobierna. Los hebreos dicen, como está escrito arriba: El Señor es mi pastor, nada me faltará. Quien tiene a Dios, y quien se adhiere a Dios, no le falta nada bueno, como dice el profeta: Nada falta a los que le temen (Salmo XXIII). En lugar de pastos allí me colocó. Como si dijera: En la unidad de la fe, en la unidad de la Iglesia. En lugar de pastos allí me colocó: En la futura bienaventuranza puso mi esperanza. Porque los pastos, se entiende la futura bienaventuranza.

Sobre agua de reposo me condujo. Alimentándome por el bautismo me nutrió, o la doctrina de los patriarcas, y profetas, o apóstoles. Mi alma convirtió. A sí mismo para ser conocido: es decir, el alma de la Iglesia: porque antes descendía al infierno por la culpa del primer hombre Adán: pero ahora se ha convertido a Cristo por la fe.

Me condujo por la senda de la justicia: es decir, por la senda de los mandamientos por el camino estrecho. Por su nombre; no por mi mérito.

Porque aunque camine en medio de la sombra de la muerte: a través de las oscuridades de este siglo: no temeré mal alguno: porque tú estás conmigo. Señor, te retengo en mi corazón. O de otra manera: La sombra se forma de dos maneras, es decir, por el cuerpo y por la luz. Por el cuerpo, se entiende la muerte: por la sombra, los pecados y la ignorancia. Y sin

embargo, aunque la Iglesia camine entre estas cosas mencionadas, no teme: porque tiene al Señor consigo, como Él mismo dijo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. ult.). Por eso la Iglesia no teme.

Tu vara y tu cayado: ellos me han consolado. Porque el Señor corrige a quien ama (Prov. III). Por la vara se entiende la tribulación o la disciplina del padre, o la persecución de la Iglesia. Y tu cayado, con el que castigas a los hijos espirituales. O por el cayado, el sustento y la consolación futura. Ellos me han consolado. Me han instruido consolándome, no me han afligido mortificándome.

Has preparado una mesa ante mí, etc. Para que ya no sea alimentado con leche como un niño, sino con alimento sólido: es decir, para que, rumiando con diente espiritual las Sagradas Escrituras, pueda resistir a los perversos. Has preparado una mesa ante mí contra los que me afligen. Mesa, es decir, la Escritura divina. Así como después del trabajo se encuentra consuelo y refrigerio en la mesa, así también los santos tienen consuelo y refrigerio, es decir, esperanza, fe y caridad, a través de la mesa, es decir, la Escritura divina. Contra los que me afligen. Los perseguidores de la Iglesia, que son los demonios, los judíos y los herejes. Contra todos estos encontramos consuelo en las Sagradas Escrituras.

Has ungido mi cabeza con aceite. Por cabeza, es decir, el principal de la mente, se entiende la Iglesia. La mente, de hecho, se llama cabeza: porque así como los miembros son gobernados por la cabeza, así las pensamientos son dispuestas por la mente. Por aceite se entiende la consolación: porque así como el cuerpo es consolado por el aceite, así también la mente de la Iglesia por la consolación de las Escrituras. Has ungido mi cabeza con aceite: Has alegrado mi mente con alegría espiritual, que es la cabeza de todo el cuerpo. Y mi copa que embriaga, ¡cuán gloriosa es! La copa se entiende como la palabra de Dios. Embriaga, porque a través de la predicación el hombre es compungido en la mente, cuando separa al hombre, es decir, al padre del hijo: al hijo de su padre: a la madre de la hija, y a la hija de su madre: y a la nuera contra su suegra. Entonces nos embriaga, cuando hace esto. Por la copa, se entiende la medida: porque a cada uno según lo que merece, o puede recibir, así le divide Dios, es decir, le da. O me has embriagado con la copa mística, para que olvide los placeres de la vida anterior.

Y tu misericordia, Señor, me seguirá. Voz de la Iglesia a Cristo. La misericordia de Dios tanto precede como sigue. Precede, por la fe: sigue, en guardar los mandamientos de Dios. Todos los días de mi vida. Mientras habite en este cuerpo.

Y para que habite en la casa del Señor. La Iglesia aquí consiste como en un tabernáculo. Porque así como el tabernáculo se traslada de un lugar a otro: así también la Iglesia es trasladada de este tabernáculo a la casa, es decir, a la vida eterna, o perpetua, donde los santos habitarán sin fin. En la longitud de los días. Días sin fin. Para que habite en la casa del Señor en la longitud de los días: es decir, habite en la Jerusalén celestial comúnmente con todos los santos congregados en mí por la fe.

SALMO XXIII.

Salmo de David, en el primer día del sábado. Este salmo contiene a veces la voz del profeta hablando de la Iglesia.

Del Señor es la tierra y su plenitud. Cuando se conviertan los que piensan en cosas terrenales. Del Señor es la tierra, es decir, todo el mundo: y su plenitud, es decir, los habitantes de este

mundo. O, del Señor es la tierra, es decir, la Iglesia: y su plenitud, es decir, todos los santos. El orbe de la tierra, y todos los que habitan en ella. Con la glorificación de Jesús, la fe de todas las naciones se convierte en una sola Iglesia.

Él la fundó sobre los mares. Por mares, las fluctuaciones de este mundo: porque las fluctuaciones del siglo pisan y superan a la Iglesia desde el principio. Pero la fundó, es decir, fortaleció su Iglesia en la fe. La estableció sobre las olas de este siglo, para que no se deslice por ellas. Y la preparó sobre los ríos. Por ríos se entienden los poderosos del siglo, o los codiciosos: como dice Salomón: Todos los ríos van al mar. Así también los poderosos, aunque tengan gran riqueza, nunca se sacian. Sobre estos ríos está la Iglesia, para predicarles: y se conviertan los que tienen poder. Si no quieren escuchar: la preparó sobre los ríos. La estableció sobre las codicias de este siglo: para que ella fuera superior, limpia sin mancha ni arruga.

¿Quién subirá al monte de David? Voz del profeta preguntando: es decir, ¿a la Jerusalén celestial? ¿Quién se pone por caridad. O este monte por alta justicia: como aquello: Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres: y tendrás un tesoro en los cielos (Luc. XVIII). ¿O quién estará en su lugar santo? Sobre su altísima justicia: como si dijera, ¿quién perseverará? porque muchos suben, y no perseveran.

Inocente de manos y puro de corazón. Puro en obra: porque por manos, se entienden las obras: y puro de corazón, es decir, puro en pensamientos. O puro de corazón, santo en pensamiento. Quien no ha tomado en vano su alma. Quien no la ha manchado con las heces de los pecados después del bautismo. Aquel no ha tomado en vano su alma, quien hace buenas obras. Ni ha jurado con engaño a su prójimo. Aquel no jura con engaño a su prójimo, quien predica lo que piensa, y lo cumple en obra. Porque muchos juran con engaño, para engañar al prójimo: lo cual abomina el Padre de las luces, Dios, diciendo Pedro; No has mentido a los hombres, sino a Dios (Act. V). Por lo tanto, quien se guarde de estas manchas,

Este recibirá bendición del Señor: y misericordia de Dios su salvador. De Cristo igual al Padre, por cuya muerte fue salvado. O de otra manera: Este recibirá bendición del Señor. De este mencionado dice: Quien no jura con engaño a su prójimo, recibirá bendición del Señor, cuando dirá: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Matth. XXV). Y misericordia de Dios su salvador. Obtiene misericordia de Dios, quien se considera miserable.

Esta es la generación de los que buscan al Señor. Arriba dijo singularmente: Este recibirá bendición: ahora pluralmente, porque la Iglesia se congrega de muchas personas: y sin embargo se dice una, por la unidad de la fe. Esta generación, es decir, el pueblo de los cristianos, que yaciendo en tinieblas, buscó al verdadero Señor y Salvador.

De los que buscan el rostro del Dios de Jacob. Es decir, el pueblo cristiano busca el rostro del Dios de Jacob. De donde se dijo: El mayor servirá al menor (Gen. XXV): porque al nacido después le dio el primado. Intercede diapsalma, para cambiar de persona. Porque el mismo Señor ahora repitiendo los reinos celestiales, es anunciado. Ascendiendo pues con los ángeles, los que precedían o acompañaban, aclamaban a otros de sus príncipes:

Levantad, príncipes, vuestras puertas: y elevaos, puertas eternas. Esto es, abrid las entradas celestiales: que se abra el acceso de la eternidad. O, levantad, príncipes, vuestras puertas: Voz de los ángeles buenos, a los ángeles malos: cuyo príncipe es el diablo. Puertas, príncipes, vuestras: es decir, la codicia y el temor. Bien unió la codicia y el temor: porque quienquiera

que por codicia acumula, por temor y malicia guarda, para no perder; y quien tiene temor, codicia y malicia, no expulsa de sí al espíritu maligno. Y elevaos, puertas eternas: es decir, la fe y la caridad. Se llaman eternas: porque desde Adán hasta Cristo yacieron en lo bajo: y por eso se dice que se elevan. Y entrará el rey de la gloria: esto es, Cristo; porque por la fe y la caridad entró Cristo en la Iglesia. Y entrará el rey de la gloria: Cristo el Señor reteniendo el reino de inmensa claridad. Ellos también atónitos y golpeados por el estupor de la mente dicen:

¿Quién es este rey de la gloria? Voz de los mayores demonios. Como si dijeran; Nosotros tenemos nuestro rey el diablo: ¿quién es este rey de la gloria? ¿Quién, dice, es este rey de la gloria? Responde quien habla: El Señor fuerte y poderoso. Voz de los ángeles buenos. Fuerte es, quien ató al fuerte príncipe vuestro (Marc. III). Fuerte, cuando aceptó la muerte: poderoso, cuando venció al infierno. En la batalla, cuando despojado el Tártaro, llevó consigo una multitud de cautivos. Clama de nuevo, y dice:

Levantad, príncipes, vuestras puertas, y elevaos, puertas eternas. Que se eleven las puertas etéreas: que se abran las hojas de las moradas eternas. Y entrará el rey de la gloria. Porque no solo después de la resurrección, poseyó inmensa claridad: sino también aquella que igual tenía con el Padre antes de que el mundo fuera hecho. Adorando pues estos la única y singular potencia de tan gran gloria, dicen:

¿Quién es este rey de la gloria? Se les responde: El Señor de las virtudes, él es el rey de la gloria. Aquí se entiende a Cristo en plural virtudes: porque se sienta sobre las nueve virtudes de los cielos. O se dice virtudes: porque sobre todas las virtudes del diablo, el Señor es. O se dice virtudes: porque el diablo tenía bajo su dominio nueve órdenes de ángeles, ya sean buenos o malos. Levantad las puertas. Voz de los ángeles buenos. O voz del Señor a los ángeles buenos. Levantad las puertas, esto es, porque cuando Adán pecó, las puertas del paraíso fueron cerradas: y se dio una espada de fuego al ángel Serafín, para que la custodiara. Pero después de que Cristo vino al mundo, y luchó con el diablo, abrió el infierno, y sacó consigo las almas de los santos: y con los ángeles buenos regresó a los cielos. Entonces las puertas del paraíso, que antes estaban cerradas, fueron abiertas. O puertas eternas, se llaman ángeles: por cuya custodia, ascendemos a los cielos. Se dice que se elevan: porque antes todas las almas de los santos descendían al infierno. Pero después de que Cristo ascendió con su cuerpo sobre todas las virtudes de los cielos, después los ángeles se alegraron: porque las almas de los santos las condujo allí. ¿Quién es este rey de la gloria? Voz de los ángeles, que siempre estuvieron con el Padre: como si dijeran: Nosotros siempre vemos al Padre y al Hijo juntos: ¿quién es este rey de la gloria? Decían por parte de la carne: Levantad las puertas: Voz del profeta sobre los judíos, Levantad las puertas: es decir, la soberbia, la codicia y la avaricia: porque por estas tres, todo hombre descendía al infierno. O elevad las puertas, príncipes, vuestras: por lo cual en hebreo está puesto: Levantad, puertas, vuestras cabezas: que se lleven por camino recto. Dice que el hombre no puede llegar a la perfección de la pureza: y que nadie puede llegar a la perfección de la pureza. Las puertas eternas que dice que se elevan, son la fe, la caridad y la castidad, porque por estas tres Cristo entra en la Iglesia. ¿Quién es este rey de la gloria? La fragilidad humana respondió: ¿Quién es este? Como si dijeran: Este es a quien crucificamos, y reprochamos, y tuvimos por nada. Responden: El Señor de las virtudes, es decir, quien murió temporalmente por la debilidad de la carne: pero ahora vive por la virtud de Dios. O fue virtud, cuando dijo a Tomás: Mete tu dedo en el lugar de los clavos, y pon tu mano en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel (Juan XXVI). Se dice Señor de las virtudes, como dice Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo (Rom. VIII)? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, y lo demás. También: Levantad las puertas, príncipes, vuestras. Voz de los ángeles, que descendieron con Cristo al

infierno, dicen a los súbditos del diablo. Muestran que llevan atado a su príncipe: Levantad las puertas: porque las puertas fueron rotas, es decir, el poder de ellos entonces fue quitado. Y elevaos, puertas eternas. Y entonces fueron elevadas las eternas, es decir, las almas de los santos del infierno. Se llaman eternas, porque siempre sin fin reinarán con Dios. El Señor de las virtudes, él es el rey de la gloria. Por Señor de las virtudes, en hebreo se lee Señor sabaoth, que en otro lugar los setenta intérpretes tradujeron omnipotente. Con razón Señor de las virtudes, quien por nosotros se hizo hombre: entregado a la muerte, fue sometido a las tinieblas infernales: lo cual aceptó clementemente, soportó pacientemente, venció valientemente, consumó maravillosamente. Quien con su propia virtud pisoteando los infiernos: regresando con triunfo a los superiores: con gloria ascendió a los cielos: ahora se sienta a la derecha de Dios Padre omnipotente, intercediendo continuamente por nuestros delitos. Amén.

SALMO XXIV.

Salmo de David. El vigésimo cuarto salmo contiene la voz de nuestro mediador enviada al Padre: a veces tiene el clamor suplicante de la Iglesia.

A ti, Señor, levanto mi alma. Aquí se entiende la voz de la Iglesia a Cristo. Levanto dice, es decir, elevo: porque antes la Iglesia yacía en el valle de lágrimas, o en lo bajo, antes de que Cristo viniera al mundo. ¿En qué la elevó? Esto es, en esperanza, fe y caridad, por la santificación, porque el trigo si yace en lo bajo, se pudre; si se eleva hacia arriba, se conserva. Así también el alma, si yace en la podredumbre de los pecados, es decir, si yace en lo bajo, se pudre y perece. Pues si se eleva hacia arriba en estas cosas mencionadas, esperanza, fe y caridad, es conservada por Dios. O, a ti, Señor, levanto mi alma por la cruz. Dios mío, en ti confío, es la confesión de la Iglesia: En ti confío, no en mí, sino en ti. No seré avergonzado: porque no confío en el hombre: de los cuales se ha dicho: Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII); y: Bendito el hombre que confía en el Señor (Psal. XXXV). No haya dilación de la resurrección, que genere oprobio entre los creyentes.

Ni se burlen de mí mis enemigos. Los que antes se burlaron de mí cuando dije: Puedo destruir el templo, y en tres días reedificarlo (Matt. XXVI). Ni se burlen de mí mis enemigos: es decir, aquellos que confían solo en el hombre, porque después de que aquel haya fallado, sus enemigos se burlan de él: y los enemigos de la Iglesia son los demonios, los herejes, los vicios y los pecados. Porque todos los que te esperan: los que te sostienen: no serán confundidos. Ni aquí, ni en el futuro: los apóstoles, o aquellos que creerán por su palabra en ti.

Sean confundidos los que obran iniquidad en vano. El profeta no deseando, sino profetizando dice: Sean confundidos en el día del juicio aquellos, que hasta el fin perseveran en su malicia: aquellos que sobre el crimen perpetrado en mí añadieron aquello, que sellaron el sepulcro. Hasta aquí el Señor sobre su Pasión: de aquí sigue la voz de la Iglesia: que después de la resurrección del Señor se suplica ser enseñada.

Tus caminos, Señor, muéstrame: y tus sendas enséñame. Aquellos por los cuales se llega a tu reino, o tus caminos: esto es, tus mandamientos: hazlos conocidos, esto es, muéstrame, Enséñame tus sendas. La senda es menor que el camino: por senda se entiende el camino estrecho y angosto, que lleva a la vida.

Guíame en tu verdad. Voz de la Iglesia. Guíame, porque yo soy tortuoso. En tu verdad: esto es, en tu Cristo: enséñame, para que no haga nada perverso. Porque tú eres Dios mi salvador.

Porque por tu resurrección mi salvación me ha sido dada. Y te he esperado todo el día. Esto es todo el tiempo. Me veían por ti soportar durante todo el tiempo de esta vida. Porque había oído por las voces de los profetas que vendrías al mundo. Pero te esperé por la luz de la fe, hasta que me llamaras.

Acuérdate de tus misericordias, Señor, etc. En las cuales para redimirnos, te hiciste hombre. O el pueblo cristiano habla: para que los haga rectos por su misericordia; como aquello: Tus misericordias son muchas, Señor; y: Tus misericordias son desde el siglo (Psal. CXVIII); y: Tus misericordias desde el principio del siglo nos prometiste (Ibid.).

Los pecados de mi juventud y mis ignorancias no los recuerdes, Señor. Aquellos que cometí en la adolescencia, antes de salir de la casa del padre iniquo. O los pecados de la juventud, antes del bautismo: y mis ignorancias esto es, después del bautismo.

Según tu gran misericordia acuérdate de mí, Dios. Es decir, no según los méritos, sino según tu misericordia. Porque inmensa es tu misericordia, que llamas a las cosas que no son como si fueran. Por tu bondad, Señor. Porque provocas a los pecadores al arrepentimiento.

Dulce y recto es el Señor. Dulce, porque es el pan de vida. Dulce, porque promete las recompensas futuras. Recto, porque da a cada uno según sus obras. Por esto dará la ley a los que delinquen en el camino. La ley de la caridad; por la cual dejando las ofensas, nos reconciliamos con Dios. A los que delinquen en el camino, a los pecadores en esta vida.

Dirigirá a los mansos en el juicio. A los mansos y humildes de corazón los dirigirá en el juicio, esto es, hace aquí en el presente la distinción entre el cuerpo y el alma: para que se corrijan mutuamente en los caminos de los mandamientos de Dios. O aquello que está escrito arriba: No recuerdes los pecados de mi juventud y mis ignorancias. A este lo excusa la edad, y la ignorancia. De donde entendemos que quien peca en la juventud, y no ignora, no tiene perdón. Porque el siervo que conoce la voluntad de su Señor, y no la hace: recibirá muchos azotes (Luc. XII). Todos los caminos del Señor, misericordia y verdad: porque incluso la misma misericordia, está equilibrada con justos pesos. Enseñará a los mansos sus caminos. Misericordia y verdad: y para que lo amen con todo el corazón, que es el verdadero camino. Así sigue:

Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. Misericordia, porque nos redimió: y verdad, porque juzgará a los impíos. Dulce y recto es el Señor: porque quien se confiesa miserable, Dios le tiene misericordia. A los que buscan su testamento. A aquellos les hace misericordia, que buscan el nuevo Testamento: por el cual nos reconcilió con Dios Padre con su sangre. Y sus testimonios. A los profetas y apóstoles: por cuyos testimonios la Iglesia está congregada.

Propter nomen tuum, Señor, te apiadarás de mi pecado. No por mis méritos, sino por tu misericordia. Porque es mucho. Grande es mi pecado. Grande es, dice, el pecado general: que si Dios no se digna borrarlo por el bautismo, de otra manera no se limpiará. ¿Quién es el hombre que teme al Señor? Él le establece la ley en el camino que eligió. Para que se desvíe hacia lo que eligió. Similar a esto, el Señor protesta a través de Moisés al pueblo, diciendo: He aquí que hoy he puesto ante tus ojos fuego y agua, bien y mal, vida y muerte: elige la vida, y vivirás (Deut. XXX).

Su alma morará en bienes. Si elige la vida. Y su descendencia heredará la tierra. Por las obras de justicia, tomará herencia en la región de los vivos. O su alma morará en bienes: es decir,

esperará en las recompensas futuras: y su descendencia poseerá la tierra por herencia. Su descendencia, sus obras, poseerán la tierra: es decir, la vida eterna.

El Señor es el firme apoyo para los que le temen. Nosotros somos débiles e indefensos: pero de Él nos animamos para no ser sacudidos por las olas de este siglo. Y su testamento para que se manifieste a ellos. Este es el Nuevo Testamento. La ley que lo anunció velada por la letra, se manifiesta en Cristo.

Mis ojos siempre hacia el Señor (Eccl. II). Los ojos del corazón con la mente atenta hacia Dios: de los cuales se dice: Los ojos del sabio están en su cabeza. Porque Él arrancará mis pies del lazo: esto es, del lazo del diablo mis sentidos, de los cuales antes era capturado por los placeres del mundo.

Mira en mí, y ten misericordia de mí. Mira, en ayuda: y ten misericordia, porque soy miserable. Porque soy único y pobre. Pertenece a Cristo: porque Cristo es único sin pecado: como dice el profeta: Él no cometió pecado (Isai. LIII). Pobre por nosotros, como dice Pablo: Siendo rico, se hizo pobre, para que con su pobreza fuéramos enriquecidos (II Cor. VIII). O único, el pueblo cristiano. Pero bien se dice único, porque es el unigénito del Padre. Que nacido pobre en la carne, se convirtió en el único precio del mundo. Porque soy único y pobre. Así también Elías quedó solo (III Reg. XVIII): y Jeremías se sentó solo y lloró, separado de los hombres malvados (Jer. XV): Por lo cual también David dice en otro lugar: Hace habitar al de un solo ánimo en casa (Psal. LXVII).

Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado. Por la pasión. De mis necesidades líbrame. Mis necesidades son, como hombre, morir por los hombres, y por eso ser rescatado por ti, para resucitar.

Mira mi humildad. Por la cual asumí la carne. Y mi trabajo. Por el cual me someto a la muerte. O de otra manera. Mira mi humildad y mi trabajo. La Iglesia habla a Cristo. Humildad, porque los pecadores la humillan. Trabajo, en la tribulación. Y perdona todos mis delitos. Los delitos del pueblo, que asumí en mí.

Mira a mis enemigos: ciertamente a los judíos, para que se confundan. Mira a mis enemigos, porque se han multiplicado. Voz de la Iglesia sobre los perseguidores. Me odian con odio injusto. El odio injusto se dice en distinción del justo. Porque si no me hubieran odiado, ciertamente no me habrían condenado a muerte.

Guarda mi alma, y líbrame. La Iglesia suplica ser guardada y librada de todo mal. No seré confundido, porque te he invocado. En tus manos encomiendo mi espíritu. No seré confundido, ni aquí, ni en el futuro, porque te he invocado.

Los inocentes y rectos se han adherido a mí. Inocentes, que han guardado la pureza de vida desde el principio de su nacimiento. Así como la cabeza se adhiere al cuello, y los miembros se contienen en el mismo cuerpo: así también la Iglesia se ha adherido a Cristo por la justicia, y sus miembros se contienen en el mismo cuerpo. Inocentes, es decir, sucesores de los apóstoles, o los demás santos y rectos, cuyo corazón no fue perverso tras dioses ajenos. Se han adherido a mí, al regresar de los infiernos. Porque te he esperado, Señor. He cumplido, Padre, tu voluntad.

Líbrame, Dios de Israel, de todas mis tribulaciones. Para que la muerte no me domine más: como dice el Apóstol: Sabed que Cristo, resucitando de los muertos, ya no muere, la muerte no le dominará más (Rom. VI). Sin embargo, se debe saber que la humildad de la oración no

se refiere a la divinidad, sino a la humildad de la carne asumida. Nosotros, en verdad, roguemos al Señor, para que viviendo inmaculados, merezcamos ser liberados de las angustias infernales. Porque te he esperado, Señor. Líbrame, Dios de Israel. Israel, es decir, de las almas que ven a Dios. De todas las angustias, de todas mis tribulaciones.

SALMO XXV.

Al final, Salmo de David. Este salmo da testimonio del hombre y de Cristo: y contiene la voz de toda la Iglesia perfeccionada en Cristo.

Júzgame, Señor, porque he caminado en mi inocencia. Para que por tu juicio tenga misericordia: porque camino por el camino de la inocencia. Se ha dicho anteriormente: Júzgame, Señor. Voz de la Iglesia a Cristo. Júzgame, no porque pida el juicio futuro a Dios, sino la discreción: de la cual leemos en otro salmo: Júzgame, Dios, y discierne mi causa (Psal. XLII): esto es, para que no me juzgues en el futuro, como los demás pecadores han de ser juzgados. Porque he caminado en mi inocencia. La Iglesia lo dice por su parte. Como si dijera: Estoy preparada para vivir inocentemente, porque la Iglesia no ha dañado a nadie, ni desea dañar. He caminado, es decir, entre los pecadores, donde habita hasta el fin. Y confiando en el Señor no me debilito. Sino que me fortalezco en la fe. No me debilito, es decir, entre estos pecadores: porque en ti espero, no en mí.

Pruébame, Señor, y examíname. La Iglesia ruega ser probada, para conocerse a sí misma, y ser conocida por otros como probada. Como Job fue probado, para conocerse a sí mismo, y otros lo conocieran: como hicieron aquellos reyes que lo visitaron. Pruébame, Señor, en las tentaciones: y examíname, para que no quede en mí ningún delito. Quema mis riñones y mi corazón. Lo que significan los riñones, se indica en el corazón: porque tu misericordia está ante mis ojos. Así pide juicio, para que se recuerde la misericordia. Quema mis riñones y mi corazón. Aplica el Espíritu Santo a mis deleites y pensamientos: que quemando ambos, me haga digno. Quema, esto es, con el fuego del Espíritu Santo, de cuyo fuego dice: He venido a traer fuego a la tierra (Luc. XII).

Porque tu misericordia está ante mis ojos. Para que por este fuego sea reprendido, y no quemado. Y me he complacido en tu verdad. En tu Cristo: para que no en mi mentira, sino en tu verdad me complazca.

No me he sentado en el consejo de la vanidad. No me he unido a aquellos que contra ti, mi Cristo, llevaban un consejo vano. No me he sentado en el consejo de la vanidad, es decir, aquellos que siempre piensan en lo terrenal, la Iglesia no se ha sentado en su consejo. Y con los que hacen iniquidad no entraré. No he puesto con ellos mi conciencia oculta.

He odiado la asamblea de los malvados: de los judíos, o de los herejes. Y con los impíos no me sentaré: no haré pacto con ellos. Y con los impíos no me sentaré: es decir, no solo lo pensaron en palabra, sino que lo llevaron a cabo en obra.

Lavaré mis manos entre los inocentes. En buenas obras lavaré mis manos, que antes estaban sucias por los pecados. Lavaré mis manos, es decir, las obras. Lava por las lágrimas, por el bautismo y la penitencia. Y rodearé tu altar, Señor. Abrazaré tus cosas sublimes, para aprender a alabarte. Altar, es decir, fe. Rodearé, es decir, con buenas obras. Cada santo tiene el altar del Señor en sí mismo: que es la fe.

Para escuchar la voz de tu alabanza: y contar todas tus maravillas. Para que cuando haya aprendido, exponga a los demás ese milagro: cómo por nosotros sufriste o resucitaste. Y

contaré todas tus maravillas, de tu alabanza: es decir, todo lo bueno que hacemos, se considera de Dios, y todo lo malo que hacemos, es de nosotros. La alabanza de Dios es perfecta, y la alabanza de los hombres es imperfecta.

Señor, he amado la belleza de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria. He hecho hermosa mi mente, para que sea una morada digna para ti: en la cual habitando me glorifiques con tu gloria. La casa del Señor es la Iglesia. Los sacerdotes y la morada de tu gloria son aquellos en los que habita Dios.

No destruyas con los impíos mi alma. Con aquellos que por impiedad, entregaron al manso. Y con los hombres de sangre mi vida. Que insidiosamente, derramaron tu sangre.

En cuyas manos hay iniquidades. Esto es, en sus obras. Su derecha está llena de regalos. Enseña a abstenerse de los regalos: culpando a aquellos que los reciben: que actuando con iniquidad, consideraron algún lucro de esta impiedad: como hizo el mismo traidor Judas. Su derecha está llena de regalos. De la izquierda hicieron para sí una derecha: porque la vida futura se llama derecha, y la vida presente, izquierda. Ellos por la derecha, tuvieron la izquierda: como está dicho: Hay un regalo de la lengua, y hay un regalo de la mano, y hay un regalo del servicio. De la lengua, alabanza: esto es, favor humano. De la mano, de las cosas terrenales. Del servicio, servicio indebidamente prestado. Pero es mejor lo que dice el profeta: El que sacude sus manos de todo regalo, este habita en las alturas (Isai. XXXIII).

Pero yo he caminado en mi inocencia. La Iglesia habla por parte de los buenos: por el esfuerzo de la vida santa de los delitos anteriores. He caminado, entre los pecadores. Líbrame. De la tribulación. Y ten misericordia de mí. Porque soy miserable.

Porque mi pie ha estado en el camino recto. Mi sentido en Cristo: porque Él es el camino. Porque mi pie, para que no prevalezcan contra mí, ha estado en el camino recto: aquel, en el cual he comenzado a acercarme a ti por el camino de la justicia. En las Iglesias bendeciré al Señor. Habla de la unidad de la congregación. En la Iglesia, no en escondites, sino en las asambleas de los pueblos bendiciéndote. Proclamaré aquel amor con el que me redimiste con tu sangre: me lavaste con el bautismo: y con el pan celestial y los sagrados banquetes, lleno, me restauraste a una vida de mejor inocencia.

SALMO XXVI.

Al final, Salmo de David antes de ser ungido. David fue ungido tres veces: Una vez bajo su padre Jesé en Belén (I Reg. XVI): la segunda, en Hebrón (II Reg. II): la tercera, cuando reinó sobre todo Israel en Jerusalén (II Reg. V). Busca entonces a cuál unción principalmente se refiere este salmo. Sin embargo, se debe saber que antes de ser ungido, no se encuentra en los volúmenes hebreos. Pero de estas tres unciones, la del medio corresponde a este salmo. David tiene la figura de Cristo: porque también Él fue ungido en el bautismo, cuando el Espíritu Santo vino sobre Él en forma de paloma. David no recibió el reino desde la primera unción: así tampoco Cristo según la carne recibió el reino en el tiempo de la pasión, sino después de que ascendió.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? No teme ser cubierto por ninguna oscuridad, a quien el Señor ilumina siempre y salva. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Voz de la Iglesia a Cristo. En todos los salmos las palabras son del Espíritu Santo. Así como los ojos del cuerpo son iluminados por otra luz: así también los ojos de

nuestro corazón son iluminados por la virtud de la fe, esto es, por Cristo. De donde se dice: Él ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Joan. X).

El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién temeré? Él es en verdad la protección fiel del alma: por eso no teme al enemigo. Él mismo es defensor quien también es salvación; pero sin embargo, defensor se dice ayudador: ¿De quién temeré? Dice la Iglesia: De nadie, ni del diablo, ni del hereje, ni del perseguidor, mientras lo tenga a Él como defensor.

Cuando se acercan a mí los malvados, para devorar mi carne. Se acercan, para que, excitando en mí los delitos anteriores, desgarren mi cuerpo con diente rabioso. O, cuando se acercan a mí los malvados, para devorar mi carne, es decir, demonios o perseguidores. La carne, es decir, los afectos de la carne: porque este es su alimento. Y sin embargo, se les da carne para comer: es decir, los cuerpos de los santos para perseguir. Pero los santos tienen consuelo del Señor, como dice en el Evangelio: No temáis a los que matan el cuerpo: pero no pueden matar el alma (Matth. X).

Mis enemigos que me afligen: ellos mismos se debilitaron y cayeron. Porque el Señor es mi luz: mis enemigos que me afligen, demonios, o perseguidores: ellos mismos se debilitaron y cayeron. Entonces se debilitaron, cuando Cristo asumió nuestra humanidad.

Si se levantan contra mí ejércitos: no temerá mi corazón. Porque el Señor es un guerrero fuerte, Él mismo peleará por mí. Si se levantan contra mí ejércitos: es decir, la fortaleza de los demonios, o de los perseguidores. Ejércitos dice, según aquello: Se acamparon (Num. XXXIII). No temerá mi corazón. Dice la Iglesia, por aquello que el Señor dijo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Matth. ult.).

Si se levanta contra mí batalla, en esto confiaré. Y si se mueven contra mí las luchas, estoy confiado en esto: porque Dios, que es mi esperanza, puede desviar las flechas iniquas hacia la boca de los enemigos. Si se levanta contra mí batalla. Estas batallas mencionadas antes, la lucha de los demonios. Yo, dice la Iglesia, en tu ayuda y defensa confiaré.

Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré. Algunos piensan que se dice una caridad, o gracia, o ciertamente una petición: cuando el verbo hebreo ahath, absolutamente significa uno en género neutro, y se lee: Una cosa he pedido al Señor, es decir, al mismo Señor. Esta buscaré, es decir, al mismo Señor.

Para que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. En la casa del Señor, en la vida perpetua: porque aunque aquí se diga que la Iglesia es la casa, sin embargo, no propiamente, sino de manera nominativa. De donde dice: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor (Ps. LXXXIII).

Para ver la voluntad del Señor: es decir, el amor de Dios: como aquello: Lo veremos tal como es (Joan. III), pero aquí a través de un espejo. Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré. Veamos cuál es la única petición: Para que habite, dice, en la casa del Señor todos los días de mi vida: para que en esta vida mortal, me convierta en un templo santo, en el cual Dios se digne habitar. Y visite su templo. A aquellos que en la tierra viven una vida celestial, me haga partícipe. Y sea protegido en su santo templo: es decir, tenga protección de lo antes mencionado.

Porque me ha escondido en su tabernáculo. En el cual por la fe habite conmigo: para que no me enfrenten las tormentas de las tentaciones. El tabernáculo de la divinidad, es la humanidad de Cristo. Esconde a la Iglesia en su tabernáculo: porque nuestra cabeza es Cristo, y nosotros

sus miembros. Por lo tanto, esconde a la Iglesia en sí mismo, como se ha dicho: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Coloss. III). En el día de los males. ¿Acaso los días son malos? No, sino que se dicen malos en nuestras obras, como dice Pablo: Porque los días son malos (Ephes. V). De estos días presentes habla. Porque aunque la cabeza esté arriba, los miembros todavía están abajo hasta el fin. Porque también creo que esto se significa, cuando Él solo en el monte: la barca en el mar era sacudida por las olas, y por eso necesitan protección de Él (Matth. VIII). En el día de los males: en la felicidad de los insidiosos. Me protegió en el escondite de su tabernáculo. En el corazón creyente para justicia.

En la roca me exaltó. En Cristo me exaltó por la fe. Roca, Cristo: como dice Pablo: Pero la roca era Cristo (I Cor. X). En la roca me exaltó: En sí mismo, que es la roca estable y el fundamento más verdadero. Y ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos. Ahora, en el presente: sobre los enemigos, es decir, sobre estos mencionados antes, ha sido exaltada nuestra cabeza, que es Cristo: sobre todos los enemigos de la Iglesia. Y ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos, sobre los movimientos carnales, que a menudo me humillaban, para que no contemplara las cosas celestiales.

Rodearé e inmolaré en su tabernáculo sacrificio de júbilo. Rodearé, es decir, me ejercitaré en las criaturas de Dios: considerando el mundo creyente en Cristo. Porque considera las criaturas de Dios: cuando alguien ha contemplado el cielo y la tierra, o el mar con sus adornos, encuentra qué inmolar a Dios, esto es, alabanza. Rodearé, esto es, por las cuatro partes del mundo busco los ejemplos de los santos, y allí se encuentra la alabanza de Dios. E inmolaré en su tabernáculo sacrificio de vociferación. Que por nosotros soportó la humildad por un tiempo, lo proclamaré con alegría: porque de tales sacrificios se deleita. Sacrificio de júbilo, esto es, de predicación. Se dice júbilo, que ni por letras, ni por sílabas, ni por palabras puede comprender la magnitud de la alabanza de Dios. Se dice sacrificio, que se divide en partes, y la sangre se derrama alrededor del altar, y el mismo sacrificio se quema afuera. Se dice sacrificio el vino y el aceite, y el animal medio; y holocausto, todo quemado, y víctima, antes de ser sacrificada. De donde Pablo: Sacrificio vivo (Rom. XII). Cantaré y diré salmo al Señor. Cantaré, predicaré; Diré salmo, completaré con obra: o alabaré con alabanzas espirituales con la mente dilatada.

Escucha, Señor, mi voz, con la que he clamado a ti: ten misericordia de mí y escúchame. Porque con el clamor del hombre interior te ruego que me escuches.

A ti dijo mi corazón, buscó tu rostro mi rostro: tu rostro, Señor, buscaré. Con razón el corazón del justo busca el rostro del Dios viviente: porque confía en poder verlo. Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios (Matth. II). Buscó mi rostro tu rostro, esto es, mi Iglesia buscó tu rostro: esto es, tu presencia.

No apartes tu rostro de mí. En otro lugar dice: Aparta tu rostro de mis pecados (Salmo L). Y esto es lo que se debe orar. Pero aquí dice: No apartes tu rostro; es decir, no me dejes en mi propia voluntad: como se ha dicho: Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I): esto es, permitió. No te apartes en ira de tu siervo. Si un siervo ofende a su señor terrenal, está con temor y miedo: ¿cuánto más el hombre, si ofende a Dios celestial? Por lo tanto, la Iglesia ruega esto, para que Él la corrija aquí, y la vea. Para que no se aleje de ella con ira, sino que ella haga lo que no la haga apartarse: sino que con rostro propicio la mire.

Sé mi ayuda, Señor, no me abandones, ni me desprecies, Dios de mi salvación. Ayuda, en el presente. Sé, se refiere tanto al presente como al futuro. No me abandones: ni aquí, ni en el futuro. Ni me desprecies, Dios de mi salvación. Nuestro Salvador es Cristo, y esto ruega la Iglesia para que no sea despreciada por Él: es decir, que no cometa aquel pecado por el cual sea despreciada por Dios. No me abandones: cuando crucifico mis carnes con vicios y concupiscencias. Ni me desprecies, Dios de mi salvación: porque aunque soy mortal, sin embargo, busco las cosas celestiales.

Porque mi padre y mi madre me abandonaron. Padre, el diablo: madre, Babilonia, o la gentilidad, antes de que Cristo viniera al mundo, fueron nuestros padres. Ahora nuestro padre es Dios, y nuestra madre, Jerusalén celestial: como dice Pablo: Jerusalén que es nuestra madre (Gál. IV). Porque mi padre y mi madre me abandonaron: pero el Señor me recogió. El reino del mundo y las ciudades de este siglo que me engendraron, y prometían cosas caducas, las dejé, y al ser recogido por ti, fui abandonado por ellas. Porque mi padre y mi madre me abandonaron. También puede entenderse simplemente de David, que siendo el menor entre los hermanos, fue despreciado por sus padres, pero elegido por Dios a través de Samuel. En general, el amor de los padres por los hijos termina con la muerte: el amor de Dios crece con el tiempo.

Establece para mí una ley, Señor. Ley, tú mismo, porque tú eres la ley. En tu camino: es decir, en tus mandamientos. ¿Cuáles son esos mandamientos? Que no te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda, y no mires hacia atrás, como aquello: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos (Luc. IX, 6). Y también: Acordaos de la mujer de Lot (Luc. XVII). Y buscad las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra. Establece para mí una ley, Señor, en tu camino: y guíame por el camino recto. Para que no me desvíe ni a la derecha ni a la izquierda, sino siguiendo tus mandamientos, caminando por el camino real, entre en la tierra prometida. A causa de mis enemigos: movimientos carnales, demonios, herejes perseguidores.

No me entregues a las almas de los que me persiguen. Para que su alma no se sacie de las adversidades que me suceden. Porque se levantaron contra mí testigos inicuos: y la iniquidad mintió para sí misma. Se levantaron contra mí, diciendo mentira: pero cuando confié en ti, fueron destruidos en su mentira. Porque se levantaron contra mí testigos inicuos. Contra Cristo se levantaron testigos inicuos, cuando los judíos dijeron: Este dijo: Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré (Mat. XXVI). O contra la Iglesia dicen los adversarios. La iniquidad mintió para sí misma: es decir, se mintieron a sí mismos, y no a mí: porque el vicio de cada uno recae sobre su propio autor. Y la iniquidad mintió para sí misma. Testigos infames, en lo que mienten contra otros: se mienten a sí mismos, mientras preparan para sí mismos castigos, pensando que Dios no vengará las mentiras.

Creo que veré los bienes del Señor, en la tierra de los vivientes. Voz de la Iglesia. En la tierra de los vivientes, porque tenemos nuestra prenda allá arriba, que es Cristo. Él tomó de nuestra tierra un cuerpo mortal, y nosotros de Él recibimos esperanza y fe, y creyendo por la esperanza y la fe, llegaremos a la tierra de los vivientes: en la cual los santos tomarán la herencia del reino de los cielos. Espera al Señor. Es decir, hasta el fin del siglo lo que te suceda, por Cristo soporta pacientemente.

Actúa virilmente. Es decir, actúa con fortaleza: como dijo el Ángel a Josué: Esfuérzate y sé valiente (Josué I). Y se fortalezca tu corazón: esto es, tu alma. Y espera al Señor: esto es, soporta al Señor. Aquí el profeta exhorta a aquel fiel, que hasta ahora ha hablado, diciendo: Espera primero, para que contra las luchas del mundo seas fortalecido por Dios. Espera

después, para que siendo vencedor por el mismo Señor seas coronado: porque no será coronado, sino el que legítimamente haya luchado. Nosotros, en verdad, roguemos al Señor, para que con Él fortaleciéndonos, soportando virilmente las tormentas de los oleajes mundanos, esperemos por la fe: hasta que venga a dar lo que se ha dignado prometer.

SALMO XXVII.

Salmo de David. El salmo tiene la voz del mismo mediador, hablando en el conflicto de la Pasión al Padre. Lo que se desea para los enemigos: no es por malicia, sino por razón de la profecía que predice: lo que les amenaza por sus males. O la voz del hombre asumido en la divinidad: Jesús clamó en la cruz, y dijo: Eli, Eli.

A ti, Señor, clamé, Dios mío. Para que me glorifiques con aquella gloria que tuve contigo antes de que el mundo fuera hecho: porque ahora he asumido al hombre. No guardes silencio de mí. Sino que hables: porque tengo contigo la eternidad igual. No guardes silencio de mí: esto es, no me abandones. Y seré semejante a los que descienden al abismo. Es decir, a la miseria de esta vida: porque si la divinidad se hubiera apartado de él, habría sido semejante a nosotros en la miseria. Si guardas silencio, seré semejante a los que perecen: sin embargo, si callas, no serás conocido.

Escucha la voz de mi súplica, mientras oro a ti. Cristo oró en la cruz por todo el mundo, y por los judíos, y por los apóstoles. Mientras levanto mis manos hacia tu santo templo. Levanto mis manos: es decir, las extendí en la cruz. Hacia el santo templo: es decir, las extendí para prepararte un templo: esto es, el cuerpo de la Iglesia. Y seré semejante a los que descienden al abismo. El abismo significa el infierno: lugar, en verdad, de aquellos que están retenidos bajo custodia. Y en otro lugar está escrito: Hasta la cautiva que estaba en el abismo (Éxodo XII): Escucha la voz de mi súplica, mientras oro a ti: mientras levanto mis manos hacia tu santo templo: en la cruz, ciertamente, por los creyentes, que serán tu templo.

No me entregues con los pecadores. Pecadores, ladrones, entre los cuales colgaba, como dice el profeta: Y fue contado entre los inicuos (Isaías LIII). Con los que obran iniquidad no me pierdas. Es decir, en el día del juicio con esos ladrones, o con otros malos. Tanto a Cristo, como a la Iglesia le pertenece, para que no perezca así, sufriendo la muerte, como los obradores de iniquidad.

Con los que hablan paz con su prójimo: pero el mal, etc. Los judíos hablaban paz con Cristo, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que has venido de Dios como maestro, y enseñas el camino de Dios en verdad (Mateo XXII). Pero el mal está en sus corazones, cuando le preguntaban: ¿Es lícito dar tributo al César, o no? (Marcos XII).

Dales según sus obras. Que no te entienden por los beneficios, entiendan por los castigos, para que los que obran mal, no puedan encontrar tus bienes. El profeta no lo dice deseando, sino anunciando: Como si dijera: Les darás venganza en el día del juicio. Y según la maldad de sus invenciones, etc. Sus esfuerzos son, para dañarme, y tienden lazos de tentaciones: por eso es justo, que en ellos mismos desfallezcan. Devuelve su retribución a ellos mismos. Porque ellos devolvieron mal por bien, no entendiéndote. Porque no entendieron las obras del Señor, etc. Las maquinaciones que se levantan contra mi Iglesia, no prevalezcan.

Bendito sea el Señor. Padre. Porque escuchó la voz de mi súplica. Respondiendo antes de la pasión: Y la he glorificado, y la glorificaré de nuevo (Juan XII).

El Señor es mi ayuda. En la pasión. Y mi protector. En la muerte. Y en Él confió mi corazón, la humanidad en la divinidad. Y fui ayudado. En la tribulación, para resucitar.

Y refloreció mi carne. La carne de Cristo refloreció en la resurrección. O, refloreció mi carne: reflorecieron los apóstoles: porque después de la negación, llegaron a la fe. Refloreció mi carne, saliendo del sepulcro incorrupta. Y refloreció mi carne. Por carne, Theodotion interpretó corazón. De otra manera: Porque resucitamos con Cristo. Y de la resurrección se dice: Vuestros huesos brotarán como hierba (Isaías LXVI). Y de mi voluntad le confesaré. Al mismo Padre, como aquello: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra: porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mateo XI). Y la Iglesia a Cristo: como aquello: Cuidando del rebaño, no por obligación, sino voluntariamente (I Pedro III); y también: Voluntariamente te sacrificaré, y confesaré tu nombre (Salmo LIII). Y de mi voluntad le confesaré, no por necesidad. Te confesaré por el bautismo. El Señor es la fortaleza de su pueblo. Al pueblo cristiano. Y protector de las salvaciones de su ungido es. Cualquiera que ha sido bautizado en Cristo, también es llamado Cristo. Sin embargo, se debe saber que este salmo, excepto por una letra, está escrito en los volúmenes hebreos según el orden de las letras. Protector, esto es, defensor. De las salvaciones de su ungido es. Lo dice en plural: porque todas las virtudes de Cristo las custodia la divinidad.

Salva a tu pueblo, Señor. Esto es, al pueblo cristiano. O, salva a tu pueblo, Señor, que redimí con mi muerte. Y bendice a tu heredad. Que por el misterio de mi cuerpo y sangre en la Iglesia has congregado. La heredad de Cristo, su Iglesia, de la cual dijo: Te daré las naciones por heredad tuya (Isaías II). Y guíalos, y elévalos hasta la eternidad. Guíalos, como si dijera: Tú guías, no el diablo, ni el pecado. Y elévalos hasta la eternidad: esto es, defiéndelos hasta la eternidad, en la vida eterna. Tú, Señor, guíanos y elévanos: porque somos tu pueblo, para que en esta vida haciendo lo que te agrada, de esta mortalidad a la inmortalidad, tú cambiándonos, seamos elevados: es decir, en los cielos seamos elevados, para reinar con tus santos.

SALMO XXVIII.

Al final, Salmo de David, en la consumación del tabernáculo. Cuando el arca fue devuelta de la cautividad de los filisteos, por la cual tuvieron muchos males, fue dejada en Silo, y David le edificó un tabernáculo: en el cual exhorta al pueblo a ofrecer sacrificios a Dios (I Samuel IV, V y siguientes). David tiene claramente la figura de Cristo, y el arca la figura de la Iglesia. Así como David trajo de vuelta el arca de la cautividad, así también Cristo trajo de vuelta el arca, esto es, la santa Iglesia de la cautividad: es decir, del poder del diablo. El salmo, por lo tanto, contiene la voz del profeta hablando de la perfección de la Iglesia congregada en este siglo.

Ofreced al Señor, hijos de Dios. Que por gracia en la adopción de hijos habéis sido llamados. La voz de Cristo amonesta a los predicadores: Ofreced la predicación, y el ejemplo, o la fe y las obras. Ofreced al Señor hijos de carneros. Que por el Evangelio los apóstoles, líderes de los rebaños, han engendrado. Carneros, se llaman los apóstoles. Los carneros tienen dos cuernos en la cabeza. Y los santos apóstoles tuvieron dos cuernos: es decir, predicaron dos testamentos. Los hijos de los carneros, son los sucesores de los apóstoles, que han engendrado por la palabra de la predicación. La consumación del tabernáculo, según el sentido, es la perfección de la Iglesia unida de judíos y gentiles aquí en el presente.

Ofreced al Señor gloria y honor. Para que por vuestras obras sea glorificado el eterno Dios por la palabra y el ejemplo. De donde dice: honraban y glorificaban. Engendran hijos, como hemos dicho, por la predicación, como Pablo dijo: Por el Evangelio yo os engendré (II Cor. IV). Esto es, gloria y honor de Dios. Ofreced al Señor la gloria de su nombre. Que su nombre glorioso por vosotros sea conocido en todos. El nombre del Padre, es el Hijo: la gloria de Cristo, es la Iglesia. Adorad al Señor en su atrio santo. Dilatad vuestro corazón en perfecta santificación, en la cual Dios habite: es decir, en la Iglesia, o en la conciencia: donde cada uno debe adorarlo.

La voz del Señor. La predicación del Señor. Sobre las aguas. Sobre los pueblos. Como aquello: Aguas muchas, pueblos muchos (Apoc. XVII). O, la voz del Señor sobre las aguas: es decir, en el Bautismo sobre Cristo, como dice: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo III). Sobre las aguas: porque el pueblo que estaba allí, escuchó la voz. O, sobre las aguas, como dijo a los apóstoles: Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo ult.). Dios de majestad. Dios de potestad. Tronó el Señor sobre muchas aguas. Desde el tabernáculo del cuerpo asumido, predicó terriblemente la conversión a los pueblos, diciendo: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos (Mateo III). Así como el trueno procede de la nube, así también Cristo tronó desde la nube: esto es, de su cuerpo, cuando dijo: Haced penitencia.

La voz del Señor en la virtud. En los creyentes se hizo poderosa, cuando dijo: Lázaro, ven fuera (Juan XI). O en la virtud, en la cual en cada santo habla. La voz del Señor en la magnificencia. Cuando se magnifica por las obras de los santos. Magnificencia, Iglesias dilatadas.

La voz del Señor quebrantando los cedros. Cedros se llaman todos los sublimes, y altos, o soberbios. Los quebrantará, o por penitencia, o en el día del juicio en venganza. Cedros, soberbios cualquiera. He aquí el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Quebrantando los cedros, humillando a los soberbios. Se debe saber que el cedro tiene dos inteligencias, como también el unicornio: esto es, si a la buena parte, justos; si a la mala, pecadores y soberbios muestra. Y quebrantará el Señor los cedros del Líbano. Romperá por penitencia sus altiveces, y los golpeará mientras eligió a los ignobles, para que los fuertes sean quebrantados y confundidos.

Y los hará pedazos como a becerros del Líbano. Sus ramas, y brotes golpeando con los cascos. Por esto en hebreo tiene, y el becerro del Líbano. Cortada la soberbia y petulancia, los lleva a la imitación de su humanidad, porque como becerro fue inmolado. Este becerro es el cebado que fue muerto, esto es, Cristo por la salvación del mundo. Así como el becerro rompe con los cuernos los brotes tiernos: así Cristo rompió a los judíos. De donde dijo: Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles (Mateo III). Y el amado como hijo de unicornios. Se hizo el amado Hijo de Dios por la asunción del cuerpo, hijo de los judíos, y los quebrantó a ellos que por soberbia singular, intentaban erigir su justicia. Cristo es hijo de los judíos, porque de su estirpe según la carne fue. Los judíos se llaman unicornios, por una ley que tuvieron, por la cual en soberbia se levantaron.

La voz del Señor cortando la llama de fuego. Predicando Juan en el desierto la penitencia, apagaba todo ardor del infierno. Cortando, es decir, dividiendo la iracundia furiosa de los perseguidores: cuando unos decían, este es Cristo, otros decían, no: sino que engaña a la multitud (Juan VII). Él, sin embargo, cortando este furor, a los creyentes los unió a su caridad: a los incrédulos los dejó. Después de la llama viene el sonido: así también después de la predicación la persecución. La voz del Señor cortando, es decir, su auxilio entre los

perseguidores, porque a sus santos socorre. Cortando la llama: aquella llama del ídolo, donde estuvieron los tres jóvenes. O diariamente en cada uno de nosotros, la llama de la lujuria por la confesión y la gracia del Espíritu Santo la corta, es decir, por la oración del sacerdote hace cesar, como leemos que Dios hizo en el desierto por Aarón (Números XVI). La voz del Señor sacudiendo el desierto. El alma que había sido desierta, ocupada antes por vicios, se conmoverá a las palabras de penitencia: para que saliendo los vicios de ella, sea habitable para Dios. La voz del Señor sacudiendo el desierto. Moviendo a la fe a las gentes desiertas, en las cuales ningún surco de predicación había sido puesto para recibir la palabra de Dios. O las gentes que estaban desiertas, se convirtieron de la infidelidad a la fe, por la palabra de la predicación. Y conmoverá el Señor el desierto de Cades. Entonces se celebrarán en esta soledad del mundo las palabras santas de la Ley, que antes no eran entendidas por los judíos: porque Cades, se interpreta Santa. O de otra manera: Conmoción de la polilla. Bien los comparó a la polilla, porque así como la polilla come los paños: así su conciencia los comía. Conmoción de la polilla se dice, porque los movió de su mala conciencia, a la fe de la Iglesia.

La voz del Señor preparando a los ciervos. Algunos quieren que los ciervos sean como superadores de las lenguas venenosas en la Iglesia. Ciervos, predicadores. Los preparó, cuando los envió a predicar. Los ciervos pasan y pisan espinas o serpientes: así, también los predicadores pasan los venenos del diablo y las espinas de los pecados, y huyen a lo más alto: es decir, a la vida teórica. Y revelará las espesuras. Las oscuras de las Escrituras divinas o de los misterios celestiales, por el Espíritu Santo las ha revelado. De donde en el Evangelio aquellos dos a quienes Él se apareció, decían: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y nos abría las Escrituras? (Lucas XXIV). Y en su templo. Esto es, en la Iglesia. Todos dirán gloria. Alaban la claridad de Dios. O gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

El Señor hace habitar el diluvio. La tierra árida Dios no la posee. Atiende al poder del verbo, que no dijo aguas, sino diluvio: para mostrar la abundancia de la gracia espiritual, protegiendo a los santos de los oleajes de este siglo como en el arca de Noé. Y ahora habita el diluvio en la conciencia por la abundancia del Espíritu Santo, por quien se borran los pecados. Y se sentará el Señor como rey para siempre. En las Iglesias o en los santos, que se han hecho su sede, o la humanidad de Cristo a la derecha de Dios Padre. Reyes, se llaman los santos, que se gobiernan a sí mismos.

El Señor dará fuerza a su pueblo. Es decir, la fuerza de la fe. A su pueblo, al pueblo cristiano, que lucha contra los torbellinos y tempestades de este mundo. Y bendecirá a su pueblo en paz. Bendecirá al pueblo cristiano tanto aquí como en el futuro, cuando dirá: Venid, benditos de mi Padre (Mat. XXV): En paz, en sí mismo, porque él es nuestra paz, quien hizo de los dos uno (Efes. II). En sí mismo nos bendice la verdadera paz, Cristo el Señor, que somos el pueblo eclesiástico.

SALMO XXIX.

Salmo de cántico en la dedicación de la casa de David. Salmo de cántico, alabanza con obra, se entiende la dedicación de la casa de David, la resurrección del Salvador, en la cual todos los cuerpos de vida son dedicados. David tiene la figura de Cristo. La casa de David, la casa de Cristo, es decir, la humanidad, es la casa de la divinidad. Entonces edificó la casa, cuando asumió la humanidad de la carne. Y entonces la dedicó, cuando lo hizo resucitar de entre los muertos. Y ahora se edifica la casa de David, es decir, de Cristo: esto es, la Iglesia se edifica hasta el fin, pero en la resurrección se dedica, cuando habrá de recibir la inmortalidad.

Contiene la voz de nuestro redentor, quien por la resurrección de su cuerpo dedicó a su nombre la Iglesia (que es madre de todos) adquirida.

Te exaltaré, Señor, porque me has acogido. Te glorificaré en lo alto, Padre: porque me has acogido de la muerte. Te exaltaré, Señor. Voz de Cristo al Padre, y voz de la Iglesia a Cristo. Te exaltaré, te alabaré. Porque me has acogido, es decir, a Cristo a la derecha del Padre. Y Cristo acogió a la Iglesia, cuando asumió la humanidad de la carne. No permitiste que mis enemigos se alegraran sobre mí. Para que no se regocijaran en mi destrucción. ¿Cómo dice, no permitiste que mis enemigos se alegraran, cuando tanto los judíos crucificaron a Cristo, como lo escupieron, lo azotaron, y los perseguidores se alegran sobre la Iglesia cuando la persiguen? Pero ni los judíos se alegraron sobre Cristo: porque no pudieron extinguirlo como querían. Pero aquí no se debe entender de los hombres, sino de los demonios, porque comenzaron a alegrarse cuando pensaron que sería llevado al infierno con los ladrones: como se permitió ser llevado por él al monte (Luc. IV). Pero los demonios no se alegraron, porque entonces ató tanto al príncipe como a sus súbditos: así tampoco se alegrarán sobre la Iglesia en el día del juicio, cuando los santos dirán: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? La muerte ha sido absorbida en la victoria (I Cor. XV): es decir, en la victoria de los santos ha sido destruida.

Señor, Dios mío, clamé a ti, y me sanaste. Señor, Dios mío. Oración de Cristo, o de la Iglesia. Me sanaste: me hiciste resucitar, para que el cuerpo sujeto a la mortalidad no se corrompiera por la muerte.

Has revocado mi alma del infierno: es decir, Dios revocó del infierno el alma de Cristo con otras almas de los santos. Él mismo se proclama resucitado por el Padre, como dice el Apóstol: Quien crea que Dios lo resucitó de los muertos, será salvo (Rom. IV). Me salvaste de los que descienden al abismo. Es decir, de la miseria de esta vida presente. O del abismo del infierno, donde están las almas de los pecadores: para que no cayera precipitadamente en la muerte como ellos. De aquí, viendo el profeta tan inmenso milagro, se regocija y dice.

Cantad al Señor, sus santos, etc. Porque al recordarlos, los santificó llamándolos al conocimiento de su nombre. Cantad al Señor, sus santos. El profeta exhorta a los santos a alabar a aquel por quien fueron salvados. Y dad gracias a la memoria de su santidad. Memoria, es decir, que seáis conscientes de los beneficios de cómo vino a redimiros del pecado.

Porque la ira está en su indignación, y la vida en su voluntad. No es que haya ira o indignación en Dios, sino justa venganza. La indignación de Dios fue cuando Adán pecó. La ira se entiende como justa venganza: cuando lo expulsó del paraíso. Y la vida en su voluntad, es decir, así como por Dios vino la justa venganza sobre el mismo Adán: así por él, es decir, Dios, la vida fue restaurada, cuando asumió la humanidad de la carne. Porque la ira está en su indignación: cuando se venga de los impíos. Y la vida en su voluntad: para que quien haga su voluntad, permanezca para siempre.

Por la tarde permanecerá el llanto. Cuando en su pasión todo estaba cubierto de tinieblas, los apóstoles permanecían en llanto y gemido. Y por la mañana, alegría. Figuró la futura gloria del Señor, que floreció en su resurrección matutina. Por la tarde permanecerá el llanto, y por la mañana, alegría. La tarde se dice después del mediodía: después del mediodía, Adán oyó la voz del Señor paseando en el paraíso, y se cubrió bajo las hojas del árbol, temblando, porque había transgredido el pacto. La tarde se entiende como toda esta vida presente, porque por el pecado de Adán, todos gimen hasta el fin del mundo. Llanto porque el hombre tiene llanto,

cuando recuerda los bienes del paraíso que perdió en Adán. Y por la mañana, alegría: es decir, en la resurrección, cuando ya restituirás a la libertad. O la tarde, cuando María y los apóstoles lloraban en la Pasión del Señor. Y por la mañana, alegría, cuando resucitó, como se dijo a las mujeres: Id y anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán (Mat. XXVIII). Y las mujeres dijeron a los apóstoles: Hemos visto al Señor, y esto nos dijo (Juan XX). Por la tarde permanecerá el llanto, y por la mañana, alegría. Esto puede tomarse tanto del tiempo de la Pasión, como se dijo antes, como de la resurrección y la consumación del mundo.

Pero yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre. Esto dice el pueblo redimido: Ya no sufro ninguna necesidad de ti, satisfecho: ni me conmuevo, fijado en ti. Pero yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre. Voz de Adán en el paraíso porque pensaba que estaría allí sin fin. Y mientras pensaba así, y le había dado tantos bienes, comenzó a pensar cuál era la causa por la que Dios le había ordenado que no tocara el fruto prohibido. Esto, dijo, quiero probar. Y le sucedió, y probó: porque fue expulsado.

Señor, en tu voluntad diste a mi decoro fuerza. Y esta es la voz de Adán después de haber sido expulsado del paraíso por su culpa. Entonces reconoció que la sabiduría de la luz se había apartado de él: y que había sido colocado por Dios en el paraíso de la abundancia, no por sí mismo. Apartaste tu rostro de mí, y quedé turbado. Entonces Dios apartó su rostro de Adán, cuando pecó. Y entonces quedó turbado, cuando fue expulsado del paraíso bajo maldición. Y cada hombre cuando se turba por sus pecados. O de otra manera; Señor, en tu voluntad, y no en la mía: diste a mi decoro, al cuerpo asumido: fuerza, para que te conociera. Apartaste tu rostro de mí, cuando pequé: y quedé turbado. Pues aún ignoraba la luz de tu verdad.

A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré. Esto dice Cristo el Señor, quien intercede al Padre por el pueblo redimido. Cristo clamó en la cruz, y la Iglesia en la persecución.

¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? Si no resucito: pues porque mi sangre ha sido derramada, me levantaré y habrá utilidad: para que adquiera a todas las naciones con mi resurrección. La humanidad de Cristo habla al Padre, como si dijera: No hay utilidad en que haya derramado mi sangre, si no resucito de los muertos. O, ¿qué utilidad hay en mi sangre, es decir, en mi gente? De los judíos no hay utilidad: porque no creen, sino que solo ven a un hombre puro. No solo no creyeron, sino que también abrieron su costado.

¿Acaso te confesará el polvo? No podrá la multitud de los impíos, que aún, como polvo, se mueve por todo viento de doctrina, ser justificada, si yo no resucito. Si yo no resucito, el polvo no te confesará. Polvo, es decir, impíos, o infructuosos. O anunciará tu verdad. Es decir, tu Cristo: como si dijera: Si no resucito, no anunciarán.

Oyó el Señor, y se compadeció de mí. Oyó el Señor, Dios Padre, y se compadeció de mí. Voz de Cristo, porque me hizo resucitar de los muertos. El Señor se convirtió en mi ayudador. Mi defensor, quien me hizo primogénito de los muertos.

Convertiste mi lamento. Cuando decía: Mi alma está triste hasta la muerte. En alegría para mí. Cuando resucitando dije: Id, anunciad a mis hermanos, que vayan a Galilea, allí me verán. Pero esto, así como se dice de Cristo, también se dice de la Iglesia: cuyo lamento, al resucitar el Señor, se convirtió en alegría, y que de ahí en adelante con el mismo Señor, y hacia el mismo Señor, ya purificada por la sangre del Cordero dice:

Rasgaste mi saco. El velo de mis pecados: porque el saco y el cilicio pertenecen a los pecadores. Por tanto, cuando dice: Rasgaste mi saco, y en otro lugar dice: Me vestía de cilicio, y humillaba mi alma con ayuno (Sal. IV), y ciertamente Cristo no usó esta vestimenta. ¿Qué es el saco de Cristo, sino la mortalidad que asumió de nosotros? Entonces fue rasgado este saco, cuando resucitó, y se hizo inmortal. Y aunque tuvo saco, no tuvo la obra del saco: es decir, pecado: de lo cual está escrito: Quien no cometió pecado: ni se halló engaño en su boca (Is. LIII). Por tanto, es necesario para nosotros vestirnos de saco y cilicio: porque tuvimos la obra del saco, es decir, pecado. Me ceñiste de alegría. Es decir, la alegría de la resurrección, ya sea a Cristo, o a la Iglesia en el futuro: vistiéndome con la primera estola de inmortalidad por tu resurrección.

Para que canten a ti mi gloria. En aquellos que creyeron en la gloria de la resurrección. Y no me compungiré. De los aguijones de los pecados. Ni Cristo: porque no tuvo pecado alguno.

Señor, Dios mío, te confesaré por siempre. Es decir, te alabaré sin fin. En estos, como ya dije, te cantaré y confesaré: quienes en mí se han congregado por mi resurrección. Porque todo lo que en este salmo se dice humildemente de Cristo, debe referirse más a la asunción del cuerpo que al poder de la Deidad. También nosotros suplicamos humildemente, para que el Señor convierta en alegría nuestro lamento, perdonando la carga de nuestros crímenes; y que, alegrados por el misterio de su resurrección, se digne elevarnos al cielo: por quienes se dignó descender al infierno.

SALMO XXX.

Para el fin, Salmo de David, etc. El salmo del mismo Mediador contiene al principio su voz; luego, del pueblo redimido por su sangre, dando gracias, se interpone la persona del profeta. Así dice el Redentor al Padre:

En ti, Señor, he confiado, no seré confundido para siempre. En ti, Padre, está la esperanza de mi fortaleza, mientras mis adversarios me insultan, o se burlan de mí como de los demás hombres. O la voz del profeta desde la persona de la Iglesia dice, no seré confundido: porque confieso correctamente el fin de la Trinidad. En ti, Señor, he confiado. En ti, no en mí. No seré confundido para siempre: porque quienes lo confiesan íntegramente, no serán confundidos ni aquí, ni en el futuro. Y en tu justicia líbrame, y rescátame. Del pozo que han preparado para mi alma. Porque a menos que seamos justificados por Dios, no podemos justificarnos por nosotros mismos. De donde está escrito; Quien se justifica a sí mismo, se condena a sí mismo (Job IX). De donde también Pablo dice de algunos: Buscando establecer su propia justicia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X).

Inclina a mí tu oído. Voz de la Iglesia a Cristo. Por oído se entiende la benignidad de Dios. Cristo inclina su oído, cuando se digna escuchar. O entonces Dios inclinó su oído, cuando envió su Verbo, y nos escuchó en el mundo; y tanto inclinó, que escribió nuestros pecados con su dedo en la tierra. Apresúrate a liberarme. Apresúrate, es decir, apresúrate: para liberarme. La santa Iglesia desea ser liberada del cuerpo, como dice Pablo: Deseo partir, y estar con Cristo (Filip. I).

Sé para mí un Dios protector. Voz de la Iglesia. Un Dios protector. Un Dios defensor: porque hay muchos dioses nocivos, que no son útiles. De donde Pablo dice: Hay ciertamente muchos dioses, y muchos señores: pero para nosotros un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo (I Cor. VIII). Sé para mí un Dios protector, como un cercano. Y en casa de refugio, para que me salves. Porque la Iglesia, en la tempestad de la persecución, tiene refugio en Dios. Para que

me salves, de los pecadores. Pero la casa de refugio es él en quien habita el Padre. Muchos quieren huir de la presencia de Dios: pero no pueden escapar, como dice el profeta: ¿Y de tu rostro a dónde huiré? (Sal. CXXXVIII). Pero nosotros, dice la Iglesia, juntos tenemos refugio en la casa: esto es, en aquel que es Dios.

Porque tú eres mi fortaleza, y mi refugio. Para soportar a aquellos que se ensañan contra mí. O fortaleza de la fe; y mi refugio eres tú: mi refugio dice: porque la Iglesia tiene refugio en Cristo, como dice el profeta; Señor, has sido nuestro refugio (Sal. LXXXIX). Por tu nombre me sacarás. Para que esto lo haga conocer a las naciones que creerán. Por tu nombre serás mi guía: Cuando hago algo bueno, el nombre del Señor se glorifica por esto. Y me nutrirás. Agregando poco a poco a los santos, sacarás a tu Iglesia, que se funda en mí. Y me nutrirás. Entonces nutrió a la Iglesia, cuando asumió nuestra carne. De donde también Pablo: Porque nadie aborrece su propia carne, sino que la nutre y la cuida (Efes. V). Y nos nutrió, para que seamos fuertes.

Y me sacarás del lazo que escondieron para mí. El lazo se llama captura: porque mientras estás en el camino, es decir, en Cristo, no temes caer en el lazo: los lazos se colocan junto al camino. El camino, es Cristo: como él mismo dice: Yo soy el camino (Juan XIV). Y tú si estás en el camino, es decir, en Cristo, no temes caer en el lazo del diablo: porque todo lazo es de él. Porque tú eres mi protector: en tus manos encomiendo mi espíritu. Voz de Cristo al Padre en la Pasión: cuando encomendó su alma, y dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XLVI). Lo que se encomienda, se recibe a salvo. Y él mismo dijo: Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para volver a tomarla (Juan XX). Tú eres mi protector. Voz de la Iglesia. En tus manos encomiendo mi espíritu: esto es, en tu potestad encomiendo mi alma. Este ejemplo lo tomó la Iglesia de Cristo. Esto también hizo el santo Esteban: esto también oran los santos, cuando salen del cuerpo, como aquello: Al fiel creador encomiendan sus almas en buenas obras. Esto dijo el Señor en la cruz, que encomendó su espíritu en manos del Padre: pronto lo tomaría de nuevo resucitando por él mismo. Diga ahora el pueblo redimido por la sangre del Cordero: Me redimiste, Señor, Dios de verdad. Que eres verdad y vida: porque lo que Dios prometió, no miente. Como prometió por sus siervos los profetas: así vino, y nos redimió con su sangre. De donde también Pablo dice; Porque habéis sido comprados por precio (I Cor. VI).

Odiaste a todos los que observan la vanidad, en vano. En vano dice: no que Dios odie a alguien. Lejos esté de pensar esto. Pero quienes aman solamente esta vida presente, y desprecian las cosas celestiales: esperando vanamente en la felicidad del siglo engañoso, Dios los odia. No que el odio, como dije, recaiga en Dios: sino que se dice que Dios odia a quienes así hacen: es decir, los rechaza: porque Dios los rechaza.

Pero yo en ti, Señor, he confiado. Voz de la Iglesia: No en mí: sino en ti he confiado y confío: esperando tu resurrección. Me regocijaré y me alegraré en tu misericordia. ¿Por qué me regocijaré, y por qué me alegraré? Por esto que sigue.

Porque miraste mi humildad. Me regocijaré, en el cuerpo: me alegraré, en la mente. Entonces miró, cuando asumió la carne: porque la Iglesia era despreciable, y cautiva, y despreciada. Me regocijaré y me alegraré en tu misericordia, por el beneficio de tanta piedad, que me redimieras con tu muerte: porque miraste mi humildad, en aquella esperanza en la que se desean las cosas que no se ven. Salvaste de las necesidades mi alma. Las necesidades del cuerpo son muchas: es decir, comer, beber, dormir, o cualquier otra cosa que sea necesaria: pero la necesidad del alma, es absolutamente una: es decir, la vida eterna. Dios salvó al alma

de su necesidad: porque le dio la vida eterna: que es su necesidad. Por tanto, salvaste de las necesidades de la muerte perpetua mi alma que estaba unida a ti por la caridad.

No me encerraste en manos del enemigo. Aquellos que perseveran en sus pecados son encerrados en manos del enemigo. Pero yo, dice la Iglesia, no seré encerrada: porque no quiero perseverar en el mal. Pusiste mis pies en un lugar espacioso. Dilataste la unidad de la Iglesia en todo el mundo. ¿Cómo dice, en un lugar? ¿Acaso Dios es local? Y local, y no local. Es local para quienes vienen a él, y no local, porque está en todas partes: pero se encuentra en un lugar para quienes lo buscan puramente. Como aquello: Y se movió el lugar donde estaban sentados (Hechos IV). En un lugar espacioso mis pies. Pies, santos predicadores, que llevan la palabra de la predicación en todo el mundo: o en la Iglesia, que por tu resurrección dilataste en la amplitud de la libertad.

Misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado. Misericordia de mí; como si dijera: Haz misericordia en mí, porque estoy atribulado. Voz de aquellos que están atribulados por cualquier tribulación. Misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado. Ya no temiendo la muerte, sino temiendo la persecución de los vicios. Mi ojo se ha turbado en la ira. La Iglesia se turba por los vicios y pecados, tanto por los suyos como por los de otros. Pero se debe orar para que la ira no se convierta en odio, ni de la paja se haga una viga. O el ojo se turba por el juicio futuro. Mi ojo se ha turbado en la ira, con el que te veía con la mente. Mi alma, con la que te amaba. Y mi vientre. Con el que te recordaba. Todo esto se ha turbado, por los delitos anteriores.

Porque se ha agotado en el dolor. Por eso en el dolor; porque la Iglesia no puede corregir a los malos; ni separar a los malos de los santos hasta el fin. Por eso el Señor dijo: Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla (Mat. XIII). Mi vida y mis años en gemidos. Mientras esté aquí en la vida presente, cada hombre tiene gemido y llanto: Porque se ha agotado en el dolor mi vida, y mis años en gemidos; mientras sufro persecución por tu nombre. La vida presente se agota, porque para mí los tiempos son, confesar la perpetuidad.

Se ha debilitado en la pobreza mi virtud. Voz de la Iglesia. La Iglesia se ha debilitado entre los hombres malos, entre los que habita aquí en la vida presente; porque son más los pecadores, y pocos los santos. O de otra manera: Se ha debilitado en la pobreza mi virtud. La salud de este cuerpo, entre los tormentos de las pasiones. Y mis huesos se han turbado. Mi fortaleza ciertamente. Huesos, los santos fuertes; o huesos, las virtudes de la Iglesia, o de los santos. Se han turbado, por él. Por eso dice arriba según el apóstol: Sabemos que toda la creación gime; no solo ella, sino también nosotros gemimos dentro de nosotros (Rom. VIII).

Sobre todos mis enemigos me he convertido en oprobio. Los que me persiguen por tu nombre. Me he convertido en oprobio para mis vecinos. Voz de Cristo, y voz de la Iglesia. Los judíos dijeron muchas injurias al Señor, y los herejes, y los perseguidores, dicen a la Iglesia. Y a mis vecinos mucho. Quien se acercará a creer. Y temor a mis conocidos. Porque mis amigos, por miedo a los enemigos, se han alejado mucho de mí. Todo el salmo, y sobre David según la historia, y sobre el Señor según la profecía se puede entender. Mucho, y temor a mis conocidos, es decir, a los apóstoles: que temieron en la pasión. O conocidos, malos cristianos: que dicen creer en Dios, y con obras lo niegan, y desprecian la vida de los santos. Se llaman vecinos, por la fe; y conocidos, por la cristiandad.

Los que me veían, huían de mí. Es decir, los apóstoles; que vieron a Cristo ser apresado en la pasión, y, dejándolo, huyeron. O los judíos huyen de los sacramentos del misterio de la Iglesia, es decir, del cuerpo y sangre de Cristo. Todos los que me veían, huyeron de mí: no entendiendo mi esperanza interior, por la cual sufro; huían a las cosas exteriores visibles. He sido olvidado como un muerto del corazón. Me han olvidado del corazón, como si ya hubiera muerto. He sido olvidado como un muerto del corazón. Es decir, así tuvieron los judíos a Cristo, como un hombre muerto por nada.

Y me he convertido en un vaso perdido. Así tuvieron los judíos a Cristo como un vaso perdido; es decir, un hombre muerto en su pecado. Así son los santos entre los herejes, como un hombre perdido. Porque he oído la difamación de muchos. Es decir, de Cristo por los judíos, y de la Iglesia por los herejes. Alrededor de los habitantes. Es decir, alrededor de Cristo, y alrededor de la Iglesia: a quienes los mencionados rodearon. Porque he oído la difamación de muchos, que habitan alrededor. Eran difamadores míos, puestos en la peregrinación de esta tierra: siguiendo el curso de los tiempos, y no queriendo regresar a la patria eterna.

Mientras se reunían juntos contra mí; han conspirado para quitarme la vida. Se reunieron los perseguidores, e hicieron un plan, para quitarme la vida, para consentirles en los crímenes de muerte. Para quitarme la vida; es decir, los judíos a Cristo; y los herejes, a la Iglesia. Conspiraron malos consejos, y no buenos. Conspiraron, para buscar y para quitar la vida de Cristo, los judíos; y los herejes, la vida de la Iglesia.

Pero yo en ti he confiado, Señor; dije: Tú eres mi Dios. Que solo eres fuerte para liberar. O voz de la Iglesia. En ti he confiado. En ti, no en mí. Y los pecadores dicen: En ti he confiado. Pero los santos, tienen fe y obras. Los pecadores esperan en Dios, y no le temen. En tus manos están mis suertes. Es decir, la gracia del Espíritu Santo. No por mí mismo, sino de ti la acción de esta vida, que se lleva a cabo en este siglo.

Líbrame de la mano de mis enemigos, y de los que me persiguen. Que no prevalezcan sobre mí.

Ilumina tu rostro sobre tu siervo. Ilumina, es decir, mira y distingue quién de tus santos es mejor. Y sálvame en tu misericordia; Señor, no sea yo confundido, porque te he invocado. Que la iluminación de tu mirada resplandezca sobre mí; para que no sea confundido, sino salvado de estos perseguidores.

Sean avergonzados los impíos, y sean llevados al infierno. Sean avergonzados los impíos, demonios, herejes, o los que no creen en la resurrección. Sean avergonzados entonces, cuando vean a aquellos santos que tuvieron en desprecio, coronados, y a ellos condenados. O los que, dejando al verdadero Dios, adoran maderas, y veneran piedras. Sean mudos los labios engañosos, que hablan iniquidad contra el justo: con soberbia y abuso. Burlándose del crucificado, e ignorando al resucitado. Viendo esto el profeta, exclama regocijándose y dice:

¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que te temen! Porque es muy abundante tu dulzura, que has reservado para los que temen tu nombre. Ni la has mostrado en estas tentaciones: para que, obtenida la seguridad, no nos apartemos del camino de la justicia. O, ¡cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor! es decir, cuánta gloria, cuántas recompensas has preparado para tu Iglesia, para que esté siempre con los ángeles sin fin en la eternidad. Que has escondido para los que te temen; es decir, los bienes de los santos los has escondido en ti mismo.

Has perfeccionado para los que esperan en ti. Has perfeccionado: como si dijera, perfeccionarás. Ante los hijos de los hombres. Que no se avergonzaron de confesar lo que creen, ante reyes y potestades, como dice el profeta: Y hablaba de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba (Sal. CXVIII). Que has escondido para los que te temen: Porque aquí por la tribulación no reciben plenamente la recompensa, sino que la esperan en el futuro. Y has perfeccionado para los que esperan en ti. Con la esperanza consumada, has retribuido lo esperado en apariencia. Ante los hijos de los hombres; que buscaron lo humano, y no lo celestial. O cuando vayan al suplicio eterno: pero los justos a la vida eterna.

Los esconderás en el escondite de tu rostro, de la perturbación de los hombres. Porque la iluminación de tu rostro los cubrirá; para que no sean perturbados por la malicia humana: En el escondite de tu rostro, es decir, en los secretos de tu justicia; esto es, en tu secreto, como Job, y él, y todo lo que tuvo, fueron escondidos en Dios. De la perturbación de los hombres, de la persecución de los pecadores.

Los protegerás en tu tabernáculo, de la contradicción de las lenguas. En el tabernáculo de la fe, del ruido de las malas lenguas son velados, que dicen: ¿Quién sabe esto? o ¿quién ha regresado de los infiernos?

Bendito sea el Señor. A quien bendice toda criatura. ¿Cómo dice: Bendito sea el Señor? ¿Acaso necesita nuestra bendición? No, sino para que merezcamos recibir de él la bendición. Porque ha hecho maravillosa su misericordia en una ciudad fortificada. En la ciudad de Jerusalén, en medio del mundo. Se dice ciudad fortificada, porque está firme o robusta, y alrededor todas las naciones la rodean. En el circuito de la Iglesia difundida por todo el mundo: allí el Señor ha hecho maravillosa su misericordia; porque allí nació, allí padeció, allí resucitó, y de allí ascendió a los cielos, como dice el profeta: Ha obrado la salvación en medio de la tierra (Sal. LXXIII). O de otra manera: Jerusalén celestial fortificada por la congregación de ángeles y hombres.

Pero yo dije en mi exceso de mente. La Iglesia cuando recuerda el paraíso, cómo podía ser inmortal, y piensa cómo podía estar allí; y recuerda cómo es, y cómo Dios hablaba a Adán por medio del ángel (Gen. III), y cómo con los ojos interiores veía a Dios: cuando piensa estas cosas, entonces la Iglesia está en exceso de mente. Pero yo dije en mi exceso de mente: He sido arrojado de la faz de tus ojos. Este pueblo convertido a Cristo dice: Pensé, dice, que había sido arrojado de la contemplación de tus luces, y me asusté, cuando me permitiste sufrir tanto por tu nombre; o, He sido arrojado de la faz de tus ojos. Adán, cuando transgredió el mandato de Dios, entonces fue arrojado de la faz de Dios (Ibid.), y él, y nosotros, y toda su posteridad después de él.

Por eso escuchaste la voz de mi súplica, mientras clamaba a ti. Por eso, dice la Iglesia, escuchaste la voz de mi oración: porque conocí, dónde podía estar; y conozco, dónde estoy ahora. Escuchaste la voz del hombre interior, orando en el esplendor de la mente, y apartaste las horribles tribulaciones.

Amad al Señor, todos sus santos; porque el Señor buscará la verdad, y retribuirá abundantemente a los que hacen soberbia. Humillados estos, establecerá a sus santos en gran constancia. Amad al Señor, todos sus santos. Amad, es decir, amadlo. Porque el Señor buscará la verdad, que perseveran hasta el fin en la bondad, como se ha dicho: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV).

Actuad virilmente. Esto es, inmóvilmente. Y fortalézcase vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor. Vuestro corazón: esto es, vuestra alma, siempre en el Señor. Actuad virilmente, y fortalézcase vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor. Guardad fuerte y constantemente el propósito, para que cosechéis el fruto en Cristo. A quien suplicamos humildemente que insinúe en nuestras mentes el cuidado de amarlo, confesar continuamente que sufrió por nosotros, para que merezcamos contra la iniqua soberbia, con las armas de la humildad, luchar virilmente.

SALMO XXXI.

Inteligencia de David. Inteligencia de Cristo. Hay una doble inteligencia en este título, especialmente sobre aquel Publicano y Fariseo que oraban en el templo (Luc. XVIII): porque uno se justificaba; y el otro se condenaba, es decir, se acusaba. El salmo contiene la voz del profeta, mostrando que el hombre no puede salvarse por sus propios méritos, sino por la gracia de Dios, si confiesa sus faltas.

Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos. Bienaventurado inmortal, digno de alabanza o glorioso. Pero sin embargo, nadie puede ser bienaventurado en sí mismo, a menos que lo reciba de aquel que justifica al impío: esto es, de Dios. Por eso también Pablo dice: Pero al que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV). Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas: cuyos pecados por la confesión son lavados por el Señor. ¿De qué maneras se perdonan los pecados? De tres. Se perdonan por el bautismo: se cubren por la caridad, no se imputan por el martirio. Y cuyos pecados han sido cubiertos, por la caridad: según aquello: La caridad cubre multitud de pecados (Jac. V). O, cuyos pecados han sido cubiertos: esto es, para que aquí se oculten por la penitencia, para que no se revelen en el juicio.

Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputará pecado. Quien en este siglo pueda purificarse diligentemente, o por el martirio. Lo que se cubre, no se ve: lo que no se ve, no se imputa; lo que no se imputa, no se castiga. Y no hay engaño en su boca. Esto es en la boca de aquel que se confiesa ser pecador, como Natanael. Por eso el Señor dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I). Y de aquel publicano, del que hablamos arriba, que se confesaba ser pecador diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Luc. XVIII). Y no hay engaño en su boca, sino que creyendo en verdad a Dios, retuvo en su corazón lo que confesaba con su boca.

Porque callé, se envejecieron en mí todos mis huesos. No saqué la confesión para la salvación: por eso toda mi fortaleza en la debilidad de la carne se envejeció. Porque callé, se envejecieron en mí todos mis huesos, mientras clamaba todo el día. Callé, es la voz de los malos. Callé: es decir, callan sus pecados, y no quieren decirlos en la confesión. Se envejecieron los huesos, es decir, las virtudes que debieron tener, se envejecieron por el pecado. Mientras clamaba: es decir, claman. Si tienen algo bueno: lo muestran por vanidad, como hacía aquel fariseo impío, que decía: Dios, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, ladrones, adúlteros. Mientras clamaba todo el día: en el momento de esta vida.

Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano. Tu poder. Cuando era impío, y blasfemo: se agravó sobre mí tu mano: es decir, tu poder: porque los que aquí no se enmiendan, se agrava sobre ellos la mano de Dios, es decir, el poder de la venganza en el día del juicio. Me convertí en aflicción. En continua tribulación de tus azotes. Mientras se me clava una espina. El aguijón de la conciencia pecadora. Me convertí en aflicción mientras se

me clava una espina: aflicción: es decir, miseria. Mientras se me clava una espina: es decir, mientras me punza la conciencia del pecado.

Mi delito te lo hice conocer, y mis injusticias no las oculté. Sino que confesé, y lo revelé todo. Porque sé que tú perdonas rápidamente los delitos, cuando te son revelados íntegramente, y por eso dije:

Confesaré contra mí mis injusticias al Señor. Porque no las pronuncié contra el Señor, sino contra mí para ser justificado: Dije, pronuncié contra mí mis injusticias al Señor, y tú perdonaste la iniquidad de mi pecado. En persona de aquellos que se convierten dice el profeta, como aquel hijo que se fue lejos, y dijo: Iré a mi Padre (Luc. XV). Dijo en el corazón, donde Dios es visto: Y tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Lo que antes había hecho, misericordiosamente lo perdonaste.

Por esta impiedad orará a ti todo santo en el tiempo oportuno. El tiempo oportuno para orar por los pecados, es esta vida: en la cual por eso oran los santos: porque nadie está libre de pecados. Por esta iniquidad, o por este perdón, que dijo arriba: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos. Todo santo: es decir, por el bautismo; y quien después del bautismo peca, después le es perdonado por la penitencia, o por el martirio.

Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas no se acercarán a él. Muchos frutos de los diluvios en el juicio rodearán a los impíos, que no dañarán a los santos. Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas no se acercarán a él. Sin angustias, dice, que se comparan como aguas inundantes, los santos no podrán acercarse a Dios: porque el que persevere hasta el fin, este será salvo. O, en el diluvio de aguas: es decir, en la variedad de doctrinas de los herejes: por esto ellos no se acercarán a Dios.

Tú eres mi refugio de la tribulación que me rodea. Voz de la Iglesia a Cristo. De las presiones de este siglo dice esto. Mi exultación. Porque en ti me regocijo. Líbrame de los que me rodean. O de los enemigos públicos, o de los pecados. Mientras dijo, mi exultación, líbrame de los que me rodean: ¿cómo dice, líbrame, cuando el que es liberado está en cautiverio, y los que exultan, no necesitan redención? Esto pertenece al sentido. Es la voz de aquellos que están con Dios, y ruegan por aquellos que están atribulados en esta cautividad.

Te daré entendimiento, y te instruiré en este camino por el que andarás. Qué tipo de entendimiento da Dios a su Iglesia. Para que entienda por qué razón el santo es angustiado, y hace prosperar a los pecadores. Te daré entendimiento, y te instruiré en este camino por el que andarás. En el camino, es decir, de esta confesión te enseñaré sabiduría, para que no te apartes de ella. Te haré entender, y te enseñaré en este camino por el que andarás. Se introduce la voz del Señor hablando, y enseñando, cómo el hombre merece su ayuda, si guardando los preceptos de Dios se lleva por el camino recto. Por lo tanto, dice que el hombre no puede llegar a la perfección de la pureza. Y aunque no pueda llegar a la perfección de la pureza: sin embargo, no se deje llevar en la inclinación de los vicios como los animales. Fijaré mis ojos sobre ti. Voz de Cristo a la Iglesia. Fija mis ojos sobre ti: es decir, la mirada de la divinidad. Fijaré mis ojos sobre ti, para que permanezcas en el amor de mi luz.

No os hagáis como el caballo, etc. Que no quieren ser guiados por la voluntad de Dios, sino por su propio impulso, y caen desenfrenados en la lujuria, a estos el profeta los reprende con palabras terribles diciendo:

Con freno y brida sujeta sus mandíbulas. Con el freno y la brida de su moderación, Dios restringe las blasfemias superfluas de los impíos. Caballo, indómito: mulo, perezoso. Esto ruega la Iglesia a Dios Padre, que por el freno, es decir, la predicación, haga que el pueblo gentil, a quienes llamó caballos, de la vía ancha y espaciosa de este siglo, se acerque a él, y el pueblo judío, a quienes llamó mulos, que es perezoso para creer en Dios, por la brida, es decir, la contrición del corazón, los haga venir a él. Que no se acercan a ti. Sino que por la soberbia se alejan.

Muchos son los azotes de los pecadores. Porque hay algunos pecadores cuyos azotes comienzan en esta vida, los cuales después tendrán sin fin en el futuro: Muchos son los azotes de los pecadores: aquellos que no quisieron hacer penitencia. Pero a los que esperan en el Señor, la misericordia los rodeará. Esa misericordia, para que merezcan la vida eterna. Quienes tienen una esperanza y fe recta en Dios: la misericordia de Dios los rodeará, como aquello: El Señor envió un ángel alrededor de los que le temen (Salmo XXXII); y en otro lugar: El Señor guarda a todos los que le aman (Salmo CXLIV). Alégrense en el Señor, y regocíjense, justos. El profeta exhorta a la Iglesia a alegrarse por la esperanza de la vida eterna y la regeneración: sin embargo, la Iglesia también se alegra aquí en la tribulación. Y gloríense todos los rectos de corazón. Como Pablo: El que se gloría, gloríese en el Señor (I Cor. I). Se llaman rectos de corazón aquellos a quienes les agradan todos los juicios de Dios, y se acusan a sí mismos de sus pecados, y alaban a Dios, ya sea en prosperidad o en adversidad: Alégrense en el Señor, y regocíjense, justos; y gloríense, todos los rectos de corazón. Para que su gloria se refiera a Él, como dice el Apóstol: El que se gloría, gloríese en el Señor. A quien suplicantes imploramos, para que, con los pecados cubiertos por la indulgencia, y no contados más los delitos, merezcamos ser partícipes de la eterna exultación de los santos.

SALMO XXXII.

Al final, Salmo de David. Este salmo contiene la voz del profeta exhortando a los pueblos a Dios: y advirtiendo a los justos en quién deben regocijarse.

Regocíjense, justos, en el Señor. El profeta exhorta a los santos a alabar a Dios. Regocíjense, justos. En otro lugar dice: Alégrense, pero es lo mismo. Algunos se regocijan en las cosas de este siglo, otros en el circo: otros en el teatro: Pero tú, dice el profeta a cada santo, regocíjate en el Señor, y no en las prosperidades del mundo. La alabanza conviene a los rectos. Llama rectos a aquellos que dirigen sus corazones según la regla de la verdad: no a los inicuos, como dice el profeta: ¡Ay de los que llaman dulce a lo amargo, y amargo a lo dulce! (Isaías V).

Confiesen al Señor con la cítara. La cítara tiene una cavidad hacia abajo, y seis cuerdas. Las obras de los santos se entienden por la cítara, que son seis obras de misericordia. Y de esas cuerdas, unas cantan bien: otras murmuran. Así también los santos, unos de una manera, otros de otra. Confiesen al Señor con la cítara. En la carne, con los vicios y concupiscencias mortificados por la cruz del Señor. En el salterio de diez cuerdas cántenle. En el Decálogo de los mandamientos. El salterio tiene la cavidad hacia arriba: se entiende la predicación o los mandamientos en los santos, que vienen de lo alto. De donde dijo: Todo buen regalo y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación (Santiago I). De diez cuerdas, es decir, las diez palabras de la ley. Tres mandamientos en una tabla, que pertenecen al fin de la Trinidad, son estos; primero: Escucha,

Israel, el Señor tu Dios es uno; segundo: No tomarás el nombre de tu Dios en vano; tercero: Guarda el día de reposo (Deut. VI). Siete, en la otra tabla, pertenecen al amor al prójimo.

Cántenle un cántico nuevo. Es decir, cántenle un cántico nuevo: es decir, una vida nueva, porque un nuevo hombre vino al mundo: nos instituyó una nueva ley, y una nueva Iglesia por el bautismo. Cántenle un cántico nuevo, porque resucitó, porque está sentado a la derecha del Padre. Cántenle bien. Aquel que cumple en obra lo que canta, es decir, predica, canta bien. En júbilo. Se llama júbilo, porque no puede expresarse ni con palabras, ni con sílabas, ni con letras, ni con voz, cuánto debe el hombre alabar a Dios. Cántenle bien en aclamación. Por el júbilo de los sacerdotes de antaño, Jericó, que retiene la figura del mundo, cayó (Josué VI), ahora por nuestra oración, se eliminan sus concupiscencias.

Porque recta es la palabra del Señor. Y en nada se tuerce, sino que prosperará en aquello a lo que la dirige. Y todas sus obras en fe. Como dice en el Evangelio. Si tienen fe completa, y dicen a este monte, Trasládate y échate en el mar: será hecho (Mateo XVII). Y todo lo que pidan con fe: crean que lo recibirán, y les vendrá. Porque recta es la palabra del Señor, y todas sus obras en fe. Es recta en los rectos. Sus obras en fe, en la fe de los santos: porque lo que Dios promete a sus santos, no miente.

El Señor ama la misericordia y el juicio. ¿Cómo dice, ama la misericordia, cuando en otro lugar dice: No tengas misericordia del pobre en el juicio (Éxodo XXII): es decir, no por el pobre ni por el rico, no por el cercano ni el lejano, no por el conocido ni el desconocido, te desvíes del juicio recto: sino que primero juzga con juicio recto, y después venga la misericordia. Ama la misericordia, porque nos redimió asumiendo carne, y el juicio, que distingue entre impíos y justos. La misericordia del Señor llena la tierra. Todo el mundo. O la tierra, la santa Iglesia está llena de la misericordia de Dios: porque así como Él está en todas partes, y su misericordia con Él, y es inseparable de Él: porque no solo descendió para guardar a los justos, sino para redimir a los pecadores, para salvarlos.

Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos. La Palabra del Padre es el Hijo. Los cielos fueron hechos: los santos apóstoles por Él en la fe. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos. En esa Palabra, que estaba en el principio con Dios: ya sean cielos visibles, ya sean apóstoles, fueron creados. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza. La majestad de la Trinidad se declara manifiestamente: Señor, Verbo, Espíritu del Señor. Y por el espíritu de su boca toda su fuerza. Cooperando, por supuesto, el Paráclito, fueron creadas las virtudes de estos cielos. Pues en el Señor se declara el Padre, en el Verbo el Hijo; en el espíritu de su boca, se declara el Espíritu Santo. Y porque dice, de su boca: no se crea que procede como menor. Pues así como el Hijo es del Padre, y igual al Padre: así también el Espíritu Santo es tenido por igual al Padre y al Hijo. O, por el espíritu de su boca toda su fuerza, es decir, por el Espíritu Santo sus virtudes. Porque por el Espíritu Santo tuvieron diversas gracias: es decir, virtudes. Pues por nosotros no tuvimos nada bueno, sino por Él.

Reuniendo como en un odre las aguas del mar. Muestra el mar cerrado por las costas. Reuniendo como en un odre las aguas del mar. Por las aguas, se significan las tribulaciones del siglo, y las persecuciones de los santos: porque así como el hombre aprieta las aguas en un odre, y cuando quiere las esparce: así el Señor las tribulaciones de la Iglesia, como dice Pablo: Fiel es Dios, que no permitirá que sean tentados más allá de lo que pueden soportar, sino que también hará una salida para que puedan soportar (I Cor. X). Reuniendo como en un odre, en el nuevo hombre de la Iglesia: las aguas del mar, los pueblos del siglo, para que sean vino nuevo, como dice el Señor, en odres nuevos (Mateo IX): es decir, el precepto

evangélico, guardado en los corazones de los creyentes. Poniendo en los tesoros los abismos. ¡Oh gran poder del Creador, guardando en los tesoros los abismos: sacando de los tesoros los vientos! Sin embargo, aquí entendemos los abismos como la profundidad de los misterios celestiales, según aquello del Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! (Rom. XI). O, en los tesoros, es decir, en los escondidos de Dios. Tesoro, es decir, abundancia: esto es, la profundidad de las Escrituras. De donde en otro lugar dice: Que saca el viento de sus tesoros (Salmo CXXXIV). Pues cuanto quiso mostrarnos a través de sus siervos: tanto pudimos entender por nosotros: esa misma profundidad de las Escrituras no podemos.

Tema al Señor toda la tierra. Los que piensan en lo terrenal, adoren a Él más bien, y no a la criatura. Pero de Él tiemblen todos los habitantes del orbe. Algunos piensan que esto se refiere al juicio futuro, pero se refiere más a la siguiente exposición. Pero de Él tiemblen todos, todos los que habitan el orbe. De Él tiemblen todos; es decir, de la infidelidad a la fe. O todos: todas las criaturas vienen de Él, y no como dicen los pecadores, que el tiempo las trae, y no Dios: porque también los tiempos, y los días, y los años, o incluso los momentos, Dios los estableció.

Porque Él dijo, y fueron hechas: Él mandó, y fueron creadas. Por eso todas deben temerle: porque por Él fueron hechas, o creadas. Él dijo: esto es, por el Hijo, que es la palabra, dijo: mandó, por el mandato: esto es, inefablemente.

El Señor disipa los consejos de las naciones. Según aquello: No hay consejo, no hay prudencia, no hay sabiduría, no hay fortaleza contra Dios (Prov. XII). El Señor disipa los consejos de las naciones: de los judíos, por supuesto, que como incrédulos murmuran contra Dios Cristo. O disipa sus consejos, de los que quisieron construir la torre; la destruyó, como aquello: Vengan, confundamos allí sus lenguas (Gén. XI). Reprueba también los pensamientos de los pueblos. Esto es, los consejos de los judíos, porque no pudieron hacer más de lo que fue determinado por Dios. Reprueba también los pensamientos de los pueblos: de los fariseos, y saduceos, o de los otros tipos de potestades. Y reprueba los consejos de los príncipes. Esto es, de Anás y Caifás, porque ellos eran los príncipes de sus sacerdotes que tenían el primado de este crimen. A todos estos con sus consejos el Señor los destruyó resucitando.

Pero el consejo del Señor permanece para siempre. El consejo del Señor fue, que resucitara de los muertos, como lo hizo. Este consejo, los judíos, o sus príncipes, no pudieron destruir. Los pensamientos de su corazón de generación en generación. Nada de ellos se disminuirá, según aquello: El cielo y la tierra pasarán: pero mis palabras no pasarán (Mateo XXIV).

Bienaventurada la nación cuyo Dios es el Señor. Esto es, los que creen que el Señor creó esas criaturas, de las que hizo mención anteriormente; no que el tiempo las traiga. O, bienaventurada la nación, de los cristianos, cuyo Dios es el Señor. Porque eligió tener al Señor como Dios, dejando los ídolos. El pueblo que eligió el Señor como herencia para sí. Él mismo eligió al pueblo cristiano como herencia para sí, como dijo en otro salmo: Te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra (Salmo II); y en otro lugar: El Señor es la parte de mi herencia (Salmo XV); y también: Mi porción es el Señor (Salmo CXVIII). Como herencia para sí. Rechazados los judíos, nosotros somos adoptados como herencia.

Desde el cielo miró el Señor: vio a todos los hijos de los hombres. Para tener misericordia de todos: porque nunca su mirada fue sin misericordia. O el Señor miró desde el cielo: esto es,

se compadeció de nosotros. Sobre los hijos de los hombres. Hijos de los hombres: hijos de Adán. O hijos de los hombres, sucesores de los apóstoles.

Desde su morada preparada miró sobre todos los que habitan la tierra. Él formó individualmente sus corazones. Para que a unos se les dé palabra de sabiduría, a otros interpretación de palabras, a otros géneros de lenguas, y los demás: que obra uno y el mismo Espíritu. O que formó individualmente sus corazones. Algunos falsamente refieren este lugar a aquello, que piensan que el alma es generada del alma, y que en Adán se contienen las almas de todos; porque lo que en griego se dice καταμόνας, no significa uno, sino cada uno por separado.

Él formó individualmente sus corazones. Él formó: es decir, hizo. Individualmente. Entiende a todos por separado, y a todos juntos los conoce. Sus corazones: sus obras. Él entiende todas sus obras. Pues Él es el observador que ve día a día los actos humanos. Él entiende todas sus obras: esto es, cómo cada alma tiene el don de Dios, Él lo dispensa.

No se salvará el rey por mucha fuerza, ni el gigante se salvará por la multitud de su fuerza. Sino por la justicia, y la ayuda de Dios. Pues también la fortaleza de Goliat fue confundida por Dios por la mano de David su siervo. No se salva el rey por la multitud de su fuerza. ¿Por qué? porque en otro lugar dice: El Señor es la salvación (Salmo III). Ni el gigante será salvo por la multitud de su fortaleza. Se llama gigante por su fortaleza. Ni él puede ser salvo por su fortaleza, como se dijo antes de Goliat y David.

El caballo es engañoso para la salvación, y en la abundancia de su fuerza no se salvará. A menos que Dios sea su jinete. El caballo es engañoso para la salvación. El caballo, el cuerpo humano, es la bestia de carga del alma, por eso es engañoso. En la abundancia de su fuerza, no será salvo: es decir, ni el gigante, ni el rey.

He aquí, los ojos del Señor están sobre los que le temen. Los ojos de Dios, la mirada de la divinidad. Sobre los que le temen, que le temen con temor santo. Pues Dios protege y defiende con mirada celestial a los que esperan en Él. Y en los que esperan en su misericordia. Para librar sus almas de la muerte. Es decir, en esto esperan en su misericordia, es decir, de Dios, para que de la muerte perpetua libre sus almas. O de la muerte, esto es del diablo.

Para librar sus almas de la muerte: Y alimentarlos en el hambre. Cuando otros sufren la escasez de la palabra de Dios: estos son vivificados por Él.

Pero nuestra alma espera en el Señor. Es decir, es paciente en el Señor. Lo que le suceda, ya sea bueno o malo, lo soporta por Dios, como dice Pablo: Todo me agrada (I Cor, X). O, los alimenta en el hambre: es decir, los alimenta. De donde dijo: Y los alimentó cuarenta años en el desierto (Éxodo XVI). Porque siempre que los hombres tienen hambre, Dios alimenta a sus siervos: aunque sea con alimento terrenal, pero sin embargo es más, de donde los alimenta con alimento espiritual: es decir, de su doctrina y su palabra: Pero nuestra alma espera en el Señor: porque Él es nuestro ayudador y protector. Y en Él se alegrará nuestro corazón, y en su santo nombre hemos confiado. Pues sabemos que nadie confió en Él, y se fue confundido. Porque Él es nuestro ayudador y protector. Esto es, porque Él mismo es tanto el ayudador como el defensor de la Iglesia. Y en Él se alegrará nuestro corazón. Es decir, nuestra alma se alegrará por la esperanza de la futura recompensa, y la Iglesia se alegrará en la tribulación. Y en su santo nombre hemos confiado. El nombre del Padre es el Hijo.

Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros, como hemos esperado en ti. Es la oración de la Iglesia: sin embargo, cada uno debe pensar este versículo antes de que se lea, para que lo diga fielmente, como hemos esperado en ti, para que su mente no esté en otro lugar. Sea, Señor, tu misericordia sobre nosotros: como hemos esperado en ti. Para que quien nos lavó por el bautismo, nos confirme con la infusión del Espíritu Santo, como vemos que se hizo en los Hechos de los Apóstoles (Hechos II). Que ahora se digne venir a nosotros, para que por su luz merezcamos ser hechos herederos de la gloria sempiterna, Amén.

SALMO XXXIII.

Salmo de David cuando cambió su rostro ante Abimelec, y lo despidió, y se fue. El cambio de rostro se muestra en el cambio de palabras: cuando simuló haber sido enviado por Saúl. O si queremos entender un verdadero cambio de rostro, sabemos que Abimelec se dice por Achis. Ni hay error en el nombre, ya que por parte de su generación, también pudo haber sido llamado Abimelec. Abimelec se interpreta como mi padre es rey. ¿Cómo dice, cambió su rostro ante Abimelec? Porque en los Reyes leemos así, que huyó a la ciudad de Gat al rey Achis en los filisteos (I Reg. VIII). O ¿cómo se atrevió a caminar allí, ya que era enemigo de ellos, y él mismo había matado antes a Goliat, su príncipe? Por eso caminó allí, por lo que las mujeres dijeron: Saúl mató a mil, y David a diez mil. Y después entró el diablo en Saúl por envidia, y dijo: ¿Qué le falta, sino solo tener el reino? Y David llegó al rey Achis. Pero después Achis envió a sus enviados para que llevaran a David ante él, para matarlo. Y cuando lo encontraron en la puerta de la ciudad, David se dio cuenta de que querían matarlo, y obligado por la necesidad se refugió en la fortaleza. Por la providencia de la misericordia de Dios, el Espíritu Santo cayó sobre él, y comenzó a balbucear, y echaba saliva sobre su barba. Y cuando lo llevaron ante el rey, el rey les dijo: ¿Por qué han traído a este hombre arrebatado y furioso sobre mí? David era un hombre hermoso, y cuando lo capturaron, tocaba el tambor en la puerta de la ciudad, y era llevado en sus manos. Y cuando lo dejaron ir, y huyó, cantó este salmo: que todo él se recuerda en torno a la piedad, todo él en torno a la mirada divina, todo él en torno a contener las tribulaciones de los santos. David tiene la figura de Cristo: Saúl la figura del diablo. Abimelec se interpreta como el reino de mi padre. Achis se interpreta como cómo es, o ignorancia, o negro. David vino a Gat al rey Achis, y el Señor vino al reino de su Padre: esto es, al reino de los judíos. Cambió su rostro ante Abimelec: esto es, ante el reino de su padre. De donde dijo San Pablo: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en forma como hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filip. XVI). O de otra manera: Cambió su rostro, es decir, en el sacerdocio. Entonces cambió, cuando Melquisedec ofreció pan y vino (Gén. XIV). Cambió su rostro: porque cuanto más se acercaba la venida de Cristo, tanto más se abrían esas figuras: porque antes ofrecía sacrificios, pero después se cumplió espiritualmente en el Nuevo Testamento según el orden de Melquisedec: no dijo según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec. Tocaba el tambor en la puerta de la ciudad. El tambor se extiende de cuero. Y el Señor extendió sus manos en la cruz. Las puertas de la ciudad, se entiende el inicio de nuestra fe, cuando creemos en la encarnación de Cristo. Por la saliva, la debilidad de la carne que se dignó asumir. Esa barba, la fortaleza de la divinidad. Lo dejó y se fue. Cristo dejó a los judíos, y vino a los gentiles. De donde se dijo: Porque se juzgaron indignos de la vida eterna: desde ahora iremos a los gentiles (Hechos XIII).

Bendeciré al Señor en todo momento, etc. Cuando dice: en todo momento y siempre, nos enseña que no debemos sucumbir en las adversidades ni exaltarnos en los éxitos, sino

soportar con ecuanimidad tanto lo próspero como lo contrario: y proponiendo ante nuestros ojos al bienaventurado, bendecir el nombre de Dios en todo lo que suceda. Bendeciré al Señor en todo momento. Bendeciré, es decir, alabaré al Señor. En todo momento: en lo próspero y en lo adverso. Esto lo hizo David, y ahora la Iglesia. Su alabanza estará siempre en mi boca. En la boca y en el corazón, con la mente atenta, alabar siempre a Dios.

En el Señor se alabará mi alma. Esto es, mi vida. Cuando el alma dedicada a este estudio soporte con ecuanimidad las asperezas del mundo: será alabada por aquellos que son del Señor. Oigan los mansos. Es decir, los santos. Y alégrense. No por lo terrenal, sino por lo celestial; aquellos que no tienen lucha de vicios en sí mismos, aquellos que refrenan la masa de su cuerpo con tal testamento. Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra.

Engrandezcan al Señor conmigo. Alaben al Padre Señor. Y exaltemos su nombre juntos. Como si el profeta dijera: Como yo amo, así hagan ustedes. O, exaltemos su nombre juntos: al Hijo a quien el Padre dio un nombre que está sobre todo nombre.

Busqué al Señor. Al Espíritu Santo. Y me escuchó, y de todas mis tribulaciones me libró. Consumiendo la corrupción de la carne: que me imponía tribulaciones de pecados, para que no lo suplicara con más atención.

Acérquense al Señor. Crean en Él. Acérquense al Señor, no en lugar, sino en fe y obra. Y sean iluminados. Es decir, entiendan en la mente: porque si no creen, no entenderán. Y sus rostros no se avergonzarán. En el juicio en el que los impíos se avergonzarán en la condenación, en el día del juicio.

Este pobre clamó. Cristo Señor que por nosotros se hizo pobre, clamó al Padre en la pasión. O, este pobre, es decir, David, clamó, cuando dijo: Señor Dios, haz vano el consejo de Ahitofel (II Sam. XXVI). Y la Iglesia clama ahora. Y el Señor lo escuchó, y de todas sus tribulaciones lo libró. Resucitándolo de entre los muertos.

El Señor envía a su ángel alrededor de los que le temen, y los librará. Esto es, les dio el ángel del gran consejo. No hay duda de que los que temen al Señor son custodiados por los ángeles: como el mismo Señor enseña en el Evangelio: Amén, amén les digo: que sus ángeles ven cada día el rostro de mi Padre que está en los cielos (Mat. XVIII). Por lo tanto, están rodeados por la protección angélica, aquellos que han temido a Dios con pureza de corazón.

Gusten, etc. El gusto se aprende por la garganta; la vista por los ojos, porque se ve por los ojos. El profeta dice, Gusté. Y como gusté: así encontré por la fe, por la esperanza, y por las buenas obras. Bienaventurado el hombre que confía en Él. ¿Por qué bienaventurado? Porque tiene a Aquel que lo tiene todo: esto es, a Dios. Por lo tanto, aquí se dice gusto, para que cuando alguien conozca a Dios, lo tema: porque como de gusto así en otro lugar dijo: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal. CX). Pero cuando comience a temer, entonces guarda los mandamientos, y entonces sabrá que el Señor es dulce: porque Él es el pan vivo que da saciedad a este mundo. Bienaventurado el hombre que confía en Él, y no en la incertidumbre de las riquezas.

Teman al Señor, todos sus santos. Que están firmes en sus promesas, teman, no sea que al recibir seguridad sean engañados. Porque nada falta a los que le temen. De quienes Dios es Cristo, nada les falta, es decir, nada bueno les falta. Busquen el reino de Dios, y su justicia, y lo demás se les añadirá. Porque la justicia de Dios lo provee todo.

Los ricos han carecido y han tenido hambre: pero los que buscan al Señor no disminuirán en ningún bien. Muchos son ricos en el mundo, y carecen de la gloria de Dios, de los cuales fue también aquel rico, ante cuya puerta yacía Lázaro: quien sediento en los tormentos, porque no hizo misericordia, no mereció recibir una gota. Pero Lázaro, buscando no púrpuras, sino los reinos celestiales, mereció ser llenado de todos los bienes en el seno de Abraham (Luc. XVI).

Vengan, hijos, escúchenme: les enseñaré el temor del Señor. Es costumbre profética llamar hijos a los discípulos, como Pablo: Hijitos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en ustedes (Gál. IV). A estos enseña, para que primero de todo sean imbuidos de sabiduría: es decir, del temor del Señor. Vengan, hijos, escúchenme. Cristo llama a la Iglesia a venir a Él, es decir, por la fe, los santos son llamados hijos de Dios: según lo dicho en el Evangelio: Pero a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I). Y Juan dice en su Epístola: Ahora somos hijos de Dios (I Juan III). Les enseñaré el temor del Señor. Como aquello: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Ecli. I). Y en otro lugar dice: Del temor nace la compunción de la salvación. A esto debe venir cada uno, para que deba tener el temor del Señor.

¿Quién es el hombre que desea la vida? Eterna, por supuesto. Y desea ver días buenos. En los cuales se regocije con los santos en el reino de Dios. O la voz del profeta preguntando, y otro dice, Yo quiero, y él dice: Si quieres, haz entonces lo que sigue, y verás la vida, esto es, tendrás vida eterna, y días buenos, esto es, días eternos.

Refrena tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Refrena tu lengua, es decir, de la detracción, o de la amargura: porque se ha dicho: Muerte y vida están en poder de la lengua (Prov. XVIII). Porque quien guarda su lengua, guarda su alma. Y en otro lugar dice: Guardián de la justicia, silencio y paz (Isa. XXIII). Si alguno piensa ser religioso, no refrenando su lengua, su religión será vana (Santiago I). Y tus labios, de no hablar engaño: no asemejes una cosa con la boca, y retengas otra en el corazón.

Apártate del mal, y haz el bien. Esto es, destruye los vicios y edifica las virtudes. De nada sirve, si destruyes, y no edificas. Esto es, si destruyes los vicios, y no edificas las virtudes. Como si dijera: ¿Quién es el hombre que sin esto quiere la vida? Ninguno. Porque en él no hubo ningún bien, quien no destruyó ningún mal. Apártate del mal y haz el bien. Todos los males proceden del instinto del diablo, así como los bienes de Dios. Deja, pues, lo que el diablo incita, y obra lo que Cristo manda. Busca la paz y persíguela. Según el Apóstol, sigan la paz y la santidad; sin la cual nadie verá el reino de Dios (Heb. XII). O los judíos buscaron la paz, es decir, a Cristo para matarlo, no para imitarlo, porque seguir, se dice imitar. Busca la paz y síguela, es decir, a Cristo: porque Él es nuestra paz. O sigue, imita. De donde en el Evangelio se dice: Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame (Luc. IX). Busca la paz y síguela. No basta huir del mal, si no haces también el bien.

Los ojos del Señor están sobre los justos. Porque con la mirada de piedad los contempla continuamente. Y sus oídos a las oraciones de ellos. Porque piden lo que es justo. Los ojos del Señor, es decir, la mirada de la divinidad, sobre los justos. Y sus oídos a las oraciones de ellos. Cualquier cosa que los santos pidan de bueno, los escucha: porque Dios nos oye y nos ve: por eso hagamos su voluntad.

Pero el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal. Este salmo corre en persona de los buenos y en persona de los malos. ¿Por qué el rostro de Dios está sobre los que hacen el mal? Para borrar de la tierra su memoria. Esto es, de la tierra de los vivientes, como dice el profeta: Sean borrados del libro de los vivientes (Sal. LXXXVI). Aquí entendemos el rostro como

furia, que amenazando ira, borra la memoria del pecado de la tierra, para plantar las raíces de su benignidad (de donde la había arrancado). Lo que se dice de los oídos, ojos, y del rostro, no se refiere a la corporeidad de la Deidad, sino al poder de la majestad.

Clamaron los justos, y el Señor los escuchó, etc. Porque clamaron con pureza de corazón íntegra. O los tres jóvenes clamaron entre las llamas, y el Señor los escuchó (Dan. III). Los hijos de los Macabeos, o ahora cada santo; y a ellos, y ahora a cada uno los libra de todas las tribulaciones.

Cercano está el Señor a los que tienen el corazón atribulado. Nunca se aleja de aquellos que por Él sufren. Con ellos está en la tribulación: no en lugar, sino en ayuda, porque Dios no es local. Y salvará a los humildes de espíritu. Para otorgarles los reinos celestiales. Humildes de espíritu, es decir, mansos, como aquello: Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI). O aquello: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Muchas son las tribulaciones de los justos. Por lo tanto, quien no sufre tribulación, no es justo. La muerte de los pecadores es pésima. La tribulación de los justos termina con la muerte, pero los castigos de los pecadores comienzan después de la muerte. O, muchas son las tribulaciones de los justos, y de todas ellas los libró el Señor. Son tentados para que probados se manifiesten. Pero en el tiempo habrá consideración de ellos, cuando juzguen a las naciones, y dominen a los pueblos.

El Señor guarda todos sus huesos. Es decir, sus virtudes. Ni uno de ellos será quebrantado. De sus santos en el juicio futuro, ¿cómo dice, ni uno de ellos será quebrantado, si muchos tienen huesos rotos, como leemos de los santos mártires? Pero aquí los huesos, se entienden como firmeza, o virtudes del alma. El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado. Se refiere a la eternidad de la vida perpetua, que llevan por la esperanza de la fe, o la fortaleza que tienen en Dios para guardar: para que no se enfríen en estas tribulaciones, ni se quebranten en algo.

La muerte de los pecadores es pésima. Porque aquí se inician, y en el futuro son atormentados sin fin. Y los que odian al justo, pecarán. Los judíos odiaron a Cristo o su testamento. Odiaron al justo, es decir, a Cristo, y sin causa. Pecarán, esto es, cometerán pecado. O quien odia ahora al justo, esto es, a cada santo, peca.

El Señor redime las almas de sus siervos. Cristo nos redimió con su preciosa sangre, y ahora cada día nos redime. O, el Señor redime las almas de sus siervos, del poder de la segunda muerte. Y no abandonará a todos los que esperan en Él.

Quienes esperan en Dios, no los abandonará, ni aquí ni en el futuro: sino que está con ellos, según su promesa, hasta la consumación del siglo. Que se digne concedernos, para que su alabanza esté continuamente en nuestra boca: y usando moderadamente su doctrina, ni los éxitos nos exalten, ni los inconvenientes nos inclinen.

SALMO XXXIV.

Al final, Salmo de David. Al final, es decir, en Cristo, como aquello: El fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom. X). O fin, perfección de Cristo. De donde también los apóstoles dijeron: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV). Y el Señor: Quien me ve, ve también a mi Padre: porque yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. En esto está la perfección de Cristo. David, se interpreta como fuerte de mano, o deseable. Y el Señor es

fuerte de mano, porque tocó el féretro, y resucitó el joven hijo de la viuda. O fuerte, por quien fueron hechas todas las cosas. Deseable, porque tanto desean los santos ver a Cristo, que incluso entregan sus cuerpos por Él en martirio. O el salmo contiene el sacramento de la pasión del Señor. En el cual se debe notar, que lo que se dice en humildad, llanto y lamento, no conviene a la divinidad, sino a la carne asumida. Por lo tanto, ora al Señor Padre, diciendo:

Juzga, Señor, a los que me hacen daño: combate a los que me combaten. A los judíos y a los príncipes de los sacerdotes, que en la carne quisieron dañar al Señor a menudo combatiendo. Juzga, Señor, a los que me hacen daño. Voz de Cristo en la pasión, y voz de la Iglesia en la tribulación. Juzga: esto es, con juicio de discreción. O juzga, es decir, distingue entre mí y los judíos: entre la Iglesia y los perseguidores. Combate a los que me combaten. Como si dijera: Tú haz la venganza por mí: como se dice por San Pablo: Mía es la venganza, yo pagaré (Rom. XII). Y también, Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. VIII).

Toma el escudo y la armadura, y levántate en mi ayuda. En las armas, se designan las ayudas celestiales: en el escudo, la protección divina, que según la debilidad de la carne pide que se le ministre. Pero también nos defiende y protege con armas espirituales, según el Apóstol: Revístanse con las armas de Dios (Efes. VI). Las armas del Señor son la protección de la divinidad. ¿Qué más fuerte, qué más hermoso que Cristo armado para sus santos? como San Esteban vio, cuando dijo: He aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios Padre (Hech. VII). Estar de pie, es de quien lucha o se opone. Tú no puedes cambiar tus armas: el Señor al acercarse hace del escudo un arma. Y nosotros debemos tomar las armas, para que podamos resistir en el día malo, y en todo estar perfectos.

Desenvaina la espada y cierra contra los que me persiguen. Para que la espada de tu ira derramada caiga sobre ellos, y los cierre: para que no puedan vagar para hacer daño. Por espada se entiende el alma del Señor: por la cual Dios Padre hace justa venganza. O la espada se entiende como el alma de cada santo: porque Dios hace venganza a través de las almas santas: como hizo a través de Pedro con Ananías y Safira (Hech. V), y a través de Elías con los capitanes de cincuenta hombres (IV Rey. I). Señor, di a mi alma: Yo soy tu salvación. Voz de la Iglesia. Di a mi alma, para que te entienda, que tú eres mi Dios: tú eres la salvación de mi alma. Di a mi alma, Yo soy tu salvación. De mí será, dice, después de la muerte vivificada.

Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma, para quitarla. Cuando me resucites, entonces ellos sean confundidos. Vuélvanse atrás y sean avergonzados los que quieren mi mal. No para que avancen adelante, sino que se vuelvan atrás, para que perezcan, es decir, demonios, judíos, o perseguidores de la Iglesia, se vuelvan en el juicio futuro. Sean confundidos y avergonzados los gentiles de los ídolos: sean confundidos de la infidelidad a la fe de Cristo. De donde Pablo dice: ¿Qué fruto tuvieron entonces en aquellas cosas de las cuales ahora se avergüenzan? (Rom. VI). O, vuélvanse atrás, es decir, aquellos que tuvieron un mal curso: como el Señor dijo a Pedro: Vete detrás de mí, Satanás (Mat. XVI).

Sean como polvo ante el viento: y el ángel del Señor persiguiéndolos. Es decir, siendo perseguidos por el ángel, sean destruidos, para que no quede nada de ellos ni siquiera lo más mínimo. Polvo, se dice de los hombres ligeros e infructuosos: porque como el polvo ante el viento, así los pecadores ante la sentencia divina en el día del juicio. Y el ángel del Señor persiguiéndolos. Ángel del Señor, es decir, espíritu malo. Si es malo, ¿por qué del Señor? Si del Señor, ¿por qué malo? Del Señor: porque el Señor lo creó, y el Señor lo tiene en su poder. Maligno, no por naturaleza, sino por su invención. El diablo tiene la voluntad de hacer daño,

pero no tiene el poder de hacerlo, como dice el profeta: Envía ángeles malos (Sal. LXXVII); es decir, tiene tanto poder como el Señor le permite.

Sean sus caminos tinieblas y resbaladizo. Tinieblas, ignorancia. Resbaladizo, es decir, lujuria. Porque quien está entregado a esto en mente, el diablo lo persigue. O de otra manera: No conozcan la luz de la verdad, ni permanezcan en una estación firme, sino que sus pasos sean resbaladizos, que en esta pasión se ensañan, y sean afligidos por el ángel de la claridad del Señor.

Porque sin causa escondieron para mí la destrucción de su lazo. Bien, suyo, porque lo que pensaban que era la destrucción del Señor, se convirtió en su lazo. Porque sin causa escondieron para mí la destrucción. Sin causa, es decir, sin razón, tanto los judíos a Cristo, como los perseguidores a la Iglesia. Ellos mismos se enredaron en la venganza. En vano reprocharon mi alma. Porque su reproche no tuvo nada útil.

Venga sobre ellos el lazo que no conocen. Amenaza aquella destrucción que en tiempos de Vespasiano vino sobre ellos. O cada pecador es atado con las cuerdas de sus vicios en el día del juicio. Y la captura que escondió los atrape: caigan en el lazo mismo. En la muerte repentina, que ocultamente tramaban contra nuestro Señor, como aquello: Cavaron una fosa ante mí, y ellos mismos cayeron en ella (Sal. LVI). Y también dice: La fosa que preparaste para tu hermano, en ella caerás (Prov. XXVI).

Pero mi alma se regocijará en el Señor. Y Cristo en el Padre, y la Iglesia en Cristo. Se deleitará en su salvación. Cuando por Él sea resucitado. O, se deleitará, esto es, se alegrará en su salvación. Nuestro Salvador es Cristo, porque en Él se deleita la Iglesia: como dice Salomón: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada en su amado? (Cant. III).

Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú? En los huesos, se entiende la eternidad, o la fortaleza, que se refiere a los apóstoles: para que a quienes primero les parecieron las palabras de la resurrección como delirios, ahora alaben y digan: ¿Quién como tú? esto es, ¿quién como tú pudo revocar de la muerte? O huesos, los santos más fuertes, o las virtudes de los santos. ¿Quién como tú? Como si dijera, Nadie. En otro lugar dice: Dios, ¿quién como tú? (Sal. LXX) es decir, ninguno.

Librando al pobre de la mano de los más fuertes que él. Cristo pobre por nosotros, para que con su pobreza nos hiciera ricos. De la mano de los más fuertes: es decir, de la mano de los judíos lo libró Dios Padre. Cristo pobre, habla en persona de sus miembros. Al necesitado y al pobre de los que lo despojan. De las potestades de las tinieblas. Cuyo mayor poder es poder despojar a tus pobres.

Exsurgentes testigos inicuos, lo que ignoraban me preguntaban. El Evangelio llama a los falsos testigos: Profeta, inicuos. Y los falsos a quienes el Evangelio llama, son interrogados; de quienes en verdad habla el profeta, preguntan. De donde se entiende que los príncipes de los sacerdotes son testigos inicuos, quienes preguntaron lo que no sabían, diciendo: Te conjuramos por Dios, que nos digas si tú eres el Hijo de Dios (Mat. XXVI). Pero cuando él dijo, Yo soy, rasgaron sus vestiduras, y como en testimonio clamaron: Vosotros habéis oído la blasfemia; ¿qué necesidad tenemos aún de testigos? Pues era falso el testimonio, al decir que había blasfemado, quien había dicho la verdad.

Y me retribuían mal por bien: esterilidad de mi alma. Ofreciendo yo vida, me condenaron a muerte, y prometiendo la fecundidad de los bienes celestiales, me impusieron la penuria de

vida. Así hicieron los judíos con Cristo: devolvieron mal por bien. Esterilidad de mi alma; es decir, como sus almas eran estériles de bien, y llenas de pecado: así quisieron que fuera el alma de Cristo.

Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio. Estas son las armas de los santos. Todo el salmo es desde la persona de Cristo, y a través de Cristo puede referirse a todos los santos. Me vestía de cilicio. Y humillaba en ayuno mi alma. Leemos de su ayuno, no leemos de cilicio. Pero por el cilicio los pecadores, porque es vestidura de penitencia. Me vestía de cilicio. Como si dijera: La divinidad se vistió de carne, y condenó el pecado por el pecado. Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio, y humillaba en ayuno mi alma, y mi oración se convertía en mi seno. Pues el Señor se revistió de la aspereza de la pasión, y el luto por la dureza del pueblo incrédulo: celebró el ayuno hasta la tarde, cuando en la tarde del mundo fue ofrecido, por la salvación del mundo. Su oración se convirtió en el seno del Padre, cuando en nada fue frustrado por el Padre, y el Padre no le concedió como a un menor, sino para declarar al hombre asumido. Cristo no ayunó carnalmente, sino espiritualmente. Hambriento vino al árbol de la higuera: sediento vino al pozo. Tenía hambre de la salvación del género humano: tenía sed de la fe de la Iglesia. Tenía hambre en la pasión, cuando todos, especialmente los apóstoles, negaron, excepto solo el ladrón en la cruz que confesó. Y mi oración se convertirá en mi seno. Esto es, actuaba en secreto de Dios Padre. Y los santos oran en secreto: es decir, en el corazón, donde Dios es visto como en el Evangelio: Cuando ores, entra en tu habitación, y ora a tu Padre en secreto (Mat. VI). Y Ana oraba en el templo (I Sam. I).

Como un prójimo, como nuestro hermano. Si tomamos el salmo desde la persona de David, tomamos como prójimo a Saúl. Si desde Cristo, llama prójimo a Judas el traidor. O prójimo, y hermano Cristo a los judíos: porque de ellos atrajo la humanidad. Así complacía. Es decir, a Dios Padre: era hermano y prójimo por la generación corporal. Como llorando, y contristado, así me humillaba. Lloraba, cuando, confortado por el ángel, sus gotas de sudor como sangre caían a la tierra. Y se contristó cuando dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI). Como llorando y contristado. Cristo lloraba por nuestra parte, como aquello: Viendo, dice, la ciudad, lloró sobre ella (Luc. XIX). Así me humillaba: porque Cristo fue humillado en la pasión. O, así complacía: porque complacía al Padre por la fe y la esperanza.

Y contra mí se alegraron. Se alegraron los judíos, cuando prendieron a Cristo, para crucificarlo. Y se reunieron en uno. Para esto se reunieron, para crucificar a Cristo, no para creer. O contra mí se congregaron, y se reunieron, cuando tenían la promesa de mi traición. Se congregaron sobre mí los azotes. Azotaron a Cristo, como dijo: Con espadas y palos habéis venido a mí (Mat. XXVI). Y Pilato dijo: Lo soltaré corregido: es decir, lo soltaré azotado. Y no conocí. Se pregunta qué no conoció. Algunos piensan en el dolor de las heridas que sufría en la cruz. Pero mejor se refiere a los pecados, que no tuvo conciencia de pecados, por los cuales fue crucificado. Y no supe, no porque Cristo ignore algo: sino no supe, porque por lo que esto me sucedió, no lo cometí. O ignoraron, que Dios se ocultaba bajo el velo de la carne.

Fueron dispersados. Del vínculo de la caridad. Ni compungidos. Para hacer penitencia. Me tentaron. De muchas maneras los judíos tentaron a Cristo, como dijo uno de ellos: Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento? (Mat. XXII). Se burlaron de mí con burla. Burlándose y diciendo: Salve, rey de los judíos (Juan XIX). Rechinaron sobre mí con sus dientes. Clamando, Crucifícalo. Por los movimientos del cuerpo, se muestra el movimiento del alma. Por los dientes se entiende la malicia: porque por malicia lo crucificaron, y contra él rechinaron con los dientes.

Señor, ¿cuándo mirarás? El profeta dice desde la persona de la Iglesia. Como si dijera: Mira la iniquidad de los malos, y distingue mi justicia de ellos. Y devolverás mi alma de su maldad, de los leones mi única. Llama leones a los mismos perseguidores, que intentaban devorar su alma con la boca: pero con su resurrección fueron confundidos. He aquí que su oración se convirtió en su seno, cuando la única, es decir, la misma alma íntegra fue devuelta al cuerpo. Y ¿quién, preguntas, la devolvió? Él mismo con la voluntad paterna, quien dijo: Tengo poder para quitar mi alma, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X). Y de los leones mi única. El mismo pueblo judío es el león, por la fortaleza de su malicia. Mi única: porque el alma de Cristo fue única sin pecado, según el profeta: Quien no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca (Isa. LIII).

Te confesaré, Señor, en la gran Iglesia. Es decir, en todo el mundo difundida. En el pueblo grave te alabaré. Es decir, en el pueblo cristiano, allí te alabaré. Se dice grave. Porque no es ligero para pecar: No ligero, que el viento como polvo lo arrojará de la faz de la tierra: sino en el grave, y fundado sobre la roca, firmemente guardando los preceptos. De aquí nuevamente recuerda su pasión, para más bien anunciarles el juicio de muerte diciendo:

No se alegren sobre mí los que me adversan inicuamente. Los judíos a Cristo, y los perseguidores de la Iglesia. Los que me odian sin causa, y asienten con los ojos. Dice esto para que no haya una pasión repetida: porque tampoco vendrá una redención repetida. Y asintieron con los ojos: porque no mostraron nada bueno en la obra.

Porque a mí ciertamente pacíficamente hablaban. Y es aquello: Maestro, ¿es lícito dar tributo al César, o no? (Mat. XXII). O cuando dijeron: Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad (Ibid.) Pero estas palabras pacíficas estaban llenas de engaño e ira. Y en ira pensaban engaños. Así hablaban, pero pensaban, para apresarlo, y atarlo: como después hicieron. En ira hicieron esto, como dice Santiago: La ira del hombre no obra la justicia de Dios (Sant. I). Y como dice en otro lugar: Airáos y no pequéis (Sal. IV). No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efes. IV).

Abrieron sobre mí su boca. Abrieron, cuando acusaron en blasfemias. Y, abrieron sobre mí su boca: porque no solo pecaron contra mí: sino que también insultaron, diciendo: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz, y creeremos en él (Mat. XXVII). Dijeron: Bien, bien. Como dice en el Evangelio: Bien, siervo bueno y fiel (Luc. XIX). O es la voz de los judíos: como si dijera: Bien, bien vemos lo que esperábamos, aquellas virtudes que hacías, que no eran nada. O dijeron, bien: pero engañosamente. Vieron nuestros ojos. Porque no tomas la persona del hombre, ni te importa de nadie.

Viste, Señor. Padre, sus burlas. Como si dijera: Los viste para juzgarlos. No calles, Señor. No te quedes en silencio. Calla ahora, y no calla: es decir, no calla el mandamiento, calla el juicio. Te invoco como testigo, cuando juzgue al mundo. No te alejes de mí. Porque el Padre no se alejó del Hijo en la pasión. Sino que me adhiera a tu diestra, hasta que sean castigados con digna venganza.

Levántate, Señor, levántate. Esto es, en ayuda. Atiende mi juicio. Es decir, distingue entre mí y los judíos. Atiende mi juicio, porque la pena es igual, y la culpa es desigual. Es decir, cuando colgaba con aquellos ladrones, porque él colgaba inocente. Levántate, y atiende mi juicio, cómo juzgándome me condenaron a muerte. Mi Dios, y mi Señor en mi causa. Voz de la humanidad a la divinidad, habla por la parte de la carne. Júzgame según tu gran misericordia. De donde dijo, atiende mi juicio, es decir, haz la distinción entre mí y ellos.

Júzgame según tu justicia, Señor mi Dios. Yo juzgué a la adúltera, para que no fuera condenada; y ellos me juzgaron a mí inocente, digno de muerte, por eso cada uno según su propia obra merezca juicio. No se alegren sobre mí mis enemigos, no digan en sus corazones, Bien, bien nuestra alma; ni digan, Lo devoraremos. No se abra más su boca para devorarme, no digan, lo devoraremos. El hombre devora lo que pone en su boca. Pero en esto dice devorar, porque los pecadores quieren devorar a los santos: es decir, para que se hagan un solo cuerpo.

Sean avergonzados y reverenciados juntos los que se alegran de mis males. Es decir, demonios, judíos, herejes, y perseguidores: que se alegran de mis males, esto es, no solo los que hacen, sino también los que consienten a los que hacen. Sean vestidos de confusión y reverencia los que hablan maligna contra mí. Estos mencionados arriba con confusión eterna. De donde dice: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (Mat. XXV). Para que los que me juzgaron como hombre, vean a Dios juzgando. De aquí el profeta habla al Padre.

Exulten y se alegren los que quieren mi justicia. Esperando a Cristo, quien es la justicia del Padre. O, exulten y se alegren los que quieren mi justicia: es decir, los santos que quieren cumplir la justicia de Dios, ellos exulten y se alegren en la recompensa de la vida eterna. Y digan, siempre sea magnificado el Señor: que quieren la paz de su siervo. Él mismo es nuestra paz: según el Apóstol (Efes. II). Su siervo: es decir, de Cristo: quien es siervo de Dios Padre. De donde dice: Es grande para ti ser llamado mi siervo (Isa. XLIX): por la parte de la carne.

Pero mi lengua meditará tu justicia. Mi lengua, son los santos, que meditan los mandamientos de Cristo. Todo el día, tu alabanza. Todo el día, todo el tiempo alabar a Dios. Pero mi lengua meditará tu justicia: porque por la vida del pueblo muerto, no fuiste dejado en el tártaro. Todo el día tu alabanza: porque vencida la muerte triunfante, en los cielos fuiste recibido por el Padre: con quien a ti y al Espíritu Santo es honor y gloria. Amén.

SALMO XXXV.

Al final, para el siervo del Señor Salmo de David. Este salmo designa la persona del pecador, señala la soberbia, muestra la fuente de la luz eterna.

Dijo el injusto, para delinquir contra sí mismo. Es decir, contra sí mismo, el injusto, esto es, el diablo con sus secuaces. Es decir, los pueblos de los judíos: o sus otros miembros delinquió contra sí mismo. Ni otro cualquiera por la injusticia así habla para pecar: como aquel que dijo: Pondré mi trono sobre las estrellas, y seré semejante al Altísimo (Isa. XIV). Siempre la iniquidad se hiere a sí misma con su propio dardo; según aquello: Hijo, si has sido malo, solo beberás males (Prov. XII). O de otra manera: Dijo el iniquo para delinquir contra sí mismo: es decir, decretó que debía pecar. No hay temor de Dios ante sus ojos. Pues si tuviera el temor de Dios ante sus ojos, nunca cometería cosas execrables y abominables. No hay temor de Dios ante sus ojos. Es decir, ante el pueblo judío: porque si hubieran tenido el temor del Señor ante los ojos del corazón, nunca habrían hecho tantos males.

Porque actuó dolosamente en su presencia. El diablo, y los judíos ante la presencia de Dios. O, actuó dolosamente en su presencia, incitado por la llama de la concupiscencia iniqua. Para que se encuentre su iniquidad y odio. Mientras concupiscía contra la justicia la iniquidad, mientras no puede quitar, poseyó odio. Pero también a Judas el traidor estas cosas enseñan que pertenecen.

Las palabras de su boca son iniquidad y engaño. Dijo: Salve, Rabí, y con un beso entregó al maestro a los enemigos. He aquí las palabras de su boca, llenas de engaño e iniquidad. Las palabras de su boca son iniquidad, y engaño, tanto en el diablo, como en el pueblo de los judíos. No quiso entender para hacer el bien. Es decir, el diablo y sus secuaces: porque una cosa es no poder, otra cosa es no querer. Y Judas veía diariamente con los apóstoles a Cristo obrando muchos milagros, pero no entendía. Pues en un alma maliciosa no entra la sabiduría.

Meditó iniquidad en su lecho. En el secreto del corazón, donde debía ser compungido, meditó iniquidad, de lo cual ya hicimos mención anteriormente. En el lecho, es decir, en su corazón. Se mantuvo en todo camino no bueno. Porque allí se mantuvo, por eso no pudo llegar a ningún fruto de justicia. Pero no odió la malicia. Sino que la amó: porque no solo no la odiaron, sino que la abrazaron.

Señor, en el cielo tu misericordia. Es decir, en los santos ángeles, que allí fueron firmados, y no cayeron. O, en el cielo tu misericordia, es decir, en la santa Iglesia, Señor, en el cielo tu misericordia. Cristo el Señor, quien compadecido de los trabajos humanos descendió del cielo, para vendar nuestras heridas. Y tu verdad hasta las nubes. La verdad, es Cristo, como aquello: Yo soy el camino, y la verdad (Juan XIV). Nubes, santos predicadores. De donde se dice: Mandaré a mis nubes, que no lluevan lluvia sobre ella (Isa. I). Porque así como las nubes llevan la lluvia: y riegan la tierra: así también los santos predicadores llevan la lluvia, es decir, la doctrina del Evangelio, y riegan los corazones áridos. Y tu verdad hasta las nubes. Quienes no quieren entender espiritualmente las Escrituras: se debe preguntar a ellos, cómo la verdad de Dios es hasta las nubes.

Tu justicia como los montes de Dios. El monte de Dios es la sabiduría: el monte de Dios es el juicio: el monte de Dios es la santificación. También hay muchos montes de este tipo, en los cuales se esconden los secretos de Dios: que difícilmente la humanidad puede investigar: según el Apóstol: ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI). O de otra manera: Tu justicia como los montes de Dios. Tu justicia, tus mandamientos. Montes de Dios, santos de mayor mérito: como el santo Juan, o los demás apóstoles. Los montes primero son iluminados por el sol, y después los valles. Pero los montes, es decir, los santos no por sí mismos, sino por el sol, es decir, por Cristo. De donde dijo: Nacerá para vosotros el sol de justicia (Mal. IV). Y tus juicios como un abismo grande. Abismo grande, los juicios de Dios ocultos: porque uno reprueba, y otro asume, como dijo: A Jacob amé, a Esaú aborrecí (Mal. I). O son juicios, por los cuales o a los justos se les concede la bienaventuranza, o a los impíos se les impone el castigo. Que por eso se comparan al abismo, porque se contemplan en las profundidades del Nuevo y del Antiguo Testamento.

Hombres, y bestias salvarás, Señor. Personas racionales e irracionales según aquello del Apóstol: A sabios, y a insensatos soy deudor (Rom. I). Como multiplicaste tu misericordia, Dios. Desde el principio ciertamente fue abundante tu misericordia; pero entonces se multiplicó, cuando nos redimiste con tu propia sangre.

Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas. No la progenie de víboras, sino aquellos que a imagen de Dios son perfectos en mente, esperan ser protegidos bajo la defensa de tu cruz. O, los hijos de los hombres, es decir, los hijos de Cristo: porque él mismo es el Hijo del hombre, y los santos hijos de los hombres. En la protección de tus alas, o, en el refugio. Dos alas, dos Testamentos, porque de allí son cubiertos los santos por Cristo. Y se embriagarán. Es decir, los mismos hijos: se embriagarán ciertamente de la abundancia de tu casa, de la riqueza de la gracia del Espíritu Santo. Tu casa, la santa Iglesia. O, se embriagarán, para que, olvidados de los delitos, se unan a las virtudes. De la abundancia de tu

casa. Del entendimiento de los dogmas eclesiásticos. Y con el torrente de tu delicia los harás beber. El torrente de la delicia de Dios, es el Espíritu Santo: quien riega toda alma con corrientes espirituales, para que exhiba el fruto de la santidad.

Porque en ti, Señor, está la fuente de la vida. Y tú eres, y en ti está el origen de todos los bienes, y tú concedes el bautismo: por el cual, lavados de los crímenes, nos concedes el camino eterno. O fuente de vida: porque la doctrina de Dios es vida del alma. En tu luz veremos la luz. La luz del Padre es Cristo. En Cristo, la luz del Padre, veremos la luz del Espíritu Santo. Tu luz es el Padre: cuya voluntad haciendo, viniste a iluminar los ocultos de las tinieblas, para que en ti, que eres la luz del mundo, merezcamos ver aquella luz en la gracia de una mente pura: Así dijo a Felipe: Quien me ve, ve también a mi Padre (Juan XIV). En su luz, es decir, en Cristo, veremos la luz: es decir, el Espíritu Santo, quien apareció sobre los apóstoles en forma de fuego iluminante (Hech. II). Y en tu luz veremos la luz, es decir, seremos iluminados por Cristo, como dice en el Evangelio: Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan VIII).

Extiende tu misericordia a los que te conocen. Que te conocieron que vendrías al mundo. De quienes después en el Evangelio dices: Muchos justos y profetas desearon ver lo que veis, y no lo vieron (Mat. XI). No a los soberbios, y engañosos, sino a los puros de corazón. O muestra tu misericordia a los que te conocen, es decir, a los que te conocen, y te entienden, a ellos muestra tu misericordia, Señor. Y tu justicia a los que son rectos de corazón: Tu justicia, tus mandamientos. Los que son rectos de corazón, es decir, los que no tienen duplicidad de corazón.

No venga a mí el pie de la soberbia. No sea que, elevado por la vanidad, caiga en el lazo del diablo y no pueda escapar: Y que la mano de los pecadores no me mueva: es decir, que las obras de los malvados no me aparten del bien al mal. Que no me muevan a separarme de ti.

Allí cayeron todos los que obran iniquidad. En esta soberbia y vanidad contra la cual debieron resistir, cayeron. Fueron expulsados. Del reino de Dios. Y no pudieron mantenerse. Fueron expulsados los demonios del cielo: y no pudieron mantenerse. El cielo no pudo retenerlos: porque ya habían caído en los pies de la soberbia. Nosotros, en cambio, oremos al Señor, para que nos infunda el temor de su nombre, nos otorgue su misericordia desde el cielo como suele hacerlo: aleje de nosotros la soberbia, enemiga de sus bienes, y aparte todo engaño: y a nosotros, iluminados por el conocimiento de su santísima luz, nos haga dignos de su reino. Amén.

SALMO XXXVI.

Salmo de David. El trigésimo sexto salmo glorifica la persona del justo, señala al injusto: instruye en las costumbres, enseña la bondad de Dios, arranca la depravación.

No te irrites por los malvados. La emulación tiene muchas interpretaciones, que deben entenderse o explicarse en su lugar: Pues aquí dice, No seas partícipe con los malignos: ni por celo, ni por envidia, porque el celo es ira, según lo que el Señor dice por el profeta: Con gran indignación he celado a Sion (Zacarías VIII). La envidia, sin embargo, es rencor: según aquello: Maté a un joven por mi rencor (Génesis IV). Ni envidies a los que hacen iniquidad. No los imites a ellos que, mediante fraudes inicuos, acumulan riquezas y buscan honor: sino que, atendiendo a Dios, busca la bondad apostólica.

Porque como la hierba se secarán rápidamente, y como las verduras de las hierbas pronto caerán. Con razón esta gloria carnal y el poder mundano se comparan con la hierba (según Isaías). Toda carne, dice, es hierba, y toda su gloria como flor de la hierba (Isaías XL). Porque la hierba se secó, y su flor cayó. A esta sentencia añadió el apóstol Santiago: Así también el rico se marchitará en sus caminos (Santiago I). De manera similar, se debe pensar de las verduras: porque no todas las verduras son adecuadas para los enfermos.

Confía en el Señor y haz el bien. Como si el divino discurso te hablara como a un enfermo: para que, entre las demás gracias que son fruto del espíritu, muestres bondad. Confía en el Señor: ten siempre esperanza en el Señor. Y haz el bien: esto es, cumple los mandamientos. Habita la tierra, la santa Iglesia: o tu cuerpo. Tú domina la carne: no la carne a ti. Y te alimentarás de sus riquezas. En los sagrados volúmenes. Si esta tierra produce fruto de santidad, entonces te alegrarás en las riquezas de Dios.

Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón. El corazón siempre pide sabiduría. Por lo tanto, si, admitidas estas alegrías, te deleitas en el Señor, Él te dará los tesoros de su sabiduría, o cualquier cosa que pidas con fe. Por eso dijo: Porque si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra, sobre cualquier cosa que pidan a mi Padre, les será concedida (Mateo XV).

Revela al Señor tu camino. ¿Cómo dice, revela? ¿Acaso Dios no sabe algo? No, sino que tú lo que tienes en el corazón, debes manifestarlo a Dios en palabra por tu confesión. Confiesa a Él tus acciones; y espera en Él siempre, y Él te perdonará tus pecados. Y espera en Él. Que pueda perdonar al que delinque. Y Él lo hará. ¿Y qué, preguntas, hará?

Y sacará a la luz tu justicia. A la claridad con la que creíste en Él. Tu justicia: es decir, en la claridad de tus obras. Y tu juicio. Con el que elegiste lo que es bueno. Como el mediodía. En el pleno esplendor de su gracia, que revela ante sus ángeles. O el mediodía, se entienden las obras de los santos.

Sométete al Señor. No al pecado, sino sé humilde ante el Señor. Y ora a Él. Por los delitos presentes y pasados. Por eso Pablo dijo: Ante todo, que se hagan oraciones, súplicas, peticiones, acciones de gracias: por los reyes y por todos los que están en eminencia (I Timoteo II).

No te irrites por él. No seas envidioso de él, como antes: Y tu juicio como el mediodía. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre, y todo será claro lo que ahora está oculto. O, no te irrites por él, que prospera en su camino. No te asuste la breve felicidad del impío. Deja la ira, y abandona el furor. No te irrites para hacer el mal. Deja la ira, no sea que, sufriendo injustamente, te veas obligado a devolver el mal.

El que prospera en su camino. El que actúa felizmente en este mundo. En el hombre que hace injusticia. Porque él mismo se precipita pecando, no desees estar con aquel que hace iniquidad.

Deja la ira. Que no produce la justicia de Dios (Santiago I). Abandona el furor. Que según Salomón también destruye a los sabios (Proverbios XIX). O deja, cesa de la ira del alma, y del furor del cuerpo. No te irrites para hacer el mal. No provoques a otros a la maldad, no te conviertas tú mismo en malvado.

Porque los que hacen el mal serán exterminados. Porque no tienen raíz de piedad. O serán exterminados de la tierra de los vivientes. Pero los que esperan en el Señor, ellos heredarán la tierra. Es decir, la tierra de la promesa, que fluye leche y miel.

Aún un poco, y el pecador no existirá. Espera un poco, y el pecador no existirá, porque será llevado de aquí: porque será oprimido por la divina venganza. Y buscarás su lugar, y no lo encontrarás. En el futuro no existirá: ni recibirá lugar de descanso, y buscarás su lugar, y no lo encontrarás. Si el lugar del diablo es el pecado, habrá un tiempo cuando el pecado no existirá. Esto será cuando exultemos en la multitud de la paz.

Pero los mansos heredarán la tierra. A quienes ningún torbellino de furia agita; ni el fuego de la concupiscencia inflama. Heredarán esa tierra de los vivientes: porque los mansos y humildes poseerán la tierra: esto es, la vida eterna. Y se deleitarán en la multitud de la paz. Se deleitarán: Es decir, se alegrarán en la multitud de la paz: es decir, en Cristo: cuando en el reino de Cristo estén unidos, que es nuestra paz.

El pecador observará al justo. Para encontrar un lugar donde dañarlo: porque por esas obras de los santos ellos se atormentan, y se angustian en esta vida presente: es decir, en la mente interior por la malicia y la envidia que tienen. Y crujirá sobre él con sus dientes. Con los dientes de la malicia y la maldad, con los que intenta devorarlo. Por el movimiento del cuerpo, como dijimos, muestra el movimiento del alma.

Pero el Señor se reirá de él: porque ve que vendrán sus días. Días de venganza de la ira de Dios. ¿Acaso el Señor se ríe de alguien? No, pero porque ellos mismos son dignos de ser ridiculizados en la venganza. Porque ve que vendrán sus días: esto es, el Señor sabe cuándo vendrá su perdición.

Desenvainaron los pecadores la espada, etc. La espada, o las flechas de los pecadores, son palabras de seducción. El arco o la vaina, es la mente de aquellos de quienes se pronuncian. O, desenvainaron los pecadores la espada, es decir, la espada de los perseguidores en la persecución. Tensaron el arco: es decir, sus trampas contra los santos. Para engañar al pobre y al necesitado. No al rico del mundo, sino al pobre de Cristo. Para matar a los rectos de corazón. Para que aquellos que creen bien, sean seducidos y mueran. Porque entonces se derrama la sangre del alma, cuando alguien es seducido con suavidad, y cae en pecado. Pero esto debe referirse a los herejes, contra quienes debemos estar firmes: para que les suceda lo que el profeta añadió.

Que su espada entre en sus corazones, etc. Porque cada uno que habla contra Dios: o cuya mente rebosa en la vana arrogancia de la soberbia: y no atendiendo espiritualmente a las Escrituras, las corrompe con una interpretación viciosa: él mismo se mata con su propio puñal. Y así como a los apóstoles su paz, si la casa es indigna, vuelve a ellos (Mateo X): así también en los corazones de estos la espada, si se desenvaina contra el inocente, se clava. O, que su espada entre en sus corazones: esto es, la venganza en sus almas. Y su arco se rompa, sus trampas.

Mejor es lo poco del justo que las muchas riquezas de los pecadores. Porque teme aquello que el Señor dice en el Evangelio: ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? (Mateo XVI). Pero lo poco que dijo, es la fe. Que aunque se compare a un grano de mostaza, tiene gran virtud. Mejor es lo poco del justo que las muchas riquezas de los pecadores. Aunque sean pequeñas, son mejores: porque dijo Salomón: Mejor es una pequeña porción con descanso, que una mano llena con iniquidad (Eclesiastés IV).

Porque los brazos de los pecadores serán quebrados: Los brazos, es decir, su fortaleza será quebrada en la venganza, para que no dañen a los inocentes. Pero el Señor sostiene a los justos. En la fe de los que viven, fortalece lo débil.

El Señor conoce los caminos de los inmaculados. Es decir, su conducta. El Señor conoce a los que son suyos: pero a los impuros y a los que lo ignoran, no los conoce. Porque todo el que ignora será ignorado. Y su herencia será para siempre. En Cristo, que es perpetuo y eterno. O será para siempre: esto es, en la vida eterna.

No serán confundidos en el tiempo malo. etc. El tiempo malo, muestra el tiempo del juicio: en el cual, cuando los justos no sufran hambre, de los pecadores se dice: Ay de vosotros que estáis saciados, porque tendréis hambre (Lucas VI), No serán confundidos en el tiempo malo. En el tiempo de la discusión, que será malo para los impíos. Y en los días de hambre serán saciados, y si dejan de ser ministros de la palabra de Dios, y estos en Cristo, que es el pan vivo, serán alimentados. O, en los días de hambre serán saciados: esto es, cuando esos pecadores estén vacíos, entonces los santos serán saciados de la gracia de Dios. Porque los pecadores perecerán. Porque no guardan los mandamientos de Dios, si no se enmiendan.

Pero los enemigos del Señor, tan pronto como sean honrados. En el poder terrenal. Y exaltados. En la vana gloria. Se desvanecerán como el humo se desvanece. Pero cuando llegue la muerte, toda su gloria se desvanecerá como humo o niebla; porque todo pasa rápidamente.

El pecador pedirá prestado, y no devolverá. Porque no devolverá el dinero del Señor con intereses. Tomó prestado del Señor: es decir, los cinco sentidos del cuerpo, o las riquezas, y no da gracias a Dios. Pero el justo se compadece y presta. Es decir, y en sí mismo hace misericordia, y en otros: esto es, discierne esos cinco sentidos del cuerpo. O, el justo se compadece y presta. Recibió la palabra, y suministra cosas espirituales a los espirituales: para que no solo se gane a sí mismo, sino también a otros. En este versículo, también se debe entender la misericordia hacia los pobres.

Porque los que lo bendicen heredarán la tierra. En la que están depositados los bienes de Dios. Los que siempre alaban a Dios, y ellos poseerán la tierra: es decir, suelen poseer esta tierra, y después poseerán la tierra de los vivientes. Pero los que lo maldicen perecerán. Prometiendo el Señor: Seré enemigo de tus enemigos, y afligiré a los que te afligen (Éxodo XXIII).

Los pasos del hombre serán dirigidos por el Señor. Con los que intenta pasar a Él. Así también Rebeca fue a preguntar no de lugar a lugar, sino de vida a vida (Génesis XXIV); y Moisés, desatados los lazos de sus pies, pasó a ver la zarza (Éxodo III). Y tú, si pones tu mente para pasar de la muerte a la vida, no con los pasos de los pies, sino con la virtud del alma, tus pasos son dirigidos por el Señor. Los pasos de los hombres son dirigidos por el Señor, el sentido de cada uno: como dice Salomón: Del hombre es preparar su camino, pero el Señor dirigirá sus pasos (Proverbios XVI). Y su camino le agradará. Para que venga a Él, que es el camino, la verdad y la vida. O desea sus mandamientos.

Cuando caiga, no será derribado. ¿Por qué? Porque el Señor sostiene su mano. Es decir, sus obras. Cuando caiga, por la debilidad de la carne: porque siete veces cae el justo, y se levanta: no será derribado, porque el Señor sostiene su mano. Al que hace penitencia, inmediatamente

se compadece. Así también David y Pedro purgaron su delito con lágrimas conocidas, y fueron confirmados por el Señor.

Fui joven, y he envejecido, y no he visto al justo desamparado. No os hagáis, dice el Apóstol, niños en vuestros sentidos, sino en la malicia sed niños (II Corintios XIV). Por lo tanto, este desde el principio de su edad fue niño en la malicia, pero anciano en la virtud divina: entendió que el justo nunca puede ser desamparado por el Señor, ni su descendencia buscando el pan de la doctrina celestial: de la cual proporcionó la palabra a los insensatos. Ni su descendencia buscando pan. Su descendencia, sus obras. Buscando pan, es decir, la palabra de Dios.

Todo el día se compadece y presta. El día es, cuando cada uno ejerce el bien. Este, por lo tanto, todos los días de su vida presta el dinero de su Señor, no para ganancias mundanas, sino para adquirir las celestiales. Todo el día, en todo tiempo. Se compadece, de Dios: es decir, quien ministra a otros la doctrina de Dios. Y su descendencia será en bendición. Las obras que realizó, o la doctrina que enseñó, serán bendecidas por el Señor. Pero también la descendencia se refiere al pueblo cristiano, que en la Iglesia es enriquecido con bendición continua. Y su descendencia será en bendición, en abundancia y gloria.

Apártate del mal. En obra. Y haz el bien. Lo que Dios ha mandado. Apártate del mal, y haz el bien. Apártate del mal: del diablo, o del pecado, y haz el bien, esto es, cumple los mandamientos. Y habita para siempre. En la Iglesia, en la unidad de la fe, sé perpetuo con Él.

Porque el Señor ama el juicio. El juicio recto, con el que distingue a los justos de los impíos.

Y no desamparará a sus santos. Que en Él han puesto toda su esperanza. Serán conservados para siempre. Esto es, para siempre, porque han deseado lo eterno.

Los injustos serán castigados. En la venganza. Y la descendencia de los impíos perecerá. La descendencia de los impíos: esto es, sus obras serán castigadas con ellos en los tormentos, y toda su obra será destruida, porque es iniqua.

Pero los justos poseerán la tierra por herencia. La tierra de los vivientes. Y habitarán para siempre sobre ella. Sobre aquella que es sin fin: de la cual huyen el dolor y el gemido.

La boca del justo meditará sabiduría. Es decir, a Cristo: por eso dice: Y en su ley meditará de día y de noche (Salmo I). Cuando dice, meditará, significa el tiempo futuro, que se entiende en el reino de Dios para actuar: en el cual no con vino de lujuria, ni con alimentos voluptuosos, sino con la sabiduría de Dios, se llenarán las bocas de los justos. Y su lengua hablará juicio. Cuando todo lo que siente de Dios, lo enuncia ponderadamente; y no fraudulentamente, ni con ira, sino con justo juicio. Porque en quien abunda la gracia espiritual, todo lo examina, incluso las cosas profundas de Dios.

La ley de su Dios está en su corazón. Esto es, en la mente del justo. No solo en la boca y la lengua, sino también en lo profundo de su corazón fructificarán, por la ley de Dios, las obras de santidad. Y no serán derribados. Por el adversario. Sus pasos. Con los que intenta llegar a Dios. O, no serán derribados sus pasos. Sus sentidos por el diablo, o por el pecado.

El pecador observa al justo, etc. Porque el pueblo de los judíos observaba al justo Hijo de Dios, y crujía contra Él: porque también le era gravoso de ver. Así también ahora el enemigo observa a cada uno de nosotros para perderlo. Pero si resiste vigilante, sucederá lo que sigue.

Pero el Señor no lo dejará en sus manos. En el poder de aquel. Ni lo condenará cuando sea juzgado por él. El impío da juicio, para que el justo perezca, y el Señor no lo condena, porque guardó su ley. Pero a ese justo no lo condena en el día del juicio, cuando juzga al impío.

Espera en el Señor, y guarda sus caminos. Por la esperanza firme, y la custodia indeficiente de los mandamientos se espera a Dios: por eso no debemos ser confundidos en las diversas tentaciones del mundo. Espera en el Señor: Lo que te suceda en lo próspero y en lo adverso, espera pacientemente: es decir, soporta. Te exaltará, para que heredes la tierra. Aquella tierra de la bienaventuranza eterna: en la que los justos, después de terminados los trabajos, serán exaltados. Cuando los pecadores perezcan, lo verás. Entonces los justos verán perecer a los pecadores, cuando reciban el fruto de la recompensa, otorgado por el Señor.

Vi al impío exaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí no estaba. Cuando hayamos pasado el mar de este mundo, entonces veremos que el diablo no existe, y su lugar, el pecado, no aparecerá. El cedro tiene dos interpretaciones, pero en este lugar su explicación es esta: así como el cedro aparece exaltado sobre los altos montes, y a menudo cae por el impulso de los vientos: así también el impío que, dejando a Dios, confía en las riquezas del mundo: por mucho que florezca, por mucho que se exalte y eleve, no será hallado cuando haya partido de este mundo. Pero también estas palabras se refieren a Judas el traidor. O el cedro del Líbano, los santos por la altura de sus méritos, y los sacerdotes, por el olor de su buena obra. Los impíos están sobre ellos: porque los pisan y oprimen. Pasé, y he aquí no estaba. Que lo diga este grupo apostólico, porque pasé la tormenta de la pasión de Jesús: y al resucitar Él, este no estaba: porque se fue y se ahorcó. Lo busqué, y no se encontró su lugar. Pero que no se encontrara su lugar, y su habitación quedara desolada, Pedro lo declaró en los Hechos de los Apóstoles, cuando subrogó a Matías en su orden (Hechos I). O, pasé, y he aquí no estaba: lo busqué, y no se encontró su lugar: es decir, del impío. No se encontró su lugar: por la tanta rapidez con la que desaparecen.

Guarda la inocencia, y ve la equidad. Si no haces daño a nadie: si no eres litigioso con nadie, verás a Cristo: porque así como el camino, la verdad y la vida: así también se entiende la equidad. Porque hay reliquias para el hombre pacífico. Quien aquí haya vivido pacíficamente, para ser llamado Hijo de Dios: sus reliquias, es decir, su cuerpo mortal, se reserva para la gloria de la resurrección, según aquello del Apóstol: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción (I Corintios XV). Las reliquias de los impíos perecerán. Por reliquias, en hebreo, novissima tiene.

Pero los injustos, etc.; las reliquias de los impíos perecerán. No se reservan sus reliquias por soberbia, para que vivan eternamente: sino para que perezcan en el castigo del fuego del infierno.

La salvación de los justos es del Señor. Por quien obtienen la vida presente y esperan alcanzar la eterna. La salvación de los justos es del Señor. Él es nuestra salvación. Y es su protector en tiempos de tribulación. Los ayudará, etc. Por eso los salvará, y es su protector en tiempos de tribulación, cuando caminan por el camino estrecho que lleva a la vida, lleno de dolores y sufrimientos. Y el Señor los ayudará y los librará de los pecadores: salvará a aquellos que han confiado en Él, cuando los lleva a la perfección de una mente pura. Han merecido venir a Él porque han confiado en Él. En todas sus angustias han puesto su esperanza en Él, quien dijo: Yo soy Dios, y fuera de mí no hay otro. Yo mataré y haré vivir: heriré y yo sanaré (Deut. XXXII). Quien sana todas las enfermedades de nuestras mentes: y nos concede levantar nuestra esperanza con todo el corazón, y nos permite colocarla en Él:

para que, liberados de los pecados, merezcamos, por su distribución, alcanzar también la recompensa de la eternidad.

SALMO XXXVII.

Al final, Salmo de David en conmemoración del día del Sábado. Sábado se interpreta como descanso: es decir, cuando descansan los santos: es decir, cuando la Iglesia descansa en aquel descanso del paraíso que perdió en Adán. Este salmo muestra que si ocurre una enfermedad a la fragilidad corporal, no se debe dejar de buscar la medicina celestial.

Señor, no me reprendas en tu furor: ni me castigues en tu ira. Todo el salmo es desde la perspectiva del penitente: pero puede referirse a Cristo, como también el sexagésimo octavo. Señor, no me reprendas en tu furor: ni me castigues en tu ira. La ira es, como hemos dicho a menudo, una conmoción del ánimo. El furor es una venganza irracional, con la amargura de la hiel. Por eso, este que se sabe pecador: no pide ser reprendido en ira, sino por misericordia: ni en furor, sino por paciencia.

Porque tus flechas se han clavado en mí. Las palabras de la doctrina, que como un dardo atravesaron mi corazón, para que hiciera penitencia. Y has afirmado sobre mí tu mano. Para que, como un buen maestro, me corrigieras con los azotes de la disciplina.

No hay salud en mi carne a causa de tu ira. Vi el rostro de tu ira, y no la ira misma: es decir, entendí por las Sagradas Escrituras cuán grande es tu amenaza a los pecadores, y me desvanecí, pidiendo que esa ira no descendiera sobre mí. No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados. No concedí descanso ni a mis huesos ni a mis miembros, hasta que los purifiqué con penitencia.

Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza. Porque se han fortalecido en mí, como sigue: Como una carga pesada, se han agravado sobre mí. No es leve mi pecado, sino que reconozco que me ha impuesto un peso grave de juicio, y ha crecido sobre la cima de mi cabeza. Como un gran peso, así mis pecados sobre mí.

Se han podrido y corrompido mis cicatrices. Es costumbre de los cerdos usar el lodo o los excrementos como buenos olores: y no entienden que se revuelcan en ellos de manera muy sucia. Pues para mí hieden y se pudren las heridas de los pecados, y deseo ansiosamente al médico. ¿Y por qué, preguntas, se han podrido? A causa de mi insensatez. Porque no quería hacer penitencia. A causa de mi insensatez. Por esto se pudrieron, es decir, por mi insensatez: como dice Pablo: Lo que es débil en Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. II).

Me he vuelto miserable y encorvado hasta el final. Hasta que me purifiqué confesando: porque sin confusión y tristeza no se perdonan los pecados. Todo el día andaba contristado. Juzgándome indigno de atreverme a levantar los ojos al cielo: pero golpeando mi pecho, decía: Dios, sé propicio a mí, pecador.

Porque mis lomos están llenos de ilusiones. Se confiesa debilitado y lleno de esas ilusiones con las que el diablo atrae al género humano para que peque. Dios, tú conociste mi insensatez: porque mis lomos están llenos de ilusiones. Que cada uno se examine a sí mismo, y entienda la tentación del placer corporal, y entonces puede decir con el apóstol Pablo: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII) Y aquello; Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.

Me he encorvado y humillado mucho. A la penitencia. Rugía por el gemido de mi corazón. Pidiendo con lamento el perdón. Una cosa es el gemido del cuerpo, y otra el gemido del corazón. El gemido del cuerpo es gemir por las cosas terrenas o por la muerte. El gemido del corazón, por sus propios pecados o los de otros. Pero Cristo no tuvo por qué gemir, porque no cometió pecado. Y mi gemido no está oculto de ti. Es decir, todo lo que tiene el hombre, Dios lo sabe. Todo lo que he delinquido, todo lo malo que he hecho, todo te lo he revelado con gemido: sabiendo que para ti no están ocultas las cosas ocultas.

Mi corazón está turbado dentro de mí, me ha abandonado mi fuerza. Porque temo incurrir en la ira que mencioné antes. Y la luz de mis ojos no está conmigo. Porque, dejando de lado la luz de la verdad, caí en las tinieblas de los pecados. Así, nuestros antecesores han enseñado que el profeta ha seguido todo el orden de este salmo desde la perspectiva del pecador. Que ellos sientan lo que quieran. Pero yo, desde el lugar donde dice; Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí y se quedaron. Veo a mi Señor Jesucristo rodeado por los judíos, colgado en la cruz, y resucitando del infierno. Así dice el mismo Señor sobre su pasión:

Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí y se quedaron. Amigos, se llaman los judíos, por Abraham. Vecinos, porque de su generación tomó carne, quienes se acercaron a él para que fuera capturado. Mis amigos y conocidos se quedaron contra mí. También puede referirse a los discípulos, que, aterrados por el miedo en la pasión, se alejaron del Señor: tanto que incluso Pedro lo negó. O se quedaron, acusándolo.

Y los que estaban cerca de mí, se quedaron de lejos. Los apóstoles o los demás discípulos, de quienes dice el evangelista: Y cuando lo apresaron, todos sus conocidos se quedaron de lejos (Luc. XXIII). Y hacían violencia los que buscaban mi alma. Hacían violencia, no los conocidos, sino los judíos: o a Pedro, cuando decían: Porque también tú eres de ellos (Luc. XXII). O a Jacobo; quien, cuando lo arrastraban, dejando la sábana, huyó desnudo de ellos (Marc. XIV). Y hacían violencia los que buscaban mi alma: es decir, los judíos, como si su fortaleza fuera, y no hubieran recibido de Dios ese poder.

Y los que buscaban mi mal, hablaban vanidades, y meditaban engaños todo el día. Muchos engaños meditaron; cuando preguntaban si debían dar tributo al César, o no (Mat. XXII): o si la mujer sorprendida debía ser apedreada (Juan VIII). Pero entonces abiertamente introducen el engaño, cuando traen falsos testigos. O, los que buscaban mi mal, hablaban vanidad, cuando decían: En Beelzebub expulsa demonios (Luc. XI).

Pero yo, como sordo, no oía, y como mudo, no abría mi boca. Siempre soporté lo que me reprochaban, y siempre callé. Esto también lo manifiesta Pilato, cuando dice: ¿No me respondes? ¿No sabes que tengo poder para soltarte? (Juan XIX) Pero yo, como mudo, no abría mi boca. Y ante Pilato el Señor no habló. Y Isaías habla del mismo: Como cordero llevado al matadero, no abrió su boca (Isai. LII).

Y me hice como un hombre que no oye y no tiene en su boca reprensiones. Pues cuando me cubrían de escupitajos, me golpeaban con una caña, y se burlaban de mí arrodillándose, no les respondí nada movido. Y no tiene en su boca reprensiones. Así callé acusado, como si no tuviera qué responder por mí. Cristo dio ejemplo en todo, para que el hombre deba soportar pacientemente los azotes y la corrección.

Porque en ti, Señor, he esperado, tú me escucharás, Señor Dios mío: Para que me resucites. O tú me escucharás: es decir, ve su soberbia y mi humildad.

Porque dije que no se alegren sobre mí mis enemigos, y mientras se mueven mis pies. Los pies de Cristo en la pasión: o los santos apóstoles, que debieron ser los pies de Cristo: se movieron de la fe a la infidelidad. Mis pies pueden moverse de su estabilidad, y los enemigos insultarme: si en esta muerte de cruz humillado, no resucito. Han hablado grandes cosas contra mí. Diciendo: Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz (Mat. XXVII).

Pero yo estoy preparado para los azotes. Me preparo para soportar la cruz, la lanza, la hiel, el vinagre, para que por esta muerte redima con mi sangre al pueblo que perece, porque Cristo vino para soportar la pasión. Y mi dolor está siempre ante mí. Hasta que obtenga la victoria en el juicio.

Porque anunciaré mi iniquidad, y pensaré por mi pecado. Pues así como estuvo sujeto a la maldición, para librarnos de la maldición de la ley, así también se profesa pecador, quien llevó nuestros pecados, para que con piadoso pensamiento y consejo de misericordia, nos librara de ellos. Y estaré solícito por mi pecado. El pecado de Cristo son los delitos del género humano: por los cuales se dice que ahora está sujeto al Padre.

Pero mis enemigos viven. Porque no son castigados inmediatamente por la venganza divina. Y se han fortalecido sobre mí. Se han fortalecido en la letra de la ley: en la cual no entendieron el anuncio espiritual. Y se han multiplicado los que me odian injustamente. Ciertamente injustamente y no razonablemente: porque en esta letra, creían que su descendencia se multiplicaría como las estrellas del cielo.

Los que me retribuían mal por bien. Me dieron a beber vinagre y hiel, trayendo la dulzura de la vida eterna. Me difamaban. Diciendo: A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse (Luc. XXIII). Porque seguía la bondad. Para cumplir la voluntad del Padre, para que por la vida del pueblo aceptara la muerte.

No me abandones, Señor Dios mío: no te alejes de mí. Cuando penetre en las profundidades del infierno.

Atiende a mi ayuda, Señor Dios de mi salvación. Es evidente, Señor Jesús, que el Padre atendió a ti resucitándote de entre los muertos al tercer día, y colocándote a su derecha en los cielos sobre todo principado y potestad: dándote un nombre que es sobre todo nombre. Por tanto, porque son graves las luchas de la carne, tú, Señor, atiende a nuestra ayuda, y sé nuestra salvación en tiempo de tribulación.

SALMO XXXVIII.

Al final, para Idithun, Cántico de David. Idithun, se interpreta como el que los supera. Este salmo enseña paciencia, para que el hombre refrene su boca, observando que no caiga en pecado por la insensatez de las palabras: porque el profeta sabe que incluso de las palabras ociosas se debe rendir cuenta. También enseña a atesorar en este mundo lo que pertenece al progreso de las almas.

Dije, guardaré mis caminos: para no pecar con mi lengua. No sé de otra manera cómo guardar los caminos de mi vida: sino no hablando cosas insensatas, diversas o ociosas. De tus palabras, dice el Señor, serás justificado, y de tus palabras serás condenado. Dije, guardaré mis caminos: es decir, dispuse guardar mis obras: a saber, los cinco sentidos del cuerpo. Para no pecar con mi lengua. No pecaré, no cometeré pecado: porque quien guarda su lengua, guarda su alma (Prov. XVIII): porque la muerte y la vida están en manos de la lengua (Isai. XXXII). Y también: El culto de la justicia, el silencio y la paz (Eccli. XXVIII).

Puse guarda a mi boca. Según aquello: Ata bien tu dinero y tu oro, y haz a tu boca una puerta y un cerrojo. Pues la guarda de la boca hace al hombre bienaventurado: cuando no pronuncia cosas vanas, sino las que son dignas de Dios. Cuando el pecador se levantó contra mí. Es decir, el diablo, que maldice y difama a los justos, y es el instigador de aquellos que acechan a los santos.

Enmudecí. Para no responder a los que me reprendían. Enmudecí, y no abrí mi boca, porque tú lo hiciste. Por eso soporto pacientemente: porque sé que tú me has dejado a las tentaciones para mi prueba. Y me humillé. Para soportar sus reproches. Y callé de los bienes. De la buena conciencia me venía la seguridad: por eso no me justifiqué ante los hombres: ni divulgué los bienes que había en mí: porque sé que el Padre que ve en lo secreto, me recompensará. Y mi dolor se renovó. Pues aún no había llegado a ser un hombre perfecto. Porque aunque soportaba con dolor los reproches, no sabía bendecir a los que maldecían. O, mi dolor se renovó. En esto se dice el dolor de Cristo: porque ellos no fueron dignos de escuchar las palabras del misterio, como dice el profeta: ¡Ay de mí, porque callé! (Isai. VI). O aquello: Haré que tu lengua se adhiera a tu paladar, porque el Señor es exasperante (Ezech. III).

Mi corazón se conmovió dentro de mí. Dice la Iglesia. Al recordar los delitos pasados. Y en mi meditación se encenderá el fuego. ¿Qué, preguntas, meditabas? Pues aquello, cómo podría encontrar ese fuego que consume los pecados, ilumina la mente, que es el Espíritu Santo, del cual Cleofás y los que estaban con él decían; ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV)

Hablé con mi lengua. Esto es, prediqué a todos los hombres, como aquello: Si no anuncias al impío su iniquidad, demandaré su sangre de tu mano (Ezech. III). Hazme saber, Señor, mi fin. Y el número de mis días, ¿cuál es? No busca el profeta que se le haga saber el fin de esta vida: sino aquel en el que, destruidas las potestades y destruida la muerte, se una a Cristo que es el fin de la ley. Ni quiere saber el número de estos días, sino aquellos de los que dice el Señor: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan XIV). Y el número de mis días, ¿cuál es? Esto es, número sin número, días sin día, tiempos sin tiempo. ¿Cuál es? que siempre es. Para que sepa qué me falta. Esto es, para que me hagas entender todos los bienes, para que cuando los tenga conocidos, sepa qué me falta aún en este mundo para alcanzar la palma de la bienaventuranza. Pues perfecto era Pablo que decía: He peleado la buena batalla: he acabado la carrera. Ahora me falta la corona de justicia, que el Señor me dará (II Tim. IV). Pero lo que no habla de sus días, lo enseñan los siguientes.

He aquí que has puesto mis días como mensurables. Según el hombre viejo han sido hasta ahora: ahora deseo el nuevo, aquel que Abraham vio y se alegró (Juan VIII). En el cual en otro lugar nos exhortamos a alegrarnos, en el cual Dios el Señor nos ha iluminado. Que no será iluminado por el sol, ni por la luna, sino por el mismo Señor resplandeciendo con luz perpetua. Y mi sustancia es como nada ante ti. Recibiendo con una mente más alta tu claridad: juzgué mi sustancia como nada.

Sin embargo, toda vanidad, todo hombre viviente. Si es pecador, y ha vivido en delicias, permanece en la vanidad. Si es justo, y desea ser disuelto, y estar con Cristo, también le es vana la vida presente.

Sin embargo, en la imagen de Dios pasa el hombre, pero en vano se turba. Todo hombre ha sido hecho a imagen de Dios. Si, por tanto, parece caminar en ella, y se ocupa en robos y concupiscencias, se turba en la acción.

Atesora, y no sabe para quién los reunirá. Pues a menudo muchos atesoran y reúnen muchas cosas, que o la desidia de los hijos destruye, o el fisco ocupa, o los extraños saquean. Pero bienaventurado es aquel que atesora allí, donde los ladrones no cavan, ni roban (Mat. VI), donde merece escuchar: Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV).

Y ahora, ¿cuál es mi esperanza, no es el Señor? y mi sustancia está contigo. Dejando todo, te esperaré, Señor, porque la sustancia de esta vida no se compara con aquella bienaventuranza eterna.

Líbrame de todas mis iniquidades. Pasadas, presentes y futuras. Me has hecho oprobio del insensato. Mientras fui pecador, me hice oprobio del insensato diablo, que es de todos los crímenes, y el incitador, y el acusador. Por eso deseo ser purgado en este mundo, para que él no me acuse en tu juicio.

Enmudecí y no abrí mi boca, porque tú lo hiciste. Cuando me provocaba con injurias, iras, y diversos reproches: pensando que fui hecho por ti, no respondí nada a lo que se me infería: Aparta de mí tus plagas. Porque me siento corregido.

De la fortaleza de tu mano he desfallecido. Al caer la mano de la venganza, la fuerza del delito desfalleció, como dice el apóstol Pablo: Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII). Con reprensiones por la iniquidad corregiste al hombre. Se reprende a todo hombre por la iniquidad, a quien la majestad divina no quiere perder. Pues azota a todo hijo que recibe.

Has hecho que se consuma como una araña su alma. Se consume el alma, cuando la carne se refrena de las lujurias y concupiscencias. Esto es consumirse, asombrarse de los delitos anteriores. Pero aquel que hace cosas que son aptas para la vanidad mundana, teje telas de araña, según el profeta Isaías (Isai. LIX): esto es, se ocupa día y noche en una obra vana, y no útil, sino disoluble e incorruptible, trabaja. Pero porque el profeta dice que el alma se consume como una araña: esto debe entenderse, que se refine por la abstinencia hasta tal sutileza, que se reduzca a la semejanza de esos hilos: es decir, que no contenga nada grueso, duro de pecado. Sin embargo, en vano se turba todo hombre. Viviendo en las vanidades de este mundo. Pero también quien vive en Dios, le es vana esta inútil turbación mundana.

Escucha mi oración, Señor, y mi súplica: atiende a mis lágrimas. Porque estoy lejos de ti, y tengo el deseo de ser disuelto, y pasar a ti.

No te quedes en silencio, porque soy un extranjero ante ti, y un peregrino como todos mis padres. Se declara residente y peregrino, como todos los santos: porque al igual que ellos, mientras estaban en el cuerpo, peregrinaban lejos del Señor. Perdóname para que me refresque antes de irme, y ya no estaré más. Aquí perdona, Señor, si he cometido alguna falta: porque en el infierno no hay perdón: porque ni siquiera la confesión es válida. Tú que nos has rescatado de la peregrinación de este mundo, haznos dignos de ser ciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios Padre, para que, edificados sobre el fundamento más firme en un templo santo, merezcamos ser conformes al cuerpo de tu gloria. Amén.

SALMO XXXIX.

Al final, Salmo de David. Este salmo al inicio tiene la voz del pueblo llamado de entre las naciones a la herencia, luego la del mismo Mediador al Padre.

Esperando, esperé al Señor: En las promesas de los profetas, en las que me iluminó: porque el profeta preveía que Cristo vendría en la carne por el Espíritu Santo. Y me atendió. Por el esplendor de los Evangelios, en los que me iluminó.

Y escuchó mis oraciones. Porque se ocultó a los profetas y patriarcas, como él mismo dijo después: Porque muchos profetas y justos desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron (Lucas X). Él mismo resplandece para mí en el Nuevo Testamento. Y me sacó del pozo de la miseria, y del lodo del fango. En los que estaba sumergido, cuando adoraba ídolos mudos. O, del lodo del fango: porque me había adherido a deseos terrenales.

Puso mis pies sobre la roca. Sobre la roca: esto es, sobre Cristo. Mis pies, mis sentidos: como aquello: Pero la roca era Cristo (I Cor. X). En él, que es la roca estable, me confirmó: para que no vacilara por los impulsos de este mundo. Y dirigió mis pasos. Para que al venir a él, no mirara hacia atrás. Y dirigió mis pasos: es decir, los sentidos de las buenas obras: dirige a la Iglesia: porque cada uno por sí mismo es tortuoso.

Y puso en mi boca un cántico nuevo. Alabanza suya, ciertamente: porque un hombre nuevo vino al mundo, dio una nueva ley al mundo. Canto a nuestro Dios: Alabanza a nuestro Dios, para que ya no entone sonidos vulgares y teatrales, sino que me deleite en los himnos del Dios viviente a través de la armonía del Nuevo Testamento.

Muchos verán. Anunciado que ha venido. Y temerán. Quienes se reconocen pecadores. Y esperarán en el Señor. Para que les sean perdonadas las faltas pasadas.

Bienaventurado el hombre cuyo nombre del Señor es su esperanza. En la que se llena de todos los bienes. Feliz aquella alma, que tiene fe firme y esperanza dirigida en Cristo. Y no miró a vanidades y locuras falsas. Todo lo que hay en el mundo, según Salomón, es vanidad (Eclesiastés I). Las locuras falsas son, ira, riñas, saqueos, y demás: en las que los hombres enloquecen para pecar: que el Apóstol dice que son obras de la carne (Gálatas I).

Muchas cosas has hecho tú, Señor mi Dios, tus maravillas, y en tus pensamientos no hay quien sea semejante a ti. Mostraste a nuestros padres muchas de tus maravillas, que no creyeron. Les revelaste que vendrías en la ley, y no entendieron: pero nosotros hemos creído. Hasta aquí el pueblo creyente: de aquí el mismo Señor al Padre así comenzó:

Anuncié y hablé. Diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo III). Se multiplicaron sobre número. Los judíos en su malicia. O, sobre número: esto es, los pecadores están fuera de número, porque no son dignos de ser contados en el número de los justos.

Sacrificio y ofrendas no quisiste: pero me perfeccionaste los oídos. Holocaustos y por el pecado no pediste. El Apóstol declara abiertamente esto: que, con la venida del Señor, cesaron los sacrificios de los judíos. Es imposible, dice, que la sangre de machos cabríos o toros quite los pecados (Hebreos X). Por eso, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo. Holocausto y por el pecado no te agradó, a menos que yo mismo me ofreciera a ti como sacrificio por el pecado del mundo entero.

Entonces dije: He aquí que vengo. En el rollo del libro está escrito de mí. Porque cambiaste los sacrificios y ceremonias de los judíos, y los sábados, y las supersticiones de la Ley

antigua, por la religión del Evangelio espiritual: por eso vengo alegre al mundo, y de mí se escribe: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I). Entonces dije, He aquí que vengo, para asumir la carne en la que sufriré. En el rollo del libro está escrito de mí. El principio del libro del Antiguo Testamento toma tal comienzo: En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Génesis I): es decir, en Cristo el Señor. Este misterio también lo vio Juan, y así comenzó el Evangelio: En el principio, dice, era el Verbo, y el Verbo era Dios. Pues él mismo, al ser interrogado por los judíos quién era, respondió: Principio (Juan VIII). Por lo tanto, entiende el principio del libro, que es Cristo Jesús, quien en este principio del libro fue anunciado.

Para hacer tu voluntad, Dios mío, quise. Porque descendí del cielo: no para hacer mi voluntad, sino la tuya, Padre. No es la voluntad de la carne, sino del Padre: para morir por la vida de los hombres. Y tu ley en medio de mi corazón. Que no vine a abolir, sino a cumplir.

Anuncié tu justicia en la gran Iglesia. Te doy gracias, Salvador del mundo, porque hiciste grande tu Iglesia, llamada de las cuatro partes del mundo por la predicación evangélica, reunida por tu pasión, purificada por tu resurrección. En la gran Iglesia, difundida por todo el mundo.

He aquí, no prohibiré mis labios, Señor, tú lo sabías, etc. No he callado, no he hablado en secreto, sino que he proclamado incesantemente toda tu virtud, que eres justo, que eres veraz, que eres misericordioso, que eres la salvación de todos: no solo en las Iglesias de los pueblos, sino también en las sinagogas de los judíos. He aquí, no prohibiré mis labios. Los labios de Cristo son santos. No prohíbe que ellos prediquen, como dice el santo Pablo: La palabra de Dios no está encadenada (II Tim. II). Tú lo conociste: tú sabes que no lo hice, es decir, no lo prohibí. No escondí tu justicia en mi corazón, es decir, tus mandamientos. Dije tu verdad y tu salvación. La verdad y la salvación, es Cristo: esto predican los santos. No oculté tu misericordia, y tu verdad a la gran sinagoga, es decir, lo anuncié a todo el pueblo.

Tú, sin embargo, Señor, no alejes tus misericordias de mí: tu misericordia y tu verdad siempre me han sostenido. Porque me rodearon males sin número. Que pide la misericordia del Padre, que dice que está rodeado por los judíos y que las iniquidades se han multiplicado sobre él: que abandonado por el corazón, nuevamente pide la protección del Padre: todo esto debe referirse a la debilidad de la carne, para que se crea que es verdadero Dios, así como verdadero hombre. Tú, sin embargo, Señor, no alejes tus misericordias de mí. No lejos, sino cerca. Tu misericordia y tu verdad siempre me han sostenido. La misericordia hace que se perdonen los pecados. La verdad devuelve a cada uno lo que hizo. Me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver. Es decir, la humanidad está rodeada de pecados originales, y no pude ver: porque aquella luz de la verdad había sido retirada. Por lo cual se dijo: De la tierra serás cegado, y de la tierra serás iluminado.

Se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza. Es decir, las mismas iniquidades sobre la humanidad. Mi corazón me ha abandonado. Cuando el hombre peca, no tiene su corazón. Por eso David dijo: Tu siervo encontró su corazón (II Sam. VII). Por lo tanto, antes, cuando pecó, no lo tenía.

Te complazca, Señor, liberarme, Señor, la Iglesia ruega a Cristo: Que te complazca esto, para que me liberes. Mira en mi ayuda. La debilidad tiene la voluntad de pedir, no tiene el poder.

Sean confundidos. En pensamientos perversos, para que perciban las cosas que son rectas: O aquí se enmienden, o en el futuro, y reverencien. Esto es, para que tengan reverencia.

Vuélvanse atrás. Que han tenido un mal curso.

Lleven inmediatamente su confusión: los que me dicen, ¡Bien, bien! Misericordiosamente ruega que se confundan, para que inmediatamente reconozcan la justicia. Lleven su confusión, los que no se han enmendado. Los que me dicen, ¡Bien, bien! La Iglesia tiene dos enemigos, las adulaciones y las blasfemias.

Alégrense y regocíjense los que desean mi justicia. Esto es, la fe y las obras. Y digan siempre, Sea engrandecido el Señor. Sea engrandecido el pueblo de los santos. Por lo cual dijo: Vean sus buenas obras, y glorifiquen a su Padre que está en los cielos (Mateo V). Los que aman tu salvación. Es decir, tu Cristo. Esto dice el profeta de aquellos, a quienes el mismo Señor por el Evangelio dice: Si me amáis, y mis palabras permanecen en vosotros, todo lo que pidáis, se os hará (Juan XV).

Yo, en verdad, soy pobre y necesitado: Dios, ayúdame. Pobre y necesitado Cristo: siendo rico, se hizo pobre. Se dice pobre al que tiene algo, y necesita algo. Y se dice necesitado, al que no tiene nada. Indigente, es decir, sin ayuda.

Sé mi ayudador y libertador, Señor; mi Dios, no tardes. Y esto debe referirse a la trepidación corporal. Pues la divinidad que estaba en el hombre asumido, no está sujeta a ninguna pasión, sino que en el mismo poder que estaba, permanece, y permanecerá, ahora, y entonces por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XL.

Al final, Salmo de David. Este salmo el profeta lo cantó por el Espíritu Santo en la persona de Cristo. El salmo contiene la voz del profeta anunciando sobre Cristo al inicio: luego del mismo Mediador hablando al Padre: que principalmente se han cumplido en los Evangelios.

Bienaventurado el que entiende sobre el pobre y necesitado. Quien reconoce que Cristo vino en la carne asumida, en la que por nosotros se hizo pobre y necesitado, este toma las riquezas de las bienaventuranzas celestiales. Pero el mismo Señor se hizo pobre: cuando no tenía dónde reclinar su cabeza (Lucas IX). Necesitado, cuando se mostró alimentándose entre los necesitados. Bienaventurado el que entiende. Bienaventurado, y feliz, el que entiende sobre el pobre y necesitado. Cristo se hizo pobre y necesitado por nosotros, para que con su pobreza nos hiciera ricos: Quien entiende, es decir, quien entiende que él es verdadero Dios y verdadero hombre. En el día malo lo librará el Señor. En el día del juicio, en el que Cristo condenará a los judíos que no entienden. Te vendrá el día malo: si no entiendes sobre el pobre y necesitado.

El Señor lo conservará. Para que no se aparte de este entendimiento en el presente. Y lo vivificará. Al perseverar en esta sabiduría, lo trasladará de la muerte a la vida. Y lo hará bienaventurado. Con sus santos en el reino de los cielos. En la tierra. En la santa Iglesia o en el día de la eternidad. Y no lo entregará en manos de sus enemigos. Es decir, en el poder del diablo, que siempre es enemigo de nuestra fe.

El Señor le ayudará sobre el lecho de su dolor. Le ayudará: esto es, le prestará auxilio. En el lecho del dolor, en la debilidad de la carne. O puede entenderse sobre aquel paralítico, cuando el Señor dijo: Levántate, toma tu lecho (Mateo IX): porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la habitación terrena deprime el sentido que piensa mucho (Sabiduría IX). En esta enfermedad del cuerpo en la que el alma reposa como en un lecho, se consuela con la ayuda

del auxilio del Señor. Todo su lecho has cambiado en su enfermedad. El cuerpo, como hemos dicho, que se toma por lecho, en diversas tribulaciones lo has inquietado, para que, probado y purificado de las lujurias, lo asumas. Aquí el profeta cambia el orden, y pronuncia la voz del hombre del Señor diciendo:

Yo dije, Señor, ten misericordia de mí: sana mi alma, porque he pecado contra ti. Que está triste hasta la muerte: no por el crimen original, sino que se aflige por los delitos del pueblo. O, ten misericordia de mí, dice la Iglesia: porque muchos son los que cometen pecados, pero presentan palabras de excusa. Por eso la Iglesia dice: Yo me acuso por mis pecados, porque yo he pecado.

Mis enemigos dijeron mal de mí: ¿Cuándo morirá y perecerá su nombre? Cuando veían a los ciegos ser iluminados, a los leprosos ser limpiados, los sábados ser disueltos, a Lázaro ser resucitado, cuando decían: He aquí que todo el mundo va tras él (Juan XIV): ¿qué otra cosa podían pensar, sino que con la muerte se le quitaría este poder? Pues uno de ellos, llamado Caifás, aunque sin saber lo que decía, decía: Conviene que uno muera por el pueblo, para que no perezca toda la nación. ¿Cuándo morirá? Esto es lo que en la parábola del Evangelio se escribe, los colonos diciendo: Este es el heredero, venid, matémoslo: y la herencia será nuestra, y no se recordará más su nombre (Marcos XII).

Y si entraban para ver, su corazón hablaba vanidades. Entrando en el pretorio, hablaban de un corazón malo, diciendo: Todo el que se hace rey, contradice a César (Juan XIX). O entraban para esto, para extinguir la Iglesia, y explorar, como dice Pablo: Falsos hermanos que se introdujeron para espiar nuestra libertad (Gálatas II). Su corazón hablaba vanidades, lengua fingida en el amor, como aquello: Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad (Mateo XXII). Esto es vano. Reunieron iniquidad para sí. Gritando: ¿Qué nos importa? Tú verás. Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Salían afuera. Afuera, con Pilato. Y hablaban en lo mismo. Contra mí murmuraban todos mis enemigos: contra mí pensaban mal para mí. Aportando testigos inicuos, y buscando matarme. Contra mí murmuraban: es decir, murmuraban. Todos mis enemigos pensaban mal para mí: los judíos mencionados, o ahora contra la Iglesia los herejes.

Constituyeron una palabra iniqua contra mí. Diciendo: No nos es lícito matar a nadie, pero tú toma, y crucifícalo (Juan XVIII). O cuando dijeron: En Beelzebub expulsa demonios (Lucas XI), y no solo sobre el vivo, sino también sobre el muerto enviaron falsos testigos.

¿Acaso el que duerme, no añadirá que resucite? Así se apresuraban a matarme, como si después de la muerte no tuviera que resucitar. Esto es decir: ¿el que es oprimido injustamente por los inicuos con el sueño de la muerte, no resucitará? Como dijo otro profeta: ¿Acaso el que cae, no resucitará? (Jeremías VIII). Porque el grano de trigo cayó, y una abundante cosecha surgió.

Porque el hombre de mi paz en quien confié, que comía mi pan, ha levantado contra mí la traición. Manifiestamente aquí denuncia a Judas el traidor, como el mismo Señor en el Evangelio dice: A quien yo dé el pan mojado, ese es (Juan XIII); y en otro lugar: Levantará contra mí el talón. Pero lo que dice: Que comía: esto es, que tomaba el alimento celestial, que da vida a este mundo, y lo distribuía a otros, siendo apóstol: él destinó esta vida a la muerte por el precio de la codicia.

Tú, sin embargo, Señor, ten misericordia de mí, y resucítame, y les retribuiré. Nuestro Señor fue resucitado por el poder del Padre, a cuya derecha se sienta. Antes de resucitar, la venganza anticipó a Judas, cuando la destrucción debida lo alcanzó. Pero lo que dice: Les retribuiré, les amenaza con el juicio futuro.

En esto conocí que me has querido. Resucitándome. Porque no se alegrará mi enemigo sobre mí. El diablo: por cuyo instinto los judíos hicieron esto: no se alegró reteniéndolo en los infiernos.

Pero a mí, por mi inocencia me has recibido, y me has confirmado en tu presencia para siempre. Esta es la máxima inocencia, cuando el justo muere por los impíos: que no llevó sus propios pecados, sino los nuestros. Por esta inocencia, y por el Padre, vencida la muerte, con la carne asumida fue recibido en los cielos.

Bendito sea el Señor Dios de Israel desde el siglo, y hasta el siglo sea, sea. Por sea, sea, en hebreo se escribe amén, amén, que Aquila tradujo como πεπιστομενώς: es decir, verdaderamente, o fielmente. Y se debe saber que aquí se ha terminado el primer libro del Salterio. El segundo es desde el cuadragésimo primero, hasta el septuagésimo primero. El tercero desde el septuagésimo segundo, hasta el octogésimo octavo. El cuarto desde el octogésimo noveno, hasta el centésimo quinto. El quinto desde el centésimo sexto, hasta el final.

SALMO XLI.

Al final, entendimiento para los hijos de Coré, Salmo. Al final, en Cristo: entendimiento: esto es, entendimiento espiritual. Hijos de Coré: es decir, hijos de Cristo, que son los creyentes. El Salmo contiene la voz de la Iglesia, o del hombre fiel deseando a Dios.

Como el ciervo desea las fuentes de agua: así desea mi alma a ti, Dios. Primero debe entenderse, por qué, o cómo desea el ciervo las fuentes de agua. Es costumbre de él, que al encontrar una serpiente la absorbe con las narices, y después de esto, ardiendo, apaga su sed. Por lo tanto, el hombre de la Iglesia, que durante mucho tiempo vivió en un acto venenoso, cuando se ve a sí mismo lleno de lodo de fornicación, de idolatría, desea venir a Cristo, en quien está la fuente de luz, para que, lavado en el bautismo, reciba el don del perdón. Sabe que a menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no tendrá vida eterna (Juan III). Pero también si alguno de nosotros hoy, extinguidos los vicios, se enciende en el deseo de la contemplación del Señor, puede también decir: porque mi alma desea a ti Dios: esto es, dejando el mundo, deseo pasar a ti.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios fuerte y vivo. No de ídolos muertos, sino de aquel que dijo: Vivo yo, dice el Señor: porque a mí se doblará toda rodilla (Num. XIV). Vivo, porque él mismo dice: Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, y el que cree en mí, también vivirá por mí (Juan VI). ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de mi Dios? Como si dijera: ¿Cuándo será el tiempo en que, con aquella gloria con la que los santos son conformados a tu gloria, yo aparezca en claridad con ellos? O, ¿cuándo vendré, es decir, cuándo será ese tiempo en que la Iglesia desea ser disuelta del cuerpo y estar con Cristo? Y apareceré ante la faz de mi Dios: es decir, ante la presencia de la divinidad, y entonces lo veremos tal como es. Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche. ¿Cómo pueden las lágrimas convertirse en pan? Pueden: porque así como el cuerpo se sacia con el pan, así el alma con las lágrimas, porque de ahí espera obtener la remisión de los pecados. El llanto y el

gemido eran para mí lamentación, por el deseo de ti. Mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? Pues los paganos señalan a sus dioses con el dedo, y por esto me lanzan reproches. De donde sepan que yo tengo a mi Dios guardado en la mente, y habito con él a través del hombre interior.

Recordé estas cosas, y derramé mi alma en mí. Mientras soportaba este reproche cada día, mi alma se derretía en mí, y me consumía en el trato: cuando ni en el cielo ni en la tierra podía ver a mi Dios visiblemente, pero encontrándolo en mi mente, guiándome y dirigiéndome en aquel tabernáculo eterno, del cual hablo: Porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. El tabernáculo de Dios es la Iglesia, que aún peregrina lejos del Señor: por la cual se llega a los tabernáculos eternos, es decir, a la Jerusalén celestial, que es madre de todos nosotros. En la cual hay muchos admirables y dotados de virtudes sagradas: porque edificados sobre el fundamento de los apóstoles, son considerados como una sola casa. En la cual este, entrando con la mente, quien, dejando la idolatría, ya había conocido los sacramentos del bautismo, admirando la armonía del Cántico espiritual, por la suavidad de la dulzura eterna, se acercó a la casa de Dios, que es el Santo de los santos. Y como si se le dijera: ¿Quién te trajo aquí? o, ¿cómo llegaste aquí? o, ¿qué te deleitó para que te acercaras aquí? Respondió:

Con voz de júbilo y confesión, sonido de festín. Este júbilo, confesión y festín, no se cumplen con artes musicales, ni comienzan y pasan; sino que se celebran continuamente con voces angélicas y coros de santos. Mientras este, aún en el mundo, contemplaba con la mente: gimiendo por qué se le difiere esta morada, dice a su alma triste:

¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Porque, dice, aún no he recibido esta dulzura presente, y mi adversario aún vela contra mí, aún me tiende lazos. Y él dice: Espera en el Señor. Soporta con paciencia. O, espera en Dios. El alma se exhorta a sí misma: o el hombre interior exhorta al exterior. Porque aún le alabaré, salvación de mi rostro, y mi Dios. Ya he confesado mis delitos: luego confesaré su alabanza, por la cual me salvó de la muerte perecedera, o me lleva a lo eterno.

Mi alma está turbada dentro de mí. Por el recuerdo de los pecados pasados. Por eso me acordaré de ti desde la tierra del Jordán, y de los Hermonitas, desde el monte pequeño. El Jordán se toma por el bautismo: Hermón se interpreta como anatema. Así que este que era pecador, que como el ciervo deseaba las fuentes de las aguas, recordó en la humildad de la penitencia, y con la ablución del bautismo lavó los pecados antiguos: anatematizó sus pecados, y no se ensalzó grandemente gloriándose, sino que se hizo pequeño arrepintiéndose.

Un abismo llama a otro abismo. Hay muchas opiniones sobre el abismo, que se explicarán en lugares oportunos. Pues aquí, un abismo llama a otro abismo; cuando el Antiguo Testamento anuncia el Nuevo; o el Nuevo llama al Antiguo como testimonio. El Antiguo anuncia el Nuevo, cuando Moisés dice: Un profeta os levantará Dios de entre vuestros hermanos (Deut. XVIII). El Nuevo llama al Antiguo como testimonio: cuando Pablo dice: Bebían de la roca que los seguía: y la roca era Cristo (I Cor. X). Por la profundidad de la inteligencia, se llaman abismo. Con la voz de tus cataratas. Con la voz de los profetas, que anunciaron la venida del Señor. Por eso se llaman cataratas, porque la venida del Señor fue oscura en su profecía, y no fue entendida por los judíos. Esta voz anuncia el juicio futuro, ya sea sobre los méritos de los bienaventurados, o sobre los castigos de los impíos.

Todas tus alturas y tus olas han pasado sobre mí. Son altas y poderosas estas amenazas, por las cuales amenazabas el juicio de muerte: porque no caen de inmediato por tu inmensa

paciencia. Las olas son: cuando llegan aquellas cosas que fueron amenazadas. Por eso este dice que han entrado sobre él: cuando viviendo en deseos mortales, fue golpeado por las plagas, fue instruido para desear al Señor vivo.

De día mandó el Señor su misericordia. Porque la prometió a través de la luz de las Escrituras sagradas. Y de noche su cántico. En las tribulaciones mostró su misericordia.

Mi oración está conmigo. Y no fuera de mí. Al Dios de mi vida. Para que merezca unirme a él libre de este mundo algún día. Diré a Dios, mi protector eres. Aunque sea ejercitado en tribulaciones: siempre te pido ser protegido y defendido.

¿Por qué te has olvidado de mí? ¿Y por qué me has rechazado? ¿Por qué tardas tanto en llevarme a ese lugar del tabernáculo admirable? ¿Por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo? El diablo, que me ha tendido muchas trampas, o los perseguidores de la Iglesia.

Mientras se rompen mis huesos. Mientras veo a los más fuertes de la Iglesia ceder ante escándalos y diversas disputas. O los huesos, las virtudes de la Iglesia, como si se rompieran por aquellas tribulaciones que soportan los santos. Me han reprochado mis enemigos. Ya sea en los mártires, o en otros confesores.

Mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? Cuando yo deseaba aplacarte con penitencia y aflicción del cuerpo y del alma: mis enemigos, como si hiciera esto en vano, decían: ¿Dónde está tu Dios? sin saber aquellas cosas ocultas que Dios ha preparado para los que le aman. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Porque mi deseo se prolonga.

Espera en Dios, porque le confesaré la salvación de mi rostro y mi Dios. En él esté siempre atenta nuestra esperanza: él mitigue todas las olas: él nos conserve en las tentaciones: él sacie nuestra sed con su contemplación, y nos vivifique con la salvación de su rostro.

SALMO XLII.

Salmo de David. Este salmo, aunque en algunos versículos señala la pasión del Señor, sin embargo, tiene la voz del alma fiel, que desea la luz de este mundo, es decir, a Cristo.

Júzgame, Dios, y defiende mi causa de la gente no santa. Busco tu juicio, porque eres misericordioso. Tú, sin embargo, sepárame de la paja entre la cual en este mundo gimo, deseando ser revestido: para que lo que es mortal sea absorbido por la vida. Pero también es la voz del Señor, a quienes antes había dicho, Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XX): y no lo cumplieron: Líbrame del hombre iniquo y engañoso. Nadie más iniquo y engañoso que aquel que es inventor de la iniquidad y emulador de la santidad: es decir, el diablo, que entró en el corazón de Judas para entregar a Cristo. Pero también el hombre fiel que mencionamos antes, dice esto:

Porque tú eres, Dios, mi fortaleza. Sé que soy débil y frágil: ni siento que tengo alguna fortaleza en la que pueda ser liberado, a menos que tú me salves. ¿Por qué me has rechazado? Nuestra fortaleza es Cristo: quien nos rechaza cuando pecamos. ¿Por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo? Estoy triste por mis pecados, y por eso soy afligido en diversas tentaciones por el mismo enemigo, que antes fue llamado hombre iniquo. Por lo cual, porque me perturban las tinieblas de los pecados, a ti, que eres la luz del mundo, acudo suplicante.

Envía tu luz y tu verdad. Tú eres la luz, que dijiste: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII). Tú eres la verdad que dijiste: Yo soy el camino, la verdad y la vida, que te dignes iluminarnos: para que dejando la mentira del diablo, sigamos tu verdad. Ellas me guiaron. Del error del pecado. Y me llevaron a tu monte santo. A tu Iglesia. A tu tabernáculo. A esa Jerusalén celestial, de la cual otro salmo dice (Sal. LXXXIII): ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor!

Entraré al altar de Dios. Mío, donde ya no ofreceré becerros y carneros, sino que me presentaré a mí mismo como sacrificio vivo agradable a él. Al Dios que alegra mi juventud. Cuando, purgada la levadura vieja, en el nuevo hombre me consuela como a un joven.

Te confesaré con la cítara, Dios, Dios mío. Por la mortificación de la carne: porque el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Porque deseo ver en quien he puesto mi esperanza.

Espera en Dios, porque aún le confesaré, etc. A él le confiesa: de él pide que sus pecados sean perdonados. A él llama la salvación de su rostro: a él invoca y adora. A quien también nosotros confesando pedimos: para que merezcamos ser iluminados por su luz, dirigidos por el camino, corregidos por la verdad, enriquecidos por la vida: O, la salvación de mi rostro, Dios mío. La salvación de mi alma es mi Dios, y el rostro, es decir, el aspecto de mi alma es mi Dios.

SALMO XLIII.

Al final, para los hijos de Coré, entendimiento. Coré se interpreta como del Calvario, y el Señor fue crucificado en el monte Calvario. Los hijos de Coré, hijos de Cristo: son los santos apóstoles o mártires. De donde se dice: No pueden los hijos del esposo llorar, mientras el esposo está con ellos (Mat. IX). Entendimiento: es decir, para que entendamos a aquel que tomó inicio según la carne en el tiempo, y antes de los siglos es engendrado. O, entendimiento es: para que entendamos sobre la prosperidad presente de los pecadores, y sobre la tribulación presente de los santos. El salmo no enseña hechos anteriores, sino que proclama que la Iglesia renace en Cristo, y provoca a los fieles en ella al combate, mostrando que nadie puede ser coronado, a menos que haya luchado legítimamente: en el cual también a menudo se expresan las voces de los mártires.

Dios, con nuestros oídos hemos oído. Por el sentido espiritual hemos conocido, según aquello del Señor: El que tenga oídos para oír, que oiga (Luc. VIII). Y nuestros padres. Apóstoles y profetas, por cuya predicación hemos renacido a la vida. Nos anunciaron la obra que hiciste en sus días, y en los días antiguos. Los profetas anunciaron lo que se hizo en su tiempo. Los apóstoles anunciaron lo que te vieron hacer.

Tu mano dispersó a las naciones, y los plantaste. Dispersaste de la Iglesia las cargas de los vicios, y plantaste los ornamentos de las virtudes: es decir, hombres justos, que exhiban el fruto de la santidad. Afligiste a los pueblos, y los expulsaste. A aquellos que, dejándote, se inclinaban hacia la idolatría.

Porque no con su espada poseyeron la tierra. Sino con la mansedumbre de mente: porque bienaventurados los mansos, ellos heredarán la tierra de los vivientes (Mat. V). Y su brazo no los salvará: sino tu diestra, y tu brazo, y la iluminación de tu rostro. La diestra del Padre es Cristo: como aquello: Porque con su diestra nos exaltó: es decir, el brazo: como en otro lugar: ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Is. LIII). Él es también la iluminación: como

allí: En tu luz veremos la luz (Sal. LIII). Este es, por tanto, enviado por el Padre, para liberar a los suyos. Y por qué los liberó, añadió: Porque te complaciste en ellos. Dios quiere; que así como le es bien placentero en el Hijo, así también nosotros seamos agradables en él, si queremos ser liberados.

Tú eres mi rey. Que reinas en mí, y no el pecado. Y mi Dios. Por quien he sido adquirido. Que mandas las salvaciones de Jacob. Esto es, al pueblo cristiano: que, suplantado el mayor, recibió el mandato de salvación por la doctrina profética y apostólica.

Porque en ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno, y en tu nombre despreciaremos a los que se levantan contra nosotros. Algo se ventila con los cuernos, como Sedequías, que haciendo dos cuernos de hierro decía: Así ventilarás toda Siria (III Reg. XXI). Nuestro cuerno, Cristo es. Él mismo y el nombre del Padre, en el cual nuestros adversarios, o son ventilados, o despreciados.

Porque no confiaré en mi arco, y mi espada no me salvará. Sino tu virtud.

Porque nos salvaste de los que nos afligían. Porque no debo confiar en mis armas; esta es la razón, que nos salvaste siempre de los perseguidores, y sin nuestra virtud, y sin nuestra espada nos guardaste. Porque nos salvaste de los que nos afligían, y confundiste a los que nos odiaban: se volvieron las potestades, que confundidas, fuimos liberados por Cristo el Señor.

En Dios seremos alabados todo el día. Porque él es nuestra alabanza y gloria. Y en tu nombre te confesaremos por siempre. Porque de ti, Cristo, somos llamados cristianos.

Pero ahora nos has rechazado y confundido. Cuando dice, ahora, muestra el tiempo presente. Por lo tanto, en el tiempo presente somos rechazados para el ejercicio, para que en la eternidad seamos glorificados. A menudo también los mártires en el tiempo dicen: Y no saldrás, Dios, en nuestras virtudes. Para que nos fortalezcas en el futuro con virtud perpetua.

Nos has vuelto atrás después de nuestros enemigos. Así también el Señor convirtió a Pedro hacia atrás, para que lo reparara en mejor. Por lo tanto, también nosotros debemos volver atrás, para que no perdure nuestro camino en las sendas torcidas. Debemos también tener a nuestros enemigos delante de nosotros, para que sepamos qué debemos evitar. Lo cual, y si nos convertimos después de Cristo como Pedro, teniéndolo a él delante de nosotros, no temeremos nada más. Y los que nos odian, se apoderaban de nosotros. Porque por tu nombre se apoderaban de nosotros: cuando en las cárceles, en los azotes, en los demás tormentos nos atormentaban. Pero no nos separó de tu amor aquella tribulación.

Nos diste como ovejas de alimento. Así como el Señor fue llevado como oveja al matadero, fue dado como alimento a los pueblos, cuando dice: Si no coméis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI): así también los santos, como dijimos antes, dados en muchas tribulaciones, se convirtieron en alimento para las naciones: ya sea cuando ministran los alimentos de la vida eterna: o mientras sacian su rapacidad con sus sufrimientos. Y nos dispersaste entre las naciones. Para que por un tiempo nos dominaran.

Vendiste a tu pueblo sin precio. Hasta ahora han hablado de sí mismos los mártires: ahora se dice del pueblo de los judíos, a quienes se les dijo: En vuestros pecados habéis sido vendidos (Is. L). Y por eso sin precio: porque no se derramó la sangre del Cordero por ellos. Y no hubo multitud en nuestros cambios. Era más vil la mercancía que fue vendida: por eso no se hizo cambio. Pues el Señor al pueblo que compró, no con oro ni plata, sino con su preciosa y propia sangre lo adquirió: como dice el apóstol Pedro (I Pedro I).

Nos pusiste como oprobio a nuestros vecinos: burla y escarnio a los que están a nuestro alrededor. Vecinos llamados perseguidores, por la cohabitación mundana, que a menudo reprochan con burla, diciendo: Venga vuestro Dios, y os libre de nuestras manos (II Par. XXXII).

Nos pusiste como semejanza a las naciones. A tu semejanza: para que así como el mundo te odió primero, así también nos odie de aquí en adelante. Movimiento de cabeza entre los pueblos. Así como en tu pasión los que pasaban movían sus cabezas, así también lo hacen en tus mártires. Pero también si alguno ahora quiere vivir piadosamente en ti: inmediatamente los inicuos blasfeman con burla o movimiento de cabeza.

Todo el día mi vergüenza está delante de mí, y la confusión de mi rostro me ha cubierto. El Señor dice esto en la carne asumida, quien por nosotros sufre vergüenza, es maldecido, y es confundido, hasta el mismo patíbulo de la Cruz.

Por la voz del que reprocha y del que habla mal. Cuando se le decía: Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz (Mat. XXVII). Delante del enemigo: Judas. Y del perseguidor. Del pueblo judío.

Todo esto ha venido sobre nosotros, y no te hemos olvidado. Los mártires dicen esto: porque todo lo que tú, Señor Jesús, sufriste, también nosotros lo sufrimos, pero siempre te confesamos. Y no hemos actuado inicuamente en tu testamento. Sino que verdaderamente te hemos predicado. Y no se ha apartado nuestro corazón. Para seguir los errores fanáticos de los que nos apartamos. Y has desviado nuestros caminos de tu camino. Nuestra acción no se ha separado de tus justificaciones.

Porque nos humillaste en el lugar de la aflicción. En este cuerpo, en el que estamos y somos afligidos por ti. Y nos cubrió la sombra de la muerte. Bien nos oprime la sombra de la muerte en este mundo, y no la misma muerte: porque los mártires, o los demás santos, y si son afligidos, y si son destinados a la muerte, viven sin embargo para Dios, y esta muerte es sombra para ellos, y no la verdad de la muerte.

Si hemos olvidado el nombre de nuestro Dios. Es decir, a Cristo, Y si hemos extendido nuestras manos a un dios extraño. A un ídolo.

¿No requerirá Dios estas cosas? porque él conoce los secretos del corazón. Que Dios conoce los pensamientos de los hombres, él mismo lo revela en el Evangelio a los fariseos diciendo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Luc. V). Así también dicen los mártires: Si en algún lugar nos hemos desviado de los caminos de Dios, él que conoce los secretos del corazón, lo inquiera.

Porque por ti somos muertos todo el día. En diversas tribulaciones somos oprimidos por ti, pero voluntariamente ofrecemos el cuello a los que nos hieren. Somos considerados como ovejas de matadero (Mat. X). Porque dijiste que nos enviarías como ovejas en medio de lobos (Mat. VIII): Ahora, sin embargo, porque estás alejado de estas tentaciones, y como si durmieras en la nave, no nos defiendes de la tempestad, te despertamos, Señor, con una confesión suplicante rogándote. Levántate, ¿por qué duermes, Señor? Levántate y no nos rechaces para siempre. Para que tú, que moriste por nosotros y resucitaste, te levantes en los corazones de aquellos que te confiesan muerto y no creen que resucitaste, para que finalmente, dejando de perseguirnos, no perezcan hasta el fin en la muerte eterna.

¿Por qué apartas tu rostro? Porque Dios aparta su rostro por un tiempo, para probar a sus elegidos. Te olvidas de nuestra pobreza y de nuestra tribulación. Sufrimos pobreza, teniendo por nada las riquezas de este mundo, deseamos el reino celestial. Nos sentimos atribulados cuando se aleja nuestro deseo.

Porque nuestra alma está humillada en el polvo. Para que seamos inclinados por aquellos que el viento lanza como polvo de la faz de la tierra. Nuestro vientre está pegado a la tierra. Como si dijera: La carne se debilita, pero el sentido está atento a las cosas celestiales.

Levántate, Señor, ayúdanos y redímenos por tu nombre. Que ya merezcamos tu ayuda en las tribulaciones, para que seamos liberados de estas presiones: no por nuestro mérito, sino por tu nombre.

SALMO XLIV.

Al final, para aquellos que serán cambiados, hijos de Coré, para la inteligencia, Cántico para el amado. En hebreo se dice así, Lamanasse, al sosannim labne Core mescil sir Jedidoth: que nosotros traducimos al latín: Al vencedor para los hijos de los lirios de Coré, cántico de instrucción muy amado. Lo que dice, para el amado, todo el salmo se refiere a Cristo: de quien el Padre habla en el Evangelio: Este es mi Hijo amado en quien me complazco (Mat. XVII). O el salmo contiene el Sacramento de las bodas espirituales: es decir, la unión de Cristo con la Iglesia. Por lo tanto, se inicia con la voz paterna.

Mi corazón ha pronunciado una palabra buena. No de una unión corporal, sino que del corazón ha proferido una Palabra igual a sí mismo por la cual fueron hechas todas las cosas: Porque esta Palabra es buena: porque lo que fue hecho en él, es vida (Juan). Yo digo mis obras al Rey. Hablo a la misma Palabra, al rey hijo, y todas las cosas se cumplen.

Mi lengua es el cálamo de un escriba que escribe rápidamente. Porque lo que se escribe no es ligero ni fácil, sino útil y saludable: así también la palabra de Dios, como si se escribiera, así se cumple. Sobre la rapidez, esto es, que no se retrasan las cosas que ha dicho, sino que se cumplen rápidamente, por eso dice cálamo. ¿Y a qué se refiere el cálamo? ¿O cómo se compara el cálamo con Cristo? Porque así como la piedra se refiere a Cristo, el león, la diestra, el monte, o cosas similares: así también se refiere el cálamo, es decir, porque es medidor y escritor. De donde dijo en el Profeta: Levántate, y toma el cálamo, y mide el templo y la ciudad (Ezequiel XL). Cálamo del escriba: El mismo Cristo es el escriba. De donde dijo en el Evangelio: Todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante a un padre de familia (Mat. XIII). Que escribe rápidamente. Porque nadie escribe tan rápido, como el mismo Señor escribe en los corazones de los santos. ¿Qué escribe, sino su fe, esperanza y caridad, concede la palabra de la predicación?

Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Para que no se entienda igual que otro hombre, sino que con el hombre se entienda al Hijo de Dios, y por eso se dice más hermoso que los otros hijos de los hombres. Pero la forma de la que habla, no debe atribuirse a la magnitud, sino al decoro. ¿O cómo es hermoso, cuando Isaías dice: Lo vimos sin aspecto, ni hermosura: sino como despreciado, y humillado, y herido, y azotado por Dios (Isa. LI)? El profeta Isaías dice esto desde la persona de los judíos, porque ellos creyeron que la humanidad de la carne era como un hombre puro. Pero aquí el profeta habla según la divinidad. También el profeta Isaías preveía por el Espíritu Santo aquella humanidad exterior que vieron los judíos: pero interiormente no pudieron entender la divinidad. La gracia se ha

derramado en tus labios. Cuando curas enfermedades con la palabra, cuando haces que el mar se calme, cuando impones silencio a los vientos, cuando ordenas que la fiebre se retire, cuando llamas a Lázaro, y viene: Intercedes al Padre, y escucha, y no solo escucha, sino que también responde: y todas las cosas que hablas, se cumplen por la gracia de tus labios. La difusión de la gracia en las Escrituras santas es la gracia del Espíritu Santo, o de Cristo. La gracia del Espíritu Santo se derramó en el bautismo en forma de paloma: cuando descendió en la cabeza, vino a la barba: luego al borde de su vestidura. Nuestra cabeza es Cristo; la barba, los santos Apóstoles; el borde de su vestidura, los santos predicadores: como dice el profeta: Como el ungüento en la cabeza, que desciende en la barba de Aarón, y que desciende en el borde de su vestidura (Sal. CXXXII). Gracia en tus labios: porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I). Por eso te bendijo Dios para siempre. Por esta gracia. Porque aunque Cristo el Señor siempre fue bendecido en el Padre, en la carne asumida es bendecido: cuando el Espíritu Santo descendió sobre él en el bautismo, el Padre dice: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III). O el Padre Dios bendijo a su Hijo, y Cristo a su Iglesia.

Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderoso. La espada alrededor del muslo. Por la espada, la palabra: por el muslo, la encarnación. El hombre ciñe la espada para luchar. Pero, ciñe la espada, poderoso. Como si el profeta dijera: Tú, Cristo, vístete de carne: lucha contra el diablo, y libera al género humano del infierno. Ciñe la espada, la palabra de la predicación, que dividió al hijo del padre: a la hija de la madre, a la nuera de la suegra: alrededor de tu muslo, sobre la carne asumida. Poderoso, no perezosamente, ni ligeramente, sino virilmente.

Con tu hermosura y tu esplendor. Santidad y justicia: o se refiere a la divinidad. Atiende prósperamente, avanza y reina. Si te atiendes, siempre te serán prósperas. Avanza: es decir, ven del cielo. Y reina: porque antes era el reino del diablo. De donde decimos en la Oración Dominical: Venga tu reino en nosotros, y se aleje el reino del diablo (Luc. XI). Atiende prósperamente: mira felizmente. Avanza, del tálamo del vientre virginal: y reina, oprimido el imperio de la muerte.

Por la verdad, y la mansedumbre, y la justicia. La verdad, el mismo Cristo: porque él es la verdad. De donde dijo de aquella mujer a los judíos: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella (Juan VIII). Mansedumbre, cuando dijo: Ni yo te condeno. Justicia, cuando dijo: Ve, mujer, y no peques más. Por la verdad: porque cumpliste lo que prometiste por los profetas. Y la mansedumbre: porque como oveja eres inmolado por la vida del pueblo. Y la justicia: cuando no con poder, sino con humildad liberaste al hombre. Y te guiará maravillosamente tu diestra. Potencia, o virtud. O el poder te guiará, es decir, a ti, al cielo.

Tus flechas son agudas. Predicaciones, que atraviesan los corazones de los hombres. Agudas, porque penetran hasta el interior del corazón. Los pueblos caerán bajo ti en el corazón de los enemigos del rey. Por la compunción de la predicación, caen en el corazón para no ser soberbios, sino creer humildemente. Los que eran enemigos del rey por no creer, se hacen amigos al creer. Porque los que eran enemigos de Cristo, después se hicieron amigos.

Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos. No temporal, sino eterno. O el trono de Dios es la santa Iglesia, o el alma: porque el alma del justo es el trono de la sabiduría. Vara de rectitud, vara de tu reino. Por la vara, la corrección de la disciplina: porque por la misma regla de la verdad, se dirigen los corazones de aquellos que eran tortuosos.

Amaste la justicia, y odiaste la iniquidad. Es decir, cumpliste los mandamientos de Dios Padre. Y odiaste la iniquidad, no porque el odio caiga en Dios: sino que se dice que Dios odia, es decir, rechaza. La iniquidad se entiende como el mismo diablo. O la vara, se toma como la disciplina celestial: por la cual nuestra tortuosidad iniqua que odió, la dirigió a su justicia. Por eso te ungió Dios, tu Dios. Dios, dice el Apóstol, y Cristo: Dios lo hizo (Hebr. I). Con el óleo de la alegría más que a tus compañeros. Otros reyes que prefiguraron su tipo, y al reinar fueron llamados compañeros, fueron ungidos con óleo corruptible: pero este Hijo de Dios por Dios Padre, con el óleo de la exultación: esto es, de la resurrección, ascensión y dominio fue ungido: porque Cristo ungido por naturaleza, nosotros por gracia: porque en él estaba plenamente la divinidad, pues en los santos se da por partes.

Mirra y áloe y casia de tus vestiduras. La mirra se pone por la sepultura: el áloe, se toma contra los venenos. En la casia se demuestra al hombre, que a menudo se dice árbol. Por lo tanto, estas cosas fluyeron de sus vestiduras: es decir, de la carne asumida, con la que la divinidad se revistió como de una vestidura. Destiló el olor de la mirra, cuando fue entregado a la sepultura. Fluyó el áloe, cuando, comprimido el veneno de la serpiente, extinguió los incendios del tártaro. Y salió la casia: cuando en ese hombre por el cual venció a los infiernos, ascendió a los cielos. De las casas de marfil, de las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor. Las casas de marfil, por la magnitud de los elefantes, tomamos como casas amplias: porque amplia es la vía que lleva a la perdición (Mat. VII). Pero el marfil, a menos que sea pulido con limas, dividido con sierras, y perforado con punzones, es oscuro y horrible: así también eran los apóstoles antes de ser llamados e habitados. Pero después de ser llamados, serrados con sierras, raspados con uñas, esculpidos con cinceles, encendidos con llamas: y pulidos con diversos suplicios, se hicieron casas de Dios: en las que el mismo Cristo se dignó habitar. Siguiendo los ejemplos de estos mártires, se hicieron reyes de sus cuerpos. De estos reyes son las hijas, las almas santas: que deleitaron a Cristo, honrando el nombre de su majestad, y proclamando su misericordia. De las casas de marfil: de las cuales te alegraron. Muchos por error dicen por casas, graves: porque en griego la palabra βάρεων significa ambas cosas.

Se presentó la reina a tu derecha. Porque nada en tu reino es siniestro. En vestidura dorada. Con el ornamento de la credulidad espiritual. Rodeada de variedad. De naciones y pueblos. Ahora el profeta habla a la Iglesia. La reina, es la Iglesia. De donde dice en el Cantar de los Cantares: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada sobre su amado? Se dice reina: porque gobierna sus vicios y pecados. A tu derecha. Como aquello: Pondrá a las ovejas a su derecha, cuando dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que está preparado para vosotros desde el origen del mundo (Mat. XXV). En vestidura: es decir, no desnuda, sino vestida con sentido espiritual. Rodeada de variedad. De setenta y dos lenguas: es decir, de la diversidad de naciones o acción de gracias.

Escucha, hija, y ve. Cree para que seas purificada. Hija, porque de él renaciste. Esposa, porque a él estás unida. O Cristo llama a su Iglesia hija por la fe. Dice hija: para que sea casta de mente y cuerpo. Y inclina tu oído. Escucha humildemente y sabiamente o desea. Y escucha, con el oído del corazón, como aquello, El que tiene oídos para oír, que oiga (Luc. VIII). Y ve: esto es, con los ojos del corazón, de donde se ve a Dios, como dice: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Marc. V). Y olvida a tu pueblo, etc. Las compañías de los demonios, o los vicios, y pecados, y la casa de tu padre el diablo, que te había engendrado antes: porque todo el mundo estaba puesto en el maligno (I Juan V): por eso, inclina tu oído.

Porque el rey deseó tu belleza. Cristo Jesús por quien eres gobernada, porque eras negra en la casa del padre: ahora, sin embargo, te escondes después del bautismo, o lavada de vicios, o blanca por la gracia de la fe. Porque él es el Señor. Por quien fuiste redimida. Tu Dios. A quien ahora, dejando los ídolos, adoras y veneras. ¿Cómo dice tu aspecto y tu belleza: cuando no era hermosa, ni bella, que antes era fétida, deforme la Iglesia? Pero después hermosa y bella por el lavacro del bautismo: porque el justo murió por los impíos, es decir, Cristo: limpiándola por el lavacro de su sangre, como dice el Apóstol: No teniendo mancha ni arruga (Ephes. V). Y le adorarán las hijas de Tiro. Tiro, se interpreta, angustia. Las hijas de Tiro, hijas de la angustia. Ellas adoran a Cristo, que están en angustia. O las almas creyentes de entre las naciones. Con regalos rogarán tu rostro los ricos del pueblo. Estas guardando sus tesoros, te buscan con el corazón puro: porque donde están sus tesoros, allí estará también su corazón (Mat. VI). Esto hicieron los Magos, que vinieron con incienso, mirra y oro: porque no solo con palabras, sino también con regalos adoraron a Cristo.

Toda la gloria de la hija del rey, alma fiel, es interior, en flecos de oro rodeada de variedades. Arriba dijimos, variedad de naciones: aquí, de gracias. Toda la gloria de la hija del rey es interior: es decir, los ancianos de la Iglesia, o reyes y poderosos: que tienen ahora esperanza, fe y caridad: ellos ofrecieron al interior: esto es en la conciencia de la Iglesia. En flecos de oro rodeada de variedad. No solo con la letra, sino también con el sentido espiritual, aquellos que entran, ofrecieron, o fueron llenos de variedad de virtudes.

Serán llevadas al rey vírgenes tras ella, sus compañeras. Por una Iglesia, fundada por la institución apostólica, muchos se convierten a Cristo. Serán llevadas a ti con alegría y exultación. No en la tristeza del pecado, ni en las lágrimas de penitencia: sino en la alegría de las virtudes y exultación de gracias. Serán llevadas al templo del rey. Porque Juan vio la Jerusalén, la ciudad santa descendiendo del cielo, teniendo la claridad de Dios: pero no vio templo en ella (Apoc. XXI): El Señor, dice, es su templo. Serán llevadas, por tanto, a este templo estas vírgenes: esto es, las almas de los santos: para que sean conformes al cuerpo de su gloria.

En lugar de tus padres nacieron para ti hijos. Fueron, oh Iglesia, los apóstoles tus padres: porque ellos te engendraron. Ahora, sin embargo, porque ellos se alejaron del mundo, tienes en lugar de ellos obispos hijos, que fueron creados por ti. Porque también estos son tus padres: porque por ellos eres gobernada. Los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Cristo constituyó a sus santos sobre todos los pueblos. Porque en el nombre de Dios se ha extendido el Evangelio en todos los confines del mundo: en los cuales los príncipes de la Iglesia, es decir, los obispos, han sido constituidos.

Recordarán tu nombre, en toda generación y generación. Por eso lo recordarán: porque nunca lo olvidan, sino que siempre te predicarán, o edificarán en las generaciones de los santos.

Por eso los pueblos te confesarán para siempre, y por los siglos de los siglos. Por su predicación siempre te confiesan los pecados de los pueblos: narrarán tu gloria, anunciarán tu alabanza.

SALMO XLV.

Al final, para los hijos de Coré por los arcanos, Salmo. Por los arcanos: es decir, por los ocultos sobre la vocación de las naciones y la reprobación de los judíos. El Salmo nos enseña que debemos poner nuestra esperanza en aquel que solo puede liberarnos de la tribulación.

Nuestro Dios es refugio y fortaleza: ayudador en las tribulaciones que nos han encontrado en gran manera. Porque el mundo está lleno de aflicciones y presiones: y porque hay otras ayudas de los reyes, virtudes de los poderosos, refugios de las ciudades: nuestra fortaleza es Cristo, que puede liberarnos poderosamente de estas.

Por eso no temeremos: Porque en él tenemos credulidad [Mart. vitiose crudelidad]. Cuando se turbe la tierra. La generación de los judíos, que piensan en lo terrenal. Y se trasladarán los montes al corazón del mar. Las predicaciones apostólicas en los corazones de los gentiles de este mundo, como en el Evangelio: Si tuvierais, dice, fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pasa, y lo hará (Mat. XVII). En el corazón del mar; es decir, en la gentilidad.

Sonaron y se turbaron sus aguas. Aguas, pueblos: movimientos, se entienden los demonios. Que ahora turbados dieron sonido: cuando a los destructores de ídolos, o los restituyeron, o quisieron prepararles la muerte. Se turbaron los montes en su fortaleza. Las potestades más altas del mundo.

El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios. Después de derribados los cultos de los demonios, el lavado del bautismo, o la irrigación del Espíritu Santo alegra el alma ciudad de Dios, o la Iglesia, que es la ciudad de Dios, que puesta sobre el monte, no se oculta (Mat. V). Santificó su tabernáculo el Altísimo. La congregación de los fieles, en la que habita por la fe.

Dios en medio de ella no se moverá. Sino que se fortalece, como dice: No temas, María (Luc. I): o la Iglesia en la tribulación. La ayudará Dios al amanecer. Con una inspección santa, que merecerá el corazón puro. Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios (Mat. V).

Se turbaron las naciones. De vicios y crímenes. Y se inclinaron los reinos. Las potestades de los demonios, bajo el poder de Cristo. Dieron su voz. En las predicaciones. Se movió la tierra. Se asombraron las naciones en su incredulidad: esto es, la gentilidad de la infidelidad a la fe de Cristo.

El Señor de las virtudes está con nosotros. Por la asunción de la carne, se hizo partícipe por nosotros. Por eso también Emmanuel, esto es, Dios con nosotros. El Señor de las virtudes, de los ángeles y de los hombres. Nuestro protector es el Dios de Jacob. Él mismo el Señor de las virtudes, que venció al diablo. Él mismo nuestro protector, para que nos conserve eternamente. Ayudador, Dios de Jacob. Por Jacob, la supplantación de los vicios.

Venid y ved las obras del Señor. Cristo llama a su Iglesia a la fe, o a la credulidad. Ved, es decir, comprended: las obras del Señor, las virtudes del Señor. O bien, las obras del Señor: porque, según Daniel, la piedra cortada del monte sin manos, al destruir los reinos del mundo, ocupó la extensión de toda la tierra (Dan. II). Él ha puesto prodigios sobre la tierra. Muchos signos, ya sea antes de su venida corporal o después de ella, mostró entre los pueblos. Quitando las guerras hasta los confines de la tierra. Muchas historias narran que todas las guerras cesaron con la venida del Señor. Pero también ahora en su Iglesia diariamente refrena las guerras, para que no se ensañen, ya sean herejes o judíos. O bien, quitando, eliminando, las guerras: esto es, la lucha, porque siempre hay lucha de vicios y pecados. Hasta los confines de la tierra, hasta el fin de los siglos. El Señor nos quita esta lucha: pues por nosotros mismos no podemos.

Romperá el arco. Las insidias ocultas de los malvados. Y quebrará las armas. Las luchas presentes. Y quemará los escudos con fuego. Las insanas fantasías de la protección diabólica,

que todo lo consume con ese fuego espiritual: del cual dice: He venido a traer fuego a la tierra: esto es, a la Iglesia (Luc. XII).

Dejad y ved que yo soy el Señor. Yo hice, y no soportaré: yo creé, y yo sostendré: os redimiré y perdonaré vuestros pecados, dice el Señor (Isai. XLVI). Dejad, pues, para que me conozcáis, y no os turbéis en otra cosa. Seré exaltado entre las naciones. Las que se han convertido a la credulidad. Seré exaltado en la tierra. Si de la gente de los judíos se han vuelto a mí: a quienes es manifiesto que no saborean lo terrenal.

El Señor de los ejércitos está con nosotros: nuestro defensor es Dios, Jacob. Siempre habita dignamente con los creyentes: como se dignó prometer a los apóstoles después de la resurrección, diciendo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. ult.).

SALMO XLVI.

Al final, para los hijos de Coré, Salmo. Hijos de Coré, hijos de calvo. Es la voz del que se burla. Esto lo dice de aquellos cuarenta y dos niños que se burlaron de Eliseo, y dijeron: Sube, calvo; sube, calvo, y él los maldijo en el nombre del Señor (IV Reg. II). Y salieron dos osos, y los devoraron. Eliseo tiene la figura de Cristo, aquellos niños la figura de los judíos, que dijeron: Salve, rey de los judíos. De donde Pablo dice: No os hagáis niños en el entendimiento, sino sed niños en la malicia (I Cor. XIV). Vino el médico a sanar a los enfermos, pero los enfermos mataron al médico. Los osos propiamente se entienden como demonios, porque devoraron sus corazones. El salmo contiene la voz apostólica, advirtiendo que nos regocijemos solo en aquel por cuya sangre hemos sido liberados.

Pueblos todos, aplaudid con las manos. El Espíritu Santo por el profeta llama a la fe a todos los pueblos a venir. Pueblos todos: es decir, todo el mundo junto, aplaudid con las manos. Aplaudir, alabar. Pues el aplauso se dice alabanza. Regocijaos en las buenas obras. Aclamad a Dios con voz de júbilo. Confesad al Señor con voz sublime en el mismo corazón, y con todo el oficio de los miembros regocijaos. Lo dice por la magnitud de la alegría. La voz de júbilo es: lo que ni con palabras, ni con letras, ni con sílabas puede el hombre comprender, cuánto debe alabar a Dios.

Porque Dios es excelso y terrible. Aquel que antes era irritado por los judíos, habiendo obtenido a los gentiles, ascendiendo a los cielos, se hizo terrible, residiendo a la derecha del Padre. Y gran rey sobre toda la tierra. No solo sobre la gente de los judíos, sino sobre todas las naciones de la tierra. O bien, sobre toda la tierra, es decir, sobre toda la Iglesia, porque la Iglesia se llama tierra: Cristo sobre ella, porque se le dio poder en la tierra y en el cielo. O de lo que ahora dicen los apóstoles:

Sometió a los pueblos a nosotros y a las naciones bajo nuestros pies. Eligió para nosotros su herencia. Las naciones y pueblos sometidos a Cristo dicen: cuya malicia pisoteada, los hicieron dignos de la herencia de Cristo. O bien, la herencia de Cristo es la santa Iglesia. De donde dijo en otro lugar: El Señor es la parte de mi herencia (Sal. XV). Y nosotros suyos, y él nuestro: según aquello: Mi porción es el Señor (Sal. CXVIII). La belleza de Jacob que amó. De la hermosura de Jacob eligió a los apóstoles, que descendiendo de su estirpe, dicen esto. Pero que lo ama, escucha al profeta: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí (Malach. I).

Dios subió con júbilo. Pues su ascensión fue clara, en la cual la multitud de ángeles con gran júbilo decía: Alzad, príncipes, vuestras puertas (Sal. XXIII): ya regresa victorioso de las

batallas. Y el Señor con voz de trompeta. En la cual dos ángeles como trompeta, al ascender él, clamaron a los apóstoles: Este Jesús, que ha sido recibido de vosotros, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Act. I). O bien, después de la victoria, con la que venció al diablo, así ascendió. De donde dice en otro salmo: Alzad, príncipes, vuestras puertas, y elevaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria (Sal. XXIII). O como leemos en los Hechos de los apóstoles, cuando ascendió del monte de los Olivos; Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que ha sido tomado de vosotros al cielo: así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Act. I).

Cantad a nuestro Dios, cantad, cantad a nuestro rey, cantad. Quien, habiendo oprimido el dominio de la muerte, elevó al cielo la carne con la que yació en el sepulcro.

Porque Dios es el rey de toda la tierra. Porque ya no solo en Judea y Jerusalén es conocido, sino en toda la tierra declarado por la luz de la fe. Cantad sabiamente. Para que lo que cantáis por la letra, lo entendáis espiritualmente dicho.

El Señor reinará sobre todas las naciones. Las que recibió en herencia del Padre. De donde también en otro salmo dice; Te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra (Sal. II). O bien, el Señor es excelso sobre todas las naciones y sobre los cielos su gloria (Sal. CXII). Dios se sienta sobre su trono santo. A la derecha del Padre. O bien, los ángeles por su inocencia se llaman tronos, porque no pecaron. De ahí dijo: El cielo es mi trono (Isai. LXVI). Dios se sienta sobre su trono santo: esto es, en la Iglesia. De donde se ha dicho: El alma del justo es el trono de la sabiduría (Sap. VII).

Príncipes de los pueblos. Apóstoles. Se han reunido. Para juzgar. O bien, príncipes de los pueblos: es decir, los ancianos de los cristianos; cuya figura tenía el centurión; o ahora aquellos que tienen la misma fe que tuvo Abraham. De donde se ha dicho: Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Matt. II). Con el Dios de Abraham. El Dios de Abraham es el Dios verdadero, que es el Dios de los vivos, con quien los justos harán juicio. Así también el Señor en el Evangelio dice; Cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su majestad; os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. Porque los dioses fuertes de la tierra, han sido grandemente elevados. Los dioses, son los santos; como dice el profeta; Yo dije: Sois dioses y todos hijos del Altísimo (Sal. XXI): Han sido grandemente elevados. Han sido elevados, por la fe y la predicación. O aquellos que han sido elevados en soberbia, y dejando las cosas celestiales, han codiciado las terrenales; a quienes se les dice: Como hombres moriréis: estos serán juzgados por el Dios de Abraham, o sus apóstoles. Nosotros, en verdad, oremos al Señor, para que, dejando toda hinchazón de soberbia, así nos unamos a él en este siglo; para que en el juicio, separados de la parte izquierda, no se encuentre en nosotros lo que condene en pena; sino lo que con piedad múltiple nos lleve a la corona.

SALMO XLVII.

Salmo de cántico para los hijos de Coré, segundo del sábado. Por el salmo, se entiende obra o predicación. Por el cántico, ciencia y alabanza. Hijos de Coré, santos apóstoles, o mártires. El primer sábado, hizo la luz; el segundo sábado, hizo el firmamento. Luz, ángeles; firmamento, hombres. Tiene algo de eso en el Nuevo Testamento. El primer sábado, resucitó la luz Cristo. De donde dice en el Evangelio: Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Joan. I). El segundo sábado, se afirmó la Iglesia en la fe, cuando el Señor dijo: Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Matth. XVI). Todo el salmo se detiene en el pueblo santo, todo en los misterios eclesiásticos.

Grande es el Señor y digno de alabanza en gran manera. Voz de la Iglesia. Se dice grande, no por comparación, sino por la magnitud de su gloria. Como si se preguntara, ¿dónde es grande, dónde es digno de alabanza? Responde: En la ciudad de nuestro Dios. Alma santa, cuyos ciudadanos y domésticos, se entienden como buenos actos. En su monte santo. En el cuerpo asumido del Señor.

Fundada con la alegría de toda la tierra. La tierra que antes estaba sujeta a pecados y maldiciones, con su ascensión la ocupó, y en ella dilató la alegría y el júbilo de su credulidad. O bien, fue fundada, y es la Iglesia, en todo el mundo en la fe. Monte Sion, los lados del norte, ciudad del gran Rey: A este monte, es decir, al Señor Cristo, se acercaron dos pueblos de Sion: uno de los lados del norte, que es de la incircuncisión, otro de la circuncisión. Cristo, por tanto, el Señor, que es nuestra paz, quitó la pared de enemistad de en medio, e hizo de ambos uno: y colocó en su Iglesia, que es la ciudad del gran Rey, a estos pueblos por la fe. O bien, monte Sion: esto es, la santa Iglesia. Del lado del norte: porque de los malos está congregada. De donde se ha dicho: Del norte surgirán los males que están sobre la tierra. Aquí el aquilón es el diablo, a quien se le dice: Ven, aquilón, sopla mi jardín (Cant. IV): esto es, la Iglesia con tentaciones. De donde el Apóstol dice: Es necesario que haya herejías, para que los que son probados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI). O bien, ciudad del gran Rey: esto es, la santa Iglesia.

Dios en sus casas será conocido cuando la reciba. La recibió por gracia. Se conoce en sus grados, es decir, en los apóstoles, o en los demás predicadores: por quienes la fe de la Iglesia ha sido anunciada. Por gracia somos salvados por la fe: y esto no de nosotros. Es don de Dios, para que nadie se gloríe de sí mismo. O bien, en las casas, es decir: en la santa Iglesia. Cuando la reciba, en la fe; porque antes estaba entre los malos.

Porque he aquí que los reyes de la tierra se han reunido. Los príncipes del siglo, cuyo reino estaba en el culto de los ídolos y demonios. De los lados del norte, es decir, acercándose del diablo. O bien, se han reunido, y se han congregado en uno, es decir, en la unidad de la Iglesia. Se han congregado en uno. La piedra angular suprema fundada en el fundamento.

Ellos viendo así se maravillaron. La gloria y el poder del Redentor. O bien, se maravillaron de las virtudes de los Apóstoles, y se conmovieron de la infidelidad a la fe. Se turbaron y se conmovieron, el temblor los tomó. De la conciencia de los delitos: porque se ha dicho: Por tu temor concebimos y dimos a luz el espíritu de salvación (Isa. XXVI).

Allí dolores como de parturienta: en espíritu vehemente. Cuando comiencen a ejercitar los cuerpos por la abstinencia: en espíritu fortísimo, es decir, santo. Rompiendo las naves de Tarsis. Humillando la soberbia de las naciones: porque Tarsis, en su principio, se hizo soberbia y preeminente por la navegación de los comerciantes. Por eso aquí se comparan a esta navegación, los que en los mares de este siglo son llevados por todo viento de lujuria y vanidad. Ellos ahora creyendo en ella dicen:

Como hemos oído. Por los profetas. Así hemos visto en la ciudad del Señor de las virtudes, en la ciudad de nuestro Dios: Dios la ha fundado para siempre. Hemos visto en el Evangelio, que es la ciudad de las virtudes. Hemos visto en la Iglesia, que es la ciudad de Dios en aquel gran reino fundada.

Hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu templo. En tu Iglesia hemos recibido el Espíritu Santo, como también aquellos antes sobre quienes en los Hechos de los apóstoles fue derramado.

Según tu nombre, Dios, así también tu alabanza hasta los confines de la tierra. Cuando, recibido el Espíritu Santo, hablaron en las lenguas de todas las naciones. Pero también en la amplitud del pueblo fiel siempre permanece tu alabanza. Llena de justicia está tu diestra. En aquellos que en el juicio serán colocados en la parte derecha.

Alégrese el monte Sion. La Iglesia en Cristo. Y exulten las hijas de Judá. Las almas de los confesores: porque Judá, significa confesión. Por tus juicios, Señor. Porque los guardaron para hacer penitencia. O bien, tus juicios, los juicios de Dios ocultos: porque fueron reprobados los judíos, y elegidas las naciones en la fe.

Rodead Sion. Es decir, defended la Iglesia en vuestra credulidad. Y abrazadla. En caridad. Narrad en sus torres. La alabanza y gloria de Cristo. Narrad, esto es, predicad. Las torres, estos son los príncipes de tu Iglesia: porque la torre es fuerte, y desde todas partes observa. Así también los santos y fuertes, y deben ser observadores en la gente humana.

Poned vuestros corazones en su virtud. No os separéis de la caridad que enseñó. Poned, esto es, comprended. En su virtud, en su caridad: porque no solo deben enseñar, sino también lo que predican, deben cumplirlo con obras. Y distribuid sus casas. Oh vosotros, Doctores de las Iglesias, distribuid los grados de las ordenaciones, canónicamente y santamente; no corrompidos por premios; no engañados por la aceptación de personas con adulación. Para que lo contéis a la generación venidera. No solo a los que creen, sino también a los que creerán. Pero, ¿qué, dices, contaremos?

Porque este es nuestro Dios por los siglos de los siglos, y él nos regirá por los siglos. Dios, porque por él hemos sido hechos. Rey, porque por él somos gobernados. Él dirigió nuestros pasos resbaladizos y tortuosos hacia él, que es el camino de la paz, y la paz de nuestra salvación.

SALMO XLVIII.

Al final, para los hijos de Coré, Salmo. Hijos de Coré, son los santos apóstoles o mártires. Este salmo el Espíritu Santo por el profeta lo cantó en persona de los predicadores. O bien, por eso este salmo, ya que enseña a despreciar las riquezas del mundo con vanos honores: también a evitar las astucias de la serpiente, y exhorta instántemente a todo el orbe a escuchar la palabra de Dios diciendo:

Escuchad esto, todos los pueblos: percibid con los oídos, los que habitáis el orbe. Comprended sabiamente en los oídos espirituales, que el Señor eligió para escuchar. En el Evangelio, sin embargo, busca del corazón, de donde se escucha a Dios. Los que habitáis el orbe, es decir, vuestros cuerpos.

Todos los terrígenas y los hijos de los hombres; juntos ricos y pobres. Se entiende que llama a todos los habitantes de la tierra a escuchar la palabra de Dios: para que a ningún hombre se le oculten los divinos, ya sean juicios o mandamientos. O bien, juntos, ricos y pobres: esto es, siervos y libres. O bien, pobres: de donde dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos (Matth. V).

Mi boca hablará sabiduría. Hablará aquella sabiduría que está oculta a los sabios de este mundo, y revelada a los pequeños, esto es, para que los pequeños de la Iglesia conozcan que Cristo es la sabiduría del Padre; de quien todos los profetas hablan. O bien, mi boca hablará sabiduría: es decir, a Cristo a quien predica la Iglesia. Y la meditación de mi corazón prudencia. Siempre meditaba en el corazón, para que dejando los hombres la vanidad necia, siguieran la prudencia de Cristo.

Inclinaré mi oído a la parábola. Porque el profeta sabe que el Señor Cristo vendrá al mundo, que hablará en similitud: por eso se prepara para escuchar, es decir, espiritualmente para entender. O bien inclinaré el oído del corazón a la humildad. En la parábola, es decir, en la similitud entenderé. Abriré en el salterio mi proposición. Esto propongo, que lo que aquel decálogo predijo, si se guarda, se otorgan los reinos celestiales. O lo que propuse en el corazón, lo predicaré en el discurso y entenderé.

¿Por qué temeré en el día malo? En el día del juicio. La iniquidad de mi talón me rodeará. Porque en el talón quienquiera que peque, resbala. Pero también la iniquidad del talón, se toma como el pecado original de Adán: como se dijo a la mujer: Pondré enemistades entre ti y la serpiente, y tu descendencia, y la descendencia de ella (Génesis V). Tú observarás, es decir, aplastarás su cabeza, y él tu talón.

Los que confían en su fuerza, y se glorían en la multitud de sus riquezas. Estos resbalan en el talón: porque no caminan por aquel que es el camino, la verdad y la vida, o bien, los que confían en su fuerza: y los que se glorían en la abundancia de sus riquezas.

El hermano no redimió, redimirá el hombre. Si Cristo no redimió, quien se dijo hermano de los apóstoles, y resucitando se hizo primogénito de los resucitados: no redimirá Adán, porque el primer hombre muerto no resucitó. Pues nuestro hermano Cristo es Dios y hombre, quien nos redimió. O lo que no redimió Moisés, lo redimió Cristo. No dará a Dios su propiciación. Quien no hace penitencia, por la cual Dios es aplacado.

Y el precio de la redención de su alma. No hizo limosna por la cual se borran los pecados. Trabajó para siempre. Puesto en tormentos perpetuos. Y vivirá al final. Porque no es destruido, sino siempre renovado para el castigo.

No verá la destrucción. No entiende que le amenaza la muerte. Cuando veas a los sabios morir. Si ve a un hombre sabio en Dios migrar de este mundo, dice: ¿De qué le sirvieron los ayunos? ¿De qué la castidad? ¿De qué las limosnas? ¿No está también él muerto? Algo así decían también los judíos insultando a nuestro Redentor: ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham que murió, y los profetas que murieron (Joan. VIII)? Juntos el insensato y el necio perecerán, y dejarán sus riquezas a otros. Insensato es, quien desprecia tener conocimiento de Dios: de quien el Apóstol dice: Todo ignorante será ignorado. El necio, en verdad, es quien confía en las riquezas y no en Dios. Ambos, por tanto, pierden las riquezas: porque allí acumulan, donde los ladrones excavan y roban (I Cor. XIV).

Sus sepulcros son sus casas para siempre. Sus tabernáculos de generación en generación. Esta será su morada perpetua: porque no resucitarán, para tener vida eterna: sino para ser condenados en el castigo.

Llamaron sus nombres, en sus tierras. Pues a menudo los paganos, celebrando banquetes sobre las tumbas de los difuntos y bebiendo en nombre de aquellos que han muerto, cantan vanidades con cierto ritmo: pero nada aprovecha a los condenados en el infierno. El hombre,

cuando estaba en honor, no entendió. Que fue formado a imagen de Dios. Se comparó a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos. Dejando la forma celestial, se hizo a semejanza de los animales insensatos.

Este es el camino de ellos, un escándalo para sí mismos. Porque los lleva del juicio al castigo: Y después se complacerán en su boca. Pero la confesión no aprovecha en el infierno.

Como ovejas, están puestos en el infierno: la muerte los pastoreará. Con razón son pastoreados por la muerte, quienes no quisieron tener a Cristo como pastor.

Y los justos dominarán sobre ellos por la mañana. En la resurrección. Y su ayuda se envejecerá en el infierno. Tuvieron riquezas, pero cuando descendieron al infierno, se desvanecieron. De su gloria. Porque no buscaron la gloria de Cristo, quien ahora habla de sí mismo.

Pero Dios redimirá mi alma de la mano del infierno cuando me reciba. El hombre Dios no consideró como robo ser igual a Dios: sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo. Aceptando incluso la muerte, resucitado por el poder del Padre, restauró al hombre que había caído.

No temas cuando un hombre se enriquezca, y cuando se multiplique la gloria de su casa, etc. Judas se hizo rico traicionando al Maestro: pero nada del precio que tomó llevó consigo cuando murió. Así, ahora cada uno, oprimiendo al pobre, se enriquece y se multiplica. No temas; pronto pasa, y nada de lo que ha robado lleva consigo: como dice el Señor en los Evangelios: Necio, esta noche te pedirán tu alma, y lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XIII).

Porque su alma será bendecida en su vida. Es bendecido por los necios por su poder: pero la abundancia de comida y bebida no emiten juicio sobre el que vive bien, sino sobre el que se alimenta bien. Pero esto no los excusa del castigo. Te dará gracias cuando le hagas bien. Entonces da gracias, cuando obtiene alguna ganancia.

Y entrará hasta la generación de sus padres: en la eternidad no verá la luz. Confió más en las riquezas que en Dios, como sus padres: por eso se dice de él: Echadlo a las tinieblas exteriores, allí será el llanto y el crujir de dientes (Mat. XVI).

El hombre, cuando estaba en honor, no entendió: se comparó a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos. No reconoció que todo esto le fue atribuido por Dios: por eso su insensatez se compara a los animales insensibles. Pero nosotros roguemos al Señor, para que él nos conceda entendimiento, para que mientras rechazamos lo que se ve, merezcamos alcanzar lo que no se ve.

SALMO XLIX.

Salmo de Asaf. Asaf se interpreta como congregación. El salmo distingue a los justos de los impíos, a los celestiales de los terrenales, proclama a los santos de los pecadores. En el cual no se pronuncia el profeta, sino el mismo Señor, diciendo:

Dios de dioses, el Señor ha hablado. Dios en la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios: Dios de dioses: porque quiso llamar dioses a los creyentes. Pues les dio poder de ser hechos hijos de Dios: a los que creen en su nombre (Juan I). Pero es Señor: porque domina sobre todos los dominantes. Y ciertamente él, que antes hablaba en los patriarcas y

profetas, ahora habla. Y ¿qué, preguntas, dice? Y llamó a la tierra. No a una parte, sino escucha lo que añadió:

Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso. No dejó nada que no hiciera digno de su llamado. De Sion, la belleza de su esplendor. Que es la fe y la credulidad que comienza en Sion. De donde el Señor en los Evangelios: Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones: comenzando desde Jerusalén, que es Sion (Luc. XXIV).

Dios vendrá manifiestamente. No oculto. O, Dios vendrá manifiestamente: esto es, en el día del juicio, porque todo hombre lo verá: como dice en el Apocalipsis: Y lo verá todo ojo (Apoc. I). Nuestro Dios no callará. Porque vendrá a juzgar: según aquello: Callé, ¿acaso callaré siempre? (Isai. XLII). Ahora calla, sin embargo, aunque calla en juicio, no calla en mandato. En su primer advenimiento calló, porque apareció humilde.

Fuego arderá delante de él. Aquí se entiende que el fuego tiene doble virtud. Pues ilumina y quema. Alégrense los justos: porque son iluminados por él. Tieman los pecadores, que serán quemados por él. Y alrededor de él habrá una fuerte tempestad. Que azota y corrige a los pecadores, y separa el trigo de la paja. Y a quienes el fuego quema, la tempestad envuelve. Y en otro lugar dice: Limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero: pero quemará la paja con fuego inextinguible (Luc. V).

Y llamó al cielo desde arriba. A los apóstoles o a los demás santos, que despreciando las cosas terrenales, piensan en las de arriba. Y a la tierra para discernir a su pueblo. Discierne también a los terrenales, para que cuando los celestiales sean puestos a la derecha, estos sean colocados a la izquierda. O discernirá a su pueblo, en el juicio futuro cuando dirá: Id, malditos, al fuego eterno. Y a los santos: Id a la vida eterna (Matt. XXV).

Congregad a él sus santos. ¡Oh, cuán maravillosamente estas cosas concuerdan con el santo Evangelio! Pues el Señor, después de la dispensación del fin, escucha lo que dice: Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles con trompeta y gran poder, y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo del cielo (Matt. XXIV). Y aquí dice: Congregad a él todos sus santos. Entiendan, pues, por esto, que es uno el dispensador del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Que ordenan su testamento sobre sacrificios. En cuyas misericordias Dios se deleita sobre todos los sacrificios. O que ordenan, predican y cumplen el Nuevo Testamento sobre el antiguo, porque las cosas viejas pasan, y he aquí, todas son hechas nuevas (II Cor. V).

Y anunciarán los cielos su justicia. Los evangelistas, o la ley de Moisés. Porque Dios es juez. Que hace separar a los buenos de los malos. O cielos, santos: anunciarán, predicarán: como aquello, Los cielos cuentan la gloria de Dios (Sal. XVIII). Su justicia, sus mandamientos. Porque Dios es juez: porque él es juez de vivos y muertos. Y es nuestro abogado, y es juez, y es nuestro Dios.

Escucha, pueblo mío: y hablaré contigo, Israel. Voz de Dios Padre, habla al pueblo judío. Escucha, pueblo mío. Requiere el oído del corazón: de donde dice el profeta: Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios (Sal. LXXXIV). Y en otro lugar: Escucha, Israel: El Señor tu Dios, es un solo Dios (Deut. VI). O recibe oídos para escuchar, para que entiendas, Israel. Y testificaré contra ti. Si lo ves con mente espiritual. O testificaré contra ti, es decir, por los patriarcas y profetas, como dijo: Yo soy el que soy (Éxod. V). Porque Dios, tu Dios, soy yo.

Soy Dios, por omnipotencia; pero soy tu Dios, por gracia: no ídolos mudos y sordos, que hasta ahora has venerado. O yo soy, quien siempre soy el mismo.

No te reprenderé por tus sacrificios. Porque me deleito en el corazón contrito. Pero tus holocaustos están siempre ante mí. Si diriges hacia mí el olor de la oración recta, como incienso de suavidad.

No tomaré de tu casa becerros: ni de tus rebaños machos cabríos. Pues he despreciado estas cosas: porque la sangre del verdadero cordero ha sido derramada por los pecados de mi pueblo. O, no tomaré de tu casa becerros: es decir, a los incontinentes y soberbios. Ni de tus rebaños machos cabríos: Machos cabríos, que son fétidos en pecado.

Porque mías son todas las bestias del bosque, los animales en los montes y los bueyes. Hombres irracionales y vagando por diversos montes: que deben ser salvados por el llamado del Hijo de Dios.

Conozco todas las aves del cielo. Ya sean herejes, o ricos de este mundo, que se exaltan por la soberbia mundana y el conocimiento irracional. Y la belleza del campo está conmigo. Porque donde quiera que desee, la abundancia de todas las cosas, o se difunde, o se niega. O la belleza del campo está conmigo: la virtud de la santa Iglesia. Las aves del cielo que me ofreces, tórtolas y palomas, yo te las di, y todas las cosas antes de que existan, viven ante Dios: y en qué lugar estén, y en qué tiempo hayan venido, y en peso, y en medida todas las cosas están ante Dios: como dice en el Evangelio: Pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (Luc. XII). O, aves del cielo, santos ángeles.

Si tuviera hambre, no te lo diría. Tener hambre de Dios no es en alimentos corruptibles, sino que alguien haga su voluntad: como él mismo dice en el Evangelio: Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV). Por tanto, Cristo calla su hambre: porque espera a los pecadores al arrepentimiento. Pues mío es el orbe de la tierra, y su plenitud. Todo el mundo. O, el orbe de la tierra, la santa Iglesia. Como si dijera, que es redimida por su sangre.

¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos? Aquí declara que los sacrificios antiguos deben ser abolidos: por eso requiere sacrificio en buenas costumbres: diciendo.

Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga tus votos al Altísimo. Este es el sacrificio aceptable: este es el holocausto graso: para que Dios sea alabado por el hombre que creó, que redimió: a quien también promete el reino celestial. O la voz del profeta amonesta a los santos, a inmolar espiritualmente, y a pagar los votos, como dice: En mí están, Dios, tus votos: que pagaré alabanzas a ti.

Invócame en el día de tu tribulación, etc. Somos tentados, para ser probados: perseveremos en la fe, invoquemos en la tribulación: magnifiquemos a él cuando seamos liberados de los peligros.

Pero al pecador dijo Dios: ¿por qué tú narras mis justicias, y tomas mi testamento en tu boca? Escuchen esto los doctores o los obispos de las Iglesias: que cortan los pecados de los pueblos predicando. De donde dice el santo Pablo: Son manifiestos los que no sostuvieron el precepto de Cristo (I Tim. V), es decir, no cumplen en obra lo que predican. De donde el Señor dijo a los apóstoles: Lo que os digan, haced: pero según sus obras no hagáis (Matt. XXIII).

Tú, en cambio, odiaste la disciplina, y echaste mis palabras detrás de ti. Lo que predicabas en la Iglesia, no lo guardabas en la vida.

Si veías a un ladrón, corrías con él, y con los adúlteros ponías tu porción. Corriste con el ladrón, te hiciste partícipe del adúltero, cuando a ellos, ya sea en alabanzas aduladoras, o en placeres consentidos, te uniste. Lo que dijo antes, ponías tu porción, es decir, la porción que debías tener con Dios y los ángeles, la pones en el infierno.

Tu boca abundó en maldad, y tu lengua tramaba engaños. Mientras él actuaba mal: tú neciamente y engañosamente alababas el bien. O, tu lengua tramaba engaño, es decir, Judas contra Cristo. Su boca abundó en maldad, cuando hizo consejo con los judíos, para crucificarlo.

Sentado, hablabas contra tu hermano, y contra el hijo de tu madre ponías escándalo. Se dice hijo a Cristo: porque de la sinagoga salió. O Judas se llama hermano del Señor, como dice el profeta: Contaré tu nombre a mis hermanos (Sal. XXI). O de otra manera: Hermanos, los santos más fuertes: hijos, los más simples. De donde dijo el santo Pablo: Nosotros que somos fuertes, debemos soportar a los hermanos más débiles (Rom. XV). Sentado, hablabas contra tu hermano: que te ha renacido en el bautismo. Y contra el hijo de tu madre ponías escándalo: que la Iglesia de Dios te ha presentado a Cristo por la fe. Hiciste estas cosas, y callé. Porque las reservé para ser examinadas en el juicio futuro. Y callé: porque no vengué de inmediato, sino que esperé.

Pensaste, inicuamente, que sería como tú. Mientras no vengo en el presente: pensaste que me agradaban, como a ti te agradan tus males y los de otros. Te reprenderé. Cuando estés colocado en el lado izquierdo del asiento, en el juicio futuro. Y pondré esas cosas ante tu rostro. Para que, confundido por ellas, seas condenado a muerte perpetua, esto es, por esos mandamientos que no guardaste: o tus pecados, y los de otros, que dejaste tras de ti, como aquello: Porque si no anuncias al impío su iniquidad, requeriré su sangre de tu mano (Ezequiel III). Ojalá pusiéramos en este siglo nuestros pecados ante nosotros: y no Dios los pusiera en el juicio ante nuestro rostro: donde ya no hay castigo, sino juicio de muerte.

Entiendan ahora esto, los que olvidan a Dios. La voz del profeta amonesta a cada uno, para que no ponga al Señor en el olvido, ni sus mandamientos (Job II). No sea que arrebate, y no haya quien libre. No sea que arrebate, a la muerte o al día del juicio: de donde dijo: Y no hay quien pueda librar de tu mano. O arrebata él: esto es, precipita en la muerte a los que lo olvidan, y nadie puede librar:

El sacrificio de alabanza me honrará. Porque de todo bien que hacen los santos, Dios es honrado. De donde dijo Pablo: Todo lo que hagáis en palabra o en obra: hacedlo todo para la gloria de Dios (I Cor. X), y en el Evangelio: Para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Matt. V). Por esto me honra aquel ante los ángeles: porque yo lo honré ante los hombres en sacrificios de alabanza; y cumplió lo que está dicho en los Evangelios: El que me confiese ante los hombres, yo lo confesaré ante mi Padre y sus ángeles (Luc. XII). Y allí está el camino. El camino de Cristo es a través de las obras de los Santos. En el cual le mostraré la salvación de Dios. La salvación de Dios Padre, es el Hijo. En este sacrificio indica el camino, que conduce a la vida, es decir, a Cristo. Quien nos conceda, para que separados de la paja, llenos del fruto de la santificación, le ofrezcamos sacrificio de alabanza, para que iluminados por él, merezcamos entender el camino de nuestra salvación. Amén.

SALMO L.

Para el final, Salmo de David, cuando vino a él el profeta Natán: cuando entró a Betsabé. Este salmo cincuenta contiene la voz de una persona penitente: mostrando que quien haya caído en crimen, confesando sus males, vuelva a la salvación.

Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia. Confieso mi inmensa miseria: por eso pido gran misericordia. Porque quien se considera miserable por sus pecados: con él hace Dios gran misericordia. Porque menor misericordia es aquí en el presente, esto es, porque el hombre cuando no existía, Dios lo creó de la nada para que existiera, y lo rige, y lo gobierna. Mayor misericordia se dice: cuando a ese hombre que creó, en el futuro lo recompensa. Y según la multitud de tus misericordias, etc. Recurro a tus misericordias, para que infundas el bálsamo del perdón en las graves heridas del pecado. Misericordias, dice: porque son muchos mis pecados, y muchas tus misericordias (Sal. LXVIII). De donde dice el profeta en otro lugar: Tus misericordias son muchas, Señor.

Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado. Pido que me laves en la fuente de misericordia: porque no quieres reservar para siempre las heridas del pecado: Como si dijera: Tú puedes perdonarme más de lo que yo entiendo pedir.

Porque reconozco mi iniquidad. Pues la pongo ante mi rostro. Si pronuncias en tu confesión tus pecados, Dios te perdonará. Y mi pecado está siempre ante mí. Porque mis pecados me separan de las riquezas de tu bondad. Porque no lo entrego al olvido, lo pongo siempre ante mis ojos. Porque si tú lo pones ante ti: Dios no lo pone ante él.

A ti solo he pecado, y he hecho el mal ante ti. Pues cada uno peca contra ti cuando peca: porque tú solo eres sin pecado: dice el Apóstol: Dios es veraz, pero todo hombre es mentiroso (Rom. III). O dice David: Yo he pecado, y tú solo eres sin pecado, como dice Isaías: Quien no hizo pecado; ni se halló engaño en su boca (Isa. LIII). O aquello: ¿Quién me acusará de pecado? (Juan VIII). Y también dice: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada (Juan XIV). Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. Porque tú juzgas juicio recto. Por nosotros transgresores y pecadores él fue juzgado y condenado. De donde se dijo: El justo fue juzgado por los inicuos. Pero él en el juicio futuro será quien juzgue y condene a otros. Fuiste justificado, Señor Jesús, en tus palabras: cuando llevado a la muerte por los pecados del pueblo, no se halló engaño en tu boca. Venciste siendo juzgado: cuando en ti el príncipe de las tinieblas no encontró nada digno de muerte. Es costumbre del profeta hablar de lo hecho como si fuera por hacer.

He aquí que en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre. Este versículo expone la caída de todo el género humano, como en Job: Ni aunque sea de un solo día sobre la tierra, puede estar limpio de la mancha del pecado (Job XV y XXV). Se concibe y nace en el pecado original, que se arrastra desde Adán, pero se purifica por el bautismo por la gracia de Cristo. O, para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. Este lugar lo explica más detalladamente Pablo en la Epístola a los Romanos: que Dios, aunque puede discernirnos con la autoridad de juez, no lo hace, sino que quiere ser juzgado con nosotros, para que más bien aparezca la justicia del juez (Rom. III). En pecados me concibió mi madre. Lugar oscuro y que debe ser considerado más profundamente.

Ecce enim veritatem dilexisti. Cuando por el profeta increpaste al siervo pecador, amaste la verdad. La verdad es Cristo: porque el Padre ama a su Hijo, o ama la confesión del pecador.

Me manifestaste los secretos y ocultos de tu sabiduría. Esto es lo que en otro lugar dice: Revela mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley (Salmo CXVIII). Será incierto y oculto para mí, si perdonas tal crimen. Pero es manifiesto: cuando te dignaste perdonar al delincuente. Porque es de tu sabiduría, que primero increpes, así perdones. Pues también a los ninivitas les era oculta la sabiduría de tu piedad, cuando decían: ¿Quién sabe si Dios se volverá de su furor, y no pereceremos? (Jon. III). O Dios, por el profeta Natán, manifestó lo incierto y oculto: es decir, narró a David, cuando dijo: tu pecado ha sido perdonado, como los ninivitas se convirtieron del mal al bien, por la predicación de Jonás.

Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio. Pues así como el hisopo terrenal es apto para curar los pulmones, para evitar la hinchazón: así quien es rociado con el hisopo celestial: es decir, con la humildad del corazón, se purga de toda malicia de soberbia. Me lavarás, y seré más blanco que la nieve. Para que mis pecados, que son como el carmesí, sean blanqueados como la nieve. Tú, digo, Señor, eres poderoso para transformar el pecado negro en blancura lechosa: y convertir el ébano fuliginoso en el brillo del cristal. O, me lavarás: esto es, por la penitencia y el bautismo. Y seré más blanco que la nieve, como dijo Isaías: Si vuestros pecados fueran como el carmesí, serán blanqueados como la nieve (Isaías I).

A mi oído darás gozo y alegría. Cuando, yaciendo en la debilidad del pecado, merezca oír: Hombre, tus pecados te son perdonados. O dice al oído: cuando dijo: Natán, tu pecado ha sido perdonado, Y se regocijarán los huesos humillados. Es decir, las virtudes que antes habían sido humilladas por los pecados. O la eternidad de mi esperanza, que, al pecar, había sido humillada: al perdonarme, salta de alegría.

Aparta tu rostro de mis pecados. No los mires de tal manera que vuelvan a tu memoria. Aparta tu rostro. Como si dijera; no los veas, ni los recuerdes. Y borra todas mis iniquidades. Pasadas, presentes y futuras.

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro. Para que te vea. Así como rogaba David: así también cada uno debe hacerlo. Crea en mí, oh Dios, un corazón puro. Por eso rogaba, para ser limpio del pecado. Y renueva un espíritu recto dentro de mí. Para que te confiese rectamente. O, espíritu recto, para ver y discernir: como antes fue recto en mí.

No me eches de tu presencia. Como a Caín, para que no me convierta en un exiliado de ti. De tu presencia: es decir, de tu presencia. Y no quites de mí tu santo espíritu: Sino que, consumidos los delitos, me establezcas ante tu vista. No quites de mí tu santo espíritu: es decir, el espíritu de profecía.

Devuélveme la alegría de tu salvación. Aquella exultación de tu Cristo que tuve en él antes de pecar. La salvación de Dios Padre, es Cristo. Como si dijera: como antes preveía por el espíritu, que Cristo vendría en la carne: y ahora así lo haré. Y confírmame con tu espíritu principal. Para que él esté en mí: y no los vicios. Tú, que lees la Sagrada Escritura: entiende aquí la santa Trinidad. O, confírmame, en el reino. Espíritu recto: esto es, renovando el Espíritu Santo: esto es, el espíritu de profecía. Espíritu principal, el Padre. Espíritu recto, el Hijo: Espíritu Santo, Espíritu Santo.

Enseñaré a los inicuos tus caminos: y los impíos se convertirán a ti. Para que, apartándose de los caminos perversos, haciendo penitencia, alcancen misericordia, como yo también he alcanzado misericordia de ti. Enseñaré a los inicuos tus caminos: y los impíos se convertirán a ti: esto es, me pondré a mí mismo, para que otros imiten mi ejemplo.

Líbrame de las sangres, oh Dios. De muchos pecados: de los cuales también Pablo dice: porque la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (I Cor. XV). Dios de mi salvación. Por quien, después del pecado, soy vivificado. Porque ningún otro puede hacer esto. Y mi lengua exultará en tus justicias. Por las cuales, castigado en mí el pecado, me has mostrado misericordia. O mi lengua proclamará tus mandamientos.

Señor, abrirás mis labios: y mi boca anunciará tu alabanza. Si abres mi boca como en otro tiempo la de Moisés: yo proclamaré que eres santo, que eres piadoso, que eres misericordioso. O estaban cerrados por el pecado: ni el lugar, ni el tiempo, ni la persona, ni el ejemplo podían dar: porque no es hermosa la alabanza en la boca del pecador.

Porque si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría, no te deleitarás en holocaustos. Oigan los judíos que sus sacrificios han cesado: entiendan también por otro profeta a Dios hablando: Mi alma aborrece vuestros sábados, holocaustos y novilunios (Isaías I). ¿Qué ofrecerás tú, hombre? Escucha lo que añadió:

Sacrificio a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia. Con razón entre las demás bienaventuranzas evangélicas, esta bienaventuranza contiene el principado. Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V). Que no se inflan en las vanidades del siglo: sino que reciben de Dios el aliento de vida: y vierten la contrición del corazón ansioso en aquel que por nosotros se hizo humilde. O muchos tienen el corazón contrito, pero no lo tienen humillado: porque lamentan lo que hicieron: y después desean volver a lo mismo que hicieron antes: y no quieren arrepentirse del pasado.

Haz bien, Señor. Esto es, haz agradable nuestra esperanza. En tu buena voluntad, Sion. En la que te contemplamos. Y sean edificados los muros de Jerusalén. Las fortificaciones de fe y caridad que, puestos en la Iglesia, hemos colocado en ti.

Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos. Cuando te ofreces por nosotros al Padre: o de nosotros recibes alabanzas y acciones de gracias. O, muros de Jerusalén, virtudes del alma, o de la Iglesia. Entonces aceptarás el sacrificio: es decir, la confesión de la boca del pecador. Ofrenda: esto es, alabanza, y holocaustos. Entonces pondrán sobre tu altar becerros. Altar, fe: porque todo lo que ofreces, debes ofrecerlo por fe: Becerro, alabanzas, o pensamientos, o víctimas, es decir, para ofrecerme a mí mismo como sacrificio vivo, santo, agradable a ti. También nosotros, tus siervos, suplicamos, Señor Jesucristo, que con el consejo de tu piedad, a nuestros grandes crímenes, concedas inmensa misericordia: y que por la contrición del corazón humillado, matando los vicios, degollando los delitos, prepares para ti un holocausto digno y aceptable. Amén.

SALMO LI.

Al final, entendimiento de David, cuando vino a él Doeg el edomita, y anunció a Saúl, y dijo: David ha venido a la casa de Ahimelec. En el libro de los Reyes, y en el mismo Salterio hebreo, está escrito Abimelec: pero como las letras beth y caph entre los hebreos se distinguen por un pequeño trazo, por eso el error se deslizó más fácilmente. Abimelec se interpreta como, reino de mi padre. David se interpreta como, fuerte de mano. Vino a la casa de Abimelec: y Cristo vino al reino de los judíos. Por Saúl se entiende la muerte: por David la vida. ¿Qué es lo que la muerte persigue a la vida: sino que desde el principio del mundo siempre la muerte persigue nuestra vida? Porque los que aman estas cosas presentes: persiguen a la santa Iglesia: es decir, a aquellos que aman las cosas celestiales. El salmo

contiene la voz del profeta reprochando los pecados del pueblo judío: pues a él le habla, diciendo:

¿Por qué te glorías en la maldad? ¿Por qué, oponiéndote a los consejos divinos, matas a los profetas? Que eres poderoso en la iniquidad. Pues creciendo con la ayuda de Dios, matas a sus profetas: esto has añadido al cúmulo de maldad, que entregaste al mismo Señor a la muerte. O, ¿por qué te glorías en la maldad? esto es Adán, y el diablo: porque lo que Dios edificó, ellos lo destruyeron en sí mismos: la imagen de Dios y de los ángeles. Que eres poderoso en la iniquidad. No en la bondad, sino en la iniquidad.

Todo el día. Todo el tiempo de tu vida en el que esta maldad se propagó hasta el derramamiento de la sangre del Señor. La injusticia pensó tu lengua. La sabiduría se concibe en el corazón y se expresa con la boca. Pues en la boca de los necios, está su corazón. Como si dijera: No trató en su corazón, lo que vomitó de su boca: por eso atribuyó esto al pensamiento de la lengua. O aquí la lengua se pone por el corazón: según aquello: Dijiste en tu corazón, subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, en el monte del testamento, en los lados del norte: subiré sobre la altura de las nubes: seré semejante al Altísimo (Isaías XLI). Como navaja afilada, hiciste engaño. El engaño es cuando se hace una cosa, y se simula otra. Y si la navaja pretende dar brillo al rostro, y hiere las mejillas con su herida, hará engaño. Porque cuando dice afilada, indicó que era astuta en el engaño. Así también los judíos al Señor, a quien debían adorar, no solo no lo adoraron: sino que, intentando superarlo con diversos engaños, lo mataron. O de otra manera: Navaja, se entienden los perseguidores: porque la navaja corta el cabello: pero por el cabello se entiende la superfluidad de las riquezas. Como navaja afilada, hiciste engaño. Hace engaño aquel que en el negocio engaña a su hermano. De donde Pablo dice: Que nadie engañe, ni defraude en el negocio a su hermano: porque de todas estas cosas el Señor es vengador (I Tes. IV).

Amaste la maldad más que la bondad: la iniquidad más que hablar la equidad. Amó aquel pueblo la maldad, cuando mató a aquel que por su propia bondad había venido a liberarlos. Pero también ahora los mismos judíos dicen falsedades sobre aquel en quien no creyeron.

Amaste todas las palabras de precipitación, lengua engañosa. Pues hablando iniquidad en lo alto, ellos mismos se precipitan en el lazo de la condenación. Palabras de precipitación, dice: porque se precipitaron a sí mismos: como el diablo del cielo, como también Adán del paraíso. En lengua engañosa: porque tuvieron una cosa en el discurso, otra en el corazón.

Por eso Dios te destruirá para siempre: y te arrancará, y te hará emigrar de tu tabernáculo: y tu raíz de la tierra de los vivientes. Todas estas cosas se cumplieron en el pueblo judío: porque fue destruido de la letra de la ley, y arrancado de la ciudad: y emigró del tabernáculo de Dios. Pero también de estos se entienden estas cosas, que no creen en el tabernáculo del cuerpo del Señor: porque serán exterminados de la compañía de su claridad, y del habitáculo de la sede bienaventurada, o de la tierra de los vivientes que los santos heredarán. O, Dios te destruirá para siempre: esto es, la memoria del diablo. Como en otro lugar: Para que no vuelva a engrandecerse el hombre sobre la tierra (Salmo XLIX). De donde el santo apóstol Pablo dijo: Al final de los siglos la muerte enemiga será destruida (I Cor. XV): es decir, el diablo. Te arrancará y te hará emigrar de tu tabernáculo, y tu raíz de la tierra de los vivientes. Así como la muerte fue dada en Adán: así domina a todos sus hijos. De donde se dijo: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III). El diablo y Adán se arrancaron a sí mismos: y cada uno hace así cuando peca.

Verán los justos, y temerán. Para que no deseen tales cosas. Y se reirán de él. De la venganza de su calamidad. Verán, esto es, entenderán el castigo de ellos: y temerán, como dice el santo Pablo: Mira que no seas también tentado (Gál. VI). O, temerán: es decir, no conocerán su fin. De donde se dice: El hombre no conoce su fin (Ecles. IX). Aún, Y se reirán de él. Hay dos tiempos: Tiempo de llorar, y tiempo de reír. Aquí tienen los santos tiempo de llorar, y en el futuro tiempo de reír. Y dirán: he aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador: sino que confió en la multitud de sus riquezas: y prevaleció en su vanidad. Por eso sobre él descendió esta venganza. O de aquel rico dice, que en el infierno era atormentado, porque recibió bienes en su vida (Lucas XVI): y de aquel otro a quien se le dice: Necio, esta noche te pedirán tu alma: ¿y lo que has preparado de quién será? (Lucas XI). Así es el que se acumula tesoros para sí, y no es rico para con Dios. ¿Acaso es malo tener riquezas, siempre que se tengan justamente: y se den gracias a Dios, quien las dio? No, pero es malo poner la esperanza en las riquezas: cuando en otro salmo dice: Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas (Salmo LXI). Es lícito tener riquezas para la necesidad, y no es lícito poseerlas por amor. Pues también Abraham, y los demás buenos tuvieron riquezas: pero no pusieron su esperanza en las riquezas.

Pero yo como un olivo fructífero en la casa. El profeta se compara a un olivo fructífero por la abundancia de sabiduría: para que, colocado en la Iglesia de Dios, viviendo en la alegoría de la ley, produzca frutos evangélicos. Porque uno es el Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Olivo fructífero, es la santa Iglesia: como aquello: Sus despensas están llenas, rebosantes (Salmo CXLIII). Aquí en buen sentido. También olivo no fructífero: como dice el profeta: El Señor llamó tu nombre, de la voz de una gran palabra ardió fuego en ella: y se quemaron sus matorrales (Jer. XI). Y aquello: Olivo fértil, hermoso, fructífero, hermoso (Ibid.); pero te convertiste en acebuche. También en buen sentido dice: Pero tú, siendo acebuche, fuiste injertado en el buen olivo (Rom. XI): es decir, en la fe de los patriarcas. He confiado en la misericordia de Dios por siempre, y por los siglos de los siglos. Porque no es facultad de la fragilidad humana, que alguien se salve por sí mismo, sino por la misericordia de Dios.

Te confesaré por siempre porque lo has hecho. Rogando que en este siglo, que creaste con tu palabra, merezca la confesión, y que lo conceda con su acostumbrada clemencia. Y esperaré tu nombre: porque es bueno en la presencia de tus santos. Aquel nombre bendito antes de todos los siglos, que da a los santos la recompensa debida. Que el profeta sediento pide: para que en su presencia reciba la suerte de la bienaventuranza eterna. Que se digne concedernos, para que libres de todo engaño, purificados de toda iniquidad, confesando al Hijo de Dios igual al Padre y al Espíritu Santo, merezcamos ser plantados como olivo fructífero en la Jerusalén celestial.

SALMO LII.

Al final, por Amalec, entendimiento de David. Amalec se interpreta como, doliente, o parturiente: se entiende el cuerpo de Cristo. Y el Señor dolió por nuestros pecados: porque fue verdadero cuerpo, y dio a luz hijos. Y la Iglesia, cuerpo de Cristo, duele por sus pecados, y los de otros, y dio a luz hijos por la palabra de la predicación: como aquello: Por el Evangelio yo os engendré (I Cor. IV). Y también: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV). Este salmo contiene la voz del profeta increpando a los pecadores e impíos. Dijo el insensato en su corazón: no hay Dios. Dijo el insensato, el pueblo judío, o el diablo, no hay Dios. Como si dijera, no es Cristo el Hijo de Dios.

Se corrompieron. De la ley de la buena naturaleza. Se hicieron abominables. Esto es, se hicieron odiosos. En sus iniquidades. Esto es, en sus deseos. Los necios, aunque no se atrevieron a negar a Dios con la boca, en su corazón dicen que no existe: en lo cual se hacen horribles y abominables a Dios. No hay quien haga el bien: no hay ni uno solo. No de todos, sino solo de todos aquellos que niegan a Dios, dice el profeta: porque a veces hablan bien: pero nunca hacen.

El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda, o que busque a Dios. Es decir, para encontrar a quienes elegir: como en otro tiempo lo hizo en los profetas y patriarcas: y encontrado como propio, lo hiciera su siervo. Mirar y ver, es de quien ignora y busca. ¿Acaso Dios ignora algo? No, sino que los cielos son santos: como dice el profeta: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo XVIII). Y en otro lugar según el Apóstol: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III): porque el Espíritu Santo hace que los santos amen y adoren a Dios, y el mismo Espíritu Santo es Dios. Dios mira por sus santos, porque él predica, y habla por ellos, como dice el Señor: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo X).

Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles. Estos insensatos, porque no buscaban a Dios: todos se desviaron, en pasiones: juntos se hicieron inútiles. Se dice inútil, quien no obra algo bueno: de donde dice en el Evangelio: Quitadle el talento, y echad al siervo inútil en las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo XXV). Son inútiles para sí mismos, quienes no quieren cumplir los mandamientos de Dios. No hay quien haga el bien: no hay ni uno solo. Ninguno de estos cumple la voluntad del Padre celestial.

¿No conocerán todos los que obran iniquidad: que devoran a mi pueblo como pan? No invocaron a Dios. Pues saben que obran impíamente, y no solo no se enmiendan, sino que también devoran al pueblo de Dios con los dientes de su malicia: y desprecian invocar a Dios. Allí temblaron de miedo, donde no había miedo. Temieron a los ídolos y simulacros muertos: quienes debieron temer a Dios.

Porque Dios dispersó sus huesos, de aquellos que agradan a los hombres. Pues Dios quebrantará la esperanza de su eternidad, de aquellos que en su deshonra se agradaron más a sí mismos que a él. Los que se agradan a sí mismos fueron confundidos, es decir, quienes agradan a los hombres, y no a Dios. Fueron confundidos, porque Dios los despreció. Con razón es despreciado por Dios quien ha dejado a Dios: y quien lo deja, dignamente como desconocido por él es confundido, diciendo el Apóstol: Todo ignorante será ignorado (II Cor. XIV).

¿Quién dará desde Sion la salvación a Israel? De Sion, como dice el profeta, saldrá la Ley, y la palabra del Señor desde Jerusalén (Isaías II). ¿Quién dará? Dios Padre dio a su Hijo en Sion: esto es, en la santa Iglesia. La salvación de Israel. Nuestro Salvador es Cristo. ¿Quién dará sino el Señor en su venida, por quien contemplamos la gloria de la eternidad? Cuando el Señor haya vuelto la cautividad de su pueblo. Él mismo, al apartar la cautividad de los vicios, nos ha levantado en la libertad de las virtudes. De esta cautividad dice: Ya han sido redimidos del pecado de Adán; pero aún estamos detenidos en cautividad, porque no hay libertad completa, ya que mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. Y también dice: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (II Cor. II). La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII). Pero en el día del juicio, cuando la muerte enemiga sea destruida, entonces será la verdadera redención. Se regocijará Jacob, y se alegrará Israel. Ambos nombres escucha el pueblo cristiano: que es Jacob, mientras suplantan

al pueblo judío y reciben su bendición, e Israel, mientras contemplan a Dios con los ojos de la fe. Por lo tanto, también nosotros suplicamos a Dios que, apartándonos de la locuacidad superflua, con su instrucción, entendamos que todo consiste en su dominio, quien se digna, al quitar la cautividad de los vicios, levantarnos en la libertad de las virtudes.

SALMO LIII.

Al final, en los cánticos de entendimiento de David, cuando vinieron los zifeos y dijeron a Saúl: David está escondido entre nosotros en la cueva de Zif. Zif es una aldea, y de allí se llaman zifeos. Los zifeos se interpretan como florecientes, es decir, pecadores, que parecen florecientes y verdes en la vida presente, como dice el profeta: Toda carne es hierba, y toda su gloria, como la flor del campo (Isaías XL), porque lo que está seco, se reserva para el fuego. Estos son destinados al castigo: los santos al reino. Así como la hierba hoy parece verde, hasta que llega el calor: así los pecadores, porque parecen florecer, en el día del juicio se marchitarán, y los santos que aquí parecen secos y marchitos, entonces serán florecientes y verdes. Por eso se dice: El justo florecerá como la palma (Salmo XCI). David estaba escondido en la parte inferior de la tierra: y el Señor en el vientre de la santa María, y en una nación de judíos, y la divinidad en la carne de Cristo. Este salmo se reconoce que contiene la oración del hombre del Señor, tomando la forma de siervo, acercándose a la pasión en forma de siervo.

Dios, sálvame en tu nombre. Esto lo pide al Padre, para mostrar la debilidad de la carne. En tu nombre: esto es, en ese nombre de humildad que es salvación. Y en tu poder júzgame. Quiere ser juzgado, para que ese nombre honorable de majestad ascienda en la divinidad. Fue humildad cuando vino del cielo al vientre, del vientre al pesebre, y soportó muchas cosas, es decir, bofetadas, escupitajos y demás. Fue poder cuando resucitó y ascendió a los cielos al cuadragésimo día, y al quincuagésimo día vino el Espíritu Santo sobre los apóstoles, y predicaron la doctrina del Evangelio en todo el mundo. Por eso se dice: Y le dio un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra: y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. II). Y porque murió por un tiempo por la debilidad de la carne, vive por el poder de Dios. Y también dice el Apóstol: No he querido saber entre vosotros sino a Cristo Jesús, y a este crucificado (II Cor. II). O, júzgame. La voz de la Iglesia pide discernimiento.

Dios, escucha mi oración. Y esto lo pide, para merecer ser escuchado por Dios. Porque él solo sabía orar constantemente, sin ignorar, como hombre, lo que debía pedir: según aquello del Apóstol: Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene (Rom. VIII). Escucha las palabras de mi boca. Voz de la Iglesia. Se llaman oídos del Señor, cuando se digna escuchar.

Porque se levantaron contra mí extraños. Esto es, los judíos, que siendo peculiares de Dios, se hicieron extraños a él por la transgresión: no por conocimiento, sino por vida y obras. Por eso dice: Los hijos extraños me mintieron (Salmo XVII). Y si son hijos, ¿cómo son extraños? Eran de una tribu: pero eran extraños, porque querían quitar la vida de aquel que había venido a vivificarlos. Y los fuertes buscaron mi alma. Herodes y los príncipes de los sacerdotes teniendo fortaleza mundana. Y el Señor dice: No tendrías ningún poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba (Juan XIX). Así también los herejes perseguidores sobre la santa Iglesia. No pusieron a Dios delante de su vista. No entendieron que bajo la persona corporal se ocultaba la divinidad. El diapsalma interpuesto cambia la oración: para mostrar que aquel que antes oraba como hombre: obtuvo el efecto de la oración. Por eso añadió:

He aquí, Dios me ayuda. Porque el Señor descendió a la muerte. Y el Señor es el sustentador de mi alma. Pronto lo devolverá. O Dios Padre recibió a su Hijo, y Cristo a su Iglesia en la fe.

Aparta el mal de mis enemigos, y en tu verdad destrúyelos. Los que no me entendieron por su malicia, sean dispersados en tu verdad: como ahora vemos que ha sucedido. Porque han sido dispersados en las regiones. Dice verdad: porque es verdadero, es decir, dará a cada uno según sus obras. Destrúyelos, en el día del juicio y en tu justa venganza: esto es, al diablo y sus miembros.

Voluntariamente te sacrificaré. Bien voluntariamente: porque por su propia voluntad él mismo sacerdote y víctima por los delitos del pueblo se ofreció al Padre, para que este sacrificio diera vida al mundo. Voluntariamente te sacrificaré. Voz de la Iglesia. Voluntariamente dice, es decir, no por necesidad o coacción, sino voluntariamente, según aquello: Apacentando el rebaño no por fuerza, sino voluntariamente (I Pedro V). Y confesaré tu nombre, porque es bueno. Confesé en el mundo: porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la tuya porque es buena (Juan VI). Confesaré: esto es, alabaré tu nombre: esto es bueno.

Porque de toda tribulación me has librado: y sobre mis enemigos ha mirado mi ojo. Porque derramó una oración pura al principio del salmo: por eso como Dios previendo todo, proclama que ha sido librado de las tribulaciones y que sus enemigos han sido despreciados por la mirada paterna: para que entiendas que él reina con poder, porque después de la resurrección victorioso regresó a las estrellas. A quien nosotros suplicamos, para que con su ayuda salvados de los enemigos, librados de las tribulaciones mundanas, sigamos con mente y obra a nuestro Señor Jesucristo, nuestra cabeza, a quien contemplamos en los cielos.

SALMO LIV.

Al final, en los cánticos de entendimiento de David. Al final, en Cristo: como aquello: Porque el fin de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree (Rom. X). Al final, siempre se entiende de Cristo. Por eso también los santos apóstoles dijeron: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV). No puedes cumplir la ley, si no es cumplida por él. Toda la Escritura santa es sobre él. En los cánticos, es decir, en las alabanzas: Así como hay cánticos del mundo, así también hay cánticos de la Iglesia: donde se canta la alabanza de Dios: y es consuelo de los santos: porque se dice: Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre: iguales a los ángeles (Mat. XIX). El salmo contiene la voz del Mediador, que siendo Dios, tomó la forma de siervo por nuestra libertad.

Escucha, Dios, mi oración, y no desprecies mi súplica: atiéndeme, y escúchame. Esta triple súplica se muestra por esto: que la primera la emite el hombre Dios permaneciendo en estado servil, desde la conciencia de santidad. La segunda, porque se sabe justo, pide que no se desprecie su obediencia. La tercera, por la debilidad de la carne, ruega que se le atienda. Por esta razón entiende, oh hombre: porque si no suplicas con conciencia pura, de ninguna manera serás escuchado por Dios.

Estoy afligido en mi ejercicio. Que he asumido por la vida del mundo: porque siempre el ejercicio se lleva a cabo para cosas útiles y necesarias. Estoy turbado por la voz del enemigo. Que me llamaban samaritano y que tenía demonio, siendo Dios antes de los siglos, me increpaban. O voz de la Iglesia. La Iglesia tiene dos enemigos. Uno abiertamente, y otro ocultamente. Uno debe amar, y al otro odiar. Amar al prójimo, como aquello: Amad a vuestros enemigos: haced bien a los que os odian (Luc. VI): Y al otro despreciar y odiar: es

decir, al diablo que viene ocultamente por sugerencias y deleites. Y por la tribulación del pecador. Que siempre me tendía insidias de tribulación. Por esto Dios tribula a los pecadores; o para que se enmienden, o para que por ellos corrija a los buenos.

Porque se han vuelto contra mí iniquidades. El pueblo ciertamente se inclina a la iniquidad, que profiere mentira sobre el prójimo. O los judíos sobre el Señor, como dijeron: En Beelzebú príncipe de los demonios echa fuera demonios (Mat. XII): Y en ira me molestaban. Persiguiéndome en su envidia. Y en ira me molestaban. Molesto, es decir, cruel. En ira, festuca, viga, odio. La ira turba; la viga ciega: como aquello: Mi ojo está turbado por la ira (Salmo VI).

Mi corazón está turbado. Según el hombre, pero fortalecido por la virtud divina. Pues también el ángel, dice el Evangelista, acercándose lo fortalecía (Luc. XXII). Y el temor de la muerte cayó sobre mí. Temor del alma, y temblor del cuerpo. Temor y temblor vinieron sobre mí. Pues él mismo dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mar. XXVI). Me cubrieron las tinieblas. Las tinieblas se llaman los hombres malos, que persiguen a la Iglesia, y que la cubren en odio, porque quien odia a su hermano, está en tinieblas. Y me cubrieron las tinieblas: pero porque era luz, no me comprendieron.

Y dije: ¿quién me dará alas como de paloma? y volaré, y descansaré. No de otro la suma elevación de evadir la muerte, sino de mí mismo. Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla: para que de las tinieblas vuelva a las cosas celestiales. En la paloma se designa la naturaleza espiritual, como se mostró en el bautismo. La paloma es un animal simple sin hiel, y ajeno a la malicia de la hiel: porque significa el beso de caridad del alma: porque la Iglesia tiene dos alas, esto es, dos preceptos de caridad: a saber, el amor de Dios y del prójimo.

He aquí que me he alejado huyendo. De los judíos. Porque lejos está de los pecadores la salvación. Y permanecí en soledad. Con las naciones incrédulas, que con mi venida hice florecer. De las cuales otro profeta dice: Alégrese y florezca el desierto (Isaías XXXV). He aquí que me he alejado huyendo, y permanecí en soledad. La paloma huye de la conversación humana, y los santos huyen de la compañía de los hombres, no corporalmente, sino espiritualmente, esto es, en la conciencia, porque piensan, cómo deben defenderse contra las sugerencias del diablo o de los herejes.

Esperaba a aquel que me salvó de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad. Espera en el cuerpo puesto, no solo la salvación del padre, para ser librado de diversas tempestades: sino también, para recibir venganza de los enemigos. Sigue:

Precipita, Señor, y divide sus lenguas. En el agua alguien a menudo es precipitado. Por lo tanto, que estos sean sumergidos como en el diluvio, y sean dispersados con lenguas divididas, como sucedió en la construcción de la torre. Pero ¿por qué deben suceder estas cosas, añadió: Porque he visto iniquidad, y contradicción en la ciudad. Iniquidad, cuando no creyeron. Contradicción, cuando reprochan, contradiciendo: ¿No es este el hijo de José el carpintero? (Mar. VI). Y muchas otras cosas.

Día y noche. Es decir, en todo tiempo. Día, cuando enseñaba a las multitudes, y ellos no creyeron. Noche, cuando sufría, y ellos blasfemaban. Por lo tanto, de tal manera fue rodeada y llena su ciudad, es decir, Jerusalén, que sobre los muros rebosaba su iniquidad.

Y no faltó de sus plazas la usura y el engaño. Porque todas las cosas que están prohibidas en la ley, crecieron para aumentar la acumulación del pecado. En la ley se prohíbe tomar usura (Deut. XXIII). La usura es tomar más de lo que se da. Por eso dice el profeta: No he prestado, ni me ha prestado nadie (Jerem. XV). Y, Si quieres que te sea perdonado, perdona (Mat. VI).

Porque si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado ciertamente, y si el que me odia hubiera hablado grandes cosas contra mí: me habría escondido tal vez de él. No solo aquí el Señor se queja de la pasión, sino también del discípulo traidor. Pues leemos en los Evangelios, que se escondió de los judíos (Juan VIII). Pero de Judas no se escondió: sino que también lo admitió en el santo banquete, como sigue:

Tú, en cambio, hombre unánime. Que estabas unido a los otros apóstoles. Mi guía. Enviado a predicar con los demás. Y mi conocido. Porque me conocías por el misterio de la ley que había de venir. Mi guía y mi conocido. Voz de Cristo sobre Judas. Unánime dice: porque parecía a los demás como bueno. Guía dice, porque entregó a Cristo, fue guía de muerte. Conocido, cuando los envió de dos en dos ante su rostro en la predicación (Luc. X).

Que juntos conmigo tomabas dulces alimentos. Con los mandamientos de vida y la voluntad del padre a menudo fuiste alimentado. Porque el alimento dulce es hacer la voluntad del Padre, como aquello: El que moja conmigo la mano en el plato, levantará contra mí su talón (Mat. XXVI). O alimento dulce, es decir, el cuerpo y la sangre de Cristo: que él mismo recibió indigno. En la casa de Dios caminamos con consenso. Pues a menudo con el mismo Señor en el templo de Salomón con consenso de predicación fue.

Venga la muerte sobre ellos, y desciendan al infierno vivos. Para mostrar mayor dolor de su corazón según el hombre: por eso como en maldición predijo lo que les iba a suceder. Venga la muerte sobre ellos, y desciendan al infierno vivos. Esto sucedió con Datán, y Coré, y Abirón, y vino fuego al mismo tiempo y murieron, y la tierra los absorbió vivos (Num. XVI).

Porque la maldad está en sus moradas en medio de ellos. Porque tanto en obra como en pensamiento, están llenos de maldad.

Pero yo clamé al Señor, y el Señor me salvará. Tarde, mañana y mediodía. Tarde cuando sufrió la pasión, mañana cuando resucitó: mediodía, cuando con toda claridad de su virtud cumplida, ascendió a los cielos, se sienta a la derecha del Padre.

Narraré y anunciaré, y escuchará mi voz. Redimirá en paz mi alma, de los que se acercan a mí. Narra ciertamente: que el Padre lo escuchó rápidamente: que lo libró de las tribulaciones de la muerte: que en paz libró su alma de los enemigos, que se le acercaron para darle muerte. O, narraré, como menores, y anunciaré, como mayores. Me libró en paz mi alma. En paz, esto es, en sí mismo, como dijo Pablo: Él es nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efe. I). De los que se acercan a mí. Se acercan corporalmente, no en vida ni en mérito. Porque entre muchos estaban conmigo. Entre muchos, pero no en pocos. En muchos, es decir, en el bautismo, y en la fe no fingida. No están en pocos, esto es, en fe firme, y esperanza, y caridad. Entre muchos, creyentes, estaban conmigo, y no creían.

Dios escuchará. A mí bendiciendo, no a ellos maldiciendo. Dios escuchará: a sus santos. Y los humillará. Esto es, a los soberbios. Que es antes de los siglos. El Padre ciertamente, a quien no conocieron que permanecía en mí: porque es antes de los siglos, y permanece para siempre. Aquel que tomó inicio de María, antes de los siglos fue engendrado.

Porque no hay para ellos cambio. De malo a bueno: no se cambian, no se transfieren según el Evangelio de muerte a vida. Y no temieron a Dios. Por eso la causa desciende a la venganza, como sigue: Extendió su mano en retribuir. Porque cuando les fue extendida para ayuda: no la recibieron. No temieron a Dios: por eso no se apartaron de malo a bueno: porque no conocieron. Y extendió su mano, en retribuirles. Extendió su mano, como dice el profeta: Todo el día extendí mis manos a un pueblo incrédulo y contradictor (Isaías LXV): por eso porque no cree en mis obras y mi poder. En retribuirles, esto es, en venganza en el día del juicio: especialmente cuando dije a Abraham: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén. XXV), esto es, en Cristo, y en otro lugar: Y te daré las naciones por herencia, y tu posesión hasta los confines de la tierra (Salmo II). Cristo adquirió su herencia por el Nuevo Testamento.

Contaminaron su testamento. Porque no entendieron al Señor Jesús prometido por la proclamación de los hombres santos. Y se dividieron por la ira de su rostro. De la providencia espiritual, se dividió su contemplación: por eso su parte está puesta con los infieles. Después de su reproche se refiere el discurso a Judas diciendo: Y se acercó su corazón, para que lleno por el diablo entregara a Cristo. Contaminaron su testamento, y se dividieron por la ira de su rostro, es decir, los herejes, que quisieron contaminar el testamento de Dios, serán divididos en el día del juicio cuando reciban la sentencia de condenación: Id, malditos, al fuego eterno (Mat. XXV). Y se acercó su corazón. Su voluntad: porque lo que entienden de las Escrituras, lo vuelven al mal, porque de la fe de la Trinidad, no creen correctamente. Por eso se dice: Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI).

Se han suavizado sus palabras más que el aceite, y sin embargo son dardos. Cuando dice, se han suavizado: habla de muchos, aunque antes había hablado de uno. Por lo tanto, entiende que se refiere al diablo y a Judas, quien hizo sus palabras más suaves que el aceite, cuando dijo: Salve, Maestro, y lo besó (Mateo XVI). Rechazando tal aceite, para que en las tribulaciones pidamos la ayuda de Dios, Él mismo nos enseñó con su ejemplo diciendo: Echa sobre el Señor tu carga, y Él te sustentará. Para que, educado por Él, resistas fuerte a los enemigos. No permitirás que el justo vacile para siempre. Si eres justo, no permitirá que te fatiguen las olas de los inicuos. Quien vacila, está en el mar. Por el mar, se entiende este mundo: en el cual los santos vacilan.

Tú, Dios, los llevarás al pozo de la destrucción. Para que quienes no quisieron beber de la fuente de agua viva: sean sumergidos en el pozo de la destrucción. En el pozo de la destrucción: esto es, en el infierno, justa venganza sobre ellos.

Hombres de sangre y engañosos. Que son derramadores de la sangre de nuestro Redentor. No llegarán a la mitad de sus días: No solo no completaron los días de la eternidad, sino que ni siquiera merecieron llegar a la mitad de su tiempo. Pues en un corto espacio de tiempo, en la venganza del Señor, fueron masacrados por los enemigos.

Pero yo confiaré en ti, Señor. Para que mis días se encuentren llenos. Y nosotros suplicamos, para que, escuchados por ti, Señor: no ungidos con el aceite del pecado, alimentados por ti, liberados por ti de las olas de este siglo, merezcamos obtener la longitud de los días por nuestras buenas acciones. Amén.

SALMO LV.

Al final, por el pueblo, que se ha alejado de los santos: David en la inscripción del título, cuando lo retuvieron los extranjeros en Gat. En hebreo dice así: Por la paloma muda de las lejanías de David, humilde y perfecto, cuando lo retuvieron los filisteos en Gat. La paloma muda, y David humilde y perfecto, Cristo se muestra en la pasión.

Ten piedad de mí, Dios, porque me ha pisoteado el hombre: todo el día combatiendo me ha afligido. En el hombre y en el combatiente, muestra la incursión del diablo o de las demás maldades espirituales: por cuyo instinto el Señor sufrió. En el día, muestra la edad corporal. Ten piedad de mí, Señor. Como si dijera: Haz misericordia en mí. Porque me ha pisoteado el hombre, es decir, Cristo fue pisoteado por los judíos en la pasión, y la Iglesia por los perseguidores. Se dice un hombre por muchos, y muchos por uno. Uno: esto es, por la unidad de la maldad. Hay dos ciudades en el mundo: Babilonia y Jerusalén. Por Babilonia se entienden los malos, que persiguen a los santos: así también Jerusalén, es decir, el alma elegida, no cesa de orar por los enemigos. Todo el día combatiendo me ha afligido. Todo el día, todo el tiempo de la lucha.

Me han pisoteado mis enemigos. Los judíos, ciertamente. Todo el día. Desde el tiempo de la carne asumida. Desde la altura del día temeré. Tiene dos sentidos aquí. Uno, como si dijera la Iglesia al rogar: No temeré la altura de los soberbios. Otro afirmando: Temeré la altura: esto es, la altura de la divinidad: porque quien no teme, actúa presuntuosamente. Porque muchos combaten contra mí. Desde la altura del día temerán: porque no han puesto su esperanza en Dios, sino en cosas transitorias.

Pero yo confiaré en ti: en Dios alabaré mis palabras. Porque confío en su ayuda y protección, como dijo el Señor: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió, el Padre (Juan VII). ¡Cuánto más nosotros, que todo lo hemos recibido de Él, y lo hemos recibido a Él: debemos siempre alabarlo!

En Dios confiaré, no temeré lo que me haga el hombre. Fortalecido en Él, no temeré las guerras que el adversario me mueve, porque se ha dicho: Si matan el cuerpo: pero no pueden matar el alma (Mateo X).

Todo el día maldecían mis palabras contra mí. Cuando decían, no es este profeta, sino que engaña a la multitud (Juan VII). Todos sus planes son para mal. Porque se volvieron para mal: cuando la divina venganza los golpeó después de los crímenes de la pasión del Señor. Todos sus planes son para mal: los judíos contra Cristo, y los pecadores contra los santos.

Habitarán. Unánimes. Y esconderán. Los lazos de su maldad. Ellos observarán mi talón. Para que puedan suplantarme, como quisieron: ya sea en la moneda del censo (Lucas XX): o en la mujer sorprendida (Juan VIII). Ellos observarán mi talón. Los judíos el fin de Cristo, y los pecadores el fin de la Iglesia: porque siete veces al día cae el justo, y se levanta (Proverbios XXIV). O, observarán mi talón: como se dijo de aquella mujer, y la serpiente (Génesis III). Por la cabeza, el inicio de la mala sugestión, y por el talón, el fin de la vida. O los herejes en cualquier discurso, buscan observar el fin.

Como esperaron mi alma. Para acusarlo capturado en palabras ante los príncipes. Por nada los salvarás. Porque se salvan por nada, cuando no se cambian para gloria, sino que se transfieren a castigos. Por nada los salvarás: porque Cristo no hizo por lo que sufrió, sino que los judíos buscaron matarlo. En ira quebrantarás a los pueblos. Porque tropezaron en la piedra de tropiezo y roca de escándalo. Después de esta venganza, el profeta, regocijándose, prevé el futuro y canta.

Dios, mi vida te he anunciado. Porque tú eres mi vida, y de todo el pueblo, que vendrá a la redención del mundo. Cada uno debe anunciar por confesión: como hizo Pablo: cuando decía: Que antes fui blasfemo, y perseguidor, y contumaz, pero alcancé misericordia: porque lo hice ignorante en incredulidad (I Tim. I). Y también decía: Vivo, pero ya no yo: sino que Cristo vive en mí (Gálatas II). Has puesto mis lágrimas ante ti, como en tu promesa. Entonces se volverán mis enemigos hacia atrás. Tus promesas eran, que las lágrimas antiguas, con los enemigos convertidos detrás, las transformarías en alegrías nuevas: y me recompensarías con tu gloria junto con los demás santos. Has puesto mis lágrimas ante ti: esto es, has escuchado y visto. Como en tu promesa. Dios prometió cosas buenas a sus santos: pero aún dice: Confiesa primero tus iniquidades, para que seas justificado. Entonces se volverán mis enemigos hacia atrás. Deseando dice la Iglesia, que quienes corren hacia el infierno, se conviertan a Dios (Isaías XLIII, según los LXX).

En cualquier día que te invoque: he aquí que he conocido que tú eres mi Dios. Porque en toda necesidad tú, Dios, asistes: mostrando misericordia a los tuyos. En cualquier día que te invoque, es decir, ya sea en prosperidad o en adversidad: Y he conocido que tú eres mi Dios. Voz de la Iglesia. Algunos conocen, por la criatura del cielo y la tierra: como dice San Pablo: Por las cosas que han sido hechas se conciben entendidas (Romanos I). Y otros por Dios, que inspira en sus almas: como dijo a Tomás: pon aquí tu dedo, y mete tu mano en mi costado, y conoce los lugares de los clavos, y no seas incrédulo, sino fiel (Juan XX). Y él mismo recordando dice: Mi Señor y mi Dios.

En Dios alabaré la Palabra, y en el Señor alabaré el discurso: en Dios confiaré, no temeré lo que me haga el hombre. Alaba de nuevo el profeta aquella Palabra, o discurso, que estaba en el principio con el Padre: porque confiando en Él, no teme las amenazas del adversario, diciendo:

En mí están, Dios, tus votos: que devolveré alabanzas a ti. Estos son los votos del profeta, para celebrar la alabanza del Señor: como dice en otro lugar: Ofrece a Dios sacrificio de alabanza (Salmo XL). Y por qué hace esto, añade:

Porque has librado mi alma de la muerte. Segunda, ciertamente. Mis ojos de las lágrimas. Para que ya no sea necesario llorar los pecados, como aquello: Dios enjugará toda lágrima de sus ojos en el día del juicio (Apocalipsis VII): porque se ha dicho: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V). Mis pies del tropiezo. Para que no vuelvan a caer en pecados. Mis pies, esto es, los sentidos, del tropiezo, porque entonces no habrá mala sugestión, ni tribulación. Para que agrade a Dios en la luz de los vivientes. La luz de los vivientes es Cristo, según aquello: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII). Y también: era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Ibid. I). Como en el Apocalipsis de aquella ciudad santa: No había lámpara allí, porque el Señor Dios Todopoderoso la iluminó, y su lámpara es el cordero, por el cual los santos son rescatados de las tinieblas de este mundo (Apocalipsis XXI). Este profeta no ora solo por sí mismo, sino también por nosotros. Por lo cual nosotros supliquemos, para que, con las guerras corporales reprimidas, superadas las tentaciones del mundo, merezcamos agradar a Jesucristo en esa luz. Amén.

SALMO LVI.

Al final, no destruyas, de David, en la inscripción del título, cuando huía de la presencia de Saúl, rey de Israel, en la cueva. De David, en la inscripción del título no destruyas, esto es, no

corrompas la inscripción del título: cuando Pilato escribió sobre la cruz del Señor en tres lenguas: Jesús rey de los judíos. Y ellos: No escribas rey de los judíos: sino que él dijo, soy rey de los judíos. Y Pilato dijo: Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX). David escondido en la cueva, esto es, en la parte inferior de la tierra; prefiguraba el cuerpo humano, donde aquella majestad fue escondida en el cuerpo de Cristo, como aquello: Fui entregado, y no salía (Salmo LXXXVII) Y Pablo dice: Si hubieran entendido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II).

Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí: porque en ti confía mi alma. Con una súplica geminada de misericordia, añade su confianza que tiene en el Padre, para ser escuchado más fácilmente. Porque en ti confía mi alma. Como si un solo hombre dijera: pero uno por muchos: porque se ha dicho: Desde los confines de la tierra clamé a ti, Señor (Salmo VI). Y en otro lugar: Tenían una sola alma y un solo corazón (Hechos II). Y en la sombra de tus alas esperaré. Esto es, en la protección paterna. Del calor se busca la sombra: pero por el calor se entiende la persecución, o tribulación, y por la sombra la protección de la divinidad: donde siempre debemos refugiarnos. Pero dos alas, dos Testamentos, o dos preceptos de caridad. Hasta que pase la iniquidad. La insolencia de los inicuos. Enseña por esto a esperar en la protección de las alas espirituales. De aquí habla el profeta.

Clamaré al Dios altísimo: al Dios que me ha hecho bien. Estas son las cosas que siguen después de los bienes enumerados. Hasta que pase la iniquidad, esto es, el diablo con sus miembros, o sus secuaces. Clamaré al Dios altísimo. Clamó Cristo al Dios Padre, y oró por los falsos hermanos. Y la Iglesia ora por los enemigos. Y al Dios que me ha hecho bien, esto es, me hizo de la nada a su imagen, y me dio todos los bienes de la vida presente, y después en el futuro me prometió la vida eterna.

Envió desde el cielo, y me liberó. Envió a su Hijo desde los cielos, para liberar al hombre del pecado: o al género humano del poder del diablo, o del infierno. Envió en oprobio a los que me pisotean. A los impíos y sujetos al pecado, que descuidaban la palabra profética. O como en otro lugar: Dio a los apóstoles poder de pisar sobre serpientes, y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo (Lucas X).

Envió Dios su misericordia y su verdad. Misericordia y verdad es Cristo. En uno se contienen: ni una sin la otra. Si solo hubiera sido misericordia, habría sido licencia para pecar; y si solo verdad, el hombre no habría podido soportar. Mi alma la libró de en medio de los cachorros de leones. Leones, los príncipes de los judíos: cachorros, el pueblo sujeto: que clamaban, crucifícalo. León, el diablo, según la Epístola de Pedro: Vuestro adversario el diablo anda como león, buscando a quien devorar (I Pedro). Por eso el mismo Señor es entendido como misericordia y verdad, quien enviado por el Padre, libró nuestras almas del poder de los demonios: que como leones del mundo intentaban devorarnos: quien ahora también habla, diciendo: Dormí turbado. Durmió en el sueño de la pasión cuando decía: Ahora mi alma está turbada (Salmo VI): porque se ha dicho: yo dormí, y me adormecí, y me levanté: porque el Señor me levantó según aquello: Tengo poder para poner mi vida, y poder para volver a tomarla (Juan X).

Hijos de los hombres, sus dientes son armas, etc. Dice que los dientes de los enemigos son como armas de los que atacan, que el Señor rompió con su resurrección.

Exáltate sobre los cielos, Dios, etc. No hay límite para la exaltación divina. Nosotros, en verdad, no conocemos nada más de los cielos que lo que hemos visto. Pues cuando dice, sobre los cielos: excede el conocimiento humano. De la gloria que está sobre la tierra, se

entiende aquello que el mismo Señor dijo en otro lugar: He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo ult.). De aquí de nuevo el Señor:

Prepararon un lazo para mis pies. Cuando me hacían preguntas engañosas. Y encorvaron mi alma. En la muerte, pero no fue sometida perpetuamente a la muerte. Así quisieron los judíos encorvar a Cristo: para que no se nombrara su nombre.

Cavaron ante mi rostro una fosa, y ellos mismos cayeron en ella. Cuando después de la resurrección, entregados a los enemigos, fueron capturados, asesinados y dispersados.

Preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi corazón: cantaré y diré salmo al Señor. Exulta y canta de triunfo sobre la muerte aquel libre. Cantaré, predicaré: Diré salmo, completaré con obra.

Despierta, gloria mía; despierta, salterio y cítara: despertaré al amanecer. Porque al amanecer resucitó, por la mañana cuando aún había tinieblas sobre la tierra. Así pues, salterio y cítara: ¿qué significan estos instrumentos? uno de lo alto, otro de lo terrenal. ¿Qué se entiende por salterio? Se entiende a Cristo como aquello: Id, decid a Juan lo que habéis visto y oído: A la luz vuelven los ciegos, los muertos resucitan: los pobres son evangelizados, y bienaventurado el que en mí no se escandalice, esto es, la divinidad obrando a través de la carne (Mateo XI). La cítara de lo terrenal, esto es, cansarse, dormir, necesitar, tener hambre, sed, o lo demás. De otro modo: Salterio nos pertenece, esperanza, fe, caridad, longanimidad, bondad, o cosas similares a estas. Por la cítara, se entienden las seis obras de misericordia, que debemos cumplir, esto es, tuve hambre, tuve sed, fui huésped, desnudo, enfermo, en la cárcel. También salterio, esto es, en la tribulación dar gracias a Dios: viene de lo alto por quien sostienes. Cítara, persecución y tribulación que sostienes en el cuerpo. Despertaré al amanecer. Respondió Cristo al Padre. De donde dijo antes: despierta, gloria mía.

Te confesaré entre los pueblos, Señor, y te diré salmo entre las naciones. A quienes llamé por los profetas, o apóstoles. Te confesaré entre los pueblos, Señor, esto es, después de que resucite. Te diré salmo entre las naciones, esto es, predicar, cumplir con obra.

Porque magnificada está hasta los cielos tu misericordia. Porque con mi resurrección todas las cosas se han pacificado contigo, las que están en el cielo y las que están en la tierra. Y hasta las nubes tu verdad. Cumpliendo por los profetas lo que nos habías predicho. Cielos, son los santos cuando contemplan lo alto: nubes, cuando riegan los corazones humanos con la predicación.

Exáltate sobre los cielos, Dios. El profeta dice esto de la gloriosa ascensión de Cristo. Y sobre toda la tierra tu gloria. Cuando derrames el don del Espíritu Santo en toda carne. Que también ahora nos concedas, para que en todas las presiones y tribulaciones envíes tu Espíritu Santo: por cuya ayuda y protección, o fortaleza protegidos, merezcamos ser preparados para los gozos eternos, ser trasladados a las recompensas celestiales. Amén.

SALMO LVII.

Al final, no destruyas, de David, en la inscripción del título. Vosotros sugerís falsedad, yo no corromperé la verdad: lo que he escrito, he escrito (Juan XIX). El salmo contiene la voz del Profeta advirtiendo sobre los juicios y la justicia.

Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. Enseña que cualquiera de los mortales que use del juicio público, si habla verdad, y juzga verdad: no

ponga con halagos de palabras una trampa de engaño, por la cual secretamente elimine a los inocentes. Si verdaderamente habláis justicia: juzgad justamente, hijos de los hombres. Los judíos hablaban justamente a Cristo, cuando decían: Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios en verdad (Mateo XXII). No juzgaban justamente, cuando pidieron a Barrabás, hijo de la muerte, y mataron a Cristo, hijo de la vida (Juan XVIII). O de otro modo: Juzgad justamente, esto es, vosotros que juzgáis que la justicia es buena, juzgad rectamente, esto es, lo que no quieres para ti, no lo hagas a otro.

Porque en el corazón operáis iniquidades en la tierra. En esta tierra que habitáis, con mala intención, mientras parecéis hablar bien. Vuestras manos concuerdan con la iniquidad. Pues vuestras obras, que según la alegoría se entienden como manos, están llenas de iniquidad.

Se han alejado los pecadores desde el vientre. Algunos lo entienden del descenso del alma al cuerpo, otros de los judíos: que se han alejado de Dios: desde que María dio a luz al Salvador. Se han desviado desde el útero, han hablado falsedades. Dios, presciente de los futuros, extermina la misma iniquidad antes de que nazca. Por eso dice que los pecadores hablan falsedades, y profetiza que se desvían y se alejan, como una vez de Esaú que antes de nacer, fue rechazado de la herencia de Dios (Malaquías I y Romanos IX).

Su furor es según la semejanza de la serpiente. A aquellos, que por ira quieren devorar, con mordeduras venenosas, a los siervos de Dios, y descuidan la penitencia. Como la áspid sorda, y que tapa sus oídos, etc.: Se refiere al diablo o sus secuaces: que aunque dañen diariamente, y a aquellos a quienes indicamos el canto por la invocación del nombre del Señor: Ellos, con el acceso de los oídos tapado, no cesan de ser feroces. Áspid es un tipo de serpiente. Aquel hombre que encanta, se llama Marsus, y las saca de las tinieblas a la luz.

Dios quebrantará sus dientes en su boca, el Señor romperá las muelas de los leones. En los dientes, se representa la persecución abierta, en las muelas se significa la oculta. Dios quebrantará sus dientes en su boca: para que no puedan desgarrar con mordiscos inicuos a sus siervos. El Señor romperá las muelas de los leones. Las insidias de las maldades ocultas: que son como los dientes de las muelas de los leones para un mordisco más fuerte.

Se convertirán en nada como agua que corre. Pues así como el agua que corre, o es absorbida por la tierra, o se pierde en el mar: así también ellos son llevados a perecer. Como el agua que desde el principio del mundo va en círculo: así es su doctrina. Agua que corre, que es torrente, es decir, agua que desciende de las montañas a los valles. O como las aguas invernales que cuando llegan, se secan de inmediato: así ellos pasan rápidamente. De donde se ha dicho: Bebió del torrente en el camino (Salmo X). El Señor bebió del torrente en el camino, porque tomó de lo nuestro. Tensó su arco hasta que se debilitaron. Por el arco, se entienden las iras y amenazas de Dios. De donde dijo: Si no os convertís, es decir, de la soberbia a la humildad; tensó su arco, como Pablo oyó: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX). Tensó su arco, el juicio futuro: hasta que se debiliten: es decir, hasta que se desvanezcan sus insidias.

Como cera que se derrite, serán llevados. Pues así como la cera se disuelve con el fuego, así también ellos serán destruidos por el fuego del juicio futuro. Cayó el fuego, juicio para los muertos: Y no vieron el sol. No entendieron a Cristo el Señor, que es el sol de justicia, del cual en el juicio dirán los impíos: Y el sol de justicia no brilló para nosotros (Sabiduría V). Cayó el fuego, y no vieron el sol. Los pecadores ven a Cristo como fuego, los justos como el

sol de justicia. De otra manera: Quien, aterrorizado por las amenazas de las Escrituras, hace penitencia, a este se le muestra el verdadero sol a través del fuego de los suplicios.

Antes de que entiendan vuestras espinas el espino. Como vivos, como en ira los absorberá. Antes de que vuestros pecados lleguen hasta el final, y las espinas de los pensamientos broten en el árbol de los pecados: Dios os corregirá no enojado, sino como si estuviera enojado. No es en verdad ira de Dios, sino corrección, y os corregirá no como vivos, sino como si estuvierais vivos. Pues quienes tienen espinas de delitos, no merecen ser llamados vivos. Antes de que vuestras espinas entiendan el espino, esto se dice al pueblo pecador: El espino es un tipo de zarza muy áspera con espinas, y de flor muy agradable. De donde se entiende que tiene una doble virtud: de venganza y de retribución de bienes: es decir, florece para adorno a los justos, ofrece espinas para quebrantar a los pecadores.

Como vivientes, como en ira los absorberá. Rápidamente los absorberá el castigo, porque quien no creyere, ya ha sido juzgado (Juan III). Vivientes, es decir, sabios del mundo que por su sabiduría piensan que son como vivientes. Pero la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios. Pero la ira de Dios que dice, es justa venganza.

Se alegrará el justo cuando vea la venganza. De los impíos: porque cuando ellos son condenados en los castigos, estos se alegran en los premios. Lavará sus manos en la sangre de los pecadores. Porque este versículo es difícil de entender: sacaré las mismas palabras que los anteriores trataron; el bienaventurado obispo Hilario y, por así decirlo, gran sostenedor de la Iglesia entre las tormentas del mundo, dice así de él: «El justo no lava sus manos en la sangre de los pecadores: sino que cuando los pecadores están en la sangre, porque son culpables de sangre, él mantendrá sus manos lavadas de toda culpa de sangre.» Entonces el justo lava sus manos en la sangre de los pecadores cuando ve la venganza sobre ellos, no procurada por los santos, y entonces se alegrará, cuando después de su salida, sus obras resplandezcan gloriosamente.

Y dirá el hombre si ciertamente hay fruto para el justo. Entonces será su fruto, cuando Cristo el Señor le comparta los reinos celestiales. Ciertamente hay Dios juzgando en la tierra. Ellos antes del juicio final son juzgados en esta tierra, de los cuales dijimos anteriormente: Quien no creyere, ya ha sido juzgado. Y nosotros si en los preceptos de Dios, no cerramos los oídos: si seguimos las advertencias de los santos con inocencia, si no somos afligidos por las espinas de nuestros crímenes: si lavamos nuestras manos inmunes de toda sangre con los inocentes, Jesús el Señor nos honrará con premios dignos, con los cuales los santos se alegran perpetuamente con él. Amén.

SALMO LVIII.

Al final, no destruyas a David en la inscripción del título: cuando Saúl envió a custodiar su casa para matarlo. Este salmo porque David enseña a través del título a custodiar, declara el misterio de la pasión del Señor, diciendo:

Líbrame de mis enemigos, Dios mío, etc. A través de estos grados de enemistad se asciende hasta la efusión de sangre. Pues los enemigos fueron los judíos de Jesucristo nuestro Señor, cuando le envidiaban ocultamente. Se levantaron contra él, cuando se opusieron a sus preceptos. Se convirtieron en obreros de iniquidad, cuando armaron sus manos para la matanza. Se convirtieron en hombres de sangre, cuando dijeron que la sangre del justo caería sobre ellos y sus hijos (Mateo XXVII).

Porque he aquí que han tomado mi alma: se lanzaron sobre mí los fuertes. Para entregarme a la muerte.

Ni mi iniquidad ni mi pecado, Señor, sin iniquidad corrí, y dirigí. No pudo decir esto David de sí mismo, quien en otro salmo reconoció estar lleno de pecados; sino de aquel que llevando nuestros pecados, sin ningún peso de iniquidad corrió hasta el final de la muerte corporal. Sin iniquidad corrí, y dirigí. Y este salmo puede entenderse desde la persona del Señor. Pues dice: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada (Juan XVI). O ciertamente corrió: es decir, vino del cielo al vientre, del vientre al pesebre, del pesebre a la cruz: de la cruz al sepulcro: del sepulcro a los infiernos: de los infiernos victorioso regresó a los cielos. Y dirigió, no sus sentidos, sino los nuestros, porque eran torcidos y tortuosos. De donde el profeta dijo: Y lo torcido será enderezado, y lo áspero en caminos llanos (Isaías XIV).

Levántate en mi encuentro. Esto lo dice al Padre, a quien en los Evangelios pide ser glorificado. Quien también como encontrándose, y extendiendo la mano, respondió diciendo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo (Juan XII). Este encuentro pide que se extienda hasta la visita de las naciones, diciendo: Pero levántate en mi encuentro: es decir, haz que ellos entiendan de aquel curso que tuve, que yo soy igual a ti. De donde dice: Desde el extremo del cielo es su salida, y su encuentro hasta su extremo (Salmo XVIII): esto es, Dios Padre sobre todas las criaturas espirituales. Y ve. Como si dijera: para que tú los hagas ver: es decir, para que crean que soy igual a ti.

Y tú, Señor Dios de los ejércitos, Dios de Israel: atiende a visitar a todas las naciones: no tengas misericordia de todos los que obran iniquidad. Para que cuando la visita divina mire a los justos, a ellos los constriña la pena del pecado. Y tú, Señor Dios de los ejércitos: es decir, de los ángeles y de los hombres. Dios de Israel: esto es, Dios de las almas que ven a Dios. Cristo al Padre: Atiende a visitar a todas las naciones, no solo en Judea, sino también en las naciones.

Vuélvanse al atardecer, y padecerán hambre como perros. Hasta el final de su vida, padecerán hambre de la palabra de Dios, ni son reprendidos en diversos males, para que hicieran penitencia. Y rodearán la ciudad. Pero no encuentran en ella ninguna solemnidad de alegría ni de sacrificios. O habla de aquellos que al final de los judíos van a creer. Pues cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Romanos XI).

He aquí que hablarán en su boca: y espada en sus labios. Sus blasfemias e infidelidades son comparadas a una espada. Porque ¿quién ha oído? Pues nadie de los hombres oye, cuando estos son ridiculizados por el Señor, como sigue.

Y tú, Señor, te burlarás de ellos. Que te tienen en risa y desprecio. Reducirás a nada a todas las naciones. Aquellas que no creen que has resucitado. Pues hay en ellas muchos creyentes: que no son ridiculizados por Dios. O, todas las naciones, que adoraban madera y piedras: sin méritos precedentes, Dios los lleva a conocer la verdad.

Mi fortaleza la guardaré para ti. Es decir, todas mis virtudes las guardaré para ti, no para mí, sino para ti; porque siempre en ellas te doy alabanzas, no a mis fuerzas. De donde Pablo dice: Pues si recibiste, ¿por qué te glorías como si no hubieras recibido? (I Corintios IV). Mi fortaleza la guardaré para ti, porque, Dios, eres mi protector. Dice que guardará esa fortaleza, porque nadie pudo quitarle su alma, diciendo él mismo: Nadie me la quita: sino que yo tengo poder para darla, y para volver a tomarla (Juan X). Dios mío, su misericordia me precederá.

Le precedió la misericordia del Padre: cuando primero el centurión lo confesó como Dios, antes de verlo resucitar de entre los muertos. Pero también muchos golpeándose el pecho, regresaban diciendo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios (Marcos XV).

Dios me mostró sobre mis enemigos, no los mates: para que no se olviden mis pueblos. Para que aunque no crean, al menos entiendan que él es Dios, según aquello: y verá toda carne la salvación de nuestro Dios (Lucas XXXIV). Y no los mates, no sea que se olviden de tu nombre.

Dispérsalos con tu poder. No destruyas completamente a los judíos: porque siempre han sido llamados tu pueblo, pero dispérgelos por todo el mundo, para que al menos así, corregidos, dejen de ser soberbios, para que al menos en esta dispersión lamenten su crimen haciendo penitencia. Y humíllalos, mi protector Señor. El delito de su boca, las palabras de sus labios. Sean destruidos en su maldad: por las palabras con las que negaron a tu Cristo, y sin embargo se jactan de ser hijos de Abraham. Sean atrapados en su soberbia. Esto es, sean humillados.

Y por la maldición y la mentira serán anunciados en la consumación. Pues maldecían al Señor: cuando decían que era hijo de José el carpintero (Mateo VI). Tejían mentira, cuando decían que tenía un demonio (Mateo IX). En la ira de la consumación, y no serán. Para que no puedan perseverar en su maldad, sino que en ella sean consumidos.

Y sabrán que Dios dominará en Jacob, hasta los confines de la tierra. Pues hay algunos que se glorían de descender de Jacob por linaje. Y hasta los confines de la tierra: es decir, de todas las naciones.

Se volverán al atardecer, y padecerán hambre como perros, y rodearán la ciudad. Ellos se dispersarán para comer: si no se sacian, murmurarán. Después del diapsalma, repite la sentencia, en la que los enemigos padecerán hambre como perros: mientras persiguen la letra de la ley con la circuncisión carnal, y los sacrificios de la muerte de los animales. Pero como celebran esto en peregrinación, y no se alimentan espiritualmente de ello, murmuran contra Dios. De aquí el profeta, contemplando el misterio de la resurrección del Señor, se regocija y dice:

Pero yo cantaré tu fortaleza, Señor. Porque venciste a la muerte. O la fortaleza de la divinidad: cómo venció al diablo, esto lo proclamaré. Y exaltaré tu misericordia. Porque resucitó al amanecer. Por la mañana, es decir, cuando se convierte en juventud. O por la mañana, el inicio de la fe católica: o por la mañana, como dije, la resurrección.

Porque has sido mi protector y mi refugio en el día de mi tribulación. Me has protegido con tu amparo, para que mi conciencia no se uniera con ellos.

Mi ayudador, a ti cantaré: porque, Dios, eres mi protector: Dios mío, mi misericordia. El profeta se promete a sí mismo cantar continuamente al Señor, por cuya ayuda ha sido asistido y protegido. Que también nos conceda a nosotros, para que fortalecidos por su ayuda, asistidos por su misericordia, glorificados en la resurrección, merezcamos en la santa Iglesia exaltar sus alabanzas con sentidos inmaculados. Amén.

SALMO LIX.

Al final, por aquellos que serán cambiados en la inscripción del título, de David para enseñanza, cuando incendió Mesopotamia de Siria y Siria Sobal, y Joab se volvió, y golpeó a Edom en el valle de la Sal, doce mil. Se pregunta dónde está escrita esta historia. En los

libros de los Reyes, que aquí se lee muy claramente (II Reyes VIII). Pero allí para el valle de la Sal los LXX Intérpretes pusieron las mismas palabras hebreas, GEMELAII. Pero como no está interpretado, por aquellos que no tienen conocimiento del idioma hebreo, se ignora qué significa.

Dios, nos has rechazado y nos has destruido. Pertenece al pueblo judío. Cuando Dios permitía que fuera afligido: como si entonces pareciera rechazarlo. Y ahora parece rechazar a la Iglesia, cuando permite que sea tentada por la tribulación. Pues de otra manera no rechaza: porque dijo el santo Pablo: Dios no rechaza a su pueblo, al que conoció de antemano (Romanos XI). De donde también la voz al profeta Jeremías dice: Ve, y destruye, y disipa, y arranca, y edifica (Jeremías I). Como si dijera: Destruye los vicios y pecados, y edifica las virtudes. Nos rechaza y destruye, cuando pecamos. Se compadece y edifica cuando volvemos a él haciendo penitencia. Te has enojado, y te has compadecido de nosotros. La ira de Dios se llama justa venganza.

Has sacudido la tierra. De nuestro cuerpo ciertamente. Y la has perturbado. Cuando producía cardos y espinas. Sana sus quebrantamientos, porque se ha sacudido. Se ha movido por las maldades: para que produzca fruto de santidad.

Has mostrado a tu pueblo cosas duras. Para que te busque con más atención. Pues castigas a todo hijo que recibes (Hebreos XII). Has mostrado a tu pueblo cosas duras: esto es, tribulación. De donde dice el santo Pablo: Los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución (II Timoteo III). Nos has dado a beber vino de compunción. Para que confundidos en los crímenes, la compunción sea para volver a ti. Por el vino, se entiende la ley del pueblo de Dios, y esa misma compunción es gracia de Dios.

Has dado a los que te temen una señal, para que huyan de la cara del arco, para que sean liberados tus amados. Has proporcionado el bautismo, por el cual lavados, huyéramos de la ira futura: por el cual no solo los pecadores, sino también tus amados son liberados. Salva con tu diestra. A tu Cristo, que es nuestra salvación. Y escúchame. Cuando te invoque. La diestra del Padre es el Hijo. Salva. Habla de aquellos que serán salvados, cuando tu Hijo me envíe a tu diestra en el día del juicio. De donde en otro lugar dice: La diestra del Señor ha hecho proezas (Salmo CXVII).

Dios ha hablado en su santo. El Padre en el Dios hombre, de quien Gabriel dijo a María: Lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Lucas I). O como dice el santo Pablo: Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (I Corintios IV). Me alegraré y dividiré Siquem, y mediré el valle de las tiendas. Algunos piensan que Siquem es Samaria: y el valle de las tiendas, esta morada terrenal. Por lo tanto, cuando venga el Señor en la alegría del esplendor eterno a juzgar el mundo, dividirá Samaria: y medirá el valle de las tiendas. Entonces trasladará una parte a la bienaventuranza: y la otra que encuentre injusta, la castigará con los infieles.

Mío es Galaad, y mío es Manasés, y Efraín la fortaleza de mi cabeza. En Galaad y Manasés, indica que todo el mundo está sujeto a él. En Efraín, señala la figura de los pueblos futuros: es decir, de la Iglesia que se congregará, por la bendición que Jacob derramó sobre él. La fortaleza, dice, es la misma Iglesia, de la cual se ha hecho cabeza. Mío es Galaad, mío es Manasés. Todas estas cosas se dicen de la vocación de los gentiles: cuyas diversas virtudes, bajo la interpretación de los nombres individuales, deben ser referidas.

Judá es mi rey. Porque de la tribu de Judá nació Cristo. Porque no faltará príncipe de su linaje: hasta que venga el Señor, como dijo Jacob: Judá, te alabarán tus hermanos: tus manos estarán en el cuello de tus enemigos. Tú dominarás sobre tus hermanos (Génesis XLVII): Cristo se entiende por Judá, como aquello: Ha vencido el león de la tribu de Judá (Apocalipsis V, 5). Moab es la olla de mi esperanza. Moab en Génesis recibió el oprobio de la maldición (Génesis XIX): que después de diez generaciones es recibido en la Iglesia de Dios (Deuteronomio XXIII). Por lo tanto, también es la olla de la esperanza, como después de la conversión quemando la crueldad del pecado. Pues la esperanza de Dios sobre los pecadores es esta, que cocidos los pecados, se conviertan y vivan. De ahí dice el profeta Jeremías: Vi una olla hirviendo, y su cara desde el norte (Jeremías I). Y en otro lugar dice: Desde el norte se encenderán los males que están sobre la tierra (Ibídem): es decir, las tribulaciones vienen del diablo sobre la tierra, que es la Iglesia, como dice Pablo: La tribulación produce paciencia: la paciencia, prueba: la prueba, esperanza: y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V).

En Edom extenderé mi calzado. Hasta la región de Esaú, anuncia que los pies de los apóstoles deben ser dirigidos: porque en los calzados, los pies: en los pies se entienden los pasos apostólicos, según aquello: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien! (Nahum I y Romanos X). Edom se interpreta como sanguíneo, o terrenal. Como si dijera: En estos tales mostraré mi calzado, es decir, mis ejemplos. A mí se someten los extranjeros. Extranjeros: es decir, las naciones: sometidas a la Iglesia. En los filisteos, muestra las depravaciones de las naciones extranjeras, que hasta la venida de Cristo, residían en las tinieblas de la ignorancia. Ahora, sin embargo, sometidas, es decir, escuchando humildemente la profecía, que anuncia a Cristo: por su fe, ven una gran luz.

¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? Cristo el Señor que aparta la impiedad de Jacob: él mismo nos llevará a la ciudad de Jerusalén: en la cual los santos rodean la majestad divina. O, a la ciudad fortificada: esto es, a la Iglesia: que está fortificada por la fe. ¿O quién me llevará hasta Edom? Aquel que prometió extender sus calzados, también ordena que la profecía, es decir, la predicación profética, sea dirigida a ella.

¿No eres tú, Dios, quien nos ha rechazado? Para que nos reconozcas probados. Nos has rechazado, por nuestra transgresión, o el pecado de Adán: esto es, destruyó la idolatría, o nuestros vicios y pecados. Y no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas. Porque somos débiles por los pecados.

Danos auxilio en la tribulación: porque vana es la salvación del hombre. Escuchen esto aquellos que ponen sus esperanzas en los poderes humanos o en el esplendor de las riquezas terrenales: porque vana es la salvación del hombre, y solo Dios ofrece el auxilio oportuno en nuestras tribulaciones.

En Dios haremos proezas, y Él reducirá a nada a los que nos afligen. En Él esté nuestra fortaleza: en Él toda gloria, y Él reducirá a nada tanto los vicios que nos afligen como a los enemigos que nos atacan y tratan de apartarnos de la esperanza de la eternidad.

SALMO LX.

Para el final, en himnos, Salmo de David. Contiene la voz del profeta que se regocija en la bienaventuranza de la eternidad.

Escucha, Dios, mi súplica. Confía en ser escuchado, porque sabe que es santo. Atiende a mi oración. Como si dijera: Mírala si es justa o pura, donde solo tú escuchas y ves en el corazón: como se dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV). ¿Acaso clama con voz? No: sino que clama con la voz del corazón.

Desde los confines de la tierra clamé a ti: mientras mi corazón se angustiaba. No desde los extremos de la tierra, sino desde esta morada corporal que desea revestirse, y clamó desde el dolor más profundo del corazón, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Desde los confines: es decir, desde las cuatro partes del mundo: como si un solo hombre clamase. O un solo hombre, es una sola Iglesia. Por la unidad se dice una. Por eso en el Cantar de los Cantares se dice: Una es mi paloma (Cant. VI), es decir, la Iglesia difundida por todo el mundo. Mientras se angustiaba: es decir, por la transgresión de otros. O mi fin: mientras el hombre no conoce su salida. En la roca me has exaltado: me has guiado porque te has convertido en mi esperanza. Se dice exaltado en Cristo, quien según el Apóstol, es llamado roca estable y esperanza de los creyentes. En la roca me has exaltado: esto es, en ti mismo, como aquello: Pero la roca era Cristo (I Cor. X). Pedro de la roca. Por eso el Señor dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mateo XVI); y en otro lugar: Vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y no cayó; porque estaba fundada sobre la roca firme (Mateo VII), que es Cristo. Me has guiado: es decir, en ti mismo: porque tú eres mi guía, tú eres mi camino. Porque te has convertido en mi esperanza. Voz de la Iglesia a Cristo. Como si dijera: Así como tú resucitaste inmortal, así creemos que resucitaremos. Torre de fortaleza ante el enemigo. Esta esperanza, Cristo el Señor, se ha convertido en una torre para nosotros ante el diablo, o sus maldades, para que nos proteja y defienda de sus asechanzas. Pero también Dios Padre se ha convertido en una torre de fortaleza para nosotros: exaltándonos en la roca, es decir, en su Cristo. Tú, Cristo, torre de fortaleza, que venciste al diablo, y te dignaste sufrir por nosotros. Por lo tanto, hay torres de debilidad, es decir, aquellos que confían en su propia fuerza, como se dice en el Evangelio: Si alguien quiere construir una torre, y no calcula su costo, y lo demás, después los que lo vean se burlarán de él diciendo: este hombre comenzó a construir, y no pudo terminar.

Habitaré en tu tabernáculo por los siglos. En aquel ciertamente, donde sin fin contemplaremos a Dios continuamente. Seré protegido bajo el velo de tus alas, etc. Mientras aún permanezco en este cuerpo, seré protegido por tu protección. Seré protegido: es decir, defendido. Bajo el velo de tus alas. Tus alas son los dos Testamentos, con los cuales se protege la Iglesia. O bajo la protección de la divinidad.

Has dado herencia a los que temen tu nombre. Es decir, en el reino de los cielos les has concedido que hereden la vida eterna.

Días sobre días del rey. Al rey eterno: es decir, a Cristo el Señor, los días eternos son, que diariamente se aumentan sobre los días: porque ninguna noche discrimina su claridad. Añadirás sus años hasta el día de generación y generación. La generación de este rey es, por tanto, la primera: en la que nace inefablemente de Dios Padre. La segunda, en la que se convierte en primogénito de los muertos, que se extiende hasta aquella generación del juicio futuro, de la cual el Señor dice: Vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX). Por lo tanto, se añadirán entre estas generaciones de este rey, tanto días como años, cuando, reunidos los elegidos, y derrotados los enemigos bajo sus pies, entregará el Reino a Dios Padre, junto con los santos reunidos, como sigue:

Permanecerá para siempre ante la presencia de Dios. Permanecerá eterno en aquellos que entregó a Dios Padre en el reino de los cielos, y los hizo coherederos, y conformes y partícipes de sí mismo, sin que ya en ellos domine el poder de la muerte. Ante la presencia de Dios: es decir, donde no habrá mutabilidad. ¿Quién buscará su misericordia y su verdad? Misericordia es: porque perdona nuestros pecados. Verdad, para que no pequemos más, para que no añadamos pecado sobre pecado. ¿Quién, por qué dice aquí? Porque son pocos los que tienen algo bueno, y buscan a Dios, pero más dicen de su virtud o de sus fuerzas, que del don de Dios. ¿Quién buscará su misericordia y su verdad? No se busca su misericordia y su verdad por aquellos que están en la plenitud de Dios: Pero tampoco les falta nada, según aquel oráculo del Salvador: En aquel día no pediréis nada al Padre (Juan XVI). En esta plenitud, el profeta poniendo su esperanza, añadió:

Así cantaré a tu nombre, Dios, por los siglos de los siglos. Voz de la Iglesia. Cantaré, proclamaré, y completaré con obras. Para que cumpla mis votos de día en día. Para que cumpla mis votos: es decir, todo lo que prometimos guardar a Dios: De día en día: esto es, y aquí siempre alabarte, y en el futuro sin fin. Cantará continuamente y cumplirá sus votos constantemente, cuando esta corrupción del cuerpo se haya revestido de incorrupción, y esto mortal se haya revestido de inmortalidad, y resplandezca (I Cor. XV). Que también nos conceda a nosotros, para que hechos conformes a su gloria: liberados de la corrupción de la segunda muerte, merezcamos cantar a su nombre en la ofrenda de votos espirituales.

SALMO LXI.

Para el final, por Idithun, Salmo de David. Este salmo enseña el pleno afecto del profeta en Dios, diciendo:

¿No estará mi alma sujeta a Dios? porque de Él viene mi salvación. Esto también puede decirlo aquel hombre: que, dejando los delirios vanos de la filosofía, y el lodo del error de la idolatría, se sometió al Señor con un corazón puro.

Porque Él es mi Dios, y mi salvador. Porque sabe que el salvador del mundo, Jesucristo, asumió la forma humana, quien nos traslada de la muerte a la vida. Porque de Él viene mi salvación: como dijo Simeón: Porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II). Y en otro lugar dice: Salvación de mi rostro, mi Dios (Salmo XLI). Mi ayudador, no seré movido más. Porque confía firmemente en que permanecerá en Él. Mi ayudador en el presente, mi sustentador en la eternidad. Después no teme caer. No tiene a dónde correr más, sino hasta Dios. Los apóstoles dijeron a Cristo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV).

¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre, mataréis a todos vosotros, como a una pared inclinada, y a una cerca derribada? No quiere ceder a los inicuos, que obligan a las mentes débiles y viciosas de los hombres a inclinarse hacia nuevos crímenes. Mataréis a todos vosotros. Quien tiene la voluntad de matar, aunque no golpee, mata. Como a una pared inclinada, y a una cerca derribada. Cuando he venido a sufrir la pasión, vosotros me obligáis a morir como si fuera contra mi voluntad. De otro modo, según la interpretación de Symmachus: Se ha invertido en vosotros el sentido natural: que, aunque fuisteis creados rectos, os incliná is hacia la ruina.

Sin embargo, pensaron en rechazar mi precio: corrí en sed. Se aparta de tales, que no solo atacan a los pecadores; sino que también intentan quitar el honor a los justos. Por eso corre en santa sed: porque bienaventurados son los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo V). Corrí en sed. Cristo corrió del cielo, vino al vientre, del vientre al pesebre: o cosas similares a

estas. Corrió sediento, vino a la fuente: hambriento vino al árbol. O tuvo sed, es decir, en la cruz tuvo sed de la salvación del género humano. Por eso se dijo: Bebió del torrente en el camino (Salmo CIX). Y los santos corren y tienen sed: Corren, como dice Pablo: He acabado la carrera, he guardado la fe (II Tim. IV). Tienen sed, como se ha dicho: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados. Con su boca bendecían, y con su corazón maldecían. Proferían con boca engañosa cosas buenas para seducir, mientras retenían malas en sus corazones.

Sin embargo, mi alma estará sujeta a Dios: porque de Él viene mi salvación. Porque Él es mi Dios, y mi salvador, mi ayudador no emigraré. En Dios mi salvación, mi gloria es Dios mi ayuda, y mi esperanza está en Dios. Después de la interjección del Diapsalma, profesa tener tanto la ayuda como la gloria de Él, quien nos dejó ejemplos de todas estas cosas desde la afrenta de su pasión.

Esperad en Él, toda la congregación del pueblo. Él es tanto ayuda como esperanza: en quien toda la asamblea eclesiástica debe esperar y suplicar, como sigue: Derramad ante Él vuestros corazones: Dios es nuestro ayudador para siempre. Si con llanto le revelamos los secretos de nuestros corazones, como hacen todos los santos, obtendremos su ayuda. Porque como los pecadores omiten esto, añadió:

Sin embargo, vanos son los hijos de los hombres, mentirosos los hijos de los hombres en las balanzas para engañar, ellos en la vanidad en lo mismo. Que bajo el peso de la justicia y la vanidad de la elocuencia, engañan a los inocentes. Hijos de los hombres, hijos de Adán, hijos del transgresor. Por eso dice: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo de corazón pesado? (Salmo IV). Mentirosos hijos de los hombres en las balanzas. Salomón dice: Peso y peso, medida y medida: ambos son abominables ante Dios (Proverbios XX). Y en otro lugar dice: La balanza engañosa es abominable al Señor, y el peso justo es su voluntad (Proverbios XI).

No confiéis en la iniquidad, y no codiciéis las rapiñas: si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas. Porque quien confía en estas cosas, no puede alcanzar el reino celestial. Por eso dice el Apóstol a Timoteo: Manda a los ricos de este siglo que no confíen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas abundantemente para disfrutarlas (I Tim. VI).

Una vez habló Dios dos. Lo que dice una vez, muestra la firmeza de las palabras, que, dos, demuestra un solo autor del Antiguo y Nuevo Testamento. Una vez habló Dios dos, esto he oído; una vez no se refiere al número, sino a la firmeza de la sentencia. ¿Cuáles son, entonces, las dos cosas que oyó? Y que Dios puede todo, y en la verdad de su juicio tener misericordia. Algunos dicen así: Dios habló una vez en la Ley, y lo mismo ordena de nuevo en el Evangelio. Esto he oído, que el poder es de Dios. A través de estos dos Testamentos, conoció el poder, la misericordia y la justicia de Dios: como sigue: Y a ti, Señor, la misericordia, porque tú recompensarás a cada uno según sus obras. Porque Él recibió todo juicio del Padre (Juan V), para preparar condenación a los negligentes, misericordia a los penitentes, recompensas a los justos, quien nos libre del juicio de la muerte: y nos someta a Él como a sus propios hijos, y hechos conformes a su cuerpo, nos admita dignamente a la eternidad perpetua. Porque el poder es de Dios. Fue poder, porque creó todas las criaturas de la nada. Misericordia, en gobernar y guiar. Fue poder en el diluvio: misericordia liberó a Noé (Génesis VII y VIII). Porque tú recompensarás a cada uno según sus obras: buenas a los buenos, malas a los malos. Condenas a los pecadores, recompensas a los justos.

SALMO LXII.

Salmo de David cuando estaba en el desierto de Idumea. David tiene la figura de Cristo. David se interpreta como fuerte de mano, o deseable. Idumea se interpreta como sanguínea, o terrenal. Desierto, esto es, abandonado, es decir, el mismo pueblo judío: o gentil, que parecen morar en lo sanguíneo o terrenal. El salmo declara el misterio de la venida del Señor: del cual el profeta, viéndose como iluminado, se regocija y dice:

Dios, Dios mío, a ti de madrugada vigilo: Aunque todos los santos vigilan en Dios día y noche: aquí, sin embargo, en su oración, resplandece con el pleno esplendor de la luz divina.

Mi alma tiene sed de ti, ¡cuánto más mi carne por ti! En tierra desierta, y sin camino, y sin agua. Tiene sed en Dios, y con el afecto del alma y del corazón: sin retener duda alguna, ni adversidad alguna en sí: sino que entre las arideces y soledades de este siglo, lo desea con toda su mente: teniendo aquel ardor, con el que se tiene sed de la justicia de Dios. Mi alma tiene sed de ti, ¡cuánto más mi carne por ti! El alma ciertamente desea a Dios; pero al fin deseado se llega por los trabajos de la carne. Por eso la carne busca a Dios de muchas maneras: porque se ve afectada por muchas injurias. Describe la indigencia, tormentos, vigilias, enfermedad del hombre justo. El Señor tuvo sed de la fe de la Iglesia, y tuvo hambre de la salvación del género humano. Así también la Iglesia tiene sed de Cristo diariamente. Por eso se dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados (Mateo V). Cuánto más la carne: porque la carne sufre más que el alma. Aunque el alma se angustie por el pensamiento en el cuerpo: el cuerpo, sin embargo, sufre la tribulación desde fuera. Quiere ser liberado: es decir, despojarse de la mortalidad. En tierra desierta, en sin camino y sin agua. En el desierto, donde no hay camino ni agua, se entiende el mundo. Desierto, se dice por los pecadores. Así en el santo aparecí a ti. En esta sed permaneciendo, apareceré santo a ti. Aquí el profeta, por su esperanza, puso el futuro por el pasado. Para ver tu poder, y tu gloria. A Cristo ciertamente, quien, según el Apóstol, es el poder y la claridad del Padre. Poder: porque venció al diablo, liberó al género humano. Poder dice, porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I). Así en el santo aparecí a ti: es decir, en santo deseo. Y tu gloria: es decir, la gloria del que resucita de los muertos, sentado a la derecha del Padre.

Porque mejor es tu misericordia que las vidas. Tu misericordia concede la vida eterna. La vida presente a menudo opera la muerte. Tu misericordia, que nos liberaste del poder del diablo. Mis labios te alabarán, Señor. Así te bendeciré en mi vida. Bien en su vida alaba a Dios con los labios, quien vive en Él: porque sabe que en otro lugar se dice: No alabarán los muertos, Señor (Salmo CXIII). Después de la misericordia, la alabanza: aquí orando, allí alabando. Y en tu nombre levantaré mis manos. Por la buena obra perfecta seré elevado por ti: Cristo extendió sus manos todo el día en la cruz al pueblo que no creía, y le contradecía. Como Pablo levantando manos puras sin ira, y disensión (Isaías LXV, y I Tim. II). Por manos, se entienden las obras.

Como con sebo, y con grosura se llenará mi alma, y con labios de júbilo alabará mi boca. No con sebo y grosura de machos cabríos o corderos: como es costumbre de los holocaustos antiguos; sino con corazón puro, y boca limpia cantaré a tu nombre. Así como aquel holocausto fue acepto a ti en los tiempos antiguos: así se llenará mi alma de la grosura de la gracia del Espíritu Santo. Con labios de júbilo alabará mi boca. Aquí oraciones, y allí alabanzas, y alegría sempiterna.

Así me acordé de ti sobre mi lecho. En el lecho de la castidad y la santidad me acuerdo de ti: porque me olvido de la delectación mundana. Así me acordé de ti. Dice esto la Iglesia: y en el

descanso, y en la tribulación, no me olvidé de ti. En las mañanas meditaré en ti: porque fuiste mi ayudador. Con razón confiesan al ayudador, porque por la integridad de la fe, se deleita en su resurrección matutina. Ojalá también nosotros por el esplendor de un corazón puro mereciéramos deleitarnos en él con alegría espiritual.

Y en el velo de tus alas me regocijaré. Se considera protegido por la protección del auxilio celestial: por eso se regocija en él. Mi alma se adhirió a ti: me sostuvo tu diestra. Dejando el mundo, testifica que ha sido sostenido por la diestra de Dios, es decir, por su salvación.

Ellos mismos. Esto es, los enemigos. En vano buscaron mi alma. Porque en vano quisieron dañarle. Entrarán en las partes inferiores de la tierra. Serán condenados en el infierno. Serán entregados a la espada. En la perpetuidad de los tormentos, en los que serán mutilados. Serán parte de los zorros. Recibirán la suerte de Herodes, quien fue llamado zorro por el Señor (Lucas XIII).

Pero el rey se regocijará en el Señor. Cristo en el Padre después de la resurrección. Y serán alabados todos los que esperan en él. Quienes han guardado inviolablemente sus sacramentos. Porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades. La boca de los judíos y de los príncipes de los sacerdotes fue cerrada con la resurrección del Señor, creciendo el testimonio de la verdad. Y nosotros roguemos al Señor: para que vigilando en su luz, teniéndole sed continuamente, merezcamos, por su gracia, ser llenos de buenas obras.

SALMO LXIII.

Para el final Salmo de David. El salmo contiene la voz del profeta que continuamente suplica a Dios: para que no solo sus pecados, sino también otros venenos de los malvados, pueda evadirlos con su protección. Pero también debemos entender que lo que se canta en él, puede cumplirse en los creyentes.

Escucha, Dios, mi oración cuando suplico: del temor del enemigo libra mi alma. Para el que cree en Dios, hay muchas tentaciones, según el Apóstol: Todos, dice, los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecución (II Tim. III). Por lo tanto, debemos vigilar atentamente en las oraciones, para que podamos resistir los vicios. Del temor del enemigo: es decir, del diablo perseguidor: como aquello: No temáis a los que matan el cuerpo: pero no pueden matar el alma; sino temed más bien a aquel que puede perder el cuerpo y el alma en el infierno (Mateo X).

Protexisti me de la asamblea de los malignos, de la multitud de los que obran iniquidad: porque afilaron sus lenguas como espada. Los inicuos maquinan, y afilan sus lenguas para blasfemar; pero este santo no se turba, porque es protegido por Dios. De la asamblea de los malignos: es decir, de los judíos, o de los perseguidores. Afilaron sus lenguas como espada. En otro lugar dice: Su lengua es espada afilada (Salmo LVI).

Tensaron su arco. Su doctrina. Cosa amarga. Para engañar con doctrinas engañosas a los pequeños de Cristo: ya sea al neófito en el bautismo, o a aquel que aún ignora el misterio de la doctrina celestial.

De repente lo herirán con flechas, y no temerán. Cuando lo hieren con flechas venenosas engañosamente. De repente, como de improviso: es decir, en exceso. Y no temerán: esto es, a Dios y su juicio. Afirmaron para sí palabra maligna. Narraron para esconder lazos: dijeron, ¿quién los verá? Cuando se afirman en esta malicia, para tender estos lazos de engaño a este

rudo: no piensan que Dios pueda conocer esto: a quien nada oculto le pasa desapercibido: quien también es poderoso para defender nuestras almas de sus flechas con las amplias armas de su piedad.

Escudriñaron iniquidades; fallaron escudriñando con escrutinio. También los herejes escudriñan las Sagradas Escrituras: y no tratándolas espiritualmente, de allí sacan vanas cuestiones, con las que desean atraparnos por iniquidad y engaño. Pero no prevaleciendo en nada, ellos mismos más bien son escudriñados y vaciados por Dios, quedando vacíos.

El hombre se acercará al corazón profundo, y Dios será exaltado. Si con la sabiduría de Dios alguien se acerca al entendimiento del corazón profundo para discriminar estas cosas; es decir, para discernir la verdad y la falsedad, entonces Dios será exaltado. Quien siendo altísimo, sin embargo, cuando pensamos correctamente sobre Él, se eleva en nosotros.

Las flechas de los pequeños se convirtieron en sus heridas. Porque los justos entendidos cuando ven a este pequeño que expusimos antes, infectado por este veneno de persuasión: cuando levantan su voz para corregirlo, inmediatamente las palabras de ellos serán para los inicuos como heridas. Y su lengua se debilitó contra ellos. Ninguna estabilidad tiene su elocución: pero su engaño los debilitará.

Se turbaron todos los que los veían. Confundidos y turbados están, quienes se reconocen implicados en un error similar. Y temió todo hombre. El juicio divino inminente.

Y anunciaron las obras de Dios: y entendieron sus hechos. Compungidos de corazón, entienden y anuncian las maravillas de Dios.

El justo se alegrará en el Señor, y esperará en Él. Así como el impío por su infidelidad teme: así el justo por la esperanza de su eternidad se regocija en el Señor. Y serán alabados todos los rectos de corazón. Porque verán a Dios. Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios (Mat. V). Que nos conceda, para que libres de las flechas de los enemigos, rescatados del arco de la falsedad, merezcamos ser protegidos por Él, quien a todos los santos por la esperanza de la salvación, otorga la gloria de la inmortalidad.

SALMO LXIV.

Al final, Salmo de David, Cántico de Jeremías y Ezequiel, y del pueblo de la cautividad. Este salmo se canta en la persona de Cristo, y sobre el regreso de Babilonia a Jerusalén, y de nuestra llegada a la Jerusalén celestial.

A ti te conviene el himno, Dios, en Sion: y a ti se te rendirá el voto en Jerusalén. No en los teatros ni en los templos de los ídolos, sino a ti, omnipotente, la alabanza y el voto deben ser rendidos continuamente en Sion, es decir, en la Iglesia, contemplando tu gloria: o en la Jerusalén celestial eres digno de ser recordado como habitante. Por tanto, se te rendirá alabanza, porque eres Dios; voto, porque eres redentor.

Escucha mi oración. Por el Espíritu Santo: que con gemidos indecibles intercede por nosotros. A ti vendrá toda carne. Como si dijera: A ti se convertirá todo hombre.

Las palabras de los inicuos. Los dogmas de los filósofos, y las necedades de los gentiles. Prevalecieron sobre nosotros. Cuando no te conocíamos, como dijo Jeremías: Verdaderamente mentira y vanidad hablaron nuestros padres, y no les aprovechó (Jer. XVI). Y por nuestras impiedades tú serás propicio. Hasta el final hubiéramos estado en error, si no

hubieras sido propicio con nosotros: quien nos compraste con tu propia sangre. Así también dice el apóstol Pablo: Quien nos reconcilió con Dios Padre por la cruz (I Cor. V).

Bienaventurado el que elegiste y tomaste: habitará en tus atrios. Dios llama a todos: ni desprecia a ninguno; pero pocos lo siguen. Por tanto, quien se muestre digno de su elección, cohabita con él junto a los santos apóstoles en los tabernáculos eternos.

Nos llenaremos de los bienes de tu casa. Es decir, de la Iglesia, que abunda en diversos bienes de dones espirituales. Santo es tu templo. Aquel hombre en quien habita la plenitud de la divinidad; de quien se dice a María: Y lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. II): cuando en ella el Señor habitará para asumir carne. Admirable en equidad. Porque a los judíos que no creen, el mismo Señor les abrió la verdad de manera admirable.

Escúchanos, Dios nuestro salvador: esperanza de todos los confines de la tierra y en el mar lejano. El profeta, previendo, anunció que Cristo es la esperanza de la tierra, del mar, y de todos los confines. Pero lo que pide ser escuchado por Él: se entiende así, como si dijera: Ya ven, para que por ti merezca ser salvado.

Preparando montes en tu poder, ceñido de potencia. El mismo Señor, el Verbo hecho carne en el hombre asumido. Ceñido de potencia, oprimió la altitud de los montes de la dominación diabólica, y los preparó para los fuegos eternos. Ceñido de Dios contrae su vestidura. No podemos conocer la vestidura extendida de su fortaleza. Tú que turbas la profundidad del mar. La profunda jactancia de este siglo, moviéndola con la predicación apostólica. ¿Quién soportará el sonido de sus olas? En la destrucción de los ídolos, los demonios dan sonido: incitando a los paganos a que maten a los santos de Dios. Pero este sonido, por la potencia de Dios, es silenciado.

Se turbarán las naciones. Cuando no puedan prevalecer contra los santos. Y temerán los confines de la tierra por tus señales. Por la virtud de la cruz, que antes les era locura: o por estas maravillas se compungirán. Las salidas de la mañana, y al atardecer te deleitarás. En los himnos matutinos y vespertinos de la Iglesia se deleita Dios, por el alma fiel: que dejando el rito de las supersticiones vanas lo alaba devotamente. Por la mañana, alegría: por la tarde, tristeza.

Visitaste la tierra. Visitó ciertamente la tierra de nuestro cuerpo, asumiendo la materia de la carne. Y la embriagaste. No con vino de lujuria, sino con la infusión del Espíritu Santo. Multiplicaste enriquecerla. Con las riquezas de diversas gracias.

El río de Dios está lleno de aguas. En efecto, dice el Señor en el Evangelio: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII). Atiende al evangelista: esto decía del Espíritu Santo, que habrían de recibir los que creyeran en Él. Nosotros, pues, que hemos creído, ya somos el río de Dios. Nos llenaremos de agua, cuando somos lavados en el bautismo, y si somos dignos de ser llenos del Espíritu Santo. Nos enriquecemos con la misma lluvia de infusión espiritual, cuando llenos de la fuente de vida eterna, somos regados con dones espirituales. Preparaste su alimento, porque así es su preparación. Preparaste, digo, Señor, nuestro alimento en la comunión de tu bendito cuerpo y sangre: que si lo bebemos dignamente, escapamos al juicio de muerte. Tú eres el pan de vida que desciende del cielo: y que devuelve la vida al mundo.

Riegas sus surcos, multiplicando sus brotes: en sus gotas. Porque los surcos en nosotros emanan de aquel río: es decir, del Espíritu Santo, que nos embriaga con diversos dones de

gracias: para que a uno se le dé palabra de sabiduría, a otro profecía, a otro curación, a otro interpretación, o las demás donaciones: que obra un mismo espíritu, distribuyendo a cada uno como quiere (I Cor. XII). Por estos géneros de donaciones, se multiplican las Iglesias. Que primero fluyen en nosotros como gotas, luego se convierten en ríos. Después de esto se multiplican en generaciones: para que den fruto, uno al ciento, otro al sesenta, otro al treinta (Mat. XIII). Se alegrará germinando. La tierra ciertamente se alegrará (Is. LVIII): cuando en ella brote este fruto espiritual.

Bendecirás la corona del año de tu bondad. Con la que premiarás a los santos, y a ti mismo los coronarás con sus huestes. Otro profeta recuerda que el año aceptable es el mismo Señor: Bendecirás la corona del año suyo. Llamó corona al círculo y a los tiempos del año que siempre corren en sí mismos. O ciertamente porque en la pasión del Señor se obtuvo la victoria de todo el orbe. Y tus campos se llenarán de abundancia. Los campos, de la ley que no produjeron ningún fruto de alegría en la letra: ahora entendidos espiritualmente, se llenan con la abundancia del fruto del dogma evangélico.

Engordarán las hermosuras del desierto. La Iglesia ciertamente, que fluye con la gracia divina de Dios. Y con exultación se ceñirán los montes. Los mártires, o los demás santos: que honrados con inmensos premios de Dios, se ceñirán con gozos perpetuos.

Se han vestido los carneros de las ovejas. Patriarcas, profetas, o apóstoles: que fueron guías de las ovejas del rebaño eclesiástico, trasladados de la muerte a la vida: se visten de inmortalidad perpetua. Y los valles abundarán en trigo. Clamarán los santos de menor mérito, y no recibirán la corona: pero serán alimentados con los frutos de la vida eterna. Clamarán, pues dirán un himno. Todos los elegidos indistintamente por los dones de diversos dones, entonan perpetuas alabanzas a Dios. Por cuyos méritos nos congregamos, suplicantes oramos, para que nos unamos a los premios, para que si no merecemos ser honrados con premios, o adornados con coronas, al menos obteniendo el perdón, carezcamos de la pena del juicio eterno. Amén.

SALMO LXV.

Al final, Cántico del Salmo de la resurrección. Por el cántico, se entiende la inteligencia espiritual. Por el salmo, la obra de la resurrección: porque este salmo se refiere a la resurrección de Cristo.

Aclamad a Dios, toda la tierra: Cantad un salmo a su nombre. Lo que dice, toda la tierra: demuestra que todo el género humano es terrenal. A quien continuamente debe emitir aclamación a Dios, para ser rescatado de las iniquidades espirituales. Cantad un salmo a su nombre. Muchos alaban, pero no cumplen con la obra. Dad gloria a su alabanza. Para que así como le aclamáis con voces: así en Él os gloriéis por las buenas acciones; para que viendo los hombres vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. O aquello: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Salmo CXIII).

Decid a Dios, ¡cuán terribles son tus obras, Señor! Para que no adoren a la criatura, sino que comprendan la virtud del Creador en lo que contemplan. ¡Cuán terribles son tus obras! Terrible es lo que podéis admirar, y no podéis comprender, es decir, del pueblo judío elegido, y luego reprobado, y de las naciones primero condenadas, y luego elegidas. O los que parecen casi santos, y reprobados, y de los pecadores, que parecen casi reprobados, y elegidos. Los juicios de Dios son ocultos: terribles, es decir, temibles. En la multitud de tu poder te mentirán tus enemigos. Cuando vieron en Egipto las virtudes, y las señales: y en el mar Rojo.

Mintieron cuando dijeron: Todo lo que el Señor nos mande, lo haremos (Éxodo XXIV). De donde dice: La iniquidad mintió, y los enemigos del Señor le mintieron (Salmo XXVI).

Toda la tierra te adore, Dios, y te cante: Diga un salmo a tu nombre. Te adore, te venere: te cante, no a la criatura, que sometiste a sus usos. Aquí interpone un diapsalma, para convertir las palabras hacia nosotros, diciendo:

Venid, y ved las obras del Señor, terribles en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Invita a las naciones que vivieron largo tiempo en el error fanático, como antaño nuestros padres, a conocer a Dios. Quien con consejos terribles aconsejó al género humano, para que conociendo las obras del Creador, supieran del autor de las obras. Venid, y ved las obras del Señor. Venid, creed, ved, entended. Voz de los predicadores. ¡Cuán terrible, en sus consejos sobre los hijos de los hombres! Terrible, esto es, cómo uno es reprobado, y otro elegido. Se reprueban los judíos, y se eligen las naciones: como dijo en el Evangelio: Dos en el campo: uno será tomado, y otro será dejado. Dos moliendo: una será tomada, y otra será dejada (Mat. XXIV). Dos en la cama: uno será tomado, y otro será dejado. Es terrible, mientras de una misma masa fueron creados, y unos son elegidos, y otros reprobados.

Quien convirtió el mar en tierra seca: en el río pasarán a pie. Enseña a adorar a aquel que para el paso de Israel, secó el mar, y suspendió las aguas del Jordán (Éxodo XIV). Pero también el mismo Señor guía, pasó estas cosas como a pie, con el pueblo siguiéndolo. Por tanto, así como entonces estas aguas divididas por el mismo guía abrieron al pueblo el camino hacia la tierra de la promesa (Jos. III): así ahora para nosotros, si no contaminamos el bautismo, por Él lavados, siguiéndolo a Él, en quien hemos renacido, entramos en la región de los vivos. O pasarán a pie, los santos predicadores caminaron valientemente predicando: porque Dios les prepara el camino. De donde se dijo: Calzad vuestros pies con la preparación del Evangelio de la paz (Efes. VI). Allí nos alegraremos en lo mismo: quien domina en su poder eternamente. En lo mismo, esto es, en Cristo: porque quien aquí fue humillado, Él mismo domina en la eternidad. Así como su dominio de poder no está limitado por ningún fin: así nuestra alegría, por la que seremos conformes a Él, permanecerá perpetuamente.

Sus ojos miran sobre las naciones. Para que sean reprobados los judíos, y elegidos los gentiles; para que aquello: ¿El que formó el ojo, no considerará? (Salmo XCIII). Con santa contemplación mira a los pueblos que creerán: pues no está distinguido en absoluto por miembros. Los que exasperan, no se exalten en sí mismos. Los judíos ciertamente, mientras colocan la gloria de Dios en la amargura del fel en la natividad carnal de Abraham, siempre son humillados. La interjección del diapsalma cambia el orden de las palabras, para pasar de la profética vaticinación a la exhortación apostólica.

Bendecid, naciones, al Señor nuestro Dios, y haced oír la voz de su alabanza. Los apóstoles predican esto, para que las naciones bendigan a Dios: a quien los mismos apóstoles llaman suyo, y le obedezcan en quien han renacido por el bautismo. De aquí nuevamente habla el profeta.

Quien puso mi alma en vida: Para que no la consumiera la muerte perpetua. La muerte mató a la muerte, es decir, la muerte de Cristo mató a nuestra muerte. Y no dio mis pies a la conmoción. Sino que me estableció en las predicaciones que llevé a las naciones. De aquí sigue la voz de los mártires.

Porque nos reprobaste, Dios, nos examinaste con fuego, como se examina la plata, y nos introdujiste en el lazo, pusiste tribulaciones sobre nuestro lomo: impusiste hombres sobre

nuestras cabezas. Es decir, al diablo, para que se erigiera sobre nosotros, para probar. O de otro modo: No dijo de los ángeles, ni de los santos, sino de los pecadores, es decir, hiciste que los pecadores estuvieran sobre nosotros, para que los soportáramos con paciencia. Como aquello: Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios (Hechos XIV).

Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste a refrigerio. Aquí muestra las victorias de los mártires, que en diversas pasiones merecieron, y los lleva a un solo refrigerio, es decir, a Cristo el Señor: por los lazos, por las cruces, por los azotes, por los fuegos, los calores y otros diversos suplicios, por los cuales hechos holocausto acepto llegaron. El fuego devora, el agua absorbe. El fuego, la tentación: el agua, la prosperidad. O el fuego del Espíritu Santo. Nos introdujiste en refrigerio, esto es, en la bienaventuranza eterna.

Entraré en tu casa con holocaustos. Aquí el profeta no habla solo de sí mismo, sino también de aquellos que mencionó antes, que entraron en la casa de Dios: para que no solo se ofrecieran a Dios como hostia viva, sino también a aquellos que por su ejemplo sufrieron por el nombre del Señor: Para que pague mis votos: que distinguieron mis labios. ¿Qué votos distinguieron, sino para unir a otros a sí mismos en el martirio? O la promesa, para que alabemos a Dios, y lo confesemos como creador. Habló mi boca en mi tribulación. Porque hablaron, para que ninguna persecución los separara del amor de Cristo.

Ofreceré holocaustos medulados a ti. La fe del alma, o el afecto del cuerpo, o el cuerpo de Cristo. Los huesos inferiores a la carne: y la médula, inferior a los huesos. Medulados, esto es, viscerados con cuerpo y alma. Con incienso. Con el olor aceptable de la oración. Y carneros. Apóstoles, o doctores de las Iglesias.

Ofreceré a ti bueyes. Que, rechazando la contumacia de la ley, sometieron sus cuellos al yugo del Señor, que es suave. Con machos cabríos. Que después del pecado convertidos, permanecieron fielmente en el martirio. Aquí, sin embargo, todos se ofrecen al Señor por holocausto pacífico: a quienes ahora el profeta después del diapsalma dirige su discurso, diciendo:

Venid, y escuchad, y os contaré, todos los que teméis a Dios, cuántas cosas hizo a mi alma. A Él clamé con mi boca, y exulté bajo mi lengua. Vosotros que teméis al Señor, acercaos y considerad cómo ha establecido mi alma en la bienaventuranza sempiterna: porque no solo pido con la boca, sino que también en los secretos del corazón puro clamé al Señor. A Él clamé con mi boca: se declara manifiestamente en este lugar que el clamor en las Escrituras no debe tomarse como de voz, sino de corazón.

Si vi iniquidad en mi corazón: no escuchará el Señor. Por eso me escuchó mi Dios: y atendió a la voz de mi oración. Porque vi la pureza de mi mente, por eso me atreví a pedir.

Bendito sea el Señor, que no apartó mi oración, y su misericordia de mí. Lleno de misericordia no apartó mi súplica de sí: porque pedía lo que era justo. Pues siempre sus piadosos oídos están abiertos a las súplicas de los justos. Pero nosotros suplicamos humildemente al Señor, para que abra sus oídos a nuestras oraciones, y Él mismo nos, dando la remisión de los pecados, nos libre de las presentes tribulaciones: y hechos holocausto puro, con los vicios sacrificados, nos una a las huestes de los santos. Amén.

SALMO LXVI.

Al final, en Himnos, Salmo Cántico de David. Este salmo aunque pequeño, contiene la voz de los apóstoles y profetas, que anunciaron que el Señor había venido o vendría a las naciones.

Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga. La primera súplica es que Dios nos muestre misericordia; luego, que nos bendiga. Que la bendición que sigue a la misericordia sea tal que, al reprimir el dominio carnal, haga triunfar al espíritu. Que no sea nuestro juez, sino misericordioso. Dios tenga misericordia de nosotros. Es la voz de los apóstoles, hablando al pueblo reunido de entre las naciones. Ustedes han creído en nuestra voz. He aquí que esta Iglesia está reunida en el nombre del Señor; por eso decimos: Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga. Que disuelva con su bendición la primera maldición en el hombre. Ilumine su rostro sobre nosotros. Que no lo veamos triste por nuestros pecados, sino gozoso por nuestras virtudes. Que no lo sintamos como juez, sino como Padre. Ilumine su rostro sobre nosotros. ¿Cuál es el rostro de Dios? Sin duda, su imagen. Pues el Apóstol dice que el Hijo es la imagen del Padre (Rom. II). Por lo tanto, que nos ilumine con su imagen, es decir, con su Hijo: ilumine sobre nosotros, para que él mismo nos ilumine. Porque la luz del Padre es la luz del Hijo. Quien ve al Padre, ve también al Hijo. Donde no hay distancia entre gloria y gloria, ambos son gloria. Esto lo piden los apóstoles y los profetas, para que, iluminados por el rostro de Dios, su predicación sea la luz de todas las naciones.

Para que conozcamos en la tierra tu camino, y en todas las naciones tu salvación. Que nuestra predicación sea tan poderosa que tu camino o tu salvación, es decir, Cristo el Señor, sea visto en aquellos que ahora piensan en lo terrenal y están en el error del paganismo. Para que conozcamos en la tierra tu camino. Esto pedimos, que ilumines tu rostro: es decir, tu imagen sobre nosotros, que siempre estuvo oculta en ti, y como en secreto, y en las tinieblas de tus misterios: según lo que está escrito: puso las tinieblas como su escondite (Sal. XVII). Esto pedimos, que ilumines sobre nosotros, para que el misterio que estuvo oculto por generaciones, según el Apóstol, se revele en nosotros (I Cor. II). ¿Por qué pedimos todo esto, por qué lo deseamos? Si no iluminas tu imagen sobre nosotros, no podemos conocer tu camino y tu conocimiento, para que tu majestad, que es conocida en los cielos, sea conocida también en la tierra. Para que conozcamos en la tierra tu camino. Yo soy, dice, el camino, la vida y la verdad (Juan XIV). Para que conozcamos en la tierra tu camino. En la tierra lo conozcamos: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mat. VI), para que aquel a quien los ángeles adoran en los cielos, también los hombres lo adoren en la tierra. Pero alguien dirá: porque el camino de Dios era conocido: Conocido es Dios en Judá: en Israel es grande su nombre. Dios era conocido, pero el camino de Dios no era conocido en Judá. Por lo tanto, ahora dice: En todas las naciones tu salvación. No en un solo pueblo, sino en todas las naciones. En todas las naciones tu salvación. Donde en latín tenemos salvación, en hebreo se dice Jesús. De hecho, el ángel también dice esto: Y llamarás su nombre Jesús (Luc. II). Porque él salvará a su pueblo. En todas las naciones tu salvación. He aquí que se ha cumplido lo que los apóstoles pidieron: En todas las naciones es conocida su salvación. Dondequiera que pueda haber lenguaje humano, allí resuena Jesús.

Confiesen a ti los pueblos, Dios: confiesen a ti todos los pueblos. ¿Confiesen a ti los pueblos, de los judíos? No: sino, que todos los pueblos confiesen. Así como todas las naciones, así también todos los pueblos. Confiesen a ti los pueblos, Dios. ¿Qué confiesen? Sin duda sus pecados: o ciertamente confiesen que tu imagen está en ti. Que te confiesen en el Hijo, que te vean en él: que te adoren en él.

Alégrense y exulten las naciones. Porque han sido liberadas de la cautividad del diablo: porque las que antes se inclinaban para adorar ídolos, madera y piedra, ahora con el rostro erguido miran al cielo. Porque juzgas a los pueblos con equidad. Donde hay equidad y juicio, allí no hay alegría, sino temor de los pecadores. ¿Y cómo dijo: Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga, y ahora dijo: Alégrense y exulten las naciones: porque juzgas a los pueblos con equidad? Parece ser contradictorio. Si necesitan misericordia, ¿cómo se alegran y exultan: porque juzgas a los pueblos con equidad? Porque donde hay misericordia, no hay juicio; pero donde hay juicio y equidad de juicio, allí está lejos la misericordia. Pero este es el sentido: Alégrense y exulten las naciones. ¿Por qué, alégrense? Porque juzgas a los pueblos con equidad: porque no tomas en cuenta la persona de una sola nación, sino que eres Dios de todos. No solo los judíos te agradan, sino que todo el mundo es tuyo. Alguien dirá: Estás forzando la Escritura, no lo dijo en este sentido. La Escritura se interpreta a sí misma, que dice: Porque juzgas a los pueblos con equidad. ¿Qué pueblos? Y guías a las naciones en la tierra. Las naciones que antes no caminaban con paso recto, las has hecho caminar en tu camino. Para que conozcamos en la tierra tu camino, para que caminemos en el camino, no en los caminos equivocados, y por un solo camino lleguemos a ti, de quien nace el camino. Porque no vamos al Padre, sino por el Hijo. Alguien dirá: Es doctrina de los arrianos. Por lo tanto, se llega al Padre por el Hijo. Yo digo esto, porque por la imagen vamos al rostro; y en la luz vemos la luz, en el Hijo vemos al Padre. Es un misterio y una dispensación lo que se dice. Sin embargo, si alguien piensa que es blasfemo, porque hemos dicho que el Hijo es el camino, y que por el camino vamos como a Dios, veamos lo que dice este mismo camino: Nadie viene a mí, si el Padre no lo trae a mí (Juan VI). Así como el Hijo lleva al Padre, así también el Padre lleva al Hijo. Estas son palabras humanas. Sin embargo, tanto el Hijo lleva al Padre, como el Padre lleva al Hijo, y es una sola naturaleza, y una sola sustancia.

Confiesen a ti los pueblos, Dios, confiesen a ti todos los pueblos. Ya lo había dicho antes, y en este pequeño salmo, repite estos dos versículos nuevamente. Pues había dicho antes: Confiesen a ti los pueblos, Dios: confiesen a ti todos los pueblos: Alégrense y exulten las naciones, y demás: y ahora repite nuevamente estos versículos, como si los apóstoles cantaran a todas las naciones. Muchas veces me han atacado desde mi juventud, diga ahora Israel (Sal. CXXVIII). Muchas veces me han atacado desde mi juventud. Vean cómo ellos cantan, y la multitud de todas las naciones responde. Así también ahora, cuando ellos dicen al principio: Confiesen a ti todos los pueblos, y los apóstoles ordenan, y dicen: Confiesen a ti los pueblos, Dios: Confiesen a ti todos los pueblos, porque los ven callar, por eso repiten lo mismo, y dicen: Confiesen a ti los pueblos, Dios, confiesen a ti todos los pueblos. Lo dijimos una vez, no escucharon; lo decimos de nuevo, para que canten. ¿Por qué dijimos todo esto, tanto una vez como la segunda, para que los pueblos confiesen a Dios? ¿Por qué decimos esto? ¿Por qué lo ordenamos? Porque juzgas a los pueblos con equidad. A los judíos, que por la abundancia de maldad, son considerados pueblos, según aquello: Los pueblos meditaron cosas vanas (Sal. II). Y guías a las naciones en la tierra. Las guiará en el camino de la vida, dada la remisión de los pecados. Cuando se dice, todos, no solo ora por el pueblo de las naciones, sino también por los judíos, para que ellos también, convertidos, confiesen a Cristo Hijo de Dios. La tierra ha dado su fruto. La tierra, santa María, de nuestra tierra, de nuestra semilla, de este barro, de este limo, de Adán. Tierra eres, y al polvo volverás (Gen. III). Esta tierra ha dado su fruto. Lo que perdió en el paraíso, lo encontró en el hijo. La tierra ha dado su fruto. Primero dio la flor. Dice también en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles (Cant. II). Esta flor se ha convertido en fruto, para que lo comamos, para que comamos su carne. ¿Quieren saber quién es este fruto? Virgen de virgen: Señor de sierva: Dios de hombre, hijo de madre, fruto de la tierra. Vean lo que dice el mismo fruto: Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no puede dar mucho fruto (Juan XII).

La tierra ha dado su fruto: ha dado el grano de trigo. Ese grano de trigo cayó en la tierra, y murió, y por eso da mucho fruto. Se multiplicó en la espiga: lo que cayó solo, resucitó en muchos. Pues el grano de trigo cayó en la tierra, y surgió una abundante cosecha. La tierra ha dado su fruto. Por eso, confiesen a ti los pueblos, Dios, confiesen a ti todos los pueblos. La tierra ha dado su fruto. ¿Quién es este fruto?

Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios. Dios, Padre: Dios nuestro, Hijo. Pues él es nuestro Dios. Y llamarás su nombre Emmanuel, que significa, Dios con nosotros. Dios nuestro nos bendiga. Dios Espíritu Santo. Vean el misterio de la Trinidad comprendido en un solo versículo. La tierra ha dado su fruto. En este fruto, se contiene el misterio de la Trinidad. Bendíganos Dios, nuestro Dios. Quien es Dios de todos por naturaleza, se ha hecho nuestro Dios propiamente. Bendíganos Dios. Expulse la antigua maldición. La maldición nos expulsó del paraíso: que la bendición nos devuelva. Y teman a él todos los confines de la tierra. No dijo: Ámenlo todos los confines de la tierra. Porque el amor perfecto expulsa el temor. Temer es de los principiantes; amar, de los perfectos. Quien aún teme, está en el inicio, no tiene una fe perfecta y plena. Pero quien ama a Dios, todo le resulta para bien. Parece una sentencia breve y simple. Pero examinémosla, y en estas simples palabras, encontraremos grandes misterios. Encontraremos dentro lo que está oculto fuera. Pero a los que aman al Señor, todo coopera para bien. Job, hombre santo, fue probado, perdió hijos e hijas, su casa se derrumbó, lo perdió todo, todo lo perdió de repente; ni padre, ni señor; no le quedó nada de salud en el cuerpo, salvo la lengua para poder blasfemar. Vean al tentador diablo. Desde la planta del pie hasta la coronilla lo hirió con una llaga terrible, es decir, con elefantiasis (Job I). De allí fluían gusanos por todo el cuerpo, y podredumbre. Solo le dejó la lengua intacta, para que pudiera blasfemar contra su Señor. En todo esto no pecó Job con sus labios. Vean la magnitud de la tentación, vean la magnitud de la virtud. Vean y consideren que la sentencia del Apóstol se ha cumplido: Pero a los que aman al Señor, todo coopera para bien (Rom. VIII). En el tiempo en que perdía sus bienes, en que perdía a sus hijos; parecía que lo que le sucedía era contrario; pero porque amaba al Señor, esos males que le sobrevenían, le cooperaban para bien. Aquellos gusanos del cuerpo le preparaban la corona del cielo. Antes de ser probado, Dios nunca le había hablado; pero después de ser probado, Dios vino a él, y le habló familiarmente, como un amigo con su amigo. Que vengan las plagas, todo tipo de castigos, mientras después de las plagas, venga Cristo. Nos hemos desviado del salmo, pero no inútilmente, porque habíamos dicho: Y teman a él todos los confines de la tierra, y habíamos dicho, porque temer es de los pequeños; pero amar, de los perfectos, y habíamos dicho para comprobar esto del Apóstol: Pero a los que aman al Señor, todo coopera para bien. Y teman a él todos los confines de la tierra. No solo Judea, sino todos los confines de la tierra. Según la tropología, todos los confines de la tierra: no la mitad de la tierra: no aquellos que están en medio de la tierra, sino los que están en el fin de la tierra, que dejan la tierra, y se apresuran a ir al cielo. Por lo tanto, lo que los apóstoles dijeron al principio, digamos nosotros al final: Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga; ilumine su rostro sobre nosotros, y tenga misericordia de nosotros; y hará conocer en la tierra su camino. Cuando Cristo venga manifiesto en gloria, entonces hará conocer a todos por qué descendió con tanta humildad de carne. La tierra ha dado su fruto. María ha dado a luz al Salvador.

SALMO LXVII.

Al final, Salmo del Cántico de David. Salmo, obra: Cántico, inteligencia de la mente espiritual. El salmo sesenta y siete, si se entiende espiritualmente, se encuentra lleno de los sacramentos de la Ley y de los Evangelios, que así comienza con voz profética:

Levántese Dios, y sean dispersados sus enemigos. Y este salmo se entiende de manera particular y general. Particularmente del mismo Señor, para que resucite de entre los muertos, y disperse a sus enemigos: es decir, al diablo y su ejército, o a los judíos. Generalmente, cuando estamos en tribulación y angustia, y decimos: Levántate, ¿por qué duermes, Señor? Levántate y ayúdanos (Sal. 43). Y huyan los que lo odian de su presencia. No dijo, perezcan, sino, huyan: porque los pecadores no pueden estar en la presencia de Dios. El profeta, previendo, ora para que al levantarse él, las dominaciones diabólicas huyan, porque también ahora es indudable que a la invocación de su nombre no pueden permanecer.

Como se desvanece el humo, desvanezcan. No para que sean reducidos a la nada, sino para que cesen de sus pecados. Como se derrite la cera ante el fuego. Así como la cera se derrite, y no pierde su naturaleza, sino que se ablanda: así también estos no perezcan, sino que depongan su maldad, y así se conviertan al arrepentimiento, y sean salvados. Así perezcan los pecadores de la presencia de Dios. Porque los pecadores no son dignos de ver a Dios.

Y los justos se regocijen. Los que permanecen en su justicia, que no tienen vicios, se deleiten en el Señor. O de otra manera: que la pena del juicio los persiga, para que como la tenacidad del humo se desvanezcan, y como la cera ante el fuego se disuelvan, mientras los santos se regocijan en los bienes celestiales. Exulten en la presencia de Dios, y se deleiten en la alegría. Gran confianza es, exultar en la presencia del Señor. Así como el administrador que ha manejado mal la sustancia confiada por el Señor y la ha perdido, teme la presencia del Señor, así también el que ha administrado bien, exulta en la presencia del Señor. Exulten en la presencia de Dios, y se deleiten en la alegría: no solo por la venganza, sino también por la bienaventuranza eterna.

Canten a Dios, canten salmos a su nombre. Canten, en la teoría siempre significa la Escritura: esto es, considerar los misterios, y el sentido de la Escritura divina. Salmodiar, en cambio, significa en la Escritura obrar bien: por ejemplo, que el oído realice su obra. De igual manera la boca, los ojos, las manos, y todos los miembros, si consienten, y así tocan el salterio en las virtudes. Canten al Dador de la alegría eterna: y honren con voces su nombre. Preparen el camino para él que asciende sobre el ocaso: su nombre es el Señor. Enseña que, al reprimir los tumores del pecado, preparemos un camino llano en nuestros corazones por la justicia: quien ascendiendo sobre el ocaso de la muerte, regresó victorioso de los infiernos. Si no se nos oculta el sol de la iniquidad, no puede surgir para nosotros el sol de la justicia, cuya salud está en los cielos.

Exulten en su presencia. Pues en su presencia debemos alegrarnos, y no deleitarnos en las seducciones de este mundo. Se turbarán ante su presencia los padres de los huérfanos, y los jueces de las viudas. Aquellos que ahora se dicen tutores y jueces, y con esta ocasión engañan a los bienes de los pobres; se confundirán, cuando el Altísimo comience a mirar.

Dios en su santo lugar. En el alma fiel. Dios siempre habita en sus santos. Dondequiera que hay santidad, allí está la morada de Dios. Dios que hace habitar a los de un mismo sentir en la casa. En la Iglesia, en la que infunde el espíritu de caridad a los que permanecen fielmente, que son de un mismo sentir, y no cambian. Pues el justo no cambia: porque ha decidido permanecer en la justicia. Pero el pecador cambia. Porque el insensato cambia como la luna (Eclo. XXVII). En hebreo, sin embargo, dice: El Señor hace habitar a los monjes en la casa: es decir, en quienes no cohabita el pecado.

El que saca a los cautivos con fortaleza. El mismo Dios, con su poder, saca a aquellos que están atados por el diablo en pecados: como aquella mujer en el Evangelio: que había estado

atada por el diablo durante dieciocho años (Luc. XIII). De igual manera a aquellos que irritan, que habitan en los sepulcros. Dios es dulce por naturaleza. Pero aquellos que lo llevan a la amargura, son pecadores, y hacen para sí un Dios amargo. No cambian su naturaleza, sino que los pecadores hacen para sí un Dios amargo. Que habitan en los sepulcros. Atado dentro de su casa al fuerte, es decir, al diablo, que estaban atados por los pecados, los liberó, y a aquellos que, entregados a los ídolos, irritaban a Dios, y yacían como muertos en los sepulcros, los liberó: como aquello en el Evangelio: Ay de vosotros, escribas y fariseos: porque sois semejantes a sepulcros blanqueados (Mat. XXIII). Así como el santo es templo de Dios, así el pecador se convierte en sepulcro para sí mismo.

Dios, cuando salías delante de tu pueblo. Esto según la historia, cuando Dios precedía a su pueblo saliendo de Egipto (Éxodo XIV). Cuando pasabas por el desierto. Dios no mora en el desierto, sino que pasa. La tierra se movió, y los cielos destilaron ante la presencia de Dios en Sinaí, ante la presencia de Dios de Israel. Los cielos destilaron, esto es, el maná (Éxodo XVI). Sinaí se interpreta como tentación. Por lo tanto, Dios habita en aquellos que son tentados y superan. Pero en aquellos que están en delicias, no habita. Pues los cielos destilaron ante la presencia de Dios en Sinaí, ante la presencia de Dios de Israel. Aquí se designa al autor del Nuevo y del Antiguo Testamento. Pues quien precedió al pueblo israelita en el desierto, él mismo visitó los desiertos de las naciones en los Evangelios. Y por quien entonces en Sinaí fluyó el maná para esta generación; él mismo suministra a la nación cristiana el maná de su cuerpo y sangre en la Iglesia.

Pluviam voluntaria separarás, Dios, a tu heredad. La predicación santa, que a través de los apóstoles desciende en los corazones de los hombres como un riego abundante. O se refiere a la ley dada por Moisés. En efecto, se debilitó. O cuando Pablo tuvo en sí la sentencia de muerte: o cuando Pedro negó al Señor tres veces: o cuando los demás apóstoles, dejando al Señor en su pasión, huyeron (Mat. V). La ley se debilitó: porque nadie pudo cumplirla, excepto el Señor que dijo: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla. Y según el Apóstol: Porque lo que era imposible para la ley, en lo que se debilitaba, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley: para redimir a los que estaban bajo la ley (Gál. IV). Tú, sin embargo, la perfeccionaste: tus animales habitarán en ella. Pues tu resurrección, apartando lo que vacilaba, llevó esta predicación a la perfección: para que en ella habiten las naciones que antes eran consideradas como animales irracionales. Tus animales habitarán en ella: esto es, en la heredad. Llamó animales a aquellos que viven en Dios: esto es, los santos. O de otra manera: Separarás lluvia voluntaria. Lluvia voluntaria, debemos entenderla como preceptos o maná. Y se debilitó: tú, sin embargo, la perfeccionaste. La ley que fue debilitada por la transgresión de los judíos, fue completada con la gracia del Evangelio.

Preparaste en tu dulzura para el pobre, Dios. El Señor dará palabra a los que evangelizan con gran poder. En hebreo dice: Las que evangelizan: esto es, a las mujeres que evangelizaban a los apóstoles: donde se dice: Id y decid a mis hermanos, y lo demás (Mat. XXVIII). O significa las almas que creyeron en Cristo. Según los intérpretes de los Setenta, se dice a los apóstoles: porque el Señor les dio el poder de predicar el Evangelio. Esta dulzura de la lluvia, que supera el sabor de la miel y el panal, fluyó en los pobres, es decir, en los santos de Dios, que salió de la boca de los apóstoles, por mandato de Dios, con gran poder.

Rey de virtudes del amado, del amado. Las virtudes del amado de Dios: es decir, de Cristo, son los apóstoles. El Señor, por tanto, que es el rey de las virtudes del amado, dará gran poder a los que evangelizan en la predicación: para que, vencidos los enemigos de la Iglesia, judíos o demonios, se repartan los despojos. La belleza de la casa es la Iglesia: cuyos despojos

divididos se refieren: es decir, cuando los creyentes, separados de los ídolos, obtuvieron diversos grados de ministerios en ella: distribuidos por el mismo amado del Padre, y con la cooperación del Paráclito. Rey de virtudes del amado. Rey Padre: virtudes: esto es, de los santos. Del amado, del Hijo. Este es mi Hijo amado, escuchadle (Mat. XVII). Del amado. Si alguien ama a otro, siempre lo tiene en la boca. Por tanto, el Espíritu Santo, por el amor que tiene al Hijo, frecuentemente lo menciona. Y dividir los despojos de la casa de la especie. Los mismos apóstoles dividen en las Iglesias los despojos, que tomaron de los ídolos.

Si dormís entre los cleros, las plumas de la paloma plateadas y las partes traseras de su espalda en el resplandor del oro. Cuando creas en los dos Testamentos, encontrarás en ambos al Espíritu Santo. Y aunque hay belleza incluso según la letra, saber lo que lees: sin embargo, la fuerza de toda la belleza está en el sentido. Así, el adorno exterior de las palabras se demuestra en el nombre de la plata: pero los misterios más ocultos se contienen en los dones escondidos del oro. Si dormís entre los cleros: esto es, si descansáis entre el Nuevo y el Antiguo Testamento: encontraréis en los dos Testamentos la gracia del Espíritu Santo. Se llaman cleros a cada uno de los libros: esto es, Génesis, Éxodo, Jueces, Evangelios, Apóstol. Las plumas de la paloma plateadas. Plateadas, significa la clara palabra de la Escritura divina. Y las partes traseras de su espalda en el resplandor del oro: esto es, en los interiores, los misterios se entienden espiritualmente. Si hasta la consumación de la vida presente, que a menudo se toma como sueño, descansáis entre los dos Testamentos: es decir, el Nuevo y el Antiguo Testamento: encontraréis en ellos al Espíritu Santo: cuyas plumas en los predicadores son plateadas, respondiendo por la belleza del discurso. En las partes traseras, que se llaman escápulas, porque cubren el pecho, se muestra el fruto de la buena conciencia: que después de haber cumplido el Evangelio, se transforma en la especie del oro, es decir, en honor regio.

Cuando el celestial distingue, los reyes sobre ella serán emblanquecidos en Selmón. Llama reyes a los santos, que luchan contra sus pasiones. Estos santos, por tanto, se dividen en las Iglesias: como Pablo entre los gentiles, Pedro en la circuncisión. El Señor celestial, habiendo separado a estos de las idolatrías que mencionamos antes, los establece como reyes en la belleza de esa casa. Pero primero serán emblanquecidos en Selmón. Esto es lo que dice, aunque sean santos; sin embargo, en este mundo son como sombra, conociendo en parte. Selmón, se interpreta como sombra. Cuando, por tanto, el rey celestial Cristo comience a establecer y dividir apóstoles y príncipes en su Iglesia: no tendrán plena luz, sino alguna parte de conocimiento: porque ahora vemos en parte, y en parte profetizamos (I Cor. XIII).

Monte de Dios, monte fértil: monte cuajado, monte fértil. Este es el monte al que en Isaías y en Miqueas, se exhortan mutuamente a subir (Isa. II, y Miqueas IV). Pero lo que dice: cuajado: se ajusta a las palabras del Apóstol, que dice: Os di a beber leche, no alimento (I Cor. III). O el monte que en Ezequiel hiere al príncipe de Tiro (Ezequiel XXVI). Llama monte al mismo Señor. ¿Por qué sospecháis de los montes cuajados? Esto lo dice a los judíos, que piensan que Moisés y los profetas son semejantes al Salvador.

Monte en el que complació a Dios habitar en él: Este es el sentido: No debéis pensar que hay muchas Iglesias, que tengan los pechos de las doctrinas, y puedan nutrir a los creyentes con la leche del conocimiento. Una es la Iglesia, y uno es Cristo, esposo de la Iglesia. Porque en ningún otro habitará continuamente el Espíritu Santo, sino en el Salvador, diciendo Juan: En quien veas al Espíritu descender, y permanecer en él (Juan I); él es quien, cortado sin manos, llenó la amplitud de toda la tierra: es decir, el hombre del Señor. Porque el Señor habitará hasta el fin. En el cuerpo, que tomó de la santa María, porque con él fue llevado al cielo.

Carros de Dios diez mil veces múltiples. Hiperbólicamente dice potestades administrativas y santos, porque son innumerables, como dijo en Daniel: Mil millares le servían, y diez mil veces cien mil estaban delante de él (Dan. VII). Y en Ezequiel se describe, que los querubines de cuatro alas, en los cuatro ángulos tienen cuatro caras: cuyo auriga es Dios (Ezequiel I y X). Querubines se interpreta como plenitud de ciencia. La cara de león significa, real: esto es, reinar sobre las pasiones: la cara de hombre, racional; la cara de buey, en la obra: la cara de águila, en la contemplación, esto es, en la teoría: que nos eleva en las virtudes. Pero para decirlo en conjunto: El trono de Dios está en los santos. Diez mil veces múltiples: Porque muchos miles de carros seculares, vencieron evangelizando a Cristo en todo el mundo. Miles de los que se alegran, el Señor en ellos. Indica que aquí están los ministerios divinos. En el Sinaí, en el santo. Esto es, en los santos está Dios cuando son tentados, y después de la tentación sigue la santidad. Porque es imposible que alguien, aunque sea santo, pase sin tentación en este mundo, según Job: La vida del hombre en la tierra es tentación (Job VII).

Ascendiste a lo alto, llevaste cautiva la cautividad. Ascendiste a los cielos: nos cautivaste, que estábamos cautivos por el diablo. Quien una vez descendiendo en el Sinaí, distribuyó la ley al pueblo, él mismo ahora en el santo, es decir, en el hombre asumido (del cual el ángel a María (Luc. I): Lo que nacerá de ti, será llamado santo) ascendiendo a las alturas de los cielos: liberó a los que estaban en la cautividad del diablo: y tras de sí, como cautivos llevados, los restituyó a la vida eterna. Así también la carne asumida, como cautiva, la elevó a las estrellas. Recibiste dones en los hombres. Bien dijo, recibiste. Del Padre recibió: recibió como hombre, da como Dios: y lo que recibió, lo recibió para los hombres, para darlo. Porque él mismo está lleno, y no necesita nada. Dio dones de gracias espirituales a los hombres: que por la fe se acercaron a él desde entonces.

Porque no creyentes, habitar al Señor Dios. Y a estos hombres; es decir, al pueblo de entre las naciones, Cristo les otorgó: que no creían que Dios pudiera habitar entre los mortales: y los salvaste, que no creían que fuera posible que Dios habitara en los hombres: esto es, que el Salvador tomara carne. O también les ministró bienes, a los que estaban sin esperanza de que en su Iglesia pudieran habitar.

Bendito sea el Señor cada día. Quien progresa, cada día puede bendecir a Dios. ¿De qué me sirve, si ayer bendije: y hoy no puedo bendecir? Y por los beneficios anteriores, y porque ahora nos prepara un camino llano para venir a él, es continuamente digno de ser bendecido. Dios hará próspero nuestro camino de salvación. Porque por él somos salvados. Dios hará próspero nuestro camino de salvación. Ten confianza, pecador: no dudes que cada día puedes bendecir a Dios. Pues dice: Dios hará próspero nuestro camino. Por tanto, Dios nos ayuda, y coopera con nosotros. De nuestras salvaciones. Bien dijo en plural, salvaciones: porque tantos pecados hemos cometido, tantas salvaciones tenemos. Diapsalma en hebreo tiene SELA (): esto es siempre y continuamente. Por tanto, Dios siempre nos ayuda.

Nuestro Dios. Porque aparte de él no conocemos a otro. Dios de las salvaciones, y del Señor Señor las salidas de la muerte. Está presente para salvar a los que perecen: porque nació para nuestra redención. Y del Señor Señor es la salida de la muerte: porque él primero abrió la salida de la muerte, diciendo el Apóstol: Se hizo, dice, primogénito de los muertos, porque él resucitó de los muertos, y nos hizo resucitar con él (Col. I; Apoc. I). De otra manera: El diablo es la entrada de la muerte: el Señor, en cambio, saca.

Sin embargo, Dios quebrantará las cabezas de sus enemigos. Salido de las salidas de la muerte quebranta las cabezas del diablo, y todas sus virtudes. Tú quebrantaste las cabezas del dragón en el agua. Cuantos pecados hay, tantas cabezas tiene el diablo: Principados y

potestades, que como cabeza sobresalían a todos, esto es, dominaciones diabólicas. La cima del cabello de los que caminan en sus delitos: La cumbre de la altivez de aquellos que, descuidando la penitencia, persisten en los pecados. Tanto se quebranta su cabeza, que no queda en él ninguna virtud con la que incite a los pecadores. La cima de la cabeza, es el cabello, y los cabellos, la cima. Por tanto, esto dice, que no quede en el diablo ni lo más mínimo que no sea quebrantado.

Dijo el Señor: De Basán convertiré, convertiré en el profundo del mar. Para que se moje tu pie en sangre, la lengua de tus perros de los enemigos de él. Basán, se interpreta como confusión. De la confusión, por tanto, nos convierte Dios. Pero esto porque soportó la cruz, y su pie fue mojado con su propia sangre, clamando contra él los judíos y diciendo: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX). Estos judíos fueron incitados por los enemigos de Cristo: esto es, por los demonios. Pero para que todo esto sucediera, fue la voluntad del mismo Salvador que permitió que esto sucediera. O también de la confusión de este mundo convertiré al género humano: esto es, por mi pasión y cruz, que estos consideran necedad y confusión. Convertiré Basán, mi pueblo. Convertiré en el profundo del mar: es decir, de los vicios profundos, y pecados de este mundo: de la conmoción, y olas convertiré a mi pueblo. Para que se moje tu pie en sangre. Porque su pie fue mojado en su sangre. El lagar lo pisé solo, y de los pueblos no hubo hombre conmigo (Isa. LXIII). Y de nuevo: ¿Quién es este que sube de Edom? sus vestiduras fulgentes de Bosor (Ibid.). Edom, se interpreta como sangre: Bosor, carne. Significa al mismo Señor nuestro crucificado. La lengua de tus perros de los enemigos de él. Llama perros a los mismos judíos, como antes: que clamaron, crucifícalo, crucifícalo tal: no tenemos rey sino a César (Juan XIX). De los enemigos, sin embargo, sometidos por los demonios a negar al Salvador, y blasfemar de él. De otra manera: Porque tú mismo viniste por tu voluntad y sufriste: y por tu voluntad fuiste crucificado por los judíos. Porque el pie del Señor fue mojado en sangre, cuando la carne asumida en la que la divinidad se ocultaba, fue herida con la lanza. Por tanto, de esa misma sangre, también su lengua fue mojada, de aquellos que dijeron: He aquí su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII). Pero después del glorioso triunfo de la ascensión del Señor, por la venganza del Señor, también el pie de los enemigos fue mojado en su sangre: y ciertamente la rabia canina de los enemigos fue saciada por él.

Vieron tus entradas, Dios, las entradas de mi Dios, mi rey que está en el santo. ¡Oh cuán admirablemente en este salmo el Antiguo Testamento concuerda con las palabras de los Evangelios! Porque fueron vistas las sendas de Cristo en la entrada del mar Rojo (Éxodo XIV): fueron vistas también en los Evangelios de nuestro rey; cuando en el santo hombre elevado, fue llevado a los cielos (Juan XX; Hechos I).

Precedieron los príncipes unidos a los que cantan: en medio de las jóvenes tamborileras. Y ciertamente en aquel paso del mar precedieron los príncipes: es decir, primero salieron o Moisés, o los demás ancianos, y se unieron a las jóvenes en el camino celestial. Precedieron los príncipes, las almas de los santos ángeles, que con el cuerpo mortificado cantaban las alabanzas del Señor, diciendo: Levantad, príncipes, vuestras puertas: porque ya regresa el triunfador del infierno (Sal. XXIII). Por eso, tamborileras: porque su cuerpo está muerto al pecado. Y María, hermana de Moisés y Aarón, sosteniendo un tambor en Éxodo, precedía a los que cantaban y decía: Cantemos al Señor, porque gloriosamente se ha honrado (Éxodo XV). De otra manera: Precedieron los príncipes unidos a los que cantan en medio de las jóvenes tamborileras. Los apóstoles con las Iglesias, unidos igualmente precedieron con paso conjunto. Bien testifica que los precedieron: porque los príncipes de la fe son de los judíos.

En las Iglesias bendecid al Señor. Más claramente ha hablado, a quienes antes llamó tamborileras. Al Señor de las fuentes de Israel. Porque la salvación es de los judíos: y de allí la primera Iglesia. Porque de la sombra de la Ley, surgió la doctrina de la Iglesia: en la cual ahora el Señor, que de la descendencia de la estirpe israelita tomó carne, es bendecido.

Allí Benjamín. El apóstol Pablo, que desciende de la tribu de Benjamín. Allí, en la Iglesia. Joven. El último de todos los apóstoles. En el éxtasis de la mente. Que sufrió en Damasco cuando iba.

Príncipes de Judá sus duques. Los apóstoles son príncipes de Judá: esto es del Señor, como dice Jacob: Judá, te alabarán tus hermanos (Gén. XLIX). Zabulón, y príncipes de Neftalí. Zabulón se interpreta como flujo de la noche. Neftalí, amplitud. Cuando seamos liberados de la pasión de la lujuria: esto es, de aquel flujo: entonces comenzamos las amplitudes de las virtudes. O de otra manera; Príncipes de Zabulón, y príncipes de Neftalí. Muestra a Pedro y Andrés, príncipes de los apóstoles: que en la densidad de las tinieblas, anunciando aquella gran luz, fueron constituidos doctores del Evangelio, según aquello: Tierra de Zabulón, y tierra de Neftalí, camino del mar más allá del Jordán, Galilea de los gentiles, el pueblo que estaba sentado en tinieblas, vio gran luz (Isa. XLIX).

Manda, Dios, a tu poder. A tu Cristo. Confirma esto, Dios, que has obrado en nosotros. Para que el don del bautismo que confirió, lo confirme con la infusión del Espíritu Santo. Confirma esto, Dios, que has obrado en nosotros: esto es, la salvación que nos diste por tu pasión confirma, y da ayuda, porque somos hombres, y no podemos caminar en las virtudes, si no hemos obtenido tu ayuda.

Desde tu templo que está en Jerusalén: te ofrecerán los reyes dones. Llama reyes, a los que reinan sobre sí mismos, según está escrito: El corazón del rey está en la mano de Dios (Prov. XII). Ellos ofrecerán dones a Dios. Las virtudes de los santos, son dones de Dios. O desde aquel templo corporal, que hicieron santo viviendo bien. Reyes en los que el pecado ya no reina, ofrecerán en la Jerusalén celestial, que es la Iglesia de los primogénitos, dones al rey eterno: ofreciéndose a sí mismos como hostia viva, agradable a Dios en presencia de todos los ángeles.

Reprende a las bestias del cañaveral. Las bestias del cañaveral, son los demonios, de frágil y débil poder. O son los herejes, que tratan, y escriben contra ti para engañarnos. Porque es necesario que haya herejías entre nosotros. Porque se llaman fieras porque capturan almas, y las matan. O reprende a las fieras del cañaveral: la soberbia bestial de los judíos. Congregación de toros entre las vacas de los pueblos. Significa a los mismos herejes; porque no pueden engañar a nadie sino a los más simples, y pequeños; esto es, a las vacas menores. Porque no pueden engañar a los toros: esto es, a los grandes. Para que excluyan a los que han sido probados como plata. Y por eso engañan a los más simples: esto es, a la multitud, para que lleguen hasta los santos, y los excluyan del reino de los cielos. O en los toros, indica a los líderes de los judíos: que llevaron la persecución contra el Señor o contra sus santos: como aquello: Toros gordos me rodearon (Sal. XXI). En las vacas muestra las almas necias del pueblo seguidor. Lo que se muestra allí, cuando adoró las vacas de oro en Samaria bajo Jeroboam (III Reyes XII). Por tanto, el consejo que tienen para apartar a los santos del camino de la justicia: repose en sus almas, según aquello: Que su espada entre en su corazón, para que no sean excluidos del reino de Dios, los que por muchas tribulaciones como la plata probados, han sido hallados justos. Tal consejo preveía Jacob cuando decía: En su consejo no entre mi alma (Gén. XLIX).

Dispersa a las naciones que desean guerras. Herejes, o judíos, que a menudo preparan luchas contra la Iglesia. Vendrán embajadores de Egipto: Etiopía adelantará sus manos a Dios. En tribulaciones y errores de idolatría puestos, o que por pecados son negros o tenebrosos: creyendo que Cristo el Señor es el mismo Dios Hijo de Dios: le ofrecen dones, es decir, mentes puras, más brillantes que el oro y la plata; porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V).

Reinos de la tierra, cantad a Dios, cantad al Señor. Vosotros que antes amando el reino terrenal ignorabais a Dios: ahora vencida la envidia carnal, penetráis los reinos celestiales.

Canten a Dios, que asciende sobre los cielos de los cielos hacia el oriente. Aquel que una vez ascendió a la cruz por la caída de la muerte, ahora ha sido llevado sobre las estrellas y, victorioso sobre la muerte, reside glorioso. Hasta el oriente: ya sea porque se le llama el Oriente, o porque a través de él todos se levantan a la vida. He aquí que dará a su voz la voz de su poder. A la voz del Señor se le dará entonces la voz del poder, cuando lo que ordena se cumple: cuando los muertos la escuchen, resucitarán. Den gloria a Dios sobre Israel. Honren más a Dios que al Israel carnal. De otra manera: No con los labios, como Israel, sino con el corazón honren a Dios.

Su magnificencia y su poder están en las nubes. En los apóstoles y profetas. De donde dice: Mandé a mis nubes que llovieran sobre Israel la lluvia (Isaías V).

Dios es admirable en sus santos. En esto es admirable Dios: porque amó tanto al género humano, que hace señales en sus santos. En estos es más admirable Dios que en las demás criaturas, porque después de muchas tribulaciones los elevó a la sublimidad de los cielos. El Dios de Israel dará poder y fortaleza a su pueblo. Para soportar las pasiones mundanas o las maldades espirituales. Bendito sea Dios. Que se digne transformarnos de la muerte a la vida, de la corrupción a la incorruptibilidad, para que, hechos partícipes de sus santos, exultemos en él con gozos eternos. Amén.

SALMO LXVIII.

Al final, por aquellos que serán transformados, Salmo de David. Este salmo suena sobre la pasión de Cristo, y desde la persona de sus miembros: aunque algunos piensan que no le conviene en absoluto, Por aquellos que serán transformados. Cristo se transformó: siendo igual al Padre, tomando la forma de siervo. O nosotros somos transformados de la infidelidad a la fe: porque, como dijimos, este salmo contiene la voz del Hombre del Señor que viene a la pasión.

Sálvame, Dios: porque las aguas han entrado hasta mi alma. Pide al Padre que la salve, según la condición de la debilidad: porque ciertamente los movimientos del pueblo enfurecido irrumpieron en él.

Estoy hundido en el lodo profundo. En los antiguos pecados de este pueblo. Y no hay sustancia. Por la cual pueda escapar de allí: a menos que tú salves.

He llegado a la profundidad del mar. A la profundidad de este siglo. Y la tempestad me ha sumergido: la tormenta de los judíos.

He trabajado clamando: se han vuelto roncas mis fauces. Aunque es acosado por los pecadores, no cesa de clamar los preceptos saludables. Mis ojos han desfallecido, mientras

espero en mi Dios. Según la debilidad de la carne, esperó que este cáliz pasara de él; pero según la divinidad, cumplió la voluntad del Padre.

Se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, los que me odian sin causa. Se han fortalecido, etc. Por eso, más que los cabellos de mi cabeza, se multiplican y se fortalecen: porque siempre es mayor el número de los inicuos que el de los justos. Lo que no robé, entonces lo devolvía. Pues no era deudor de muerte ni de pecado, pero en la pasión cumplió con ambas ofrendas.

Dios, tú conoces mi insensatez, y mis delitos no están ocultos de ti. El Padre sabe que no los trajo del cielo, sino que los asumió por nosotros, como dice el profeta: él mismo tomó nuestras iniquidades, y llevó nuestras enfermedades (Isaías LIII). Y Pablo dice: porque lo que es necedad de Dios, es más sabio que los hombres: y lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I). Mis delitos no están ocultos de ti, como aquello: Mi delito te hice conocer (Salmo XXXI).

No se avergüencen en mí los que esperan en ti, Señor, etc. No se vacíe la esperanza de los creyentes en mi pasión: sino que reconozcan que vine a hacer tu voluntad, como sigue.

Porque por ti soporté el oprobio: cubrió, etc. Por la voluntad del Padre, soportó las injurias de los malvados, y fue cubierto de vergüenza, cuando en la carne asumida fue golpeado: porque una fue la voluntad del Padre y del Hijo que soportó la pasión. O, cubrió la confusión: cuando los apóstoles negaron.

Me he hecho extraño a mis hermanos, etc. Pues era hijo de la Sinagoga como ellos, según el orden de la corporación terrena, de quienes fue tenido por extraño y huésped: porque ellos estaban llenos de crímenes: él, en cambio, era ajeno al pecado. Me he hecho extraño a mis hermanos. Los hermanos del Señor, los apóstoles. De donde dijo: Anunciaré tu nombre a mis hermanos (Salmo XXI). Peregrino a los hijos de mi madre. Cristo peregrino, como dice Cleofás: ¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén? (Lucas XXIV). Único, porque solo y primero resucitó inmortal. Y madre, la sinagoga.

Porque el celo de tu casa me ha consumido. Porque la hicieron cueva de ladrones. Y los oprobios de los que te reprochan cayeron sobre mí. Pues le lanzaron la disputa de los reproches, cuando lo llamaron samaritano y que tenía demonio. De donde los judíos decían contra Cristo: Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz, y creeremos en ti. A otros salvó: a sí mismo no puede salvarse (Mateo XXVII). Quien reprocha al Hijo, también reprocha al Padre, porque quien no cree en el Hijo, tampoco tiene al Padre.

Cubrí mi alma con ayuno, y se convirtió en oprobio para mí. Pues intentaban inferirle oprobio: cuando Satanás, tentándolo, dijo: Di que estas piedras se conviertan en pan (Mateo IV). O cuando los discípulos dijeron: Maestro, come. Él dijo: Yo tengo una comida que comer que vosotros no sabéis (Juan IV). Y en otro lugar: Trabajad no por la comida que perece, sino por la que permanece para vida eterna (Juan VI). Pero Cristo tenía hambre de la salvación del género humano. O tenía hambre de la fe de la Iglesia: porque no encontraba ningún alimento entre los judíos.

Puse mi vestidura de cilicio, y me convertí en parábola para ellos. En saco se muestra el luto o el llanto: que usó en la muerte de Lázaro, se convirtió en parábola para los judíos, cuando, al llorar él, decían: Mirad cómo lo amaba (Juan XI). Otros decían: ¿No podía este que abrió los ojos al ciego de nacimiento, hacer que este no muriera?

Contra mí se ejercitaban los que se sentaban en la puerta. Aquellos que tenían la llave del conocimiento: ni entraban, ni permitían a otros entrar: los escribas y fariseos que discernían las causas, cuando se sentaban en el juicio público. Y contra mí cantaban los que bebían vino. Pues llenos de vino de iniquidad, conspiraban cómo matarlo. Pues canta neciamente quien trama insidias contra Dios. Pues sabiendo el profeta que es necio cantar en algunas cosas: escucha cómo enseña a algunos: Cantad, dice, sabiamente. O estaban ebrios de vino, cuando cubrían su cabeza, y decían: Profetiza para nosotros, Cristo, ¿quién es el que te golpeó? (Lucas XXII).

Yo, en cambio, mi oración a ti, Señor. Pues no soy vencido por estas pasiones, porque estoy contigo en oración. Yo, en cambio, mi oración a ti, Dios. Mientras los judíos me maldecían y decían: Crucifícalo, crucifícalo: yo, orando por ellos, decía: Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII). Tiempo de agradar, Dios. Tiempo de agradar, es el tiempo de la pasión, en el que el Padre decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo III). Tiempo de beneplácito, Dios, en la multitud de tu misericordia. Pues todos tus tiempos son de beneplácito, pero especialmente este tiempo en el que con mi pasión redimes al género humano, de alguna manera haces más beneplácito. Escúchame, Señor, en la verdad de tu salvación. Para que después de la verdadera muerte, se apruebe la verdad de la resurrección.

Sálvame del lodo, para que no me hunda. Algunos buscan que quizás el lodo signifique la vileza de la carne que asumió. Ora para que no se disuelva en el lodo y el polvo, como todo el género humano, se corrompa. Líbrame de los que me odian. Claramente dice esto de los judíos, que nunca lo amaron. Y de las profundidades de las aguas. No me sumerja la tempestad de agua. Que esta tempestad de la pasión no lo retenga en la profundidad del abismo infernal. Ni me absorba el abismo. En el que, al descender por la muerte, no sea devorado por él. Ni me oprima el pozo su boca. La entrada del infierno, o el diablo.

Escúchame, Señor, porque es benigna tu misericordia: según la multitud de tus misericordias mírame. Esto lo pide según la debilidad humana diciendo: Tú que redimes a otros con mi pasión, a mí, con la misericordia anticipada, mírame.

No apartes tu rostro de tu siervo. Voz de Cristo al Padre, que tomó la forma de siervo, como dice el profeta: Es grande para ti ser llamado mi siervo (Isaías XLIX). Porque estoy atribulado, escúchame rápidamente. Para que recupere el espíritu: que en tus manos encomendé.

Atiende a mi alma, y líbrala: por mis enemigos sálvame. Para que, al resucitar yo de entre los muertos, se confundan: De donde Cristo dijo: Tengo poder para poner mi alma (Juan X).

Tú conoces mi oprobio, y mi confusión, etc. Que soporto en la carne asumida.

En tu presencia están todos los que me afligen. Tú ves qué tribulaciones me imponen, y muestran sus burlas. Oprobio esperó mi corazón, y miseria. Oprobio, de la pasión, y miseria: es decir, la afrenta de la cruz.

Esperé a quien se contristara conmigo, etc. Ninguno de tanta multitud de inicuos, ni se compadeció de mis dolores, ni hubo consolador.

Dieron en mi comida hiel: y en mi sed me dieron a beber vinagre. Esto ya se ha cumplido, lo leemos en los Evangelios: cuando, teniendo sed el Señor en la cruz, le ofrecieron beber vinagre mezclado con hiel (Juan XIX). Y de esto, y de otro testimonio se entiende: que el salmo debe referirse a Cristo.

Sea su mesa delante de ellos. Las palabras de la Ley y los profetas: a la que a menudo venían a alimentarse. En lazo, y en retribuciones, y en escándalo. Para que no entiendan allí al Señor anunciado. Pues también el Señor en los Evangelios dijo: Moisés os acusa en quien esperáis (Juan V). Porque de mí escribió él.

Oscurézcanse sus ojos para que no vean. La divinidad oculta bajo la fragilidad. Para que no vean. Esto era lo que pedía, que su mesa se convirtiera en lazo: para que no conocieran los sacramentos de la ley. Y su espalda siempre encorvada. Para que sirvan siempre a los romanos. O bajo el yugo de la ley: que según la letra nadie pudo soportar.

Derrama sobre ellos tu ira, y el furor de tu ira los alcance. Sea su habitación desierta, etc. Todo esto se cumplió en la destrucción de Jerusalén bajo Tito y Vespasiano. O esto es lo que dice: Se os dejará vuestra casa desierta (Mateo III). Al retirarse Cristo de Judea, todas las virtudes se retiraron con él.

Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron. Cristo habla de sí mismo al Padre, como leemos dicho en otro profeta desde la persona del Padre: Por los pecados del pueblo lo herí (Isaías LIII). Y de nuevo: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (Zacarías XIII). Fue herido para que nosotros resucitáramos: fue herido, para que nos sanara. Pero también la sangre y el agua que salieron de la herida de su costado (Juan XIX) prefiguraron el tipo del martirio y el bautismo, por el cual se va al cielo. Y sobre el dolor de mis heridas añadieron. Cuando persiguieron a la Iglesia o a los apóstoles.

Añade iniquidad sobre su iniquidad. Pues así como el no haberme creído se les cuenta como iniquidad: así el haberme perseguido, se añada a esta iniquidad. Y no entren en tu justicia. Que no alcancen los reinos de los cielos con los justos.

Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean inscritos con los justos. Indica aquí dos libros escritos: de los vivientes y de los justos. De donde se debe advertir que aquel es de los vivientes, en el que antes de la venida de Dios están escritos los profetas y patriarcas. De donde Moisés, cuando el pueblo pecó, dijo: Si no perdonas su culpa: bórrame del libro que has escrito (Éxodo XXXII). De los justos dice aquel del que el Señor a los que por la fe lo siguieron, dijo: Regocijaos y exultad: porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Lucas X). Por lo tanto, estos perseguidores, tanto del primer libro han sido borrados, como en el segundo no están escritos.

Yo soy pobre y doliente. En la Pasión. Y tu salvación, Dios, me ha acogido. Resucitando. Aquí ya habla el profeta: Yo soy pobre y doliente: Pues siendo rico, por nosotros se hizo pobre, y no despreció a sus cautivos. Podemos usar este versículo, si alguna vez en las alabanzas de los mártires peroramos. Algunos también piensan que esto se entiende de las almas, que encerradas en los cuerpos no son despreciadas por Dios.

Alabaré el nombre de mi Dios con cántico: lo magnificaré con alabanza. Porque ha triunfado sobre el diablo, o ha vencido al mundo.

Agradará a Dios. Es decir, al Padre. Más que un novillo joven. Que se ofreció a sí mismo al Padre. Produciendo cuernos. Dando fortaleza a la Iglesia. Y pezuñas. Con las que pise los sacrilegios de las naciones y los desgarre.

Vean los pobres y se alegren. Que, humillada la superstición de los gentiles, se exalta el reino de la Iglesia del Señor. Buscad al Señor, y vivirá vuestra alma. Que ahora está muerta por los pecados.

Porque el Señor ha escuchado a los pobres. Para resucitarlos. Y no ha despreciado a sus cautivos. Porque, rotas las ataduras del diablo, los ha acogido en su reino.

Alábenlo los cielos y la tierra: el mar y todos los reptiles en ellos. Que toda rodilla se doble de los celestiales, terrenales e infernales.

Porque Dios salvará a Sion. La Jerusalén celestial, en la que reunirá a sus elegidos según sus méritos en un solo cuerpo de aquella madre celestial. Y se edificarán las ciudades de Judá. Las almas de los santos, que por la confesión son llevadas como piedras vivas al templo santo.

Y habitarán allí, y la adquirirán por herencia, y la descendencia de sus siervos la poseerá, etc. Los santos que son trasladados a ella. O su descendencia, es decir, los que se convirtieron por ellos. Pero como el título del salmo está inscrito por aquellos que serán transformados: oremos al Señor, para que a nosotros, convertidos de la gentilidad, nos edifique en las ciudades de Judá, y liberados del yugo del diablo, nos ame como a hijos propios. Para que a quienes redimió por la amargura de la hiel, por la aspereza del vinagre, por los suplicios de la cruz, por las heridas de los clavos, por la afrenta de la muerte, por la gloria de la resurrección, así se digne guardar en el siglo, que nos haga partícipes de sus santos en el reino. Amén.

SALMO LXIX.

Al final, Salmo de David en memoria, porque el Señor lo salvó. Este salmo se canta desde la persona del Señor encarnado, suplicando la ayuda del Padre.

Dios, acude en mi ayuda: Señor, etc. Nuestro auxilio es Cristo, que ahora pide la ayuda del Padre para confundir a los que se le oponen.

Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma, para quitarla. Pues en esto se confunden, cuando reconocen que aquel cuya alma quisieron quitar, ha resucitado.

Vuélvanse atrás, y se avergüencen los que quieren mi mal. Que no sean transformados en la resurrección con los santos, sino que vueltos atrás avergonzados: porque a quien juzgaron como hombre, lo ven juzgar como Dios.

Vuélvanse de inmediato avergonzados: los que me dicen ¡bien, bien! Es la voz de los que se burlan, que se refiere a aquellos que decían: Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz; y de nuevo: Confió en Dios: que lo libre, si lo quiere (Mateo XXVII). Después del castigo de los impíos, se convierte en la gloria de los bienaventurados.

Exulten y alégrense en ti todos los que te buscan. Que a través de las lágrimas de penitencia te buscan, tú que eres misericordioso. Y digan siempre: sea magnificado el Señor. Recibido el perdón de los pecados. Los que aman tu salvación. Amándote a ti: porque eres la vida de todos.

Yo, en cambio, soy pobre y necesitado: Señor, etc. Cristo el Señor se llama a menudo pobre y necesitado: cuya preocupación consiste en el amor de la piedad paterna.

Tú eres mi ayudador y mi protector, Dios mío, no tardes. Pues en el tiempo de la pasión dijo al discípulo: Lo que haces, hazlo más pronto (Juan XIII); para que el auxilio rápido de la resurrección precediera a la pasión del cuerpo. Quien fue herido por nuestras transgresiones, y resucitó por nuestra justificación: él ahora nos conceda su ayuda en el tiempo de tribulación con su acostumbrada misericordia, para que con sus santos exultantes, podamos magnificarlo y exaltarlo. Amén.

SALMO LXX.

Salmo de David, de los hijos de Jonadab, y de los primeros cautivos. Este salmo contiene la voz del profeta: quejándose de aquella humildad corporal del Redentor, y cantando sobre su gloriosa resurrección.

En ti, Señor, he esperado, no seré confundido para siempre. Ora, por tanto, nuestro Mediador, para que esta confusión de la muerte no sea, como la de todos los demás, duradera. Y en tu justicia líbrame, y rescátame. Inclina, etc. Pues tu justicia es que quien haga tu voluntad, pase de la muerte a la vida: por la cual ahora pido ser rescatado. O de otra manera: Inclina a mí tu oído, y sálvame. Se dice que son los oídos del Señor, cuando se digna escuchar: porque tomando la forma de siervo, se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre.

Sé para mí un Dios protector, y un lugar fortificado, para que me salves. Porque sin ti ni refugio ni fortificación: ni protección puede ser otorgada por nadie. ¿Acaso Dios es local? Aunque es local para los que vienen a él: pero no es local: porque está en todas partes.

Porque tú eres mi firmeza, y mi refugio. Firmeza, cuando en él consiste la sustancia igual. Refugio, según la debilidad corporal.

Dios mío, líbrame de la mano del pecador: y de la mano, etc. Del poder del pueblo judío, que no me entendió venir en la Ley. Y del iniquo. Siempre maligno. No todos los pecadores son también inicuos. Son pecadores los transgresores, es decir, los judíos, y los malos cristianos: que transgreden el Antiguo y el Nuevo Testamento. Inicuos que no creen, como dice Pablo: Los que pecaron sin ley, sin ley también perecerán.

Porque tú eres mi paciencia, Señor. Porque sufro por tu voluntad. Mi esperanza desde mi juventud. Desde el inicio de mi vida corporal. Por eso la esperanza no se confunde: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones: por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. II).

En ti he sido confirmado desde el vientre. Desde que comencé a creer. Desde el vientre de mi madre. De la sinagoga de la que procedí. Tú eres mi protector, Señor. En ti está siempre mi canto. De ti seré protegido en la pasión, y cantaré tu nombre entre las naciones.

He sido hecho un prodigio para muchos. Pues decían: Eres samaritano y tienes demonio (Juan VIII; Mateo XVII). Y tú, Señor, fuerte ayudador. Me dijiste: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: escúchenlo.

Llénese mi boca de tu alabanza, para que cante tu gloria, todo el día tu grandeza. Un día es para tus santos en este mundo, que ninguna noche oscurece: en el cual y con quienes, canto tu alabanza, gloria y magnificencia: porque yo estoy en ellos. Yo te canto. Pero ahora el mismo Señor abre nuestra boca, para que podamos anunciar su gloria y proclamar su alabanza.

No me rechaces en el tiempo de la vejez, cuando fallezca, etc. En la consumación de esta edad.

Porque mis enemigos me dijeron. Diciendo, este no es de Dios, que no guarda el sábado (Juan IX). Y los que vigilaban mi alma, conspiraron juntos diciendo: Dios lo ha abandonado, etc. Esto dijeron los impíos, y erraron: porque la malicia cegó su corazón. Pero incluso en la misma pasión, como si Dios lo hubiera abandonado, decían: Deja que venga Elías y lo salve (Mateo XXVII).

Dios, no te alejes de mí: Dios mío, etc. Para que, atado fuerte, regrese victorioso del infierno.

Sean confundidos y desfallezcan los que detractan mi alma. Sean cubiertos, etc. Cuando yo haya resucitado.

Pero yo siempre esperaré en ti, Señor, etc. Para que lo que la ley te mandó ofrecer en sus sacrificios visibles, el pueblo redimido lo lleve en sus costumbres.

Mi boca anunciará tu justicia, todo el día tu salvación. Pues resucitando reuniré la Iglesia, en la cual cantaré tus alabanzas.

Porque no conocí la literatura, entraré en las potencias del Señor. Conoció aquel la negociación, que vendió al maestro. Pues yo te he glorificado sobre la tierra, he terminado la obra que me diste para hacer (Juan XVII). Señor, recordaré solo tu justicia. El profeta lo llama memorioso de la justicia paterna, como él mismo dice en el Evangelio: Yo hablo lo que he oído de mi Padre (Juan VIII).

Dios, me has enseñado desde mi juventud, y hasta ahora proclamaré tus maravillas, y hasta la vejez y la ancianidad: Dios, no me abandones. ¿Acaso ha sido abandonado por el Padre? pero siempre dio testimonio, porque es veraz.

Hasta que anuncie tu brazo a toda generación, etc. Todo esto lo anunció a la generación cristiana: que adquirió con su sangre y por la cual sufrió lo que sigue. ¡Qué grandes cosas has hecho, Dios! ¿Quién es como tú? Que me enviaste con consejo misericordioso para la redención humana.

¡Cuántas tribulaciones muchas y malas me has mostrado! y volviéndote me vivificaste. Muchas tribulaciones le fueron mostradas en la debilidad de la carne por la salvación del género humano, pero todo lo soportó vivazmente. Y de los abismos de la tierra me has traído de nuevo. Esto es, de la profundidad del infierno. Digan ahora los judíos, que quieren cantar este salmo solo para David: ¿cuándo fue sacado de la profundidad del abismo?

Has multiplicado tu magnificencia, Dios, etc. Cuando aquellos que estaban retenidos en el infierno, regresaron conmigo.

Pues yo también te confesaré en los vasos del salmo. Los que llenos de aquel vino nuevo de la predicación evangélica y apostólica, me entienden proclamado en los salmos: Tu verdad, Dios, te cantaré en la cítara, Dios santo de Israel. En aquellos que te retienen en mente.

Mis labios se regocijarán, etc. Esto dice el profeta al final del salmo. Y mi alma que redimiste. Para que no la domine la segunda muerte.

Pero también mi lengua meditará tu justicia: cuando sean confundidos, y reverenciados aquellos que buscan el mal para mí. Ya sean vicios, ya sean potestades aéreas, que me infligen iniquas incursiones. Nosotros, en cambio, roguemos al Señor, para que con la boca humana llena de sus alabanzas, siempre meditemos en nuestros corazones, lo que con voces agradables le proclamamos.

SALMO LXXI.

En Salomón. Y este salmo se refiere propiamente a Cristo. Pues Salomón es pacífico, y pacífico es Cristo: y permanece con el sol, y antes de la luna de generación en generación. Si este salmo se entiende sobre Salomón, esto no puede sostenerse en absoluto. Pues Salomón, ni con el sol, ni con la luna permaneció. Pero si queremos entenderlo sobre Cristo, debemos preguntarnos cómo Cristo no tiene fin: cuando se dice que el sol, la luna, el cielo, y todo envejecen y pasan. Pero este septuagésimo primer salmo que el profeta cantó, muestra al Hijo de Dios viniendo al mundo; y después de las injurias de la carne asumida y los pobres liberados de la mano del poderoso, devuelto a los cielos, habiendo recibido del Padre todo juicio. Por lo tanto, toma tal comienzo:

Dios, da tu juicio al rey. Habla entonces, como dijimos, el profeta al Padre, para que dé el juicio al Hijo, no porque no lo tenga subsistiendo en una sola Deidad, sino para mostrar que vendrá en el cuerpo. Y tu justicia al hijo del rey. Al pueblo que fue asumido en adopción de hijo, renacido en él por el bautismo. Pues conviene congruentemente, que el pueblo viva en justicia: el rey, sin embargo, ejerza el juicio que recibió del Padre, lo que el siguiente versículo confirma.

Juzgará a tu pueblo con justicia. Que adquiriste por su pasión y resurrección. Y a tus pobres con juicio. Para que, después de las presentes aflicciones, reciban consuelo eterno.

Recibirán los montes paz para el pueblo, y las colinas tu justicia. Hemos advertido a menudo que los montes y colinas tienen un doble entendimiento, es decir, de la parte divina y la adversa. Por lo tanto, aquellos que, seducidos por el adversario, favorecidos por las riquezas, se elevaron como colinas y montes: ahora sometidos a Dios, reciban aquella paz y justicia, que el pueblo que antes llamamos adoptivo, sostiene, es decir, Cristo, que es nuestra paz y justicia.

Juzgará a los pobres del pueblo. Para que, hechos pobres por él, sean enriquecidos con los reinos celestiales. Y salvará a los hijos de los pobres. Que por ellos se convirtieron. Y humillará al calumniador: Dando la recompensa a los justos, humilla al diablo, que ahora es su calumniador.

Y permanecerá con el sol. Con la claridad paterna. Pues estas cosas no pueden aplicarse a este sol: porque con este mundo se disolverá. Y antes de la luna de generación en generación. Pues él estará antes de toda la congregación de la Iglesia, y permanecerá para siempre.

Y descenderá como la lluvia sobre el vellón. Pues así como la lluvia descendió sobre el vellón de Gedeón (Jueces VI), cuando la tierra seca desfalleció, así también él descendió en el vientre virginal por la infusión del Espíritu Santo. Y como las gotas que gotean sobre la tierra. Pues la tierra del cuerpo humano estaba seca cuando vino, y no podía dar ningún fruto de santidad: pero él la llenó de frutos eternos con las gotas de su predicación.

En sus días florecerá la justicia, y abundancia de paz. Lo que se cumplió en los días de Augusto César, cuando el Señor salió del tálamo virginal. Pues en esos días cesaron todas las

guerras, para que también se cumpliera lo que otro profeta cantó, diciendo: Convirtieron sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces (Isaías II). Sus días son, cuando es concebido, cuando nace, cuando es criado. Sus días son, cuando hace las obras del Padre, cuando padece, cuando desciende al infierno, cuando resucita, cuando se muestra a los discípulos, cuando asciende a los cielos. Hasta que se quite la luna. Se eleve la Iglesia.

Y dominará de mar a mar, etc. Todo este mundo adquirido y sometido a Cristo Señor por su pasión, lo testifica el profeta.

Ante él se postrarán los etíopes. Oscurecidos por los pecados. Y sus enemigos lamerán la tierra. Según aquello: Te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies (Isaías XLIX).

Los reyes de Tarsis, y las islas ofrecerán presentes: los reyes de Arabia, y de Saba traerán dones, etc. Todo el imperio mundial, honores, y órdenes se acercarán a Cristo Señor, y le someterán el cuello, y le ofrecerán dones de buenas costumbres, proclama el profeta: lo que entendemos iniciado con los dones de los magos. Ellos se muestran como el tipo de los reyes y pueblos.

Porque libró al pobre del poderoso. Al pueblo fiel del poder del diablo. Y al pobre que no tenía ayudador. Tendrá misericordia del pobre, y del necesitado, etc. Que, desechadas las riquezas del mundo, hicieron penitencia: se les perdona, y serán salvados.

De usuras e iniquidades redimirá sus almas. Para que no acumulen tesoros en la tierra de usuras perecederas, sino que coloquen en el cielo bolsas que no envejezcan. Pero también las usuras son pecados, cuando la malicia recibida de Satanás se multiplica. Y su nombre será honorable ante él. Ante Dios Padre.

Y vivirá. En sus santos, como también decía Pablo: Ya no vivo yo: sino que Cristo vive en mí (Gálatas II). Y se le dará del oro de Arabia. Le ofrecerán la pureza de la mente, como oro de Arabia, resplandeciente con el más hermoso brillo. Y lo adorarán siempre. Porque han sido liberados de las iniquidades. Todo el día lo bendecirán. Reunidos en un solo cuerpo de la Iglesia.

Y será un firme fundamento en la tierra. Pues su venida, pasión y resurrección trajeron un gran fundamento a la tierra que se desmoronaba. En las cumbres de los montes se elevará su fruto sobre el Líbano. Pues sobre todas las alturas del mundo se ha elevado la gracia del bautismo; por la cual se quitan los pecados. Y florecerán de la ciudad. Es decir, de la Jerusalén celestial. Como la hierba de la tierra. La hierba tiene un doble significado. Hay hierba que se seca y cae, y hay hierba florida, y con verde cabellera perdura, de la cual se adornan las coronas de los santos. Los santos, pues, renacidos por el bautismo, florecerán de la Jerusalén celestial, resplandecientes con el ornamento de las buenas obras. Como la hierba de la tierra. No de aquella tierra sujeta a maldición, sino de aquella que mana leche y miel.

Y su nombre será bendito por los siglos. Por aquellos que trasladó allí, será perpetuamente bendecido. Antes del sol permanece su nombre. A saber, el poder de su nombre: según aquello: Antes del lucero te engendré (Salmo CIX).

Y en él serán benditas todas las tribus de la tierra: todas las naciones lo magnificarán. Esto lo recuerda el evangelista, diciendo el Señor: Este Evangelio será predicado en todo el mundo (Mateo XXIV). Pero también todas las naciones vendrán, y adorarán ante ti, Señor.

Bendito sea el Señor Dios de Israel, que hace maravillas solo. Pues hizo en el Antiguo Testamento: y hace en el nuevo, cuando dignamente llama a las cosas que no son, como si fueran.

Y bendito sea su nombre majestuoso por siempre. Según aquello: Y será para los que creen en mí un nombre nuevo, que será bendecido en la tierra, es decir, Cristiano. Y se llenará de su majestad toda la tierra, sea, sea. Cuando haya derramado su Espíritu Santo sobre toda carne: lo que ya leemos que se cumplió en los Hechos de los Apóstoles (Hechos II). Que también ahora se digne infundir en nosotros al Paráclito, es decir, Consolador, para que podamos entender que por nuestra redención asumió un cuerpo terrenal, sufrió la muerte, penetró los infiernos, y regresó victorioso a los cielos.

SALMO LXXII.

Han terminado los himnos de David, hijo de Jesé. Salmo de Asaf. Debe saberse que el septuagésimo primer salmo es el final del segundo libro; por lo que al final tiene, sea, sea: por lo cual hemos demostrado anteriormente, que en hebreo se dice, amén, amén. También debe observarse con más diligencia, que han terminado los himnos de David, hijo de Jesé, pertenece al final del septuagésimo primer salmo: lo que sigue, Salmo de Asaf, es el comienzo del siguiente.

¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los que son rectos de corazón! Pues es bueno para aquellos que lo verán: como dice el Señor: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V).

Pero mis pies casi se movieron, casi se deslizaron mis pasos. Porque, etc. La estabilidad de su santidad y su caminar hacia Dios vacilaba, porque fue envidioso de la paz y felicidad de los impíos.

Porque no hay respeto a su muerte: y firmeza en su plaga. Y en el trabajo de los hombres, etc. Rápidamente se recuperan de la debilidad y las plagas, y no son sacudidos por los azotes de las tribulaciones como los hombres justos.

Por eso los ha tomado la soberbia, están cubiertos de iniquidad y de su impiedad. Pues por la arrogancia de su felicidad, multiplicada la iniquidad, son oprimidos.

Salió como de la grasa su iniquidad. En la gordura también de las riquezas, la iniquidad olvidada salió de ellos. De esta gordura, también Moisés dice: Engordó Jacob, y recalcitró (Deuteronomio XXXII).

Pasaron al afecto del corazón. Para hacer su voluntad, y no la de Dios.

Pensaron, y hablaron maldad, etc. Ya sean los judíos, que blasfemando a Dios en carne, tendían lazos de maldad en pensamientos perversos: o los herejes, que por interpretaciones iniquas detractan a Dios.

Pusieron su boca en el cielo, y su lengua pasó por la tierra. Por la soberbia del conocimiento hablaron contra el habitante del cielo, pero su elocuencia iniqua fue humillada hasta la tierra, y pasó: porque no tuvo una estación firme. Por eso el Señor habla de los suyos en estas profecías, diciendo:

Por eso se convertirá mi pueblo aquí, y se encontrarán días llenos en ellos. Viendo esto los justos que antes habían envidiado a los pecadores, al ver su paz, se vuelven a Dios: para que reciban la plenitud de los días eternos, sabiendo que los inicuos, ni siquiera llegan a la mitad.

Y dijeron: ¿Cómo sabe Dios, y hay conocimiento en lo alto? Pues los pecadores ignoran que Dios puede conocerlo todo: miserables, no saben que nada está oculto a sus ojos.

He aquí ellos, pecadores, y abundantes en el mundo obtuvieron riquezas. Abundantes en riquezas del mundo, perdieron los dones del paraíso.

Y dije: ¿entonces en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos entre los inocentes? ¿Acaso viendo esto el justo se justificó en vano, o hizo obra inocente en contrario? Pero esto lo dice el Señor mismo desde la persona del justo, como enseñan las siguientes palabras.

Y fui flagelado todo el día. Pues el Señor era flagelado a menudo por sus engaños: pero en el día de la pasión fue azotado con ciertas afrentas y verdaderos golpes. Y mi castigo en la mañana. Judas ciertamente dijo: ¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré, para que sea apresado? (Mateo XXVI). Pero él fue flagelado en la mañana: cuando al día siguiente de la traición del Señor se fue, y se ahorcó.

Si decía: Lo contaré así, he aquí que he transgredido la generación de tus hijos. El orden de la lectura y el sentido es este: Mientras me acuso en las oraciones matutinas, encontré esto para decir: Si yo hablara así: si quisiera escudriñar los secretos de Dios, comienzo a ser ajeno a tus hijos: como si no se justificara nadie, ni hiciera obra justa. Estos que me predican, y por mí se han hecho tus hijos, se levantan contra mí. De aquí habla el profeta.

Pensaba que lo conocería, esto es trabajo ante mí. Escudriñé todo, y aunque laboriosamente: sin embargo, pensé con el Apóstol, que las pasiones de este tiempo no son dignas de la futura gloria que se revelará en los santos (Romanos VIII).

Hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en sus postrimerías. También entendí de estos santos entrando con la mente en su asamblea: que aunque en la primera vida en pocas cosas fueron afligidos, en la última sin embargo serán bien dispuestos en muchas. De aquí se vuelven las palabras a aquellos que confiaban en el engaño de las riquezas.

Sin embargo, por los engaños los pusiste. Porque afligieron con fraudes inicuos a los justos. Los derribaste cuando se elevaron. Elevados en riquezas fueron derribados por ti.

¿Cómo se hicieron en desolación? Este es el modo de la voz interrogante, y sigue la del que responde. De repente desfallecieron, perecieron por su iniquidad. Pues expuso el orden del asunto, según aquello que dice el Apóstol: cuando digan paz y seguridad: entonces les aparecerá repentina destrucción (I Tes. V).

Como un sueño de los que despiertan. Como quien durmiendo ve en visión grandes tesoros de oro y plata, y al despertar lo pierde todo: así también ellos sus riquezas después de esta vida del siglo en la que como en un sueño se movieron. Señor, en la ciudad. En la Jerusalén celestial. Reducirás a nada su imagen. Cuando llamen a la regia celestial, dirás: Apartaos de mí, obradores de iniquidad: porque no os conozco (Lucas XIII).

Porque se inflamó mi corazón. Para hacer la voluntad del Padre. Cristo el Señor dice estas cosas. Y mis riñones fueron cambiados. Para que no prevaleciera en mí la lujuria del

pensamiento humano. Y yo fui reducido a nada, y no supe. Y se dice humillado, e ignorante, para mostrar que es verdadero hombre. Pues Dios no es engañado por ninguna ignorancia, pero solo a los pecadores no conoce.

Como un animal fui hecho ante ti. Llevando en la carne los pecados de tu pueblo. Y yo siempre contigo. Yo en ti, y tú en mí.

Sostuviste mi mano derecha. Descendiendo yo al infierno, porque la izquierda del diablo se oponía a mí. Y en tu voluntad me guiaste. Resucitando. Y con gloria me recibiste. Regresando a los cielos.

¿Qué tengo yo en el cielo, y qué quise de ti sobre la tierra? Con énfasis debe leerse, ¿tan grandes cosas me preparaste en los cielos, y yo infeliz en la tierra de ti buscaba cosas pequeñas? De otra manera: Ni en el cielo, ni en la tierra busqué a otro fuera de ti. Pues de ti se cumplió mi voluntad, para que a mí se doble toda rodilla, de los celestiales, terrenales, e infernales. Sucede la voz de la Iglesia diciendo:

Defecit mi corazón y mi carne: Dios de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre. Después de Dios de su corazón, es decir, Cristo el Señor de quien se ha hecho parte, lo desea con todo su corazón y cuerpo. Pues la deficiencia que dice tener, no debe entenderse como disminución, sino como deseo.

Porque he aquí que los que se alejan de ti, perecerán: has destruido a todos los que se apartan de ti. Todos los que se apartan, pecan sin Dios. Pero quien peca, está lejos de Dios: por lo tanto, está cerca de la perdición.

Para mí, adherirme a Dios es bueno. Por cuya sangre he sido redimido. Poner mi esperanza en el Señor Dios. Porque es vano confiar en los bienes del mundo.

Para anunciar todas tus predicaciones en las puertas de la hija de Sion. Pues por la contemplación de la esperanza que tiene en Dios, espera ser llevado a las puertas de la Jerusalén celestial: para alcanzar la futura bienaventuranza con sus elegidos. En cuya compañía nos admita Cristo el Señor, no como inspector de méritos, sino como dador de perdón. Amén.

SALMO LXXIII.

Inteligencia de Asaf. Por eso se preanota inteligencia en el título: porque sigue una doble cautividad; a saber, carnal y espiritual.

¿Por qué, Dios, nos has rechazado para siempre: se ha encendido tu ira contra las ovejas de tu pasto? Es un inmenso don de la piedad del Señor, que así rechaza, para luego llamar de nuevo: se enoja, para corregir.

Acuérdate de tu congregación que poseíste desde el principio. Congregación eclesiástica que figuraste con los patriarcas, o profetas, ya sea con vocaciones o sacrificios.

Redimiste la vara de tu heredad. La vara de la heredad de Dios es Cristo, como se dice a Jeremías que ve una vara vigilante: Bien ves, porque yo vigilo sobre mi pueblo (Jerem. 1); y de nuevo: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará, y a él las naciones suplicarán (Isa. XI). Esta vara fue liberada de los enemigos perseguidores. El monte

Sion en el que habitaste. Ya sea en el cuerpo asumido, ya sea en la Iglesia. Ambos pertenecen al monte santo.

Levanta tus manos contra las soberbias de ellos hasta el fin. Que intentan atacar tu Iglesia. ¡Cuánto ha malvado el enemigo en el santuario! Para hacer de estos hombres perseguidores con malos consejos.

Y se han gloriado los que te odian, etc. Por instigación del diablo se glorían: cuando en odio a Dios, afligen a los santos mártires con penas.

Han incendiado con fuego tu santuario en la tierra: han profanado el tabernáculo de tu nombre, etc. Estas cosas sucedieron según la historia: ya sea cuando Nabucodonosor los llevó a Babilonia (IV Reg. XXV), o cuando Tito y Vespasiano, incendiada la ciudad con el templo, con la multitud abatida por la espada, llevaron al resto del pueblo cautivo. Pero también ahora hay que tener cuidado, para que lo que entonces sucedió en Jerusalén, no ocurra ahora al pueblo cristiano: como anteriormente en este versículo que omitimos, cómo dijo: Pusieron sus señales, y no conocieron las señales, como en la salida desde arriba: así los babilonios, elevados por la arrogancia de la victoria, pusieron sus señales en tu templo, como suelen colocarse trofeos de los enemigos sobre los arcos de las puertas. Lo que Símaco interpretó más claramente, diciendo: Pusieron sus señales manifiestamente en lo alto, en la entrada de las puertas. Por lo tanto, que cada uno de nosotros tenga en su corazón el estandarte de la cruz: no la señal del adversario, para que no sea cortado de la gracia con seguridad, sino que sea purificado con la hoz evangélica para gloria. Que no se encienda en concupiscencias, sino que se encienda con los sacramentos espirituales. Que no se contamine con vicios, sino que se llene de virtudes. Ni piense que Dios no puede conocer algo, sino que confiese que nada está oculto a sus ojos. Finalmente, que no preste consentimiento a las injurias del diablo, sino que glorifique el nombre de su Dios.

¿Por qué apartas tu mano, y tu diestra de en medio de tu seno hasta el fin? El seno es su santuario, como dice el profeta por otro. Pues así como el pastor cuida de su rebaño, y lleva a los corderos en su seno: así el Señor alimenta a su pueblo (Isa. XL). Entonces, de este seno, aparta su mirada o su poder, cuando pecamos contra él.

Pero Dios es nuestro rey desde la antigüedad. Como dice por Salomón de la sabiduría, que es Cristo: Me estableció en el principio de sus caminos, antes de los siglos me fundó (Eccl. XXIV). Ha obrado la salvación en medio de la tierra. Ya sea en Judea, que se llama el medio de la tierra, o en el vientre virginal.

Tú afirmaste con tu poder el mar. El mundo, o lo que hay en él. Tú quebraste las cabezas del dragón en las aguas. Sujetaste el poder de los demonios en el bautismo. Tú quebraste las cabezas del dragón en las aguas: es decir, del diablo. Y lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía. Para que, en cambio, fuera devorado o triturado por ellos, por la señal de la cruz, a quienes antes había devorado con vanas persuasiones.

Tú rompiste las fuentes, etc. Los apóstoles, o los demás predicadores.

Tuyo es el día, y tuya es la noche. La claridad del Evangelio, o la oscuridad de la Ley: porque ambos te proclaman. Tú hiciste el sol. Aquel hombre por quien los que estaban sentados en tinieblas vieron una gran luz. Y la luna. La Iglesia, que brilla en las oscuridades del mundo.

Tú hiciste todos los confines de la tierra. Pues por tu mandato todo fue creado. El verano, y la primavera tú los formaste. Aunque Dios hizo las estaciones del año y todos los elementos del

mundo, sin embargo, según la alegoría, decimos primavera, cuando los justos en este mundo florecen con buenas obras: Verano, cuando reciben el fruto de su trabajo.

Acuérdate de esto, el enemigo ha injuriado al Señor, y el pueblo insensato ha incitado tu nombre. Tus mártires están en la lucha, el diablo injuria, el pueblo gentil exacerba. Tú, Señor, acuérdate de aquellos que sufren tales cosas por amor a tu nombre.

No entregues a las bestias las almas que te confiesan. Oh diablo, oh ministros del diablo, que no queréis devorar los cuerpos, sino las almas. Entonces el alma es devorada por la boca de la bestia, cuando presta consentimiento a la voluntad diabólica. No olvides las almas de tus pobres hasta el fin. Y si por un momento se someten a tribulaciones, no perezcan; sino que sean manifestados como probados.

Mira tu pacto, porque se han llenado, los que han oscurecido la tierra con espinas de iniquidades. Las espinas se interpretan como zarzas. Estos, pues, que han oscurecido con sus persecuciones tu tierra, se han llenado de espinas de iniquidad. Pero tú, Señor, que por tu Pacto, ya sea antiguo o nuevo, porque ambos proceden de ti, y se tienen como uno, prometiste proteger a los tuyos, ahora que las espinas han sido cortadas, líbranos.

No se vuelva atrás el humilde hecho confuso. No se olvide de ti, quien es afligido en muchas tribulaciones. El pobre y el necesitado alabarán tu nombre. Cuando reciban tus promesas.

Levántate, Dios, juzga tu causa. Por estas injurias que tú sufriste por nosotros, o que ahora sufre la Iglesia. Acuérdate de tus injurias: de aquellas que son de los insensatos todo el día. Para que en el juicio sean confundidos.

No olvides las voces de tus enemigos. Que te invocan en las presentes presiones, consuélalos tú. La soberbia de los que te odian sube siempre. Pues si no sube su soberbia: no se humillan. Así también el Señor dice en el Apocalipsis: El impío actúe impíamente, y el injusto haga más iniquidad (Apoc. XXII). He aquí que vengo pronto, y mi recompensa conmigo. También nosotros suplicamos, Señor, que nos dignes elevarnos al cielo, después del desprecio del mundo, liberados de las espinas de las iniquidades, del coturno de la soberbia ruinosa.

SALMO LXXIV.

Al final, no destruyas, salmo de Cántico de Asaf. se interpreta como sinagoga. En hebreo, no tiene al final, sino que se tiene, Victoria. Y los LXX intérpretes, no se equivocaron mucho; ya que la victoria es perfecta. Bien dijo, Al final no destruyas. Esta palabra se interpreta de muchas maneras. Dice también David a alguno de sus amigos: No lo destruyas: esto es, Saúl. Vean lo que dice. Y en otro lugar leemos, que David bendijo al Señor: porque sus manos fueron guardadas, es decir, para no matar a Saúl. Y nosotros también, cuando no matamos a alguien: nuestras manos son guardadas. Otros dicen que este salmo fue compuesto por David, y cantado por Asaf. Otros, que el mismo Asaf lo compuso y lo cantó. Entonces, según los LXX, dice esto: Oh Señor, que me guardaste: para que no pusiera mi mano sobre tu ungido Saúl, guárdame hasta el final.

Te confesaremos, Dios. Aquí, te confesaremos, no significa penitencia, sino gloria. E invocaremos tu nombre. El nombre de Dios es Padre: antes era ignorado. Pues el Señor dice: Padre, he revelado tu nombre a los hombres (Juan XXVII). Todo Hijo es nombre del Padre.

Contaremos tus maravillas. Esto dice la Iglesia: esto dice la multitud de creyentes. Contaremos tus maravillas. Este verso se une con los anteriores; pero este que sigue, se dice desde la persona del Señor. Así lo interpretaron los Antiguos.

Cuando tome el tiempo, yo juzgaré con justicia. Ahora no es juez, pero lo será. Pues si ahora fuera juez, los pecadores no se levantarían, y en el mundo no obtendrían riquezas. ¿Esto os escandaliza: que los justos huyen, y los pecadores persiguen? ¿Esto os escandaliza: que la iniquidad reina en el mundo? Escuchad al Señor diciendo: Cuando tome el tiempo, yo juzgaré con justicia. Pues el tiempo del juicio está reservado. En el presente no hay juicio, sino lucha. Pues el Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo dio al Hijo. Al escuchar esto, no te escandalices, y digas: porque este es menor, que recibe de aquel que da; pero mira lo que dice en el Evangelio: Ni el Padre juzga a nadie; sino que todo juicio lo dio al Hijo: porque es el Hijo del hombre (Juan III). Da la razón por la que recibió el juicio: porque es el Hijo del hombre. ¿Oyes al Hijo del hombre, y dudas por qué lo recibió?

SALMO LXXV.

Al final, en cánticos, salmo de Asaf, Cántico a los Asirios.

Conocido en Judea es Dios: en Israel grande es su nombre. Antes de que la cruz iluminara el mundo, y antes de que el Señor fuera visto en la tierra, Dios era conocido en Judea, y en Israel grande era su nombre. Pero cuando vino el Salvador, su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Sal. XVIII).

Y en paz fue hecho su lugar. Lo que en hebreo se dice en SALEM. Parece, pues, que según la letra dice Jerusalén, que antes se llamaba Salem, y después Jebus, y luego fue llamada Jerusalén, en la que fue rey Melquisedec. Leemos: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Sal. CIX). No dijo según el orden de Aarón, sino de Melquisedec. ¿Qué quiso decir, Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec? Es evidente que en ese lugar se dice de Cristo. Pero ¿qué significa, según el orden de Melquisedec? Aarón ofreció víctimas, Aarón derramó la sangre de las ofrendas. Melquisedec no hizo nada de esto, sino que solo ofreció pan y vino (Gen. XIV). Esto hizo Melquisedec, y por eso se dice, según el orden de Melquisedec. En hebreo tiene: Y fue hecho en Salem su tabernáculo. Vean lo que dice según la tropología: no hay tabernáculo del Señor, sino donde hay paz. Donde hay celo y discordia: allí no está Dios como protector. Digamos también según los Setenta. El lugar de Dios no es, sino en el alma que tiene paz. Por lo tanto, el alma que no tiene paz, sepa que no es lugar de Dios. Mi paz os doy: mi paz os dejo (Juan XIV). Esta es la herencia del Salvador. Y su habitación en Sion. Según la letra podemos decir Jerusalén, y Sion: porque allí estaba el templo. Según la tropología, y la anagogía decimos: que en Sion está la habitación de Dios. Sion se interpreta como, atalaya. En cualquier alma, pues, donde está el conocimiento de las Escrituras y la doctrina, allí habita Dios.

Allí quebró las fuerzas de los arcos. ¿Dónde, en Jerusalén y Sion? Jerusalén se interpreta como, paz; Sion, atalaya. Veamos, pues, qué es la paz, y qué es la atalaya. Interpretemos de dos maneras: O el alma humana en la que está la paz de Dios, y la contemplación: o ciertamente la Iglesia, o ciertamente la Escritura santa. Allí está la paz, y allí la habitación, y la atalaya de Dios. Allí quebró las fuerzas de los arcos. Aquellas flechas ardientes que lanzaba el diablo. Escudo, espada, y guerra. Aquella guerra de la que se dice en otro lugar: Disipa a las naciones que quieren guerra (Sal. LXVII). ¿Y qué sigue? Sela, que los Setenta interpretan como, diapsalma, y en hebreo se dice, siempre. Vean, pues, que siempre quiebra el Señor el escudo, y la espada, y la guerra.

Iluminando tú maravillosamente desde los montes eternos. Interpretamos de dos maneras los montes. En el Antiguo Testamento, los profetas; en el Nuevo Testamento, los apóstoles. De estos montes dice: Levanté mis ojos a los montes: ¿de dónde vendrá mi ayuda? (Sal. CXX). En estos montes, también está puesta la ciudad de Dios. No puede esconderse una ciudad puesta sobre un monte. Todos nosotros estábamos sentados en tinieblas, y en sombra de muerte: y nos iluminó el Señor desde los montes eternos (Mat. V): esto es, desde los profetas, y los apóstoles. Se turbaron todos los insensatos de corazón. Este verso podemos decirlo de los infieles.

Durmieron su sueño, y no encontraron nada, etc. Verdaderamente esta vida es un sueño, y las riquezas. Cuando parece que las tenemos, inmediatamente las perdemos. Como aquello que está escrito en el profeta: Como cuando alguien duerme sediento, si encuentra agua, bebe: después cuando despierta, la misma sed permanece (Isa. XXIX): así son también las riquezas en este mundo: mientras las tenemos, las perdemos.

Durmieron los que montaron caballos. Según la tropología digamos. De hecho, Faraón montó caballos, y durmió, y pereció. Los egipcios tenían caballos, pero perecieron. Por eso se mandó en la Ley: que el hebreo no tenga caballos. De hecho, Salomón no tenía caballo de Jerusalén, o de Judea: sino que los compraba de Egipto (Deut. XVII: III Reg. X). Siempre se venden caballos en Egipto. Estos en carros, y estos en caballos: pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios (Sal. XIX). Aquellos, pues, que montaron caballos, durmieron y perecieron. También el Señor nuestro tiene caballos: tiene montes luminosos. Por el contrario, también el diablo tiene montes tenebrosos. Así como hay montes luminosos y montes tenebrosos: así hay caballos buenos, y caballos malos. Hablamos de los caballos malos, hablemos también de los caballos buenos. En aquel tiempo cuando vinieron a Eliseo, para capturarlo: salió el siervo y vio el ejército alrededor de los asirios, y Eliseo dijo: No temas, porque más son los que están con nosotros, que con ellos (IV Reg. VI). Y allí está escrito: Señor, abre los ojos de tu siervo, para que vea. Y, abiertos los ojos, el siervo vio carros y caballos. Estos eran los ayudadores. Vean, pues, lo que dice, carros y caballos. No había hombre alguno sobre ellos, sino que eran solo carros y caballos: Esto es, lo que quiere decir. La multitud de ángeles, ellos mismos eran carros, ellos mismos eran caballos: pero el jinete era el Señor. Por eso dice en el Cántico de Habacuc: Y tu caballería es salvación (Habac. III). Esto se dice a Dios. Oh si fuéramos caballos de Dios, y se dignara Dios montarnos. Aquellos, pues, caballos contrarios durmieron, y sus jinetes.

Desde entonces tu ira. ¿Desde cuándo la ira de Dios? Cuando el pueblo clamaba a Aarón en el desierto, diciendo: Haznos dioses que sigamos (Exod. XXXII). Este Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le ha sucedido. Los sacaste de la tierra de Egipto, y enseguida te negaron.

Desde el cielo hiciste oír juicio. Hablaste desde el cielo, todo el pueblo oyó, y tembló: y sin embargo no creyeron en ti. La tierra tembló, y se aquietó, pero Israel ni temió, ni se aquietó.

Porque el pensamiento del hombre te confesará. Esto es, lo que se dice en otro lugar: Límpiame de mis ocultos, y de los ajenos perdona a tu siervo (Sal. XVIII). Ajenos a ti, que el diablo envía. ¿Y qué sigue? Si no me dominaran: entonces seré inmaculado. Si no me vencen los malos pensamientos, entonces seré puro ante ti. ¿Y qué sigue inmediatamente? Y seré limpiado del gran delito. Vean lo que dice. Si el pensamiento no me vence, y no me lleva a la obra: del gran pecado he sido liberado. Porque el pensamiento del hombre te confesará. No hay nadie puro ante Dios, ni si su vida fuera de un solo día. Las estrellas no son puras ante

Dios, y contra sus ángeles ha ideado algo perverso. (Job. XV y XXV). ¿Todo esto por qué? Porque si las estrellas no son puras, si en los ángeles se encuentra algo perverso: ¡cuánto más en el pensamiento de los hombres! ¿Dónde están aquellos que dicen, apártate de mí, porque soy puro? Cada día sufrimos: sabemos lo que hay en nuestros pensamientos, y nos avergonzamos de decirlo. Muchos son los que no han hecho malas obras, otros son los que ni siquiera han hablado: pero quien no ha pecado en pensamiento, no se encuentra entre los hombres. Por eso ahora dice, Porque el pensamiento del hombre te confesará.

Terribili. ¿A quién? A Dios. Y a aquel que quita el espíritu de los príncipes. Cuando vemos a algunos poderosos, por ejemplo, emperadores, prefectos, y en este mundo demasiado poderosos, digamos también nosotros a Dios: El que quita el espíritu de los príncipes. Podemos hablar del espíritu tanto en el sentido del alma como en el de la soberbia. Entendamos también que se refiere a la soberbia. Entendamos, de otra manera: el que quita el espíritu de los príncipes. Aquí entendemos por príncipes a los santos. Como si dijera: Salomón fue príncipe, los otros santos fueron príncipes, también el apóstol Judas fue príncipe, y como pecaron, Dios les quitó el Espíritu Santo. Que nadie diga, entonces: Yo soy obispo, o diácono, o monje; yo soy príncipe en este mundo: Dios es capaz de quitar el espíritu de los príncipes. Finalmente, para que sepáis que Dios quita el espíritu; el buen espíritu de Dios se apartó de Saúl, y lo atormentaba un espíritu maligno. Sigue: Y lo atormentaba el espíritu malo de Dios (1 Sam. XVI). ¿Entonces Dios tiene un espíritu malo? De ninguna manera: pero el espíritu de Dios se había apartado, para que después lo atormentara el espíritu malo: por eso se dice que el espíritu de Dios es malo. Finalmente, el santo David, sabiendo que el espíritu quita a los príncipes, ruega a Dios y dice: No quites de mí tu santo espíritu (Sal. L). Terrible ante los reyes de la tierra. Y se entiende según la letra. Sin embargo, que Dios nos conceda ser reyes de la tierra. Reyes de la tierra, para que gobernemos nuestra carne. De donde también dice el Apóstol: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal (Rom. VI). Y en otro lugar está escrito: El corazón del rey está en la mano de Dios (Prov. XXI). El corazón del perseguidor Juliano estaba en la mano de Dios. El corazón de Saúl estaba en la mano de Dios. El corazón de Manasés estaba en la mano de Dios, y todos los corazones de los reyes impíos de Judá estaban en la mano del Señor. Veis que según la letra no puede sostenerse. Por lo tanto, los reyes son santos, y el corazón de estos está en la mano del Señor. Y nosotros también pidamos a Dios que seamos reyes, para que gobernemos nuestra carne, para que nos esté sujeta. De donde también dice el Apóstol: Por eso castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado (1 Cor. IX). Que nuestra alma gobierne, que el cuerpo sirva, y enseguida vendrá Cristo y habitará en nosotros. Finalmente, ¿qué dice él mismo en el Evangelio? Vendré, dice, y estaré a la puerta y llamaré: y si alguien me abre, entraré y cenaré con él (Apoc. III). Cada día Cristo está a la puerta de nuestro corazón, desea entrar. Abrámosle, entrará en nosotros, y será nuestro huésped y comensal, es decir, comerá con nosotros: a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXVI.

Al final, para Idithun, Salmo de Asaf. En hebreo por Idithun: para significar que el salmo fue cantado no por él, sino a través de él. Lo que sigue, Salmo de Asaf, no se encuentra en los ejemplares antiguos.

Con mi voz clamé al Señor: con mi voz a Dios, y me atendió. En el día de mi tribulación busqué a Dios. Ved cómo en la tribulación está, y al Señor y a Dios suplica, y sin embargo, es un solo Dios. Con mi voz clamé al Señor. Clamar es necesario en ese tiempo: cuando está

lejos aquel que clama. Por lo tanto, lo que dice es: porque por mis pecados estoy lejos de ti: por eso clamo para que me escuches. Con mi voz al Señor, y me atendió. Es lo mismo que dice en otro lugar: Al Señor clamé en mi angustia, y me escuchó (Sal. CXIX).

En el día de mi tribulación, busqué a Dios. Dice algo difícil: Nosotros cuando estamos atribulados, nos abatimos: no pensamos en otra cosa que en la tribulación. Pero él, en la tribulación, se conmueve: para suplicar a Dios. Como si dijera abiertamente, Perdí a mi hijo: mi casa se incendió, llegué a la mendicidad: no busco lo que perdí, sino que busco al Señor. Porque si lo encuentro a Él, en Él encuentro todo. Buscad primero el reino de Dios, y todo esto se os dará por añadidura (Mat. VI). Con mis manos de noche contra Él: y no fui engañado. En hebreo tiene de otra manera: Mi mano se extiende de noche, y no descansa. Con mis manos de noche contra Él. Se sobreentiende, clamé. Ved, entonces, que también nuestras obras, aunque callemos, claman al Señor: por eso se dice: La palabra del Señor vino en la mano del profeta Ageo (Ageo I). No le viene en la boca, es decir, en el discurso, sino en la mano, es decir, en la obra. Con mis manos de noche: es decir, clamé, clamé con mis manos. Por eso se dice también a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Y ciertamente no está escrito allí que Moisés clamase a Dios, sino que su corazón clamaba: Abba, Padre (Éxodo XIV). De ahí que se dice en Jeremías: No ha callado la pupila de mi ojo (Lam. II). Ved, entonces, que también la pupila de nuestro ojo no calla, sino que cada vez que derramamos lágrimas, tantas veces clamamos a Dios, Con mis manos de noche contra Dios: Es decir, lo que se dice: En las noches levantad vuestras manos al santuario, y bendecid al Señor (Sal. CXXXIII). En la noche de este mundo, y en las tinieblas cuando otros se apresuraban a los vicios, yo levantaba mis obras solo hacia ti. Y no fui engañado: Porque así clamé y clamé con obra. No fui engañado. Se entiende de dos maneras. O conseguí lo que quería, o ciertamente no fui engañado por las insidias del diablo, que deseaba rodearme. En hebreo está escrito: Mi mano se extiende de noche, y no descansa. Siempre se extiende la mano en las virtudes, a veces se contrae en los pecados.

Mi alma se negó a ser consolada. En cuanto a mis pecados, no podía consolarme con ninguna esperanza. Me acordé de Dios, y me deleité. En cuanto a mis pecados, no pude encontrar consuelo. De nuevo pensé en Dios, y me deleité en su misericordia. En hebreo tiene de otra manera: Me acordé de Dios, y me turbó. Consideré su mansedumbre: consideré su piedad, consideré su pureza, y viéndome a mí mismo impuro, me turbaba grandemente. Me ejercité, y mi espíritu desfalleció. En hebreo tiene mejor: Hablaba en mí mismo, y mi espíritu desfalleció: ya sea por desesperación, ya sea por deseo de Dios.

Mis ojos anticiparon las vigilias. En hebreo tiene de otra manera: Prohibía el sueño de mis ojos, me asombraba, y no hablaba. Lo que dice es esto: Considerando mis pecados, no me atrevía a levantar los ojos al cielo: porque a un pecador Dios le dice: ¿Por qué tú cuentas mis justicias? (Sal. XLIX). Por eso me asombraba, temía, no podía hablar. Esto según los hebreos. Mis ojos anticiparon las vigilias: Antes de que alguien vigilara: yo vigilaba. Leemos también en Daniel (Cap. X). Y he aquí, dice, un ir, es decir, un vigilante. No dormita ni dormirá, el que guarda a Israel. Por lo tanto, el monje que no vigila no puede decir este verso.

Me turbaba, y no hablaba. Esto es lo que dice el Apóstol: No se ponga el sol sobre vuestro enojo (Efes. IV). Me turbaba, como hombre: no hablaba, como cristiano. La ira comenzó en mi corazón; pero no llevé la ira a las palabras.

Pensé en los días antiguos, y tuve en mente los años eternos. En cuanto a mis pecados, desesperaba: y mi alma se negaba a ser consolada. Comencé a pensar desde el principio del mundo, cuando Dios hizo al hombre, hasta mi año: desde Adán hasta mi tiempo.

Meditaba de noche con mi corazón, y escudriñaba mi espíritu: No pensaba en la ira, no pensaba en mi enemigo; sino que toda mi meditación era sobre Dios. La noche que suele ser, ya sea para el descanso, ya sea para la lujuria: para mí era meditación sobre las virtudes. Meditaba de noche con mi corazón, y escudriñaba mi espíritu: es decir, cavaba como un campo, para sembrar allí la semilla de las doctrinas del Señor.

¿Acaso Dios rechazará para siempre? Este era todo mi pensamiento; Dios hizo al hombre de la tierra, y le prometió la vida eterna: ¿cómo entonces fue expulsado del paraíso? Y no añadirá para que le agrade aún. ¿O cortará su misericordia para siempre de generación en generación? Esto es, ¿rechazará a ambas generaciones, la del pueblo anterior y la del siguiente? Y si había rechazado al pueblo de los judíos: ¿Acaso también rechazará a los gentiles?

¿O contendrá en ira sus misericordias? No pudo decirlo más bellamente; aunque se contenga para no tener misericordia: sin embargo, su misericordia lo vence.

Y dije, ahora comienzo. En hebreo tiene de otra manera: Y dije, mi debilidad: es decir, esto que sufro, no es por la crueldad de Dios; sino por mis pecados. Este cambio de la diestra del Altísimo: Para que el Señor tenga misericordia, para que dé su gracia a todo el mundo: para que no retenga en su ira sus misericordias. Este cambio de la diestra del Altísimo: A menos que su diestra, es decir, su Hijo, sea cambiado, y tome el cuerpo del hombre: no podemos recibir misericordia. Y dije, ahora comienzo, este cambio de la diestra del Altísimo. El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II).

Me acordé de las obras del Señor. Las que hizo a Moisés, las que hizo a los santos. Porque me acordaré desde el principio de tus maravillas, y meditaré en todas tus obras, etc. Toda mi meditación es sobre tus virtudes. Considero cómo te compadeciste de ellos, y no desespero de mí.

Dios, en el santo es tu camino. Por lo tanto, cualquiera que no sea santo, el camino de Dios no está en él. ¿Cuál es el camino de Dios? Yo soy el camino y la verdad (Juan XIV). Esto dice el Salvador. Por lo tanto, el camino de Dios es el Hijo, pero el camino de Dios no está sino en el santo. Queremos que Cristo habite en nosotros, seamos santos. Porque el camino de Dios está en el santo. ¿Qué Dios es grande como nuestro Dios? Porque hay muchos dioses: y muchos señores. Esto lo dice el Apóstol, Dios se levantó en la sinagoga de los dioses (1 Cor. VIII). Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI). Y a Moisés: Te he hecho Dios para Faraón (Éxodo VII). Los santos son llamados dioses. Ellos son dioses según la gracia: pero tú eres Dios por naturaleza. Tú eres el Dios que hace maravillas. No dijo, porque hiciste; sino, que haces maravillas. Cada día Dios hace maravillas, y obra, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Tú eres el Dios que hace maravillas. Ayer ladrón, hoy cristiano. Ayer fornicador, hoy continente. Ayer robabas lo ajeno, ahora das lo tuyo.

Hiciste conocer tu poder entre los pueblos. Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos, ahora lo hizo conocer entre los pueblos. Redimiste con tu brazo a tu pueblo. Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Redimiste con tu brazo a tu pueblo: es decir, en Cristo. Los hijos de Jacob y de José. A ambos pueblos, tanto de los judíos como de los cristianos. Jacob en el pueblo de los judíos, y José en el pueblo de los gentiles. Finalmente, José se interpreta

en lengua hebrea, aumento. Ellos, por lo tanto, precedieron, y nosotros fuimos añadidos: por eso dice, los hijos de Jacob y de José.

Te vieron las aguas, Dios: te vieron las aguas, y temieron. Por ahora digamos según la letra; quedémonos en la tierra por los más simples. Cuando el pueblo pasó por el Mar Rojo, y por el Jordán: las aguas reconocieron a su creador, y el pueblo no lo reconoció. Y se turbaron los abismos. El mar lo vio, y huyó: el Jordán se volvió atrás (Sal. XIII).

La multitud del sonido de las aguas, dispersaron las nubes. Por nubes, aguas tiene en hebreo. Lo que dice, Dieron voz las nubes, esto lo interpretan cuando Dios fue visto en el monte Sinaí.

Y tus saetas pasaban: la voz de tu trueno en la rueda. Y esto lo interpretan de los relámpagos, y dicen: cuando Dios truena, hace una voz similar a la de una rueda. Veis cómo todavía estoy en la tierra, y hablo según la letra que mata.

Iluminaron tus relámpagos el orbe de la tierra. ¿Qué haces aquí, judío? En el mar es tu camino, y tus sendas en muchas aguas. Y esto haz, o dilo del mar, o del Jordán. Y tus huellas no serán conocidas. Esto según la letra, ¿cómo lo entiendes? Por los más simples lo hemos dicho según la letra: volvamos, entonces, a la inteligencia espiritual. Te vieron las aguas, Dios. Hablemos de la revelación de Juan. Aguas, dice, muchas, son muchos pueblos (Apoc. XVII). Te vieron las aguas, Dios. ¿Qué aguas? Y las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor (Sal. CXLVIII). Te vieron las aguas, Dios. Mentes y almas puras. Te vieron las aguas y temieron. El temor no fue por odio, sino por fe. Y se turbaron los abismos. Digamos algo según la inteligencia espiritual. En el principio del Génesis está escrito: Y el espíritu se movía sobre las aguas, dice. Y luego está escrito: Sobre los abismos, dice, se movían las tinieblas. Ved, entonces, lo que se dice en el principio del Génesis: esto es, según la inteligencia espiritual. Sobre las aguas, dice, se movía el espíritu. Ya en ese tiempo se significaba el bautismo. Porque no podía haber bautismo sin espíritu. Sobre los abismos, en cambio, tinieblas. Este es el abismo al que los demonios piden no ser enviados por Jesús. Sobre los abismos, entonces, tinieblas. En las aguas había pureza: en los abismos, tinieblas. ¿Qué son los abismos? Sin que yo lo diga, lo entendéis: porque los demonios temen ir al abismo. Dieron voz las nubes. Nubes, los profetas: que callaron a los judíos, nos hablaron a nosotros. Dieron voz las nubes, y tus saetas pasaron. La predicación del sermón de Cristo corrió por todo el mundo. La voz de tu trueno en la rueda. El trueno propiamente, es una gran voz. Finalmente, en el tiempo cuando Dios habló: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: se hizo una voz similar al trueno de una rueda (Mat. III). Finalmente, por eso se escribe: Un abismo llama a otro abismo en la voz de tus cataratas (Sal. XLI): esto es, los dos Testamentos, el nuevo y el viejo. La voz de tu trueno en la rueda. La voz de tu predicación en la rueda. Por eso se dice gran voz: porque grande es la predicación. La voz de tu trueno en la rueda: en todo el orbe por el circuito. No solo se escucha en Judea, lo que tú hablas, sino que también se escucha en el mundo. Esto lo hemos dicho en general. Digamos, sin embargo, especialmente del hombre interior. La rueda está en la tierra con una pequeña huella, y no solo está, sino que como que corre: no está, sino que toca y pasa: Finalmente, cuando se gira, asciende a lo alto. Así también el hombre santo, porque está en el cuerpo, tiene necesidad de pensar en algunas cosas terrenales: y cuando viene al sustento, y al vestido, y a otras cosas de este tipo: teniendo sustento y vestido, con esto está contento, y tocando la tierra, se apresura a lo alto (1 Tim. VI). Aquel que corre, y se apresura a lo alto, en él está tu palabra (Zac. IX). Leemos también en el profeta, las piedras santas ruedan sobre la tierra (Ezequiel I). Ved lo que dijo: Las piedras santas ruedan sobre la tierra. Porque son ruedas, por eso ruedan sobre la tierra, y se apresuran a lo alto. ¿Queréis saber más ruedas? Leemos también una rueda en una

rueda. Leemos también en Ezequiel: Las ruedas se adhieren entre sí. Dos ruedas, son el nuevo y el viejo Testamento. Esta rueda se adhiere a aquella, y aquella a esta. Sin embargo, ved lo que se dice, también en Ezequiel: Y dondequiera que el espíritu dirigía, allí seguían también las ruedas. Esto también se dice en el Eclesiastés: que en la consumación del mundo la rueda girará sobre el lago (Eclesiástico XII). Hay muchas cosas que se pueden decir de las ruedas; pero la oración se apresura a lo demás. Iluminaron tus relámpagos el orbe de la tierra: La predicación apostólica. Se conmovió, y tembló la tierra. Si nuestra tierra no se hubiera conmovido, y turbado, no seríamos cristianos. Se conmovió, y tembló la tierra. Porque el Espíritu del Señor no reposa sobre nadie, sino sobre el humilde, y tranquilo, y que tiembla ante sus palabras (Isaías LXVI).

En el mar es tu camino. Donde hay olas, donde hay agua amarga, donde habita el dragón: donde se adhieren los pequeños peces. En el mar es tu camino. Tú que estabas en el cielo, descendiste a la tierra. Según la letra podemos decir: En el tiempo en que Moisés sacó a Israel, tú eras quien los sacaba (Éxodo XIV). En el mar es tu camino. Luego podemos, también según la historia, decir de otra manera: los mares te fueron camino. Pero eso lo hizo una vez. Sin embargo, cada día habla al mar: Calla, enmudece. El Señor te calma, para que podamos pasar por este mundo. En el mar es tu camino. Él vino, la fuente de vida, para endulzar el mar. Mar amargo, mar muerto. Por eso, junto a Ezequiel: sale del templo del Señor una fuente de agua viva, y va al mar Muerto, que no tenía nada viviente (Ezequiel XLVII). Porque no podían haber peces en el mar Muerto, nada vivía en el mar Muerto. Del templo del Señor, es decir, del seno de Él salió el Salvador, y endulzó el mar Muerto, y las aguas amargas. En el mar es tu camino, y tus sendas en muchas aguas. Por eso en el mar es tu camino: para que tú hicieras el camino, y te siguieran tus apóstoles.

Y tus caminos en muchas aguas, y tus huellas no serán conocidas: guiaste a tu pueblo como ovejas. El buen pastor guió a su pueblo como ovejas. En la mano de Moisés y Aarón. Esto lo hizo según la letra. Sin embargo, lo hace diariamente en nosotros. En la mano de Moisés, es decir, en la ley. Sabemos que la ley es espiritual. En tu ley espiritual y Aarón: esto es, en el sacerdocio. En tu ley espiritual y en tu sacerdocio espiritual, nos guiaste a tu pueblo (Rom. VII). Esto lo entendemos literalmente de Moisés y Aarón. Moisés y Aarón fueron sacados, pero no introducidos en la tierra prometida. Le sucedió Josué. Vean lo que está escrito: Moisés murió en el desierto: Aarón murió; María murió, y esto es lo que está escrito en el profeta: y heriré, dice, a tres pastores en un mes. Ellos murieron: pues no pudieron entrar en la tierra prometida (Zac. I). Solo vieron la tierra prometida, y no pudieron entrar. Los judíos vieron la tierra prometida, y no pudieron entrar. Murieron en el desierto, y sus cadáveres están en la soledad, de aquellos que murieron en el desierto. Nosotros, hijos bajo el liderazgo de Jesús, llegamos al Jordán y entramos en la tierra prometida, y llegamos a Gilgal, y fuimos circuncidados por segunda vez con la circuncisión espiritual, y se nos quitó el oprobio de Egipto. Ahora, el mismo Jesús, nuestro líder, sostiene la espada, y siempre nos precede, y lucha por nosotros y vence a los adversarios, y durante siete días rodeamos Jericó: esto es, este mundo. Tocamos las trompetas sacerdotales, y rodeamos Jericó: esto es, este mundo, y caen sus muros, y entramos, y salimos victoriosos. Luego vencemos la ciudad de Hai: después llegamos a Jebús: llegamos a Azor: llegamos a otras ciudades, vencemos a los adversarios, a los que bajo Moisés no pudimos vencer. Demos gracias, pues, a nuestro líder Jesús; porque con él como líder, él luchando, nosotros vencemos. Él ordenó al sol que se detuviera, y se detuvo: y en su figura él era grande, él ordenaba, pero el Señor lo hacía. Él fue victorioso, él, como he dicho frecuentemente, mató a cinco reyes en la cueva, él nos introdujo en la tierra prometida. Démosle gracias; él es el hijo de Nun, que leemos como Nave; él es quien se llamaba Oseas, que leemos como Ause. No se dice según la verdad hebrea Ause,

sino Oseas, es decir, salvador. Verdaderamente salvador: pues nos salva, y nos sacó del desierto, y nos introdujo en la tierra prometida, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXVII.

La Escritura divina ordena que, cuando seamos invitados al banquete de un rico, extendamos nuestra mano a los manjares con inteligencia. Así también se nos ha preparado un banquete rico de las Escrituras. Hemos llegado a un prado, donde las hierbas florecen: aquí la rosa enrojece, allá los lirios resplandecen, hay diversas flores. Nuestra alma es llevada de aquí para allá, de donde pueda tomar las flores más hermosas. Si recogemos la rosa, dejamos el lirio: si tomamos el lirio, nos quedan las violetas. Así también en el salmo setenta y siete, que es místico y envuelto en muchos sacramentos: cualquier letra que mires, son flores. Flores diversas, y no podemos recogerlas todas. Elijamos, sin embargo, todo lo que podamos, de los pocos se puede contemplar también la dignidad de las demás flores. Entendimiento de Asaf. Con este título se preanota. El mismo título nos provoca a la inteligencia. Asaf fue uno de los corodidascales, como lo fueron los hijos de Coré, e Idithun, y los demás. Así que de los demás corodidascales, este también es un profeta. Porque el entendimiento es simple, y en el salmo se narra la historia: nos vemos obligados a entender todo lo que está escrito, según la inteligencia. Está escrito: En la tierra de Egipto en el campo de Tanis; Partió el mar, y los sacó en nube de día, y toda la noche en iluminación de fuego, y demás. Vemos que se narra la historia de manera simple. Si, por lo tanto, lo entendemos tal como está escrito, el título preanotado es en vano: Entendimiento de Asaf. Pero si lo entendemos como el título preanota, nos vemos obligados a encontrar algo diferente en la letra, algo diferente en el espíritu.

Escucha, pueblo mío, mi ley: inclina tu oído a las palabras de mi boca. Abriré en parábolas mi boca, y hablaré proposiciones desde el principio. Ven que está bien escrito arriba: Entendimiento de Asaf. De hecho, la misma profecía comienza así: Escucha, pueblo mío, mi ley: no la ley de Moisés, sino mi ley. Inclina tu oído a las palabras de mi boca. Esto es lo que dice en el Evangelio: El que tenga oídos para oír, que oiga (Luc. VIII). Abriré en parábolas mi boca. Abriré para ustedes lo que está cerrado para los judíos. Abriré en parábolas mi boca. Y sin parábolas, dice, no les hablaba: pero a sus discípulos en privado les explicaba las parábolas (Marc. IV). Abriré en parábolas mi boca. Lo que a ellos les hablo en parábolas afuera, a ustedes les abriré adentro. Y hablaré proposiciones desde el principio. Por proposiciones, en hebreo tiene, en enigma. Por lo tanto, todo lo que se dice, es un enigma. Un enigma no es lo que se dice, sino que significa otra cosa. Que alguien me diga: Fuerzas la Escritura, ya que el título dice: Entendimiento de Asaf, tú me interpretas esto dicho desde la persona de Cristo. Interpretemos esto dicho desde la persona de Cristo, si somos cristianos. Pero somos cristianos, quienes hemos recibido el bautismo de Cristo, y no solo confesamos, sino que también profesamos, que somos cristianos. Debemos, por lo tanto, creer a los evangelistas. Está escrito en el Evangelio según Mateo: Cuando, dice, nuestro Señor y Salvador habló en parábolas, y ellos no entendieron (Mat. III): y demás cosas que están escritas en el Evangelio. Y después, ¿qué añadió el evangelista? Todo esto, dice, se hizo para que se cumpliera lo que está escrito: Abriré en parábolas mi boca, y hablaré proposiciones desde el principio. Ves, por lo tanto, que el evangelista Mateo entendió esto desde la persona de Cristo. Pues cuando introdujo al Señor hablando en parábolas, y ellos no entendieron: esto, dice, se hizo para que se cumpliera lo que está escrito: Abriré en parábolas mi boca, y hablaré proposiciones desde el principio. Parece que no nos queda ninguna cuestión, pero presten atención diligentemente (Juan V): Mi esfuerzo no es declamar al modo retórico, sino abrir el sentido de las Escrituras. De hecho, ¿qué dijo también el Señor y Salvador? Escudriñen las

Escrituras, y allí encontrarán cómo está escrito de mí. Y en otro lugar dijo a los judíos: Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios. Vean lo que dice: Erráis. ¿Por qué? No conociendo las Escrituras (Marc. XII). Y como no conocen las Escrituras: por eso no conocen a Cristo, que es el poder de Dios, y la sabiduría de Dios. Se dice, por lo tanto, en Mateo: Esto, dice, se hizo para que se cumpliera lo que está escrito en Asaf el profeta. Así se encuentra en todos los códices antiguos, pero los hombres ignorantes lo quitaron. De hecho, muchos Evangelios hasta hoy lo tienen así: Para que se cumpliera lo que está escrito por el profeta Isaías: Abriré en parábolas mi boca, y hablaré proposiciones desde el principio. Esto no lo dice Isaías, sino Asaf. De hecho, el impío Porfirio propone esto mismo contra nosotros, y dice: Vuestro evangelista Mateo fue tan ignorante, que dijo: lo que está escrito por el profeta Isaías: Abriré en parábolas mi boca, y hablaré proposiciones desde el principio: por lo tanto, simplemente digamos: como está escrito en el Evangelio, así está escrito en Mateo y Juan, que nuestro Señor fue crucificado a la hora sexta. Nuevamente está escrito en Marcos: que fue crucificado a la hora tercera. Esto parece ser diferente, pero no es diferente. Fue un error de los escribas: Y en Marcos estaba escrito la hora sexta; pero muchos tomaron el episema griego ϛ, por γ; así como allí fue un error de los escribas: para que escribieran Isaías en lugar de Asaf. Sabemos que la primera Iglesia fue congregada de gentiles ignorantes. Por lo tanto, cuando leían en el Evangelio: Para que se cumpliera lo que está escrito en Asaf el profeta: el que primero escribía el Evangelio, comenzó a decir: ¿Quién es este Asaf el profeta? No era conocido en el pueblo, y esto hizo, que al corregir un error, cometiera un error. Digamos algo similar, y en otro lugar en el Evangelio según Mateo: cuando Judas devolvió las treinta piezas de plata, y los sacerdotes no quisieron aceptarlas, ni ponerlas en el tesoro, porque era precio de sangre: y compraron con ellas el campo del alfarero para sepultura de los extranjeros (Mat. XXVII). El precio de Cristo, es nuestra sepultura, y ese campo se llama Aceldama, que es, campo de sangre. El campo de sangre no es de los judíos, sino nuestra sepultura. Pues éramos extranjeros y advenedizos, y no teníamos dónde descansar. Él fue crucificado, y murió, y nosotros fuimos sepultados con él. Para que se cumpliera, dice, lo que está escrito en el profeta Jeremías: Devolvió, dice, las treinta piezas de plata, el precio que fue tasado, y demás. Como está escrito, dice, en el profeta Jeremías: esto está escrito en Mateo. Buscamos en el profeta Jeremías, y no pudimos encontrar esto en absoluto, pero lo encontramos en Zacarías: Ven, por lo tanto, que también aquí fue un error, como allí (Zac. XI).

Cuántas cosas hemos oído y conocido. Estos versículos desde: Escucha, pueblo mío, mi ley: hasta este versículo, hablaré proposiciones desde el principio: se dicen desde la persona de Cristo, y el mismo Salvador habla. Ya los demás versículos hasta el final del salmo, debemos tomarlos desde la persona de los apóstoles. Diciendo, por lo tanto, el Señor: Inclina tu oído a las palabras de mi boca. Oh apóstoles, lo que, dice, oyeron en secreto, proclamen desde los tejados (Mat. X). ¿Qué dicen los apóstoles? Cuántas cosas hemos oído y conocido; y los patriarcas y profetas nos hablaron. Y nuestros padres nos las contaron. No están ocultas a sus hijos, etc. Por eso ellos hablaron, para que nosotros, sus hijos, supiéramos. Y puso una ley en Israel: cuántas cosas mandó a nuestros padres. A ellos les hablaron carnalmente: pero nosotros las entendemos espiritualmente. Para que las hicieran conocer a sus hijos. Esto es, a nosotros. Por eso les habló a ellos, para que nos las transmitieran.

A los hijos que nacerán y se levantarán, y contarán a sus hijos. Por tus padres, dice, te nacieron hijos (Sal. XLIV). Nosotros somos los hijos de ellos. Ellos nos contaron, y nosotros contamos a nuestros hijos, somos sus hijos.

Para que pongan en Dios su esperanza. Para que ya no crean en ídolos, sino que crean en Dios. Para que no olviden las obras de Dios. Para que vean el orden de la creación, y a partir

de la creación entiendan al creador. Y busquen sus mandamientos. No desprecien como los judíos, sino que busquen como los cristianos (I Cor. X).

Ni sean como sus padres. No murmuren como murmuraron algunos en el desierto, y perecieron. Generación perversa y provocadora. No lo digo yo: Tu profeta lo dice de ti. Generación perversa y provocadora. Generación adúltera y malvada busca un signo, y no se le dará signo, sino el signo de Jonás (Mat. XVI). ¿Por qué dijo, perversa? Porque se hicieron como un arco torcido. Pues el arco nunca se extiende hacia quien lo lanza, sino contra los adversarios. Pero esta generación, aunque fue creada recta por Dios, y se tenía en la mano de Dios como un arco, para lanzar a través de ella flechas, se volvió como un arco torcido, blasfemando contra su Creador.

Generación que no dirigió su corazón. Hasta hoy Israel está torcido. Y no fue creído con Dios su espíritu. Porque no recibió al Hijo, por eso no recibió al Espíritu Santo. De hecho, el Espíritu Santo, cuando descendió en forma de paloma, no descendió sobre las multitudes de los judíos, sino sobre un solo Jesús. Si quieres, por lo tanto, judío, recibir el espíritu, cree en Jesús, porque el Espíritu Santo se posa en Jesús.

Hijos de Efraín armados y lanzando arco. ¡Oh cuántos misterios! ¡Oh cuántas flores! No digo días, sino que todo un mes no puede ser suficiente para entender este salmo. En cada palabra hay sentidos. Tenemos también un tesoro en estos vasos de barro. Muchos interpretan esto del cuerpo, y del Espíritu Santo: esto es, tenemos un tesoro en vasos de barro. Esta es ciertamente una interpretación: pero esta es mucho mejor, porque tenemos un tesoro preciosísimo en vasos de barro: esto es, en las palabras rústicas de las Escrituras. Hijos de Efraín armados y lanzando arco, se volvieron en el día de la batalla, y demás. Leemos en los libros de los Reyes: que bajo Roboam hijo de Salomón, Jeroboam hijo de Nabat dividió al pueblo del resto del pueblo, y llevó a diez tribus a Samaria (III Reg. XII). Las tribus de Judá, y Benjamín permanecieron bajo el dominio de Roboam, y muchos de la tribu de Leví, que habitaban en Jerusalén sacerdotes y levitas, como está escrito en las Crónicas, regresaron al templo de Dios, esto es, a Jerusalén (II Par. XI). Fueron, por lo tanto, tres tribus: esto es, Judá: la misma tribu real, y Benjamín, y después los levitas que vinieron de diversas tribus al templo. Los que estaban en Samaria, de la tribu de Efraín tenían rey. Pues así como los que reinaban en Judea, tenían rey de la tribu de Judá, y del linaje de David: así los que reinaban en Samaria, tenían rey de la tribu de Efraín, y sus reyes se llamaban Efraín. Leamos al profeta Oseas, y encontraremos toda su profecía contra Efraín (Oseas VII). Y se dice allí: Efraín, dice, se ha hecho como una paloma insensata. Vean lo que dice. Pues la paloma insensata deja el templo, y habita en los bosques. La paloma siempre habita en las casas. Pero Efraín, mi paloma, dejó el templo, dejó la casa, y habita en los bosques, habita en los desiertos. Esto por ahora según la letra, pues debemos también poner la historia. Ahora bien, después de la letra, como por ciertos grados debemos ascender a cosas mayores. Digamos, por lo tanto, que los hijos de Efraín son todos los herejes. Y estos también se apartaron de la casa de Dios, y estos dejaron a David, y habitaban en los desiertos. Y se les llama palomas, porque ellos leen las Escrituras, pero las entienden insensatamente. Hay muchos que se llaman, hijos de Efraín, armados y lanzando arco. Vean a todos los herejes, que dejaron Jerusalén, que dejaron el templo de Dios, que habitan en Samaria. ¿Dónde hicieron los becerros de oro? En Betel, y en Dan. Y vean lo que dice: Hicieron becerros de oro en Betel, en la casa de Dios, se hicieron idólatras. Y lo hicieron en Dan: esto es, en su juicio, y en su condenación. Dejaron la casa del Señor, y no piensan en nada más que en el oro. Que alguien diga, ¿Por qué hicieron becerros de oro? Nuestro tesoro está guardado en vasos de barro. Pues los eclesiásticos son rústicos y simples: pero todos los herejes, son aristotélicos y platónicos. De hecho, para que sepan, que toda la elocuencia secular, se llama oro: esto es, porque su lengua se dice como por el brillo

del oro: Babilonia es un cáliz de oro en la mano del Señor. Vean lo que dice: Babilonia de confusión. Por lo tanto, este mundo, es un cáliz de oro. De este cáliz de oro se da a beber a todas las naciones (Jerem. LI). Hijos de Efraín armados y lanzando arco. Cualquier escritura de los herejes que veas, todas tienen supersticiones. Se volvieron en el día de la batalla. No conocen a aquel que dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV): pero están preparados para las palabras. Tienen palabras, pero oirán lo que está escrito: Dispersa a las naciones que desean la guerra (Sal. LXVII). Que alguien diga, que es nuestra sentencia: Veamos lo que sigue:

No guardaron el pacto de Dios, y no quisieron andar en su ley, y se olvidaron de sus beneficios. Se levantaron contra él, que los regeneró en el bautismo. Y de sus maravillas que les mostró. Vean el sentido de las Escrituras, cómo de los hijos de Efraín pasa a las historias pasadas: para mostrar que lo que está escrito: Abriré en parábolas mi boca, hablaré proposiciones desde el principio: se dice parabólicamente.

Coram patribus eorum, hizo maravillas en la tierra de Egipto, en el campo de Tanis: dividió el mar y los condujo, detuvo las aguas como en un odre, y los guió en una nube durante el día. Alguien podría decir: Estás forzando la Escritura: simplemente se dice del pueblo de Israel, cuando fue sacado de la tierra de Egipto, y por eso se dice según la historia. Y leemos que las diez tribus abandonaron a Dios y se convirtieron en idólatras, y como si siguieran a los becerros de oro. Veamos en qué tiempo fue el profeta Asaf. Ciertamente en aquel tiempo, cuando David reinó cuarenta años. Luego Salomón otros cuarenta años. Después de ochenta años, bajo Roboam, las diez tribus se dividieron. Ves, entonces, que lo que se dice no se refiere a las diez tribus, sino que se profetiza sobre los herejes. Delante de sus padres hizo maravillas. Los herejes, por lo tanto, olvidaron a su padre, quien hizo maravillas en la tierra de Egipto, en las tinieblas de este siglo, cómo los liberó. En la Iglesia renacieron, y después, donde nacieron, la Iglesia les desagrada. En la tierra de Egipto, en el campo de Tanis: donde hay idolatría, donde está el rey de Egipto, donde está la caballería de Egipto, donde están Juanes y Jambres, adversarios de Moisés, donde hay idolatría. Todos nosotros estábamos en Egipto, y fuimos liberados por el Señor. Dividió el mar y los sacó. El Señor caminaba sobre el mar, y calmó las olas del mar, y nos condujo. Dividió el mar y los sacó. Hasta hoy, oh monje fiel, cuando seas sacado de Egipto, el mar se divide, y así eres sacado. Detuvo las aguas como en un odre. En hebreo no dice odre, sino, como un montón. Y los guió en una nube durante el día. He aquí que el Señor vino a Egipto en una nube ligera. Debemos entender la nube ligera, o propiamente el cuerpo del Salvador: que fue ligero y no estaba cargado de ningún pecado. O ciertamente debemos entender la nube ligera como la santa María: no cargada de semilla humana. He aquí que el Señor vino a Egipto, de este siglo: sobre una nube ligera, la Virgen. Y los guió en una nube durante el día. Bien dijo, durante el día: Esa nube no estaba en las tinieblas, sino siempre en la luz. Y toda la noche en la iluminación del fuego. Y las tinieblas no están ocultas para ti. Como la luz para ti, así también la noche para ti (Deut. IV). Y toda la noche en la iluminación del fuego. Nuestro Señor es un fuego consumidor. Fuego consumidor. No dijo qué consume, nos dejó la inteligencia. Quienes construyeron sobre el fundamento de Cristo, madera, heno, paja (I Cor. III): el Señor es para ellos un fuego consumidor. El fuego tiene una doble naturaleza, y brilla, y quema. Si somos pecadores, enciende: si justos, nos ilumina.

Dividió la roca en el desierto. La roca nos fue dividida en el desierto. La roca fue golpeada, y fluyeron aguas. Esa roca que dice: quien tenga sed, venga y beba; de cuyo vientre fluyeron ríos (Juan VII). Y los regó como en un abismo profundo... En el desierto, donde no había agua, se nos hizo abundancia de aguas.

Y sacó agua de la roca, y sacó aguas como ríos, y aún añadieron pecar contra él, etc. Oh perversidad de corazón malvado, habla mal de Dios, y quien debería haber tenido hambre de justicia, busca carne y verduras. Pues así como Moisés golpeó la roca en el desierto, y produjo aguas para el pueblo (Num. XX), así también el Señor, a quien Pablo dice que fue golpeado por nuestros pecados, nos proporcionó fuentes inmensas (Rom. IV): a saber, los apóstoles, que la roca mostró, y por quienes fluyeron torrentes. Los torrentes, sin embargo, los entendemos como los doctores: por quienes los torrentes, es decir, los doctores subsecuentes de las Iglesias, fueron llenados. De cuya predicación, apagamos nuestra sed de la palabra de Dios. Pero también al manantial del Bautismo y del martirio, la misma roca nos mostró. Pues de su costado, cuando fue golpeado, salió sangre y agua, lo que figuró el bautismo y el martirio (Juan XIX). Los torrentes, sin embargo, se llaman doctores, porque antes de creer, estaban llenos de las lluvias y lodazales de este siglo. Ahora, sin embargo, lavados por el bautismo, han inundado desde la fuente de la vida eterna. Añade la murmuración judía, diciendo:

¿Acaso también podrá dar pan, o preparar una mesa para su pueblo? Considera difícil el poder de Dios: que quien sacó agua de la roca, como si no pudiera dar maná del cielo.

Por eso oyó el Señor, y se contuvo. Ciertamente se apartó de ellos, para que no entraran en la tierra prometida. Y el fuego se encendió en Jacob, y la ira subió en Israel. Jacob no siempre se entiende como el suplantador de vicios; ni Israel se toma en todos como el que ve a Dios. El apóstol, sin embargo, enseña que hay un Israel según la carne (I Cor. X), del cual se dice: Y fornicó Israel (Jueces VIII). Pues si hubiera visto a Dios con la mente, ciertamente no habría fornicado. Así de Jacob, cuando adoraba a Esaú contaminado con ídolos, diciendo: Veo tu rostro como el rostro del ángel de Dios (Gén. XXIII); o, cuando engordado pateó, no era el suplantador de vicios. Por eso aquí debe entenderse así: porque se encendió en Jacob el fuego terrenal de la concupiscencia, y así en la venganza divina, subió sobre el Israel carnal.

Porque no creyeron en Dios, ni esperaron en su salvación. Ni al Padre, ni al Hijo, que es la salvación del mundo, creyeron.

Y mandó a las nubes desde arriba, y abrió las puertas del cielo. Y llovió sobre ellos maná para comer. Estas cosas fueron dadas a los hebreos: pero también ahora en la Iglesia se ordena a los profetas y apóstoles, que nos anuncien la palabra de la predicación, con la que el alma se alimenta espiritualmente. Les dio pan del cielo, el hombre comió pan de ángeles. Él mismo proporcionó alimento al hombre, quien dijo: Yo soy el pan de vida, que descendí del cielo: quien coma de él, vivirá eternamente (Juan VI). De este pan del cielo, se alimentan los santos y los ángeles. Les envió alimentos en abundancia. Para que ya no se sacien con la letra de la cebada, sino con la doctrina espiritual del trigo.

Y trasladó el viento del sur del cielo, y en su poder trajo el viento del oeste, y llovió sobre ellos carne como polvo, etc. En los vientos, muestra el soplo del Espíritu Santo. Sin embargo, la multitud que se asemeja al polvo o a la arena del mar, acusa su sentido terrenal y duro.

Y cayeron en medio de sus campamentos, alrededor de sus tiendas, y comieron, y se saciaron en exceso. Los campamentos, dice, son las sinagogas. Las tiendas, sin embargo, son sus corazones en los que estas cosas fluyeron. Pero al indicar que se saciaron en exceso, reprende su glotonería carnal: que aquellos que debían ser alimentados con los preceptos de Dios, se sienten saciados con carnes polvorientas. Y les trajo su deseo: no fueron defraudados de su deseo. La inmensa piedad del Señor, que alimenta a los hambrientos con alimento terrenal:

así también quien lo desee, lo llena con el pan celestial, que mencionamos antes. Por lo tanto, aquellos que solo desearon carne, y no a Dios, veamos qué recibieron a continuación.

Aún estaba su comida en su boca, y la ira de Dios subió sobre ellos, y mató a sus más robustos. Esto se refiere a aquellos que abandonaron a Dios después de recibir el maná. Pues también ahora en la Iglesia, si alguien se alimenta con la Carne y la Sangre de Cristo, y se inclina hacia los vicios, sepa que el juicio de Dios le amenaza, como dice el apóstol Pablo: Quien reciba el cuerpo y la Sangre de Cristo indignamente, se come y bebe juicio para sí mismo (I Cor. XI). Y detuvo a los elegidos de Israel. También ahora se detienen los elegidos de la Iglesia: si no reciben estos sacramentos inocentemente, incluso los sacerdotes.

En todas estas cosas pecaron aún: y no creyeron en sus maravillas. Y desfallecieron, etc. Los inicuos pecan diariamente, hasta que desfallecen, y con prisa desfallecen: quienes desprecian obedecer a los sacerdotes de Dios, como también aquel pueblo que murmuraba contra el siervo de Dios Moisés.

Cuando los mataba, lo buscaban, y se volvían, y de madrugada venían a él. Flagelados en sus pecados, se volvían: y sacudido el sueño de la infidelidad, se apresuraban a escuchar la palabra de Dios.

Y recordaban que Dios es su ayudador, y Dios el Altísimo es su redentor. Entendieron que ningún auxilio podía ayudar, sino aquel que los liberó de la servidumbre de Egipto.

Y lo amaban con su boca. Cuando decían: Todo lo que Moisés nos mande, haremos (Éxodo II). Y con su lengua le mentían. Diciendo a Moisés: Todo lo que el Señor diga, haremos.

Pero su corazón no era recto con él, ni fueron fieles en su pacto. Pues también el Señor, usando el testimonio del profeta Isaías, decía: Este pueblo me honra con los labios: pero su corazón está lejos de mí (Isa. XXIX).

Pero él es misericordioso, y se hará propicio a sus pecados, etc. Porque la multitud de sus misericordias lo contiene, para que mientras espera el arrepentimiento, no castigue al delincuente: porque no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XVIII).

Y recordó que son carne. Pues sabe que la carne siempre resiste a la ley de Dios. Espíritu que va, y no vuelve. Pues sabe que el hombre, al perder el espíritu, vuelve al polvo. Pues también el Espíritu Santo, cuando se aleja de los pecadores, mientras están en los lodazales de los pecados, no vuelve a ellos.

Cuántas veces lo irritaron en el desierto: lo provocaron a ira en el lugar sin agua. En la incredulidad y sequedad de su corazón.

Y se volvieron, y tentaron a Dios, y provocaron al Santo de Israel. Entonces Moisés era el santo de Israel, quien veía a Dios tanto con la mente como con los ojos, a quien a menudo provocaban. Pero también ahora provocan, cuando oyen que se anuncia que Cristo el Señor nacerá en la carne.

No recordaron su mano: el día que los redimió de la mano del opresor. De Faraón, ciertamente, quien figurativamente se dice que es el diablo.

Como puso en Egipto sus señales, y sus prodigios en el campo de Tanis. Pues así como entonces en las diez señales, es decir, plagas, Moisés liberó al pueblo de Egipto: así también el apóstol Pablo, con diez Epístolas, oprimió las tinieblas del mundo presente.

Convirtió en sangre sus ríos, y sus lluvias para que no bebieran. Las palabras vanas de los filósofos, que en las doctrinas platónicas exterminaban a los pequeños de la Iglesia: se convirtieron en venganza divina para ellos y en sangre, para que quienes derramaban sangre, es decir, asesinaban almas seduciendo, de ahí en adelante bebieran sangre.

Envió sobre ellos tábanos, y los devoraron. En el tábano indicó la secta de los cínicos, que proclama la lujuria y la lascivia como el bien supremo. Y ranas, y los destruyó. En las voces de las ranas, se designan también los poemas de los poetas, que a través de la inflación de la verbosidad introdujeron las fábulas de la exterminación.

Y dio al moho sus frutos. En el moho, o el can, se muestra la forma de la fornicación. Pues así como este, reptando lentamente, ataca cruelmente los frutos de los árboles: así también este, seduciendo suavemente a los hombres, los devora con mordeduras iniquas y ocultas. Y sus labores a la langosta. En la langosta, se refutan las discordias del género humano. Que aunque sin rey lleva un ejército ordenado, sin embargo, el género humano siempre disiente y discorda.

Mató con granizo sus viñas, y sus morales con escarcha. Y entregó al granizo sus bestias, y sus posesiones al fuego. En el granizo se muestra el castigo divino: en el cual tanto las viñas como los árboles son azotados: estos, a saber, que en lugar de buenos frutos, produjeron espinas. Por este granizo también mueren las bestias, para que se acuse su insensatez, quienes dieron el nombre divino a las bestias. El fuego también se envía para consumir los vicios e iluminar los corazones de los creyentes, como dice el Señor: Fuego vine a traer a la tierra: y ¿qué quiero, sino que se encienda? (Lucas XII).

Envió sobre ellos la ira de su indignación: indignación, y ira y tribulación, envío por ángeles malos. Para que quienes no eran corregidos por las plagas divinas, fueran golpeados por las insidias diabólicas. Pero quiénes son los ángeles, el mismo Señor lo declaró en el Evangelio: Id, dice, al fuego que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV).

Hizo camino a la senda de su ira, y no perdonó de la muerte a sus almas, y encerró en muerte a sus bestias. La ira divina tiene camino, cuando en la venganza del pecado alguien es entregado y no libera su alma del castigo del infierno. O cuando la insensatez, que es similar a las bestias, se encierra en la muerte eterna.

Y golpeó a todo primogénito en su tierra: las primicias de todo su trabajo en las tiendas de Cam. Así como estas cosas se refieren a Egipto: así también el Señor, principados y potestades, ya sean de demonios o de vicios, en este mundo, con su santísimo advenimiento los destruyó, y triunfó en el madero de su cruz, y los expulsó del corazón de aquellos que se habían entregado a la astucia diabólica, porque Cam se interpreta como astucia.

Y sacó como ovejas a su pueblo, y los condujo como un rebaño en el desierto. Golpeado Egipto con estas plagas, el Señor sacó a su pueblo de la servidumbre antes mencionada, a quien había redimido con su sangre, y lo colocó en la Iglesia, que antes había sido estéril y desierta: de la cual dice: Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isa. LIV).

Y los sacó con esperanza, y no temieron, y el mar cubrió a sus enemigos. Colocados estos en la esperanza de la eternidad, el mar cubrió a sus enemigos, es decir, que cuando estos eran lavados por el bautismo, el diablo con sus ejércitos se hundía.

Y los introdujo en el monte de su santificación: en el monte que adquirió su diestra. En la misma Iglesia que adquirió con el poder de su gloriosa resurrección.

Y expulsó de su presencia a las naciones, y les dividió la tierra por sorteo en la cuerda de distribución, e hizo habitar en sus tiendas a las tribus de Israel. Expulsados los pecados de las naciones de los corazones humanos, se les dio la posesión de la tierra de los vivientes: y sucedió que donde antes había habitado el adivino y el hechicero, ahora habita el que ve a Dios con la mente.

Y tentaron, y provocaron al Dios Altísimo: y no guardaron sus testimonios. Y se apartaron, y no guardaron el pacto: como sus padres. Ahora el discurso se dirige a los judíos, a quienes ni el poder ni los beneficios divinos ablandaron: sino que así como sus padres mataron a los profetas, así también estos persiguen al mismo Señor. Se volvieron como un arco torcido. Pues el arco es torcido, que mientras se cree que lanza la flecha contra los enemigos, hiere al que lo sostiene. Así también los judíos, que lanzan flechas iniquas de palabras contra Dios su libertador.

Lo provocaron a ira en sus colinas: y con sus esculturas lo provocaron a celos. Pues dejando a él, sirvieron a ídolos y simulacros, adorando incluso en los montes.

Oyó el Señor y despreció: y redujo a nada a Israel. A aquel que solo de nombre, y no de visión, era Israel.

Y rechazó el tabernáculo de Silo, su tabernáculo, en el que habitó entre los hombres. O en los tabernáculos de Silo bajo Elí, o en Jerusalén bajo Salomón. Pero rechazados estos, eligió más bien el templo del rey de la virgen incorrupta, o de la Iglesia santa llamada de entre las naciones.

Entregó en cautiverio su fortaleza, y su hermosura en manos del enemigo: y encerró a su pueblo en la espada, y despreció su heredad. Sus jóvenes, etc. Aquí claramente predijo la destrucción que ocurrió en Jerusalén bajo Tito y Vespasiano. Y porque predijo como hechos futuros, sepa quien lee, que para Dios las cosas futuras ya están hechas. Pero ojalá también en nosotros esto, con la ayuda del Señor, suceda, que la concupiscencia caiga, levantada la potestad de las virtudes. Que la forma del amor iniquo caiga, levantada la hermosura de la Iglesia. Que el pueblo de los vicios sea exterminado, vivificada la multitud de las virtudes. Que se rechace la herencia terrenal, y se adquiera el reino de Dios. Que el joven, es decir, el pecado incipiente, sea quemado por la virtud del Espíritu Santo, y el alma virgen se regocije. Que los incitadores de los vicios sean destruidos por la espada, es decir, la palabra de Dios, para que las mentes viudas de estos se regocijen con Cristo.

Y se despertó como un dormido el Señor, como un poderoso embriagado de vino, y golpeó a sus enemigos en las partes traseras, les dio oprobio eterno. Como dormido y como ebrio, se tiene al Señor en los corazones de los inicuos. Pero cuando comienzan a hacer penitencia, se despierta. Y golpeados los vicios hasta las partes traseras de los tiempos, entregados en oprobio eterno, vigila en ellos.

Y rechazó el tabernáculo de José, y no eligió la tribu de Efraín: sino que eligió la tribu de Judá, el monte Sion que amó. No rechazó la tribu de José o Efraín para despreciarla

eternamente: sino que no quiso tomar carne de ella, eligiendo la tribu de Judá, de la cual procedería la bienaventurada María, de la cual nacería él mismo, para elevar el monte de su amor, es decir, la Iglesia.

Y edificó como un unicornio su santuario en la tierra, que fundó para siempre. Firmó su Iglesia con singular virtud, para que permaneciera inmóvil en los siglos eternos.

Eligió a David su siervo, y lo levantó de los rebaños de ovejas, y lo tomó de detrás de las ovejas que amamantan. Para pastorear, etc. Todas estas cosas deben referirse a Cristo el Señor, quien fue elegido del consejo paterno para nuestra redención de entre el rebaño de los mortales: asumiendo carne, pastoreando al pueblo cristiano, ya sea suplantador de vicios, o viendo a Dios con la mente. Quien ahora se digna pastorear a su Iglesia adherida a sus voluntades, en la bondad de su corazón, y colocarla en la Jerusalén celestial. A él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXVIII.

Salmo de Asaf. Este salmo contiene la voz del profeta, lamentando la cautividad de la Jerusalén terrenal: cautividad que no solo debe referirse a aquella ciudad, sino al alma, que a menudo se escribe como ciudad.

Dios, las naciones han venido a tu heredad: han profanado tu santo templo. El Apóstol dice: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. III). Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Por lo tanto, si el alma cristiana sucumbe al aumento de los vicios, entonces la heredad que debería haber sido de Dios se somete al adversario, y entonces el templo dedicado al Espíritu Santo, contaminado por los crímenes de las naciones, es destruido. Han puesto a Jerusalén bajo la custodia de los frutos. Así como los frutos, cuando comienzan a madurar, son custodiados, y los maduros son devorados más fácilmente, así también nuestro adversario, con los vicios que irrumpen, custodia el alma que le consiente hasta llevarla al pleno consentimiento de su voluntad, para poder devorarla. Mientras en ella brille la chispa de la fe, es amarga para los dientes del enemigo.

Han dado los cadáveres de tus siervos como alimento a las aves del cielo: las carnes de tus santos a las bestias de la tierra. Han derramado su sangre como agua alrededor de Jerusalén, y no había quien los enterrara. Esto ciertamente ocurrió en Jerusalén antes de la venida del Salvador, pero prefiguraron la pasión de los niños, donde sus carnes fueron expuestas a las bestias y aves, es decir, a los perseguidores, y se derramó tanta sangre que apenas se podían enterrar todos los cuerpos. El lamento en Jerusalén se entiende como el llanto de la Iglesia, según aquello: Raquel llorando por sus hijos, y no quiso ser consolada, porque ya no existen (Jerem. XXXI; Mat. II).

Nos hemos convertido en oprobio para nuestros vecinos, etc. Los santos se convierten en oprobio para aquellos que antes eran hermanos, y luego, separados de la Iglesia, persiguen a los que temen a Dios: lo cual se refiere a los herejes.

¿Hasta cuándo, Señor, te enojarás para siempre, se encenderá como fuego tu celo? Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen, y sobre los reinos que no invocan tu nombre, etc. No te enojes con nosotros, te lo rogamos, Señor, que te conocemos: sino que más bien dirige tu furia hacia aquellos que ignoran a tu Cristo.

Porque devoraron a Jacob, y desolaron su lugar. Aquel carnal, que fue seducido por el engaño del enemigo.

No recuerdes nuestras iniquidades antiguas: que pronto nos alcancen tus misericordias, Señor, porque nos hemos empobrecido mucho. Que nos preceda, te lo rogamos, Señor, la misericordia, que es tu unigénito, para que viniendo se apiade de nuestras iniquidades, y nos libre de los pecados. Porque nos hemos empobrecido en el mundo por él.

Ayúdanos, Dios, nuestro Salvador; por la gloria de tu nombre, Señor, líbranos, y sé propicio a nuestros pecados, etc. Entonces nos ayudas o te muestras propicio: si la claridad de tu nombre, que es bendecido entre las naciones, nos libra de la muerte con su muerte.

Para que no digan las naciones, ¿dónde está su Dios? y se haga conocer entre las naciones ante nuestros ojos. Las naciones, o pueblos, son potestades adversas, que prevalecen contra nosotros, diciendo: ¿Dónde está vuestro Dios verdadero? Como a menudo decían los paganos a los mártires.

Venganza de la sangre de tus siervos que ha sido derramada. Aquí se invoca el juicio: para que la sangre de los mártires sea reclamada por el Señor, quien en el Apocalipsis dice: Descansad un poco, hasta que se complete el número de vuestros consiervos (Apoc. VI). Que entre en tu presencia el gemido de los cautivos. Que te buscan con largas lágrimas, deseando ser liberados y estar contigo.

Según la grandeza de tu brazo, posee a los hijos de los muertos. A aquellos que, corriendo por el ejemplo de los mártires, se han crucificado a los vicios y concupiscencias.

Devuelve a nuestros vecinos siete veces en su seno. Para que no sean condenados por la pena del juicio, sino que en este siglo disuelvan con penitencia una composición séptuple. El seno a menudo se entiende como el pecho del hombre, en el que descansa el alma. El oprobio que te han reprochado, Señor. Porque te reprochan a ti: ya que afligen con injurias a tus mártires en quienes habitas.

Pero nosotros, tu pueblo, y ovejas de tu pasto. Por la inocencia que llevan, se les llama ovejas, o porque tienen a Cristo como pastor. Te confesaremos por los siglos, y de generación en generación. Esto es, desde los profetas hasta los Evangelios. Anunciaremos tu alabanza. Porque a ti es con el Padre eterno y el Espíritu Santo honor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXIX.

Al final, por aquellos que serán cambiados, testimonio de Asaf. Este salmo contiene la voz del profeta suplicante, narrando las maravillas de Dios.

Tú que pastoreas a Israel, escucha. Es gobernado por Dios quien ve a Dios con la mente. Por lo tanto, el profeta pide que le preste atención. Tú que sacas como ovejas a José. No aquel José, cuyo tipo rechazó en otro salmo: sino aquel que fue vendido por treinta piezas de plata por un discípulo, llevado por la virtud paterna del infierno con el rebaño de los justos.

Tú que te sientas sobre los querubines. Sobre la plenitud de toda ciencia. Aparece. Muéstrate a este mundo. Ante Efraín, Benjamín y Manasés. Menciona a Efraín y Manasés, a quienes en otro lugar llama la fortaleza de su cabeza, es decir, la Iglesia o los apóstoles. Pero al poner a

Benjamín en medio, significa al apóstol Pablo, que descendió de la tribu de Benjamín, para ser asociado con los demás apóstoles (Filip. III).

Despierta tu poder. Que mostraste a los egipcios y a los hijos de Israel. Y ven, para salvarnos. Para que, así como los sacaste de Egipto, nos salves del poder de los demonios.

Dios, conviértenos. Para conocerte. Y muestra tu rostro, y seremos salvos. Muestra a tu Hijo, para que seamos salvados.

Señor Dios de los ejércitos, ¿hasta cuándo te enojarás con la oración de tu siervo? No se enoja si pedimos justicia; pero la conciencia del delito piensa que incluso se enoja con la oración.

Nos alimentarás con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en abundancia. A menudo, por el deseo de Dios o el recuerdo del pecado, las lágrimas se convierten en nuestro pan y bebida. Pero al decir, en abundancia, indica que en esta oración, en la que deseamos ser absueltos de los pecados o ver a Dios, se debe tomar un alimento ligero, si se pronuncia en oración, no en mucha palabrería.

Nos has puesto en contradicción con nuestros vecinos, etc. Judíos y herejes, que rodean a la Iglesia, nos atacan y nos combaten.

Señor Dios de los ejércitos, conviértenos a ti, y muestra tu rostro, etc. Aquel que dijo: Quien me ve, ve también al Padre (Juan XIV).

Trasladaste una viña de Egipto: expulsaste a las naciones, y la plantaste. Fuiste guía en su presencia, etc. Aunque esto figuró a la sinagoga, debe referirse a la Iglesia, que fue trasladada de las tinieblas del mundo a la dignidad celestial, expulsadas las naciones de los vicios, con la fe favoreciendo. A la cual también se le dio el camino, es decir, los mandamientos por los cuales debía caminar, plantados en ella los doctores, por quienes el sonido de los Evangelios se anunciaría en toda la tierra. También es custodiada, dirigida y alimentada por el Señor que reside sobre los querubines.

Cubrió los montes con su sombra, y sus ramas los cedros de Dios. Con los patriarcas y apóstoles de su claridad.

Extendió sus sarmientos. Nosotros somos las vides que hemos brotado de esa viña. Hasta el mar. Es decir, hasta el bautismo hemos llegado, que antes fluctuábamos en la vanidad de este mundo. El mar en el Apocalipsis significa el bautismo. Y hasta el río sus retoños. Para que los que renacían en ella, fueran lavados en el bautismo. De aquí regresa a la sinagoga.

¿Por qué destruiste su cerca? Entonces fue despojada la fortificación de la sinagoga, cuando le sobrevino la ceguera, hasta que la plenitud de las naciones entrara. Y la vendimian todos los que pasan por el camino. Es despojada por aquellos que pasan por el camino de este mundo hacia Dios: haciendo que los judíos se conviertan predicando.

La devastó el jabalí del bosque, y la devoró la bestia salvaje. En el jabalí y la bestia salvaje se entiende la ferocidad del diablo, por quien fue devastada por la incredulidad.

Señor Dios de los ejércitos, conviértenos. La sinagoga a la Iglesia.

Mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña. De la que he hablado antes. Y perfecciona la que plantó tu diestra. Que la virtud, es decir, tu Hijo, fundó con su resurrección. Y sobre el hijo del hombre. El hijo de la virgen. Que confirmaste para ti. Que, vencida la muerte, colocaste a tu diestra.

Quemada con fuego y cortada, perecerán por la reprensión de tu rostro. La sinagoga ciertamente con los judíos no creyentes.

Sea tu mano sobre el hombre de tu diestra. Sobre el pueblo que tu diestra, es decir, tu Cristo, salvará. Y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti. A él, nuestro Mediador y Salvador.

No nos apartaremos de ti, nos vivificarás. Si te adherimos con fe, entonces con aquel pan de vida que enviaste del cielo, seremos restaurados. E invocaremos tu nombre. A aquel a quien diste un nombre sobre todo nombre.

Señor Dios de los ejércitos, conviértenos, y muestra tu rostro, y seremos salvos. Aquel que es tu imagen: aquel que es tu rostro, que es la iluminación de tu rostro, en quien permaneces, y quien permanece en ti. Que, purificadas nuestras mentes, se digne entrar, y se nos muestre como el Salvador del mundo, y nos salve con una santa visión. A él la gloria y el poder contigo, y con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXX.

Al final, por los lagares, salmo de Asaf. En la ley está escrito que hay tres solemnidades: Pascua, Pentecostés y la Fiesta de los Tabernáculos. Antes de la Fiesta de los Tabernáculos, había un ayuno de diez días, y el ayuno era hasta el anochecer. En ese tiempo tocaban las trompetas, es decir, ayunaban, y en el ayuno tocaban las trompetas: y después de diez días, eran las Tabernáculos. Presten atención: Hay tres solemnidades escritas en la ley. Primero la Pascua, luego Pentecostés, luego la Fiesta de los Tabernáculos. Antes de la Fiesta de los Tabernáculos, ayuno: y en el ayuno tocaban las trompetas. Noten lo que significa la Escritura. Quiten el velo que está puesto ante los ojos de Moisés; y vean que no podemos hacer tabernáculos, a menos que antes ayunemos. Pero ese ayuno, a menos que tenga una señal de victoria, que aterrorice a nuestros adversarios, no se vence a Amalec. Por lo tanto, ya que hay tres solemnidades, Pascua, Pentecostés, Fiesta de los Tabernáculos: por eso también tres salmos tienen títulos por los lagares: el octavo salmo, el octogésimo, y el octogésimo tercero. Vean cómo están escritos tres salmos en el salterio, que están marcados por los lagares. Vean lo que dice el octavo salmo, el octogésimo, y el octogésimo tercero: y antes de que discutamos sobre el número, digamos qué quieren significar los lagares. Por los lagares. Los lagares no están en otro lugar, sino donde hay viñas y una vendimia infinita. Por los lagares. Por eso dice el Señor y Salvador: He pisado el lagar solo, y de las naciones no había hombre conmigo (Is. LXIII). Por eso trasladó una viña de Egipto y la plantó. Y dice en Jeremías: Yo te planté como una viña verdadera, toda escogida: ¿cómo te has convertido para mí en amargura de una vid extraña? (Jer. II). Y Noé bebió vino, y se embriagó. Se dice también en Salomón, se dice también en el misterio: Bebed, amigos, y embriagaos (Cant. V). Leemos también en otro lugar: que aquel José, el hombre santo, que precedió en tipo al Salvador, que fue vendido por sus hermanos: a quien vendieron sus hermanos, y reinó en Egipto (Gen. XLIII). Así nuestro Señor y Salvador fue vendido por los judíos, y reinó en Egipto de este mundo. Aquel José, el hombre santo, aquel principal que superó la crueldad con piedad: que fue vendido en Egipto para alimentar a Egipto, y a sus hermanos que lo vendieron. Aquel José invitó a sus hermanos. Pero vean: Y se dice que se embriagó al mediodía. Esto no puede

sostenerse literalmente, que un hombre santo se haya embriagado. Noé se embriagó, pero verdaderamente se había embriagado. José se embriagó como Noé, y se embriagó en su casa. Vean el misterio: Veamos primero qué significa en el misterio, y luego discutamos qué significa en el sentido. Después del diluvio de este mundo, Noé bebió, y se embriagó en su casa, y se descubrieron sus muslos, y apareció su vergüenza: y vino el hermano mayor y se burló, pero el hermano menor cubrió (Gen. IX). Todo esto se dice del Salvador, porque decía en la cruz de la pasión: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mat. XXVI). Bebió, y se embriagó, y se descubrieron sus muslos, y apareció la ignominia de la cruz. Vino el hermano mayor, el pueblo de los judíos, y se burló: y el menor, el pueblo de las naciones, cubrió la ignominia. Por eso maldito sea Canaán, será siervo de su hermano. He aquí que esa maldición persiste hasta hoy. Nosotros, el pueblo menor, gobernamos al pueblo mayor de los judíos. Así como el Señor en la Pasión se embriagó, así también los santos en el ardor de la fe se embriagan diariamente en el Espíritu Santo. Tú que ayer recogías oro, hoy lo arrojas: ¿no pareces loco ante los desconocidos? De hecho, también los apóstoles cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y los llenó, y hablaban en diversas lenguas, por eso se decía que estaban llenos de mosto (Hech. II). Hay muchas cosas que se pueden decir sobre el misterio del vino, y sobre la embriaguez. Al final, por los lagares, Asaf. El octavo salmo, el octogésimo, y el octogésimo tercero. Ningún otro podía tener números de lagar, sino el octavo, el octogésimo, y el octogésimo tercero. El octavo día de la resurrección en número singular. Nuevamente en ocho décadas, otro número mayor, el octogésimo. Vean que estos lagares no se prescriben, sino en el día de la resurrección, el octavo, y el octogésimo. Alguien podría decir: ¿Por qué después se dice en el octogésimo tercero lagares? Estos lagares pertenecen al misterio de la Trinidad. Por eso también hay tres corodidascali. En el octavo salmo, David; en el octogésimo, Asaf; en el octogésimo tercero, los hijos de Coré. El octavo es David, que se interpreta como fuerte de mano. Nuestra primera victoria, tiene lucha y combate. Por eso se dice fuerte de mano David. La segunda, en el octogésimo Asaf. Asaf se interpreta como Sinagoga. En el octavo vencemos, y en el octogésimo nos congregamos con el Señor. En el octogésimo tercero, los hijos de Coré. Coré se interpreta como Calvario. Sube, Calvo; sube, Calvo (IV Reg. II). Esto también decían los niños a Eliseo, porque había sufrido en el lugar del Calvario. Hay muchas cosas que se pueden decir, cómo Eliseo fue burlado en Betel por cuarenta y dos niños. Estos son los lagares, de los que dice también el Salvador: Haced amigos con las riquezas injustas, para que os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI).

Exultad a Dios, nuestro ayudador. Que nos liberó de las tinieblas de Egipto. Aclamad al Dios de Jacob. Al suplantador de los enemigos.

Tomad el salmo, y dad el pandero, el salterio alegre con la cítara. Himno de corazón puro, o mente, y atenuación de los pecados del mundo.

Tocad la trompeta en la luna nueva, en el día señalado de nuestra solemnidad. Ellos tocaban la trompeta en Pascua, Pentecostés, y la Fiesta de los Tabernáculos. Nosotros ahora en la Iglesia, aunque debemos cantar a Dios en todo tiempo, pero especialmente en la resurrección, en la remisión, y en la renovación de la casa: esto es, cuando resucitamos en Cristo: cuando recibimos la remisión, cuando la casa de nuestro pecho ha sido renovada después de la ruina.

Porque es un precepto en Israel, y un juicio para el Dios de Jacob. Porque es su precepto, y juicio, que seamos salvados por gracia, y no por nosotros mismos.

Testimonio en José. En Cristo que fue vendido por nosotros. Lo puso cuando salió de la tierra de Egipto. Ya sea en la zarza, o en el fuego, o en otros misterios. Oyó una lengua que no

conocía. Aquel pueblo de las naciones, en la Iglesia recibió los mandamientos que antes ignoraba.

Apartó de las cargas su espalda. Cuando estábamos en Egipto, construíamos ciudades para el faraón, llevábamos lodo y ladrillo, y toda nuestra alma buscaba paja. No teníamos trigo, no teníamos el pan celestial que vino del cielo: aún no habíamos recibido el maná del cielo, aún no se nos había suspendido la serpiente en el desierto: aún no nos había enviado agua la roca: aún no extendíamos las manos, y Amalec caía. Estábamos sentados en el lodo, y hacíamos las obras de Egipto, construíamos ciudades para el faraón. Apartó de las cargas su espalda. ¡Qué grandes cargas teníamos antes! Por eso nuestro Moisés dice: Venid a mí, todos los que estáis cargados de pecados, y yo os aliviaré (Mat. XI). Sus manos sirvieron en el cesto. ¿De quién? De Israel. Hay cestos de Egipto, y hay cestos de Jesús. También Jesús tiene sus cestos, y nuestro Salvador llenó doce cestos de fragmentos (Luc. IX). ¡Oh cosa maravillosa, y que significa grandes misterios! Cinco mil personas se alimentaban en el desierto, sin contar a los niños y mujeres: en un lugar desierto no se encuentran sino solo cinco panes: porque el lugar era desierto. Te pregunto a ti que solo sigues la letra. En un lugar desierto no se encuentran sino cinco panes, ¿y cómo se encuentran doce cestos? Si el lugar era desierto, ciertamente no podía tener doce cestos; pero todo esto significa que el Señor sacó a su pueblo en el desierto de este mundo de Egipto: los alimentó con sus panes, y lo que sobraba, lo guardó en doce cestos, es decir, en los doce apóstoles, para que lo que se había perdido en las doce tribus, se salvara en los doce apóstoles.

En la tribulación me invocaste, y te libré. Los profetas y los salmos son oscuros porque de repente, sin que lo sepas, cambia la persona. De hecho, hasta aquí ha hablado el profeta: ahora de repente se introduce la persona de Dios hablando al pueblo. En la tribulación me invocaste, y te libré. Cualquiera que esté en tribulación, esté seguro, invócame, y serás escuchado. Te escuché en el secreto de la tempestad. Aquella tempestad cuando te oprimía, y como olas te arrastraba de aquí para allá: yo estaba en medio de la tempestad. Te probé junto a las aguas de la contradicción. Según la letra se dice de Moisés y Aarón: que en las aguas de la contradicción ofendieron a Dios (Éxodo XVII; Números XX). De hecho, por eso no entraron en la tierra prometida. Pero a nosotros Dios nos dice: Te probé junto a las aguas de la contradicción. Simón fue probado en las aguas de la contradicción: porque en hipocresía recibió el bautismo (Hechos VIII). Cualquiera que reciba el bautismo en hipocresía, es probado en las aguas de la contradicción.

Escucha, pueblo mío, y testificaré contra ti. Dios nos habla. Lo que dijo al pueblo, también nos lo dice a nosotros. Israel, si me escuchas. ¿Qué buscas que escuchen? Veamos qué ordena. No habrá en ti un dios nuevo. Para quien su dios es el vientre, ese dios es nuevo. Cuantos más vicios y pecados tengamos, más dioses nuevos tendremos. Me enojo: la ira es mi dios. Vi a una mujer y la deseé: la lujuria es mi dios. Cada uno lo que desea y venera, eso es su dios. El avaro tiene al oro como dios. No adorarás a un dios extraño. Nuestro Dios es virtud; el de otros, vicios.

Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto. Nosotros somos los que fuimos sacados de la tierra de Egipto: si es que hemos salido, si estamos en el desierto, si deseamos ver la tierra prometida. Si hemos dejado Sodoma, no miremos hacia Sodoma. Hemos sido salvados en el monte, no deseemos las carnes de Egipto, no digamos: ¡Qué bien estábamos en Egipto, cuando comíamos carne en las ollas, y ajos, y pepinos (Núm. XI)! ¿Quieres recibir los alimentos del Señor? ¿Quieres comer al mismo Señor tu Dios y salvador? Escucha lo que dice: Abre tu boca, y la llenaré. Abre tus bocas, Él es el Señor, y el pan. Él nos exhorta a

comer, y Él es nuestro alimento. Cuanto más abras, más recibirás. No está en mi poder, sino en el tuyo. Si quieres, me recibirás por completo: si no quieres, al menos recibe una parte.

Y mi pueblo no escuchó mi voz. Estoy ante la puerta, y llamo. Quiero que abras y entre, y no quieres abrir (Apoc. VIII).

E Israel no me atendió: y los dejé según los deseos de su corazón, etc. Desdichado es quien no es corregido por Dios. Si alguien peca y no es castigado, ese es miserable. Por eso dice: Los dejé según los deseos de su corazón. Por eso los dejé: porque muchas veces los golpeé, y no aceptaron la disciplina. Rogué, no escucharon: golpeé, no sintieron dolor. Los dejo en sus voluntades, para que, saciados de sus vicios, así hagan penitencia.

Si mi pueblo me hubiera escuchado. ¡Oh clementísimo Padre, oh misericordioso Dios! Rogó, y no fue escuchado: como un padre enojado deja al hijo libertino. De nuevo lo ve perecer, y se duele, porque perece. ¿Y qué dice? Israel, si hubiera caminado en mis caminos, en vano, etc. ¿Acaso era grande para mí liberarte de la tribulación? ¿Acaso no podía enviar mi majestad y librarte del peligro? Pero porque te dejé el libre albedrío, y te propuse la carrera, y no se corona sino al que lucha, por eso dejo la victoria a tu albedrío (II Tim. II).

Los enemigos del Señor le mintieron. En hebreo se dice mejor: Los enemigos del Señor lo negarán, es decir, los judíos: sus enemigos lo negaron. Pero, ¿esos enemigos que lo negarán, entonces perecerán? ¿No habrá remanente? ¿Y cómo juraste a Abraham, Isaac y Jacob: que su descendencia sería como las estrellas del cielo y como la arena del mar? ¿Por qué prometiste a los padres, y no cumples a los hijos? Los enemigos del Señor lo negarán. Pero, ¿qué dice? Y su tiempo será para siempre. Cuando entre la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Rom. XI). En el futuro creerán, ahora no han creído. Ahora diré a los judíos. Suelen alabarse a sí mismos, y decir: Y su tiempo será eterno. Nosotros decimos, es verdad: creerán algunos de los judíos. Finalmente leemos en el Apocalipsis de Juan, doce mil de cada tribu, es decir, ciento cuarenta y cuatro mil creerán, y se dice que son vírgenes. Pero, ¿dónde habrá tal número de vírgenes, y cuántos no vírgenes habrá? Entonces también digamos a los judíos, y no será vuestro tiempo eterno, es decir, en el siglo futuro. Pero a ti que hoy no crees, ¿qué te importa? Y su tiempo será para siempre. ¿Qué tiempo será el de los enemigos de Dios?

Y los alimentó con la flor de trigo. Los introdujo en la tierra prometida: los alimentó no con maná como en el desierto, sino con trigo que cayó, que resucitó. Y los alimentó con la flor de trigo. Vean el misterio de las Escrituras: Con la flor de trigo. El trigo tiene flor: ¿acaso también tiene entrañas? Pero quiso mostrar la abundancia y la riqueza de la gracia espiritual, y por eso nombró la flor. Y de la roca los sació con miel. Él mismo es el trigo: Él mismo es la roca, que sació al pueblo de Israel con agua en el desierto. Espiritualmente los sació con miel, y no con agua, para que quienes creyeron y recibieron el alimento, sientan miel en su boca. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel y el panal a mi boca (Sal. CXVIII)! Finalmente, nuestro Señor después de la resurrección por eso comió un panal, y de la roca fue saciado con miel (Luc. XXIV). Entonces digo algo nuevo: Esa misma roca comió miel, para darnos miel y dulzura, para que quienes bebieron amargura en la Ley, después en el Evangelio coman la miel del Evangelio: a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXI.

Salmo de Asaf. Este salmo exhorta a que si queremos que el Señor habite con nosotros, siempre hagamos lo que le agrada.

Dios se levantó en la asamblea de los dioses. Hay muchos esquemas. Frecuentemente nos sentamos, a veces estamos de pie, a veces yacemos, a veces corremos, a veces caminamos, así también Dios se describe según la variedad de los hombres, y se introduce su estado diverso. Si somos santos, y somos como Moisés, se nos dice: Tú, sin embargo, quédate aquí conmigo (Éxodo XVII). Esto lo dijo Dios a Moisés. Moisés estaba de pie sobre la roca, por eso el Señor también estaba de pie con él. Si antes fuimos santos, y después pecadores: ya no está Dios de pie con nosotros, sino que camina: es decir, se mueve de su lugar, quien antes estaba de pie con nosotros. Después de que nos movimos, Él también se mueve con nosotros. Finalmente, Adán mientras estuvo en el paraíso, y guardó el mandamiento, Dios estaba de pie con él. Pero después de que transgredió: escuchó la voz de Dios caminando en el paraíso. ¿Quieres saber que Dios caminaba con él? ¿Qué le dijo? Adán, ¿dónde estás? Quien antes no había huido del Dios que estaba de pie, después huyó del que caminaba (Gén. V). Hablamos del que está de pie, hablamos del que camina, hablemos del que se sienta. Siempre que se introduce a Dios sentado, se introduce de dos maneras. O como rey, o como juez. Si como rey, se ve como Isaías: Vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado (Isaías VI). Allí se introduce como rey reinante. Pero cuando se introduce como juez: se colocaron tronos, y se abrieron libros, como está escrito en Daniel: ¿Qué se dice? Se colocaron tronos, y se abrieron libros (Dan. VII): esto es, el Señor como juez se sentará, y releerá las obras de todos. Los libros que ahora están cerrados, entonces se abrirán. Todo lo que hacemos, lo que hablamos, lo que pensamos, incluso de la palabra ociosa daremos cuenta. Está escrito en los libros de Dios. Alguien piensa que hay libros en el cielo, donde se escriben nuestros pecados: Yo pienso que los libros son nuestras conciencias, que entonces se abrirán, y cada uno verá lo que hizo. Nada oculto que no será revelado. Por eso se colocaron tronos, y se abrieron libros. Cuántas cosas están escritas en mi libro, y ni siquiera a mi hermano, ni a mi amigo me atrevo a confesar. Saben los ángeles lo que hice, saben los Tronos, saben los Serafines; lo sabe el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Hablamos de Dios, que a unos está de pie, a otros camina, a otros se sienta: o como Rey, o como juez: a otros duerme. Si alguna vez nos deja en tentaciones, aunque seamos santos: sin embargo, somos dejados en tentaciones para ser probados: en ese tiempo el Señor nos duerme. Finalmente, ¿qué dice el salmista? Levántate, ¿por qué duermes, Señor (Sal. XLIII)? Y los apóstoles, cuando estaban en la nave, y la nave era sacudida por las olas, el Señor dormía con ellos: Por eso la nave era sacudida por las olas. Finalmente lo despiertan, y despierta, y de inmediato la tempestad se calma (Marcos IV). Hablamos de los cuatro esquemas de Dios: que a unos está de pie, a otros camina, a otros se sienta, y a otros duerme: a otros despierta y se levanta. Dios se levantó en la asamblea de los dioses. Porque eran dioses, por eso Dios estaba de pie con ellos. En nuestra asamblea, Dios tiene diversos esquemas: a unos está de pie, a otros se sienta, a otros camina, a otros duerme. Aunque Él es inmutable, por nuestra variedad se cambia. Ve la dignidad del hombre. Dios se levantó en la asamblea de los dioses. Nos concede el nombre, para concedernos también el mérito. En medio de los dioses juzga. Como un emperador en medio de su ejército juzga. Dios juzga a los dioses. Es algo formidable, algo lleno de terror. Si juzga a los dioses, ¿qué hará con el pecador? Estos dos versículos como si los dijera el profeta; lo que sigue:

¿Hasta cuándo juzgarán iniquidad? Dios mismo habla a los jueces, es decir, a los príncipes del pueblo. Especialmente estos versículos que siguen, se dicen a los jueces. Si son jueces del siglo, es manifiesto. Si son jueces de la Iglesia, entendamos de los obispos y presbíteros. ¿Hasta cuándo juzgarán iniquidad? Quien juzga iniquidad, es juez de iniquidad. Aquel era juez de iniquidad, de quien se dice en el Evangelio: que no temía a Dios, y no respetaba al

hombre. ¿Hasta cuándo juzgarán iniquidad? Les di poder sobre mi rebaño, y sobre el pueblo de Dios: deben ser jueces, y no lobos. Y toman el rostro de los pecadores. Juzguen al huérfano y al pobre, justifiquen al humilde y al necesitado. Rescaten al pobre, y al necesitado, etc. Cuando viene a ustedes el juicio, no consideran la causa, no consideran el juicio, sino las personas de quienes tienen causas. Como si dijera: Si viene un pobre, teniendo un asunto justo, y viene un rico, teniendo un asunto malo: ustedes miran la persona, no el asunto. Esto por ahora según una interpretación. Pero hay otra interpretación más sagrada. Suele en los teatros una persona frecuentemente tener diversos personajes: ahora entra como mujer, ahora como hombre, ahora como rey, y quien había salido como rey, de nuevo sale como siervo. Dije un ejemplo, para que de lo carnal podamos llegar a lo espiritual. Y nosotros tomamos diversos personajes. Cuando me enojo, tomo el personaje de un león. Cuando robo cosas ajenas, tomo el personaje de un lobo. Cuando soy cruel y mato, tomo el personaje de un cruel. Pero así como quienes son pecadores, en sus pecados tienen diversos personajes, así al contrario quienes son santos, también tienen diversos personajes, pero en el bien. Cuando hago limosna, tengo el personaje como de los elementos. Cuando juzgo bien, tengo el personaje de un buen juez. Cuando sufro injuria, y soy humilde, tengo el personaje de un humilde. Desdichado es quien tiene más personajes en el mal. Feliz es quien tiene diversos personajes en el bien.

No supieron ni entendieron, en tinieblas caminan. ¿Quiénes? Los malos jueces. A quienes yo llamaba dioses, por su vicio son llamados malos. No me conocieron, ni entendieron mi juicio: en tinieblas caminan. Porque dejaron la luz: por eso en tinieblas caminan. Yo dije: ustedes son la luz del mundo, y ustedes se apartaron de la luz, y se hicieron tinieblas. Porque hicieron esto, veamos qué sigue. Se moverán todos los fundamentos de la tierra. Vean, los príncipes malos qué retribución tienen. Por los malos jueces, los fundamentos de la tierra se sacuden. Esto por ahora dijimos primero según la letra: porque la conmoción de todo el orbe viene por los malos príncipes. Digamos también de otra manera: Se moverán todos los fundamentos de la tierra. Yo a los malos jueces, que pusieron sus fundamentos en la tierra, y no en el cielo, los derribaré: quienes debieron tener como fundamento a Cristo, que puso el arquitecto Pablo: y no quisieron, sino que pusieron sus fundamentos en la tierra.

Yo dije, dioses son, y todos hijos del Altísimo. Que escuche Eunomio, que escuche Arrio, quienes dicen que el Hijo de Dios es hijo de la misma manera que nosotros lo somos. Que seamos dioses, no es de naturaleza, sino de gracia. A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios (Juan I). Por eso hice al hombre, para que de los hombres se hagan dioses. Yo dije, dioses son, y todos hijos del Altísimo. Vean cuán grande es la dignidad, y somos llamados dioses y hijos. Yo los hice dioses, como hice a Moisés dios del Faraón (Éxodo VII): para que después de ser dioses, sean dignos de ser mis hijos. Consideren la Escritura divina: No hay acepción de personas ante Dios. No dijo: Yo dije, dioses son, reyes y príncipes, sino todos a quienes igualmente di cuerpo, y alma, y espíritu: igualmente doné, y deidad, y adopción. Igualmente todos nacemos, tanto emperadores como pobres: igualmente también morimos. Porque la condición es igual.

Pero ustedes como hombres morirán. Ven entonces que quien es hombre, muere. Porque Dios no muere. Y Adán mientras guardó el mandamiento, y fue Dios, no murió. Pero después de que probó del árbol prohibido, inmediatamente murió. Finalmente, Dios le dice: El día que comas, morirás (Gén. II). Mejor está en hebreo: Pero ustedes como Adán morirán. Así como él fue expulsado del paraíso, así también nosotros fuimos expulsados. Y como uno de los príncipes caerán. Porque dijo: Todos hijos del Altísimo, no puede ser hijo del Altísimo, si no es también excelso. Yo dije, que todos ustedes sean excelsos, como yo soy excelso. Pero ustedes como uno de los príncipes caerán. Porque éramos excelsos, por eso se dice que

caímos. ¿Dónde están quienes dicen que el diablo fue hecho diablo? ¿Dónde están quienes dicen que la mala naturaleza fue creada por Dios? Según el hebreo aquí se dicen dos cosas: Pero ustedes como Adán morirán. Así como su padre no quiso escuchar el mandamiento del Señor, y cayó: así también ustedes morirán. Entonces eso se dijo de Adán. Pero lo que sigue: Y como uno de los príncipes caerán, ¿quién es ese uno de los príncipes que cayó? Si quieres decir Adán, ya en los versículos anteriores se dijo: Pero ustedes como Adán morirán. Al mismo tiempo vean la significación de la palabra: Pero ustedes como Adán morirán. Porque Adán murió, y nosotros morimos. Pero el diablo que fue príncipe y cayó, no murió. Porque la dignidad angélica no puede recibir la muerte, sino solo la ruina. Por eso dijo: Como uno de los príncipes caerán. ¿Cómo cayó lucero que nacía por la mañana? Y he aquí, aquí cayó, y allí cayó. Por eso cayó, porque siempre se movía en las cosas celestiales. Este es a quien se le dice en Ezequiel: Tú eres el sello de la semejanza (Ezequiel XXVIII). Vean qué dice: Sello de la semejanza. No dijo: tú eres el sello de la semejanza: sino el sello de la semejanza. Te había sellado, Dios, y te había hecho semejante a Él. Pero tú después te desellaste a ti mismo a la semejanza e imagen de Dios, y tú fuiste creado. Finalmente se dice en esa profecía: En medio de los Querubines fuiste nutrido: entre piedras de jaspe y carbunclo estuviste en el paraíso de Dios, y caíste, dice, y del monte de Dios fuiste herido. Este es el príncipe de Tiro desde el tiempo en que cayó; si bien Tiro en lengua hebrea se dice Sor (): esto es, tribulación. Entonces también este príncipe que primero estaba en el cielo: ahora se ha hecho príncipe de Tiro, esto es, de la tribulación de este siglo. Como uno de los príncipes caerán. Cuando dice, como uno, muestra que hay otros. Lean el Apocalipsis de Juan: El dragón cuando cayó del cielo, arrastró consigo la tercera parte de las estrellas (Apoc. XII). Hasta aquí Dios habló a los hombres, y de nuevo habla por el profeta.

Levántate, Dios, juzga la tierra. Levántate, porque nuestra nave es golpeada por las olas. Levántate: Dios, juzga la tierra: porque los malos jueces no juzgan, sino que trastornan tu ley y desgarran a tus ovejas. Tú levántate, que eres el verdadero juez. Porque los malos jueces han muerto como Adán y han caído como uno de los príncipes: por eso tú levántate, tú juzga, tú salva a tu criatura. Porque el asalariado, cuando ve al lobo, huye (Juan X), deja las ovejas: no puede dolerse de lo ajeno como se duele el padre y la madre. Digamos de otra manera: Levántate, tú que sufriste por nosotros, que moriste por nosotros: levántate y sálvanos. Digamos de otra manera: Tú que viniste humilde y despreciado, ven como juez y defiéndenos. Levántate, Dios, juzga la tierra. Vean el significado y las propiedades de las palabras. No dijo: juzga el cielo, sino la tierra. Por lo tanto, la tierra es juzgada, no el cielo. Si la tierra es juzgada y no el cielo, entonces en el cielo no se cometen pecados; si se cometieran pecados en el cielo, diría: Levántate, Dios, juzga la tierra y el cielo. Y vean la clemencia de la profecía. No dijo, destruye la tierra: sino juzga y salva. No dijo, juzga por los ángeles, juzga por tus ministros. Porque si ellos juzgaran, no podrían tener misericordia, porque son ejecutores de tu sentencia. Pero tú, si juzgas, podrás tener misericordia. Levántate, Dios, juzga la tierra. El emperador puede cambiar su sentencia: el prefecto no puede. Por eso te suplicamos a ti como juez, no despreciando, sino rogando. Porque los hombres y los ángeles, en comparación contigo, son crueles. Tú eres el único juez más benigno. ¿Quieren saber que Dios es un juez clemente y que todo hombre es cruel? Mientras el padre de familia dormía, el enemigo sembró cizaña. Los siervos quieren arrancarla, y el padre de familia dice: Dejen que crezcan juntos, no sea que al arrancar la cizaña, arranquen también el trigo (Mateo XIII). Porque tú heredarás entre todas las naciones. Por eso te suplicamos como juez, porque te has compadecido de todas las naciones. ¿Por qué no dijo, tú poseerás todas las naciones; sino, tú heredarás? Dondequiera que se menciona herencia, allí ha precedido la muerte. Por eso somos llamados herederos y coherederos. Herederos de Cristo, porque murió por nosotros.

Coherederos, porque reinará con nosotros. Tú heredarás: Porque enviaste a tus siervos, volvamos a los apóstoles, a uno a la circuncisión, a otro a las naciones. Mientras enviaste a Moisés, mientras enviaste a Isaías, mientras enviaste a Jeremías, mientras enviaste a otros profetas: Dios era conocido en Judea, su gran nombre en Israel. En una pequeña tierra se difundía el conocimiento del nombre de Dios. Enviaste a Pedro, el pescador, que había dejado la red, que tenía la mano callosa por el trabajo. No enviaste a un orador, no enviaste a un filósofo: Enviaste a un hombre rústico, un pescador. Este pescador, este rústico, fue de Jerusalén a Roma, y el rústico conquistó Roma, que los elocuentes no pudieron conquistar. Nuevamente fue Pablo el apóstol, y desde Jerusalén predicó hasta Ilírico, y predicó donde no se había predicado el Evangelio, para no poner edificación sobre fundamento ajeno (Romanos XV). Luego dice que de la ciudad de Roma iría a España. Vean a Pablo, el perseguidor, que en Judea fue perseguidor, predica a las naciones. ¿Dónde están los que predican a Alejandro Magno, el emperador de los macedonios, que en breve tiempo conquistó tantas naciones? Tenía un ejército, tenía grandes multitudes, y no pudo hacer algo así, sino algo pequeño. Pero este Pablo, que una vez fue perseguidor, decía: Y si soy ignorante en el habla, no lo soy en el conocimiento (I Cor. XI). Quien comete solecismos al hablar, lleva la cruz de Cristo, y como triunfante, captura a todos. Subyugó todo el mundo desde el Océano hasta el Mar Rojo. Que alguien diga: todo esto lo hicieron por ganancia. Esto dice Porfirio: Hombres rústicos y pobres, como no tenían nada, realizaron ciertos signos con artes mágicas. Pero no es gran cosa hacer signos. Pues los magos hicieron signos en Egipto contra Moisés (Éxodo VII). También lo hizo Apolonio, también lo hizo Apuleyo. Infinitos hicieron signos. Te concedo, Porfirio, que hicieron signos con artes mágicas, para recibir riquezas de mujeres ricas, a quienes habían seducido: esto es lo que tú dices. ¿Por qué murieron? ¿Por qué fueron crucificados? Otros también hicieron signos con artes mágicas, pero no murieron por un hombre muerto, no fueron crucificados por un hombre crucificado. ¿Saben que este hombre está muerto, y mueren sin causa? Feliz, entonces, nuestra victoria, que está consagrada en la sangre de los apóstoles. Nuestra fe no se prueba sino por su sangre. Bendigamos, pues, a Dios, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXII.

Cántico del salmo de Asaf. Este salmo contiene la voz del profeta alabando a Dios. Dice, pues:

Dios, ¿quién será semejante a ti? Porque no hay nadie semejante a ti: no buscamos otro autor sino a ti. No calles, ni te detengas, Dios. Nosotros callamos, tú habla por nosotros. Es la voz del justo la que dice: No te detengas, Dios. Está seguro de su justicia.

Porque he aquí que tus enemigos han alzado la voz. Podemos interpretar según la tropología sobre la Iglesia y las herejías. Pero podemos interpretar literalmente sobre el pueblo de los judíos y sobre las demás naciones que rodean y atacan a Judea. Porque he aquí que tus enemigos han alzado la voz. Quiso llamar voz y detracción de los adversarios al sonido. Porque he aquí que tus enemigos han alzado la voz. Vean lo que dice: Han alzado la voz, es decir, como un címbalo resonante, así han sonado en mis oídos. Sonido se dice propiamente cuando solo se escucha el sonido y no se entiende la voz. Por lo tanto, lo que dice es: Ellos hablaban, y como si quisieran acusarme: pero yo no escuchaba como voz, sino como sonido. Y los que te odian han levantado la cabeza. Vean lo que dice: Entonces, quien levanta la cabeza, odia a Dios. Porque el Señor resiste a los soberbios: pero da gracia a los humildes (Santiago IV, y I Pedro V). Y los que te odian han levantado la cabeza. Si tienes una causa contra alguien: si tu hermano te difama, y tú eres humilde por Cristo, y él es soberbio por el diablo, tú imitas a quien dice: Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo

XI). Pero aquel que se levanta, imita a quien dice: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, seré semejante al Altísimo (Isaías XIV). Y los que te odian han levantado la cabeza.

Han tramado un plan maligno contra tu pueblo. Basta con que alguien sea del pueblo de Dios. Han conspirado contra tus santos. Esto no necesita interpretación. Leerlo es entenderlo.

Dijeron, vengan y destruyámoslos como nación. Y que no haya nación, porque es el pueblo de Dios. Y que no se recuerde el nombre de Israel más. No se recuerde aquí, quien con sentido vea a Dios.

Porque han conspirado unánimemente juntos. Infelices nosotros: Infeliz pueblo de Dios, no puede tener en el bien tanta concordia como los malos tienen en el mal. Contra ti han hecho un pacto las tiendas de los edomitas y los ismaelitas: Moab y los agarenos, Gebal, Amón y Amalec, los extranjeros con los habitantes de Tiro: también Asur ha venido con ellos, se han convertido en ayuda de los hijos de Lot. Son once los que luchan contra el santo. Porque han luchado contra los santos, no pudieron llegar al número perfecto, es decir, al duodécimo. Las tiendas de los edomitas. No tienen casas con cimientos, sino tiendas que pasan rápidamente. Edom se interpreta de dos maneras, o sanguíneo, o terrenal. Vean, pues, quiénes luchan contra los santos. Las tiendas de los edomitas, terrenales, y los ismaelitas se interpretan como obedientes a sí mismos, es decir, lo que sea que tengan en el corazón, y el mal pensamiento, lo hacen de inmediato. Por eso se dice en Ezequiel: Hijo de hombre, habla contra los profetas que siguen su propio corazón, y lo que sea que les impulse el pensamiento, lo hacen (Ezequiel XIII). Pero nosotros no debemos seguir nuestro pensamiento, ni ser llamados ismaelitas, es decir, obedientes a sí mismos, sino Ismael, es decir, obedientes a Dios. Moab, del padre, es decir, alejándose de Dios Padre. Agarenos, prosélitos. Quienes debieron ser habitantes de Dios, se convirtieron en prosélitos. Gebal se interpreta como valle vano. Ge se dice valle. Bal se interpreta como vano. Estos, pues, que están contra el pueblo de Dios, no son del monte, sino del valle vano. Y Amón se interpreta como pueblo turbulento: es decir, que confían en la multitud, y no en la simplicidad. Amalec se interpreta como lamiendo la tierra. Porque quienes luchan contra el pueblo de Dios, no comen el pan celestial, sino que lamen la tierra como la serpiente. Extranjeros. Donde se dice extranjeros, en hebreo se tiene Filisteos. Filisteos se interpretan como cayendo por la bebida: es decir, que se embriagaron del cáliz del diablo, y embriagados cayeron. Con los habitantes de Tiro. Tiro en lengua hebrea se dice Sor, que se interpreta como tribulación y angustia. Quienes debieron ser peregrinos en este mundo, se convirtieron en habitantes. Estos, pues, que atacan al pueblo de Dios, habitan en Sor, es decir, en la angustia y tribulación de su alma. Estas, pues, tantas naciones que luchan contra el santo, veamos quién tienen como príncipe: al Salvador, o al diablo. ¿Qué sigue? También Asur ha venido con ellos. Asur, Nabucodonosor, adversario de Dios, que llevó al pueblo de Dios al cautiverio: aunque parece tener muchas naciones luchando por él: sin embargo, tienen como príncipe a Asur, es decir, al diablo. Se han convertido en ayuda de los hijos de Lot. Lot se interpreta como declinante. Los demonios antes fueron ángeles, y después cayeron con el diablo, y se convirtieron en sus satélites, como está escrito en el Apocalipsis de Juan: Porque el dragón cayó, y arrastró consigo la tercera parte de las estrellas (Apoc. XII). Entonces, ¿qué dice? Estos que vinieron con tantas naciones, y atacaron a tu pueblo, y vino con ellos Asur, y tienen como príncipe al diablo, se han convertido en ayuda de los hijos de Lot, es decir, de los demonios. Quienes se apartaron de ti, hacen lo que también los demonios. Ven que son lugares muy difíciles; ven que son oscuros, y en cada palabra hay grandes sacramentos, y por necesidad nos vemos obligados a permanecer más tiempo en las palabras hebreas, y llenas de misterios. Porque no estamos ahora desentrañando un lugar retórico, sino que nos esforzamos por interpretar lo que fue

dicho por el Espíritu Santo. Porque si no se interpreta así, como hemos dicho, ¿de qué sirve a las Iglesias de Cristo leer las tiendas de los edomitas y los ismaelitas, y los demás nombres? Porque han venido contra tu pueblo, veamos qué les imprecó el salmista.

Hazles como a Madián y a Sísara, como a Jabín. Han leído en el libro de los Jueces: Este es Madián a quien Gedeón derrotó (Jueces VII y VIII). Jabín y Sísara son aquellos a quienes Débora y Barac derrotaron (Jueces IV). En el torrente de Cisón perecieron en Endor. Débora y Barac mataron a Sísara, el príncipe del ejército. Entonces, lo que dice, vean qué es: Señor, ¡cuánta soberbia tienen! porque vienen con tan gran ejército, porque tienen como príncipe a Nabucodonosor, el asirio: porque se han convertido en ayuda de los hijos de Lot: porque hacen lo que hacen los demonios: porque su soberbia se ha elevado hasta ti: por eso te ruego, que para su ignominia, no sean vencidos por un hombre, sino por una mujer. Se han convertido en estiércol de la tierra. ¿Quiénes? Madián, Sísara y Jabín. Estos tres se han convertido en estiércol de la tierra. Madián se interpreta como dejando el juicio: Quienquiera que lucha contra mi pueblo, no piensa que habrá un juicio futuro. Sísara se interpreta como visión de caballos. Estos que luchan contra tu pueblo, no son de tu rebaño, ni de tus ovejas, sino de los caballos que enloquecen por las hembras. Estos caballos, pues, siempre están listos para la batalla. Como Jabín. Jabín se interpreta como entendimiento. Quienes confían en su propia sabiduría, y no en la gloria de Dios. Se han convertido en estiércol de la tierra. Aquellos que se gloriaban en el ejército, que tenían como príncipe a Asur, y decían: Subiré al cielo, no solo cayeron a la tierra, sino que en la tierra se convirtieron en estiércol.

Pon a sus príncipes. ¿De quiénes? De los que luchan contra tu pueblo. Como Oreb y Zeeb, y Zeba y Zalmuna. Todos sus príncipes. Creo que han leído la historia en el libro de los Jueces: que Gedeón, que también se llama Jerobaal, luchando por el pueblo de Dios, venció y mató a estos cuatro reyes (Jueces VI y VII).

Vean cuáles son los príncipes de los madianitas, que dejaron el juicio de Dios: Oreb, y Zeeb, y Zeba, y Zalmuna. ¿Quién piensa que en estas palabras hay misterios del Salvador? Los filósofos leen esto y se ríen. Los retóricos lo leen y piensan que son delirios. Pero no solo los retóricos, sino también los judíos no tienen la clave del conocimiento: porque un velo está puesto ante sus ojos. Oreb se interpreta como agujero, en el que entra la serpiente. Zeeb se interpreta como lobo. Vean los nombres de los príncipes adversarios de Cristo. Zeba, víctima, es decir, los que el lobo ha asfixiado. Y Zalmuna, perfectos en malicia. Vean, pues, los sacramentos de los nombres.

Que dijeron: heredemos el santuario de Dios. Lo dijeron, pero no lo lograron: porque el Señor luchaba por su pueblo.

Dios mío, ponlos como rueda. Vean la clemencia del profeta: No ora contra ellos, sino por ellos. Vean lo que dice: Dios mío, que eres Dios de todos, mi Dios propiamente. Dios mío, ponlos como rueda. Quienes tienen como fundamento la malicia: no tengan fundamento, sino que vacilen, y no permanezcan en la malicia. Como paja ante el viento, como fuego que quema el bosque. Como paja: no como trigo, sino, paja; lo que dice, es esto: si hay en ellos paja y tamo, que perezca. Como fuego que quema el bosque. No dijo, árboles frutales; sino, bosque, que no tiene frutos. Si alguien, pues, es paja, y no tiene trigo: si alguien es bosque, y no tiene frutos, que perezca. Como llama que quema montes. Que perezca la soberbia en ellos.

Así los perseguirás en tu tempestad, y en tu ira. ¿Qué? ¿Los matarás? No: sino, Los turbarás. Para que se salven.

Llena sus rostros de ignominia. Para que se confundan. ¿Por qué esto? Para que busquen tu nombre, Señor. Ven, pues, que no ora contra ellos, sino por su salvación. De hecho, vean lo que dice:

Que se avergüencen y se turben para siempre, y se confundan y perezcan. Que perezcan según lo que son malos, y se salve lo que es bueno. De hecho, vean, porque aquí la perdición no suena a abolición, sino a salvación. Lo que sigue.

Y reconozcan que tu nombre es Señor: tú solo Altísimo en toda la tierra. Que se levante quien quiera levantarse. Nosotros digamos: Tú solo Altísimo en toda la tierra. Por mucho que alguien se exalte, tengamos a Dios, cuyo nombre es más excelso, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXIII.

Al final, para los lagares, de los hijos de Coré, y Salmo. Hay tres salmos que se prescriben para los lagares, el octavo, el octogésimo, y el octogésimo tercero. El octavo se prescribe a David: el octogésimo se prescribe a Asaf: el octogésimo tercero a los hijos de Coré. Les doy alguna regla, para que sepan qué deben observar en las Escrituras. Cualquier salmo que se prescribe a los hijos de Coré, no tiene nada triste, sino que siempre significa cosas alegres. Porque Coré, Datán y Abirón se rebelaron contra Moisés, y fueron castigados por el Señor: los hijos de Coré que no siguieron a su padre, fueron bendecidos con gozo eterno. Porque Coré se interpreta como Calvario, y es evidente que Calvario significa el lugar de la resurrección: cualquiera que sea hijo de Coré, es hijo de la resurrección; y cualquiera que sea hijo de la resurrección, no puede tener nada que sea triste.

¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor. Luego se dice: Bienaventurados los que habitan en tu casa. Vean que hay tres: tabernáculos, atrios, y finalmente casa. ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! ¿Cuáles son estos tabernáculos? Veamos si el Evangelio nos ofrece algún significado. El Señor habla y dice: Hagan amigos con las riquezas injustas, para que cuando falten, los reciban en los tabernáculos eternos (Lucas XVI). Vean, pues, que las riquezas injustas en este mundo fallan. Sin embargo, consideren que este injusto prepara justicia. Mammona en lengua hebrea se llama riquezas: no oro, como algunos piensan. De las riquezas injustas. Es cierta también una sentencia de un filósofo: «Todo rico es injusto, o es heredero de un injusto.» Por eso dice el Señor y Salvador que los ricos difícilmente entrarán en el reino de los cielos (Mateo XIX). Que alguien diga: ¿Cómo entró Zaqueo en el reino de los cielos, que era rico? Pero dio sus riquezas, y de inmediato cambió las riquezas por el reino de los cielos. No dijo, cualquiera que sea rico, no entrará en el reino de los cielos: sino que dijo, que difícilmente los ricos entrarán en el reino de los cielos. ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! Otros desean posesiones, otros las riquezas de este mundo, otros tener hijos en las Iglesias de este mundo, y tener alguna gloria entre los hombres: para mí, este es el único deseo, ver los tabernáculos eternos. Esos tabernáculos son amables para mí, donde está la congregación de virtudes, no de vicios. Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor: este es el único deseo, este es mi único amor, ver tus atrios. Vean el orden. Primero desea los tabernáculos: tabernáculos que no tienen fundamento: tabernáculos que se cambian rápidamente. Porque el tabernáculo siempre se cambia, y se traslada de un lugar a otro. Sin embargo, los atrios no son casas, pero tienen algunos fundamentos, y desde el atrio entramos en la casa. Este, pues, primero desea los tabernáculos, y después desfallece, y se consume de

amor por ver los atrios, y cuando esté en el atrio, entonces dice: Bienaventurados los que habitan en tu casa.

Cor meum y mi carne han exultado en el Dios vivo. Es difícil que el corazón y la carne de alguien estén de acuerdo en común. Pues si, según el Apóstol, el espíritu lucha contra la carne, y la carne contra el espíritu (Gálatas V): ¿cómo aquí dice, mi corazón y mi carne han exultado? Esto no puede decirlo sino aquel que está completamente fijado en el amor de Dios con toda su mente. Mi corazón y mi carne. Es lo que dice en otro lugar: Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela (Salmo LXII). Esta es la carne que desea al Señor, de la cual se dice en otro lugar: Y toda carne verá la salvación de Dios (Isaías XL). Pero aquella carne de la que se dice: Toda carne es hierba (Eclesiástico XIV), no desea al Señor. Mi corazón y mi carne. Mira a alguien que se abstiene, que considera la muerte de su carne como ganancia para su alma. Estas son las penitencias y las injurias de la carne. Finalmente, ¿qué dice el Apóstol? A quien entregó a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Corintios V). A menos que la carne muera, el espíritu no puede ser vivificado. Por eso también dice el Apóstol: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Corintios XII). Que cada uno considere cuando está cansado y desfallecido por el ayuno: cómo su alma se vigoriza, cómo su mente no considera nada más que a Dios: cómo siempre dice, ¡cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos!

En verdad, el gorrión ha encontrado casa, y la tórtola nido donde poner sus polluelos. Tus altares, Señor de los ejércitos, mi Rey y mi Dios. Por ahora, interpretemos simplemente. Vean lo que dice: Deseo, Señor, tus moradas eternas: mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor. Deseo tener un asiento y un pequeño nido para mi alma y mi cuerpo. Las aves que vuelan libremente de un lado a otro: sin embargo, después de volar, tienen un lugar y nidos donde descansar: ¡cuánto más mi alma y mi carne deben prepararse un lugar donde puedan descansar! Ahora ascendamos a algo más alto. En el Señor confío: ¿cómo dicen a mi alma, vuela a los montes como un gorrión? Vean, pues, que nadie vuela a los montes sino quien es un gorrión. Y la tórtola nido para sí. Esta es la tórtola de la que se dice en el Cantar de los Cantares: Se ha oído la voz de la tórtola en nuestra tierra (Cantar II). La tórtola nido para sí. La tórtola es un animal de castidad. La tórtola no habita en lugares bajos, sino que siempre hace sus nidos en los altos árboles. Así como el gorrión y la tórtola, aves castísimas, hacen sus nidos en lugares elevados: así las moradas, los atrios y las casas no están en esta tierra baja, sino en lo alto, es decir, en los reinos celestiales. Finalmente, vean lo que dice.

Bienaventurados los que habitan en tu casa. En el tabernáculo no habitamos, sino que peregrinamos. Y en el atrio, mientras estamos, no habitamos, sino que peregrinamos. Pues de los atrios pasamos a la casa. Pero cuando llegamos a la casa, ¿qué se dice? Bienaventurados los que habitan en tu casa: Casa que tiene fundamento. Porque de la casa no se nos permite salir, de los atrios sí.

Bienaventurado el hombre cuyo auxilio es de ti. Nosotros ciertamente deseamos tus tabernáculos y atrios y casa, pero el poder alcanzarlos no es de nuestra virtud, sino de tu auxilio. Ha dispuesto ascensiones en su corazón. ¿Quién ha dispuesto ascensiones en su corazón? Bienaventurado el hombre cuyo auxilio es del Señor: él ha dispuesto ascensiones en su corazón. Cualquiera que sea santo, cada día se extiende hacia lo que está adelante, y olvida lo que queda atrás. Por eso se dicen en el Salterio los quince salmos de los grados, y el primero se dice: Al Señor clamé en mi angustia. Y en el segundo: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi auxilio. Y en el tercero: Me alegré con los que me dijeron, y siempre avanza, y progresa, y asciende a lo más alto. Lo que dice es: Ha dispuesto

ascensiones en su corazón: Feliz es quien cada día progresa, quien no considera lo que hizo ayer, sino lo que hará hoy, para progresar. El santo pone ascensiones en su corazón, el pecador descensiones. Así como el santo cada día progresa: así el pecador cada día decrece. Bienaventurado el hombre que dispone ascensiones en su corazón. Vean la consecuencia de las Escrituras. En el valle de lágrimas en el lugar que puso. Donde se dice, en el valle, es necesario que entendamos también el monte. Entonces, quien dispone ascensiones en su corazón, ¿dónde está puesto? En el valle de lágrimas. Consideremos que estamos en el valle, no estamos en el monte, no estamos en el paraíso: ni en la altura del paraíso, sino en la humildad de la tierra, tierra maldita, maldita que nos genera cardos y espinas, que es alimento de la serpiente, de la cual se dice a Adán: Tierra eres, y a la tierra volverás. Mientras estemos en el valle de lágrimas, no debemos reír, sino llorar. Por eso también dice el Señor: Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Mateo V). Mientras tanto, mientras estamos en el valle de lágrimas, este siglo es de lágrimas, no de gozo. No debemos reír, porque este siglo y este tiempo son de lágrimas, aquel de gozo. En el valle de lágrimas en el lugar que puso. ¿Qué significa lo que se dice: en el lugar que puso? En el lugar, es decir, en el valle de lágrimas. En el lugar que puso, Dios nos puso para la lucha, para que siempre luchemos en esto. Por lo tanto, este lugar, es decir, el valle de lágrimas, no es de paz, no es de seguridad, sino de lucha y de guerras.

En verdad, bendiciones dará el legislador. Que alguien diga: En el valle de lágrimas, en el lugar que puso, para la lucha, es decir, para el combate: ¿por qué nos puso para la lucha? ¿por qué quiso que lucháramos? El salmista se responde a sí mismo, y dice: Por eso quiso que lucháramos en este lugar, para poder otorgar coronas. En verdad, bendiciones dará el Legislador. Este Legislador, es decir, nuestro agonoteta, quiso que lucháramos para poder bendecirnos. Vean la consecuencia. ¿Cuáles son las bendiciones de este agonoteta? Irán de virtud en virtud. Aquí vencen, para que allí sean coronados. Si aquí aparece un hombre fuerte, allí se hace más robusto, irán de virtud en virtud. Por lo tanto, a menos que aquí tengamos virtud: allí no podemos tener mayor virtud. Pues no dijo, irán de debilidad en virtud: sino, irán de virtud en virtud. ¿Quieres ser fuerte allí? Sé fuerte aquí primero. ¿Quieres ser coronado allí? Lucha aquí. Irán de virtud en virtud. Podemos decir también de otra manera: Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios (I Corintios I). Quien aquí tenga virtud, también allí tendrá la misma virtud. Irán de virtud en virtud. ¿Qué ganancia tendrán cuando vayan de virtud en virtud? ¿Qué premio tendrán? Se verá al Dios de los dioses en Sion. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V): Basta a los vencedores, basta a los que han luchado el rostro de Cristo. Ver a Dios es una corona infinita. Se verá al Dios de los dioses en Sion. ¡Cuánta alegría, cuánta felicidad ir de virtud en virtud, y tener este mismo premio, que merezcamos ver a Cristo!

Protector nuestro, mira, Dios, y contempla el rostro de tu Cristo. Vean lo que dice: Y contempla el rostro de tu Cristo. Y el hombre suplica que el padre mire el rostro del hijo. Pero vean lo que dice. Pues dijo el Apóstol: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Corintios XIII). Y de nuevo el mismo Salvador dijo: Quien os recibe, me recibe a mí (Mateo X). Por lo tanto, esto es lo que dice: mira en nosotros. Pues en nosotros miras a tu hijo, que habita en nosotros.

Porque mejor es un día en tus atrios. Vean lo que dice: Un día. Alguien podría pensar que debe entenderse así: Mejor es para mí tener poco en el reino de los cielos, que tener todo aquí, es decir, en este siglo. Esta interpretación no es mala. Pero digamos: Si pudiera ser que alguien estuviera un día en el reino de los cielos, y luego fuera precipitado, diría correctamente: Mejor es un día en tus atrios. Ahora bien, lo que dice un día, es lo que dice en

el reino de los cielos. Ese único día no tiene noche ni tinieblas, sino que siempre es luz. Quien esté un día en el reino de los cielos, siempre estará allí.

He elegido ser despreciado en la casa de mi Dios, más que habitar en las tiendas de los pecadores. Esto es lo que también el Salvador dice de Juan: En verdad os digo, entre los nacidos de mujer no hay mayor que Juan el Bautista (Mateo XI). Luego dijo: porque él es un ángel. Y luego dijo: Pero el que es menor en el reino de los cielos es mayor que él. El sentido allí es este: Juan es mayor entre todos los hombres. Y si quieren saber, él es un ángel. Pero aquel que en la tierra es un ángel, en el reino de los cielos es el último, es decir, menor que los ángeles. Pero el que es menor en el reino de los cielos, es decir, un ángel, es mayor que aquel que en la tierra es mayor que todos. Esto es lo que ahora dice el profeta: He elegido ser despreciado en la casa de mi Dios, es decir, he querido ser menor en el reino de los cielos, que ser el primero en este siglo. He elegido ser despreciado en la casa de mi Dios, más que habitar en las tiendas de los pecadores. Las tiendas no tienen fundamento, sino que pasan. Sin embargo, quien es pecador, nunca habita en la tierra, sino que reside y posee.

Porque Dios ama la misericordia y la verdad. Dios ama dos cosas: la misericordia y la verdad. Si solo fuera misericordioso, nos provocaría a todos a pecar. Si solo amara la verdad, nadie tendría esperanza de penitencia. Por eso busca dos cosas, para que una modere a la otra. Si eres pecador, escucha al Dios misericordioso, y no desesperes, sino arrepiéntete. Si eres justo, no seas negligente, porque Dios es clemente: porque Dios es justo, y ama la verdad. Gracia y gloria dará el Señor. No dijo, gloria y gracia dará; sino que dijo, gracia y gloria dará el Señor. Primero perdona los pecados, y luego corona.

No privará de bienes a los que caminan en inocencia. Mejor está en hebreo, en perfección. La inocencia no es una virtud perfecta; porque quien es inocente, si no tiene prudencia, no es de virtud perfecta y consumada. Por eso también dice en el Evangelio: Sed prudentes como serpientes, y sencillos como palomas (Mateo X). Señor de los ejércitos. Vean lo que dice, Señor de los ejércitos. Entonces, cuando tenemos algunos pecados en nosotros: Dios, que es Señor de las virtudes, no es nuestro Señor; porque no es Señor de los pecadores, sino de los justos. Bienaventurado el hombre que confía en ti. Aquel confía en el Señor, quien no tiene conciencia de pecados, quien levanta sus ojos libres al cielo. Este confía, quien sabe que no ha ofendido a su Señor; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXIV.

Al final, de los hijos de Coré. Este salmo está marcado con este título. He dicho frecuentemente, dondequiera que esté el título, de los hijos de Coré, no hay nada triste, sino siempre alegre. Pues la tristeza del padre se consuela con la alegría de los hijos. Finalmente, lean diligentemente los salmos, y dondequiera que encuentren el título, de los hijos de Coré, no encontrarán nada triste. He dicho frecuentemente que Coré, que se interpreta como lugar de Calvario: es necesario que signifique algo alegre. Finalmente, ¿quién es este Coré? Quien subía de Jericó a Betel. Betel, casa de Dios. Observen diligentemente. Quienquiera que esté en Jericó, y quiera ir a la casa de Dios, es necesario que suba. Entonces, de Jericó nuestro Coré, es decir, Eliseo, subió a la casa de Dios en Betel, y salen de Betel, es decir, de la casa de Dios, es decir, de la sinagoga donde antes estaba la casa de Dios, salen cuarenta y dos niños, y se burlan de Eliseo y de nuestro Coré, y dicen: Sube, calvo; sube, calvo. Él vino a su casa, y es ridiculizado por los pequeños de Betel. Pero Eliseo, el más paciente, que había venido a Betel para salvar, se miró a sí mismo alguna vez: miró, y ordenó que salieran dos osos del bosque, y mataron a los cuarenta y dos niños (IV Reyes II). Así también nuestro Señor, es decir, nuestro Coré, cuando vino a Betel, y quiso subir, fue ridiculizado por los

pequeños, ordena que salgan dos osos, es decir, Vespasiano y Tito, y mataron a aquellos. ¿Quiénes son esos cuarenta y dos niños? Desde la ascensión de Cristo hasta la destrucción de Jerusalén, hay cuarenta y dos años. Observen diligentemente, y así lo encontrarán. Les dio, pues, lugar de penitencia durante cuarenta y dos años después de su resurrección, cuando subía a Betel. Pero como ellos se burlaban: Sube, calvo; sube, calvo; salieron dos osos, y los mataron.

Bendijiste, Señor, tu tierra. Se dice del advenimiento del Salvador. Esto propiamente según la historia. Pero según la tropología, después de haber hablado de la historia, lo diremos. Bendijiste, Señor, tu tierra. Esto lo dijimos del advenimiento del Salvador. La tierra que te había ofendido, que había sido contaminada con idolatrías, al venir tú fue salvada. Bendijiste, Señor, tu tierra. Habla el pecador después de haber obtenido el perdón. Bendijiste, Señor, tu tierra. Aunque haya producido cardos y espinas, sin embargo, es tu creación, y por eso fue salvada. Apartaste la cautividad de Jacob. De aquellos que han creído en Cristo. Apartaste la cautividad de Jacob. Quienquiera que esté en pecados, está cautivo.

Perdonaste la iniquidad de tu pueblo. No por sus obras, sino por tu misericordia salvaste a tu pueblo. Y cubriste todos sus pecados. Hasta el final, el salmo es sobre el advenimiento del Salvador, como dijo, misericordia y verdad. Sin embargo, cerca de los que le temen está su salvación, para que habite la gloria en nuestra tierra. En verdad, la gloria de Dios habitó en nuestra tierra, y luego la justicia miró desde el cielo. En verdad, el Señor dará benignidad. ¿Qué benignidad? Nuestra tierra dio su fruto. María, nuestra tierra, nuestra carne, dio su fruto. La justicia caminó delante de él. La tierra virgen dio fruto justo. Esto lo dijimos por ahora según la historia: ahora digamos según la tropología: Perdonaste la iniquidad de tu pueblo. Nadie perdona, sino lo que se debe. Cubriste todos sus pecados. Cubriste con virtudes, y por eso los pecados no aparecen. Como si dijera: Cubriste la iniquidad con justicia; la impudicia con castidad; la negrura con blancura.

Aplacaste toda tu ira: apartaste de la ira de tu indignación. Conviértenos, Dios de nuestras salvaciones, etc. Vean lo que dice: Tú, lo que estaba en ti, te apartaste de la ira por tu clemencia. Conviértenos, Dios. Tú te apartaste de la ira, nos apartaste de los pecados. Conviértenos, Dios de nuestras salvaciones. ¿Por qué no dijo, de nuestra salvación, sino de nuestras salvaciones? Si pecáramos una vez, necesitaríamos una sola salvación. Hemos pecado mucho: por eso necesitamos muchas salvaciones.

Dios, tú convertido nos vivificarás. Mientras tanto, pues, el Señor no se convierte a nosotros, estamos muertos.

Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación. Que el Salvador descendiera, es misericordia de Dios. No habría venido el médico, si no hubiera muchos enfermos. Como había muchos enfermos, por eso vino el médico. Como necesitábamos misericordia, por eso vino el Salvador.

Escucharé lo que hable en mí el Señor Dios. Muchos piensan cuando Moisés habla y dice: así dice el Señor, e Isaías, y los demás, y cuando se dice: Vino palabra del Señor a Isaías, o a Ezequiel el profeta; que el discurso se hace desde fuera, y que el profeta escucha por estos oídos lo que habla el Señor: No es así. Finalmente, ¿qué dice nuestro Señor a los fariseos y judíos? quien tiene oídos para oír, que oiga (Lucas VIII). Y dice Isaías: El Señor me añadió oído (Isaías V). Vean lo que dice: El Señor me añadió oído. Como no tenía ese oído que está en el corazón; me lo añadió para que pueda escuchar las palabras de Dios. Y ahora, pues, el profeta lo que sea que escuche, lo escucha en el corazón. Pues cuando clamamos en nuestros

corazones, abba padre, y ese clamor es de silencio, y el silencio es escuchado por el Señor: así también el Señor habla a nuestro corazón, que clama, abba padre. Por eso ahora dice el profeta: Escucharé lo que hable en mí el Señor Dios. Algo así también dice el profeta Habacuc: Estaré en la contemplación, y veré qué me responde el Señor, y qué le responderé (Habacuc II). Y escucharé lo que hable en mí el Señor Dios. Entonces, también esto que dice: Escucharé lo que hable en mí el Señor Dios: habla en el corazón, habla en el sentido. ¿Quieren saber cómo es el clamor del corazón? ¿Quieren saber que el clamor ante Dios no es de voz, sino de lágrimas? Se dice en las Lamentaciones de Jeremías: No ha callado la pupila de mi ojo (Lamentaciones II). Porque hablará paz a su pueblo. Esto se dice propiamente del pueblo de los judíos, que creerán en Cristo. Esto es del advenimiento de Cristo. Se dice también de la fe del pueblo judío, es decir, de los apóstoles, y de quienes creyeron en los apóstoles. Porque hablará paz a su pueblo. No se dice paz, sino cuando no hay guerra.

Y sobre sus santos y sobre aquellos que se convierten al corazón. Esto es, quienes primero seguían la carne y luego se convierten al corazón. Para que sepáis que este versículo se dice por los judíos, es decir, de aquellos que creyeron en el Salvador: ved los ejemplos que hemos mencionado. Haz que un judío lea el Levítico, y todos esos sacramentos que están escritos, y cómo el leproso entra en la sinagoga, cómo se toma una gallina y se le retuerce el cuello. Luego se dice del sangre cómo se rocía: se dice del agua: se dice del hisopo: se dice también cómo se rasgan las vestiduras, y así entra en la sinagoga aquel que había sido leproso. Si leemos según la letra, ¿de qué nos sirve lo que leemos? Pero si nos convertimos al corazón, si entendemos espiritualmente: veremos que el leproso no puede entrar al pueblo de Dios, a menos que se rasguen sus vestiduras, a menos que lo que esté cerrado sea revelado. Finalmente, ved que este leproso no entra en la sinagoga sino por la sangre y el agua, y el hisopo. Así que tú, que hasta hoy has sido leproso, tu lepra no aparecía antes de que vinieras al sacerdote. Pero como has venido al sacerdote, el sacerdote rasgó tus vestiduras, y lo que parecía cubierto y sano, mostró que era leproso. Todos tus pecados y tu lepra los puso ante tus ojos, y por eso te devuelve a la sinagoga de Dios por la sangre y el agua. Por la sangre, por la pasión de Cristo, y por el agua, por el bautismo. Así que después de la lepra no podrás ser sanado, sino por la pasión y por el bautismo. Y cuando hagas esto, se dice también aquello: Rocíame con hisopo y seré limpio: lávame, y seré más blanco que la nieve (Salmo 50). Hasta hoy estás en Egipto: mientras no vengas a la sangre y al agua, no podrás ser salvado. ¿Quieres que el exterminador que mató a Egipto no te mate a ti? Toma el hisopo, sumérgelo en la sangre, rocía tus postes. El exterminador, cuando vea la sangre en tu frente, no podrá acercarse. ¿Por qué dije todo esto? Porque está escrito: Y sobre aquellos que se convierten al corazón. Así que Dios no podrá hablar de paz a su pueblo, sino a aquellos que se convierten al corazón.

Sin embargo, cerca de los que le temen está su salvación. Muestro el camino de la salvación, doy misericordia, aunque aún no te hayas convertido al corazón: sin embargo, espero, doy lugar al arrepentimiento. Y todo esto, ¿qué es? Para que habite la gloria en nuestra tierra. Por eso te llama al arrepentimiento: para que tú, que eras leproso, tengas como huésped a Cristo.

La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron. ¡Oh, qué amistad tan espléndida! La misericordia y la verdad se encontraron. Eres pecador: escucha lo que dice la misericordia. Eres santo: escucha lo que dice la verdad. Ni si eres pecador, desesperes: ni si eres justo, te enorgullezcas. Digamos de otra manera: Hay dos pueblos creyentes: uno del pueblo de los gentiles, y otro de los judíos. A los judíos se les prometió que vendría el Salvador: pero a nosotros, que éramos extraños a la ley de Dios, no se nos prometió. La misericordia, por tanto, está en el pueblo de los gentiles, la verdad en el pueblo de los judíos:

porque lo que fue prometido, vino, es decir, lo que fue prometido a los padres, se cumple en los hijos. La justicia y la paz se besaron. Ved lo que dice: La justicia y la paz se besaron. Es lo mismo que dijo antes: La misericordia y la verdad. La misericordia es lo mismo que la paz: pero la verdad es lo mismo que la justicia. Porque si algo pertenece a la paz, esto también pertenece a la misericordia, y si algo pertenece a la verdad, esto pertenece a la justicia. Ved, pues, lo que dice: La justicia y la paz se besaron, esto es, la misericordia y la verdad hicieron amistad, esto es, tanto el pueblo de los gentiles como el de los judíos están bajo un solo pastor, Cristo.

La verdad brotó de la tierra. Yo soy el camino, la vida, y la verdad (Juan 14). Aquel que dice, yo soy la verdad, brotó de la tierra. ¿Cuál es esta verdad que brotó de la tierra? Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un flor de su raíz brotará (Isaías 11). Y en otro lugar: Porque Dios obró la salvación en medio de la tierra (Salmo 73). ¿Qué dices, maniqueo, que niegas que el Salvador tuvo carne? He aquí la verdad, es decir, el Salvador brotó de la tierra, esto es, de María. Y la justicia miró desde el cielo. Porque era justo que el Salvador tuviera misericordia de su pueblo. Ved lo que dice: ¡Oh justos juicios de Dios e inescrutables son sus caminos! La verdad brotó de la tierra, esto es, el Salvador. Y de nuevo: Y la justicia miró desde el cielo. La justicia es el mismo Salvador. ¿Cómo brotó de la tierra? ¿Cómo miró desde el cielo? Brotó de la tierra, porque nació hombre; miró desde el cielo, porque Dios siempre está en los cielos, esto es, nació de la tierra; pero aquel que nació de la tierra, siempre está en el cielo, esto es, así aparecía en la tierra, que no abandonaba el cielo. Porque Dios miró en todas partes: porque mientras pecábamos, apartaba sus ojos de nosotros. Lo que dice, es esto: Es justo que el alfarero tenga misericordia de sus obras, que el pastor tenga misericordia de su rebaño. Nosotros somos su pueblo, nosotros somos su creación. Por eso, pues, brotó de la tierra, y miró desde el cielo, para cumplir su justicia, y tener misericordia de su obra. Finalmente, para que sepáis que la justicia no suena a crueldad, sino a misericordia, ved lo que dice:

Porque el Señor dará bondad. Por eso miró desde el cielo, para tener misericordia de sus obras. Y nuestra tierra dará su fruto. La verdad ciertamente brotó de la tierra. Esto del pasado. Ahora se dice del futuro: Y nuestra tierra dará su fruto. No desesperéis: lo que una vez nació de María, nace cada día también en nosotros. Y nuestra tierra dará su fruto. Y nosotros podemos dar a luz a Cristo, si queremos. Y nuestra tierra dará su fruto, del cual se haga el pan celestial, del cual se dice: Yo soy el pan que descendió del cielo (Juan 6). Todo esto lo hemos dicho de la misericordia del Señor, porque por eso vino para salvar al género humano. Sin embargo, debemos saber que él mismo juzgará a los vivos y a los muertos, él mismo vendrá al juicio.

La justicia irá delante de él, y pondrá sus pasos en el camino. No seáis negligentes. La justicia irá delante de él, y pondrá sus pasos en el camino. Ved lo que dice, sus pasos: donde no hay piedras, donde no hay espinas y abrojos, donde el camino es llano, donde puede caminar, donde no puede tropezar. Y nosotros, pues, hagamos en nuestro corazón un camino para el Señor; del cual camino trabajaba también Juan, y clamaba en el desierto, para que hiciéramos un camino para el Señor (Mateo 3). Así que ahora también se dice: Y pondrá sus pasos en el camino. Donde encuentra el camino, camina. Aunque antes teníamos espinas y abrojos, aunque también piedras, se nos dice en Isaías: Y quitad las piedras del camino (Isaías 57). Esto lo dice para que cuando quiera caminar en nuestro camino, no tropiece su pie. Las piedras que están en el camino, y se mandan quitar, son nuestros pecados. Cristo no camina en nuestro corazón, si hay algún pecado, inmediatamente tropieza en las piedras. Y pondrá sus pasos en el camino. Hagamos el camino, y pondrá sus pasos en el camino Jesús, a quien sea la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 85.

Oración de David. Este salmo contiene la voz de nuestro Mediador viniendo a la pasión. Al final, sin embargo, contiene la oración del mismo profeta.

Inclina, Señor, tu oído, y escúchame: porque soy santo. Según la fragilidad del cuerpo asumido, derrama su oración al Padre. Según la deidad, sin embargo, se dice santo, como una vez dijo a Moisés: Sed santos, porque yo soy santo (Levítico 19 y 20). Salva a tu siervo, Dios mío, que confía en ti. Ten misericordia de mí, Señor, porque a ti he clamado todo el día. Tomó la forma de siervo, que en todo momento de la vida presente ruega ser salvado. Porque sabe que aunque el espíritu está dispuesto, la carne es débil.

Alegra el alma de tu siervo. De las tribulaciones presentes afligida. Porque a ti, Señor, he elevado mi alma: Creyendo que a ti se resucitará.

Porque tú, Señor, eres bueno y clemente, y de mucha misericordia para todos los que te invocan. A aquellos que te invocan de corazón puro, te muestras clemente, y les concedes abundante misericordia.

Escucha, Señor, mi oración, etc. Porque pido lo justo.

En el día de mi tribulación. Esto es, en el día de la pasión. Clamé a ti. Desde la cruz. Porque me escuchaste. Para que te encomendara mi espíritu.

No hay nadie como tú entre los dioses, Señor, y no hay obras como las tuyas. No se encuentra en los ídolos de las naciones, quien pueda obrar como tú.

Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, Señor, etc. Porque por mi pasión conocerán la grandeza de tu poder. De aquí habla el profeta.

Guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad. Si me conduces a tu Cristo, que es el camino, ninguna falacia me retendrá. Alégrese mi corazón para que tema tu nombre. Cuando haya sido rescatado de la tristeza de los crímenes, entonces en ti me alegraré con gozo espiritual.

Te confesaré, Señor Dios mío, con todo mi corazón: y glorificaré tu nombre por siempre, etc. ¿Por qué confiesa al nombre del Señor, o lo honra, el versículo siguiente lo expone, diciendo:

Has librado mi alma del infierno inferior. No porque haya dos infiernos, sino que este llamó infierno superior al pecado: y el inferior, que es el verdadero infierno, en el que los pecadores son condenados. Alaba, pues, por esto la misericordia del Señor, porque ha sido rescatado del suplicio del infierno inferior.

Dios, los inicuos se levantaron contra mí: y la sinagoga de los poderosos buscó mi alma. De los vicios, o de los demonios. No habla el profeta en persona de Cristo, sino que se entiende de los judíos. No pusieron a Dios ante sus ojos. Los había cegado su malicia.

Y tú, Señor Dios, misericordioso y clemente: paciente y de mucha misericordia y veraz. Misericordioso, cuando perdonas: paciente, cuando esperas al pecador para que se convierta: veraz, cuando cumples lo prometido.

Mira en mí, y ten misericordia de mí: da tu poder a tu siervo. Para luchar contra las potestades adversas. Y salva al hijo de tu sierva. De la Iglesia, en la que he renacido.

Haz conmigo una señal para bien, para que vean los que me odian y se confundan: porque tú, Señor, me has ayudado y me has consolado. Que sea protegido con la señal de tu cruz, que al verla, las potestades adversas huyan confundidas, y se alejen de mí. Esto es lo que el profeta ruega por nuestro pueblo. Pero también nosotros rogamos, Señor, que protegidos con la señal de tu cruz, y guardados por su protección, merezcamos ser liberados de todas las insidias del diablo: porque a ti es el honor y la gloria con el Padre eterno y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 86.

Salmo de Cántico para los hijos de Coré. Entre el salmo y el cántico, ¿cuál es la diferencia?, lo he dicho frecuentemente: El salmo se dice del Salterio: el cántico se profiere con la voz. El salmo se refiere a las manos, esto es, a las obras: el cántico a la teoría.

Sus fundamentos están en los montes santos. No predijo de quién; y dijo: Sus fundamentos están en los montes santos. Quien habla es el profeta. Son los hijos de Coré. ¿Qué significa Coré?, lo he dicho frecuentemente: Calvario, esto es, hijos de la resurrección. Sus fundamentos, ya sea de Dios, o ciertamente de la Iglesia. ¿Cuáles son, pues, los fundamentos, sino el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo? Estos fundamentos no están en los valles, sino en los montes, y no en cualquier montes, sino en los montes santos. Habla Pablo: Como sabio arquitecto puse el fundamento (1 Corintios 3), esto es, la fe en la Trinidad. Finalmente dice, y en otro lugar: Porque esperaban la ciudad que tiene fundamentos: cuyo arquitecto y constructor es Dios (Hebreos 11): Sus fundamentos están en los montes santos. Por eso dijo en los montes santos: porque hay otros montes que no son santos. Finalmente se dice en Isaías: Levantad una señal sobre el monte oscuro (Isaías 13). Y en otro lugar se dice: ¿Quién eres tú, monte corrupto? (Zacarías 4). Se dice también en Jeremías: Dad gloria al Señor vuestro Dios, antes de que vuestros pies tropiecen en los montes oscuros (Jeremías 13). Ved, pues, que hay montes oscuros, y se nos dice por Jeremías, que demos gloria a Dios, antes de que nuestros pies tropiecen en los montes oscuros. Porque si nuestros pies tropiezan en esos montes, no podemos dar gloria al Señor. Sus fundamentos están en los montes santos. ¿A quiénes podemos llamar fundamentos? A los apóstoles. En ellos estaban los fundamentos: allí primero se puso la fe de la Iglesia, y allí se pusieron los fundamentos. Y porque cada uno edifica sobre el fundamento: uno oro, otro plata, otro piedras preciosas: el Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob. Ama estas puertas que vemos derrumbadas. Ama estas puertas, y ama esta Sion que ha sido arada como un campo. Y ved lo que dice: El Señor ama las puertas de Sion, más que todas las moradas de Jacob. Ved lo que dice: Más que todas las ciudades de Jacob, esto es, de Judá: sólo ama esta ciudad. ¿Y cómo vemos otras en parte de pie, y esta completamente derrumbada? Leamos el Apocalipsis de Juan (Capítulo 21): leamos también a Isaías (Capítulo 62). Donde se edifica la ciudad de Jerusalén, y se dice que sus doce puertas están construidas de piedras preciosas, y que la misma ciudad desciende del cielo, y se dice que sus muros son de oro, y se dice que sus calles están pavimentadas con esmeralda, y se dice que cada puerta está hecha de una sola piedra preciosa (Ezequiel 28). ¿Son todas estas las riquezas del Señor, y esto ama el Señor lo que también los hombres? ¿Nos prohíbe la avaricia, y él construye una ciudad de avaricia? Por tanto, el Señor ama las puertas de Sion. Esas puertas de las doce de Sion, es evidente que escribió sobre los apóstoles. Más que todas las moradas de Jacob, más que todos los antiguos santos. Esto lo hemos dicho por ahora según un tropo. Digamos también de otra manera: El Señor ama las puertas de Sion. A mí me parecen las puertas de Sion ser virtudes. Así como

las puertas de la muerte son los vicios y los pecados: así las puertas de Sion me parecen ser virtudes. Finalmente dice en otro lugar: que me exaltas de las puertas de la muerte (Salmo 9). Si las puertas de la muerte son pecados: entonces las puertas de Jerusalén son virtudes. Más que todas las moradas de Jacob. Ved cómo Jacob, esto es, el pueblo antiguo, no tiene fundamento, ni casa puesta sobre fundamentos, sino moradas que pronto pasan.

Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. Por tanto, esto que se dijo, sus fundamentos están en los montes santos, podemos decirlo también de Dios. Pero también podemos decir esto: Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. ¿Cuál es esta ciudad donde se han dicho cosas gloriosas? En todos los profetas se ha dicho de esta ciudad. Isaías dice: Levántate, levántate, Jerusalén, vístete de la fortaleza de tu brazo (Isaías 52). De nuevo el mismo Isaías: Yo ciudad firme, ciudad que no es atacada. Dice también David: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo 45). Y en otro lugar: Señor, en tu ciudad destruirás sus imágenes (Salmo 72). Y el Salvador habló gloriosamente de esta ciudad. No puede esconderse una ciudad puesta sobre un monte (Mateo 5).

Memorizaré a Raab y a Babilonia, que me conocen. Porque dijo: se han dicho cosas gloriosas de ti, ciudad de Dios, y sin embargo entendemos que esa misma ciudad es la Iglesia reunida de las naciones, por eso ahora se habla de la vocación de las naciones: Memorizaré a Raab y a Babilonia que me conocen. Cualquiera que sea pecador, que esté seguro. El Señor recordó a Raab. Dije seguro, si se vuelve al Señor. Sin embargo, la seguridad sin lágrimas no tiene remedio. Memorizaré a Raab. Raab, aquella prostituta que recibió a los exploradores de Jesús: que estaba en Jericó, adonde había venido Jesús, y envió dos exploradores a Jericó (Josué II). Este mundo, que se subvertirá en siete días, quiere matar a los exploradores. Y aunque él desea matar a los exploradores, solo la prostituta Raab los recibió. Y los recibió no en un lugar inferior, sino en un cenáculo. Digamos entonces primero según lo que se dice comúnmente: porque no debemos dejar de lado esa interpretación. Y los recibió no en un lugar inferior, sino en un cenáculo. En el techo, es decir, en la sublimidad de su fe, y los escondió en lino, es decir, en estopa de lino. Esto lo hemos dicho por ahora según la historia, y ven cómo de esa historia poco a poco ascendemos a los sacramentos místicos. Jesús, el líder que sacó al pueblo de Egipto: Jesús, el líder que se interpreta como Salvador, con Moisés muerto y sepultado en la tierra de Moab, en la tierra de Arabia, es decir, con la Ley muerta, desea llevar a su pueblo al Evangelio. Envía dos exploradores a Jericó. Dos exploradores, uno a la circuncisión, otro a las naciones, Pedro y Pablo. Jericó busca matarlos: aquella prostituta los recibió, la Iglesia reunida de las naciones. Cree en Jesús, y a quienes Jericó quería matar, ella los salva en su techo. Y los coloca en su techo, en su alta fe, y los esconde en el tallo de lino. Aunque sea prostituta, sin embargo, los coloca en lino. El lino, con mucho trabajo y diligencia, llega a la blancura. Ustedes saben que el lino nace de la tierra, y cuando ha nacido en la tierra, es negro: no tiene apariencia, no tiene uso. Primero, entonces, se saca de la tierra, se rompe, luego se tuerce, después se lava, luego se golpea, después se teje, y con mucho cuidado y trabajo apenas llega a la blancura. Por lo tanto, se dice que esta prostituta recibió a los exploradores en su lino, para que esos exploradores convirtieran su lino en blancura. ¿Qué, entonces? Les da un consejo, y dice así: Esperen estos tres días. No era un día, ni dos, sino tres días. Vean lo que dice. Esperen tres días. No menciona tres noches, sino tres días: porque tenía el corazón iluminado. Y luego dice después de tres días. Y ¿qué dice? No vayan, dice, por los campos, sino suban a las montañas. Porque la fe de la Iglesia no está en los valles, sino establecida en las montañas. Jericó, entonces, después es subvertida por Jesús, y solo esa prostituta se conserva intacta. Por lo tanto, se dice: Memorizaré a Raab, es decir, la que recibió a mis exploradores, y yo en el día del juicio la recordaré. Memorizaré a Raab. ¿Qué significa Raab? Dijimos según la historia: digamos también según la interpretación del

nombre. Según la anagogía, Raab se interpreta de dos maneras. O se interpreta como amplitud, o ciertamente se interpreta como soberbia. Entonces vean lo que dice. Aquella que una vez caminaba por el camino ancho y espacioso que lleva a la muerte (Mateo VII): aquella que era soberbia, y tenía ímpetu hacia la ruina, después se convirtió en humildad. Memorizaré a Raab y a Babilonia. Babilonia se interpreta como confusión. Vean lo que dice: No solo recordaré a Raab, sino también a Babilonia: cualquier alma confundida por vicios y pecados. Y a Babilonia que me conoce. Vean lo que dice: Aunque alguien haya sido Raab, aunque haya sido Babilonia: sin embargo, recordaré a cualquiera que me conozca. Por lo tanto, si fuimos Raab y Babilonia, también debemos estar seguros, y decir: Dios dijo: memorizaré a Raab y a Babilonia. Pero vean lo que sigue: Que me conocen. Fueron Raab y Babilonia, pero después se convirtieron a mí. Memorizaré a Raab y a Babilonia que me conocen. Aquella que una vez estuvo en la amplitud de los pecados, después ascendió a la memoria de Dios. Hasta aquí ha hablado como en un enigma: ahora habla más claramente sobre la vocación de las naciones. Vean lo que dice:

He aquí extranjeros y Tiro, y el pueblo de los etíopes, ellos estuvieron allí. Llama extranjeros para distinguirlos de Israel. Porque nosotros somos extranjeros, y Tiro. Tiro se interpreta como tribulación, es decir, roca: y el pueblo de los etíopes negro, y envuelto en las inmundicias de los pecados. Y el pueblo de los etíopes. Esto es lo que se dice: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Salmo LXVII). He aquí extranjeros, y Tiro, y el pueblo de los etíopes. Lo que se dice, es esto: Aquellos que antes eran extraños, aquellos estaban en tribulación: que estaban puestos en el corazón del mar. Porque se dice de Tiro: Tiro puesta en el corazón del mar. Aquellos, entonces, que antes estaban en el mar, y eran golpeados por las olas, después fueron encontrados en la Iglesia. Y el pueblo de los etíopes. Nosotros una vez fuimos etíopes, etíopes por vicios y pecados: porque los pecados nos habían hecho negros, pero después escuchamos: Lávate, sé limpio (Isaías I). Y dijimos: Lávame, y seré más blanco que la nieve (Salmo L). Nosotros, entonces, los etíopes nos convertimos en blancura. He aquí extranjeros, y Tiro, y el pueblo de los etíopes, ellos estuvieron allí. ¿Dónde estuvieron? Donde se han dicho cosas gloriosas de ti, ciudad de Dios.

¿Acaso Sion dirá hombre, y hombre nació en ella? Los setenta intérpretes lo tradujeron así: ¿Acaso Sion dirá hombre? Muchos despreciaron, y no entendieron μήτι Σιὼν, qué es, y añadieron ρ y leyeron μήτιρ Σιὼν ἐρεῖ ἄνθρωπος. Y esto lo dicen porque sigue: y hombre nació en ella. También esperaron que se dijera así: madre Sion dirá hombre, porque se dice que nació un hijo: por eso se equivocan en el término de madre. Digamos entonces primero según lo que se dice comúnmente: porque no debemos dejar de lado esa interpretación. Digamos entonces también nosotros: Madre Sion dirá hombre, y hombre nació en ella. Aquellos que nacieron en la Iglesia, extranjeros, Tiro, y el pueblo de los etíopes: estos son los que nacen en la Iglesia: creen en la Iglesia, y nacen en la Iglesia. Porque si no fueran bautizados, no serán hijos de la Iglesia. Aquellos que fueron bautizados en la Iglesia, llaman madre a la Iglesia. Digamos, también según la Verdad Hebrea: ¿Acaso Sion dirá hombre, y hombre nació en ella? Lo que dice, es esto: ¿quién podrá anunciar a Sion? ¿quién podrá anunciarle a los hombres: que un hombre nacerá en ella, y él la salvará? Esto es, ningún hombre puede anunciarle, porque Sion será salvada en el hombre que nace en ella. Y hombre nació en ella. ¿Quién es este hombre? Y él la fundó el Altísimo. Que respondan los arrianos: porque dicen que el Altísimo es solo el Padre: aquí se dice del Hijo: Y él la fundó el Altísimo. No dijo: Hijo de Dios, que estaba en el principio con el Padre. Pero ¿qué dijo? Hombre nació en ella, y él la fundó el Altísimo. Si, sin embargo, se dice Altísimo, ¡cuánto más la palabra de Dios!

El Señor narrará en la escritura de los pueblos, y de los príncipes de aquellos que estuvieron en ella. No dijo, que están en ella, sino que estuvieron en ella. El Señor narrará: ¿y cómo narrará? No con palabra, sino con escritura. ¿En qué escritura? En la de los pueblos. No basta en la de los pueblos, sino que también dice de los príncipes. ¿Y de qué príncipes? Que están en ella. No dijo esto, sino que estuvieron en ella. Vean entonces cómo la Escritura santa está llena de sacramentos. Leemos al apóstol Pablo: leemos a Pedro, y leemos a aquel diciendo: ¿Buscan una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII). Y lo que Pablo habla, lo habla Cristo. Porque quien los recibe a ustedes, me recibe a mí (Mateo X). Nuestro Señor y Salvador, nos narra y habla, en las escrituras de sus príncipes. El Señor narrará en las Escrituras de los pueblos: en las Escrituras santas. Que se lee en todos los pueblos, es decir, para que todos entiendan. Lo que dice, es esto: Así como escribieron los apóstoles, así también el mismo Señor, es decir, habló a través de sus Evangelios, no para que pocos entendieran, sino para que todos. Platón escribió en escritura, pero no escribió para los pueblos, sino para pocos. Apenas entienden tres hombres. Estos, sin embargo, es decir, los príncipes de la Iglesia y los príncipes de Cristo, no escribieron para pocos, sino para todo el pueblo. Y de los príncipes, es decir, de los apóstoles, y de los evangelistas, de aquellos que estuvieron en ella. Vean lo que dice: Que estuvieron, no que están: para que, exceptuando a los apóstoles, cualquier otra cosa que se diga después, sea cortada, no tenga después autoridad. Aunque alguien sea santo después de los apóstoles: aunque sea elocuente, no tiene autoridad. Porque el Señor narra en la escritura de los pueblos, y de los príncipes de aquellos que estuvieron en ella.

Como de todos los que se alegran, la morada está en ti. El profeta habla a la Iglesia, y le dice: Como de todos los que se alegran, la morada está en ti. ¿Por qué no dijo: la morada de todos los que se alegran está en ti: sino que dijo, como de todos los que se alegran? Se dice en otro salmo: Cuando el Señor cambió la suerte de Sion, fuimos como consolados (Salmo CXXX), y no dijo, consolados. Así también en este lugar dice: Como de todos los que se alegran, la morada está en ti. ¿Por qué dijo todo esto? Porque en este siglo presente, aunque alguien sea santo, aunque renuncie al mundo, no tiene victoria perfecta. Por eso se dice en el Evangelio: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V). Si se ha dicho: Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán: es manifiesto, porque en este siglo presente no hay alegría cierta: por lo tanto, nuestra alegría es como alegría. Morada en ti. Vean lo que dice, para que alguien nunca se aleje de la Iglesia. Debemos saber, porque lo que interpretamos de la Iglesia, también puede entenderse de nuestra alma. Porque si Sion se interpreta como atalaya, nuestra alma, no de otra manera, sino siempre considera lo más alto: la verdadera Iglesia, el verdadero templo de Cristo no es, sino el alma humana. La Iglesia de Cristo no es otra, sino el alma de los creyentes en Cristo. Vosotros, dice, sois templo de Dios, y el espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. III). Sus fundamentos están en los montes santos, es decir, los fundamentos de Dios no están, sino en los montes santos, en los dogmas del alma creyente. El Señor ama las puertas de Sion. Nuestra Sion tiene muchas puertas, que si las abrimos, el esposo entra a nosotros, y duerme con nosotros. Por eso él mismo dice: He aquí, yo estoy a la puerta, y llamo: Si alguien me abre, entraré y cenaré con él (Apoc. III). Se han dicho cosas gloriosas de ti, ciudad de Dios. La ciudad no es un solo edificio, sino que consiste en muchos edificios. Así también nuestra Sion, si no tiene muchas virtudes, no será ciudad de Dios. Memorizaré a Raab y a Babilonia que me conocen. Aquella que una vez estuvo en la amplitud de los pecados, después ascendió a la memoria de Dios. ¿Acaso Sion dirá hombre, y hombre nació en ella? Les hablo de una cosa maravillosa; pero verdadera. Nuestra Sion en la que a veces están extranjeros, y Tiro, y etíopes: aquella atalaya: aquella prostituta: aquella Raab: aquella Babilonia: aquella que extendió sus pies a todo transeúnte, según Ezequiel (Cap. XVI): aquella prostituta si quiere, de repente se convierte en virgen. Se

convierte en virgen, y concibe al Hijo de Dios, y engendra. Por tu temor, Señor, concebimos, y dimos a luz, hicimos sobre la tierra el espíritu de tu salvación. Vean entonces, porque aquella prostituta concibió de Dios y dio a luz al Salvador: Hicimos sobre la tierra el espíritu de tu salvación. Por lo tanto, nuestra alma, aquella Raab, aquella prostituta, puede concebir, y dar a luz al Salvador. Y hombre nació en ella. Si quisimos, Cristo nace cada día. Por cada virtud nace Cristo. Porque si Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, cualquiera que hace virtud, genera virtud. Y él la fundó el Altísimo. Él mismo que nace en ti: él mismo da fundamento a tu Sion. El Señor narrará en la escritura de los pueblos. Es manifiesto, porque lo que el Señor habla en la Escritura, no lo habla a nadie como a Sion. Y sin embargo, cuando todas estas cosas hayan sido: cuando Cristo haya nacido en ella, no hay victoria cierta y segura, sino que siempre estamos en peligro. Como de todos los que se alegran, la morada está en ti. Quien está alegre, por esa misma alegría está seguro. Pero quien está seguro, pronto es engañado. Pero quien teme las insidias, pronto puede escapar, con la ayuda del Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXVII.

Cántico del Salmo de los hijos de Coré: al final para Mahalath, para responder al entendimiento de Hemán el israelita. Este salmo contiene los sacramentos de la pasión del Señor, exponiéndolos hasta la consumación, que el mismo Señor sufrió por la salvación del mundo, hablando al Padre.

Señor Dios de mi salvación, en el día clamé. En aquella claridad viviendo contigo que siempre tuve: prediqué el arrepentimiento a los pueblos. Y de noche ante ti. Entre las tinieblas de los judíos.

Entre en tu presencia mi oración: inclina tu oído a mi súplica. Que en este cuerpo puesto profundamente.

Porque mi alma está llena de males. Por los pecados del pueblo que perece. Y mi camino se acercó al infierno. Cuando por aquellos que perecen, soy entregado.

Fui contado con los que descienden al pozo. Como los demás pecadores pensaron en llevarme a la muerte: ni creyeron que resucitaría. Me convertí en como un hombre sin ayuda. Cuando no hay compañero de mi libertad en el infierno: ni ayudante para liberar. Entre los muertos libre. Nadie me ató en el infierno: pero yo aflojé la cadena de los cautivos con mi propia virtud.

Como heridos durmiendo en las tumbas: de los cuales no te acuerdas más. Como saciados de las riquezas del mundo, y sepultados en lujurias y obscenidades, no son recordados por ti, así también fui arrebatado del corazón de los judíos. Y ellos fueron rechazados de tu mano. Separados de tu virtud.

Me pusieron en el pozo inferior. Con ladrones y pecadores culpables. En tinieblas y en sombra de muerte. A las angustias infernales, en las que solo la muerte dominará.

Sobre mí se confirmó tu furia, y todas tus olas trajiste sobre mí. La ira y la tormenta de la masacre de tu furia, que ibas a derramar sobre las naciones, las trajiste sobre mí, que tomé sus pecados: como dice en otro lugar: Por los pecados de mi pueblo lo herí (Isaías LIII).

Alejaste de mí a mis conocidos. Ángeles o apóstoles, para que nadie prestara ayuda. Porque yo también podía rogarte, Padre, que me mostraras más de doce legiones de ángeles (Mateo

XXVI), pero callé, para que se cumplieran las Escrituras. Me pusieron como abominación para ellos. No conocidos, sino judíos.

Fui entregado a la muerte, y no salía. No fui separado de la divinidad paterna: pero tampoco salí del sepulcro de inmediato, para que la demora de la resurrección mostrara la verdad de la muerte. Mis ojos se debilitaron por la pobreza. El sentido ciertamente por la debilidad, cuando los apóstoles, dejándolo, o huyeron, o negaron: porque no sabían que resucitaría, como aquel discípulo amado. Porque aún no sabía las Escrituras, que era necesario que él resucitara de los muertos.

Clamé a ti, Señor. Diciendo: Eli eli lamma azabthani (Mateo XXVII). Todo el día extendí mis manos a ti. Extendido en la cruz.

¿Harás maravillas a los muertos? No a aquellos que viven muertos, sino a mí que vivo en ti. ¿O los médicos resucitarán, y te confesarán? No los aromas de los médicos, sino tú, Padre, me resucitas. Ni ellos, sino yo te confesaré en los pueblos.

¿Narrará alguien en el sepulcro tu misericordia, y tu verdad en la perdición? No te alabará el sepultado en las riquezas del mundo, ni el habitante en la perdición del pecado.

¿Se conocerán en las tinieblas tus maravillas, y tu justicia en la tierra del olvido? Porque todo el que hace pecado, odia la luz, y a la justicia tuya se oculta del cuerpo oprimido por vicios terrenales.

Porque yo a ti, Señor, clamé. En el secreto de la oración. Y por la mañana mi oración te precederá. Porque me glorificarás con la resurrección matutina.

¿Por qué, Señor, rechazas mi oración: apartas tu rostro de mí? Para que no pase esta copa.

Soy pobre, y en trabajos desde mi juventud. Desde el tiempo de la carne asumida. Pero exaltado. En la cruz. Humillado fui. En el sepulcro. Y perturbado. En la muerte.

Sobre mí pasaron tus iras. Pasaron, y no permanecieron. Y tus terrores me perturbaron. Aquellos que antes anuncié que derramaría sobre las naciones.

Me rodearon como agua todo el día. Los judíos en las olas de las persecuciones. Me rodearon juntos. Los fariseos con los sacerdotes: Pilato con los príncipes, y los pueblos.

Alejaste de mí al amigo y al prójimo. El prójimo es, quien hace misericordia: quien no fue encontrado conmigo: Y a mis conocidos de la miseria. Por la confusión de la pasión, incluso los mismos apóstoles se alejaron de mí. Desde aquí ya descendiendo al infierno, llevando despojos de la mano del fuerte atado, su operación matutina precedió al Padre: cuando resucitando por la mañana apareció a muchos. A quien nosotros suplicantes rogamos, que por su pasión libere a su pueblo del lazo del infierno, lo fortalezca con su fortaleza, y se digne absolverlo de los lazos de la segunda muerte: para que, liberados y libres, merezcamos ser unidos a su reino. A él la gloria y el imperio con el eterno Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXVIII.

Intellectus Aethan Israelitae. Este salmo se contiene en muchas voces. Tiene la voz del Padre al Hijo, del Hijo al Padre: de la Iglesia, y del mismo profeta o de los apóstoles. Por lo tanto, desde la voz profética así comienza hacia el Padre:

Las misericordias del Señor cantaré eternamente. Aquellas misericordias, con las cuales te dignaste visitar al hombre muerto por el pecado a través del Hijo.

De generación en generación. Del Antiguo al Nuevo Testamento. Anunciaré tu verdad. Tu Cristo. En mi boca. En la cual se hace la confesión para la salvación.

Porque dijiste: en la eternidad se edificará la misericordia. Pues siempre tu compasión se eleva, y nunca se destruye. En los cielos se preparará tu verdad. En los apóstoles se predestina. De aquí la voz del Padre:

He dispuesto mi testamento a mis elegidos. A los doctores de las Iglesias, para que enseñen o instruyan a los pueblos adquiridos por la gracia: Juré a David mi siervo. Pues el juramento de Dios es la confirmación de la promesa. A David mi siervo, es decir, a Cristo el Señor: quien de la descendencia de David asumió la carne. Prepararé tu descendencia para siempre. En los creyentes de la Iglesia.

Y edificaré de generación en generación tu trono. La misma Iglesia en la cual como rey te sentarás eternamente. De nuevo el profeta dice:

Los cielos confesarán tus maravillas, Señor: y también tu verdad en la Iglesia de los santos. Pues los apóstoles predicarán a Jesucristo, y lo que obras a través de él en la congregación de los santos.

Porque ¿quién en las nubes se igualará al Señor? En los profetas ciertamente. ¿O quién será semejante al Señor entre los hijos de Dios? Muchos son hijos de Dios por adopción: pero ninguno puede ser semejante al unigénito Hijo verdadero de Dios.

Dios, que es glorificado en el consejo de los santos. El Paráclito, por supuesto, que debía ser adorado en la congregación apostólica, es proclamado igual al Padre y al Hijo. Pues también el Señor Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo, subsiste en una sola omnipotencia. Grande y terrible sobre todos los que están a su alrededor. Aquellos que merecieron acercarse a él por la inocencia de vida.

Señor Dios de los ejércitos, ¿quién es semejante a ti? En poder y virtud. Eres poderoso, Señor, y tu verdad está a tu alrededor. Aquellos de los cuales tú mismo que eres la verdad, dices: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII).

Tú dominarás el poder del mar. De las potestades de este siglo. Y calmas el movimiento de sus olas. Las tentaciones que provocan a tus siervos.

Tú humillaste como herido al soberbio. Al diablo, que herido por los clavos de tu cruz, fue humillado en los despojos. Tú con la fuerza de tu brazo dispersaste a tus enemigos. Sus secuaces.

Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra. Los apóstoles o los demás santos: que puestos en la tierra, llevan una vida celestial. Fundaste el orbe de la tierra y su plenitud. No hay duda de que la plenitud de este mundo fue creada por ti. Pero también aquella tierra de los vivos, en la cual la plenitud de la santidad, habitando por tu introducción, la preparaste para tus elegidos.

El norte y el mar tú los creaste. El norte se entiende como el Anticristo. De quien Dios dice a Jeremías: Desde el norte se desplegará el mal sobre todos los habitantes de la tierra (Jer. I).

Tabor y Hermón en tu nombre se regocijarán. Hermón, digo, se interpreta como anatema: como expusimos en el salmo cuadragésimo primero. Tabor, en cambio, significa luz venidera, o venga la luz. Por lo tanto, este que se anuncia que vendrá la luz, ya sea de manera optativa o profética, se entiende como el Antiguo Testamento. Aquel que profiere anatema, es decir, perdición, muestra el Nuevo Testamento, en el cual se ordena anatematizar los pecados, diciendo el Señor: Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente. Regocíjense, pues, ambos en el nombre del Señor: cuando aquel predice que la luz del mundo vendrá: o este demuestra que ya brilla en el mundo con señales y virtudes. Tu brazo con poder. Tu fortaleza prevalecerá con la eficacia que desees.

Afírmese tu mano. Las obras que haces en el mundo. Y exáltese tu diestra. Tu majestad, o la Iglesia adquirida entre las naciones. Justicia y juicio son la preparación de tu trono. A menos que alguien primero haga justicia y juicio, no puede convertirse en tu trono.

Misericordia y verdad preceden tu rostro. Pues donde la misericordia y la verdad acompañan, allí se vuelve la inspección de tu rostro. Bienaventurado el pueblo que sabe la jubilación. La jubilación espiritual, ciertamente, por la cual se derriban las maldades del mundo: como en otro tiempo al júbilo de Jesús y los sacerdotes, Jericó cayó, teniendo la figura del mundo (Josué).

Señor, en la luz de tu rostro caminarán. En la iluminación ciertamente del Espíritu Santo. Y en tu nombre se regocijarán todo el día. En ese nombre nuevo que es bendecido en la tierra, es decir, Cristiano. Y en tu justicia se exaltarán. Siguiéndola y guardándola.

Porque tú eres la gloria de su poder. Pues en ti se glorían, y no en otro. Y en tu beneplácito se exaltará nuestro cuerno. Pues así como tus preceptos les fueron agradables: así te es agradable que en ti se exalte su poder.

Porque del Señor es nuestra asunción. De la carne ciertamente. Y del Santo de Israel nuestro rey. Del mismo Señor nuestro Jesucristo, que reina en la Iglesia. De aquí de nuevo el profeta habla al Padre:

Entonces hablaste en visión a tus santos. A los profetas y a los demás elegidos. Y dijiste, puse ayuda. Al pueblo ciertamente. En el poderoso. Es decir, sobre el diablo, para que oprima su soberbia. Y exalté al elegido de mi pueblo. Al Señor Cristo. Que por eso se dice elegido del pueblo: porque asumió carne del hombre.

Encontré a David mi siervo. Lo encontró: ciertamente lo eligió, para que de su linaje asumiera carne. Pero lo que dice, siervo, el Apóstol lo explica: No consideró como usurpación ser igual a Dios: sino que tomó la forma de siervo (Filip. II). Con mi óleo santo lo ungí. No triste y corrupto, sino lleno de alegría y santidad.

Porque mi mano lo ayudará: y mi brazo lo fortalecerá. En el cuerpo asumido.

Nada aprovechará el enemigo en él. El diablo ciertamente. Y el hijo de iniquidad no añadirá dañarlo. Judas el traidor, que con razón se llama hijo de iniquidad, es decir, del diablo: porque el diablo entró en su corazón para entregar a Cristo.

Y desgarraré de su rostro a sus enemigos. A los judíos ciertamente, que a menudo confundidos por el Señor, como desgarrados por espadas, se alejaban de su presencia. Y a los que lo escuchan los convertiré en fuga. Se refiere a los demonios inicuos: que a menudo huían ante él, clamando: ¿Qué has venido a atormentarnos antes de tiempo? Sabemos que tú eres el Hijo de Dios (Mat. VIII).

Y mi verdad y mi misericordia estarán con él. Verdad, porque habla lo que oyó de mí. Misericordia, porque sana a los enfermos, tanto en mente como en cuerpo. Y en mi nombre se exaltará su cuerno. La fortaleza de la Iglesia redimida con su sangre.

Y pondré en el mar su mano. Mostraré sus obras al mundo. Y en los ríos su diestra. Sobre los principados y potestades del mundo.

Él me invocará, Tú eres mi Padre: mi Dios y el sustentador de mi salvación. A menudo leemos en los Evangelios que lo invocó como Padre Dios: como aquello: Padre, glorifícame junto a ti mismo (Juan XVII). Y de nuevo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII). Mi Dios. Lo llama Dios cuando dice: Dios, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? y muchas otras cosas.

Y yo lo haré mi primogénito, excelso sobre los reyes de la tierra. Pues el Señor Jesús es el primogénito de entre los muertos (Col. I): como dice el Apóstol: Hecho excelso, ascendiendo a los cielos: sometiendo todos los reinos del mundo.

Eternamente guardaré para él mi misericordia, y mi testamento fiel para él. En la Iglesia que redimió por misericordia y el testamento de sus preceptos, estas cosas se conservan perpetuamente en ella.

Y pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días del cielo. Pues la congregación de los santos que está en la Iglesia, en la cual Dios reside como en un trono, brillará como el sol en el reino del Padre.

Si sus hijos abandonan mi ley, etc. Que los que abandonan la ley, los que olvidan los juicios, los que profanan las justificaciones, y los transgresores de los mandamientos, sean corregidos con la vara, es decir, con la disciplina de Dios, y que la misericordia divina no se aparte: se muestra que nadie debe ser excluido de la Iglesia sin esperanza de recuperación: porque así como la severidad divina aterra, con la justicia que reprende: así la piedad repara, con la clemencia que modera.

Una vez juré por mi santidad. En aquel hombre del Señor. Si miento a David. Pues Dios no está circunscrito por ninguna mentira: como dice el evangelista: Ni una jota ni una tilde pasarán de la ley, hasta que todo se cumpla (Mat. V). Su descendencia permanecerá para siempre. El pueblo adquirido. Y su trono como el sol ante mí. Promete una y otra vez que la misma Iglesia permanecerá en la claridad de la futura bienaventuranza. Y como la luna perfecta eternamente. Toda luminosa, toda perfecta: no contiene en sí oscuridad alguna. Y testigo fiel en el cielo. El mismo Cristo el Señor, que dio fiel testimonio de la obra del Padre en el mundo, será elevado a los cielos. De aquí la voz apostólica al Padre.

Pero tú rechazaste y despreciaste. Porque nos separamos de nuestro rey, mientras sufre. Retrasaste a tu Cristo. Entregándolo a los enemigos.

Apartaste el testamento de tu siervo. Por el cual prometiste que reinaríamos con él. Profanaste en la tierra su santuario. Pues prometiste que no dejarías ver corrupción a tu santo, y ahora ya está cubierto en el sepulcro.

Derribaste todas sus cercas. Las palabras de la Ley y de los profetas en las que se mantenía. Pusiste su fortaleza en temor. Nosotros que lo escuchábamos cuando enseñaba a las multitudes.

Lo saquearon todos los que pasaban por el camino. Pues pasan por él quien dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV): cuando dividen sus vestiduras, o su cuerpo es traspasado con clavos y lanza. Se convirtió en oprobio para sus vecinos. A los judíos, y a los príncipes de los sacerdotes, que decían: ¡Vah! tú que destruyes el templo de Dios, y en tres días lo reconstruyes: desciende de la cruz (Mat. XXVII).

Exaltaste la diestra de los que lo deprimen. Cuando lo humillas hasta la muerte. Alegraste a todos sus enemigos. A Pilato con los gentiles y los judíos.

Apartaste la ayuda de su espada. Pues no aprovechó a los judíos la palabra de su predicación. Y no le ayudaste en la batalla. En el conflicto ciertamente de la pasión.

Lo destruiste de la purificación. Pues si su pureza hubiera sido atada, ciertamente nuestras iniquidades no habrían manchado sus vestiduras: como él mismo dice: Su sangre fue rociada sobre mis vestiduras, y todas mis ropas manché (Isai. LIII). Pues también fue contado entre los inicuos, y crucificado con los ladrones. Y su trono en la tierra lo derribaste. Las almas de los santos sobre las cuales descansaba; que se turbaban por su muerte.

Acortaste los días de su tiempo. Sus días fueron acortados, para que más rápidamente regresara al Padre. Lo cubriste de confusión. Ciertamente de la confusión de la muerte. Esto decían los apóstoles, ignorando que debía resucitar de entre los muertos. Que no sabían esto, lo recuerda el evangelista. Pues del discípulo amado dice: Aún no sabía las Escrituras: que debía resucitar de entre los muertos (Juan XX). Y a Pedro las palabras de esta resurrección le parecieron como delirios. Tomás, además, dijo: Si no veo, no creeré (Ibid.). Por eso hablaban así los apóstoles como reprochando al Padre: porque ignoraban que debía regresar del infierno. A esto, pues, sucediendo, la Iglesia dice:

¿Hasta cuándo, Dios, te enojarás para siempre: arderá como fuego tu ira? ¿Hasta cuándo te enojarás, para que no lo llames de la muerte?

Recuerda, Señor, cuál es mi sustancia. No tengo sustancia de vida, sino en aquel que espero que regrese del tártaro. ¿Acaso en vano creaste a todos los hijos de los hombres? Pues si no los creaste en vano, sino verdaderamente en la esperanza de la resurrección, ¡cuánto más debes resucitar a tu Hijo!

¿Quién es el hombre que vivirá, y no verá la muerte: o quién librará su alma de la mano del infierno? Sé que ningún hombre de carne escapa de la muerte, ni guardará su alma del infierno. Pero sé que Dios estaba oculto bajo el velo de la carne, a quien la muerte y el infierno no deben retener.

¿Dónde están tus antiguas misericordias, Señor: como juraste a David en tu verdad? Si no es resucitado aquí.

Recuerda, Señor, el oprobio de tus siervos. Que lo esperan. Que he llevado en mi seno de muchas naciones. Que he reunido como en un seno, en una casa de fe.

Que reprocharon tus enemigos, Señor. Los judíos, fariseos y saduceos. Que reprocharon. ¿Qué reprocharon? La mutación de tu Cristo. Cuando se aparta de ellos, dice a las naciones: He aquí vuestra casa será dejada desierta (Luc. XIII).

Bendito sea el Señor eternamente, amén, amén. He aquí bendito, he aquí glorioso cuando regresa de los infiernos: cuando se muestra a los discípulos, cuando restituye los votos y los piadosos deseos de la Iglesia, diciendo a los santos: He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. ult.). Que nos dignemos cambiar de malas acciones a buenas, y hechos dignos por su piedad, llenos del Espíritu Santo, nos establezca en su reino con su acostumbrada misericordia. Porque a él es la gloria y el dominio con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO LXXXIX.

Oración de Moisés, hombre de Dios. Hay cuatro salmos que se titulan con oración, el decimosexto, el octogésimo quinto, el octogésimo noveno, y el centésimo primero. En el centésimo primero se dice: Oración del pobre cuando esté angustiado, y derrame su oración ante Dios. Este, Oración de Moisés, hombre de Dios. Leemos el cántico de Moisés, que en Éxodo en el tiempo cuando el pueblo cruzó el Mar Rojo, y sumergido Faraón y todo su ejército, María y Moisés cantaron (Éxod. XV). Luego leemos también en Deuteronomio, que aquel cántico fue escrito en Deuteronomio (Cap. XXXII). Si, por lo tanto, estos salmos y cánticos son de Moisés, ¿por qué no se encuentran en sus propios volúmenes? Dijimos, pues, cómo el salmo centésimo primero se titula, Oración del pobre, y otro es quien escribió sobre él, y aquel pobre que intercede por nosotros, es el Señor: quien siendo rico, se hizo pobre por nosotros, y demás (II Cor. VIII). Así también aquí Moisés, ya que desde el principio de la humanidad escribió la historia: él mismo escribió cómo fueron hechos el cielo y la tierra, cómo también fue hecho el hombre, sobre la condición del hombre. Y este salmo habla sobre la condición del hombre: qué es el hombre, y por qué nació. Quien, por lo tanto, en el Génesis escribió sobre la condición de los hombres, él mismo ahora es inducido por el Espíritu Santo a discutir qué es el hombre.

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Quien busca refugio, o lo busca del calor excesivo y el ardor, o lo persigue una bestia, o lo persiguen enemigos para matarlo. Y nosotros, por lo tanto, estamos en el calor de este siglo, y nos persigue la bestia, de la cual decimos: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII). Y nos persiguen enemigos: por eso nos refugiamos bajo tus alas. De generación en generación. Y en el pasado, y en el presente, y en el futuro. De otra manera: De generación en generación. Y en el antiguo pueblo de los judíos, y en el nuevo de los cristianos.

Antes de que los montes fueran hechos, y se formara la tierra y el orbe. Se infiltra en este lugar la herejía. Si has sido nuestro refugio antes de que los montes fueran hechos, y se formara el orbe: entonces las almas existían antes de que el orbe fuera hecho. ¿Qué dice la Escritura? Señor, tú has sido nuestro refugio, en generación, dice, y generación. Desde el principio del mundo: antes del principio del mundo. Esto dicen ellos. Y para que no pienses que digo antes de que los montes fueran hechos, y se formara la tierra, y el orbe, tú, dice, has sido nuestro refugio. Pero si nuestro refugio fue antes de que el orbe fuera hecho: entonces las almas existieron antes de que el mundo fuera hecho. Mal distingues, herejía. ¿Por qué haces calumnia al Espíritu Santo? Habla así, como el Espíritu Santo habló. Así, pues, debe

leerse: Señor, tú has sido nuestro refugio, de generación en generación, hasta aquí la distinción. De nuevo otro principio: Antes de que los montes fueran hechos, y se formara la tierra, y el orbe, desde el siglo y hasta el siglo tú eres Dios. Tú eres Dios antes de que los montes fueran hechos: tú eres Dios antes de que se formara la tierra, y el orbe. Desde el siglo y hasta el siglo tú eres Dios. Tú eres siempre, tú eres eterno.

No devuelvas al hombre a la humillación, y dijiste, convertíos, hijos de los hombres. Oh Señor, para que nos atrevamos a pedir esto, y digamos: No devuelvas al hombre a la humillación: tú nos diste confianza, diciendo: Volveos a mí, hijos, volviendo, y yo sanaré vuestras contriciones (Ezequiel XVIII; Oseas XIV). Y dijiste, convertíos, hijos de los hombres.

Porque mil años ante tus ojos, son como un día que pasó. Y la guardia en la noche que se tiene por nada serán sus años. Debemos saber según la historia, que la noche se divide en cuatro vigilias. De hecho, en el Evangelio se dice: En la cuarta vigilia (Mat. XIV, y Marc. IV). Una vigilia, por lo tanto, son tres horas. La noche, pues, se divide en cuatro vigilias. De hecho, los soldados tienen cuatro estaciones, cuando vigilan, y hacen guardia, y sirven. Vean, pues, lo que dice. ¡Oh breve nuestra eternidad! Aquel Adán nuestro progenitor que vivió novecientos treinta años: incluso aquel Matusalén, que vivió novecientos sesenta y cinco años (Gén. V); haz, que viviera mil, en comparación con tu eternidad, lo que fue grande, es breve. Pues ¿qué puede ser grande que tiene fin? Mil años nuestros antes de que ofendiéramos, un día ante ti era. ¿Qué digo un día? Una vigilia. Vean lo que dice: Te dignaste descender por nuestra salvación: derramaste por nosotros tu sangre: no permitas que perezcamos, y muramos en la humillación. Tú mismo dijiste: Cuando sea exaltado, todo lo atraeré a mí (Juan XII). Fuiste exaltado y nos exaltaste: no nos dejes, para que no nos contrajamos.

Mañana pasa como la hierba: por la mañana florece y pasa: por la tarde cae, se endurece y se seca. ¡Oh misterios de las Escrituras! Mañana pasa como la hierba. Nuestro Señor y Salvador habla en el Evangelio sobre el heno que en un día brota y en un día se seca (Mateo VI). Como la hierba que verdea y florece, por la mañana parece ser como una flor y verde: pero cuando el sol viene y la cubre, por la tarde se marchita y cae, así también toda nuestra vida parece ser como una flor cuando verdea y se seca. Viste hace diez años a un joven. Nada más hermoso que él: corría de aquí para allá. Si lo miras ahora, parece en la vejez casi muerto. Aunque viva en la vejez, sin embargo, la juventud perece. Mañana pasa como la hierba, esto es, nuestra juventud: eso es la mañana. Como la hierba pasa: por la mañana florece y pasa. Florecemos en la juventud: nos secamos en la vejez. Por la tarde cae, se endurece y se seca.

Porque hemos desfallecido en tu ira, y en tu furor nos hemos turbado. Antes vivíamos novecientos treinta años, casi llegábamos a mil. He aquí que nuestra vida se ha reducido a una breve existencia.

Has puesto nuestras iniquidades ante ti. Nada te oculta, esto es, nuestros pecados, ni la noche oculta, ni las tinieblas envuelven. Todo brilla ante ti. Nuestro tiempo en la iluminación de tu rostro. Se expresa mejor en hebreo: Nuestra vida en la iluminación de tu rostro. Todo lo que hacemos, todo lo que creemos hacer en secreto, está a la vista de tus ojos.

Porque todos nuestros días han pasado. La edad ha corrido: y mientras ignoramos, perecemos gravemente. Y esto mismo que hablamos, es sobre la muerte, y no lo entendemos.

Nuestros años se meditarán como la araña. Vean lo que dice. Como la araña que lanza hilos, y corre de aquí para allá, y teje todo el día, y el trabajo es grande, pero el resultado es nulo, así también la vida de los hombres corre de aquí para allá. Buscamos posesiones, deseamos riquezas, procreamos hijos, trabajamos, nos elevamos en reinos, y hacemos todo, y no entendemos, porque tejemos la tela de la araña.

Los días de nuestros años en ellos son setenta años. ¿Dónde están los mil años? En setenta años nos hemos reducido. Si mucho, ochenta. Si vivimos más, ya no es vida, sino muerte.

Si en los poderosos, ochenta años. ¿A quién encuentras que tenga ochenta años y esté sano? También dice el dicho griego: la vejez en sí misma es una enfermedad. Y más allá de ellos, trabajo y dolor. Todo lo que sea más, no es vida, sino dolor. Esto lo hemos dicho por la historia. Pero digamos según la anagogía. Y todo el salmo admite tropología, y podría ahora correr por cada versículo, y decir la inteligencia espiritual en cada uno, pero la hora nos excluye. Sin embargo, en un versículo les doy un gusto de la inteligencia espiritual, para que lo que aquí calle, crean que aquí se ha dicho. Los días de nuestros años en ellos son setenta años. Setenta años, son siete décadas, y ochenta años, son ocho décadas. Vean entonces cómo se predica el séptimo y el octavo número. Y como dijimos: tú eres nuestro refugio de generación en generación, y en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: por eso ahora pone el séptimo y el octavo número. Esto dice en el Eclesiastés: Da parte a siete, y da parte a ocho (Ecles. XI). Por eso también son quince los salmos de los grados, esto es, siete y ocho: quince nos llevan juntos al reino de los cielos: Finalmente, después de que se ha completado el séptimo salmo de los grados, ¿qué se dice en la escritura de ese salmo? Salmo, dice, de Salomón, que había construido la casa antigua. Y ¿qué dice: Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican (Salmo CXXVI). ¿Qué dice entonces el mismo Salomón, que se prescribe en el mismo título? Entonces construí el templo, pero si el octavo número no lo construye, en vano está construida la casa. Leemos también en el Evangelio según Mateo: Bienaventurados los pobres: Bienaventurados los mansos: Bienaventurados los que tienen hambre y sed, y los demás, y son ocho Bienaventuranzas (Mateo V). Entonces nuestro Señor concluyó el Evangelio con el número ocho. Finalmente, en ninguna parte encontramos ocho Bienaventuranzas juntas, sino en el Evangelio. Con el número ocho, esto es, en el día de la resurrección. Los días de nuestros años en ellos son setenta años. ¿Quieren que les muestre mientras tanto que el séptimo y el octavo número contienen muchos sacramentos? Leamos Ezequiel, y en una puerta se dice: Y entrará, dice, por la puerta del oriente en el templo que se construye. En Ezequiel, en la parte final: Y subirá, dice, el sacerdote primero, por siete y ocho grados. Y podría ser, que en esa puerta, hubiera siete grados y ocho. Pero vean lo que dice: La puerta oriental de donde viene la luz, nuestro Señor y Salvador. Una sola puerta es, y nadie entra en ella sino el sumo sacerdote. Y ¿qué se dice allí? Esta puerta siempre estará cerrada. No se abre sino al sacerdote (Ezequiel XLIV). Así pues, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento siempre estuvieron cerrados: no se abrieron sino al Salvador. Este es el que tiene la llave, que abre, y nadie cierra; que cierra, y nadie abre. Una sola puerta tiene siete, y ocho grados. Y en el Antiguo Testamento hay sacramentos Evangélicos, y en el Nuevo Testamento hay sacramentos de la Ley. Escuchen mayores misterios. En ese tiempo cuando Salomón, esto es, nuestro pacífico (que dice (Juan XIV): Mi paz os doy, mi paz os dejo: él es nuestra paz, y la paz que supera todo entendimiento) él construyó el templo a Dios. Y vean allí lo que dice la Escritura. Y había, dice, setenta mil canteros, y ochenta mil de los que llevaban (III Reyes V). Vean el número. Los canteros que cortan piedras, que preparan los cimientos de los edificios, que sacan piedras para edificar en el templo de Dios de la tierra, se ponen en el número siete, en los profetas, en los patriarcas. Ellos, pues, sacando al género humano de la tierra, lo prepararon para el templo del Señor. Estos, esto es, ochenta

mil: la predicación Apostólica y Evangélica: estos que con Dios Salvador y el mismo Salomón llevaban los graves pecados de las naciones. Hasta aquí parece haber terminado el misterio. Escuchen mayores misterios. Y los que estaban a cargo, dice, de estas obras y del templo, eran tres mil. No pueden ser mayores. Y los que están a cargo de las obras, sino aquellos que predican la Trinidad. Los días de nuestros años en ellos son setenta años. Hay muchas cosas que decir, pero la hora nos excluye.

Haz conocida tu diestra, y a los encadenados de corazón en sabiduría. En algunos códices se dice, instruidos: en otros se dice, encadenados. Instruido significa una cosa, encadenado otra. ¿Qué dice entonces: Haz conocida tu diestra. ¿Por qué tanto tiempo retraes tu diestra? Dios, ¿por qué apartas tu mano en tu seno? se dice en otro salmo. ¿Qué se dice? Esto es, estamos en enfermedad, yacemos en pecados: extiende tu diestra, y levántanos. ¿Por qué tanto tiempo tienes tu diestra en tu seno? Que tu corazón eructe una buena palabra: extiende tu diestra, y libéranos. Haznos conocido el misterio, que estuvo oculto a las generaciones. Haz conocida tu diestra. ¿Por qué te infiltras, Ario? No dijo, haz tu diestra. Dios nunca estuvo sin su diestra. Pero ¿qué dijo? Haz conocida tu diestra, que siempre fue, y estuvo en tu seno. Porque no podemos conocerlo permaneciendo en su deidad: asuma al hombre, y así lo entendamos. Haz conocida tu diestra, y a los encadenados de corazón en sabiduría. Aquellos que tienen cadenas de sabiduría, esto es, que están encadenados en el corazón por tu sabiduría. No les sea molesto, porque el lugar es oscuro. Los profetas tenían sabiduría: pero esa misma sabiduría los encadenaba, no podían volar sin Cristo. Vean entonces quién dice: Extiende tu diestra, esto es, tu Hijo. Haznos conocido a él: para que también los profetas que profetizaron como en sombra, comiencen a predicar al Señor más manifiestamente.

Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Hemos pecado mucho, apartas tu rostro: nuestros pecados no son dignos de ser vistos por tus ojos. Por eso te suplicamos, vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? He aquí que ya han pasado tantas edades: siempre los profetas te han predicado que vendrías a las naciones, y aún no has venido. Y dirige a los hijos de los hombres. Que somos torcidos, seamos dirigidos por ti. Y dirige a los hijos de los hombres. Por eso dirígelos, porque son hijos de los hombres. Si fueran tus hijos, estarían dirigidos. Porque tú dijiste: Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Salmo LXXXI). Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes. Y en otro lugar: No permanecerá mi espíritu en estos hombres: porque son carne (Génesis VI). Porque son hombres, por eso son carne. Entonces porque somos hijos de los hombres, y hemos perdido ser hijos de Dios, y nos hemos hecho torcidos: por eso dirígenos, y nuevamente seamos hechos tus hijos.

Y sea el esplendor del Señor nuestro Dios sobre nosotros. Dice también el Apóstol a los Hebreos: Porque el Señor y Salvador es el esplendor de la gloria del Padre (Hebreos I). Y sea el esplendor del Señor nuestro Dios sobre nosotros. Esto es lo que se dice también en otro lugar: Está sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV). La señal de la cruz, nuestro estandarte. Esto hemos dicho mientras tanto del salmo, y como estimo, hemos permanecido más tiempo del que debíamos. Entendemos que hemos dicho mucho más de lo que debíamos decir; pero no podemos callar las palabras de nuestro Señor, no podemos dejar el salmo comenzado. No es mucho, lo que sea que beneficie al alma: nada es suficiente, lo que es bueno, si es bueno. Roguemos pues a nuestro Señor Salvador, que su esplendor brille en nuestros corazones, que expulse de nosotros los ataques de las tinieblas, y las sucias pensamientos, y aleje todos los pecados de nuestros corazones, que ilumine nuestras tinieblas, que huyan las tinieblas, y habite el esplendor de la luz en nuestros corazones. El templo del Señor, y el tabernáculo, y el Santo de los santos, siempre tengan una lámpara encendida: siempre brille la lámpara en la casa del Señor. Porque si la lámpara se apaga, el Señor no

habita en las tinieblas. Digamos pues también nosotros: Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor (Salmo CXVIII): a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XC.

Este salmo no tiene título, porque se canta sobre la cabeza, o los miembros. La cabeza en el cielo: los miembros en la tierra. Y se entiende propiamente sobre el ayuno, y aquella tentación del desierto. El profeta preveía, que Cristo vendría en la carne, para ser tentado por el diablo (Mateo IV).

El que habita en el auxilio del Altísimo. Auxilio se interpreta, Esdras. Finalmente, βοὴθος se dice el profeta Esdras. Este es el que devolvió al pueblo de la cautividad de Babilonia, y lo introdujo en la tierra de la promesa. El que habita en Esdras, habita en Jesús. Mientras tanto según la tropología: El que edificó una casa sin manos según el Apóstol, aquella casa que el Señor había edificado incluso a las parteras en Egipto (Éxodo I). En la protección del Dios del cielo morará. Dirá al Señor: Tú eres mi protector, y mi refugio, mi Dios. Muchos enemigos me persiguen: por eso tú eres mi refugio, mi Dios. Esperaré en el Señor: porque él me librará del lazo de los cazadores. No dijo, espero: sino, esperaré. Mientras pecamos, no esperamos. Si dejamos de pecar, esperamos. Porque él me librará del lazo de los cazadores. Muchos son los cazadores en este mundo, que intentan cazar nuestra alma. Finalmente, también Nemrod aquel gigante, fue un gran cazador ante Dios (Génesis X), y Esaú era cazador (Génesis XXVII): porque era pecador: y en las Escrituras santas no encontramos en absoluto a ningún santo cazador. Encontramos pescadores santos.

Porque él me librará del lazo de los cazadores. Nuestra alma como un gorrión ha sido liberada del lazo de los cazadores. El lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados (Salmo CXXIII). ¿Quién es este lazo que se rompió? El Señor, dice, aplastará a Satanás bajo nuestros pies rápidamente; y el Apóstol dice: Para que sean liberados del lazo del diablo (Romanos XVI). Ves entonces que este es el cazador, que desea cazar nuestras almas para la perdición. El diablo tiene muchos lazos, y tiene diversos lazos. La avaricia es un lazo del diablo: la ira, la difamación, etc. Y de la palabra áspera. Mientras estamos en santidad, nuestra alma está tranquila. Pero cuando nuestra alma comienza a pensar en pecados, se turba, y es como si fuera sacudida por ciertas olas.

Con sus alas te cubrirá. Pero esto según lo que dice el Deuteronomio: El Señor como sus polluelos, nos protege con sus alas como un águila (Deuteronomio XXXII), Se dice allí, como un águila proteger a sus polluelos. Aunque podemos decir esto, que Dios nos protege como un padre, y como una gallina protege a sus polluelos, para que no sean arrebatados por el gavilán (Mateo XXIII). Sin embargo, también podemos decir otra cosa: Con sus alas te cubrirá. Será exaltado en la cruz, extenderá sus manos, y nos protegerá. Y bajo sus alas esperarás. Mirando, dice, sus manos crucificadas, y si la serpiente te ha mordido, serás sanado (Números XXI). Aunque camines en el desierto de este mundo: si te ha picado el escorpión, si el basilisco, si la áspid, si otros animales venenosos, ten seguridad de la salud: La serpiente está suspendida en el desierto.

Con su verdad te rodeará como un escudo. Nuestro escudo es redondo, esto es, nos rodea por todas partes. No solo es un escudo, sino también un muro. Señor, con el escudo de tu buena voluntad nos has coronado. A algunos los corona con el escudo. Vean lo que dice: Señor, con el escudo de tu buena voluntad nos has coronado (Salmo V). ¿Qué dice? Nos protegerás; y nos harás vencer, y después de la victoria nos coronarás. Con su verdad te rodeará como un escudo. Porque había dicho, de la palabra áspera, y la palabra áspera, podemos entenderla de

los herejes y filósofos, y de los judíos, y esta como palabra áspera, no es verdadera, sino mentirosa. Por eso es turbulenta, porque es mentirosa. Por eso es turbulenta, porque perturba nuestras almas, por su mentira. El Señor entonces que es la verdad, y dice: Yo soy la verdad (Juan XIV), nos rodea con el escudo de su verdad, para que no seamos heridos por las flechas ardientes del diablo. Por eso Cristo que es la verdad, pone su escudo, para que con el escudo de la verdad supere la mentira. No temerás el terror nocturno. El diablo siempre está en las tinieblas; para herir, dice, en oculto al inocente (Salmo IX y LXIII). Ves entonces que el que es simple, es inocente, y siempre es herido en oculto. No temerás el terror nocturno. Lo que dice, esto es: aunque estés en error, que es noche, sin embargo no temerás, porque tienes el escudo de la verdad.

A sagitta volante in die. La flecha voladora del diablo, me parece que se refiere al discurso de los herejes y filósofos. Pues ellos prometen la luz del conocimiento y dicen tener el día; y no pueden engañar, a menos que prometan luz. Pero esta luz que prometen es de flechas ardientes. Y por eso se dice: De la flecha que vuela de día, del negocio que camina en las tinieblas. La flecha vuela como si fuera de día, pero el negocio es el que camina en las tinieblas. Del ataque y del demonio del mediodía. Es mejor decir en griego ἀπὸ συμπτώματος. Σύμπτωμα se refiere a un evento, es decir, cuando no lo esperamos y sucede algo nuevo. O σύμπτωμα se dice cuando muchos caen al mismo tiempo. Vean entonces lo que dice: Aunque muchos fueron indoctos, tú que eres santo, no te dejes llevar. Doy un ejemplo para que los más simples puedan entender lo que se dice: Si vas a la ciudad como monje solo, y comienzas a caminar, y escuchas un clamor en el circo, y alguien te dice, ven y mira: es un circo; y comienzas a decirle, no está permitido: no puedo ir. Si él te muestra miles de personas y te dice: hay doscientas mil personas allí: ¿entonces todos ellos perecerán y tú solo serás salvo? Debes entender que es un síntoma del diablo, es decir, debes saber que muchos caen. Y del demonio del mediodía. Muchos dicen que hay demonios del mediodía, y esto se dice comúnmente. Sin embargo, yo digo simplemente: que el demonio tiene poder sobre nosotros cuando pecamos. Ya sea que pequemos por la mañana, el demonio entra en nosotros, ya sea por la tarde, ya sea por la noche: a cualquier hora que pequemos, el demonio entra en nosotros. Ven entonces que es frívolo lo que se dice comúnmente. ¿Qué dice entonces, del demonio del mediodía? Porque Abraham recibió a los ángeles al mediodía, y José invitó a sus hermanos a almorzar al mediodía (Gén. XVIII y XLIII). Pues eran santos, tanto Abraham como José, y por eso su banquete era en plena luz y con el sol perfecto. Por eso pastorean al mediodía. Y yo, si tengo pleno conocimiento de las Escrituras, aunque sea la tercera hora, sin embargo, los pastoreo al mediodía. Finalmente, la esposa en el Cantar de los Cantares dice: ¿Dónde pastoreas, dice, dónde descansas? Al mediodía (Cant. I)? Ven que el esposo no pastorea, no descansa a la tercera hora, sino al mediodía. ¿Dónde pastoreas, dónde descansas, dónde te encuentro, dónde disfrutas de delicias, dónde puedo encontrarte, oh mi esposo? ¿Quieres encontrarme? Al mediodía, en el conocimiento perfecto: en buenas obras: en clara luz. Porque entonces tenemos el mediodía: por eso también el diablo se transforma en ángel de luz (II Cor. XI), y él mismo finge tener luz, tener el mediodía. Cuando los herejes prometen como si fueran misterios, cuando prometen los reinos de los cielos, cuando la continencia, cuando los ayunos, cuando la santidad, cuando la renuncia al mundo, prometen el mediodía. Pero como no es la luz de Cristo: no es mediodía, sino demonio del mediodía. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha. Cada palabra de las Escrituras es un sacramento. Estas palabras, que los hombres del mundo consideran rústicas, están llenas de sacramentos. Pues tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV). Tesoro, sentido divino, lo tenemos en palabras muy humildes. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu derecha. ¿De quién es el lado? De aquel a quien se le había dicho: Su verdad te rodeará como un escudo:

no temerás el terror nocturno. ¿Quién es este? Del que se dijo antes; El que habita al amparo del Altísimo, morará bajo la protección del Dios del cielo. De aquel que habita al amparo del Señor, caerán a su lado mil, y diez mil a su derecha. Se dice la derecha del santo: no se dice la izquierda, sino el lado. Vean lo que se dice: Y diez mil a tu derecha. ¿Y cómo dijiste: Caerán a tu lado mil? Pues cuando se dice derecha, y no se nombra la izquierda: en lugar de la izquierda, se nombra el lado. Pues no podría ser justo que el justo tuviera izquierda. El que te golpee en la mejilla derecha, preséntale también la otra. No dijo, y la izquierda: pues no es la izquierda la que se presenta, sino la otra derecha. Por lo tanto, digo simplemente: que el justo tiene dos derechas. Finalmente, aquel Ajoth, que se menciona en el libro de los Jueces, por eso se dice que tiene dos derechas: porque era justo, y mató a aquel rey muy gordo. Caerán a tu lado mil: y diez mil a tu derecha. Son más los que acechan nuestra derecha; y no son más los que acechan la izquierda. Por eso caerán mil a tu lado, y diez mil a tu derecha. Donde hay mayor lucha, mayor victoria. Pocos acechan el lado: más acechan la derecha.

Porque a sus ángeles ha mandado sobre ti, para que te guarden en todos tus caminos, etc. Este pasaje el diablo lo interpretó sobre el Señor, pues en el tiempo en que tentó al Señor: Si eres Hijo de Dios, le dijo, lánzate abajo (Mat. IV). Pues está escrito de ti, Porque a sus ángeles ha mandado sobre ti, para que te guarden en todos tus caminos. En sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra. El diablo no dijo más que esto: Porque a sus ángeles ha mandado sobre ti, para que en sus manos te lleven, para que no tropieces con tu pie en piedra. Omitió la parte del medio. Pues aquí se dice: Porque a sus ángeles ha mandado sobre ti, para que te guarden en todos tus caminos. Esto no lo dijo, para que te guarden: pues sabía que estaba en su contra. Pues el Señor podría responderle: Si el Señor me guarda en todos mis caminos: entonces también de ti soy guardado. Calló entonces lo que sabía que estaba en su contra, y puso lo que estaba a su favor. Verdaderamente el diablo como diablo, interpreta sobre el Salvador, lo que no es del Salvador. Pues si todo el salmo es sobre el Salvador, como interpretas, oh diablo, y de él es lo que se dice:

Lo protegeré, porque ha conocido mi nombre. Esto es, yo, el Padre, protegeré a mi Hijo. Si así lo interpretas, diablo, como tú entiendes: veamos si el sentido se sostiene: Lo protegeré, porque ha conocido mi nombre: esto es, yo, el Padre, protegeré a mi Hijo.

Clamó a mí, y lo escucharé. Esto es en el día de la cruz. Con él estoy en la tribulación, lo libraré y lo glorificaré. Esto es, lo haré resucitar.

Lo llenaré de larga vida. Esto es, vivirá eternamente. Y esto lo entendemos del Hijo de Dios. Lo llenaré de larga vida. ¿Cómo se sostiene esto en el Salvador? Y le mostraré mi salvación. La salvación de Dios es el Hijo de Dios. Si entonces se dice del Hijo, ¿cómo puede sostenerse: porque la salvación de Dios es el Hijo de Dios? Ves entonces que has interpretado mal, oh diablo. Pero haz que se interprete como tú dices. Dijiste; Porque a sus ángeles ha mandado sobre ti, para que en sus manos te lleven, para que no tropieces con tu pie en piedra. Di lo que sigue. ¿Por qué callas? Sobre el áspid y el basilisco caminará, y pisoteará al león y al dragón Cristo nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCI.

Salmo de cántico en el día de sábado. Este salmo está marcado con este título. No puede celebrar el día de sábado, sino quien ha pasado seis días. Trabajamos seis días, en el séptimo día descansamos. Por lo tanto, no podemos cantar al Señor, sino en el día de sábado. Mientras hacemos las obras de este mundo, es decir, seis días, no podemos cantar al Señor. Finalmente se dice en Levítico: No haréis en el día de sábado ninguna obra servil (Lev. XXIII). Por lo

tanto, quien está en sábado, y en el descanso del Señor, no debe hacer obra servil, esto es, lo que pertenece a este mundo: sino que debe hacer la obra que pertenece al sábado. ¿Quieren saber que en sábado los sacerdotes trabajan en el templo del Señor? No está permitido en sábado a cualquiera cortar leña (Num. V). Finalmente, uno que fue encontrado en el desierto, fue apedreado y muerto. Finalmente, no está permitido encender fuego: tampoco está permitido hacer alguna obra. Pero ven que todas estas cosas que en el mundo no se permite hacer a nadie en sábado, solo se permite a los sacerdotes. Pues cortan leña, encienden fuego, y hacen otros ministerios, y sacrifican ofrendas. ¿Por qué dije todo esto? Para mostrar que está escrito en la ley, que debemos cesar incluso en el día de sábado de las obras del mundo, y hacer las que pertenecen a Dios. El salmo, por lo tanto, es de cántico en el día de sábado: cuando no trabajamos para el mundo, y trabajamos para Dios. Veamos qué debemos cantar en sábado, cuando cesamos de las obras del mundo.

Es bueno dar gracias al Señor, y cantar salmos a tu nombre, Altísimo. No dijo: es bueno cantar salmos, y luego dar gracias: sino mira el orden: Es bueno dar gracias, y es bueno cantar salmos. Primero haz penitencia, y borra los pecados con lágrimas, y luego canta al Señor: Es bueno dar gracias al Señor; no a los hombres, sino a Dios; confiésale los pecados a él, que puede sanar. Y cantar salmos a tu nombre, Altísimo.

Para anunciar por la mañana tu misericordia, y tu verdad por la noche. Entiendan diligentemente lo que se dice: Para anunciar por la mañana tu misericordia, y tu verdad por la noche. Cada versículo se refiere a cada uno. Es bueno dar gracias al Señor: para anunciar por la mañana tus misericordias. Si das gracias al Señor, anunciando por la mañana las misericordias del Señor. Y cantar salmos a tu nombre, Altísimo. Este versículo se refiere a este que sigue, y tu verdad por la noche. Pues cuando damos gracias al Señor, esperamos misericordia. Pero cuando cantamos salmos, obramos virtudes. Para anunciar por la mañana tu misericordia. ¿Dónde están los que entienden las Escrituras según la letra? ¿No podemos anunciar la misericordia de Dios al mediodía? Y ciertamente es propio de los cristianos y monjes, especialmente en las noches, confesar sus pecados. ¿Y cómo dice ahora: Para anunciar por la mañana tu misericordia? Lo que dice, es esto: No podemos dar gracias al Señor, y obtener su misericordia, a menos que comience a brillar una luz clara en nuestro corazón. A menos que hayan precedido las tinieblas, y se haya hecho mañana, no podemos obtener la misericordia del Señor. Entonces anuncias por la mañana la misericordia del Señor, cuando el sol de justicia ha nacido en tu corazón. Y tu verdad por la noche. La verdad del Señor no se anuncia, sino por la noche: en el día no se puede anunciar. Pues los débiles no pueden soportar lo que es grande: ni pueden sostener lo que es precioso. Por eso se dice en otro lugar de Dios: Puso las tinieblas como su escondite (Sal. XVII), esto es, el Señor puso las tinieblas como su escondite. Y la verdad del Señor se anuncia en la noche: como si estuviera envuelta en ciertas tinieblas de palabras. Se dice en enigma, y en parábolas: para que viendo no vean, y oyendo no entiendan (Mar. IV). Leemos en Oseas, y se dice al profeta: Ve, y toma para ti una esposa, una esposa fornicaria (Ose. I): Judíos y gentiles se ríen. ¿Por qué se ríen? Porque la verdad está puesta en la noche, no en el día. ¿Quieren saber que la verdad de Dios está en la noche, y como en tinieblas, y en parábolas está puesta? Moisés subió al monte Sinaí, y entró, dice, en el torbellino, y en la oscuridad, y en las tinieblas, y allí habló con el Señor (Éxodo XXIV): Pues el pueblo de Israel no podía ver los misterios de Dios: porque no había entrado en la oscuridad de Dios.

En el salterio de diez cuerdas, con cántico y cítara. Digo simplemente, cada vez que levantamos las manos sin pensamientos y disputas, en el salterio de diez cuerdas cantamos al Señor. En el salterio de diez cuerdas, con cántico en cítara. En nuestra cítara, tanto el cuerpo, como el alma, y el espíritu, están compuestos de todas las cuerdas.

Porque me has deleitado, Señor, en tu obra, y en las obras de tus manos me regocijaré. El cristiano, lo que sea que vea, siempre se edifica. Nada destruye al monje, sino el pecado. Lo que sea que mires, es tu edificación. Ves el cielo, ves el sol, ves las estrellas, ves la luna, esto te edifica. Pues debes pensar y decir: Si el sol, y la luna, y el cielo, y las estrellas sirven a Dios: ¿por qué no serviré yo? Ves la tierra, ves los animales, y todo lo que hay en la tierra, y esto lo comparas con tu alma, y te edifica, y dices a tu alma: Todo corre en su tiempo. Pues la primavera y el verano, el otoño y el invierno, nunca cambian estos tiempos, sino que según la disposición del Señor todo sirve. El cielo sirve, y la tierra sirve, y yo, infeliz hombre, no sirvo. Vayamos a los animales pequeños: dejo ahora los elefantes, dejo los leones, dejo los diversos animales, voy a los animales pequeños. Mira la abeja, mira la hormiga: ve el cuerpo, e investiga la sabiduría (Prov. VI y XXX). Mayor es la sabiduría, que la magnitud del cuerpo. Las abejas y las hormigas piensan que el invierno vendrá; y el monje y el cristiano no piensan que el juicio vendrá. Ellas piensan que pueden perecer de hambre, si no trabajan en el verano para vivir en el invierno; nosotros no pensamos que sin obra seremos atormentados en el infierno. ¿Por qué dije todo esto? Porque ahora está escrito: Porque me has deleitado, Señor, en tu obra. Lo que sea que vea, me deleita. Pues entiendo al creador, y bendigo a Dios. Y en las obras de tus manos me regocijaré. Veo un árbol, y considero cómo la corteza del árbol es como una túnica, con la que se viste, y como un brote verde. Y luego veo cómo se hace la flor: cómo la flor cae, y la flor misma se convierte en fruto. Veo poco a poco cada día, en cada tiempo, la naturaleza obrando para mí, y creciendo para mi alimento. Veo cómo Dios trabaja en todo para mí, para que nada me falte. Por eso me regocijo en ti, Señor.

¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! En este lugar Marción y Maniqueo irrumpen. ¿Qué dicen? Si Dios hizo todo, y lo hizo para utilidad de los hombres: ¿qué necesidad había de hacer el chinche y la pulga? Yo te respondo brevemente: para mostrar, oh hombre, tu fragilidad. Pues tú que pones tu pensamiento en el cielo, mira, eres mordido por un chinche, y tiemblas. ¿Por qué te elevas al cielo, y tu pensamiento trasciende al cielo? He aquí, eres herido por una pulga. ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Cuerpos pequeños, pero gran razón. Cada uno tiene sus utilidades. Yo admiro a Dios en los elefantes, como también en la hormiga: así lo alabo en el camello, como también en el mosquito. Mira el mosquito cómo es como un punto de un cuerpo diminuto, y sin embargo mira en ese punto de cuerpo, todos los miembros están divididos. Tiene seis patas, tiene dos ojos, tiene boca, tiene también vientre, tiene también trompeta de voz, tiene también alas. Si consideras los miembros, no encuentras el cuerpo, y sin embargo Dios es magnificado, porque sin cuerpo están todos los miembros. Muy profundas se han hecho tus pensamientos. Lo que sea que piense, no puedo encontrar. Abismo son tus juicios. Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios. Diré también yo con el Eclesiastés: Dije, me haré sabio, y ella se hizo más lejana de mí: mucho más lejana de lo que era. Y profunda, ¿quién puede encontrarla (Ecles. VII)? Lo que dice el Eclesiastés, es esto: Antes de poner mi pensamiento en la obra, no veía la magnificencia de Dios. Dije, me haré sabio, esto es, dije, debo buscar las razones de cada causa, y ella se hizo lejos de mí, mucho más lejos de lo que era, esto es, la sabiduría que antes no buscaba, ignoraba: después comencé a buscar, lo que no podía encontrar.

El hombre insensato no lo conoce, y el necio no entiende esto. Cualquiera que no es cristiano, y en las obras no entiende al Creador, este es insensato.

Cuando los pecadores brotan como la hierba. Viste a los emperadores: viste a los prefectos: viste a los ejércitos: viste las victorias y los triunfos. Ayer fue, y hoy no es. Y aparecieron todos los que obran iniquidad, para que perezcan por los siglos de los siglos. Ayer apareció como una flor: hoy la flor misma no aparece. Ayer la hierba estaba verde: hoy está seca.

¿Dónde está aquella belleza? Nada es bueno, sino lo que es eterno. Nada es bueno, sino lo que es perpetuo. Lo que sea que tenga fin, ni siquiera debe contarse entre los bienes. ¿Qué me aprovecha, si ayer fui prefecto, y hoy muero de hambre? ¿Qué me aprovecha, si el día anterior fui rey, y hoy muero en la cárcel? Todo lo que ha pasado, y tiene fin, no es nada. Cada uno de nosotros vino del mundo a esta vida. Uno dejó a su madre, otro a sus hijos, otro a su esposa, otro a sus padres. Recordemos nuestra infancia: recordemos nuestra adolescencia: recordemos que alguna vez tuvimos riquezas, y cada uno según sus fuerzas tuvo lo que pudo. He aquí que hemos pasado a esta vida. ¿Dónde están todas esas cosas? Pensarlas más bien causa dolor, que placer. Por lo tanto, nada es bueno, sino lo que es perpetuo.

Tu, sin embargo, Altísimo, eres eterno, Señor, porque he aquí que tus enemigos, Señor: he aquí que tus enemigos perecerán, y se dispersarán todos los que obran iniquidad. Si perecen, ¿cómo se dispersarán? Porque quien una vez ha perecido, no puede dispersarse. Debería haber dicho: He aquí que se dispersarán y perecerán. Lo que dice, por tanto, es esto: tus enemigos, Señor, perecerán, cuando todo te sea sometido: todo el que haya sido tu enemigo, después se convertirá en amigo, es decir, no perecerá el hombre, sino que perecerá el enemigo. Quien fue enemigo, será amigo, y así perecerá el enemigo. Porque he aquí que tus enemigos perecerán, y se dispersarán todos los que obran iniquidad. Así como si los santos están juntos, es grato: así si los pecadores están juntos, es como una congregación pésima (Gén. XVIII). Cuantos más sean juntos, tanto peores son. Finalmente, en el tiempo en que se construía la torre contra Dios, se dispersaron para su propio beneficio. Su consenso fue malo: pero la dispersión les benefició incluso a ellos mismos que fueron dispersados.

Se exaltará como el unicornio mi cuerno. Siempre el cuerno se coloca en el reino. En ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno (Sal. XLIII). Finalmente, ningún animal se inmola al Señor en el templo si no tiene cuerno. Tres se inmolaban al Señor en el templo: se inmolaba el toro, se inmolaba el carnero, se inmolaba el macho cabrío. Tres se inmolaban, y todos tenían cuernos. Porque si alguien no tiene un cuerno con el que ventile a los enemigos, no es digno de ser inmolado a Dios. Por eso también el Señor es llamado cuerno, para aquellos que creen en él: Y en los cuernos de su cruz ventiló a los enemigos. Allí confundió al diablo y a todo su ejército: Cristo ciertamente fue crucificado en el cuerpo, pero verdaderamente crucificaba allí a los demonios. No fue una cruz, sino que fue un triunfo, fue un estandarte. Por eso subió a la cruz, para levantarnos de la tierra a lo alto. Y creo que la cruz del Salvador es esa escalera que vio Jacob. En esa escalera descendían ángeles y ascendían (Gén. LXXXII). En esa escalera, es decir, la cruz, descienden los judíos y ascienden los gentiles. Y se exaltará como el unicornio mi cuerno. Otros pueden tener muchos cuernos: yo tengo un solo cuerno. Pero lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz del Señor: por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gál. VI).

Y mi vejez en misericordia abundante. Nuestra vejez necesita el aceite de Dios. Porque así como nuestros cuerpos cuando trabajamos (hablo más sencillamente para los hermanos más simples, que no pueden entender más sublimemente) así como nuestros cuerpos, cuando trabajan, no se reponen, sino con la unción del aceite: así como la luz que está en la lámpara, si no le pones aceite, se apaga: así también la luz de mi vejez, necesita el aceite y la misericordia de Dios para crecer. Finalmente, los apóstoles suben al monte de los Olivos, para que, como estaban cansados y necesitaban el aceite del Señor para sus lámparas, se iluminen con el aceite del Señor. Por eso dice también el justo: Pero yo como un olivo fructífero en la casa del Señor (Sal. LI). Y en otro lugar se dice: Tus hijos como brotes de olivos alrededor de tu mesa (Sal. CCXXVII). ¿No había otro monte del que el Señor ascendió

al reino de los cielos, sino el monte de los Olivos? ¿Acaso no había un monte más sublime en Galilea, el Tabor? ¿Qué necesidad había de que el Señor ascendiera al reino de los cielos desde el monte de los Olivos? Pero mira lo que te enseña la Escritura: A menos que pongas aceite en tus lámparas, no podrás ascender al reino de los cielos. Debes estar en el monte de los Olivos, y no en el valle de los Olivos, sino en el monte de los Olivos. Alguien podría decir: ¿Qué es ese valle de los Olivos? El diablo tiene sus olivos: tiene filósofos: tiene herejes: ellos también tienen aceite. Y ellos también prometen la luz del conocimiento, pero esos olivares conducen a la perdición: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Sal. CXL). Por tanto, roguemos al Señor, para que nuestra vejez, y todo nuestro trabajo, y todas nuestras tinieblas, sean iluminadas con el aceite del Señor. Atiendo diligentemente en las Escrituras, donde primero leí sobre la vejez. Adán vivió novecientos treinta años, y sin embargo no se le llama anciano: Matusalén vivió novecientos sesenta y nueve años, y no se le llama anciano. Llego hasta el diluvio, y después del diluvio por casi tres mil años, y no encuentro a nadie que se llame anciano. El primero que se llama anciano es Abraham: y ciertamente fue de mucho menor edad que Matusalén. Pero se le llama anciano porque su vejez fue ungida con aceite abundante. Finalmente, está escrito allí: Y murió Abraham, nutrido en buena vejez: lleno, dice, de días (Gén. XXV). Por eso en buena vejez, porque estaba lleno de días. Todo el tiempo de su vida, fueron días, y no noche. Lo mismo que se dijo de Abraham, se dijo de Isaac y de Jacob. Porque quienes sirvieron juntos al Señor, correctamente se les llama juntos ancianos del Señor. Como el cedro del Líbano se multiplicará: madera bien olorosa, madera con la que se cubrieron los techos del templo. Como el cedro del Líbano se multiplicará: madera imputrescible.

Plantados en la casa del Señor: florecerán en los atrios de nuestro Dios. En otro lugar somos plantados, en el reino de los cielos floreceremos. Yo planté: Apolo regó, pero el Señor dio el crecimiento (I Cor. III). Plantado en la casa del Señor, es decir, en la Iglesia: no en los muros, sino en los dogmas. Porque el reino de Dios, dice, está dentro de vosotros (Luc. XVII). Cualquiera que sea plantado en la casa del Señor, si aquí echa raíces, allí dará flores. Plantados en la casa del Señor: florecerán en los atrios de nuestro Dios. Estos son los tabernáculos eternos. ¿Cuáles son esos atrios? Diversas mansiones en el cielo. Mirad lo que dice: Plantados en la casa del Señor: florecerán en los atrios de nuestro Dios. Aquí es la casa: allí es el atrio. Debería haber dicho primero según el orden, el atrio: y así la casa. Pero mirad lo que dice. Aquí aunque parezcamos estar en la casa: cuando migremos al reino de los cielos, en comparación con los ángeles, y las demás virtudes, no estamos en la casa, sino en el atrio: estamos en el inicio, no en la perfección. Porque no seremos ángeles, sino como ángeles (Mat. XXII). No te parezca poco ser hombre, si serás como un ángel.

Aún se multiplicarán en vejez abundante. Feliz aquel que crece cada día, que envejece en edad, envejece también en virtudes. Esto hemos dicho por ahora del Salterio: hemos hablado también un poco del Evangelio, hemos dicho también del Apóstol. Oremos al Señor, para que todo lo que hemos dicho nosotros, y lo que habéis escuchado, lo completemos con obras, y transformemos las palabras en obras: para que quienes aquí hemos sido plantados en la casa del Señor, florezcamos en el atrio de Cristo: a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCII.

Alabanza del cántico de David en el día antes del sábado, cuando fue fundada la tierra. Este salmo contiene la voz del profeta, cantando la virtud y magnificencia del Señor.

El Señor ha reinado, se ha vestido de esplendor. Al resucitar de entre los muertos, se unió a sí mismo el coro de los santos; El Señor se ha vestido de fortaleza. Porque ha oprimido al diablo. Y se ha ceñido de poder. Cuando rodeado de multitud angélica, regresó al Padre.

Porque ha afirmado el orbe de la tierra, que no se moverá. Porque sería inestable y móvil aún si no hubiera sido afirmado por su resurrección.

Preparado está tu trono. En las almas santas. Porque tú las has elegido antes de la constitución del mundo, para que sean un linaje escogido. Y entonces desde el siglo tú eres. Y antes de la resurrección del mundo.

Han elevado los ríos, Señor: han elevado los ríos su voz. Los apóstoles: cuyas corrientes de predicación, han regado las arideces de las naciones. De las voces de muchas aguas. De los pueblos detractores.

Maravillosas son las elevaciones del mar. En los oleajes de este siglo. Maravilloso en las alturas es el Señor. Glorioso residiendo a la derecha del Padre.

Tus testimonios, Señor, se han hecho muy creíbles. Por tus apóstoles. A tu casa conviene la santidad, Señor, por la longitud de los días. Tu Iglesia que has presentado a ti mismo sin mancha ni arruga en la cual nos dignas mantenernos puros y resplandecientes (Efes. V); ni contaminar la gracia del bautismo, por la cual hemos renacido en ti para la vida: porque a ti es con el eterno Padre y el Espíritu Santo, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCIII.

Salmo de David del cuarto día del sábado. Siempre discutimos sobre el título, para que del título se entienda también el salmo. Salmo de David del cuarto día del sábado. El cuarto día del sábado, está en medio del sábado: como en el corazón del sábado, es decir, en medio de la semana. Porque es el cuarto día, y el cuarto día tiene a ambos lados días iguales. Tiene de un lado el primer día, el segundo, el tercero: y del otro lado tiene el quinto día, el sexto, el séptimo. Veis, por tanto, que el cuarto día, es decir, el cuarto día del sábado, está afirmado por una doble trinidad a ambos lados. Y también debe considerarse: porque el número cuatro, en virtud es el décimo. ¿Cómo? si cuentas, y haces el orden: uno, dos, tres, cuatro, se convierte en el décimo número. Habéis visto, por tanto, que el cuarto número hace el décimo, y considerad de esto: porque los cuatro Evangelios se cuentan en el decálogo, para que lo que se decía en el decálogo se cumpla en los cuatro Evangelios, para que no disienta la ley antigua de la dignidad evangélica. Esto hemos dicho por ahora del título, ahora vayamos al salmo.

Dios de las venganzas, Señor, Dios de las venganzas ha obrado libremente. Quien tanto tiempo estuvo oculto, y no aparecía en el pueblo: después obró libremente. Porque antes era desconocido, después triunfó en la cruz. Dios de las venganzas, Señor. Si Dios de las venganzas es el Señor, a mí la venganza y yo retribuiré, dice el Señor, ¿por qué deseas vengarte, hombre? Tienes a Dios como vengador. Esto lo dice también el Apóstol: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. Si tiene sed, dale de beber. Porque haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza (Deut. XXXII; Rom. XII). Esto no parece ser de piedad, sino de crueldad. Porque si le hago bien, para que Dios le haga mal; esto no viene de la piedad, sino de la crueldad de la mente. Porque lo que dice el Apóstol: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer: si tiene sed, dale de beber: hasta aquí parece misericordia. Pero esto que añade; Porque haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza. Veis,

por tanto, que por eso se da pan, y se da agua para beber, para que él sea atormentado en los siglos. ¿Y esto lo dice el Apóstol, y el predicador de la misericordia enseña crueldad? No debe, por tanto, tomarse así, sino en otro sentido. Si tu enemigo te golpea, tú ofrécele también la otra mejilla (Mat. V). Si él te hace mal, tú hazle bien. Porque si haces esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza. Lo que dice, es esto, lo limpiarás del pecado. Porque su crueldad es vencida por tu paciencia. Si diriges una flecha a una piedra, y la piedra es dura: no solo no se clava, sino que rebota. Así tu enemigo si golpea, y no es golpeado de vuelta, vencido por tu paciencia, se convierte a lo mejor.

¿Hasta cuándo, pecadores, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores? La impaciencia humana no quiere tener la paciencia de Dios. Pobres de nosotros, que queremos que Dios sea paciente con nosotros, e impaciente con los enemigos. Si alguna vez pecamos, deseamos un Dios paciente. Si alguna vez alguien peca contra nosotros, no queremos que sea paciente con él. ¿Hasta cuándo se gloriarán los pecadores? No les basta pecar, sino que también se glorían en sus pecados. La primera infelicidad es pecar: la segunda infelicidad, o más bien la última, es no hacer penitencia. Estos pecadores, por tanto, no solo no inclinan el cuello, sino que libremente después de su pecado se glorían.

Hablarán y dirán iniquidad. Propiamente esto se dice de los herejes. Hablarán todos los que obran iniquidad. Ved la señal: Quien habla, necesariamente hace mal. Porque de la abundancia del corazón habla la boca (Luc. VI). Dondequiera que la conciencia está herida, allí en la boca se peca fácilmente.

A tu pueblo, Señor, lo han humillado. Siempre el pueblo de Dios es humillado: el pueblo de Dios es oprimido: A tu pueblo, Señor, lo han humillado. Siempre el pueblo de Dios es humillado, e imita a Dios que fue humilde, y manso de corazón.

A la viuda y al extranjero mataron, y a los huérfanos asesinaron: y dijeron, no verá el Señor. Aunque esto es manifiesto según la historia, siempre, en efecto, cualquiera que necesite protección, fácilmente es oprimido, y cuanto más humilde sea alguien, tanto más ofende a Dios quien oprime: sin embargo, también según la tropología lo interpretamos: había dicho, en efecto, que esto se dice de los herejes. A la viuda y al extranjero mataron. La viuda que dejó de tener a Dios como esposo, es el alma del pecador. El extranjero es quien no es habitante, es decir, quien no habita. Aquel que había creído recientemente, de repente escandalizado perece. Y a los huérfanos asesinaron, y dijeron: no verá el Señor. Nos asombramos si se les llama huérfanos, donde hay viuda: así como la viuda, el alma del pecador es: así los huérfanos se dice, que han perdido al Padre que es Dios.

Y dijeron. ¿Qué dijeron? No verá el Señor: ni entenderá el Dios de Jacob. Esto dice todo el que oprime a los santos. A ellos diciendo esto, ved lo que responde el Espíritu Santo.

Entended los insensatos del pueblo: y necios, alguna vez sabed: ¿El que plantó el oído, no oirá? o el que formó el ojo, no considerará? ¿El alfarero ignora su vasija? ¿El que hace que otro oiga, entonces él mismo no oirá? ¿El que me dio ojos, entonces él mismo no ve? ¿El que es autor de mi inteligencia, él mismo no entiende? Este lugar es especialmente eficaz contra aquellos que son Antropomorfitas, que dicen que Dios tiene miembros, que también nosotros tenemos. Por ejemplo: Se dice que Dios tiene ojos: los ojos del Señor ven todo: la mano de Dios hace todo. Y oyó, dice, Adán el sonido de los pies del Señor caminando en el paraíso (Gén. III). Estos escuchan simplemente, y refieren las debilidades humanas a la magnificencia de Dios. Pero yo digo que Dios es todo ojo: todo mano: todo pie. Todo ojo es: porque todo lo ve. Todo mano es: porque todo lo opera. Todo pie es: porque está en todas

partes. Por tanto, ved lo que dice: ¿El que plantó el oído, no oirá? No dijo: el que plantó el oído, entonces él mismo no tiene oído. No dijo: entonces él mismo no tiene ojos. Pero ¿qué dijo? ¿El que plantó el oído, no oirá? y el que formó los ojos, ¿no considerará? ¿Quitó los miembros: dio las eficiencias?

¿El que corrige a las naciones, no reprenderá? ¿El que enseña a otro, entonces él mismo no sabe? ¿El que enseña al hombre la ciencia? Se sobreentiende, entonces él mismo no tiene ciencia?

El Señor conoce los pensamientos de los hombres: porque son vanos. Leemos en un poeta secular: ¡Oh preocupaciones de los hombres! ¡Oh cuánto hay de vacío en las cosas! Y los gentiles, y los filósofos elevan este versículo al cielo. ¿Y qué dicen? Nada pudo decirse más prudentemente: He aquí nuestro rústico hebreo dijo esto hace tantos siglos. ¿Y qué dijo? El Señor conoce los pensamientos de los hombres: porque son vanos. ¿Queréis saber que los pensamientos de los hombres son vanos? El padre y la madre crían al hijo: se prometen a sí mismos felicidad de él: lo envían a estudiar, lo educan: llega hasta la adolescencia, disponen que incluso sirva en el ejército. Cuando han pensado todo durante treinta años, una pequeña fiebre viene, y lleva todos los pensamientos. Tengo un enemigo: y el día del juicio es en treinta días, días y noches no pienso en otra cosa, sino en qué le responderé. Estoy en mi lecho, y mi pensamiento responde al enemigo ausente. No tienes enemigo, y las palabras responden al enemigo. Días y noches estoy en el pensamiento. Pero cuando llega el día del juicio, todo lo que había pensado, perece: y lo que Dios diga, eso hablo. Por eso también el Señor en el Evangelio dice: Cuando estéis ante los jueces, no penséis qué responderéis: porque el Señor os dará en esa hora qué responder (Luc. XII). El Señor conoce los pensamientos de los hombres porque son vanos. Un pensamiento feliz es, pensar en el Señor.

Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor. Feliz es quien usa a Dios como maestro. Y de tu ley le enseñas: para que le mitiges de los días malos. Ved lo que dice: Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas: esto es, tus Escrituras. Pero ¿qué aprovecha esto, para que sea enseñado de tu ley? Para que le mitiges de los días malos. Veis, por tanto, que la ciencia, y el ejercicio, y las obras de las Escrituras nos mitigan los días malos. Hasta que se cave una fosa para el pecador. Cuando tú seas instruido de la ley del Señor, uno se te divide en dos. Porque a ti te mitiga los días malos; y al pecador le cava una fosa.

¿Quién se levantará por mí contra los malignos: o quién estará por mí contra los que obran iniquidad? Los salmos son oscuros, y siempre cambian de personas, y por eso son oscuros, y es de gran dificultad saber en cada versículo quién habla. ¿Quién se levantará por mí contra los malignos: o quién estará conmigo contra los que obran iniquidad? Estos versículos los habla el Salvador: Yo soy santo, en la cruz fui levantado: morí, resucité, y al cielo victorioso ascendí. ¿Quién crees de los santos, que resucitará conmigo? Por tanto, lo que dice, es esto: Por eso resucité, para que también otros resucitaran conmigo. ¿Quién resucitará por mí? Cuando dice ¿Quién, provoca a los demás a levantarse. Como leemos en Isaías: ¿A quién enviaré a este pueblo, y quién irá por nosotros (Is. VI)? etc. Así como Isaías se ofrece a sí mismo: así también el Señor nos provoca diciendo: ¿Quién resucitará por mí contra los malignos? Quienquiera que resucite, resucitará por mí: de mi ejército es. Contra los malignos, contra el diablo, y su ejército. O ¿quién estará conmigo? Ved el orden: No dijo primero, quién estará, y quién resucitará: sino, quién resucitará y quién estará. Primero resucitamos, luego estamos. O ¿quién estará conmigo contra los que obran iniquidad? Como si un emperador estuviera y dijera: ¿Quién viene en mi ejército?

Si el Señor no me hubiera ayudado, mi alma habría habitado casi en el infierno. Por eso, Señor, resucito, porque tú descendiste a los infiernos y resucitaste. Mi alma habría quedado retenida en los infiernos si tu alma no hubiera resucitado de ellos. Si decía: mi pie se ha movido. Considerando mi fragilidad y la debilidad humana, no creía que mi pie estuviera firme: dondequiera que ponía el pie, temía caer. De nuevo pensaba en tu nombre, y me mantenía firme.

Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma. Esto mismo dice el Apóstol: que según los trabajos y miserias que sufrimos en este mundo, tenemos recompensa ante Dios en los cielos (I Cor. III). La magnitud de las tribulaciones es la magnitud de las recompensas. Cuantas heridas sufrimos, tantas coronas merecemos. Esto es lo que dice: Cuantas veces hice penitencia, tantas veces me consolaste. Derramé una lágrima: merecí una consolación. Derramé diez lágrimas: merecí diez consolaciones. Cuanto mayor fue el peso de la penitencia, tanto mayor fue el número de consolaciones.

Quien finge trabajo en el precepto. Nadie es coronado mientras duerme, nadie posee seguro el reino de los cielos; nadie, con el vientre lleno, puede hablar dignamente de ayunos. Ves, pues, lo que dice: Quien finge trabajo en el precepto. Todos los preceptos del Señor implican trabajo. Sin trabajo no podemos poseer el reino de los cielos. ¿Queréis saber que es así? Si quieres, dice, ser perfecto, ve, vende todo lo que posees, y dalo a los pobres, y ven y sígueme (Mat. XIX). Quien quiere, dice, alcanzar el reino de los cielos, ore día y noche, vele, ayune, se acueste en saco, no en pluma, no en seda. La penitencia no ama las delicias. Porque, dice, ceniza como pan comí: y mi bebida con llanto mezclaba (Sal. CI). Quien finge trabajo en el precepto: acecharán al alma del justo. Ved cómo no parece ser coherente. ¿Cuál es la consecuencia: Quien finge trabajo en el precepto: acecharán al alma del justo? Pero lo que el oído carnal no entiende, el oído espiritual lo entenderá. ¿Qué dice entonces? Quien finge trabajo en el precepto. Por eso, dice, trabajamos en los preceptos del Señor día y noche, velamos, oramos, ayunamos, porque tenemos muchos adversarios que acechan al alma del justo. Ved lo que dice: acechan al alma del justo; no al injusto. No quieren engañar a los que ya están engañados, sino a los justos. De ahí que se diga en Habacuc: Su comida es escogida (Habac. I). Y condenarán la sangre inocente. Algunos suelen decir: Aquel que fue asesinado, no habría sido asesinado si no fuera fornicador, o si no hubiera tenido algún pecado. La ruina no lo habría alcanzado si no hubiera sido pecador. El naufragio no lo habría oprimido si no hubiera sido pecador. Ved, pues, lo que dice la Sagrada Escritura: Y condenarán la sangre inocente. Mientras estemos en este mundo, sufrimos todo en común. Justo y pecador naufragan por igual: tienen la misma carne y las mismas condiciones de carne. Justo y pecador perecen por igual. El mismo destino, pero diferentes recompensas tienen justo y pecador. Uno es llevado al infierno: otro es llevado al reino de los cielos. Y condenarán la sangre inocente. Te basta, oh justo, tu conciencia. Y si has sido condenado, que tu sangre sea inocente, y clamará al Señor.

Y el Señor se convirtió en mi refugio. Este lugar es contrario a los arrianos. Porque contradicen al Señor Salvador, que se dice que fue hecho: he aquí que decimos: El Señor se convirtió en mi refugio. No hay duda de que lo interpretamos sobre el Padre. Pero si se dice del Padre: El Señor se convirtió en mi refugio, debe entenderse en este sentido: El Señor que siempre fue, se convirtió en mi refugio. Así también el Salvador que siempre fue, se convirtió en mi Salvador.

SALMO XCIV.

Alabanza del cántico de David. Este salmo contiene la voz del profeta, exhortando a los hombres a pasar a Dios de todo corazón.

Venid, exultemos al Señor: aclamemos al Dios de nuestra salvación. Entendamos que él es el Señor, y que con su muerte nos otorgó la salvación.

Anticipemos su rostro con confesión. Antes de que nos vuelva el rostro airado, confesemos nuestros pecados. Y con salmos aclamémosle. Cantando en nuestros corazones. Dando gracias a Dios.

Porque el Señor es un gran Dios. Nadie se iguala a su grandeza, es decir, a su poder. Y un gran rey sobre todos los dioses. Pues él gobierna todo.

Porque el Señor no rechazará a su pueblo; al que redimió con su propia sangre.

Porque en su mano están todos los confines de la tierra. Pues con su puño, es decir, con su poder, abarca toda la extensión de la tierra. Y las alturas de los montes son suyas. Las predicaciones apostólicas, que él inspira.

Porque suyo es el mar, y él lo hizo. Esto debe entenderse tanto del mundo como de este verdadero mar, para refutar a aquellos que dicen que las aguas no fueron creadas por Dios. Pues también Salomón, en persona de la sabiduría, que es Cristo, dice: Antes de que produjera las fuentes de las aguas, yo existía (Prov. III). Y la tierra seca sus manos formaron. Ya sea los campos, ya sea los cuerpos humanos.

Venid, adoremos, y postrémonos y lloremos ante el Señor que nos hizo: porque él es el Señor nuestro Dios. Postrarse ante él, y confesarle los pecados con llanto y lágrimas, una y otra vez exhorta el profeta, a quien saben que es el Dios de todos los siglos. Y nosotros el pueblo de su pasto y las ovejas de su mano. Por cuya sangre somos redimidos o alimentados.

Hoy si escucháis su voz, etc. Esto lo expone clarísimamente el Apóstol a los Hebreos: y no nos atrevemos a interponer otra interpretación. Que así dice: Porque algunos provocaron; pero no todos los que salieron de Egipto por Moisés (Heb. III). ¿A quiénes estuvo ofendido durante cuarenta años? a los que pecaron: cuyos cuerpos cayeron en el desierto. ¿A quiénes juró que no entrarían en su descanso, sino a los que fueron incrédulos? Y vimos que no pudieron entrar por su incredulidad. Temamos, pues: no sea que habiendo recibido la promesa de entrar en su reino, alguno de nosotros se considere falto. Porque a nosotros se nos ha anunciado, como a ellos. Por tanto, mostrémonos santos, para que merezcamos entrar por la crueldad en aquel descanso, que esperamos recibir. Por Cristo nuestro Señor: a quien con el eterno Padre, y el Espíritu Santo, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCV.

Cuando se edificaba la casa después de la cautividad, cántico de David. Este salmo está señalado con este título. Todo el misterio está en el título. El sacramento de toda nuestra vida y la salvación están en el título. Cuando se edificaba la casa después de la cautividad, cántico de David. Los judíos entienden este lugar así. Cuando después de la cautividad de Babilonia, bajo Esdras y Zorobabel y Jesús hijo de Josadac, se reconstruyó el templo, David en espíritu sabía quinientos años antes que el templo sería reconstruido. Esto dicen ellos. Si esto es así, oh judío, como interpretas, ¿qué significa lo que sigue: Cantad al Señor un cántico nuevo: y luego: Anunciad entre las naciones su gloria? ¿Qué es este cántico nuevo: quiénes son estas naciones? Veis, pues, que según la letra que mata no puede sostenerse en absoluto. Por tanto,

debe interpretarse mística: cuando se edificaba la casa después de la cautividad. Muchos de nosotros fueron capturados: muchos fueron llevados a Babilonia: muchos llevaron el yugo de Nabucodonosor sobre sus cuellos: muchos fueron enviados al horno de fuego, y ardieron: muchos perdieron el templo, y en ellos la casa de Dios fue destruida. Infeliz Judas cuando era apóstol, era la casa de Dios. Vino el diablo, y tomó el bocado, y enseguida entró Satanás en él (Juan XIII), y su casa fue destruida, y no fue restaurada: porque no hizo penitencia. Si alguno después del pecado hace penitencia; la casa de este se reconstruye después de la cautividad. Oremos, pues, también nosotros al Señor, primero para que nuestra casa no sea destruida, no sea que venga el caldeo y el asirio, y destruya el templo de Cristo en nosotros. Si, sin embargo, ha sido destruida como por un naufragio, podemos ser salvados en segundo lugar por el consuelo de una tabla. Cuando se edificaba la casa después de la cautividad. Cada día esta casa de Cristo se construye en los penitentes. Por lo tanto, no dijo: cuando la casa fue edificada: para que no pareciera que solo fue en el pasado; sino, se edificaba, para mostrar que esto ocurre cada día. Esto hemos dicho por ahora sobre nuestra alma. Sin embargo, podemos decir también de otra manera: cuando la Iglesia de Cristo se edificaba después de la ruina. Veamos, pues, después de este título qué sigue.

Cantad al Señor un cántico nuevo. Feliz penitencia: aunque hayas caído, si haces penitencia, eres llamada nueva casa de Dios. Cantad al Señor un cántico nuevo. Nueva casa, merece un cántico nuevo. Cantad al Señor un cántico nuevo. ¿A quién cantad? Cantad al Señor, toda la tierra. Si se dice del templo de Jerusalén, oh judío, ¿cómo se invita a toda la tierra a alabar? Cantad al Señor, toda la tierra. Este lugar vence al judío y al novaciano. Cantad al Señor, toda la tierra. No Jerusalén, sino todo el mundo. Aquí el judío es derrotado. Cantad al Señor, toda la tierra. El novaciano es derrotado. ¿Cómo? Pues dice el novaciano: Hay algunos pecados por los que debemos hacer penitencia. Como si dijera: Por la mentira, por el perjurio, por el robo. Pero quien haya fornicado, quien haya cometido homicidio: este no puede hacer penitencia. Escucha lo que dice; Cantad al Señor, toda la tierra. Toda la tierra, sin embargo, es adúltera y homicida, y todos los pecados son terrenales. Si todos los pecados son terrenales: cualesquiera que sean tus pecados, haz penitencia y serás salvo.

Cantad al Señor, y bendecid su nombre. El nombre del Señor es Salvador, por lo que se hizo en nosotros. Cantad al Señor. Anunciad de día en día su salvación. ¿Qué quiere decir: Anunciad de día en día su salvación? Quien es simple lo entiende así: Todos los días alabad al Señor, es decir, que al día le suceda el día, es decir, alabaste hoy, alaba también mañana. Parece ser un sentido simple: pero me parece que hay algo de sacramento oculto. Anunciad de día en día su salvación. No se puede alabar al Salvador, sino en el día. Debería haber dicho: Alabad al Señor de día y de noche, si se hablara de este día. Debemos decir esto, si lo entendemos según la letra. Si, pues, alabamos al Señor en el día, ¿no podemos alabarlo también en la noche? Ved, pues, lo que dice: Siempre que alabéis al Señor, alabadlo siempre en la luz: no en las tinieblas de los pecados, sino en la luz de las virtudes. Que siempre en tu alma nazca el sol de Cristo: para que siempre en ti nazca una nueva luz. Anunciad de día en día su salvación. Digamos también de otra manera: Hay dos días, no tres, no cuatro, no cinco. Hay dos días, el Antiguo Testamento y el Nuevo. Y en aquel Cristo brilla, y en este Cristo brilla. No lo alabéis solo en el Antiguo Testamento, para que no seáis judíos: no lo alabéis solo en el Nuevo Testamento, para que no seáis maniqueos. Alabadlo de día en día, es decir, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: que dos días hacen una luz. Por eso también se escribe en el Levítico: Todo animal que tiene la pezuña hendida y rumia, es limpio (Lev. XI). Esto es, si tiene dos pezuñas, y rumia, es limpio. Si, pues, tiene una pezuña, no es limpio. El judío tiene una pezuña, y por eso es impuro. El maniqueo tiene una pezuña, y por eso es impuro. Y porque tiene una pezuña, no rumia sus alimentos: ni lo que una vez ha puesto en el

vientre, lo saca de nuevo a la garganta, y lo rumia, y lo hace fino: para que lo que era grueso, se envíe de nuevo fino al vientre: esto, en verdad, pertenece a los sacramentos divinos decir. Todo animal que tiene la pezuña hendida, rumia, es limpio. El judío tiene una pezuña: pues solo cree en un Testamento, y no rumia. Pues solo lee la letra, y no considera nada: no busca nada en su interior. Pero el eclesiástico tiene pezuñas hendidas y rumia, es decir, cree en ambos Testamentos, y en ambos Testamentos busca a menudo. Y lo que sea que esté oculto en la letra, lo saca en el espíritu. Todo esto, ¿por qué lo dije? Porque está escrito: Anunciad de día en día su salvación. Por eso también los apóstoles son enviados de dos en dos: por eso no tenemos un ojo, sino dos. Por eso tenemos dos orejas, por eso dos narices, por eso dos labios, por eso dos manos, dos pies. No tenemos nada en nosotros que sea uno, excepto lo que es vergonzoso. Y los miembros de nuestro cuerpo testifican los sacramentos de los dos Testamentos.

Ofreced al Señor, patrias de las naciones: ofreced al Señor gloria y honor. Si se dice del templo de Jerusalén; ¿qué significa ahora, ofreced al Señor patrias de las naciones: ofreced al Señor gloria y honor? La multitud de las naciones, la vocación de las naciones, y la congregación de la Iglesia es. Ofreced al Señor gloria y honor. Cuando honramos al Señor en nuestro cuerpo, el Señor se gloría en nosotros. Ofreced al Señor gloria a su nombre. La gloria del siervo es la gloria del Señor. Quien os recibe, me recibe (Mat. X). Feliz el siervo, por quien el Señor se gloría.

Llevad ofrendas, y entrad en sus atrios. Ofrenda santa, viva, agradable a Dios (Rom. XII, y Filip. IV). Llevad ofrendas. Vosotros mismos ofreced ofrendas. ¿Qué ofrendas? Vosotros mismos sed ofrendas. La virginidad es holocausto de Cristo. Toda castidad, ya sea en virginidad, ya sea en viudez, ya sea en continencia, es ofrenda de Cristo. Hablo de algo nuevo, la ofrenda de la castidad se lleva a sí misma. Llevad ofrendas, y entrad en sus atrios. Adorad al Señor en su atrio santo. Veo muchos atrios: veo un atrio. Llevad ofrendas, y entrad en sus atrios. He aquí muchos atrios. De nuevo: Adorad al Señor en su atrio santo: he aquí un atrio. Ved, pues, que no se puede venir de un atrio a muchos atrios: sino que de muchos atrios se viene a un atrio. ¿Queréis saber este mismo misterio? He aquí en otro lugar aquel comerciante que tenía muchas perlas: vendió muchas, para comprar una (Mat. XIII). Y en Miqueas se dice: Estad, dice, en los caminos del Señor, y buscad, dice, el camino del Señor (Miq. IV). A menos que estemos en muchos caminos, no podemos encontrar un camino. ¿Cuáles son estas muchas perlas? ¿Cuáles son muchos caminos? ¿Cuáles son estos muchos atrios: para que encontremos una perla, y un camino, y un atrio? Abraham, Isaac, y Jacob, Moisés, Josué, Isaac, Jeremías, Ezequiel, los doce profetas, David, Salomón fueron atrios, es decir, son nuestros atrios. Primero entramos en ellos, de esos atrios después venimos al atrio del Evangelio, donde se encuentra Cristo.

Tiembla ante él toda la tierra. Ved lo que dice: El cielo no tiembla ante Dios: pero quienquiera que sea terrenal, ese mira al Señor: y tiembla, y se estremece. Decid entre las naciones que el Señor reina. A menos que la tierra haya sido conmovida, y se haya apartado de su obra terrenal, el Señor no reinará entre las naciones.

Porque corrigió el orbe de la tierra que no se moverá. Nunca se corrige, sino lo que antes fue recto, y después fue depravado. Así, pues, también nosotros, y todo el género humano naturalmente entiende a Dios. Pues no hay naciones que naturalmente no entiendan a su Creador. Aunque veneren piedras y maderas: sin embargo, entienden que hay algo mayor que ellos mismos, y en su error indican que tienen sabiduría, es decir, no hay nación que naturalmente no entienda a Dios. Por lo tanto, los gentiles adoran ídolos: es decir, veneran piedras y maderas: y si acaso han tenido una disputa, y si ha surgido algún juramento entre

ellos, no dicen que estas piedras ven, que las maderas ven: sino que Dios ve, y Dios oye. Ved, pues, lo que dice: Porque corrigió el orbe de la tierra que no se moverá. Por eso vino Cristo, y corrigió el género humano, que antes había sido depravado, para que no se mueva eternamente. Pues su cruz es la columna del género humano. En esa columna se edificó su casa. Yo digo la cruz, no la madera, sino la pasión. Pues esa cruz está en Britania, y en India, y en todo el orbe de la tierra. Por lo tanto, ¿qué dice también el Señor en el Evangelio? Si no tomáis mi cruz, y me seguís cada día (Luc. IX). Ved lo que dice: A menos que vuestra alma esté tan preparada para la cruz, como la mía lo estuvo por vosotros, no podéis ser mis discípulos. Feliz quien lleva la cruz, y la resurrección, y el lugar del nacimiento de Cristo, y el lugar de la ascensión en su pecho. Feliz es quien tiene Belén en su corazón: en cuyo corazón Cristo nace cada día. Pues, ¿qué se dice de Belén? Casa del pan. Seamos también nosotros casa de su pan, que descendió del cielo. Cada día Cristo es crucificado por nosotros: nosotros somos crucificados al mundo: y Cristo es crucificado en nosotros. Feliz es, en cuyo corazón cada día Cristo resucita: si cada día por sus pecados, incluso leves, hace penitencia. Feliz es quien del monte de los Olivos asciende al reino de los cielos: donde están las abundantes olivas del Señor, donde nace la luz de Cristo: donde están los olivares del Señor. Pues yo como oliva abundante en la casa del Señor. Encendamos, pues, también nosotros nuestra lámpara de esta oliva, y enseguida con Cristo iremos al reino de los cielos. Porque corrigió el orbe de la tierra, que no se moverá, que antes por los pecados era tortuoso. Juzgará a los pueblos con equidad. De este juicio futuro dijo: en el que vendrá de nuevo a juzgar a vivos y muertos.

Laetentur coeli. Apóstoles, o demás santos. Exulte la tierra. Cuerpos celestiales, por supuesto. Muévase el mar, y su plenitud: el orbe de la tierra, y todos los que habitan en él. El mundo, ciertamente, para que se transforme a mejor. Se alegrarán los campos, y todo lo que hay en ellos. Almas santas, y especialmente vírgenes, que destacan por las diversas suavidades de las flores. Entonces exultarán todos los árboles del bosque ante el Señor. Porque no están sujetos a la combustión. Porque ha venido. En su primer advenimiento para redimir. Porque ha venido a juzgar la tierra. Nuevamente para juzgar.

Juzgará el orbe de la tierra con equidad, y a los pueblos con su verdad: para someter a los pecadores a penas: recompensar a los justos con premios eternos. Quien, otorgándonos el temor de su nombre, se digne concedernos que en ese temible tiempo de juicio no seamos colocados en el número de los de la izquierda: quienes confesamos haber sido redimidos por su sangre, a él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCVI.

Salmo de David cuando su tierra le fue restituida. Leemos en los libros de los Reyes y de las Crónicas, que David fue un hombre belicoso, y sometió a todas las naciones circundantes, y las redujo a su poder. Esto, por ahora, lo entendemos literalmente de esta manera: Salmo de David que cantó al Señor: cuando, vencidos los adversarios, devolvió la paz a su tierra, es decir, a Judea. Esto según la historia. Sin embargo, si David se interpreta como fuerte de mano: nadie es fuerte de mano, sino aquel que venció a todas las naciones, nuestro David, a quien los demonios clamaban: ¿Por qué has venido a atormentarnos antes de tiempo, hijo de David? (Mateo VIII). Este salmo fue compuesto por él, cuando la tierra fue restituida. Y alguien dijo excelentemente: porque esta tierra que se restituye, son nuestros cuerpos. En verdad, en ese tiempo debemos cantar al Señor, cuando nuestra tierra está compuesta. Digamos también de otra manera: No hace daño, si entendemos la misma cosa de dos o tres

maneras. Pues está escrito en Salomón: Asumirás, dice, en la tabla de tu corazón triplemente (Proverbios III y VII). No hace daño decir algo diverso, cuando se dice con un solo espíritu: Cuando su tierra fue establecida. Esta tierra, antes de que nuestro David venciera a todos, no tenía paz; sino que en todas partes había discordia. Una nación adoraba a Júpiter, otra a Mercurio, otra a Juno, y todas las naciones tenían diversos ídolos. Se elevó el estandarte de la cruz, y toda la tierra fue establecida.

El Señor reinó, exulte la tierra. Toda la tierra, y todo el orbe, que antes estaba sujeto a los demonios y a los ídolos, se alegre con nuestro Dios reinando. El Señor reinó. El Señor, el Creador que nos hizo, él mismo reinó. Oh vosotros que antes estabais sujetos bajo el dominio del diablo, ahora estáis sujetos bajo el Señor creador. Alégrense muchas islas. Bien dijo de nuestras almas: que son golpeadas por varios pensamientos, como por diversas olas de aquí y allá. Pero digamos también, las islas son las Iglesias. De hecho, se dice en otro lugar: Se convertirán a mí muchas islas. ¿Queréis saber que las islas se llaman Iglesias? Se dijo en el profeta desde la persona del Señor: Habla, dice, a los habitantes de esta isla. Alégrense muchas islas. Pues así como las islas están situadas en medio del mar: así también las Iglesias están situadas como en medio del mar de este mundo: y así son golpeadas por persecuciones, como por diversas olas. Sin embargo, estas islas son golpeadas diariamente, pero no son derribadas. Están en el mar, pero tienen como fundamento a Cristo que no puede ser movido.

Nubes y oscuridad alrededor de él. Yo creo que esta nube es de la que se dice en el Evangelio: Y los cubrió, dice, una nube luminosa (Mateo VII). En ese tiempo cuando el Señor fue transfigurado, y los apóstoles cayeron, los cubrió una nube luminosa. Yo creo que estas son las nubes, a las que el Señor mandó que no llovieran sobre Israel lluvia (Isaías V). Yo creo que estas son las nubes, de las que en otro lugar se dice: Tu verdad hasta las nubes (Salmo XXXV). La verdad del Señor, aquella que dice en el Evangelio: Yo soy el camino, la verdad y la vida. (Juan XIV). La verdad de Dios, es Cristo. La verdad del Señor hasta las nubes. Las nubes son los apóstoles y los profetas: a estos se les mandó que no llovieran sobre Israel lluvia. Desde que, según la historia, lo que está escrito en el libro de los Jueces, aquel vellón fue secado (Jueces VI): la lluvia corrió por todo el orbe. Lo que se dice, es esto, Israel fue secado, y la lluvia corrió sobre todo el orbe. Nubes y oscuridad alrededor de él. El Señor vino a Egipto sobre una nube ligera (Isaías XIX). Vean lo que dice. El Señor vino: el Señor y Salvador a este Egipto en el que estamos: al lugar de tinieblas donde está Faraón, el Señor vino. No vino, sino en una nube ligera. ¿Qué es esta nube ligera? Me parece que es la santa María, no gravada por semilla humana. Esta nube ligera vino al mundo, y lleva consigo al creador del mundo. ¿Y qué se dice allí en Isaías? El Señor vino a Egipto sobre una nube ligera: y se romperán los ídolos de Egipto. Vino el Señor, y los ídolos de Egipto fueron movidos, y sacudidos, y destruidos. Esta nube destruyó a Serapis en Alejandría: no un emperador mortal; sino esta nube que vino a Egipto, Nubes y oscuridad alrededor de él: Hablamos de la nube: hablemos de la oscuridad. El Señor está en la oscuridad. El Señor está o en la luz, o en la oscuridad. En la luz está para los principiantes. A los principiantes les habla de manera simple: pero a los que son perfectos, les habla de manera mística. De hecho, a los apóstoles no les hablaba como a las multitudes, sino que les hablaba internamente: ¿y qué dice? El que tiene oídos para oír, que oiga. Entonces, ¿qué dice? y oscuridad alrededor de él. Esto es, y misterios alrededor de él: Por eso se dice también en Éxodo: Y todo el pueblo estaba abajo: pero Moisés solo subió al monte Sinaí en la oscuridad (Éxodo XIX). Pues no todo el pueblo de Dios podía conocer los misterios, que solo Moisés podía conocer. Se dice de Dios: Puso las tinieblas como su escondite (Salmo XVII). Justicia y juicio son la corrección de su trono. ¿Qué quiere decir, corrección de su trono? Debería haber dicho estabilidad de su trono. Entonces, cuando se dice, corrección de su trono, se muestra que

cualquier cosa que se corrige, era torcida antes de ser corregida. El juicio de Dios, antes de que venga a juzgar, parece como torcido. Ahora parece injusto, y torcido ser el juicio. Pues cuando los hombres inicuos son enriquecidos, y los santos son pobres: ¿no parece que el juicio de Dios es torcido? Pero cuando venga a juzgar, para dar a cada uno según sus obras, en ese tiempo como que se corregirá su trono. De hecho, ¿quieren saber que se dice del día del juicio?

Fuego irá delante de él: Teme este fuego que es santo: quien es pecador, témele. Este fuego purifica a los santos: consume a los pecadores. Fuego irá delante de él. Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente (Salmo CIII). Yo creo que estos son los fuegos, es decir, sus ángeles. Estos ángeles, es decir, su fuego, irán delante de él. Este fuego, ¿a quién consume? A cualquiera que sea madera, heno, paja. Pero quien es oro, plata, y piedras preciosas, es lanzado al fuego, pero se encuentra más puro.

Sus relámpagos iluminaron el orbe de la tierra, vio y se conmovió la tierra. Dicen los filósofos, que los relámpagos se generan por la colisión de las nubes. Pues si no se escucha primero el sonido, no se ven los relámpagos. Esto se dice también de la piedra de fuego: que, si no es golpeada, no saldrá el fuego del medio. Esto lo decimos según la historia, y aún hablamos como niños. Dijimos, entonces, la naturaleza de las cosas: para que de la naturaleza de las cosas saquemos algo espiritual. La piedra que comúnmente se llama de fuego, si está sola, no puede emitir fuego: pero si es golpeada con otra piedra, se saca el fuego del medio. Hazme ser nube a Jeremías, Isaías, Elías: nube también, y a Pablo y Pedro, y a los demás apóstoles. Estas nubes, cuando son golpeadas entre sí, emiten el fuego del medio, y el orbe de la tierra se ilumina. Sus relámpagos iluminaron el orbe de la tierra; vio y se conmovió la tierra. Los relámpagos de los apóstoles iluminaron en todo el orbe de la tierra. Se conmovió. Ellos hablaban, y el trueno de su voz lo escuchaba todo el mundo. Tenían juntos una gran voz, y relámpagos brillantes. Estos relámpagos iluminaban a los creyentes: quemaban a los no creyentes.

Los montes se derritieron como cera ante el Señor. Me parece que estos montes son las potestades de los demonios. O ciertamente los montes, son los hombres soberbios. Este fuego no consume a los humildes, sino a cualquiera que sea montañoso: De hecho, cuando se emite un relámpago, difícilmente golpea a los que están en el valle; pero siempre a los que están en el monte.

Anunciaron los cielos su justicia. Estos son los cielos, de los que también se dice en el decimoctavo salmo: los cielos narran la gloria de Dios. Los cielos anuncian su justicia: la tierra no la anuncia. Cualquiera que sea cielo, no teme al Dios justo. Cualquiera que sea de los cielos, no teme anunciar su justicia. Cualquiera que sea santo y cielo, este no teme al Dios justo. Pero el pecador busca un Dios misericordioso.

Anunciaron los cielos su justicia: los evangelistas, por supuesto. Y vieron todos los pueblos su gloria. Porque incluso, a quienes no se les había anunciado de él, entendieron que Dios había venido en carne.

Confúndanse todos los que adoran esculturas, que se glorían en sus ídolos. Para que, mientras se confunden en una vana esperanza, puedan llegar a aquella verdadera.

Adórenlo todos sus ángeles. Anunciadores de su reino. Oyó y se alegró Sion. La Iglesia que contemplaba su gloria.

Y exultaron las hijas de Judá. Las almas de los confesores. Por tus juicios, Señor. Porque los guardaron.

Porque tú, Señor Altísimo sobre toda la tierra: muy exaltado estás sobre todos los dioses. Y no solo sobre los dioses, sino también sobre los cielos de los cielos.

Los que amáis al Señor, que es el único bueno; odien el mal, al diablo. El Señor guarda las almas de sus santos: de la mano del pecador las librará. Para que no les haga daño.

La luz ha nacido para el justo. Cristo resplandece en su corazón. Y alegría para los rectos de corazón. Porque a quien esperaban, merecieron verlo.

Alégrense justos en el Señor, y confiesen la memoria de su santidad. Quienes lo contemplan en la luz del corazón recto, alábenlo continuamente, o su santidad: porque se acordó de ustedes, para santificarlos: o su piedad, con la que los acogió en su reino. Quien se digne concedernos, que, con su luz amaneciendo en nuestros corazones, merezcamos ser librados por él de los presentes: de quien somos liberados por el bautismo de los nocivos originales. A él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCVII.

Salmo de David. Este salmo, conteniendo la voz del profeta, narra el poder del nombre y la virtud del Señor.

Canten al Señor un cántico nuevo. Un cántico nuevo, es el Hijo de Dios crucificado, lo que nunca se había oído. Una cosa nueva, tiene un cántico nuevo. Canten al Señor un cántico nuevo. Ciertamente es un hombre, quien sufrió: pero ustedes canten al Señor. Sufrió ciertamente como hombre, pero salvó como Dios. Canten al Señor un cántico nuevo. Un cántico nuevo, merece un nombre nuevo. Por eso se dice también en otro lugar: Y será llamado, dice, un nombre nuevo (Isaías LXII). Un nombre nuevo, merece un cántico nuevo. Y en el Apocalipsis se dice: Al que venciere, dice, le daré una piedrecita, y escribiré sobre ella un nombre nuevo (Apocalipsis III). El nombre nuevo es de los cristianos. Canten al Señor. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? ¿Por qué merece un cántico nuevo? Porque ha hecho maravillas. Hizo señales entre los judíos: sanó a los paralíticos: purificó a los leprosos: resucitó a los muertos. Esto también lo hicieron otros profetas. Multiplicó pocos panes en muchos, y alimentó a un pueblo infinito. Esto lo hizo también Eliseo. ¿Qué hizo entonces de nuevo, para merecer un cántico nuevo? ¿Quieren saber qué hizo nuevo Dios? Como hombre murió, para que los hombres vivieran. El Hijo de Dios fue crucificado, para elevarnos al cielo. Porque ha hecho maravillas. ¿Quieren saber que ha hecho maravillas? El hijo de la viuda yacía en el aposento: vino Eliseo y se contrajo, y puso su boca sobre su boca, y sus manos sobre sus manos, y sus pies sobre sus pies (IV Reyes IV). Pues si se hubiera extendido, el hijo de la viuda no habría vuelto. Por eso se contrajo, para vivificar. Siendo en forma de Dios: por eso tomó forma de hombre (Filipenses II): por eso se contrajo, para hacernos más altos.

Lo salvó su diestra. Lo que dice, es esto: Salvó a los hombres, no a algo ajeno, sino a su obra, es decir, lo que hizo para sí, para sí mismo lo salvó. Había hecho al hombre para la salvación, quien por su vicio había perecido. Este murió, para salvar al hombre con su diestra. Aquí la diestra se pone por virtud, y el brazo por fuerza. Y su brazo santo. Aunque el brazo, y la diestra se dice que son Cristo: La diestra del Señor hizo virtud, y el brazo del Señor, ¿a quién fue revelado? (Salmo CXVII), sin embargo, aquí se dice de Cristo.

El Señor ha hecho conocer su salvación. No dijo, mostró, sino, ha hecho conocer. Lo que dice, es esto; lo que antes conocían de Dios, y por su vicio olvidaron. Entonces Dios viniendo, por su gracia manifestó lo que habían perdido. Entonces esto dice: Aquel a quien conocía Adán, a quien conocía Set (Génesis IV): a quien conocía Enoc: quien invocó al Señor, y esperó en él: y conocía Noé: y después había sido olvidado por el género humano, vino de nuevo al mundo, para que los hombres que después lo habían olvidado, lo conocieran de nuevo. El Señor ha hecho conocer su salvación. En hebreo se lee: El Señor ha hecho conocer a su Jesús. Pues dondequiera que se dice Salvador, en hebreo se pone Jesús. En presencia de las naciones ha revelado su justicia. No solo en Judea, sino, en presencia de las naciones. Pues era justo, que el Salvador salvara su creación. Ha revelado su justicia, que por la incredulidad de los hombres había sido oscurecida.

Se acordó de su misericordia. Concluyó todo bajo pecado, para que a todos tenga misericordia (Romanos XI). Y de su verdad a la casa de Israel. Se acuerda de su misericordia: cumple su verdad. Se acordó de su misericordia, esto es, en el pueblo de las naciones. Y su verdad a la casa de Israel. Cumpliendo con esta obra, lo que había prometido a los patriarcas.

Vieron todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios. No solo Israel vio y Judá, sino, todos los confines: y también según el entendimiento místico, los confines de la tierra. Mientras estamos en medio de la tierra, no podemos ver a Dios. Entonces, cuando como que dejamos la tierra, y estamos en la cima, entonces merecemos ver a Dios. ¿Quieren saber cómo los confines de la tierra ven a Dios? Leemos en Ezequiel: Y aquellas ruedas que giran, se les decía, Gelgel, que se dice revolución (Ezequiel I). Gel es revolución: Gelgel, revolución. Entonces aquellas ruedas oyen, revolución. Pues la rueda como que toca la tierra en un pequeño espacio, y toda se apresura al cielo. Por eso se dice también en otro lugar: Los santos son piedras que ruedan sobre la tierra (Zacarías IX). ¿Y qué se dice en Ezequiel? A dondequiera que iba el espíritu, allí seguían también las ruedas. Y sigamos al Espíritu Santo, para que seamos llamados ruedas. ¿Y qué se dice allí? Y no, dice, iban hacia atrás, sino que siempre iban hacia adelante. Y consideren lo que dice: No, dice, se volvían, sino que siempre iban hacia adelante. Pues se olvidaban de lo pasado, y se extendían hacia lo que está adelante (Filipenses III). Y estaban llenas, dice, de ojos. Pues todo de aquellas ruedas estaba lleno de la luz de Dios. No es de este tiempo, para que disputemos sobre las ruedas, y sobre los Querubines, y sobre los animales de Ezequiel.

Aclamen a Dios, toda la tierra. No solo Judea, sino, toda la tierra, aclamen al Señor. Envíen señales del ejército victorioso. Canten, y exulten, y salmodien. Canten, con el pensamiento: salmodien, con la palabra, es decir, con todos sus miembros. Salmodie la mano en la limosna: salmodie el pie yendo en obra buena.

Canten al Señor con la cítara. Que todas las cuerdas de sus corazones sean vocales. No puede ser una cítara si falta una cuerda. ¿De qué te sirve ser casto, ser generoso en limosnas, y ser envidioso? ¿De qué te sirve tener seis cuerdas enteras y una rota? Si falta una cuerda, no podrá haber un sonido perfecto de cítara. Con trompetas de plata y al son de la trompeta de cuerno. Leemos en el libro de los Números que hay dos tipos de trompetas: un tipo de trompetas de plata; otro tipo de trompetas de cuerno (Num. X). Por lo tanto, aquí se dice ambos: Con trompetas de plata y al son de la trompeta de cuerno. ¿Qué se dice aquí? La trompeta de plata es la palabra de Dios, y las palabras del Señor son palabras puras: plata refinada en el fuego, purificada siete veces (Sal. XI y XIV). Nuevamente, en el sonido de la trompeta de cuerno, aquí se introduce al hombre de Dios reinante. En las Escrituras, el cuerno se dice propiamente por el reino y por el poder: como está escrito allí: Ha levantado un

cuerno de salvación para nosotros (Luc. I). Y en otro lugar está escrito: Con tu cuerno aventaremos a nuestros enemigos (Sal. XLIII). Por lo tanto, vean aquí lo que dice: Tengan dos trompetas, una de plata y otra de cuerno. La de plata, para que tengan la palabra; la de cuerno, para que tengan la virtud. ¿Quieren saber que el cuerno siempre se pone en buen sentido? Leemos en Levítico: Ningún animal será ofrecido, sino el que tenga cuernos. Se ofrecen tres tipos de animales: el buey, que tiene cuernos, el carnero, que tiene cuernos, y el macho cabrío, que tiene cuernos. ¿Crees que se dice sin razón que no se ofrezca ningún animal, sino el que tenga cuernos? Y nosotros, mientras tengamos cuernos, merecemos ser víctimas de Dios. Pero si nuestro cuerno ha sido quebrado, somos como débiles y no podemos venir entre los sacerdotes de Dios. Que se agite el mar y su plenitud. Que se agite el mar, y las aguas amargas se conviertan en dulces. De hecho, Mara también se transformó y se hizo de sabor dulce (Éxodo XV). Ninguna otra cosa hizo dulce aquella agua amarga, sino el madero de la cruz que fue arrojado en ella. Me parece que el mar amargo es la ley de Moisés. Esto es lo que se dice mara, es decir, amargo. Esta agua amarga de la ley antigua recibió el madero de la cruz y se hizo dulce.

Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. Preguntemos a los judíos, que entienden según la letra: ¿tienen los ríos vientre? ¿Tienen los ríos voces? ¿Tienen los ríos pies? ¿Tienen los ríos manos? Que alguien diga: No está escrito sobre el vientre, sobre los pies. Pero te digo: de un miembro entendemos los demás. No podemos entender las manos sin los pies, sin el vientre, sin los demás miembros. Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. Los ríos que bebieron de la fuente de Jesús. Me han abandonado, dice, la fuente de agua viva (Jeremías II). Los mismos ríos fluyen de la fuente de Cristo. Él es la fuente; nosotros somos los ríos: si merecemos ser ríos. Cristo es la fuente; los santos son los ríos. Pero los que son inferiores son arroyos. Otros son torrentes. ¿Quiénes son los torrentes? Aquellos que tienen agua por un momento, y cuando viene la tentación, se secan. Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. No es un solo río, son muchos ríos. Cuantos santos hay, tantos ríos hay. Pero estos ríos no tienen disensión entre ellos. Porque son ríos de Cristo, por eso tienen concordia entre ellos. Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. Aplaudirán, porque las obras de los santos son alabanza de Dios. Cristo no es alabado con la voz, sino con la obra. No escucha la voz, sino las obras. Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. Por eso él mismo dice en el Evangelio: El que tenga sed, venga y beba, y fluirán, dice, ríos de su vientre (Juan VII). Los montes saltarán de gozo ante el Señor. ¿Qué tienen en común los ríos y los montes? Pero como habla de los santos perfectos, no dijo, los arroyos aplaudirán con las manos al mismo tiempo: sino, los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. Vean el orden: Que se agite el mar, y todo el mundo. Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo. Los montes, sin embargo, que han alcanzado la suma justicia. Diré de otra manera: Que se agite el mar, que antes estaba inmóvil, que se agite con la venida de Cristo. Que se agite el mar, ya dijimos, esto es, la ley de Moisés. Los ríos aplaudirán con las manos al mismo tiempo, esto es, los profetas. Los montes saltarán de gozo ante el Señor, esto es, los apóstoles, Porque viene a juzgar la tierra. No viene humilde solo en la carne, sino glorioso en su majestad. Porque viene a juzgar la tierra. No dijo, a destruir: sino, a juzgar. Viene a juzgar, para separar la cizaña del trigo (Mateo XV). Viene, para separar los peces malos de los buenos.

Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con equidad. Se menciona la justicia y la equidad. Primero se menciona la justicia, y luego la equidad, εὐθύτης se dice propiamente, que hace recto lo torcido. Viene, pues, a juzgar con su justicia, para que lo que es torcido, en él se haga recto. A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO XCVIII.

Salmo de David. Este salmo contiene la voz del profeta sacerdote del Señor, exhortando a dar gracias a la gracia del Dios todopoderoso.

El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos. Tres salmos tienen el mismo principio: el noventa y dos, el noventa y seis, y el noventa y ocho. Pero aunque tienen el mismo principio en el versículo, al final son diferentes. Porque cuando se dice en el noventa y dos: El Señor ha reinado, se ha vestido de esplendor; en el noventa y seis: El Señor ha reinado, que se regocije la tierra; y en el noventa y ocho: El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos: parece que el orden es contrario. Debería haber dicho primero: El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos; y luego decir: El Señor ha reinado, que se regocije la tierra; y al final: El Señor ha reinado, se ha vestido de esplendor. Pero el orden diverso nos da alguna sospecha de inteligencia. El Señor ha reinado, se ha vestido de esplendor. El Señor ha reinado, y se ha vestido de patriarcas, y profetas, y del pueblo creyente. Se ha vestido de esplendor, porque los patriarcas y profetas fueron como el vestido de Cristo. Esa es la faja que se escribe en Jeremías: esa es la faja que tenía alrededor de sus lomos Jeremías. ¿Quieren saber que los santos son como la faja, el vestido de Dios (Jeremías XIII, 11)? Por eso el mismo Dios habla a Jeremías: Como tú, dice, pusiste esa faja en tus lomos: así también yo he aplicado a mi pueblo a mí. Así como el vestido alrededor del hombre: así el pueblo alrededor de Dios. Pero como esa faja, pero como ese esplendor, con el que el Señor había sido vestido, fue expuesto más allá del Éufrates en el agujero de la roca, y allí se pudrió, y fue llevado en cautiverio por los asirios: ¿qué hace el Señor? No está desnudo, no puede estar sin faja, y no puede estar sin vestido; perdido el pueblo anterior, se hace un vestido del pueblo de los gentiles. ¿Y qué se dice? El Señor ha reinado, que se regocije la tierra. Que se regocije toda la tierra, esto es, el pueblo creyente. De hecho, ¿quieren saber que la segunda faja se dice del pueblo de los gentiles? El Señor, dice, ha reinado, que se regocije la tierra: que se alegren muchas islas. No una sola isla, Judea, sino muchas islas, esto es, todo el mundo. Que alguien me diga: Dame un ejemplo de las Escrituras, donde Judea sola se llame isla. Todo lo que hablamos, debemos afirmarlo de las Escrituras santas: Porque en la boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra (Deut. XVII, 6). No tiene tanta autoridad la palabra del que habla, como el mandato del Señor. Leemos en el profeta Ezequiel: Y tú, dice, hijo de hombre, habla a los habitantes de esta isla (Ezequiel XXVII), esto es, Judea. Por lo tanto, una isla ha sido dejada, ahora se dice: Que se alegren muchas islas. Por lo tanto, se dice faja en el pueblo anterior: El Señor ha reinado, se ha vestido de esplendor. En el segundo pueblo congregado de los gentiles: El Señor ha reinado, que se regocije la tierra; que se alegren muchas islas. Ahora en el tercero se dice: El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos. Ya sean de los gentiles, ya sean de los judíos: quienes no creen: que se enojen. ¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas (Salmo II)? El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos. El Señor ha sufrido: El Señor ha sido crucificado: El Señor ha muerto: El Señor ha resucitado: El Señor ha ascendido victorioso al cielo. El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos. ¿Quiénes son estos pueblos? Digamos un ejemplo del Evangelio: Un cierto padre de familia fue a recibir un reino para sí de lejos (Lucas XIX). ¿Qué más lejos que el cielo de la tierra? Dejó la tierra: fue al cielo, para recibir un reino para sí. Y los ciudadanos, dice, que lo odiaban, enviaron una embajada, diciendo: No queremos que él reine sobre nosotros. Pero él recibió el reino, y vino a los ciudadanos malvados. Vino a aquellos que no querían tenerlo como rey. Y ahora el Espíritu Santo dice a los ciudadanos malos: Quieran o no, El Señor ha reinado, que se enojen los pueblos. Oh clemencia del Espíritu Santo: no dijo, que perezcan: sino, que se enojen. Quiso significar el vicio, no las penas. Ellos se enojan, y el Señor intercede. ¿Y qué dice? Vengan a mí, todos los que están trabajados y cargados (Mateo XI). Recibí el reino del Padre, más bien el hombre que asumí, doy como Dios, recibo como hombre. Tú que te sientas sobre

los querubines, que se agite la tierra. Mientras la tierra esté inmóvil, no puede ser sanada. No habla del movimiento de la tierra, que vemos que las tierras se sacuden, y todo el género mortal teme; sino que habla de nuestra tierra. Que mientras esté inmóvil, no puede ser sanada. Cuando se haya movido, y haya temblado, entonces recibirá sanidad. Sobre quién, dice, descansaré, sino sobre el humilde y tranquilo, y los que tiemblan ante mis palabras (Isaías LXVI)? Porque la tierra temblorosa se ha movido: por eso el que se sienta sobre los querubines comienza a sentarse en la tierra temblorosa. Feliz es el que es el trono de Dios. Feliz es en quien Dios siempre se sienta. Hay diferentes esquemas. O nos sentamos, o estamos de pie, o caminamos, o yacemos. Infeliz es aquel a quien Dios yace: yace, de hecho, con el que yace. Así como llora con el que llora, y ríe con el que ríe: así también yace con el que yace. Así como tiene sed con el sediento, y tiene hambre con el hambriento, y está desnudo con el desnudo, así también yace con el que yace. Por lo tanto, el que ha sido herido, y yace; y él mismo de alguna manera se dice que yace con él. Pero el que camina, y él camina con él. El que camina, parece ciertamente mejor que el que yace, sin embargo, aún no ha llegado a la felicidad de aquel que está de pie. De hecho, también Adán cuando se escondió de la faz de Dios: Dios caminaba con él después del mediodía (Génesis III). Que alguien diga: Si Adán había ofendido, y había sido expulsado del paraíso: entonces es de felicidad imperfecta para cualquiera a quien Dios camina. Y yo digo: Si Adán hubiera sido completamente asesinado, y no se le hubiera dado lugar para el arrepentimiento, Dios habría yacido con él. Pero ahora, porque se le da lugar para el arrepentimiento: por eso Dios camina con él.

El Señor es grande en Sion, y exaltado sobre todos los pueblos. Ascendiendo a los cielos, se ha hecho más alto que todos: desde donde nos observa a nosotros y nuestros actos cada día.

Confiesen su gran nombre: porque es terrible y santo. Prepárense los santos para confesar su nombre: que es santo, ya que tú dijiste: Sean santos, porque yo soy santo (Levítico XIX y XX). Y el honor del rey ama el juicio. El hombre debe primero juzgarse a sí mismo, y condenar con su propio juicio sus malas acciones, y así honrar al eterno rey Dios.

Tú preparaste amores en los pueblos. Pero por su propio vicio se han pervertido. Juicio y justicia en Jacob tú hiciste. No solo en los patriarcas: sino también en el pueblo cristiano, que mereció las primicias del mayor.

Exalten al Señor nuestro Dios. Que sea exaltado en sus corazones. Y adoren el escabel de sus pies, porque es santo. Hay muchas opiniones sobre el escabel: pero aquí el profeta dice que es el cuerpo del Señor, en el cual la majestad de la divinidad está como sobre un escabel. Porque a menudo hemos enseñado que es llamado santo. Pero que debe ser adorado, los apóstoles lo enseñaron cuando, al ascender, adorando regresaron a Jerusalén (Hechos I). Pero también esto debe referirse a la cruz del Señor, y al alma santa.

Moisés y Aarón entre sus sacerdotes. Aunque uno sostiene la regla de la ley, el otro del sacerdocio: sin embargo, ambos anunciaron la venida del Señor con proclamación sacerdotal, ya sea en las trompetas legales o en los cascabeles. Y Samuel entre los que invocan su nombre. Samuel sostiene la regla del orden levítico: lo que figuró aquel efod de lino y blanco (II Samuel VI): mostrando que puede hacerse blanco, quien invocando el nombre del Señor, por el arrepentimiento, lava con lágrimas la negrura del pecado.

Invocaban al Señor. Los apóstoles. Y él los escuchaba: en la columna de nube les hablaba. El Señor habló desde la nube a los hijos de Israel (Éxodo XVI y XIX): pero también después habló a los apóstoles desde el velo de la carne asumida: en la cual la divinidad estaba oculta.

Guardaban su testamento: y el precepto que les dio. Nada de esto llevaron a la nulidad.

Señor nuestro Dios, tú los escuchabas; Dios, tú eras propicio a ellos, y vengador de todas sus invenciones. Porque todo lo que se esforzaron por hacer, lo llevaste a la perfección: porque te agradaba.

Exalten al Señor nuestro Dios, y adoren en su monte santo: porque santo es el Señor nuestro Dios. Preséntense santos en su Iglesia, como él mismo la presentó santa, sin mancha ni arruga (Efesios V). Que él nos conceda, para que manteniendo con perfecta santidad el modo del orden sacerdotal, lo que nos esforzamos por hacer de bien, él mismo se digne llevarlo a efecto.

SALMO XCIX.

Salmo para la confesión. Este salmo contiene la voz del profeta, que incita a los fieles a ejercitarse incesantemente en las alabanzas del Señor.

Aclamen a Dios toda la tierra, sirvan al Señor con alegría, Que, habiendo sacudido de sus cuellos el yugo de la ley, no en la tristeza de la antigua servidumbre, sino en la libertad del nuevo hombre se regocijan.

Entren en su presencia con exultación. No se disuelvan en bromas indecentes: sino que todo lo que hagan, háganlo para la gloria de Dios.

Sepan que el Señor es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. Porque de él somos no solo corporalmente hechos, sino también recreados en el nuevo hombre. Y esto no por nuestro mérito, sino por su don.

Nosotros su pueblo, y ovejas de su pradera. Él es el buen pastor, que puso su vida por sus ovejas (Juan X). Nosotros somos las ovejas, que lo seguimos, y hemos escuchado su voz. Entren por sus puertas con confesión. Porque así como él es la puerta del Padre cuando dice: Por mí si alguno entra será salvo (Ibid.), así también los apóstoles son sus puertas por las cuales se accede a él: que nadie puede entrar, a menos que se purifique confesando sus pecados. Sus atrios con himnos, confiesen a él. Llévenle mentes dilatadas con himnos espirituales y cánticos.

Alaben su nombre, porque el Señor es suave. Porque no tiene nada amargo: Su misericordia es eterna. Porque nos redimió, y continuamente nos salva. Y su verdad de generación en generación. Con la cual juzgará a los pueblos. Que él nos conceda, para que hechos por él, redimidos por él, merezcamos también en la alegría eterna cantar el júbilo de la exultación con acción de gracias. A él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO C.

Salmo de David. Este salmo contiene la voz del profeta, narrando las misericordias de Dios.

Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor. Que escuchen misericordia los pecadores que desesperan de su salvación, que están en penitencia. Que escuchen juicio los despreciadores, que dicen: El Señor es misericordioso: pequemos, nos perdonará. Cantaré y entenderé en el camino inmaculado. Para que alguien entienda lo que canta, y contemple el sentido de su

salmo, para que su mente no vague afuera, y aunque se vea que canta con el cuerpo, su mente esté sin fruto. En el camino inmaculado: para que caminando en este mundo actúe justamente, y no tenga mancha.

¿Cuándo vendrás a mí? Pero cuando haya recibido entendimiento, y haya actuado justamente: entonces con confianza digo al Señor: ¿Cuándo vendrás a mí? Vendrás, sin embargo, debe entenderse de su segunda venida.

Caminaba en la inocencia de mi corazón: en medio de mi casa. Nada agrada tanto a Dios como la simplicidad y la inocencia. De hecho, el Espíritu Santo no se complació en otras aves sino en la paloma, por su simplicidad, y en los cuadrúpedos en la oveja, por su mansedumbre.

No ponía ante mis ojos cosa injusta. No anteponía nada al Señor, ni consentía en la iniquidad: sino que estaba todo para Dios.

A los que hacen transgresión odiaba. Ya fuera mi padre, o mi madre, o mi hermano, o mi hermana, o mi amigo, sin embargo, si se apartaba del temor del Señor: lo odiaba, y en absoluto no me acercaba a él. No anteponía la cercanía o la amistad a la piedad del Señor.

No se adhería a mí un corazón perverso. No había en mí nada difícil, ni algo perverso: sino equidad y justicia. Al que se apartaba de mí maligno no lo conocía. Esto es, si era mi amigo o cercano, ya fuera obispo o presbítero, o en cualquier dignidad constituido: sin embargo, si pervertía sus caminos, lo huía de tal manera que en absoluto no hacía memoria de él.

Al que calumniaba a su prójimo, a este perseguía. Tanto no se debe consentir al calumniador, que incluso en cuanto está en nosotros lo persigamos, procurando en ambos la utilidad, para que ni escuchemos con gusto, ni permitamos que él peque. Porque hay tanta diferencia entre el que fornica y el que calumnia: que el que fornica, solo se mata a sí mismo: pero el que calumnia, se hunde a sí mismo y al que lo escucha.

Con el de ojo altivo, y corazón insaciable, con este no comía. Si alguien era soberbio o avaro, con este en absoluto no comía.

Mis ojos están puestos en los fieles de la tierra, para que se sienten conmigo. No dijo ricos, ni emperadores, ni obispos, ni presbíteros, ni diáconos: sino fieles: con estos me sentaba. Esto lo puede decir también un obispo santo, porque no ordenaba a aquel presbítero que me servía, ni a mi pariente, sino a quien sabía que era fiel. Y de nuevo puede decir lo mismo: Porque tenía a todos mis clérigos y laicos como fieles. Este versículo puede decirse desde la persona del Señor: El que camina en el camino inmaculado, este me servía. Porque no ordenaba a los que eran mis parientes, sino a los justos y fieles.

El que habla iniquidades, no lo dirigí ante mis ojos. Tanto me apartaba de aquel que calumniaba a su prójimo, que ni le creía ni escuchaba a tal persona.

Por la mañana exterminaba a todos los pecadores de la tierra, bien dijo, pecadores de la tierra. Porque los pecadores son terrenales. Esto quiere decir que las insinuaciones del diablo que me sugería, las echaba de mi corazón y no las aceptaba. Porque al expulsar los malos pensamientos, los demonios son destruidos. Los judíos, al escuchar este versículo y seguir la letra que mata, y deseando derramar sangre, si alguien transgredía la ley, lo mataban. No contentos con la muerte de los profetas, crucificaron al mismo Señor. Para destruir de la ciudad del Señor a todos los que obran iniquidad. Ojalá también nosotros destruyamos de la

ciudad del Señor a los que obran iniquidad. La ciudad del Señor es la Iglesia de los santos, la congregación de los justos. Destruiré, es decir, reprenderé, increparé al que peca, para que haga penitencia y destruya la iniquidad de su corazón. No dijo que sea rechazado, sino que sea salvado.

SALMO CI.

Oración del pobre cuando estaba angustiado, y derramaba su súplica ante el Señor. Este salmo al principio contiene la voz del profeta desde la persona del pecador: luego contiene la alabanza del nombre del Señor.

Señor, escucha mi oración, etc. Porque se pronuncia de todo corazón.

No apartes tu rostro de mí. Si alguien ora con un corazón puro, y su conciencia no lo reprende: esto puede decir: Porque el pecador no se atreve a decir: No apartes tu rostro de mí, sino más bien dice: Aparta tu rostro de mis pecados. En cualquier día que esté atribulado, inclina hacia mí tu oído: En cualquier día que te invoque: escúchame rápidamente. Ora por las presiones presentes, para ser liberado de ellas por la contemplación divina.

Porque mis días se han desvanecido como humo. Como si dijera: Fui un niño, y sin darme cuenta, llegué a la juventud, y de nuevo a la edad madura, y sin darme cuenta, envejecí. Y mis días se han desvanecido como humo. Algunos piensan que son eternos, y perseveran en su pecado. Y mis huesos se han secado como leña. Los huesos representan la misma fortaleza. Si lo que en mí es fuerte se ha secado y se ha debilitado: cuánto más la carne que por naturaleza es débil.

He sido herido como la hierba, y mi corazón se ha secado. Como está escrito en otro lugar: El hombre es como la hierba, sus días. Así es la vida de los hombres, verde y rápidamente se seca. Porque olvidé comer mi pan. No dijo, no deseé comer, o desprecié comer. Tanto me vino a la memoria mis pecados, y tal penitencia hice, que incluso olvidé comer: teniendo el deseo de Dios, y considerando solo a Él.

Por el sonido de mi gemido: mi carne se adhirió a mis huesos. Aprendan los que hacen penitencia, cómo deben hacer penitencia. Así me he secado a mí mismo que estaba sin carne, y mi piel se adhirió a mis huesos. Llamó carne a la piel.

Me he vuelto como un pelícano de soledad. Se dice que hay dos tipos de estas aves. Una está en las aguas, y su alimento son los peces: y una en la soledad, y su alimento son animales venenosos, es decir, serpientes, cocodrilos y lagartos. Estas aves se llaman en latín onocrotalos. Me he vuelto como aquel que está en la soledad: que come animales venenosos, es decir, mi alimento era como veneno para mí. Me he vuelto como un búho en su morada. Sabemos que el cuervo es negro: y no tiene nada blanco en él. Quiso decir hiperbólicamente: porque, Me he vuelto como un búho. Así, pues, de día es negro: cuánto más de noche. Así me he vuelto por mis pecados, considerándome a mí mismo.

Porque ceniza como pan he comido. Mojaba mi pan en ceniza: y así comía. Si el profeta dice esto, ¿qué hacemos nosotros? Y mi bebida la mezclaba con llanto. Nada me era placentero, ni el pan, ni la bebida: sino que solo deseaba el pan celestial, es decir, Cristo.

Por la ira de tu indignación. Y todo esto lo hacía, considerando tu venida y el juicio futuro. Porque levantándome me has abatido. Esto lo dicen quienes alguna vez fueron santos, y

cayeron. Porque exaltados en virtudes, después cayeron. Los santos dicen: porque levantándome me has sostenido.

Mis días se han desvanecido como sombra. Si los días, cuánto más las noches. Esto es, si la luz, cuánto más las tinieblas. Y yo me he secado como la hierba. Porque como la hierba, así pasa el hombre, y se seca.

Tú, levantándote, tendrás misericordia de Sion. Desde este versículo es evidente que este salmo se dice desde la persona de Sion: y no desde la persona del profeta. Sion es la que está puesta en la atalaya, y la que ve de lejos lo que viene. Esta Sion, que está puesta en lo alto, ha caído en lo sublime. Por tanto, el que está de pie, mire que no caiga (I Cor. X). Porque es tiempo de tener misericordia de ella: porque ha llegado el tiempo. O por la penitencia es tiempo de tener misericordia: o según el advenimiento del Salvador significa. Confíe, pues, el que hace penitencia: porque ha llegado el tiempo de salvar. Porque el Señor es misericordioso (Sal. LXXVII y Ecl. II).

Porque agradaron a tus siervos sus piedras. Las piedras son los santos. La tierra, es decir, los pecadores, necesitan la misericordia del Señor. Y tendrán misericordia de su tierra. Para que produzca el fruto de la santidad.

Temerán las naciones el nombre del Señor: y todos los reyes de la tierra tu gloria. Que antes temían a los ídolos, e invocaban los nombres de los demonios: ahora veneran y temen tu nombre.

Porque el Señor edificará Sion. Su Iglesia sobre el fundamento de los apóstoles y profetas: Y será vista en su gloria. Cuando todo su cuerpo sea glorificado a semejanza de la imagen de su gloria.

Y miró a la oración de los humildes: y no despreció sus súplicas. Sino que con su advenimiento visitó el mundo: que antes era deseado.

Escriban esto para la generación venidera. En el Nuevo Testamento. Y el pueblo que será creado, alabará al Señor. El cristiano, ciertamente, que antes estaba muerto por los pecados, en él ha sido recreado.

Porque miró desde su alto santuario: el Señor desde el cielo miró a la tierra. Para escuchar el gemido de los prisioneros: para liberar a los hijos de los muertos. Miró para tener misericordia. Descendió para desatar las cadenas con las que estábamos atados.

Para anunciar en Sion el nombre del Señor, y su alabanza en Jerusalén. Siempre un buen mensajero, trae nuevas alegrías: como el Ángel a María: El Espíritu, dice, vendrá sobre ti (Luc. I). Y de nuevo a los pastores: He aquí, os anuncio hoy una gran alegría: porque os ha nacido un Salvador (Ibid., II). Así también ahora en Sion o en Jerusalén se anuncia: porque ha nacido en la tierra aquel que traería vida al mundo muerto por los pecados.

Al reunir a los pueblos en uno: y a los reyes para que sirvan al Señor. Se reunirán en una sola fe, para servir al Redentor.

Le respondió en el camino de su poder: anúnciame la brevedad de mis días. El Señor respondió a Jerusalén en el día de su poder, es decir, cuando se acercaba a la pasión: y anunció la brevedad de sus días, diciendo: Porque vendrán días cuando serás rodeada por enemigos, y serás arrancada (Luc. XIX), y lo demás.

Y no me llames en la mitad de mis días: en generación y generación son tus años. Los inicuos no completan sus días (Sal. LIV). Este, sin embargo, ora para que no sea llamado a la mitad de sus días, es decir, para que llegando a la perfección, disfrute con el Señor de la eternidad de los tiempos.

Al principio tú, Señor, fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Así como al principio creaste estas cosas: así también ahora o la tierra de nuestro cuerpo la renuevas en un nuevo hombre: o nuestras mentes las compones con la dignidad de los cielos. Pero de los cielos anteriores dice:

Ellos perecerán, pero tú permaneces. Según aquello: El cielo y la tierra pasarán: pero mis palabras no pasarán (Mat. XXIII, y Marc. XIII). Y todos como vestidura se envejecerán. Y como un manto los cambiarás, y serán cambiados: pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán. Esto es, el que eras en los cielos, te muestras en la tierra. El mismo en el vientre de la virgen: el mismo descendiendo al infierno. El mismo resucitando de los muertos: el mismo regresaste al cielo.

Los hijos de tus siervos habitarán. Porque por los apóstoles han renacido para ti. Y su descendencia será dirigida por siempre. O su predicación, o su virtud se extiende en toda nación. Nosotros, sin embargo, roguemos al Señor, para que escuche las oraciones de los suplicantes, infunda su luz en nuestras mentes: para que narrando su magnificencia, merezcamos ser hechos partícipes de sus santos en los reinos celestiales. A quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CII.

Salmo de David. Este salmo se centra principalmente en la piedad y misericordia de Dios: pues dice:

Bendice, alma mía, al Señor: y todo lo que hay dentro de mí, a su santo nombre. Se dice también en otro lugar: Y sepan, que el Señor es Dios (Sal. XCIX). Y ahora se dice: Y todo lo que hay dentro de mí, a su santo nombre. Si decimos, Bendice, alma mía, al Señor: y el Señor, es el Señor: ¿qué nombre busca aquí el Señor? Si el Señor es llamado Señor: ¿qué dice: Y todo lo que hay dentro de mí a su santo nombre? La venida del Hijo, es el nombre del Padre. Antes de la venida de Cristo se conocía a Dios: el Padre era desconocido. De hecho, él mismo dice en el Evangelio: Padre, he revelado tu nombre a los hombres (Juan XVII). No podemos detenernos en cada versículo: porque el salmo es largo: pero debemos adaptar breves sentencias a cada versículo, exponiendo más el sentido que tejiendo las palabras.

Bendice, alma mía, al Señor: y no olvides todas sus recompensas. Muchas recompensas nos ha dado el Señor: grandes beneficios nos ha otorgado: porque el cielo, porque la tierra, porque todos los elementos los hizo por nosotros.

El que perdona todas tus iniquidades. Para que las borre como una nube. El que sana todas tus enfermedades. Los pecados con los que te debilitas. Nuestra alma tiene muchas enfermedades. Cuantos pecados, tantas enfermedades. De hecho, aquella mujer en el Evangelio, que tenía un espíritu de enfermedad durante dieciocho años, y no podía levantar la cabeza (Luc. XIII). Vean lo que dice: Cuando alguien tiene un espíritu de enfermedad, está encorvado, mira hacia abajo, observa la tierra, no puede ver el cielo.

El que redime tu vida de la destrucción. Fuisteis comprados por precio: no os hagáis esclavos de los hombres (I Cor. VI y VII). ¿Qué precio es mayor que el Creador derramando su sangre por su criatura? El que te corona con misericordia y compasión. Con la misericordia que precede, da la victoria, otorga la palma.

El que satisface con bienes tu deseo. Uniéndote a los santos en la Jerusalén celestial.

Tu juventud se renovará como la del águila. Para que te transformes de hombre viejo a nuevo.

Haciendo las misericordias del Señor, y juicio a todos los que sufren injusticia. Para que, oprimiendo a los impíos, levante a sus pobres.

Hizo conocer sus caminos a Moisés: sus voluntades a los hijos de Israel. A aquel que entiende la ley espiritualmente, o a aquel que lo contempla con los ojos de la mente.

Misericordioso y compasivo es el Señor: paciente y muy misericordioso. Porque rápidamente se inclina a la misericordia.

No se enojará para siempre, ni guardará rencor eternamente, etc. Nos ha concedido cosas mejores de las que merecíamos.

Porque como la altura del cielo sobre la tierra, ha fortalecido su misericordia sobre los que le temen. Mucho dista el cielo de la tierra; pero la misericordia divina siempre protege y confirma a los suyos.

Cuanto dista el oriente del occidente, ha alejado de nosotros nuestras iniquidades. Donde Dios se acerca, los delitos se alejan: para que, según el Apóstol, donde abunda el pecado, sobreabunde la gracia (Rom. V).

Como un padre se compadece de sus hijos, se ha compadecido el Señor de los que le temen. Un padre se compadece de su hijo, cuando lo castiga para corregirlo. Así también el Señor nos corrige a veces para salvarnos: pero no nos abandona para siempre para perdernos.

Porque él conoce nuestra formación. El profeta sabe que el género humano es como una vasija de barro formada por el alfarero, adoptada en honor de los hijos: por eso, considerando que el juicio de muerte se acerca por los delitos, dice suplicando misericordia:

Se ha acordado de que somos polvo, el hombre es como la hierba sus días. Como si dijera: No te enojas para destruir; sino que recuerdas que somos vasijas del alfarero: que una vez rotas, no pueden ser reparadas; sino que inmediatamente caen y se secan. Como la flor del campo así florecerá. Por un tiempo.

Porque el espíritu ha pasado por él, y no permanece: y no conoce más su lugar. Pero cuando el espíritu pasa, toda la alegría de su verdor se entrega al olvido.

Pero la misericordia del Señor es desde la eternidad, y hasta la eternidad sobre los que le temen. Porque cuando reprende a los pecadores, ofrece misericordia a los justos.

Y su justicia en los hijos de sus hijos a los que guardan su pacto, y recuerdan sus mandamientos para cumplirlos. En obras buenas, ciertamente: en las que los mandamientos de Dios se recuerdan constantemente, para que sean guardados por ellos.

El Señor ha preparado su trono en el cielo, y su reino dominará sobre todos. Predice la ascensión del Señor, que se hizo después de la reparación del hombre: por la cual Cristo el Señor sometió a su dominio todos los confines del mundo.

Bendecid al Señor, sus ángeles. Mensajeros de la verdad. Poderosos en fortaleza, que hacen su palabra. Cumpliendo inmediatamente lo que ha dicho. Para escuchar la voz de sus palabras. Esto es, entender lo que ha mandado.

Bendecid al Señor, todas sus virtudes, sus ministros que hacen su voluntad. Que, fortalecidos por su poder, ministran la palabra a las Iglesias.

Bendecid al Señor, todas sus obras. Vosotros ciertamente que vivís en él. Porque toda obra que se ha hecho en él es vida (Juan I). En todo lugar de su dominio. Porque no se encuentra nada donde no domine. Todo lo contiene, y se difunde por todas partes. Bendice, alma mía, al Señor. Estas palabras no las dice el profeta solo de su alma, sino también a nuestras almas, para que lo bendigan constantemente a él que otorga bienes, que perdona los pecados, que redime de la destrucción; que en bienes satisface todo deseo: que ahora se digne tener misericordia de nosotros como un padre a sus hijos, perdonando aquí las cargas de los delitos; a quien sea con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CIII.

Salmo de David. Este salmo contiene la voz de la misma creación alabando y bendiciendo a Dios. Pero debemos advertir esto mismo espiritualmente.

Bendice, alma mía, al Señor. Para que mientras lo bendices a él, seas bendecido por él. El profeta se incita a sí mismo a bendecir a Dios. Bendecir al Señor, esto es, quien alaba al Señor, se bendice a sí mismo. Señor mi Dios. Eres Dios y Señor de todos, pero mío en particular, porque no soy esclavo del pecado. Has sido engrandecido en gran manera. Ya sea en mí, o en los demás santos tuyos. Que eres Dios de todos, mío especialmente Dios: porque no soy esclavo del pecado, porque he merecido ser llamado tu siervo. Has sido engrandecido en gran manera.

Te has vestido de confesión y de hermosura. Te has vestido de confesión diciendo: Te alabo, Señor, Padre del cielo y de la tierra (Mat. XI). Te has vestido de hermosura, cuando de la nube resplandeciente respondió: Este es mi Hijo amado en quien me complazco: a él escuchad (Mat. XVII). La confesión se entiende de dos maneras. O en penitencia, o en la gloria de Dios: Esto es, te has vestido de gloria: como en el Evangelio el mismo Salvador dice: Te alabo, Padre: esto es, te glorifico: o porque confesamos nuestros pecados al Señor. Porque al confesar a Dios nuestros pecados, lo glorificamos. Y te has vestido de hermosura. Vean el orden. Primero alguien confiesa, y así recibe la belleza, y la hermosura, y después la luz. Esto es lo que sigue: Vestido de luz como de vestidura. Este versículo parece contrario a aquel que dice: Puso las tinieblas como su escondite: O aquel que dice: Nubes y oscuridad lo rodean. Pero debe saberse que estas cosas se dicen de los misterios ocultos: porque de la plenitud de esta luz toda la tierra resplandece.

Extiende el cielo como una piel. Porque a modo de un libro o volumen, el cielo, cuando la majestad de Dios quiere, se extiende o se pliega: como lo testifica la fe evangélica. Que cubres con aguas sus partes superiores. Las partes superiores del cielo, según el Génesis, están cubiertas por aguas (Gen. I): porque dice que las aguas están puestas sobre el

firmamento: que entendemos como la multitud de ángeles: según aquello: Las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Sal. CXLVIII).

Que pones la nube como tu ascenso. Porque el Señor Jesús, bendiciendo a los discípulos, fue elevado, y una nube lo recibió, y lo miraban mientras iba al cielo (Hech. I). Que caminas sobre las alas de los vientos. Sobre toda la rapidez de los vientos el Señor camina. Pero también sobre las almas de los santos que tienden a lo celestial, y camina y descansa.

Que haces a tus ángeles espíritus. Para que inspiren a los hombres a hacer su voluntad: porque el hombre carnal no capta las cosas de Dios. Y a tus ministros fuego ardiente. Para que en unos infundan la luz de la verdad: en otros consuman los pecados.

Que fundaste la tierra sobre su estabilidad, etc. Estas palabras parecen discordar con aquello que dice: El cielo y la tierra pasarán. Pero esta tierra visible pasa: la tierra del cuerpo que produce el fruto de la santidad, está cubierta con el manto de los misterios celestiales.

Sobre los montes estarán las aguas. Sobre la excelsa soberbia habitan los insensatos pueblos. A tu reprensión huirán: a la voz de tu trueno temerán. Pues tu voz es cuando dices: Haced penitencia: se acercará el reino de los cielos (Mat. III). Como un trueno, para que estos teman, cuando amenazas, cuando dices: Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente (Luc. XIII).

Todos ascienden. Los santos progresan en la inteligencia espiritual. Y descienden los campos. Los pueblos, sometidos a sus doctrinas, para que se llenen de las flores de las virtudes. En el lugar que has fundado para ellos. En la asamblea eclesiástica.

Has puesto un límite que no transgredirán. La fe católica, que guardan hasta el término de la vida presente. Ni se volverán a cubrir la tierra. En los delitos en los que antes vivían.

Tú que envías fuentes en los valles. Entre los desiertos de las naciones, otorga la gracia del bautismo. En medio de los montes. Es decir, de las Iglesias. Pasarán las aguas. Del mismo lavacro, o del doctor: regando con dones celestiales al pueblo.

Y beberán todas las bestias del campo, esperarán los onagros en su sed. Para que esta gracia se ministre igualmente a todos: como dice Pablo: A sabios e ignorantes soy deudor (Rom. I).

Sobre ellas habitarán las aves del cielo. Quienes han merecido un sentido más elevado para entender. De en medio de las piedras. Es decir, de las Iglesias. Darán su voz. Para alabar a Dios.

Regando los montes. Esto es, a los apóstoles. Desde sus alturas. Desde los cielos, derramando sobre ellos el Espíritu Santo. De los frutos de tus obras se saciará la tierra. De los beneficios de tu generosidad.

Produciendo heno para los animales, y hierba para el servicio de los hombres. A cada uno según su propia necesidad.

Para que saques pan de la tierra, y el vino alegre el corazón del hombre. Del campo del cuerpo terrenal que asumió de nosotros, produciendo el misterio del pan celestial y del cáliz de salvación, con el que se refuerza la Iglesia.

Para alegrar su rostro con aceite. Se alegra con el aceite de misericordia, el rostro de los justos ante Dios. Y el pan fortalece el corazón del hombre. Ese mismo pan fortalece nuestros corazones: que descendiendo del cielo da vida al mundo.

Se saciarán los árboles del campo. Tanto los hombres racionales como los irracionales, como expusimos antes sobre las bestias y los onagros. Y los cedros del Líbano. Los santos más excelsos por mérito. Que plantó. En la unidad de la fe eclesiástica. Allí anidarán los gorriones. Los sabios edifican.

La casa del erodio es su guía. El erodio es mayor que todas las aves, que vence y devora al águila. Así, tal hombre, que habita en la casa de Dios, debe guiar para vencer al diablo, porque el águila a menudo se pone por el diablo. Los montes altos para los ciervos. Este animal mata serpientes y las devora. Por tanto, bien habita en los montes, quien mata a la serpiente inteligible: que era más sabia en el paraíso que todas las bestias, que engañó a Eva (Gen. III). La roca es refugio para los erizos. Quien es temeroso, tiene refugio en la roca: pero la roca es Cristo.

Hizo la luna para el tiempo. Dicen que cuando la luna crece, crecen todos los frutos, y cuando disminuye, los frutos disminuyen de nuevo. Por tanto, bien dijo: Hizo la luna para el tiempo. O entendamos de otro modo la luna como la Iglesia. Pues al crecer la Iglesia, crecemos con ella, y cuando sufre persecución, y disminuye, también nosotros disminuimos con ella, y sufrimos persecución. El sol conoció su ocaso. Si el sol se pone: ¿pensamos que nosotros mismos seremos eternos? En esto es de admirar: cómo tanta luz, y tanta claridad que cubre el mundo entero con su luz: en un momento se pone. Oremos, sin embargo, para que no se nos ponga el sol de justicia.

Pusiste tinieblas y se hizo la noche, en ella pasarán todas las bestias del bosque. Y según la letra tiene orden: porque por eso se hizo la noche, para que los hombres descansaran de sus obras, y las bestias salieran a pastar. Según la tropología, sin embargo: cuando se nos ponga el sol de justicia: todo nos es tenebroso, y entonces pasan sobre nosotros las bestias: y el león rugiente, queriendo arrebatarnos y devorarnos.

Los cachorros de los leones rugen, para arrebatar y buscar de Dios su alimento. Bien dijo, de Dios: porque desea engañar a los santos: como si dijera, a Judas, David, Salomón, Pedro: como está escrito: su alimento es escogido (Habac. I).

Salió el sol, y se reunieron. No se entristezca aquel que cayó, sino que haga penitencia. Se le levanta el sol de justicia, y huyen de él todas las bestias y pecados, y se convierte en tal como era antes. Pues de nuevo se levanta el sol de justicia.

Saldrá el hombre a su obra y a su labor hasta el atardecer. Pero después de que se haya levantado el sol de justicia: de nuevo salimos a nuestra labor hasta el atardecer, es decir, hasta la consumación. Por tanto, debemos en todo tiempo obrar justicia.

¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! En un exceso de mente viene el profeta. No encontrando cómo alabar al Señor, dijo: ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Tus obras exceden el sentido humano. Todo lo hiciste con sabiduría. En nuestro Señor Jesucristo. Pues él es la sabiduría de Dios según el Apóstol que dice: que en él fueron creadas todas las cosas (Rom. XI). La tierra está llena de tu posesión. Y en verdad todas las obras del Señor están llenas de sabiduría. Pues cuando vemos a la hormiga saber cuándo viene el invierno; y guarda alimento para sí, y de nuevo el mosquito tan pequeño, tener ojos, vientre y todos los

miembros como nosotros tenemos, y la pulga y otros. Vemos también al elefante, una bestia tan grande, tener ojos, narices, pies, vientre como nosotros en los mismos lugares. De igual manera la abeja, cómo hace miel y cera. ¿No son estas cosas dignas de admiración, y llenas de sabiduría?

Este mar grande y espacioso en manos: allí reptiles de los cuales no hay número. Animales pequeños con grandes. ¿No es esto de admirable sabiduría cómo en el mar hay reptiles, de los cuales no hay número? Y peces tanto mayores como menores: cómo están en el profundo, y de allí toman vida, donde si un hombre cae, muere, y ellos si vienen a la tierra, mueren. Allí pasarán las naves. ¿Quién de nosotros es una nave fuerte que pueda huir de este siglo y no se hunda o tropiece en una roca: sino que tenga sentido que lo gobierne, para que pueda ser salvo?

Este dragón que formaste para burlarse de él. Los judíos dicen, Dios hizo un gran dragón, que se llama Leviatán, y está en el mar: y cuando, dicen, el Océano se retira, el dragón se revuelca. Pero digamos: Este es el dragón, que fue expulsado del paraíso, que engañó a Eva: y fue dado en este mundo para burlarse de nosotros. Pues cuántos monjes y clérigos ha precipitado. Todo de ti esperan para que les des alimento a su tiempo, etc. Porque todo vive por la voluntad de Dios.

Quitarás su espíritu y desfallecerán, y volverán a su polvo. Significa la consumación del mundo: cuando por mandato de Dios todo será exterminado, como está escrito: Polvo eres y al polvo volverás (Gen. III).

Envía tu espíritu y serán creados. En el día de la consumación. Si el espíritu crea: entonces es Dios. Pues crea, como también el Padre.

Sea la gloria del Señor para siempre. Por tanto, también nosotros que glorificamos, seremos eternos. Se alegrará el Señor en sus obras. Pues la alegría del Señor es cuando nosotros, su criatura, lo bendecimos en el día de la resurrección.

Que mira la tierra, y la hace temblar. Pues nuestra tierra temblará en el día del juicio. Significa, sin embargo, a los pecadores terrenales. Que toca los montes y humean. Si los montes humean, ¿cuánto más la tierra? Los santos humean: porque todos seremos salvados por el fuego. Pues no tendrían humo, si no hubiera fuego.

Cantaré al Señor en mi vida: cantaré salmos a mi Dios mientras viva. Como también dijo en otro lugar: Déjame para que me refresque antes de que me vaya, y ya no seré (Sal. XXXVIII). Déjame un poco de tiempo, para que haga penitencia por mis pecados: porque en el infierno no hay quien pueda confesar sus pecados.

Sea agradable a él mi palabra. Sea agradable a él para que con mérito alguien pueda alabar y bendecir a Dios. Lo dijo en modo optativo, no imperativo. Pero yo me deleitaré en el Señor. Bienaventurados los que después del juicio dicen esto.

Desaparezcan los pecadores de la tierra. No dijo que los pecadores perezcan, sino el mismo pecado, para que no aparezca. Y al no aparecer el pecado, ya no hay pecadores: sino que todos serán hallados justos. Y los inicuos para que no sean. Es decir, los inicuos, sino los justos.

SALMO CIV.

Aleluya. Este salmo principalmente repite la historia de los padres: pero debe entenderse espiritualmente. Pues todo lo que sucedía antiguamente, sucedía en figura, para que fuéramos instruidos (II Cor. X).

Confesad al Señor, e invocad su nombre. Confesad y decid: que somos pecadores. Tú, sin embargo, misericordioso, y te apiadas de nosotros. E invocad su nombre. Para que no formemos ídolos en nuestros corazones, sino que invoquemos a nuestro Señor, y él será nuestra redención. Anunciad entre las naciones sus obras. Que se avergüencen los judíos que dicen que en Israel solamente se hicieron maravillas y sus obras.

Cantad a él, y salmodiad a él. Quien entiende las santas Escrituras, y medita en la ley del Señor continuamente, y su mente contempla las cosas celestiales, este canta a Dios. Pero quien tiene en sí todas las virtudes, es decir, es un operario de buena obra, este como componiendo una cítara de virtudes, salmodia al Señor. Narrad todas sus maravillas. En el salmo ciento seis dice: Los que descienden al mar en naves, haciendo operación en muchas aguas. Ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el profundo. Si en nuestra nave corporal pasamos ilesos, y en ninguna parte nos oprime la tempestad: ni tropezamos en una roca y rompemos nuestra nave, podemos narrar las maravillas de Dios. Y en verdad es un gran milagro, pasar este mundo sin mancha. Gloriad en su santo nombre. Pues profetiza sobre el pueblo de los gentiles. Esto es, para que seamos y nos llamemos cristianos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Alégrense los monjes: porque los corazones de los que buscan al Señor se alegran. Si de los que buscan: ¿cuánto más de los que lo encuentran? Pues quienes lo encuentran, son inamovibles. Buscad al Señor y fortaleceos. Antes de que buscáramos al Señor, éramos débiles. Ahora, sin embargo, buscándolo, somos firmes y fuertes. Y si lo encontramos: ¿cuánto más perfectos seremos? Buscad su rostro siempre. A los hebreos ciertamente se les escribió, que tres veces al año aparezcan ante el Señor (Éxodo XIII). Y ¿qué justicia era esta: qué grande cosa hacían, aparecer tres veces al año ante la presencia de Dios? Allí hablaba a los pequeños: aquí, sin embargo, el profeta dice a los que creen en Dios, buscarlo siempre, como también está escrito en el Evangelio: Orad sin cesar (I Tes. V).

Recordad sus maravillas que hizo. En Egipto, y en el mar Rojo, y en el desierto.

Simiente de Abraham su siervo: hijos de Jacob, sus escogidos. Si alguien es simiente; ya no es hijo, según lo que está escrito en el Evangelio: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de vuestro padre (Juan VIII). Por tanto, lo que se glorían no son, y si son simiente. Son siervos bajo el temor constituidos: no teniendo perfecta caridad que echa fuera el temor (I Juan IV). Nosotros somos hijos de Jacob, de aquel que suplantó a su hermano, y tomó sus primicias. Muchos son llamados, pero pocos escogidos.

Y pasaron de nación en nación. Muchos piensan que habla de la cautividad de los judíos. No es así. Pues habla de Abraham. Salió de la tierra de los caldeos, y vino a Mesopotamia, y de Mesopotamia a la tierra de la promesa, y de nuevo a Egipto. Y de reino a pueblo ajeno. Pasamos muchos reinos, para llegar a la tierra de la promesa.

No permitió que hombre les hiciera daño. A Faraón, para que no dañara a Abraham en Sara, ni a Abimelec a Isaac en Rebeca (Génesis XII y X). Y reprendió por ellos a reyes. Y dice lo mismo, Faraón y Abimelec.

No toquéis a mis ungidos, y en mis profetas no hagáis mal. Habla de los mismos patriarcas: Que se avergüencen, pues, los judíos, que dicen que si no se unge alguien con el ungüento real, no puede llamarse Cristo. Pues dicen que nuestro Señor no es Cristo: porque no fue ungido con el ungüento real. He aquí que antes de la ley los patriarcas no ungidos con el ungüento real, son llamados Cristos: pero son Cristos quienes son ungidos con el Espíritu Santo. Por tanto, también nuestro Señor justamente es llamado Cristo. Lo que ellos niegan, yendo contra las Escrituras.

Y llamó al hambre sobre la tierra. A menudo sucede que lo que se considera contrario, esto se hace por la providencia de Dios para utilidad. Pues si los hermanos de José no lo hubieran envidiado, si no lo hubieran vendido: ¿cómo habría descendido a Egipto? Si no hubiera habido hambre, ¿cómo habrían descendido los patriarcas a Egipto, y serían reconocidos por su hermano? ¿Cómo sería Faraón golpeado con diez plagas? ¿Cómo saldrían de Egipto? ¿Cómo en el desierto saldrían aguas de la roca: cómo los misterios que se hicieron en el desierto en figura, los entenderíamos espiritualmente? Si Judas no hubiera traicionado al Señor: ¿cómo seríamos salvados? Si los judíos no lo hubieran crucificado, y no hubieran sido incrédulos: ¿cómo creeríamos nosotros? José, pues, fue a Egipto, a preparar hospedaje y alimentos para sus hermanos.

Envió delante de ellos a un hombre. Habla de José mismo. En esclavo fue vendido José. Bien nacido y hombre santo es vendido.

Humillaron sus pies con grilletes. Porque no quiso consentir a la señora egipcia. Humillaron sus pies con grilletes, pero no pudieron humillar la justicia: pues tenía dieciséis años cuando fue amado por la señora, y en tal edad constituido, que está más dedicada al placer, no quiso consentir a la iniquidad, sino que más bien temió el peligro del alma. El hierro atravesó su alma. El hierro mismo dice el pecado, que mata el alma. De otro modo. Porque estaba en peligro, acusado por la señora en tal crimen. Pues la señora ardía en él, como está escrito: Todos los adúlteros, como el horno sus corazones (Ose. VII). Hasta que vino su palabra. La palabra del mismo Señor dice, que lo liberó.

La palabra del Señor lo inflamó. Pues si no hubiera sido inflamado por el Espíritu Santo, no podría vencer la lujuria. Pues el Espíritu del Señor lo inflamó, y extinguió el fuego de la lujuria. Envió el rey y lo soltó. Según la letra, Faraón envió, y lo soltó. De otro modo: Si alguien es tentado por la lujuria, a menos que el Señor aparezca y lo suelte: no puede escapar del pecado. Envió el rey, y lo soltó: el príncipe de los pueblos, y lo dejó ir. Rey y príncipe, se toma por el Padre, como aquello: Gran rey sobre toda la tierra, y aquello: El Señor es nuestro príncipe: el Señor es nuestro juez (Sal. XLVI). Él, pues, envió a su ángel que removió la piedra de la puerta del sepulcro, y desató las vendas de su funeral (Marcos XV). Él también por virtud paterna, vencida la muerte, fue devuelto del infierno. Nada aquí debe ser sentido o pensado negligentemente: porque fue resucitado por los ángeles. Pues fue hecho un poco menor que los ángeles: cuando como hombre sufrió la muerte (Sal. VIII). Pues en la resurrección como verdadero Dios, usó del ministerio angélico. Este reino no se referirá a principados ni a Faraón, que es exterminador, ni a aquel que es solo príncipe de los equos.

Lo constituyó señor de su casa. De su Iglesia adquirida con su sangre. Y príncipe de toda su posesión. Que arrebató del poder del diablo.

Para instruir a sus príncipes como a sí mismo, y a sus ancianos enseñarles prudencia. Príncipes y ancianos eran los apóstoles de los pueblos, y llamados suyos por propiedad, no por principado, a quienes él mismo instruyó con sagradas palabras. Pues también a los

príncipes de los sacerdotes y a los ancianos de los pueblos muchas veces enseñando, los instruyó en el templo, cuando les abrió las divinas Escrituras.

Y entró Israel en Egipto, y Jacob fue huésped en la tierra de Cam. Todo el que comienza a ver a Dios con la mente, o a suplantar los vicios, desciende a la tribulación, y habita entre gentes adversas.

Y aumentó a su pueblo en gran manera, y lo fortaleció sobre sus enemigos. Pues en setenta y cinco almas descendieron a Egipto, y seiscientos mil salieron de Egipto (Deut. X). Ve el misterio. Los que antes eran de número breve: ahora se dice que son aumentados y fortalecidos. Aumentan, pues, y se confirman los justos por el Señor, para que no prevalezcan sobre ellos las potestades adversas.

Volvió su corazón, para que odiaran a su pueblo, y tramaran engaño contra sus siervos. Es decir, para que contemplaran sus iniquidades.

Envió a Moisés su siervo, a Aarón a quien eligió. La ley ciertamente y el sacerdocio.

Puso en ellos las palabras de sus señales y prodigios en la tierra de Cam. Atiende, oh judío, que entiendes las cosas dichas según la letra: ¿Acaso Moisés y Aarón recibieron el mandato de las señales en la tierra de Cam, y no más bien en la tierra de Madián? ¿O hicieron prodigios en la tierra de Cam, y no en Egipto? Pero para que entiendas que estas cosas se hacen por la ley y el sacerdocio hasta hoy entre las gentes incrédulas: por eso el profeta puso la tierra de Cam.

Envió tinieblas y los oscureció. Comenzaron a exponerle los arcanos misterios de Dios, y la claridad de la sabiduría mundana fue oscurecida. Pues así en otro lugar: Atraparé a los sabios en su astucia (II Cor. I). Y exacerbó sus palabras. Porque les eran duras: como algunos refieren que dijeron del Evangelio: Dura es esta palabra: ¿quién puede oírla? (Juan VI).

Convirtió sus aguas en sangre. Para que quienes seduciendo derramaron la sangre de los pequeños, ellos mismos de ahí en adelante bebieran sangre en lugar de agua. Pero principalmente este versículo se refiere a los herejes. Y mató sus peces. Que entre las agitadas felicidades de este mundo pensaban que había reino.

Y dio su tierra ranas en las cámaras de sus reyes. En las ranas, se designan los poemas de los poetas, que discrepando de la regla católica, llenan los corazones de los reyes terrenales con fábulas de engaños.

Dijo, y vino la mosca canina. En la mosca canina, es decir, la mosca del perro, que se revuelca en el lodo y el estiércol, se indica la lujuria: que generalmente, al ser aplastada, se multiplica. Como dice Pedro, el apóstol: El perro vuelve a su vómito, y la cerda lavada al lodo del cieno (II Pedro II). Y los mosquitos en todos sus confines. En el mosquito, se entiende el aguijón del arte dialéctico: que aunque parece tener un pequeño aguijón de seducción, sin embargo, hiere gravemente las mentes humanas.

Puso sus lluvias como granizo. Para que fueran reprendidos con castigos divinos. Fuego ardiente en su tierra. No iluminando, sino quemando: porque el fuego santo ilumina a los justos, quema a los pecadores.

Y golpeó sus viñas, y sus higueras, y destrozó todo árbol de sus confines. En las viñas, higueras y demás árboles, muestra a todo el género humano azotado por plagas celestiales, por causa de la enmienda.

Dijo, y vino la langosta y el saltamontes: cuyo número no había. Y devoró toda la hierba en su tierra, y devoró todo el fruto de su tierra. En la hierba y el fruto restante de la tierra, enseña la corrección humana. Pues se da poder a la parte adversa, para que dañe a los hombres que no quieren hacer penitencia, como enseña el Apocalipsis (Apoc. IX).

Y golpeó a todo primogénito en la tierra de Egipto, las primicias de todo su trabajo. Los principales vicios: que los hombres amaban como a primogénitos.

Y los sacó con plata y oro, y no había en sus tribus enfermo. Con estas plagas, Egipto, es decir, este siglo o la carne humana, es azotado. Pero las almas son sacadas en la plata de la confesión luminosa, y el oro de la pureza espléndida, eliminada toda debilidad del pecado.

Egipto se alegró en su partida: porque el temor de ellos cayó sobre ellos. Pues con la luz habitando, no podían ejercer las obras de las tinieblas: porque todo el que obra mal, odia la luz (Juan III).

Extendió una nube para su protección, y fuego para iluminarles por la noche. La nube y el fuego, dice, es el Espíritu Santo: que nos defiende del calor del día, y nos ilumina en las tinieblas nocturnas.

Pidieron carne, y vino la codorniz. De esta codorniz, Israel se sació y nauseó. Por lo cual se debe tener cuidado, para que quien se siente libre de Egipto, iluminado por el Espíritu Santo, no desee nuevamente las ollas de Egipto, es decir, las concupiscencias de la carne, que le generan latitud o vicios. Porque nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Lucas IX). Los sació con el pan del cielo. Pues así como ellos fueron alimentados con el maná que fluía del cielo: así nosotros hoy en la Iglesia somos alimentados con el cuerpo del cordero recibido.

Rompió la roca, y fluyeron aguas, y los ríos corrieron en seco. Pues fue golpeada aquella piedra preciosa angular, y nos produjo inmensas fuentes, que lavan nuestros errores, y riegan nuestras sequedades.

Porque se acordó de su santa palabra que tuvo con Abraham su siervo. Pues cumplió no de las semillas; sino de su semilla, es decir, de Cristo su promesa. Pues Dios nacido de la Virgen; con su muerte venció a la muerte: por la cual ahora lo que fue prometido a Abraham en esperanza, la Iglesia lo recibió en realidad.

Y sacó a su pueblo con júbilo, y a sus escogidos con alegría. Pues siempre victoriosos y libres, celebran un cántico en alegría y júbilo: como Moisés, María, o Débora.

Y les dio las regiones de las naciones, y poseyeron los trabajos de los pueblos. Las almas santas y los cuerpos, en los cuales antes reinaba el pecado.

Para que guarden sus justificaciones, y busquen su ley. Para que vivan con justicia, y entiendan diligentemente los misterios de la ley. Y nosotros roguemos al Señor, para que, eliminadas las naciones nocivas ante nuestra presencia, él mismo sea el guía de nuestro camino: para que, exultando continuamente en él, merezcamos ser llevados a la tierra de la promesa, y en su reino, siendo admitidos, podamos con sus santos gozar de eterna alegría:

porque a él es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CV.

Aleluya, aleluya. Este salmo fortalece a los penitentes, reprende a los negligentes, promete misericordia. Debemos seguir esta regla, dondequiera que se prescriban dos Aleluyas en el salmo, para que sepamos que uno es del final del salmo anterior, y el otro del que sigue.

Confesad al Señor, porque es bueno. Oh vosotros que gravemente pecáis, y desesperáis de vuestra salvación, y pensáis que por la magnitud de los pecados no podéis obtener perdón: yo os mando, esto es, profetizo: Confesad al Señor, porque es bueno. Grandes son vuestros pecados: pero grande es el Señor, que se apiada de vosotros. Confesad, pues, al Señor. Haced penitencia: no desesperéis de vuestra salvación: el Señor es benigno. Confesad al Señor, que tenéis grandes pecados. No confiéis en vuestra virtud; sino en la misericordia del Señor. Porque su misericordia es eterna. Ved lo que dice, eterna. Pero en el infierno, ¿quién confesará al Señor (Salmo VI)? Pues no hay quien pueda hacer penitencia en el infierno. Mientras estáis en este mundo, os exhorto a hacer penitencia. Confesad, pues, al Señor, porque solo en este mundo es misericordioso. Aquí puede tener misericordia del penitente: porque allí es juez, no es misericordioso. Aquí es misericordioso, allí es juez. Aquí extiende la mano al que cae: allí se sienta como juez. Todo esto lo he dicho a aquellos que dicen que en el infierno hay penitencia.

¿Quién hablará de las potencias del Señor? Nadie es digno de predicar las potencias del Padre, sino el Hijo. Nadie puede hablar de la potencia del Padre, sino aquel que también es potente, las potencias del potente, él que es potente, puede predicar y hablar. Hará oír todas sus alabanzas. Antes de que nuestro Señor predicara en el Evangelio, las alabanzas del Padre no se habían oído en el mundo. Todo lo que está escrito en la ley antigua, si se entiende espiritualmente, puede entenderse sobre el Padre.

Bienaventurados los que guardan el juicio, y hacen justicia en todo tiempo. Correctamente David podía decir esto, y él mismo había hecho juicio y justicia: pero como no lo hizo en todo tiempo; por eso cantó. ¿Qué dice? Bienaventurados los que guardan el juicio, y hacen justicia en todo tiempo. ¿De qué sirve a alguien estar veinte años en continencia, y luego caer? Según está escrito en el profeta: no aprovechará la justicia del justo en cualquier camino que haya errado: no lo liberará, ni lo salvará (Ezequiel XXXIII). Y el pecado del pecador no le dañará en cualquier día que se convierta y haga penitencia. Ni el justo debe estar seguro, ni el pecador debe desesperar de su salvación. En ambos hay tanto temor como esperanza. El que hace justicia. Nuestro Señor es justicia. La justicia del Señor, nuestro Señor es llamado, y Salvador. Bienaventurado, pues, el que hace justicia, esto es, el que hace a Cristo. ¿Cómo, pues, hacemos a Cristo, esto es, justicia? Si actuamos justamente, se concibe en nosotros la justicia, y nace de nosotros la justicia, y somos madre de justicia. Feliz y bienaventurado es el que en todo tiempo es tanto padre como madre de justicia.

Acuérdate de nosotros, Señor, en el beneplácito de tu pueblo. Lo que dice el bienaventurado David, es esto: Sé, Señor, la antigua ley: La bienaventuranza perfecta no está en la antigua Ley, sino en el Evangelio. Sé que el pueblo anterior te ofendió, y se crea un nuevo pueblo, que te sirva. Sé que vendrá tu hijo, y salvará a todo el género humano, y creerán en él, los que serán elegidos. Por eso, pues, ruego que, como nací primero en la antigua Ley, me cuentes la recompensa con el nuevo pueblo. Parece que esta es nuestra sentencia. Leamos los versículos,

y encontraremos que el sentido es el que hemos dicho. Visítanos en tu salvación. Esto es, en tu Hijo, cuando venga.

Para ver en la bondad de tus elegidos. Esto es, danos parte con los apóstoles. Pues nosotros ciertamente los precedimos en el tiempo: Pero ellos nos precederán en lo espiritual: esto es, para que veamos tu bondad, que harás con tus elegidos. Para alegrarnos en la alegría de tu gente. Somos el pueblo del Señor; si, sin embargo, somos su pueblo. Al pueblo, dice, que nacerá, que hizo el Señor. Para que seamos alabados con tu herencia. Esto es, para que con el Evangelio también tengamos parte, los que fuimos hechos en la antigua ley (Juan VIII). Pues Abraham, nuestro padre, vio tu día, y se alegró. Veamos, pues, también nosotros, y alegrémonos con tu herencia.

Hemos pecado con nuestros padres. Los hijos seguimos a los padres. Hicimos lo que también hicieron nuestros padres. Pues todos están bajo pecado, para que a todos se les tenga misericordia (Gálatas III). Hemos actuado injustamente: hemos hecho iniquidad. Observad cuidadosamente lo que dice: Hemos pecado con nuestros padres, hemos actuado injustamente, hemos hecho iniquidad. ¿Acaso dijo, hemos actuado impíamente? es diferente ser pecador e injusto, a ser impío. El pecador frecuentemente es vencido por la debilidad del cuerpo: pero el impío niega a Dios. Por eso, pues, como no soy impío, sino pecador, por eso me atrevo a rogar por mis pecados.

Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas. Vieron, y no vieron. Vieron con los ojos carnales, y con los ojos espirituales no vieron. No dijo, no vieron: sino, no entendieron. Pues ellos vieron las maravillas, y no entendieron. Pues no las contemplaban con la mirada espiritual. Y no se acordaron de la multitud de tu misericordia. De cómo los libraste de las manos de los enemigos. Pero hoy también haces maravillas, Señor: cuando nos dignas iluminar, arrebatados de las tinieblas del mundo.

Y te irritaron subiendo al mar Rojo: y los salvaste, etc. Pues estas cosas sucedieron en Israel. Pero se debe observar que, lo que allí fue sombra, en la Iglesia se ha completado en verdad. Por lo tanto, el bautismo o la cruz de Cristo es necedad para los que perecen. Por lo tanto, Dios es irritado por aquellos que no entienden. Pero los instruidos entonces conocerán el poder de Dios. El mar, sin embargo, tiene dos significados: el bautismo y el mundo.

Reprendió al mar Rojo, y se secó. Cesa el mundo tormentoso ante el pueblo de Dios, cuando conoce la fuente de la vida. Y los sacó en los abismos como en el desierto (Éxodo XIV). Como si caminaran por los secos del desierto, así no están ocupados por olas.

Y los salvó de la mano de los que los odiaban, y los redimió de la mano del enemigo. La liberación y redención del hombre se hizo por la pasión de Cristo.

Y el agua cubrió a los que los afligían: no quedó uno de ellos (Ibídem). Así también ahora sucede en nuestro bautismo. El hombre es lavado con aguas, y el diablo perece con sus secuaces.

Y creyeron en sus palabras, y alabaron su alabanza. Porque eran victoriosos.

Pronto hicieron, se olvidaron de sus obras. Pues muchos en la Iglesia, viviendo mal y no pensando correctamente sobre Dios, pierden la gracia del bautismo. No soportaron su consejo. Para que guardaran la vida, que antes eligieron.

Y desearon concupiscencias en el desierto. En la soledad de este mundo. Y tentaron a Dios en el lugar sin agua. Pues para ellos era sequedad, porque no conocían la irrigación del Espíritu Santo, en la columna de nube que los precedía.

Y les dio sus peticiones, y envió saciedad a sus almas. Para que fueran alimentados con comida y bebida espiritual.

Y irritaron a Moisés en los campamentos, y a Aarón, el santo de Dios. La ley y el sacerdocio son irritados por los necios: cuando no escuchan los preceptos de Dios, anunciados por ellos.

Se abrió la tierra, y tragó a Datán, y cubrió sobre la congregación de Abirón, y ardió fuego en su sinagoga, y la llama consumió a los pecadores. Estas cosas sucedieron según la letra. Pero también ahora los devora la tierra y arde el fuego, los que piensan en lo terrenal y se apartan de los mandamientos de Dios, a quienes no ilumina la gracia del Espíritu Santo; sino que los enciende la llama del pecado.

E hicieron un becerro en Horeb, y adoraron una imagen, y cambiaron su gloria en la semejanza de un becerro que come hierba. Pues en Dios debía estar su gloria; pero dejándolo a él, dando gloria a una imagen muda y sorda, decían: Estos son tus dioses, Israel (Éxodo XXXII). Así también ahora si alguien, dejando la Iglesia, consulta a sortilegios y pitonisas, su gloria es cambiada, y se hace semejante a una bestia: como una vez Nabucodonosor (Daniel IV).

Olvidaron a Dios que los salvó: que hizo grandes cosas en Egipto. Para que, azotada con plagas, liberara al pueblo. Y maravillas en la tierra de Cam. Cuando, dejando a las naciones, los plantó en su tierra. Y cosas terribles en el mar Rojo. Para que, extinguido Faraón, diera paso seco a los pueblos (Éxodo XIV).

Dijo que los destruiría si no se hubiera interpuesto Moisés, su elegido, en la brecha ante él, etc. Presta atención a esto, oh sacerdote: pues el pueblo habría perecido, si Moisés no hubiera quebrado la ira del Dios todopoderoso, y tú cuando veas al pueblo de Dios pecando, toca la trompeta: anúnciales sus delitos, y ponte en la brecha ante Dios, para que su furia se aparte de ellos.

Y despreciaron la tierra deseable. Porque amaban esta transitoria. Y no creyeron en sus palabras. Con las que prometió los reinos celestiales.

Y murmuraron en sus tiendas. Pues el Apóstol enseña sobre la murmuración, diciendo: No murmuréis como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por las serpientes (I Cor. II). No murmuréis, pues, para que los demonios no os hieran y devoren con mordeduras venenosas.

Levantó su mano sobre ellos: para derribarlos en el desierto. Y para derribar su descendencia entre las naciones, y dispersarlos en las regiones. Pues los judíos están dispersos en diversas partes. Pero también aquel es dispersado por diversas partes, que es llevado por todo viento de doctrina, y no permanece firme en Dios.

Y se iniciaron en Baal-peor, y comieron sacrificios de muertos. Quienes debían consagrarse a Dios, se consagraron a un ídolo. Y quienes debían tener hambre del pan vivo, comieron sacrificios de muertos.

Y lo irritaron con sus invenciones. Porque eran perversos. Y se multiplicó en ellos la ruina. La ruina es cuando los muros de las casas se derrumban: que se multiplica cuando han sido

derribados desde los cimientos. Por lo tanto, estos, con el fundamento, es decir, con la misma letra de la ley en la que pensaban estar, fueron derribados: porque no estaban establecidos sobre la roca.

Se levantó Finees, y agradó, y cesó la conmoción. Y le fue contado por justicia, etc. Arriba dijo que Moisés se interpuso en la brecha: aquí dice que Finees intercedió (Números XXV). Lo cual escucha atentamente, sacerdote, a quien se han encomendado las almas: desenvaina la espada: mata a los fornicadores, esto es, pronuncia la palabra, insiste a tiempo y fuera de tiempo; reprende, exhorta, con toda paciencia y doctrina (II Tim. IV): para que te sea contado por justicia. Porque quien devuelve lo precioso de lo vil, será como mi boca, dice el Señor Dios.

Y lo irritaron en las aguas de la contradicción, y Moisés fue afligido por ellos, porque exacerbaron su espíritu. Las aguas de la contradicción, se entienden como las aguas del bautismo: en las que se contradice al diablo y sus obras. Después de las cuales, si alguien se contamina con vicios, el sacerdote es afligido, porque ha exacerbado el espíritu de Dios por el cual predica: como decía Pablo: ¿Quién se quema, y yo no me quemo? (I Cor. XI). De este mismo espíritu testificaba diciendo: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios: en el cual fuisteis sellados para el día de la redención (Efesios IV).

Y distinguió en sus labios. Para que continuamente suplicara por ellos. No destruyeron las naciones que el Señor les había dicho. Idolatría o diversos crímenes.

Y se mezclaron entre las naciones y aprendieron sus obras, y sirvieron a sus imágenes, y les fue por tropiezo. Pues así como al sacerdote que intercede por el pueblo se le cuenta por justicia; así a aquellos que se convertían en deseos fanáticos, les fue por tropiezo.

Y sacrificaron a sus hijos e hijas a los demonios. Sus sentidos y sus almas.

Y derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos e hijas que sacrificaron a las imágenes de Canaán. Pues entonces se derrama la sangre del alma: cuando el hombre, entregado a los ídolos, se aparta del culto de Dios.

La tierra fue contaminada con sangre, y contaminada en sus obras, y se prostituyeron en sus invenciones. Pues se infecta con la corrupción de la iniquidad: cuando el cuerpo del hombre se contamina con diversas fornicaciones. Por eso la ira de Dios se enfurece contra los impíos: de donde sigue:

Y el Señor se enojó con furia contra su pueblo y aborreció su herencia. Porque lo abandonó. Y el que una vez fue pueblo de Dios, se convirtió en una multitud del diablo.

Y los entregó en manos de las naciones, y los dominaron los que los odiaban. Y los afligieron sus enemigos, y fueron humillados bajo sus manos. Pero tú dirás, oh hombre: No es recto el camino del Señor, que nos permite inclinarnos en tantos males. Pero, te ruego, observa: porque los pecadores son inclinados por sus propios crímenes, y Dios está dotado de tanta piedad, que siempre se digna impartir ayuda: como dice: A menudo los liberó. ¿Siempre él libera, y tú no te corriges? ¿Aún la plaga infligida está en las puertas: y tú no te enmiendas?

Pero ellos lo exacerbaron con su consejo. Que tuvieron, para que, dejándolo a él, siguieran a los ídolos. Y fueron humillados en sus iniquidades. Ya no son humillados por Dios, sino por sus propios delitos. Pero precede la habitual misericordia, diciendo el profeta:

Y vio cuando estaban afligidos, y oyó su oración. Pues enseña también a ti que si te conviertes y gimes: inmediatamente se acercan a sus altos oídos las oraciones de tu humildad.

Se acordó de su pacto. Que hizo con Abraham, el comienzo de nuestra fe. Y se arrepintió según la multitud de su misericordia, y los dio en misericordias ante todos los que los habían capturado. Pues Dios se arrepiente sobre los penitentes del mal que había hablado, para que hiciera, y no lo hizo, estableciéndote en el seno de Abraham, cuyo padre seguiste en la fe. Por eso el profeta exultante dice:

Sálvanos, Señor Dios nuestro. No permitas que los vicios nos dominen. Y reúnenos de entre las naciones. Porque el pueblo hebreo está disperso en las regiones.

Para que confesemos tu santo nombre y nos gloriemos en tu alabanza. En el Hijo, ciertamente: porque el nombre del Hijo es tu alabanza.

Bendito sea el Señor Dios de Israel, desde siempre y por siempre, etc. Merecidamente bendito por los siglos, por quien fueron hechos los siglos, y no solo fueron hechos, sino también redimidos. Que ahora se digne recrearnos en la salvación, es decir, en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien con Él y el Espíritu Santo sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO. CVI.

Aleluya. Este salmo narra toda la causa de la condición humana, que ha asumido ya sea pecando o arrepintiéndose: o la multitud de misericordias de Dios (como dice en el presente: ¿quién es sabio y guardará estas cosas; y entonces entenderá las misericordias del Señor): pero también expone muy claramente el rechazo de los judíos y la vocación de los gentiles.

Confesad al Señor porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Por eso confesadle vuestros pecados: porque es bueno y perdona los pecados. Si no fuera bueno, no os diría, confesad; y, confesad a Él: porque su misericordia es eterna. Esta es la misericordia: además, está por encima de la justicia. Porque su misericordia es eterna. Mientras estéis en el mundo, confesad.

Digan los redimidos por el Señor, a quienes redimió de la mano del enemigo. Habla propiamente de la vocación de los gentiles. Este salmo tiene el sacramento de aquellos que fueron redimidos en la pasión del Señor. Digan los redimidos. Él es el Salvador y Redentor y el precio. Digan los redimidos. Él redimió: Él da el precio, su sangre. ¿Por qué dio el precio, su sangre? Para redimirnos de la mano del enemigo. Porque estábamos cautivos en la mano del diablo. Por eso vino y nos redimió, para liberarnos de la mano del diablo. A quienes redimió de la mano del enemigo, para destruir al enemigo y al defensor. El enemigo sembró cizaña. El enemigo es el diablo. Él es el enemigo y el poseedor. Por eso nos tiene en su mano: no porque nos ame, sino porque nos odia. A quienes redimió de la mano del enemigo. Gran majestad y gran poder de la sangre del Señor, que desata la mano del diablo. Así como hay algunos animales que aprietan algo dentro de sí, como dicen los médicos y físicos, que si no se rompe, no se separa de ellos, ni suelta lo que tiene encerrado dentro: pero si se le echa aceite, inmediatamente se disuelve, y lo que estaba apretado se dispersa y se divide en partes: así también la mano durísima del diablo la desata la sangre de Cristo. El diablo no quería soltarnos. El Señor derramó su sangre como aceite de misericordia, y por ella nos liberó. De las regiones los reunió. Mira cuán grande es la mano del diablo. A quienes redimió de la mano del enemigo. Pero estos a quienes redimió de la mano del enemigo, estaban retenidos

en todas las regiones en la mano del enemigo. De las regiones los reunió. En todo el mundo la mano del diablo nos poseía.

Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, desde el norte y el mar. Parece que mencionó cuatro climas: Oriente, Occidente, Sur y Norte: estos son los cuatro climas del mundo. Pero el salmo no lo contiene así. Aquí dice: Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso: He aquí dos climas: Desde el norte, es decir, desde el septentrión: He aquí tres climas. Y el mar. El mar ciertamente está en el occidente. Entonces vean que nombró el occidente, y ni una sola vez el sur. ¿Por qué entonces mencionó tres climas y no quiso nombrar uno? Leemos en Habacuc: Dios vendrá del sur (Habac. III). Se dice del Salvador: porque Dios nació en el sur. Desde la posición de Jerusalén, Belén está situada al sur. Por eso se dice, Dios vendrá del sur. Pero si Dios vendrá del sur: ¿cómo se dice ahora, Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, y desde el norte? El sur y el viento del sur están en silencio. Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso. Amén, amén les digo, que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán en el seno de Abraham: pero los hijos de esta generación estarán lejos (Mat. VIII). Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso: ciertamente extranjeros. Y desde el norte. El norte es un viento muy fuerte: pero se llama por nombre derecho. Desde el norte, dice, se encenderán males sobre la tierra (Jerem. I). El mar se lee en Números, y en Éxodo, y en toda la Escritura santa, y dondequiera que oigan mar, siempre se entiende el occidente según los climas. Desde la posición de Jerusalén, este gran mar, que se dice, está en el occidente. Vean entonces el misterio de las Escrituras. En este lugar se nombra dos veces el occidente, y ni una sola vez el sur. ¿Por qué se dice esto? Porque el pueblo judío no está escrito en este salmo para ser llamado, sino solo los gentiles. Finalmente, ¿qué dice?

Erraron en el desierto en un lugar sin agua: no encontraron el camino de la ciudad habitada. Hambrientos y sedientos. Y para que sepan que se escribe propiamente sobre la vocación de los gentiles y la expulsión de los judíos, en los siguientes versículos del mismo salmo está escrito: Puso ríos en el desierto, evidentemente de los judíos. Erraron en el desierto en un lugar sin agua. Dijimos qué eran las aguas, dijimos qué eran los ríos. No encontraron el camino de la ciudad habitada, hambrientos y sedientos. Expliquemos cómo el pueblo de los gentiles estuvo en el desierto, donde no había aguas, es decir, en un lugar sin agua, y cómo no encontraron el camino de la ciudad habitada, hambrientos y sedientos. De quienes se dice, no encontraron, es manifiesto que buscaron el camino de la ciudad habitada, pero no lo encontraron. Buscaron entonces el camino por el cual llegar a la ciudad: hambrientos buscaron y sedientos. Su alma desfalleció en ellos. Desfallecieron buscando con escrutinio (Sal. LXIII). Desfallecieron, buscaron, y no encontraron, y en su hambre y sed, no encontraron el camino de la ciudad habitada. Hambrientos y sedientos. Muchos fueron los que prometieron ese camino que conducía a la ciudad. Prometió Sócrates, prometió Platón, prometió Aristóteles. La hemorroísa que sangraba (Luc. VIII), buscó muchos médicos, y por ninguno pudo ser sanada. No encontraron el camino de la ciudad habitada. La doctrina de ellos más bien causaba hambre de verdad que saciedad. La hemorroísa gastó toda su sustancia en médicos. Hambrientos y sedientos, su alma desfalleció en ellos. Pero como había perdido toda su sustancia, es decir, la Iglesia reunida de los gentiles: porque su alma desfalleció en ella, clamó al Señor en su tribulación. El toque del borde del Señor fue el clamor del creyente.

Y clamaron al Señor en su tribulación, y los libró de sus necesidades. Al Señor, dice, clamé en mi tribulación, y me escuchó (Sal. XI). Entonces somos escuchados por el Señor, cuando no es una simple voz, sino la tribulación la que clama al Señor.

Y los sacó por el camino recto, para que fueran a la ciudad de habitación. Porque no encontraron el camino de la ciudad habitada, por eso los condujo por el camino recto. Entonces mostró que antes encontraron caminos, pero torcidos, y no rectos. Y los condujo por el camino recto. El camino los condujo por el camino. El mismo Señor y Salvador los condujo por el camino recto: los hizo caminar en Él: Él mismo es el guía y el camino. Y los condujo por el camino recto, para que por este camino, es decir, por el Señor Salvador, fueran a la ciudad de habitación, a su Iglesia que había sido fundada sobre Él, y la roca, y el camino y el guía. Al mismo tiempo, se debe considerar que en este salmo se dice por tercera vez:

Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas a los hijos de los hombres. Porque sació el alma vacía, y el alma hambrienta la sació con bienes. A aquellos que estaban vacíos de su gracia, y sufrían hambre de la palabra, los sació con bienes celestiales.

Sentados en tinieblas y sombra de muerte: atados en pobreza y hierro. Porque el género humano estaba atado con cadenas de crímenes, y entregado a la cárcel del diablo. ¿Y por qué sucedió esto? Vean lo que sigue.

Porque irritaron la palabra del Señor. No guardando lo que había mandado. Y despreciaron el consejo del Altísimo. Que había dado para que eligieran la vida.

Y su corazón fue humillado en trabajos. Porque no se exaltaban en las obras de Dios. Se debilitaron y no hubo quien los ayudara. Porque no eran firmes en Dios: ni lo buscaban, quien es el verdadero médico.

Y clamaron al Señor en su tribulación, y los libró de sus necesidades. El género humano desfalleció después del pecado original: una y otra vez no observando la ley dada por Moisés, pero también de esta necesidad los libró.

Y los sacó de las tinieblas, etc. Y por eso:

Confiesen al Señor sus misericordias, y sus maravillas a los hijos de los hombres. Y por qué deben confesarse sus misericordias, o proclamarse sus maravillas, lo enseñan los siguientes versículos.

Porque rompió las puertas de bronce, y quebró los cerrojos de hierro. Nos visitó el sol naciente desde lo alto (Luc. I), e iluminó las tinieblas del error, y rompió las cadenas de la ley, para que sirviéramos con libre albedrío.

Los tomó de su camino de iniquidad. El diablo había cerrado con cerrojos muy fuertes las puertas de bronce de sus casas, para que el género humano no pudiera salir de su dominio. Todo esto, como dijimos, el Señor lo rompió con su visita, tomándolo en sí mismo. Porque por sus injusticias fueron humillados. Para que se exaltaran en Él.

Toda comida abominó su alma, y se acercaron hasta las puertas de la muerte. Y clamaron al Señor en su tribulación, y los libró de sus necesidades. Pero vean cómo los libró: porque abominaron toda palabra de vida que los profetas habían anunciado, y se acercaron a la muerte.

Entonces envió su palabra, y los sanó. Al mismo Hijo, que en el principio era la Palabra: quien en el Evangelio sana toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y los libró de sus destrucciones. En las que ellos mismos se habían sumergido.

Confiesen al Señor sus misericordias. A quienes el Altísimo se humilló, a quienes Dios se hizo hombre: a quienes el inmortal se sometió a la muerte por la vida de los mortales. Y sus maravillas a los hijos de los hombres. Porque rompió las puertas de bronce del infierno y sus cerrojos: porque regresó victorioso a los cielos: porque volvió a los cielos.

Y ofrezcan sacrificio de alabanza. Cesen los machos cabríos y los becerros: porque Dios requiere un sacrificio de corazón puro. Y anuncien sus obras con júbilo. Con alegría anuncien a todos los coros: cómo los salvó con su visita.

Los que descienden al mar. Es decir, al mundo. En naves. En las Iglesias, que llevan a Cristo, y son golpeadas por las olas de este mundo. Haciendo obra en muchas aguas. En los pueblos. Pero también se refiere a los apóstoles: Ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el abismo. En la profunda oscuridad, por su predicación, brilló la luz de la verdad, y vieron, obrando el Señor, en las tinieblas más densas resplandecer la luz de la verdadera Trinidad.

Dijo, y se detuvo el espíritu de la tormenta. Cesó la tentación mundana. Así también en la nave, el Señor durmiendo, cuando fue despertado por los discípulos, mandó al viento, y el mar se calmó (Mat. VIII). Y se elevaron sus olas. Fueron suspendidas, para que no dañaran: es decir, los movimientos de esta tentación diabólica, que los inicuos levantan sobre los justos.

Suben hasta los cielos. Se elevan en sus orgullos, para injuriar a los santos. Y descienden hasta los abismos. Se humillan en confesión. Y para que entiendas figuradamente que esto se dice de los hombres malos, sigue: Su alma se consume en males. Porque las olas de las aguas no tienen alma. Pero el alma se consume: cuando golpeada por los castigos celestiales, reconoce que ha pecado y ha injuriado a los santos.

Se turbaron, y se movieron como ebrios. Porque no tenían nada alegre, nada estable, nada sobrio en su sentido. Y toda su sabiduría fue devorada. Por la sabiduría del verdadero Dios: así como una vez el dragón de Moisés devoró a los dragones de los egipcios (Éxodo VII).

Y clamaron al Señor en su tribulación, y los libró de sus necesidades. Para que dejando la lujuriosa embriaguez, siguieran la sabiduría de Dios.

Estableció su tormenta en brisa. Para que ya no viniera con fuego y granizo, sino con el suave soplo del Espíritu Santo. Y se calmaron sus olas. Haciendo penitencia, se convirtieron en tranquilidad.

Se alegraron porque se calmaron. Al calmarse ellos, estos se alegran. Y los llevó al puerto de su voluntad. De estas olas calmadas, pusieron su voluntad íntegra para ser llevados por Él: quien mitigando las olas, es el verdadero puerto. Y los libró de sus necesidades. Para que no fueran golpeados por estas tempestades.

Confiesen al Señor sus misericordias. Con las que protege al género humano. Y sus maravillas a los hijos de los hombres. Porque maravillosamente contuvo estas olas.

Exáltenlo en la Iglesia del pueblo. En la congregación de los fieles. En la cátedra de los ancianos alábenlo. No en aquella cátedra en la que se sentaron los escribas y fariseos, que leyendo la ley, no entendieron en ella al Señor anunciado, sino en aquella en la que, ya sea los profetas o los patriarcas, contemplándolo con ojo espiritual, lo conocieron en milagros, o lo cantaron en oráculos.

Porque puso ríos en el desierto, y salidas de aguas en sed: tierra fructífera en salinidad, por la maldad de los que la habitaban. Merecidamente exaltado, merecidamente alabado, quien en la Iglesia que antes había sido desierta y odiada, puso apóstoles, que la consolaran con su palabra, y la fecundaran con su aluvión. Dio también en las almas sedientas su palabra, las salidas de las predicaciones, y la tierra del cuerpo, que antes producía espinas de amargura, la llenó de frutos eternos.

Puso el desierto en estanques de aguas. Proveyendo en la Iglesia el bautismo. Y la tierra sin agua en salidas de aguas. Estableciendo predicadores en la aridez de las naciones.

Y colocó allí a los hambrientos. Para que fueran alimentados con bienes celestiales. Y establecieron una ciudad de habitación. Ofrecieron sus almas seguras de los incentivos de los vicios: en las que habitara el fruto del espíritu.

Y sembraron campos, y plantaron viñas, e hicieron fruto de nacimiento. Esto se refiere a los apóstoles, que sembraron la semilla en los corazones de los creyentes, de los cuales recibirán el fruto de la eternidad, es decir, el ciento, el sesenta y el treinta (Mat. XIII).

Y los bendijo, y se multiplicaron mucho. Porque hacían lo que le agradaba. Así también en la mano de José bendijo Dios todo, porque se guardó de pensamientos y concupiscencias perversas (Gén. XLI y ss.). Y no disminuyó su ganado. Los hombres irracionales entre ellos no fueron disminuidos en lo inferior, sino renovados en lo mejor. Entonces, concluida la vocación y redención de los gentiles, regresa a la expulsión de los judíos, diciendo:

Fueron pocos. Porque no fueron multiplicadas en ellos las obras de Dios. Y fueron afligidos por la tribulación de los males y el dolor. Porque persiguieron al inocente injustamente.

Se derramó contienda sobre sus príncipes. Para que quienes despreciaron al Señor, ellos mismos fueran despreciados. Y los sedujeron sus vanos ídolos, ciertamente los que adoraban. Y los condujo por un camino sin salida, y no por el camino. Seduciéndolos del camino del Señor, los condujeron por el camino sin salida de Satanás. Finalmente, veamos qué hizo Dios por su pueblo.

Y ayudó al pobre en su necesidad. Al pueblo cristiano lo sació con banquetes eternos. Y los puso como familias de ovejas. Para que escuchando la voz del verdadero pastor, lo siguieran con fe.

Verán los rectos, y se alegrarán. Por cuya predicación se convirtieron. Y toda iniquidad cerrará su boca. El diablo, o los judíos, o los herejes: que se atrevieron a hablar iniquidad en lo alto.

¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entonces entenderá las misericordias del Señor? Si consideras sabiamente y entiendes espiritualmente, verás en este salmo que se pidieron misericordias cuatro veces y se concedieron clementemente: que también a nosotros con su abundante piedad se digne conceder las buscadas, abrir las tocadas, no negar las pedidas. A Él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CVII.

Cántico del Salmo de David. El cántico siempre se refiere al sentido: el salmo se refiere a lo corporal. Pero para decirlo más claramente, el cántico se refiere a la teoría: el salmo se refiere a la práctica, es decir, a las obras. Por lo tanto, como está escrito en el título: Cántico del

salmo: correctamente y consecuentemente en el segundo versículo dice: Cantaré y salmodiaré en mi gloria.

Preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi corazón. Estoy preparado no solo en obra, sino también en corazón y sentido. Preparado está mi corazón, en sentido: preparado está mi corazón, en obra, es decir, en práctica. Porque no solo estoy preparado en corazón y sentido, sino también en obra. Por eso digo por segunda vez: Cantaré y salmodiaré en mi gloria. Cantaré, es decir, en mi corazón, y salmodiaré. Así como el salterio está compuesto de muchas cuerdas, y si una cuerda se rompe, el salterio se destruye, así también en nuestros actos, si transgredimos un mandamiento, nuestro salterio se rompe. Por eso dijo: Cantaré y salmodiaré en mi gloria. En otros códices se lee, en tu gloria. Pero es mejor leer según el hebreo, en mi gloria. Lo que dice, es esto: Cantaré y salmodiaré en mi gloria: Esto, Señor, lo que te salmodio, lo que te canto, no te hago un favor, sino a mí mismo. En otro salmo dice: Porque de mis bienes no tienes necesidad (Sal. XV). Lo que hago, lo hago por mí. Lo que te sirvo, es mi gloria. Ayunamos: ¿acaso le damos algo a Dios? Lo hacemos por nuestros pecados. Nos postramos en saco. ¿Qué le damos al Señor con esto? Solo le damos esto, que salvamos nuestras almas. Él mismo lo desea. Como un buen y misericordioso médico: si sana a alguien, se alegra tanto él como el que ha sido sanado: así también nuestro Señor.

Exsurge, salterio y cítara. Oh salterio, oh cítara, fuiste hecha y creada para cantar a Dios: levántate y canta, ¿por qué yaces? Oh monje, que estás de pie en cuerpo, ¿por qué yace tu alma y no cantas al Señor? Maldito el hombre que hace la obra de Dios negligentemente (Jeremías XLVIII). Si eres salterio, si eres cítara, ¿por qué eres sordo y no glorificas a Dios? Me levantaré al amanecer. Dios no puede ser bendecido y alabado en la oscuridad, sino en la luz. Digo algo maravilloso: Y si nos levantamos de noche, bendecimos a Dios en la luz. Nunca hay noche para el cristiano: siempre para el cristiano nace el sol de justicia. Y esto lo decimos según los judíos. Sin embargo, según un sentido más elevado, es el Señor quien canta: Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado. Estoy preparado aquí: estoy preparado en el futuro. Salvo en la tierra; salvo en el cielo, es decir, salvo a los ángeles y a los hombres. Exsurge, salterio y cítara. El Señor habla a su cuerpo: Salterio y cítara, tú que descendiste al infierno y yaciste, levántate y alaba al Señor. Y ves lo que dice: No es él quien mueve la cítara y el salterio quien alaba; sino que la misma cítara y el salterio, ellos bendicen al Padre. Porque él es Dios, y es bendecido y alabado por otros. Pero su cuerpo y el hombre que asumió, él mismo alaba al Señor. Pero para que sepáis que el profeta habla en persona del Señor, y no hablo esto de mí mismo, ved lo que sigue.

Te confesaré entre los pueblos, Señor. Pero entiende por pueblos a los judíos. Y te cantaré en las naciones. Habla de nosotros. Porque se refiere a aquellos judíos que primero creyeron de entre los judíos. Y ved el orden: Primero alaba a Dios entre los pueblos, y después alaba al Señor entre las naciones. Porque primero creyeron de entre los judíos, y después creyeron de entre los gentiles.

Porque grande es tu misericordia sobre los cielos. No hay criatura que no necesite la misericordia de Dios. Todos necesitamos la misericordia de Dios. Gabriel, Miguel, Serafines, Querubines, Potestades, Dominaciones son ciertamente santos, pero necesitan la misericordia de su creador. No despojo a los ángeles, sino que predico al creador, ya que los mismos ángeles escuchan con gusto que se predique a su creador. Y podemos decir de otra manera: Porque tu misericordia levanta de la tierra a los cielos. Y hasta las nubes tu verdad. ¿Dónde están los judíos, dónde están los semejantes a los judíos, que solo entienden según la letra? ¿Cómo es que hasta las nubes es la verdad de Dios? El Hijo de Dios dice: Yo soy el camino,

la verdad y la vida (Juan XIV), y descendió a la tierra, y convivió con los hombres (Baruc III). Y ¿cómo, hasta las nubes tu verdad? El sentido es claro, que habla de los apóstoles y de los santos, para que su lluvia no caiga sobre los judíos, sino sobre los gentiles, como está escrito: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre Israel (Isaías V). En estas nubes está la verdad de Dios. Pero si en estas nubes está la verdad de Dios, ¿cómo dice Montano, y dicen los catafriges: que lo que no fue revelado a los apóstoles, nos fue revelado a nosotros?

Exáltate sobre los cielos, Dios. Dios no es exaltado, sino sobre los cielos: no es exaltado sobre la tierra. Cuando somos terrenales, no exaltamos a Dios. Pero si de terrenales nos hemos hecho celestiales, entonces exaltamos a Dios, y nuestro Señor cuando estaba en la tierra, no nos exaltó. Alguien podría decir: Hablas temerariamente. Pues él mismo dice en el Evangelio: Cuando sea exaltado, atraeré a todos hacia mí (Juan XII). Mira lo que dice: Cuando sea exaltado en el cielo, entonces atraeré a todos hacia mí. Este es el primer sentido, pero yo entiendo otra cosa. Cuando sea exaltado, cuando sea crucificado, entonces atraeré a todos hacia mí. Para que sean liberados tus amados. ¡Oh maravillosa inteligencia! Por eso el Señor es crucificado y exaltado, para que sean liberados sus amados. Para que sean liberados, dice, tus amados. Exáltate sobre los cielos, Dios. Se ha hecho lo que pedimos. Él ha sido exaltado, y nosotros hemos sido liberados. Dios ha hablado en su santuario. Ya sea en el templo, ya sea en cada uno de los santos, ya sea en el profeta. Se escucha en Moisés, se escucha en el apóstol; y más verdaderamente digo: Ha hablado en su Hijo. ¿Qué ha dicho entonces Dios? Lo que sigue.

Seré exaltado y dividiré Siquem. Por eso, dice, soy crucificado, para dividir Siquem. Siquem se interpreta en nuestra lengua como hombros. Y los hombros se interpretan como obras. Este es el sentido: Por eso soy crucificado, para dividir mis obras entre mis santos. Por eso soy crucificado, para imponer mi yugo suave y mi carga ligera sobre los cuellos de los hombres. Has hecho, Señor, lo que prometiste. Has sido exaltado y has dividido Siquem. Y mediré el valle de las tiendas. Verdaderamente nuestro Señor y Salvador ha entrado en este valle de lágrimas, en el lugar de nuestra humildad, es decir, en este mundo: en el cual, por muy santo que sea alguien, aún no conoce como debe conocer. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos (I Cor XIII).

Mío es Galaad, y mío es Manasés. Se regocija nuestro Señor y Salvador, teniendo muchas riquezas. Galaad se interpreta como transmigración. Se regocija entonces cuando el pueblo de entre los gentiles emigró y vino a él. Manasés se interpreta como del olvido. Ved entonces lo que dice: Aquel hijo que tomó la herencia, y la consumió, y se olvidó de mí, ahora se ha acordado de mí (Lucas XV). Y se le llama Manasés, es decir, del olvido: porque no se ha olvidado, sino que ha regresado a su padre. Y Efraín es la aceptación de mi cabeza. Efraín se interpreta como fructífero. Efraín, dice, la aceptación de mi cabeza. Ha puesto la aceptación ahora por corona. Porque lo que se pone en la cabeza, es corona, y en las Escrituras se llama con diversos nombres. En otro lugar dice: Su verdad te rodeará como un escudo (Salmo XC). Y en otro salmo: Que te corona con misericordia y compasiones (Salmo CII). Así como allí puso escudo por corona, así aquí ha puesto aceptación por corona. Ved entonces lo que dice: Has sido Galaad, has sido Manasés, es decir, has emigrado al Señor, y después del olvido has regresado a tu padre. Sé Efraín, sé fructífero. Ten buenas obras, y después serás la corona del Señor.

Judá es mi rey. Ved, en cuánta gloria está quien hace penitencia. Judá se interpreta como confesión. Moab es la olla de mi esperanza. Un gran misterio se reconoce en pocas palabras. Os ruego, prestad atención diligente. Pues tanto a mí que hablo, como a vosotros que escucháis, nos beneficia. Moab se interpreta como del padre. Ab, se dice padre: Mo, de.

¿Quién es este del padre? El que perdió a su padre, el que dejó a su padre: el que no regresó a su propio padre, ni es digno de ser llamado Manasés. ¿Quién es este Moab? El enemigo del Señor, de cuyo linaje hasta la cuarta generación y la décima y hasta el siglo no entrará en la Iglesia del Señor. ¿Quién es este Moab? El que nace de una mezcla impura en una cueva oscura. Pues de Lot y sus hijas nacieron dos, Moab, y Amón, y Moab es el hijo mayor (Génesis XIX). Ved entonces cómo en la letra se esconde el misterio. En las tinieblas, en la cueva: no en el sol, no en la luz. Moab entonces se interpreta como diablo: que se olvidó de su padre. Finalmente, también Absalón, que persiguió a su padre, se interpreta como diablo. Entonces, ¿cómo es este Moab la olla de la esperanza del Señor? Olla se interpreta como caldero. ¿Cómo es el caldero de la esperanza del Señor? ¿Es creíble, entonces, que Moab, que se interpreta como diablo, sea el caldero de la esperanza del Señor? ¿Cómo es la esperanza del Señor? Dice el Apóstol: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Timoteo I). El diablo es como el inquisidor del Señor. Los que no caminan rectamente hacia Dios, son entregados al diablo. ¿Por qué? Para que perezcan eternamente. ¿Y dónde está la clemencia de Dios? ¿Dónde está el padre misericordioso? ¿Dónde está el que hace salir su sol sobre justos y pecadores, y llueve sobre pecadores y justos (Mateo V)? Lo que dice, es esto: Los entregué, dice, a los pecadores al diablo, para que, siendo atormentados por él, se conviertan a mí. Se dice también en Jeremías: ¿Qué ves tú, Jeremías? Un caldero hirviendo, dice (Jeremías I). Ved entonces que en este caldero se ponen las carnes. Esto está escrito en Ezequiel: Y pon, dice, las carnes en el caldero, para que se ablanden (Ezequiel XXIV). Para que lo duro se convierta a Dios: para que de un corazón de piedra se haga un corazón de carne. Y donde antes no se podía escribir por la dureza: después se escriba por la blandura. Encenderé, dice, este caldero, y coceré las carnes y los huesos, hasta que pierdan toda humedad e impureza. Y ved después lo que se dice: Y aprenderán, dice, que yo soy el Señor. Gran misericordia, y gran sacramento. Se ponen las carnes en el caldero, para que se cuezan y aprendan que el Señor es. Hay muchas cosas que decir sobre Moab y el caldero, pero ahora sería largo.

En Edom extenderé mi calzado. Edom se interpreta como terrenal y sanguíneo. Dios misericordioso, no solo quiere poseer las cosas celestiales, sino también las terrenales. Los extranjeros se han hecho amigos míos. Habla de nosotros, que hemos creído de entre los gentiles.

¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? Nadie, Señor. Porque tú eres quien dice: He pisado el lagar solo, y de los pueblos no hubo hombre conmigo (Isaías LXIII). Porque todos se desviaron, todos se hicieron inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo (Salmo XIII). ¿Quién entonces me llevará a la ciudad fortificada? Nadie, Señor. Pues incluso Pedro, que prometió morir por ti, después te negó. ¿Cuál es esta ciudad fortificada? El infierno, donde son encerrados los impíos: de donde no se puede salir. Y verdaderamente de esta ciudad, si no es el Señor victorioso, no salió otro. Y verdaderamente esta ciudad es fortificada. Moisés no pudo salir de esta ciudad. Jacob igualmente entró en esta ciudad, y no regresó. Finalmente dice a sus hijos: Llorando descenderé al infierno (Génesis XXXVII). Al infierno descendió: porque aún no estaba el paraíso abierto por el ladrón. Esta ciudad es fortificada para salir: pero está abierta para entrar. ¿Quién me llevará hasta Edom? Donde está el lugar de los castigos, y de la sangre. Edom se interpreta como sanguíneo. Lugar de la matanza de las almas, donde muchas almas son asesinadas. Nadie descendió victorioso al infierno, sino tú solo, Señor.

Dios, que nos rechazaste. No dijo, Que nos rechazas, sino, Que alguna vez nos rechazaste. ¿Y no saldrás, Dios, en nuestras fuerzas? Estas palabras deben leerse interrogativamente. ¿Y no saldrás, Dios, en nuestras fuerzas? Tú que sufriste por nosotros, ¿por qué no nos ayudas: sino

que permites que seamos pisoteados por el diablo cruelísimo? ¿Y no saldrás, Dios, en nuestras fuerzas? Ved lo que dice: No dijo, no saliste: sino, no saldrás, Dios, en nuestras fuerzas. Esto quiere decir: Cuando trabajamos, entonces Dios nos ayuda. Porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos IX). Ved lo que dice: No dijo: no es del que yace, ni del que duerme, sino de Dios que tiene misericordia. Pero ved lo que dice: No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Si no queremos y corremos, Dios no nos aprovechará en nada. Nuestro es querer y correr, y después Dios tiene misericordia. Porque el atleta que duerme pierde la victoria.

Danos ayuda en la tribulación. No dijo, danos ayuda en los placeres: sino, en la tribulación. Al Señor clamé en mi tribulación, y me escuchó (Salmo CXIX). No dijo: cuando estaba en placeres clamé, o dormido clamé. ¿Quieres ser escuchado por el Señor? Esté en tribulación: clama, y serás escuchado. Si alguien no está en tribulación, no puede invocar la ayuda del Señor. Porque vana es la salvación del hombre. Maldito el hombre que confía en el hombre (Jeremías XVII). No es necesario interpretar esto. Esta sentencia es clara para todos. Alguien confió en el emperador, confió en el príncipe, en el padre, o en la madre: en algún negocio de repente fue quitado el espíritu de aquel en quien confió, y su salvación se desvaneció. No dijo, vana es la salvación del hombre; sino, la salvación de aquel que confía en el hombre.

En Dios haremos proezas. No tengamos esperanza, sino solo en el Señor. No digamos: si me sucede esto, o aquello, ¿de dónde tendré para vivir? Te respondo algo mayor. Si hay persecución, ¿de dónde tienes para vivir? Siempre hay persecución para el cristiano, siempre está propuesta la desnudez. Nadie debe desesperar de esta vida, nadie debe temer, nadie debe decir: Si envejezco, ¿de dónde tengo para vivir? si me enfermo, ¿de dónde vivo? ¿Tienes a Cristo, y temes? Si alimenta a las aves del cielo, ¿dudas que pueda alimentarte? ¿El diablo alimenta a sus hombres, y Cristo no alimentará a sus siervos? ¿El diablo hace ricos a los jueces de este mundo, y Cristo no puede hacer que no mendigues? ¿El diablo da oro y gemas, y Cristo no puede dar pan? Arrojemos toda preocupación de nuestros corazones, y digamos: En Dios haremos proezas. Él será nuestra fuerza: él nuestro pan: él será nuestro guía. Y él reducirá a nada a nuestros enemigos. Él nos corona: él lucha con nosotros: más bien él vence en nosotros. ¿Qué decimos entonces? En Dios haremos proezas. Cuando seamos fuertes, él reducirá a nada a nuestros enemigos. No dijo: luchará, o matará: sino, reducirá a nada. Por eso los reducirá a nada, para que, si quieren, los haga fuertes, y los glorifique. Bendigamos entonces a Dios: a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CVIII.

Al final, Salmo de David. Lo que dice, al final: entendamos que no se dice del presente, sino del futuro. Pero si se dice del futuro, es profecía de Cristo.

Dios, no calles mi alabanza. Esto es, Judas me traicionó, los judíos me persiguieron, y me crucificaron, y pensaron perderme para siempre. Pero tú, Dios, no calles mi alabanza. Toda la Iglesia cada día alaba al Señor, y se ha cumplido la oración del Señor diciendo: Dios, no calles mi alabanza. Mira la dignidad de los sacerdotes. Los sacerdotes hablan, y en los sacerdotes Dios no calla la alabanza de su Hijo. Porque la boca del pecador y la boca del engañador se ha abierto contra mí. Veamos cómo la boca de Judas el traidor se abrió contra el Señor. Vino al Señor, para entregarlo, y dice: Rabí, esto es, maestro (Marcos XIV). He aquí la boca del pecador, y la boca del engañador. Yo con mi clemencia quiero salvarlo, y le ofrezco un beso, y quiero vencer su malicia, y él permanece en hacer el mal, para entregarme. Se entiende especialmente de Judas: pero en general de los judíos, en el tiempo en que

decían: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX). Tal boca del pecador se abrió contra el Señor. Pero para que veáis que lo dijo de todos los judíos, lo conoceréis por lo que sigue. ¿Qué dice entonces?

Han hablado contra mí con lengua engañosa. Yo por ellos era crucificado, y ellos se burlaban de mí. Mis heridas eran su medicina, y me veían como objeto de burla. Y con palabras de odio me rodearon. No para creer, sino para combatir. Y me combatieron sin causa. Se entiende de dos maneras sin causa, esto es, sin razón. Pues no había pecado, y no merecía que me combatieran. ¿Qué causa digna había para que me combatieran? Porque había sanado a sus enfermos, porque había resucitado a los muertos, porque había hecho otros signos. Ved entonces que me combatieron sin causa. Y se entiende de otra manera. Quisieron extinguir y borrar mi nombre, y sin embargo no pudieron. Cuando alguien persigue a otro, y no logra nada: y no cumple su deseo, lo persigue sin causa.

En lugar de amarme, me calumniaban: pero yo oraba. Por los beneficios que les había dado, ellos me hacían injurias. Pero ¿qué hacía yo? Oraba. Estas son las armas del Señor: que sean también nuestras armas, la oración. Si alguna vez alguien nos persigue, y nos odia, digamos: En lugar de amarme, me calumniaban. Pero ¿qué hacía yo? Oraba: ¿para vencerlos? De ninguna manera. El Señor no oraba para vencer. Pero ¿qué dijo? Pero yo oraba. ¿Qué decía? Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII).

Y pusieron contra mí males por bienes. En la cruz, rogaba por los que me crucificaban, y ellos decían: ¡Vah! tú que destruyes el templo, y en tres días lo reconstruyes. Sálvate a ti mismo (Marcos XV). Si te ama el Padre, que venga ahora y te libere (Mateo XXVIII). Yo por ellos resucité de entre los muertos, y ellos dicen: Sus discípulos vinieron de noche, y lo robaron (Lucas XXIII). Y odio por mi amor. Considera, oh cristiano; considera, oh monje; si el Señor recibió a su perseguidor y traidor con un beso, y ora por los que lo crucifican: ¿qué debemos hacer nosotros por nuestros hermanos?

Constituye sobre él al pecador. Porque rogué por ellos en la cruz, y vieron mis heridas. Les di lugar para el arrepentimiento, y no se arrepienten, y no quieren tenerme como rey, que tengan al rey diablo: no quieren tener al rey Jesús, que tengan al rey Barabbás, que se interpreta como hijo del padre, es decir, del diablo. ¿Quién fue este Barrabás? Un sedicioso y ladrón. Y verdaderamente tienen a Barrabás como rey, y hasta el día de hoy un sedicioso y ladrón, que mata a los mismos judíos. Barrabás, el ladrón que se deleita en la sangre, antes de que el Señor fuera crucificado: antes de que los judíos lo crucificaran, estaba encarcelado. Negaron al Señor, y Barrabás fue liberado (Juan XVIII). Desde ese momento Barrabás comenzó a tener poder sobre ellos, y aquel demonio que había sido expulsado del hombre, y de esa generación, y vagaba por el desierto, y no podía encontrar lugar, trajo consigo a otros siete demonios peores que él (Lucas XI), y entró en la sinagoga, y el estado final de aquel hombre fue peor que el primero. Finalmente, la Sinagoga de los judíos, antes de crucificar al Señor, era ciertamente pecadora, pero solo tenía un demonio. Crucificaron al Señor, y ocho demonios entraron en ella al mismo tiempo. Se cumplió entonces lo que dijo: Constituye sobre él al pecador, y que el diablo esté a su derecha. Porque el diablo estaba a su derecha, por eso la Sinagoga tenía la mano derecha seca, como está escrito en el Evangelio. Pero oremos para que el Señor esté a nuestra derecha, y el diablo a la izquierda (Lucas VI). Está escrito en Zacarías: Y el Señor me mostró a Jesús, el gran Sacerdote, de pie ante el ángel del Señor, y Satanás estaba a su derecha para luchar contra él (Zacarías III). Si entonces el diablo está a la derecha, ¿cómo es que ahora se dice de Judas, y que el diablo esté a su derecha? Pero vean lo que dice: El diablo estaba a la derecha de Jesús, para oponerse a él, es decir, quería

oponerse a su derecha. Aquí, sin embargo, no dice que quiera luchar; sino que ya había vencido a Judas. El diablo allí desea luchar contra la derecha: aquí, sin embargo, dominó la derecha de Judas. Pero también esto debe considerarse. En aquel tiempo estaba a la derecha del Señor, para oponerse a él, cuando Jesús tenía vestiduras sucias. Así también está escrito allí: Y Jesús tenía vestiduras sucias. Mientras el Señor Jesús tenga vestiduras sucias, el diablo está a su derecha, mientras lleva nuestros pecados: en nuestros pecados el diablo se opone a él. Pero cuando se dice en Zacarías: Quiten sus vestiduras sucias, y vístanlo con ropas nuevas, inmediatamente Jesús dice al diablo: Que el Señor te reprenda, Satanás, que te reprenda el que eligió a Jerusalén. Todo esto lo dijimos porque está escrito: Y que el diablo esté a su derecha.

Cuando sea juzgado, salga condenado. No venga a juicio, sino a condenación. Donde hay juicio, hay condenación: pero donde hay condenación, ya está clara la sentencia. Y que su oración se convierta en pecado. El arrepentimiento de Judas se convirtió en un pecado peor. ¿Cómo se convirtió en un pecado peor el arrepentimiento de Judas? Fue y se ahorcó. Y quien se convirtió en traidor del Señor, también se convirtió en su propio asesino. Por la clemencia del Señor digo esto: porque más ofendió al Señor al ahorcarse, que al traicionarlo. Su oración debía ser para el arrepentimiento, y se convirtió en pecado. Ves a un hereje orando, ves a un judío, ves a un maniqueo: aunque ayunen, aunque oren, sin embargo, su oración se convierte en pecado.

Sean pocos sus días. Sus días se hicieron pocos: pero las noches crecieron. Porque fue recibido en medio de sus días. El sol se apartó de él, y he aquí que las tinieblas se multiplicaron para él. Y que otro tome su episcopado. Esto también está interpretado más claramente en los Hechos de los apóstoles (Hechos I). No solo se dijo de Judas en aquel tiempo; sino que se dice hasta hoy, y hasta el día del juicio. Si Judas perdió el apostolado, que los sacerdotes y obispos se cuiden, para que no pierdan también su sacerdocio. Si un apóstol cayó, más fácilmente puede caer un monje. La virtud no perece, aunque el hombre caiga y perezca. Sin embargo, el Señor da sus denarios con interés. Si no los duplica, su dinero será tomado y dado al que tiene. El dinero del Señor no puede estar ocioso.

Sean sus hijos huérfanos, y su esposa viuda. Vean que son sacramentos lo que se dice. ¿A quiénes crees que son los hijos de Judas? A los judíos. Y se les llama judíos no por aquel Judas santo, sino por este traidor. De aquel santo somos nosotros los judíos espirituales: de este traidor, ellos son los judíos carnales. Finalmente, hay dos apóstoles que se llaman Judas de nombre. El undécimo apóstol es el que se llama Judas de Santiago. El duodécimo, y último, es el que se llama Judas Iscariote. De aquel Judas de Santiago, nosotros somos llamados judíos espirituales, de este Iscariote, ellos son llamados judíos carnales. Aquel Judas, nuestro padre, se llama de Santiago, es decir, Judas hijo del suplantador. Nosotros hemos suplantado al pueblo de los judíos y hemos recibido sus primicias, pero ellos son llamados de Iscariote, lo que es dudoso si significa padre o su villa. Sin embargo, como sea que lo interpretes, se interpreta como recompensa y precio. Por lo tanto, Judas, que iba a traicionar al Señor y recibir el precio, tomó su nombre del precio. Aunque devolvió el precio a los sacerdotes de los judíos, sin embargo, lo condenan porque no quieren recibir el precio de sangre. Vean la disensión de los fariseos y la infelicidad de Judas. Si compraron bien la sangre de Jesús, ¿por qué no recibieron su dinero? Pero si no quieren recibirlo, porque es el precio de sangre: se muestran a sí mismos como injustos e inicuos al derramar la sangre. Pero vean lo que hacen. Dicen que no ponen ese dinero en el tesoro, sino que compran con él un campo, y lo llaman Acheldemach, que se interpreta como precio de sangre (Mateo XXVII). ¿Por qué lo compran? Para sepultura de extranjeros. Nosotros somos bendecidos, a quienes se nos compra un campo con el precio de la sangre del Señor. Y su esposa viuda. La Sinagoga,

que primero fue hecha esposa de Dios, de la cual dijo: Y le dio carta de divorcio (Deut. XXIV). Y de nuevo: La recibí, y le dije: Vuélvete a mí (Jer. III). Esa Sinagoga recibió el repudio del Salvador, y se convirtió en esposa de Judas el traidor. Finalmente, ¿qué hizo? No recibió dote, sino que dio dote a su marido. Pero aquel miserable Judas que traicionó al Señor, no quiere recibir la mala dote; sino que devolvió a la esposa meretriz la mala dote que recibió de ella. ¿Y qué dice? Desagradó a tu primer marido, te repudió y te echó, y te dio carta de divorcio. Yo no quiero tenerte como esposa. Me diste un precio, y me engañaste. Y tú que mataste a tu Señor Dios, también me matarás a mí. No puedo encontrar en la Escritura que Judas tuviera esposa o hijos.

Que sus hijos sean errantes y mendiguen. Consideren diligentemente: porque son difíciles las cosas que siguen. Desde el tiempo en que el Señor fue crucificado, desde entonces siempre los judíos se mueven, no están en su lugar. Finalmente, se dice también de Caín: Y salió Caín de la presencia de Dios, y habitó en la tierra de Nod (Gén. IV): Nod se interpreta como conmoción. Porque Caín había salido de la presencia de Dios: correctamente no se quedó, sino que habitó en la tierra de Nod, es decir, en conmoción. Así también estos, porque crucificaron a su Dios y Señor, serán trasladados errantes. No están en sus lugares; sino que están divididos por todo el mundo. Aquí se dice mendicidad de las riquezas espirituales. No tienen profetas, no tienen Ley, no tienen sacerdocio, no tienen sacrificio, sino que verdaderamente se han convertido en mendigos.

Que el usurero registre toda su sustancia. Le diste dinero, Señor: le diste como a los demás. Pero ¿qué hizo él? No lo ató en un pañuelo, y no lo enterró en la tierra, y fue negligente; sino que donde tenía el talento y el dinero del Señor, tomó el precio de los enemigos del Señor, y vendió a su Señor (Lucas XIX). Por eso te digo: Señor, exige de él el interés de tu dinero. Y que los extraños saqueen sus labores. El Señor presta, manifiestamente exige, y ¿qué pasó? Los extraños saquearán sus labores. Ya sea que lo entendamos de todos los judíos en general: porque fueron devastados por los romanos. O específicamente, que Judas fue saqueado por los demonios, y el mismo pueblo.

No tenga él ayudador, ni haya quien se apiade de sus huérfanos. En aquel tiempo el pueblo de los judíos no tuvo ayudador. Respóndanme, oh judíos. Estuvieron en Babilonia: tuvieron allí profetas, Daniel, Ezequiel, y realmente eran idólatras. Estuvieron setenta años en cautiverio, y después regresaron a su tierra. He aquí ahora cuatrocientos años, ¿por qué no se les ha enviado un profeta? En aquel tiempo adoraban ídolos, y Dios se apiadaba de ustedes. Ahora no adoran ídolos, ¿por qué los ha abandonado el Señor? He aquí cuatrocientos años. Pero entonces abandonaron al Señor, y adoraban ídolos: ahora han crucificado y matado al Señor, y por eso no tendrán ayudador.

En una generación sea borrado su nombre. ¡Oh profecía, oh sacramento de la profecía! En una generación sea borrado su nombre. Después de la pasión del Señor, pasaron cuarenta y dos años, y ese pueblo fue borrado. Si bien la edad perfecta llega en el año cuarenta. Después de la pasión del Señor, en el año cuarenta y dos Jerusalén fue borrada. Vean entonces que en una generación fue borrado su nombre. Pero también en esto está la clemencia del Señor. Lo crucificaron, y les dio cuarenta y dos años para el arrepentimiento. Yo digo simplemente: Por eso los mató después de cuarenta y dos años, porque de aquellos que crucificaron al Señor, ninguno de ellos quedó. Judas es maldecido, para que en Judas sean maldecidos los judíos.

Que la iniquidad de sus padres vuelva a la memoria ante el Señor. Pecaron en el desierto, los perdonaste. Ahora les imputa lo que pecaron entonces, porque crucificaron al Señor. O lo interpretamos de otra manera: Y les imputa la crueldad de sus homicidios, y no les perdona

nada. Y que el pecado de su madre no sea borrado. ¿Quién es la madre de Judas? Jerusalén, que se deleita en la sangre, que mata a los profetas y a su mismo Señor.

Porque no se acordó de hacer misericordia. Ven cuánta es la clemencia del Señor. Lo ve venir con los ministros; lo ve venir con palos, y le da un beso. Él vino a traicionar, y el Señor le da un beso, para que quien no temió al maestro, al menos fuera vencido por la clemencia.

Y persiguió al hombre pobre y mendigo. Quien siendo rico, por nosotros se hizo pobre (I Cor. VIII). El Señor se dice pobre y mendigo, y ¿quién se gloría en sus riquezas? Tienen consuelo, pobres, y el Señor es pobre con ustedes. Y al compungido de corazón matar. ¿Qué es lo que dijo, matar al compungido de corazón? Lo que dijo en el Evangelio: Mi alma está triste hasta la muerte. Y de nuevo cuando dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo XXVI). De otra manera: Esto me dolía, y me entristecía por los que me perseguían: porque no querían arrepentirse. Yo colgaba en la cruz, y con mi sangre lavaba sus manchas, y ellos no querían arrepentirse. Estas eran las lágrimas, esta era la compunción: porque no pude salvar a los que me perseguían.

Líbrame, porque soy pobre y necesitado. El Señor se dijo pobre, para consolar a los pobres. Se hizo pobre con los hombres, para que al menos nadie despreciara al pobre. Y mi corazón está turbado dentro de mí. Vean lo que dice: Y mi corazón está turbado dentro de mí. Es lo mismo que dice en otro lugar: Me turbé, y no hablé. Que me turbe, es de hombre: pero vencer la turbación y la ira, eso es de gran virtud. Por eso dice también el profeta: Enójense, y no pequen (Salmo IV). Enojarse es de hombres: no permanecer en la ira, es de cristianos.

He sido sacudido como langostas. Yo vine, para proteger a mi pueblo, y dije: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados: ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas (Mateo XXIII)! Yo vine como una gallina para protegerlos: pero ellos me recibieron con la mente más enemiga. Yo vine como madre, y ellos me mataron como a su homicida. He sido sacudido. ¿Qué es esto? Me persiguieron, me echaron. Me persiguieron de Nazaret. Fui a Cafarnaúm, me persiguieron. De Cafarnaúm fui a Betsaida, y de allí me persiguieron. Vine a Jerusalén, no quería apartarme de mi pueblo, y de allí me persiguieron, y así me tenían como langostas. ¿Y qué hice? ¿Me enojé, me defendí, los maldije, y los abandoné? No hice ni una de estas cosas; sino ¿qué hice? Oré por ellos.

Mis rodillas están debilitadas por el ayuno. Tengan consuelo, oh monje, ayunando: si bien el Señor también lo hizo. Yo digo que cuando el monje ayuna, se hace más fuerte por el ayuno. Y cuando sus rodillas se debilitan por el ayuno, entonces es cuando más se fortalece. Y mi carne ha cambiado por el aceite. Parezco decir algo difícil, y lo interpreto según la letra, para edificar a los oyentes. Porque la letra me edifica. Es bueno ayunar: es bueno huir de las delicias. Antes de llegar a la inteligencia espiritual, me maravillo en la letra, que dice que come aceite. Está lejos de los demás deseos. Todo esto lo dije, porque dijo: Y mi carne ha cambiado por el aceite. Esto lo interpreté de otra manera. Sin embargo, lo que dice es esto: El aceite, imagen de claridad es: el aceite es como alimento de luz. Así también los judíos recibieron de mí aceite, recibieron vida, recibieron luz. No sea que alguien piense que dice aceite por misericordia: en hebreo significa aceite inteligible. Ha cambiado, no en alegría, sino en tristeza: no para ser encontrado más hermoso, sino para aparecer más feo. Por eso dice: Lo vimos, y no tenía hermosura (Isaías LV). ¿Por qué? Porque su carne ha cambiado por el aceite. No tenía delicias del cuerpo, sino del espíritu de Dios. Y nosotros también cuando ayunamos, cuando nuestras caras están pálidas: cuando parecemos feos, reconozcamos que entonces aparecemos más hermosos a Cristo. Cristo ama a tales soldados,

que se dedican a los ayunos. Nuestra ración y alimento es el ayuno. ¿Por qué? Porque en el ayuno está la victoria, y en la victoria el triunfo. Finalmente, también el Apóstol: No en la saciedad, sino en la debilidad se gloría (I Cor. IV). Porque cuando soy débil, entonces soy más fuerte (II Cor. XII).

Y yo me he convertido en oprobio para ellos. Porque me llamaban samaritano, y decían: En Beelzebub, príncipe de los demonios, expulsa demonios (Juan VIII). ¿No es este el hijo de José el carpintero? ¿No están sus hermanos y hermanas todos entre nosotros (Lucas XI)? Y de nuevo: Tú que destruyes el templo, y en tres días lo edificas (Marcos XV). Y de nuevo: Veamos si viene Elías a salvarlo. Él clamaba: Eli, Eli: que es, Dios mío, Dios mío (Mateo XXVII), y ellos pensaban que llamaba a Elías. Vean a los judíos ignorantes. ¿El Hijo de Dios pedía ayuda a Elías? Me vieron, y movieron sus cabezas. ¿Por qué movieron sus cabezas? Porque ya habían movido sus pies.

Sálvame por tu misericordia. Dice también en el Evangelio: Tengo poder para poner mi vida, y para volver a tomarla (Juan X). Y de nuevo: Nadie me la quita. ¿Y cómo pide misericordia? Él pide misericordia, y él mismo la concede. Él como hombre ruega, y como Dios concede.

Y sepan que esta es tu mano, y tú, Señor, la has hecho. ¿Qué es lo que dice: Y sepan que esta es tu mano, y tú, Señor, la has hecho? Que los judíos entiendan que ellos no prevalecieron sobre mí: sino que mi voluntad y la tuya se hicieron para que yo padeciera, y yo quise padecer: por eso digo según lo que soy hombre: Dios mío, para hacer tu voluntad, quise: y tu voluntad era y la mía que yo padeciera, no la de ellos. Por lo tanto, no fue la insidia y la fortaleza lo que lo hizo: sino que tú y yo quisimos que yo padeciera. Porque tú heriste a tu pastor, y las ovejas se dispersaron. Esto está escrito en Zacarías: Heriré al pastor, y las ovejas se dispersarán (Zacarías XIII). Que yo padeciera, fue mi voluntad y la tuya. Lo que tú quisiste, y yo quise. Era necesario que viniera el escándalo, pero ¡ay de aquel por quien viene (Mateo XVIII)!

Lo maldecirán, y tú bendecirás. Hasta hoy esto sucede: Ellos maldicen en la sinagoga, y el Señor bendice en la Iglesia: Los que se levantan contra mí, sean confundidos: pero tu siervo se alegrará. Ellos se levantan contra mí: pero yo, tu siervo, me alegraré. ¿Por qué tu siervo? Porque quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses II).

Induantur los que me difaman de vergüenza. Nos beneficia mucho entender lo que decimos: La clemencia de Dios se manifiesta en esto, al decir, que se vistan. No dice, que perezcan: no dice, que sean borrados para siempre. ¿Pero qué dice? Que se confundan, es decir, que entiendan su error, y se confundan, y desfallezcan en penitencia. Quien se viste de vergüenza, está cerca de la salvación: pues si alguien realmente se confunde, comienza a arrepentirse. Consideren, oh monjes, si alguna vez han tenido algo contra su hermano, siempre deben rogar al Señor por él. El Señor es crucificado, y ruega por los que lo crucifican. ¿Y ustedes, si escuchan una mala palabra, no guardarán rencor? Que el sol no se ponga sobre su ira (Efesios V). Y que se cubran como con un manto de su confusión. El manto es un tipo de capa. De hecho, en hebreo se dice MAIL (). Se llama manto porque es una capa doble. Por eso te digo: Señor, mis enemigos son los judíos: me persiguieron, me crucificaron, me hicieron todo tipo de mal, me blasfemaron. Perdónales: porque yo, que he sufrido, ruego por ellos. ¿Y qué ruego? Que se avergüencen y se confundan, y así se salven. Me despojaron de mi túnica, y perdieron la suya. Dales confusión, dales ignominia, y que tengan un manto doble, es decir, que no tengan una simple confusión, sino doble, para que hagan más penitencia. No dice

contra los judíos, sino que lo dice por ellos. Porque Él es el Creador, tanto de ellos como nuestro, no los ha erradicado por completo. ¿Quieren saber? Pedro era de ellos, y todos los apóstoles eran de ellos. Nosotros hemos sido injertados en su raíz. Somos ramas, ellos son la raíz. No debemos maldecir a nuestras raíces, sino que debemos orar por ellas. Nosotros, que hemos sido injertados en la raíz, roguemos al Señor, para que así como estas ramas han sido salvadas, también la raíz sea salvada. Tal vez alguien diga: ¿Tú oras por los judíos blasfemos? Oro al Señor por ellos. Pues si Él tiene misericordia de sus perseguidores, ¿cuánto más tendrá misericordia de mí?

Confesaré al Señor mucho con mi boca. Esto se dice después de la resurrección, y se canta sobre la futura Iglesia. Y en medio de muchos lo alabaré. Pues no solo en Judea, sino en todo el mundo, en la Iglesia te alabaré.

Porque se ha puesto a la derecha del pobre. El diablo se puso a la derecha de Judas. Sin embargo, el Señor se puso a mi derecha. Para salvar mi alma de los que me persiguen (Mateo XXVI). Dice que salvará el alma. Y en otro lugar dice: Mi alma está triste hasta la muerte. Quien está triste, tiene sentido. Pues un alma insensible no tiene sentido. Un alma insensible no tiene sentido, ni dolor. Donde hay dolor y tristeza, allí hay sentido. Si, por tanto, tuvo tristeza, si tuvo dolor, entonces también tuvo sentido del dolor. Si, por tanto, quieren decirnos: Por eso no decimos que tuvo sentido, para que no parezca tener pecado. Nosotros les respondemos: ¿Tuvo cuerpo como nosotros, o no lo tuvo? Si dicen, lo tuvo: respondamos a ellos: Entonces también tuvo las pasiones de nuestro cuerpo. Que cada uno entienda lo que digo. Pero si niegan que tuvo las pasiones del cuerpo, entonces les decimos que tampoco tuvo cuerpo. Y nosotros les decimos: Así como tuvo un cuerpo verdadero, como nosotros, y no tuvo pecado del cuerpo, así también tuvo un alma verdadera, y no tuvo pecados del alma. Por tanto, confesemos que tuvo un cuerpo verdadero, y un alma verdadera. Pues si el Señor no asumió todo lo que es del hombre, no salvó al hombre. Pero si asumió el cuerpo, pero no asumió el alma, entonces salvó el cuerpo, pero no salvó el alma. Pero nosotros queremos más salvar nuestra alma que el cuerpo. Por tanto, Jesús asumió tanto el cuerpo como el alma, para salvar ambos, para salvar al hombre completo, tal como lo creó. Si, por tanto, dicen ellos: que por eso el Señor no asumió el sentido, para no pecar: y piensan que cualquiera que tenga sentido humano, no puede vencer. Dígannos: ¿Juan el Bautista tuvo sentido, o no lo tuvo? En aquel tiempo que estaba en el desierto, ¿pecó? Seguramente dicen que no pecó. De hecho, nuestro Señor también dice: En verdad les digo, no ha habido entre los nacidos de mujer mayor que Juan el Bautista (Mateo XI). ¿Pedro tuvo sentido, o no lo tuvo, y los demás santos apóstoles? Si, por tanto, los apóstoles vencieron el sentido humano: ¿el Señor temió asumir el sentido, para no ser vencido por él? Y mientras quieren glorificar al Señor, lo difaman. ¿Cómo lo difaman? Para que el Señor parezca temer lo que los apóstoles no temieron. Por tanto, demos gracias a Dios todopoderoso, y digamos: En tu sentido no tuviste pecado. Y vino el príncipe de este mundo, y no encontró en ti nada (Juan XIV). Así, pues, concédenos, como en tu sentido venciste al diablo, y en nuestro sentido vence al diablo, para que así como nos creaste perfectos, perfectos también nos salves. Pues tú eres el Creador, tú eres el Maestro, tú eres el Señor, tú eres también quien sufrió por nosotros: quien vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CIX.

Salmo de David. Este salmo contiene la voz del profeta hablando de Cristo. Dice, pues, el profeta: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha.

David es quien habla, profeta, hombre santo, rey. ¿Qué dice, pues, el rey? ¿Qué dice el rey y profeta? Dijo el Señor a mi Señor. Este pasaje el Salvador lo expuso en el Evangelio, diciendo: Si Cristo es, dice, hijo de David: ¿cómo en el espíritu lo llama Señor? (Mateo XXII). Ves, pues, lo que dice: Si es hijo de David, ¿cómo ustedes dicen: cómo en el espíritu lo llama Señor? Que alguien diga; ¿Entonces no es hijo de David? Esto decía de los fariseos, que confesaban a Cristo como simple hijo de David. Yo digo esto mismo al judío y a Fotino: Si es hijo de David, ¿cómo llama a su hijo Señor? Pero quien confiesa al Señor Dios, y al Hijo de Dios (por ejemplo, el maniqueo, que niega que sea hijo de David), a él le pruebo que es hijo de David. Para nosotros, pues, quien es Hijo de Dios, él mismo es hijo de David. No hago dos personas en Dios y hombre, sino que el mismo que es Hijo de Dios, él mismo es hijo de David. Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. En hebreo el primer nombre (), del Señor, se escribe con estas letras: con las que solo se escribe de Dios. El segundo nombre del Señor () se escribe con estas letras, con las que los hombres suelen llamar Señor: como algunos llaman Señor a su siervo, y los reyes son llamados Señores. Mira, pues, lo que dice: Dijo el Señor a mi Señor. A este Señor, a quien se le ordena que se siente, Dios no se sienta, la asunción del cuerpo se sienta. A este, pues, se le ordena que se siente quien es hombre, quien fue asumido. Esto lo decimos contra los arrianos, y contra aquellos que dicen: Mayor es el padre que ordena que se siente, que aquel a quien se le ordena. Todos los Evangelios resuenan sobre la persona del hombre, y ahora no es necesario la aprobación: porque todo lo que parece vil, se refiere al hombre, se refiere a la carne. Ahora hablemos del Salmo:

El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder. Vara en hebreo no se refiere tanto a un bastón, como a un cetro, es decir, un símbolo de poder real. El Señor enviará desde Sion la vara de tu poder. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Isaías XXIII). Domina en medio de tus enemigos. No dice: Mata a tus enemigos: sino ¿qué? Domina en medio de tus enemigos. Haz a tus enemigos, que eran ajenos, que comiencen a ser tuyos. Domina en medio de tus enemigos: tus enemigos, de los que está escrito en el salmo sesenta y siete: La lengua de tus perros de tus enemigos por él. Estos son los enemigos, que estaban en poder ajeno. Ahora, pues, esto ruega el salmista: Domina a tus enemigos, digna ser Señor de tus enemigos.

Contigo el principio en el día de tu poder, en los esplendores de los santos. Versículo oscuro. Veamos el día del poder del Señor: para que cuando sepamos el día, entonces sepamos qué es el principio, y cómo este principio está con él, y estuvo con él: cómo este mismo principio en el día de su poder, está en los esplendores de los santos. Este, pues, principio que está con el Señor en el día de su poder, está con el Señor, para que los santos resplandezcan. Contigo el principio en el día de tu poder. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I). Esto estaba en el principio con Dios. El Padre es el principio, pero también el Hijo es el principio. Pues el principio no tiene principio. Pues si tuviera otro principio, ya deja de ser principio. Por tanto, todo lo que demos al Padre, lo damos también al Hijo. Pues si el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, y todo lo del Padre es del Hijo, y todo lo del Hijo es del Padre, y el principio del Padre, es el principio del Hijo. Por tanto, lo que dice, esto es, en el tiempo en que sufrías y decías: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XXIII): como si hablaras desde el afecto del hombre, no rogabas como débil. Pues contigo estaba el principio, contigo estaba la divinidad, pero por eso rogabas ayuda, para que, recibiendo ayuda, dieras a tus santos, y ellos resplandecieran. Esto que se dice: Recibiendo dieras, que no escandalice a nadie: habla según el hombre. Pues si asumió el cuerpo del hombre, es necesario que también asuma las palabras del hombre. Cristo es hombre, y verdaderamente es hombre: lo decimos según la asunción de la carne. Si, pues, es

hombre según el cuerpo, ves el cuerpo, y no te escandalizas, ¿y te maravillas si habla con palabras de hombre? Pero si te escandaliza la vileza del cuerpo, y la cruz, y las injurias, y las bofetadas, y los azotes, y toda la injuria de la cruz: si esto te escandaliza, vuelve al principio, y no te escandalizarás. Pues el Padre dice al Hijo: Te he engendrado del vientre antes del lucero. Te maravillas si nuestro Señor y Salvador, que verdaderamente asumió al hombre, habla según el hombre: cuando el mismo Dios Padre, que no asumió al hombre, habla como hombre: Te he engendrado del vientre antes del lucero. No tengo vientre: pero no puedo indicarme como Padre, si no hablo con palabras de hombre. Te he engendrado del vientre antes del lucero. Del vientre, de mi sustancia. Del vientre. Escucha, Eunomio: escucha, Arrio. Si el Señor es criatura, si es obra: ¿acaso el artífice engendra su obra? ¿Acaso el artífice llama hijo a su obra? El carpintero hizo un banco: ¿acaso lo engendró de su vientre? ¿Acaso le dice: Del vientre te he engendrado, oh banco? No dice esto, por supuesto. Pero ¿qué dice? Yo te hice con mi mano. Pero cuando se dice vientre, se significa hijo, y no hijo adoptado. Pues también se llaman hijos adoptados. A todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios (Juan I). Allí les dio potestad. Pero aquí lo engendró del vientre: de su naturaleza, de sus entrañas, de su sustancia. Del vientre, esto es, de la médula de su divinidad. Todo lo que el Padre es en divinidad, lo dio al Hijo que engendró. Te he engendrado del vientre antes del lucero. Antes del lucero. Esta figura, en griego se llama κυνεόδοχὴ, que los gramáticos dicen de una parte el todo. Cuando, pues, se dice, antes del lucero, nombra una criatura, e indica todas las criaturas. Cuando dice, antes del lucero: entendamos como si dijera, antes de la luna, antes del sol, antes de toda criatura. Te he engendrado del vientre antes del lucero. Antes del lucero. Antes de este lucero que se ve en el mundo, la verdadera luz fue engendrada. De donde dice en otro lugar el salmo: En tu luz veremos la luz (Salmo XXXV). Es un discurso al Padre: Oh Padre, en la luz del Hijo, veremos la luz del Espíritu Santo. Te he engendrado del vientre antes del lucero.

Juró el Señor y no se arrepentirá. Juró el Señor. Esto que dice, juró: no a quien fue engendrado antes del lucero: sino que juró a quien nació después del lucero de la virgen. Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Es superfluo que queramos interpretar este versículo, cuando el santo Apóstol a los Hebreos lo ha discutido plenamente. Pues él mismo dice: Este es Melquisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía (Hebreos VII). Y lo interpreta allí muy diligentemente, por qué sin padre, sin madre, sin genealogía. Y por todos los eclesiásticos se ha dicho, que se dice sin padre según la carne: se dice sin madre según Dios. Por tanto, solo interpretemos esto: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Solo digamos esto, por qué dijo según el orden. Según el orden: no serás sacerdote según las víctimas judías; sino serás sacerdote según el orden de Melquisedec (Génesis XIV). Pues así como Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino: así también tú ofrecerás tu cuerpo y sangre, verdadero pan, y verdadero vino. Este Melquisedec nos dio estos misterios que tenemos. Él es quien dijo: Quien coma mi carne, y beba mi sangre (Juan VI). Según el orden de Melquisedec, nos entregó su sacramento.

El Señor a tu derecha. Veo algo nuevo. Se dice al principio: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha: y ahora se dice a él, El Señor a tu derecha. Si él se sienta a la derecha del Padre, ¿cómo nuevamente el Padre se sienta a la derecha del Hijo? Pues cuando se dice: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha: se dice manifiestamente que el Hijo se sienta a la derecha del Padre. Pero cuando se dice: El Señor a tu derecha, se dice que el Padre se sienta a la derecha del Hijo. Todo esto se dice para que el Hijo sea igual al Padre. Hay muchas cosas que decir. Pero al pecador el diablo se pone a la derecha. Sin embargo, esa es otra discusión. Cualquiera que sea pecador, el diablo se pone a su derecha. Pero alguien dirá: ¿Cómo también a Jesús hijo de Josadac en Zacarías se dice que el diablo se pone a su

derecha: y el diablo se puso a la derecha del Salvador (Zacarías III)? Ven que es una cuestión. Pero en ese tiempo cuando el diablo estaba a la derecha del Salvador: Jesús, dice, tenía vestiduras sucias. Llevaba nuestros pecados, envuelto en nuestros vicios: por eso el diablo estaba a su derecha. Quebrantará en el día de su ira a los reyes. Todo esto me ha sido entregado. En un momento, dice, de una hora le mostró todos los reinos de la tierra. Los reinos del mundo, el diablo los muestra. ¿Y qué dice? Todo esto me ha sido entregado. Si postrándote me adoras, todo será tuyo (Mateo IV). En el día, pues, de la batalla, en el día del combate, quebrantará a los reyes de su ira.

Juzgará entre las naciones. Vean las diferencias: los reyes son quebrantados, juzgará a las naciones. Llenará de ruinas. Nuestro Señor subió a la cruz, y se hicieron muchas ruinas. Este fue puesto para ruina, y resurrección de muchos, y en señal que será contradicha (Lucas II). Llenará de ruinas. De los incrédulos, que no creyeron a los exploradores apóstoles (Números XXI, y XXII). Pues Moisés también envió exploradores al mundo; y porque el pueblo no creyó a los exploradores, por eso cayeron en el desierto. Hasta hoy los cuerpos de los incrédulos caen en el desierto de este siglo. Quebrantará las cabezas en la tierra de muchos. Llenará de ruinas, de los incrédulos: quebrantará las cabezas, de aquellos que son dudosos: de aquellos que no tienen fe perfecta. Quebrantará las cabezas en la tierra de muchos: no de todos. Pues si hubiera dicho, de todos, ninguno de nosotros tendría esperanza. De muchos, se dice, para que otros queden.

De torrente en el camino bebe. ¿Quién bebe del torrente, en el camino? Aquel a quien se le dijo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. Aquel que escuchó: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Aquel que quebrantó en el día de su ira a los reyes: llenará de ruinas: aplastará cabezas en la tierra de muchos. ¿Qué hace él además? Bebe del torrente en el camino. Veamos primero el camino, para luego ver el torrente en el camino. El camino se llama este siglo, por el cual caminó. De hecho, está escrito en el Evangelio: Ponte de acuerdo con tu adversario mientras estás en el camino (Mat. VI), es decir, mientras caminas en este siglo, y vas por el camino hacia aquel que es el verdadero camino. Por eso se dice también en el Salmo ciento dieciocho: Bienaventurados los inmaculados en el camino. Bienaventurados son los que en este camino del siglo son inmaculados, y en este mundo. Por lo tanto, sacerdote según el orden de Melquisedec: porque vino en el camino del siglo, y caminó en nuestro camino, él también bebió del torrente que estaba en el siglo. El torrente no tiene aguas naturales, no tiene aguas que fluyan siempre: sino que tiene aguas de las tempestades, de las lluvias, del torbellino, de las tormentas. El torrente nunca está en las montañas, sino siempre en los valles, en lugares abruptos. Concibe aguas ajenas, y las da a luz, y va hinchado. Bebe del torrente en el camino. El torrente nunca tiene agua limpia, sino siempre turbia. Esto se dice porque las aguas de este siglo siempre están turbias, siempre llenas de tempestad. ¿Queréis saber cómo bebió del torrente turbio? Y él mismo dice: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI). Y se dice en el Evangelio: Y comenzó, dice, a entristecerse y a angustiarse (Ibid.). Así que también nuestro Señor bebió del torrente de este siglo aguas turbias, aguas tristes, aguas que no tienen alegría. Tomó el cáliz, y lo llenó del torrente del mundo, y como las aguas eran turbias, dice: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Bebió, pues, del torrente de este mundo: pero no bebió como en su casa, sino en el camino apresurándose a ir a otros lugares. Bebe del torrente en el camino. Por eso bebe del torrente, porque estaba en el camino. Bebe del torrente. Si el Señor bebió del torrente de este mundo, ¿cuánto más los santos? ¿Queréis saber que los santos beben del torrente? Dice también en otro lugar: Nuestra alma ha pasado por el torrente (Sal. CXXIII). Bebe del torrente en el camino. Hemos hablado del torrente, digamos también el testimonio. Nuestra alma ha pasado por el torrente. ¿Queréis saber de otro torrente? El santo profeta Elías cuando

Jezabel lo perseguía: cuando recibió alimento, y durante cuarenta días pasó al desierto: Estaba, dice, en el desierto, y bebía del torrente de Chobar (III Reg. XIX). Pero al escuchar los torrentes de este siglo, no desesperéis. Frecuentemente este torrente se agota. Parece ciertamente hincharse: parece tener muchas aguas: pero pronto se agota, si esperas. Y Elías bebió en el desierto agua, en el tiempo en que estaba en tristeza, en que estaba en angustia (Ibid.). Había dejado Judea, y había ido al monte Sinaí: pues Jezabel lo perseguía, y por eso bebía del torrente de Chobar. Pero porque perseveró hasta el fin, por eso se agotó el agua del torrente. Y se le dice por el Señor, porque se había agotado el agua del torrente: Ve, dice, a la viuda en Sarepta de los sidonios, etc. He aquí que también Elías bebió del torrente. Pero el mismo Señor y Salvador bebió, y el cáliz del torrente Cedrón. Así lo refiere la Escritura, cuando vinieron y lo prendieron. Vinieron, dice, y lo prendieron en el torrente, etc. (Juan XVIII). Veis cuán humilde es el lugar del torrente, cuán escabroso. Cedrón en lengua hebrea se interpreta como tinieblas. Veis, pues, que los torrentes de este siglo están en tinieblas. El Señor, por tanto, cuando es entregado, no es entregado de nuevo en el monte de los Olivos, no es entregado en el templo: sino que es entregado en el torrente, y en el torrente de las tinieblas, esto es, Cedrón. Pues todos los que odian la luz, aman las tinieblas. Bebe del torrente en el camino. Porque, pues, el Señor bebió del torrente, y gustó la muerte, por eso el Padre lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre. Luego ahora se dice: Bebe del torrente en el camino. Y porque bebió del torrente en el camino, Por eso exaltó la cabeza. ¿Y qué dice? Cuando sea levantado, atraeré a todos a mí (Juan XII). Él fue exaltado, y nos exaltó. Su cabeza fue exaltada: sin embargo, las cabezas del dragón fueron aplastadas, y quebradas en el mar. Por eso exaltó la cabeza. No dijo: por eso fue exaltada su cabeza, esto es, exaltado por otro: sino que quien se había humillado, él mismo exaltó. Pues él mismo dice en el Evangelio: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X). Por eso exaltó la cabeza. Él mismo se exaltó, que es la cabeza de todos. O ciertamente lo que dice: exaltó la cabeza, no se exaltó a sí mismo. Por eso exaltó la cabeza. Pues él siempre fue alto. Pero cuando dice: exaltó la cabeza, exaltó nuestra cabeza: que encorvados no podíamos mirar al cielo, sino a la tierra. ¿Queréis saber que él mismo exaltó la cabeza? Y aquella mujer que el diablo había atado, él la liberó (Luc. XIII). Exaltó su cabeza, que siempre había estado encorvada: y lo adoró. A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CX.

Aleluya. Este salmo, primero según el orden de las letras, aunque muchos también piensan que el vigésimo cuarto salmo, y el trigésimo sexto están escritos en hebreo, según el orden de las letras: pero en ellos, o faltan algunas letras, o sobran, y a veces porque un verso es breve, otro es de longitud infinita. Por lo cual creo que más por la observación de los lectores, que por el estudio del Escritor se ha hecho. De hecho, los Setenta intérpretes, porque surgía alguna duda en ellos, no quisieron poner las letras hebreas en la traducción.

Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Si David no hubiera sido simple, y hubiera tenido engaño, no habría dicho: Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. No solo con los labios, sino con todo el corazón. En el consejo de los justos y en la congregación: grandes son las obras del Señor. Dice de los rectos aquellos que antes eran pecadores, ahora son justos. No es de extrañar. Veis al elefante y al camello, igualmente a la mosca, y al mosquito, tener la misma movilidad, y espíritu, y miembros.

Dio alimento a los que le temen. En el hambre alimentó a Elías: en el desierto, hizo llover maná al pueblo de los judíos (Éxodo XVI), y se cumplió lo que se dice: Dio alimento a los que le temen. Esto según la letra. Pero dio alimento el pan que descendió del cielo (Juan VI):

con el cual si somos dignos, nos alimentamos. ¿Cuántos mártires han sido consumidos por el hambre, y ahora están con el Señor?

Santo y terrible es su nombre. Santo, para los santos; terrible, para los pecadores. El principio de la sabiduría es el temor del Señor. Quienes no temen al Señor, no tienen sabiduría. O quienes no tienen sabiduría, no tienen temor.

Su alabanza permanece por los siglos de los siglos. Ya que en el título se ha señalado Aleluya, justamente el salmo termina en alabanza. Pues Aleluya se interpreta como, alabad al Señor.

SALMO CXI.

Aleluya. Este salmo nos provoca a través del temor de Dios a ser fundados en la morada de la casa eterna.

Bienaventurado el hombre que teme al Señor. He dicho frecuentemente, que todo lo que se interpreta en la persona del justo, se refiere a Cristo. Pues si los santos son tipo y figura del Salvador: si alguien es verdaderamente santo, por ejemplo: Isaac es tipo del Señor Salvador, José, Salomón, David, y los demás santos. Por lo tanto, este bienaventurado hombre que ahora se describe, se refiere ciertamente a un hombre justo. Y verdaderamente se dice del hombre justo: pero este hombre justo, es tipo del hombre justo. Bienaventurado el hombre que teme al Señor. Por ahora dejamos el salmo, ahora hablemos del hombre justo: Bienaventurado el hombre que teme al Señor. El salmo ciento once es alfabético. Pues también el ciento diez, y él mismo está bajo el alfabeto. El primer versículo está escrito con aleph: Bienaventurado el hombre que teme al Señor. El segundo, con beth: En sus mandamientos se deleitará en gran manera. El tercero, con gimel: Su descendencia será poderosa en la tierra, y hasta la vigésima segunda letra thau. Así que discutamos cada versículo con vuestras oraciones. Bienaventurado el hombre que teme al Señor: es el principio del salmo: aún no dice: Bienaventurado el hombre que ama al Señor. Pues de los hombres que comienzan es temer, de los perfectos es amar (I Juan IV). Pues el amor perfecto, echa fuera el temor. Por lo tanto, dice del principio, esto es, del hombre santo que comienza. Veamos, pues, el orden del Salmo: Bienaventurado el hombre que teme al Señor. ¿Qué hace el que teme al Señor? ¿Escucha las palabras de Dios, es instruido en la ley? No dice esto. ¿Qué dice? En sus mandamientos se deleitará en gran manera. El que teme al Señor: el que es bienaventurado: hace sus mandamientos de buena gana. En sus mandamientos se deleitará en gran manera. Ved lo que dice: No dijo, hace sus mandamientos. Pues muchos también lo hacen por temor, y no tienen recompensa. Pues quien teme al infierno, y por eso no fornica, no tiene tanta recompensa, como aquel que lo hace por amor a Dios. En sus mandamientos querrá, esto es, desea en gran manera, esto es, desea hacer sus mandamientos. Como alguien, si está en el calor, tiene sed: así él desea los mandamientos del Señor. En los mandamientos del Señor querrá en gran manera. No hace ansiosamente sus mandamientos, sino que quiere: y quiere no transitoriamente, sino, en gran manera. El tercer versículo es:

Su descendencia será poderosa en la tierra. Quien hace los mandamientos de Dios con voluntad, soy digno de ser padre de los santos. Brevemente decimos, para que el discurso no se alargue. La generación de los rectos será bendecida. Que el Señor conceda, que también vosotros que me escucháis, seáis generación de rectos.

Gloria y riquezas en su casa. Gloria y riquezas. ¿Pensamos que se dice de la gloria y las riquezas del siglo? ¿Por eso alguien hace la voluntad de Dios y sus mandamientos, para

obtener las riquezas de este mundo? Y ciertamente no hace los mandamientos de Dios si no desprecia las riquezas del mundo (Sal. CXI). Gloria y riquezas en su casa. La gloria de los creyentes es, como dice el Apóstol: ¿No sois vosotros mi gloria y mis riquezas? Riquezas, de las que dice el mismo Apóstol: que habéis sido enriquecidos en toda ciencia y justicia. Y su justicia permanece por los siglos de los siglos.

Ha surgido en las tinieblas luz para los rectos de corazón. Nosotros una vez errábamos en las tinieblas: estábamos sentados en tinieblas y en sombra de muerte: pero la luz ha surgido para nosotros, según Isaías (Cap. LVIII): Misericordioso y compasivo y justo. Misericordioso y justo. Si eres pecador, no desesperes del perdón: es misericordioso. Pero si eres soberbio, y confías en ti mismo por la clemencia de Dios, no seas negligente, y es justo. Misericordioso y compasivo y justo. Ved lo que ha hecho la prudencia del Salmista: La justicia es simple: la misericordia es doble. Misericordioso y compasivo y justo. Porque el Señor es misericordioso y compasivo, y el hombre justo imite a su Señor, sea también él misericordioso.

Agradable es el hombre que se compadece y presta. ¿Alguien piensa que habla de oro y plata, y de dinero? Los justos tanto no tuvieron para prestar a otros, que ellos mismos recibían alimento de otros. Entonces, si no tengo para dar, ¿ya no soy justo? Si no hago limosna, ¿no seré contado entre los justos? ¿Cuántos de los santos hicieron limosnas, pero cayeron en santidad? Los perfectos no hicieron limosnas, porque no tenían de dónde hacerlas. No hacer limosnas, es un crimen del que tiene. Pero quien no tiene de dónde hacer limosnas, es libre. Por mucho que quiera dar, tanto ha dado: porque lo dio con el deseo. Sin embargo, también tienen los santos de dónde hacer limosnas. Dice también Pedro: No tengo plata ni oro: pero lo que tengo, te doy (Hechos III). En el nombre del Señor Jesús, levántate y anda. ¿Qué es mayor, dar dinero, o hacer sano a un inválido? Agradable es el hombre que se compadece y presta. ¿Cuáles son estas limosnas, qué es esto que presta el hombre justo? el segundo versículo lo muestra. Dispone sus palabras con juicio. No dijo: dispone su oro, y su plata, y su dinero con juicio: sino, dispone sus palabras con juicio. Esta es la misericordia, si el hombre santo enseña a otros que no son santos. Dispone sus palabras con juicio. Entendimos, pues, cuáles son las riquezas que se prestan. Pero esto que dice, dispone sus palabras con juicio, esto es lo que se dice en el Evangelio, no arrojemos nuestras perlas delante de los cerdos (Mat. VII). Esto es, que cada uno sepa a quién da, qué puede recibir, qué no puede. Por eso el hombre santo dice: En mi corazón he guardado tus palabras, para no pecar contra ti (Sal. CXVIII). No las di a quienes quise. No arrojé lo santo a los perros, y di las perlas a los cerdos. Gran peligro es, pues, del doctor, derramar las palabras del Señor a los cerdos. Hay muchas cosas que decir del salmo. Pero como la hora nos excluye, bendigamos al Señor omnipotente, y quien tiene tales riquezas, las dé a quienes no las tienen. Y quien no las tiene, las reciba de buena gana. Que el Señor me conceda también a mí, que yo también tenga estas riquezas; que dé a quienes no tienen, y acumule riquezas a quienes las tienen, para que esta bienaventuranza, tanto diciendo la tenga como escuchando. Pues bienaventurado es quien habla en los oídos del que escucha. ¿Qué me aprovecha hablar, si otro no recibe mis palabras? ¿Qué aprovecha enviar vino, si inmediatamente lo que se envía, se derrama? Ves que en el Evangelio esa agua se pone en la tinaja, y se convierte en vino, y se guarda para que no se pierda (Juan II). Se compadece, esto es, en el corazón, y cree en la obra. Es bueno dar la sustancia terrenal: pero es mejor en anunciar la misericordia, esto es, que entregues al olvido, quien te ha hecho mal, esto es, que perdones a quien ha pecado contra ti. Dispone sus palabras con juicio, esto es, es juez de sí mismo. Dice en sí mismo. El Señor dijo: Si perdonas, se te perdonará: si das, se te dará (Mat. VI). Porque quien así se juzga aquí en el presente, Dios lo corona en el futuro. Porque en la eternidad no será conmovido. Este tal no será conmovido: porque está fundado sobre la roca.

En memoria eterna será el justo. Aquel justo siempre está en la memoria de Dios. No temerá de malas noticias. De aquel, apartaos, malditos (Mat. XXV)!

Preparado está su corazón para confiar en el Señor. Esto es, su esperanza siempre está preparada en Dios. Su corazón está firme. Su alma en la fe. No será conmovido. De la misma fe a la infidelidad: porque está fundado sobre la roca, esto es, sobre Cristo. Hasta que vea a sus enemigos. Esto es, desprecia los vicios y pecados, todas las herejías, o desprecia el poder de los enemigos.

Repartió, dio a los pobres, su justicia permanece por los siglos de los siglos. Repartió, esto es, distribuyó. No dijo: Da todo a un solo hombre, sino dice: Ve y vende todo lo que tienes, y da a los pobres (Marcos X, y Lucas XVIII). Porque lo repartió entre muchos, o lo dispersó: porque más es la oración de muchos que de un solo hombre. Su justicia permanece por los siglos de los siglos, esto es, sus obras mismas permanecen. Su cuerno será exaltado en gloria. Esto es, su reino será exaltado en gloria, esto es, estará con Dios.

El pecador verá. ¿Cómo verá, si el Profeta dice: Sea quitado el impío para que no vea la gloria de Dios. Sin embargo, sigue: Vean y se confundan (Zacarías XII). Y en otro lugar. Verán a quien traspasaron, esto es, verán aquella forma de siervo y hombre, que se dignó tomar de nuestra humanidad: pero aquella gloria que los santos tendrán, ni la tendrán, ni la verán, y cuanto vean, lo verán para su castigo. Y se enojará. Esto es, contra sí mismos; porque no hicieron el bien. Será para ellos un arrepentimiento tardío. Dirán: Estos son, a quienes tuvimos en desprecio: he aquí que entre ellos son contados como siervos de Dios. De nada nos sirvieron las abundancias de riquezas: El sol no nos salió. Rechinará sus dientes y se consumirá. Por el rechinar de dientes, se entiende el frío, como aquello: Allí será el llanto y el crujir de dientes (Mat. V, y Luc. XIII). Porque allí habrá tanto frío como calor, y ninguna paz. El deseo de los pecadores perecerá: esto es, todos los bienes que aquí en el presente tuvieron. Escuchemos diligentemente las palabras de Dios: a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXII.

Aleluya. Este salmo nos enseña, que, dejando la antigua malicia, como recién nacidos infantes, nos gloriemos en las alabanzas de Dios. Pues dice:

Alabad, siervos, al Señor, alabad el nombre del Señor. Aquí los siervos son llamados a la alabanza: de quienes en Isaías el Salvador dice: He aquí yo y los hijos que el Señor me dio (Isaías VIII). Pues de la boca de los niños y de los que maman, se perfecciona la alabanza plena en Dios.

Sea el nombre del Señor bendito. A quien toda criatura bendice. ¿Acaso no fue bendito antes? Siempre lo fue, pero antes solo en una nación, los judíos le bendecían y creían: pero ahora en todas las naciones se cree y se bendice. Desde ahora y hasta el siglo. Desde ahora, esto es, desde que los hombres comenzaron a creer y alabar. Y ahora, esto es, en el presente: y hasta el siglo, esto es, sin fin. Pues también antes siempre fue bendito.

Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso. Esto es, desde el inicio de nuestro nacimiento hasta la muerte. Alabado sea el nombre del Señor. Como dije antes.

Excelsus es el Señor sobre todas las naciones. ¿Acaso antes no era excelso? Lo era en Judea, ahora sobre todas las naciones. Dice por el profeta: Porque quiso reprobar a los judíos y elegir a las naciones. Y sobre los cielos su gloria. Esto es, sobre los Santos su gloria.

¿Quién como el Señor nuestro Dios? Como si dijera: Ninguno tal. Como aquello: ¿Quién es semejante entre los hijos de Dios? Y en otro lugar dice: No hay semejante a ti entre los dioses, Señor (Salmo LXXXV). Que habita en las alturas, y mira lo humilde en el cielo y en la tierra. En las alturas, esto es, en los santos. ¿Acaso no habita también en los humildes? Habita: porque en los humildes mira: como aquello: ¿Sobre quién miraré, sino sobre el humilde y temeroso de mis palabras? (Isaías LXVI). ¿Cuándo son altos los santos? Cuando contemplan las cosas celestiales. Y entonces son humildes en la tierra: cuando se humillan en lo activo, se elevan en lo contemplativo. Y aquellos que aquí en la tierra son humildes, ante Dios son altos. ¿Por qué no dijo, habita en los humildes: sino que dijo, mira? Porque donde mira, allí habita, y donde habita, allí mira.

Levantando de la tierra al pobre. Y se entiende tanto de la cabeza como de los miembros. Levantando, esto es, Dios Padre resucitó a Cristo, que se hizo pobre y necesitado por nosotros. Y nosotros, pobres, es decir, sin padre diablo, sin madre gentilidad, somos levantados por Cristo. Y del estiércol levanta al pobre. Lo que dijo, tierra, esto es, y estiércol, y lo que dijo, necesitado, esto es, y pobre. Porque de la tierra y de la podredumbre de nuestros pecados nos levantó: como aquello: ¿Por qué te enorgulleces, polvo y ceniza? (Eclesiástico X).

Para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo. Dios Padre colocó a su Hijo en los cielos a su derecha. Y dominará sobre los príncipes, es decir, sobre los nueve órdenes de ángeles, según aquello: Príncipe de la milicia, o príncipe de las virtudes soy yo. Y además colocó a los santos y sus miembros con esos nueve órdenes de ángeles. Que hace habitar a la estéril en casa, madre de hijos gozosa. Estéril, esto es, la santa Iglesia. De donde en el profeta dice: Alégrate, estéril, etc. (Isaías LIV). Primero fue estéril la santa Iglesia: porque no engendraba hijos, sino pocos: la Sinagoga tuvo por esposo a Dios, pero sin embargo engendró pocos (Hechos II y siguientes). Después la Iglesia, que antes había sido estéril, en un día o dos, dio a luz grandes partos, cuando engendró ocho mil. Y en el profeta dice: ¿Quiénes son estos, o quién me los engendró? (Isaías XLIX). Hazme espacio y ciudades donde habitar. Y el Señor dijo: Yo lo haré (Salmo XVIII). En toda la tierra salió su sonido, esto es, en todo el mundo. Que hace habitar a la estéril en casa, esto es, en la Iglesia. Y ella misma es estéril, y ella misma es madre, y ellos son hijos, y en sí misma habita. Esto es, la unidad de la Iglesia, una cosa es, y muchos miembros: pero un cuerpo son muchos, como dice Pablo, y allí se alegrará en sí misma, esto es, en la unidad (Romanos XII).

SALMO CXIII.

Aleluya. Este salmo contiene la voz del profeta, mostrando que lo que en él se narra históricamente, se debe entender espiritualmente.

En la salida de Israel de Egipto, la casa de Jacob del pueblo bárbaro. Este salmo según la historia recuerda, cuando los hijos de Israel salieron de Egipto (Éxodo XIII). Pero más se refiere al sentido, cuando fuimos liberados de Egipto, esto es, de las tinieblas de la ignorancia de nuestros pecados por el bautismo. La casa de Jacob del pueblo bárbaro. Fueron liberados aquellos israelitas del pueblo bárbaro, esto es, de aquellas gentes que habitaban en Egipto. Y al sentido. La casa de Jacob, entienden los supplantadores de vicios. Fueron liberados estos, y nosotros la casa espiritual de Jacob fuimos liberados de aquellos infieles, que permanecieron

en la infidelidad (Génesis XXXII). La casa de Jacob. Primero fue llamado Jacob, después Israel. De donde dijo: Vi al Señor cara a cara, y fue salvada mi alma. Y el Señor le dijo: Ya no te llamarás Jacob, sino que Israel será tu nombre. Y nosotros primero debemos ser Jacob, esto es, supplantadores de vicios: para que después podamos ser Israel, es decir, almas que ven a Dios, y con los ojos del corazón contemplar a Dios: según aquello: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V).

Judea fue su santificación. En Judea primero fue la santificación de Dios. Pero Judea, confesión se interpreta, es decir, en aquellos que confiesan la fe de la Trinidad, y vienen al bautismo, donde está la santificación de Dios. Israel su potestad. Y es potestad de Dios, que merezcamos ser Israel, es decir, que seamos llamados almas que ven a Dios. Israel reinó en ella.

El mar lo vio y huyó. El mar lo vio y huyó, cuando Moisés vino con su pueblo (Éxodo XIV). ¿Y cómo lo vio? Es decir, entendió la voluntad del Creador, y dio lugar a aquel pueblo. De otra manera, según el sentido: El mar, la gentilidad, vio a los santos predicadores, supplantadores de vicios, y las almas que ven a Dios huyeron, es decir, no pudieron resistir a los apóstoles, porque Dios estaba en ellos. El Jordán se volvió atrás. No se lee en la historia que el Jordán se volviera atrás (Josué III), sino cuando con el arca entraron en él: como si aquella agua hubiera caminado hacia atrás, así se detuvo como un muro, y aquella otra agua pasó al mar. ¿Qué se entiende entonces por esto? Jordán se interpreta, descenso de ellos. Se entienden aquellos, que vienen al bautismo. Cuando vieron a los Mártires sufrir muchas persecuciones, se volvieron al mar, esto es, en la gentilidad negaron. Después el Señor por sus predicadores los llamó: Convertíos a mí, y yo me volveré a vosotros (Zacarías I). Y después muchos se convirtieron a Dios. Aquella agua pasó al mar, es decir, son infieles que pasaron al mar, es decir, al mar de la perdición.

Los montes saltaron como carneros, y las colinas como corderos de ovejas. Saltaron los santos predicadores, cuando vieron a aquellos convertidos, que antes fueron blasfemos. Saltaron como carneros, es decir, príncipes de los rebaños, que engendran hijos, es decir, los santos apóstoles. De donde uno de ellos dijo: Por el Evangelio yo os engendré (I Corintios IV). O se entienden los predicadores de mayor mérito, que ahora engendran hijos por su predicación. De donde Pablo dijo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV).

¿Qué te pasa, mar, que huiste; y tú, Jordán, por qué te volviste atrás? El profeta se pregunta a sí mismo, y él mismo responde, como si dijera: ¿Qué te pasó, gentilidad, que huiste? Y tú, Jordán, esto es, y vosotros, cristianos, ¿qué fue lo que os volvisteis atrás? ¿Por qué? Visteis a los santos predicadores, es decir, montes: visteis carneros, esto es, supplantadores de vicios, y almas que ven a Dios Padre, por eso huisteis.

Montes, saltasteis como carneros, y colinas como corderos de ovejas. Es repetición.

Ante la presencia del Señor se movió la tierra, ante la presencia del Dios de Jacob. Expuso esto el profeta en otro lugar cuando dijo: Vio, y se movió la tierra (Salmo LXIX). Y poco después dice: Ante la presencia del Señor, y lo demás. Se movió la tierra, esto es, ante la presencia de Dios, porque Dios estaba en sus predicadores. Se movió la gentilidad; ante la presencia del Dios de Jacob, es decir, ante la presencia de aquel a quien adoró Jacob.

Que convirtió la roca en estanques de agua. Roca, Cristo, y según la historia, de la roca salieron ríos (Éxodo XVII). Antes de que Cristo viniera en carne, no habían brotado aún

tantas aguas, esto es, tanta doctrina: Después salieron de Cristo cuatro ríos, los cuatro Evangelios, y regaron todo el mundo. Y la peña en fuentes de agua. Es repetición. Las peñas son, que también son roca. Roca, se dice peña. Y la peña en fuentes de agua. Mucha doctrina de Cristo. Mar Rojo, que se llama así: porque como sangre era aquella agua del mar, que figuraba el bautismo.

No a nosotros, Señor, no a nosotros; sino a tu nombre da gloria. Dicen aquellos buenos judíos: No nuestro mérito nos liberó, sino tu poder: para que tu nombre sea glorificado en todas las naciones. O los predicadores del Nuevo Testamento dicen de manera similar. Cuando hacen virtudes, Dios las hace por ellos: para que su nombre sea glorificado, y alabado por él.

Sobre tu misericordia y tu verdad. Tu misericordia, y tu verdad hace esto. Para que no digan las naciones, ¿Dónde está su Dios? Por esto hace Dios estas maravillas, para que no digan las naciones, que no pudo Dios salvarlos. O ahora en el Nuevo Testamento hace de manera similar en sus santos.

Nuestro Dios está en el cielo: todo lo que quiso, hizo. Dios en el cielo arriba. Dicen los santos a aquellos infieles, que adoran ídolos: Vosotros tocáis a vuestros dioses con la mano, y los veis con los ojos corporales, pero nuestro Dios está en el cielo arriba. En el cielo y en la tierra, todo lo que quiso, hizo. En aquellos que llevan una vida celestial, y aún están encerrados en carne terrena, cumplió sus voluntades.

Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres. Por eso se dice ídolo, porque a semejanza de algún hombre muerto, ha sido hecho. Plata y oro. ¿Por qué no dijo, de piedra, o de bronce, sino de barro, o de madera; sino de plata y oro? Porque preveía el Espíritu Santo: que cuando fueran increpados por ello, qué respuesta darían. Por eso puso oro y plata, porque dirían ellos: No adoro, ni a un dios de madera, ni de piedra, ni de bronce; sino a un dios de oro y plata. Le dices: Si hubieras adorado oro y plata, no sería tal error. Y ellos dicen: No adoramos oro, ni plata. Él respondió: No oro y plata, sino a mi dios adoro. ¿Cuál es esta imagen, y aquel poder que está en ella? Le dices: El diablo está allí. Él dice: Lejos de mí. No quiero adorar al diablo. ¿Cómo no adoras al diablo, porque en otro salmo leemos: Todos los dioses de las naciones son demonios (Salmo XCV)? Dice él: Ni esto adoro. ¿Qué adoras entonces? Yo adoro al sol, la luna, las estrellas. Estos son mis dioses, ellos me salvan. Le dices: Si el sol es tu dios, ¿por qué no siempre te ilumina? Le dices a otro, que adora la luna, o a este que adora el sol: El sol está entero. Tú adoras la luna, ¿por qué crece y decrece tu dios, y de noche ilumina? ¿Por qué no siempre te ilumina? Y en el mar cuando te hundes, tu luna, y tus estrellas ¿por qué no te liberan, y te dan luz arriba? ¿Por qué añade: obra de manos de hombres, plata y oro? De la tierra lo extraen los hombres, y lo cultivan, y lo colorean, y así se vuelve hermoso. Entonces de tus manos haces a tu dios a quien adoras. Estas cosas se dicen para refutar a los malos.

Tienen ojos, y no verán: tienen oídos, y no oirán: tienen narices, y no olerán. Tienen manos, y no palparán: tienen pies, y no caminarán: no clamarán con su garganta. Ni siquiera hay espíritu en su boca. Le dices: Si al menos hubieras adorado a una bestia, aunque era malo, pero al menos tiene ojos, o pies: pero eso que adoras, ni ve, ni oye. ¿Por qué añade: No clamarán con su garganta? Porque las bestias claman con voz, pero su clamor es confuso. No entiendes, ni puedes por letras, o por sílabas comprender, cómo comprendes la voz del hombre.

Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos. Semejantes, esto es, si no corrige sus ojos, porque vio aquel oro, aquella imagen. Pero también en el alma se hace semejante, mientras no corrige, porque ni ve, ni entiende, ni discierne, mientras más cree en el error. Por eso se dice semejante. Y todos los que confían en ellos. No solo los que los hacen, sino también los que confían.

La casa de Israel confió en el Señor. La casa de Israel, las doce tribus de Israel. ¿Acaso Aarón, la tribu de Leví no confió? No confió en tales dioses muertos, sino en el Señor. La casa de Israel, la casa de las almas que ven a Dios en el Señor confían. Y Aarón, monte de fortaleza, es decir, los que son fuertes y altos en mérito, en el Señor confían. Es su ayudador y protector. Esos dioses no sirven, según lo dicho por Jeremías: no liberan al hombre de la guerra, no constituyen rey, pero este los defiende, y los protege, según lo dicho por Daniel (Daniel II y III), verdaderamente él es su Dios, y él cambia los tiempos, y quita reyes, y los constituye.

La casa de Aarón confió en el Señor: es su ayudador y protector. Los que temen al Señor, confiaron en el Señor. Excepto estos, la casa de Israel, y Aarón, todos los que lo temen y aman, él los protege y defiende.

El Señor se acordó de nosotros, y nos bendijo. Se acordó, porque liberó a los hijos de Israel. Y a nosotros, porque lo que prometió, lo cumplió con obra. Envió a su Hijo, que tomó carne, y nos liberó. Esto digo, que Dios se acuerde. Y nos bendijo, esto es, con toda bendición espiritual.

Bendijo a la casa de Israel, bendijo a la casa de Aarón. Bendijo a todos los que temen al Señor, pequeños con grandes. Es decir, los de mayor mérito, y los inferiores.

Añada el Señor sobre vosotros. Otros predicadores. Primero fueron pocos, después muchos se hicieron en el mundo predicadores.

Benditos vosotros del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Benditos: esto es, vosotros santos sois benditos del Señor.

El cielo de los cielos es del Señor, pero la tierra la dio a los hijos de los hombres. El cielo de los cielos, como dice el cántico del salmo, y el salmo del cántico. Este cielo está sujeto a aquel cielo superior, donde está el firmamento, y de allí tiene luz. Y la tierra de nuevo está sujeta a aquel cielo aéreo: de allí tiene lluvia y toda necesidad. Según el sentido, el cielo más alto, los santos apóstoles, que del mismo Cristo escucharon la predicación, y recibieron la iluminación del Espíritu Santo, y de allí fueron enseñados. El cielo de nuevo los sucesores de los apóstoles, a quienes ellos predicaron, y el Señor los iluminó en su alma. Pero la tierra la dio a los hijos de los hombres. Estos son aquellos más simples que solo creen en la encarnación, que se alimentan de leche, y son nutridos por la predicación, y ellos que eran terrenales, se hacen cielos.

No los muertos te alabarán, Señor. Esto es, los pecadores. Pues el pecador cuando ha llegado al fondo de los males, desprecia (Proverbios XIII). Ni todos los que descienden al infierno. Esto es, los habitantes del infierno.

Pero nosotros que vivimos, bendecimos al Señor. Nosotros los fieles que vivimos, es decir, que tienen fe y obras, ellos alaban a Dios. Desde ahora y para siempre. Desde ahora, es decir, desde que comenzamos a entender. Ahora, ahora. Para siempre, sin fin.

SALMO CXIV.

Aleluya. Este salmo contiene la voz del alma fiel peregrinando de Dios, que después de largos trabajos es recibida por él.

Amé, porque el Señor escuchará la voz de mi oración. No dijo: amaré; sino, amé. No prometió hacer, sino que testifica haber hecho. Amé. ¿Por qué amé? Porque el Señor escuchará la voz de mi oración. Amé, es de tiempo pasado: pero escuchará, es de futuro. Pues no dijo: porque amé que el Señor me escuchó; sino, amé, porque el Señor me escuchará.

Porque inclinó su oído hacia mí. Porque nosotros somos pequeños y humildes, y no podemos extendernos y exaltarnos: por eso el Señor inclinó su oído, y se digna escucharnos. En efecto, porque somos hombres, y no podemos hacernos dioses: Dios se hizo hombre, e inclinó, según aquello que está escrito: E inclinó los cielos, y descendió (II Samuel XXII). Y en mis días te invocaré. Aquí se pregunta cómo invoca en los días, y no invoca en las noches. Y cómo dice en otro lugar: A medianoche me levantaba para confesarte, cuando los santos suelen orar más en la noche (Salmo CXIII). Y en otro lugar se dice: En las noches levantad vuestras manos en el santuario, y bendecid al Señor (Salmo CXXXIII). ¿Cómo dice, y en mis días te invocaré? No dijo, invoqué; sino, invocaré, en el futuro. Pues mientras estamos en este mundo, en la noche invocamos. En el futuro en el día invocamos al Señor: por eso dijo, en mis días. Pues para los pecadores es noche: pero para mí es día.

Me rodearon los dolores de la muerte. Me parecen los dolores de la muerte ser pensamientos feos, cuando el alma piensa, y desea pecar, pues engendra pecados, está cercana a la muerte. Y los peligros del infierno me encontraron. ¡Oh nosotros infelices, y miserables, y dignos de llanto: porque siempre el pecado nos busca! Si siempre los pecados nos buscan, apresurémonos para que no nos encuentren. Esta es la diferencia entre los dolores de la muerte, y los peligros del infierno. Dolores de la muerte, son malos pensamientos: peligros del infierno, son malas obras. Como es, sin embargo, digo: una cosa en teoría, otra en obra, esto es, en práctica. Allí es dolor y parto: aquí, sin embargo, el peligro está cercano a la muerte.

Tribulación y dolor encontré. Dice algo nuevo. No dice, Encontré descanso: no dice, Encontré saciedad. Pero si hubiera dicho, La tribulación me encontró, el dolor me encontró, no habría problema. Ahora, ¿qué dice? Tribulación y dolor encontré: como si buscara, así encontró. Pues no se encuentra sino lo que se busca. El santo no busca descanso, sino tribulación. Sabe que la tribulación produce paciencia: la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no defrauda (Rom. V). Algo similar se dice en Jeremías (Jerem. VI y XIV). Tribulación, dice, y miseria invoqué. Porque, dice, me reiré de tu palabra amarga, es decir, en este mundo, ¿qué otra cosa quiero sino tribulación, para tener en el futuro descanso y felicidad? Y por eso, dice, ahora soporto amargura, para después merecer dulzuras. Y el pueblo del Señor, saliendo de Egipto, llegó a Mara, que se interpreta como amargura, y de Mara a Sinaí, que se interpreta como tentación (Éxodo XV). Y nuevamente Jeremías: Me sentaba solo, porque estaba lleno de amargura (Jerem. XV).

Oh Señor, libera mi alma. La propiedad del idioma hebreo no puede ser expresada por el griego ni el latín. En hebreo, por "o" se tiene ANNA (). Anna se interpreta como ruego y suplico. Y lo que dice es: Suplico, Señor, libera mi alma. No es un llamado, sino un sentimiento de súplica. Está en un gran peligro. Misericordioso es el Señor y justo, y nuestro Dios tendrá misericordia. Presta atención, pecador. Misericordioso es el Señor, pero no seas

negligente: sigue, y justo. Si eres gran pecador: escucha, misericordioso es el Señor: si eres negligente: escucha, y justo es. Pero parece que es igual, misericordioso el Señor y justo. Por ejemplo, en diez partes es misericordioso, y en diez partes es justo, y hablo así para los más simples. Alguien podría decir: Si se pesan mis pecados, ¿no puedo tener tantos bienes como males tengo? Ahora se dice que es misericordioso y justo. Es misericordioso con los pecadores, justo con los buenos. Comienzan a pesarme mis pecados, y prevalece en su misericordia. Por eso una vez puso justo, y en segundo lugar, misericordioso. Podría hablar también del pasado. Y nuestro Dios, dice, tendrá misericordia, para mostrarlo siempre misericordioso.

El Señor cuida a los pequeños. Si alguien es grande, y se exalta, y es soberbio, el Señor no lo cuida. Si alguien se cree grande, el Señor no tiene misericordia de él; pero si alguien se humilla, el Señor tiene misericordia de él y lo cuida. Pues dice: He aquí yo y los niños que el Señor me dio. Y nuevamente: Me humillé; y me salvó. Lo entendemos de dos maneras: Me humillé, y me salvó. Ya sea que pequé, y me salvó, o, cuando era soberbio, y me humilló, y me salvó.

Vuélvete, alma mía, a tu descanso. Cuando se dice, Vuélvete a tu descanso: entonces tuvo antes descanso que perdió. Pues nadie se vuelve, sino quien va a donde antes estaba. Dios nos creó buenos, y nos dejó a nuestro albedrío, y a todos con Adán nos puso en el paraíso. Pero porque por nuestro albedrío caímos de aquella bienaventuranza, y vinimos al valle de lágrimas, por eso el justo exhorta a su alma, para que se vuelva allí de donde descendió. Vuélvete, alma mía, a tu descanso. Pues este lugar es lugar de tribulación, es tierra de luchadores. Este lugar es de lágrimas, donde no se puede caminar seguro. Dondequiera que alguien esté, hay peligro. Si en el desierto, hay escorpiones: si en las ciudades, el ojo de la ramera es perdición para el hombre: si en el mar, hay ladrones y piratas. Todo esto lo hablo mística y figuradamente. Pues ahora no hay peligro para el hombre santo de ser asesinado por ladrones, ya que los mártires vencieron con su sangre. Vuélvete, alma mía, a tu descanso. Porque el Señor te ha hecho bien. ¿A dónde, dice, te vuelves, oh alma? Al paraíso. No porque lo merezcas, sino por la misericordia del Señor. Que salieras del paraíso, fue por tu culpa, pero que regreses, fue por la misericordia del Señor. Y digamos a nuestra alma: Vuélvete a tu descanso. Nuestro descanso, Cristo es nuestro Dios. Si alguna vez estuviéramos en angustia, y comenzara el pensamiento a cautivarnos en pecado, digamos: Vuélvete, alma mía, a tu descanso.

Porque ha librado mi alma de la muerte. Aún no ha regresado al paraíso, y ya dice que ha vuelto a la seguridad. Dijo, Vuélvete, alma mía, a tu descanso, y como seguro dice, porque ha librado mi alma de la muerte. ¿Cómo ha librado mi alma de la muerte? Mi Dios sufrió por mí, mi Dios fue crucificado por mí, y digo: ¿Dónde está, muerte, tu victoria; dónde está, infierno, tu aguijón (Oseas XIII; I Cor. XV)? Mis ojos de las lágrimas. Lloré, para reír: lloré, para gozar eternamente. Quien no llora en el presente, llorará en el futuro. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V). Por el contrario, se dice: ¡Ay! de vosotros que reís, porque lloraréis. Mis pies del tropiezo. Porque mis pies no estuvieron sobre la roca, por eso casi se movieron mis pies, casi se deslizaron mis pasos. Mis pies fueron liberados del tropiezo. ¿Por qué? Porque mi alma se volvió a su descanso.

Agradaré al Señor en la tierra de los vivos. Parezco, dice, justo a los hombres, ¿por qué no tengo buenas obras? Parezco santo a los hombres, ¿por qué no tengo buenas palabras? Esto dice David: esto dicen los santos, esto hablan los apóstoles: pues el pecador no dice esto. ¿Qué dice el justo? Porque no tengo buenas palabras y obras, y parezco santo, y soy alabado por los hombres. Pero yo conozco mi conciencia. Sé con qué pensamientos fluctúa mi

corazón: sé cuántas pasiones me vienen, y veo otra ley que lucha contra mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado (Rom. VII): por eso digo: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte (Ibíd.)? Y por eso digo: Líbrame de mis ocultos, y de los ajenos perdona a tu siervo (Salmo XVIII). De los ajenos. No es mío lo que concibo. No quiero pensar mal, y pienso. No quiero pensar mal, y casi como forzado y cautivo soy llevado a un mal pensamiento. Pero como no está en mi poder, ni pensar, ni no pensar lo que es malo: por eso digo, son ajenos los que vienen a mi corazón. Pero como casi se me impone una necesidad: por eso digo, Líbrame de mis ocultos. Son ajenos los pecados, pero como los acepto: digo en los pecados ajenos, Perdóname, siervo tuyo: Pero ¿por qué dije esto? Porque dijo el profeta: Agradaré al Señor. No dijo, Agrado, sino agradaré. Pues con lo que hago, no puedo ser perfecto justo. Por eso dice también el Apóstol: En parte conocemos, y en parte profetizamos, y ahora vemos por espejo en enigma (I Cor. XIII). Por eso ahora hemos usado un largo discurso: porque en este mundo presente nadie puede ser perfecto justo, ni David, ni los apóstoles, ni ninguno de los santos. Pues nadie es limpio de pecado, ni aunque su vida sea de un solo día (Job XV). Pues los apóstoles y santos no se atrevieron a decir, Somos santos: ni se atrevieron a decir, Agrado: sino agradaré. Quien está preocupado por el futuro, confiesa lo que no hizo en el pasado. Agradaré al Señor: ¿Dónde agradaré? En la tierra de los vivos. Pues esta es la tierra de los muertos: otra es la tierra de los vivos. Pues también David estaba en esta tierra, y verdaderamente en la tierra de la promesa, diciendo: Agradaré al Señor en la tierra de los vivos: confiesa que esta tierra no es de los vivos, sino de los muertos. ¿Queréis saber cuál es esa tierra de los vivos? El Señor dice en el Evangelio: Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, y estaban muertos (Lucas XXIII). ¿Y qué sigue? Dios, dice, no es de muertos, sino de vivos. Por tanto, ¿qué dice el justo? Agradaré al Señor en la tierra de los vivos. En la tierra de Abraham, Isaac, y Jacob (Lucas XVI). Esto es, cuando verdaderamente esté en el seno de Abraham, entonces agradaré al Señor.

SALMO CXV.

Aleluya. Este salmo la quinta y sexta edición lo unen con los anteriores: Sin embargo, Símaco y los Setenta intérpretes lo dividen.

Creí, por lo cual hablé. En hebreo el salmo ciento catorce y el ciento quince son un solo salmo. Por tanto, dijo: Creí, por lo cual hablé. ¿Qué creíste? ¿lo que hablaste? El salmo anterior terminó así: Agradaré al Señor en la tierra de los vivos. Dice entonces el profeta: Creí, por lo cual hablé. ¿Qué creí? Que agradaré al Señor en la tierra de los vivos. Esto creí, y esto hablé. ¿Pero qué hablé? Yo, sin embargo, fui muy humillado. ¡Oh gran inteligencia del divino discurso! Creí, dice, que agradaré al Señor, que seré ángel; que estaré en los cielos, y no fui soberbio: no me exalté, sino que fui muy humillado. Que estaré en la tierra de los vivos, es por la misericordia del Señor. Pero yo me conozco a mí mismo, porque soy tierra y ceniza. Por eso digo: Yo, sin embargo, fui muy humillado. ¿Pero qué es tierra y ceniza?

Yo dije en mi exceso: Todo hombre es mentiroso. En hebreo tiene otra cosa. Yo dije en mi exceso: Todo hombre es mentira: lo que se dice ZECAM. Agradaré al Señor en la tierra de los vivos: pero yo me conozco a mí mismo, según la condición del cuerpo, no ser nada. Pues no hay verdad en nuestra sustancia, sino que es sombra, y casi mentira. Lo digo en la sustancia corporal, no en el alma. Y lo que dice es: Agradaré al Señor en la tierra de los vivos. Pero pensando en la vida humana, y considerando los diversos errores, no encuentro verdad en este mundo. Pues en parte conocemos, y en parte profetizamos (II Cor. XI). Por eso digo: Todo lo que vemos, todo lo que entendemos, es mentira. ¿Cómo es entonces mentira? Aquí dijo mentira, como sombra, como imagen: como se dice en otro lugar: Sin embargo, en imagen pasa el hombre (Salmo XXXVIII). La misma inteligencia se dice ahora: todo hombre

es mentiroso, esto es, todo hombre es sombra. Esto lo decimos según la verdad hebrea. Pero hablemos también según los Setenta intérpretes. Pues alguien podría decir, ¿qué me importa lo que se tenga en hebreo? Yo sigo a la Iglesia. Yo dije en mi exceso: Todo hombre es mentiroso. ¿Dice la verdad David, o miente? Si es verdad, todo hombre es mentiroso, y esto que dice, todo hombre es mentiroso, es verdad, entonces él también miente, porque él también es hombre. Pero si él también miente, entonces esto que dijo, Todo hombre es mentiroso, no es verdad. Por donde quiera que lo gires, viene al contrario. Y como él es hombre, entonces él miente; que todo hombre es mentiroso. Entonces miente de otro modo. Ved entonces, que son silogismos de los filósofos. De hecho, según esta sentencia se teje el silogismo de Aristóteles. De hecho, tú dices: Habla a otro: si mientes, y dices la verdad que mientes: entonces mientes. Ved cómo se vuelve al contrario la sentencia. Pues ¿qué dice: Oh tú que hablas conmigo: si mientes, y dices la verdad esto mismo que mientes: entonces mientes, y en el mismo discurso se hace, que dice la verdad, y miente. Por eso se leyó en el Apóstol: Mirad, que nadie os engañe por filosofía y vana decepción de hombres, según los elementos del mundo (Colos. II). Pues los filósofos encontraron sus engaños de su propio arte: cómo en el mismo discurso, y alguien dice la verdad, y miente. Pero digamos que David dijo la verdad, que todo hombre es mentiroso. Mientras seamos hombres, mentimos: pero cuando seamos dioses, dejamos de mentir. Pues donde hay celos y contiendas entre vosotros, ¿no sois hombres, y andáis según el hombre (I Cor. III)? Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo. Pero vosotros como hombres moriréis, y como uno de los príncipes caeréis (Salmo LXXXI). Si alguien es santo, se convierte en Dios, y cuando se convierte en Dios, deja de ser hombre, y ya miente. Pues ¿qué dice también el Apóstol? Pero todo hombre es mentiroso, Dios es veraz (Rom. III). Interpretemos de otro modo: Creí, por lo cual hablé. Un maestro cuando enseña a un discípulo, si primero no cree lo que enseña, no puede enseñar a otro. Dice entonces que primero creyó, y así enseña a otro. Yo, sin embargo, fui muy humillado. Pero cuando obtuve la gracia de Dios: no me exalté en soberbia, no me infló el conocimiento. Pero ¿qué hice? Fui muy humillado. Sin embargo, lo que enseñé con palabras, pude también enseñar con humildad. Yo dije en mi exceso: Todo hombre es mentiroso. Enseñaba, dice, a mi discípulo, y considerando la contemplación celestial, y pensando en cosas más divinas: entendí que todo lo que el hombre sabe, es mentira. Pues ¿qué verdad puede haber en este mundo, cuando nuestra vida sobre la tierra es sombra? Si entonces quien enseña al discípulo, confiesa que todo hombre es mentiroso: cuánto más el discípulo no debe exaltarse, y estimarse a sí mismo ser algo.

¿Qué daré al Señor, por todos los beneficios que me ha dado? Porque dijo, agradaré al Señor en la tierra de los vivos, y esto mismo creí, por lo cual hablé, y fui muy humillado, y dije, todo hombre es mentira, todo hombre es sombra, todo hombre es imagen? por tantos beneficios, por los cuales agradaré al Señor en la tierra de los vivos, ¿qué tengo digno que le retribuya? Yo soy tierra, yo soy ceniza: me prometió, que le agradaré en la tierra de los vivos: me hizo maestro. Creí, por lo cual hablé. ¿Qué tengo digno, que le retribuya por tantos beneficios? Cualquier cosa que le dé, es suya, y más le devuelvo que le doy. No tengo otra cosa, que le retribuya, sino que por él derrame mi sangre, sino que por él sea mártir. Esta es la única retribución digna, retribuir sangre por sangre, para que liberados por el Salvador, por el Salvador voluntariamente derramemos sangre.

Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor. En hebreo tiene así: Tomaré el cáliz de Jesús. Esto mismo lo interpreta el Ángel. Y llamarás su nombre Jesús (Lucas I): pues él salvará a su pueblo. Tomaré entonces el cáliz de Jesús. ¿Cuál es este cáliz de Jesús? Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Lucas XXII). ¿Y podéis, dice, beber mi cáliz? Y enseguida sigue: Mi cáliz ciertamente beberéis (Mateo XX). Pero ¿por qué dije esto? Para

que entendamos que el cáliz de la pasión es el martirio. Gran cosa es el martirio. ¿Cómo es gran cosa? Porque retribuye al Señor lo que recibió del Señor. Cristo sufrió por él, y él sufre por su nombre. Porque dijimos que el mártir no tiene otra cosa que retribuir al Señor, y el Señor lo cuenta por calidad, porque ve a su siervo no tener otra cosa que retribuirle. Pues ¿qué es semejante? Dios sufrió por los hombres, el Señor por el siervo, el justo por el pecador. ¿Qué igualdad? Pero porque el siervo no tiene otra cosa que retribuir al Señor: Dios como clemente acepta el martirio como igual. Como si un rico alimentara a un pobre: pero sucediera que el mismo rico viniera con su familia, y viniera por casualidad a la casa del pobre y no tuviera el pobre qué ofrecerle, y a su familia, y solo le dijera, entra en la casa de tu cliente, y mostrara la voluntad, porque no tiene otra cosa que dar, y el pobre hiciera más, como aquella viuda que dio dos blancas (Lucas XXI). Tomaré el cáliz de la salvación, o de Jesús. Y este mismo martirio, dice, no es de mi virtud, sino de la gracia de Dios. Por eso no puedo beberlo, si no invoco el nombre del Señor. Jesús vence, en su mártir es coronado.

Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos. Respondan ahora los judíos: pues dicen que todo cuerpo humano es inmundo según la ley. De hecho, si alguien muere entre los judíos, ya sea profeta, o cualquier santo, si alguien lo toca incluso sacerdote, hasta la tarde es inmundo (Levítico XIX y XXI). Esto está escrito según la letra en la ley. Digamos a ellos: Si el cuerpo muerto es inmundo, ¿cómo ahora se dice: Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos? Si es precioso el cuerpo del santo que muere, ¿cómo es inmundo? Entonces aquí se dice del evangelista, se predica del mártir.

Oh Señor, porque yo soy tu siervo: yo soy tu siervo, y el hijo de tu sierva. Y ya dije en el salmo ciento catorce, donde tiene: Oh Señor, libera mi alma, que en hebreo tiene: ANNA (), que se interpreta como ruego, o suplico. Y aquí tiene así en hebreo: Ruego, Señor: porque yo soy tu siervo, yo soy tu siervo. Parece ser de humildad lo que se dice. Es de gran dignidad, y mérito ser siervo del Señor, y no siervo del pecado. Porque no tengo, dice, señor hombre, porque no tengo señor pecado (Rom. VI). Pues no reina el pecado en mi cuerpo mortal; por eso soy tu siervo. Gran mérito. De hecho, se dice de Moisés: pero no como mi siervo Moisés. Y Abraham, e Isaac, y Jacob se dicen siervos del Señor. Por eso también el Apóstol comienza así: Pablo siervo de Jesucristo.

Has roto mis cadenas: te ofreceré un sacrificio de alabanza. Verdaderamente es de gran felicidad ir al Señor: para no tener la conciencia manchada. Cualquiera que sea santo muere de su propia muerte, aunque sea santo quien haya obrado misericordias, hecho señales, expulsado demonios, no va al Señor seguro: su conciencia se estremece cuando ve al Señor. Sin embargo, el mártir, aunque haya pecado después del bautismo, lavado con el segundo bautismo del martirio, va seguro al Señor. Has roto mis cadenas. Cada uno está atado con las cadenas de sus pecados, pero en mi martirio rompiste las cadenas de mis pecados, y de las cadenas tejiste para mí una corona de victoria. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V). Te ofreceré un sacrificio de alabanza. ¿Dónde sacrifica después del martirio? En la región de los vivos. Sacrificaré, dice, un sacrificio para ti. ¿Qué tipo de sacrificio? ¿Quizás un macho cabrío o un becerro? Esos eran judíos y han pasado. Te ofreceré un sacrificio de alabanza. Esta es la alabanza de los mártires. Así como los mártires alaban al Señor puramente en la región de los vivos, así también los monjes que día y noche cantan al Señor deben tener la misma pureza de los mártires, ya que ellos mismos son mártires. Porque lo que hacen los ángeles en los cielos, eso hacen los monjes en la tierra.

Cumpliré mis votos al Señor en presencia de todo su pueblo. ¿Cuáles son las oraciones de los mártires? ¿Cuáles son las oraciones de los santos? Te sostendré, dice, y no te soltaré.

Adoraré, dice, al Señor, a quien leyendo en el Evangelio, y encontrando crucificado: en los cielos veo reinando con los ángeles. En presencia de todo su pueblo. Ante toda la asamblea de los santos. En medio de ti, Jerusalén. De esa ciudad celestial, que es nuestra madre: de la cual ya hemos sido hechos ciudadanos y domésticos. Por nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra paz. Que se digne concedernos, para que, con la guerra carnal reprimida, y con la paz de su caridad otorgada a nosotros: hechos hijos en la Jerusalén celestial, merezcamos ser unidos a sus santos por méritos. A él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXVI.

Aleluya. Este salmo es pequeño en número de versículos, pero grande en el sacramento del misterio espiritual. Sin embargo, mantiene la voz apostólica, que según la norma evangélica se contiene en el número de cuatro versículos.

Alaben al Señor, todas las naciones. Que, dejando los ídolos, se acercaron a él por la fe. Que todas las naciones habrían de alabar y adorar al Señor, esto lo comenzaron los Magos que vinieron de Oriente, ofreciendo dones al hombre nacido y rey y Señor, como dice el evangelista Mateo. Y alábenlo todos los pueblos (Mat. II). Que de los judíos se convirtieron, lo que aquel título predijo, que Pilato puso sobre la cruz del Señor, escrito en hebreo, griego y latín, Rey de los judíos, como testifica el evangelista Juan (Juan XIX).

Porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros. A menudo hemos testificado que las cosas futuras ya han sido hechas ante Dios (Hech. II). Por lo tanto, entonces se confirmó la misericordia del Señor, cuando derramó sobre los creyentes el Espíritu Santo, según la promesa que el evangelista Lucas recuerda, diciendo: He aquí, yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros: pero permaneced en la ciudad hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Luc. XXIV). Y la verdad del Señor permanece para siempre. Permanece la verdad del Señor, cuando los justos son edificados como piedras vivas en la Jerusalén celestial: o los impíos son entregados al fuego eterno y a los gusanos, que nunca mueren. Como dice el evangelista Marcos: Su fuego no se apagará, y su gusano no morirá (Marc. IX). Nosotros, sin embargo, supliquemos al Señor, para que nos conceda la eficacia de alabarlo, y confirme sobre nosotros su misericordia: enviando en nosotros el Espíritu Santo, que quemando lo nocivo, ilumine lo provechoso. A él la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXVII.

Aleluya. Este salmo a veces contiene la voz de la Iglesia fundada por la vocación de Cristo, o del pueblo asesinado por el nombre de Cristo magnificando a Dios.

Confesad al Señor porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Esta confesión no es para la remisión de los pecados; sino que pertenece a la alabanza de la deidad.

Diga ahora la casa de Israel, porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Aquella casa, que antes estaba cegada por los delitos, ahora con mente serena contempla la gloria de Dios.

Diga ahora la casa de Aarón porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Que antes había inmolado a los ídolos: ahora, sin embargo, atraída por la bondad del Altísimo, lleva el sacerdocio de su alma.

Digan ahora los que temen al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es eterna. Vosotros, que antes temíais a los ídolos mudos y sordos, ahora cantad con reverencia de temor la misericordia del omnipotente Señor.

En la tribulación invoqué al Señor, y me escuchó en la amplitud el Señor. En las angustias de las tribulaciones me escuchó en la amplitud de los gozos.

El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me haga el hombre. El diablo ciertamente y el hombre y el varón, a menudo se ponen en las Escrituras.

El Señor es mi ayudador, y yo despreciaré a mis enemigos. Ya sean herejes, ya sean judíos.

Es mejor confiar en el Señor, que confiar en el hombre. Solo en Dios debemos confiar, y no en el hombre, cuya salvación es vana (Sal. LIX). Pues otro profeta dice: Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII).

Es mejor confiar en el Señor. Que otorga la vida eterna. Que confiar en los príncipes. Cuyo poder se desvanece con este mundo.

Todas las naciones me rodearon, y en el nombre del Señor, porque me vengué de ellas. Las naciones ciertamente de las tribulaciones me rodeaban, pero en el nombre del Señor resistí a ellas.

Rodeándome me rodearon, y en el nombre del Señor, porque me vengué de ellas. Con cuyo estandarte estaba protegido.

Me rodearon como abejas. Como las abejas el panal, para quitarme la dulzura que Cristo había infundido en mí. Y ardieron como fuego en espinas. Ellos ardieron en su envidia mientras no pudieron quemarme. Y en el nombre del Señor, porque me vengué de ellas. Cuando lo que me habían infligido, se les devolvió a ellos.

Empujado fui para caer, y el Señor me sostuvo. Que confiando en él, solo a él busqué como ayudador.

Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi salvación. A él cantaré, a él diré mi fortaleza: en él consiste toda mi alabanza, quien en esta muerte de tribulación se ha convertido en mi salvación.

Voz de júbilo y de salvación, en las tiendas de los justos. En los corazones ciertamente de los mártires y de los demás santos, que se han convertido en tabernáculo de Dios por el Espíritu Santo que habita en ellos.

La diestra del Señor ha hecho proezas. Para darme la victoria en la pasión. La diestra del Señor me ha exaltado. De la humildad de diversas pasiones, por su virtud he sido elevado.

No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor. Este pueblo de mártires habla: cuyas victorias se cantan en todas las Iglesias.

Castigando me castigó el Señor, y no me entregó a la muerte. El Señor nos castiga para corrección con muchos azotes, para probar y salvar de la muerte perpetua.

Abridme las puertas de la justicia, y entrando en ellas confesaré al Señor. Bienaventurado es aquel pueblo de la Iglesia o de los mártires, a quien se abren las puertas de la justicia, es decir, de la vida eterna, en las cuales continuamente confiese y alabe a Dios.

Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella. El Señor Jesucristo es la puerta del Padre, por la cual se entra a él, así lo dice el mismo Señor: Yo soy la puerta, por mí si alguno entra, será salvo. Y de nuevo: Nadie viene al Padre sino por mí (Juan X). Por esta puerta se viene al Padre, pero nadie entra en ella sino el justo.

Te confesaré porque me has escuchado, y te has convertido en mi salvación. En la cual o sanaste las heridas del pecado, o contra el enemigo iniquo, te has convertido en salvación.

La piedra que desecharon los edificadores. Nuestro Señor Jesucristo, verdadera piedra encontrada en la letra de la ley, fue desechada por los edificadores judíos, es decir, los que se aferraban a la letra. Esta se ha convertido en la cabeza del ángulo. En la cabeza uniendo dos paredes: una de la circuncisión, otra de la incircuncisión, en un nuevo hombre, es decir, en sí mismo.

Por el Señor, Padre. Se ha hecho. Nuestro mediador y de él. Y es maravilloso a nuestros ojos. No en los de aquellos que lo desecharon; sino en los nuestros, que lo recibimos creyendo.

Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él. Esta piedra angular es el día de la salvación, en el cual o hemos resucitado de la muerte, o dejando la tristeza del pecado, nos alegramos en la novedad de vida.

Oh Señor, sálvame. A ti que vienes. Oh Señor, hazme prosperar. Haz próspero aquel camino, por el cual después de muchos trabajos volveré a ti. Bendito el que viene en el nombre del Señor. Cristo el Señor en el nombre del Padre, como él mismo dice: Yo he venido en el nombre de mi Padre (Juan V), etc.

Os bendecimos desde la casa del Señor. Los santos de la Jerusalén celestial bendicen a los pequeños de la Iglesia. Dios el Señor y nos ha iluminado. Con su resurrección ha iluminado nuestras tinieblas.

Constituid el día solemne. Presentaos como templos y altares a Dios, en los cuales también celebréis las sagradas solemnidades. En los espesos. En muchas virtudes: en las cuales o el mismo Señor, o sus ángeles son frecuentados. Hasta el cuerno del altar. Hasta el mismo Señor, que es la fortaleza del alma, que has hecho su altar.

Tú eres mi Dios, y te confesaré. Recibida la remisión por la confesión de los pecados, ahora confesaré tus alabanzas, Dios mío tú, y te exaltaré. Porque por ti he sido levantado de la humildad.

Te confesaré porque me has escuchado. Para que me unas con tus santos en la Jerusalén celestial.

Confesad al Señor porque es bueno, porque su misericordia es eterna. En estas palabras el salmo toma su término, de las cuales tomó su comienzo: a saber, que desde el inicio de nuestra fe hasta el final teniendo confianza en nuestro Dios, confesemos perseverantemente sus alabanzas, según aquello del Señor: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X y XXIV). Que se digne concedernos confianza para esperar en él: a él la gloria con el eterno Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXVIII.

Aleluya. Este salmo contiene en sí un gran misterio. Del cual hemos hablado algo en el prólogo, pero como en él se contienen la ley, los mandamientos, las justificaciones, los testimonios, los juicios y los caminos: es necesario discernir qué diferencia hay entre ellos. La ley, por tanto, que fue dada por Moisés, debe entenderse espiritualmente en Cristo: porque el Apóstol, aunque la llama santa, sin embargo la describe como sombra de lo por venir (Hebr. X). Los mandamientos son, en los cuales se asigna la custodia de los preceptos del Señor, según aquello: No matarás, no cometerás adulterio, y lo demás. Las justificaciones son, por las cuales Dios por su amor y del prójimo, manda arrancar la cizaña del odio del corazón de los hombres. Los testimonios son, en cuya presencia se nos encomienda el orden de las observancias santas. Como Moisés invoca al cielo y a la tierra como testigos (Deut. IV). Y Pablo a Timoteo: Te testifico, dice, en presencia del Dios viviente, y en presencia de sus ángeles elegidos, y lo demás (II Tim. IV). Los juicios, sin embargo, son, cuando o a los justos los honrará con méritos espléndidos, o a los transgresores los condenará con castigos eternos. Los caminos son los apóstoles y profetas, por los cuales se llega al verdadero camino, que es Cristo. Así, pues, comienza el salmo, Bienaventurados los inmaculados: que por la extensión de las palabras hemos decidido explicar con la ayuda del Señor en tres homilías. Todo este salmo está escrito según el orden de las letras, de modo que de una letra comiencen ocho versos, y de nuevo de la siguiente se completen otros ocho. Y esto de manera similar hasta el final se teje. Josefo, sin embargo, refiere en los libros de arqueología que este salmo, y el cántico de Deuteronomio, están compuestos en un solo metro, y cree que en ambos se puede encontrar el metro elegíaco: que ciertamente el primer verso consta de seis pies, el inferior uno menos en pentámetro se termina.

ALEF.

Bienaventurados los inmaculados en el camino. Ciertamente en este camino del mundo, por el cual caminamos. Bienaventurados los inmaculados. Contra la bienaventuranza se opone la miseria. Bienaventurado se dice inmortal en nuestra lengua, o laudable o glorioso. Son bienaventurados aquellos que merecen entrar en la vida eterna; y son miserables aquellos que descienden al infierno. ¿Cómo dice, inmaculados: porque sin pecados pequeños el hombre no puede ser: como dijo el santo Juan: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I). Y el profeta dice: El que entra sin mancha, y obra justicia (Sal. XIV). Sin mancha, esto es, sin crímenes mortales. Sin embargo, hace distinción entre mancha y mancha, es decir, que aunque sin pecados pequeños no podemos ser: sin embargo, no debemos caer en mayores. En el camino: que caminan en la ley del Señor. En el camino, en Cristo, como él mismo dice: Yo soy el camino y la verdad (Juan XIV). Que caminan en la ley del Señor, esto es, en sus mandamientos. Que caminan, es decir, perseveran. Que caminan en la ley del Señor. Que, dominadas las concupiscencias de la carne, también desprecian la gloria terrena.

Bienaventurados los que escudriñan sus testimonios. Para que entiendan que cuando pecaron, lo hicieron ante testigos. Con todo el corazón lo buscan. Y no ligeramente, ni perezosamente.

No han caminado en sus caminos los que obran iniquidad. Porque los caminos son los apóstoles y profetas, por los cuales se llega a aquel camino, que dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida, como ya hemos dicho. En este camino no caminan los impíos: porque siguen el camino de Satanás.

Tú mandaste, tus mandamientos, Señor, que se guarden mucho. No con corazón tibio, ni con ánimo disoluto, sino con fortaleza y atención nos enseña a guardar sus mandamientos.

Ojalá se dirijan mis caminos, para guardar tus justificaciones. Porque si no son dirigidos por el mismo Señor nuestros caminos: seremos más débiles para guardar sus justificaciones, debido a la fragilidad de la carne.

Entonces no me avergonzaré, cuando haya considerado todos tus mandamientos. No es congruente dejar unos y observar otros: sino que es necesario guardar todos por igual, para que en el juicio futuro no nos avergoncemos.

Te confesaré, Señor, con rectitud de corazón. Porque no está pervertido en parte de los herejes. En lo que he aprendido tus juicios de justicia. Para que te alabe con corazón recto.

Guardaré tus justificaciones, no me abandones del todo. Y si por un tiempo somos abandonados, sin embargo, no seamos abandonados del todo para perecer.

BETH.

¿Con qué corregirá el joven su camino: guardando tus palabras? Aquí el profeta no solo corrige la edad avanzada: sino que también enseña a la juventud a ser instruida, y así guardar las palabras divinas, para que incluso si la culpa antigua ha sido llorada: ahora no consienta ningún pensamiento para delinquir.

Con todo mi corazón te he buscado, no me apartes de tus mandamientos. No en parte, sino con todo el corazón confiesa haber buscado a Dios, para no ser apartado de sus mandamientos: porque no rechaza a nadie que vino a salvar a los pecadores.

En mi corazón he escondido tus palabras, para no pecar contra ti. En el escondite del corazón guarda los sacramentos de Dios: cuando evita al hereje después de dos correcciones (Ad Tit. III), cuando no expone lo santo de Dios a los perros. O cuando no arroja sus perlas ante los cerdos (Mat. VII). No hace nada negligentemente en las cosas de Dios: porque sabe que es maldito quien hace la obra del Señor negligentemente (Jer. XLVIII).

Bendito eres, Señor, enséñame tus justificaciones. Porque sé que las justificaciones de vana gloria, que el fariseo proclamaba en el templo, no procedieron de ti (Luc. XVIII).

Con mis labios he pronunciado todos los juicios de tu boca. El Apóstol dice que los juicios de Dios son incomprensibles (Rom. XI). Por lo tanto, este lo que oyó, y aprendió de los profetas: solo eso anunció con sus labios, pero a los creyentes, y no a los indignos.

En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas. Así como el hombre terrenal se deleita en los campos y viñas: así este se regocija en los testimonios de Dios con una conciencia pura, quien, despreciando el mundo, ha sido enriquecido por Dios.

En tus mandamientos me ejercitaré, y consideraré tus caminos. El ejercicio es la asiduidad de la obra. Y este: si no hubiera sido ejercitado en los mandamientos de Dios, no podría considerar sus caminos; es decir, las doctrinas apostólicas y proféticas.

En tus justificaciones meditaré, no olvidaré tus palabras. Medito en ellas, me ejercito en ellas, para que no entregándolas al olvido, pueda cumplirlas íntegra y perfectamente.

GIMEL.

Retribuye a tu siervo, vivifícame, y guardaré tus palabras. Constantemente pide ser retribuido por servir a Dios. Y porque no sabe que es siervo del pecado: desea vivir en aquel que es vida: y guardar sus palabras mientras se desarrolla la vida presente.

Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley. Quita del corazón el velo de la letra, y hazme contemplar con sentido espiritual las maravillas de tu ley. Porque en tu luz veremos la luz (Sal. XXXV).

Soy peregrino en la tierra, no me ocultes tus mandamientos. Así también dice el Apóstol: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V). El profeta se dice peregrino en el cuerpo puesto lejos de la frecuencia celestial: porque sabe que estos mandamientos se contienen en tronos y dominaciones: que no se le oculten, implora.

Mi alma ha deseado anhelar tus justificaciones, en todo tiempo. Para que ya sea que coma, ya sea que beba, ya sea que haga otra cosa: siempre las desee, medite, aprehenda.

Increpaste a los soberbios. Para llevarlos de nuevo a la santa humildad que enseñaste. Increpaste a los soberbios. Así lo hiciste con el diablo y con Adán, quienes se elevaron en soberbia. O ahora, a través de tus doctores, increpas a las potestades adversarias, miembros del diablo, herejes o malos hombres que actúan contra los mandamientos de Dios. Los increpaste a través de tus santos. Malditos los que se desvían de tus mandamientos. Malditos son aquellos que se desvían de los mandamientos de Dios, pero entonces recibirán plenamente la maldición los malos, es decir, los herejes o los demás: porque dirá: Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV).

Aparta de mí el oprobio. Del pecado y del juicio. Y el desprecio. Del juicio mortal. Porque busqué tus testimonios. No ociosamente y somnoliento, sino con esfuerzo y vigilancia.

Porque se sentaron los príncipes, y hablaban contra mí: pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones. Lo que en este versículo el profeta habla de sí mismo, lo ve futuro en los apóstoles y demás mártires, quienes sufrieron mucho ante reyes y gobernadores, como el Señor también lo predijo (Mat. X, Marc. XIII, y Luc. XXI). Quienes, aunque fueron afectados por diversos castigos, hasta el corte de sus cuellos, siempre se ejercitaron en las justificaciones de Dios.

Porque tus testimonios son mi meditación. En estas presiones. Y mi consejo son tus justificaciones. Porque prometen vida eterna.

DALETH.

Mi alma se ha adherido al polvo: vivifícame según tu palabra. Entiendo que el alma está unida al cuerpo mortal: por eso, para que el pecado no prevalezca, te pido ser vivificado: sabiendo que la concupiscencia de la carne opera la muerte.

Mis caminos te he declarado. ¿Cómo dice, te he declarado, cuando en otro lugar dice, declárame? ¿Acaso Dios ignora o desconoce algo, siendo Él presente en todas partes y previendo todo, y estando en lo más íntimo? Pero lo que dice, mis caminos te he declarado, es como si dijera: Tú di primero tus iniquidades (Is. XLIII), es decir, tus obras: lo que has hecho

contra el mandamiento de Dios: declara por confesión o penitencia, para que seas justificado en las palabras de Dios.

Mis caminos te he declarado, y me escuchaste: enséñame tus justificaciones: He confesado los caminos de mi pecado, y me los has perdonado: ahora concede la doctrina, para que sea instruido en tus justificaciones.

Instrúyeme en el camino de tus justificaciones. Las justificaciones que la letra de la ley ha producido, las entenderé espiritualmente. Y me ejercitaré en tus maravillas. En los apóstoles y demás doctrinas eclesiásticas, que en ella están figuradas.

Mi alma ha dormitado. En esta morada mortal. Por el tedio. De la debilidad corporal. Confírmame en tus palabras. Para que, quitado el sueño del pecado, vigile en ellas con diligencia.

Aparta de mí el camino de la iniquidad. Ese deseo por el cual se llega a pecar. Y en tu ley ten misericordia de mí. Porque ante ti está instituida la ley, para que siempre tengas misericordia.

He elegido el camino de la verdad. A Cristo, el Hijo de Dios, a quien previendo que vendría al mundo, oigo decir: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV). No he olvidado tus juicios. Aquellos juicios, que al exponer en los Evangelios, dice: Este es el juicio, para que todo el que cree en el Hijo del Hombre, tenga vida eterna (Juan III).

Me he adherido a tus testimonios, Señor, no me confundas. Y porque adhiriéndome a ellos, he merecido el perdón de mis delitos anteriores: te ruego que no permitas que me confunda por la repetición del pecado.

Corrí por el camino de tus mandamientos. Cuando sufría mucho por la palabra debido a la esperanza de la futura bienaventuranza. Cuando ensanchaste mi corazón. Cuando en la amplitud de los misterios de las Sagradas Escrituras me insinuaste el misterio de la bienaventurada Trinidad. O ensanchaste mi corazón: es decir, en la amplitud de la caridad, en la esperanza, en la fe.

H E.

Ponme, Señor, la ley, el camino de tus justificaciones. El profeta en persona de la Iglesia dice, Ponme la ley, es decir, a ti mismo: porque la ley es Cristo. Como si dijera: Ponme a ti mismo, es decir, concédeme. Y la buscaré siempre. Esa misma ley, es decir, los mandamientos, o a ti mismo.

Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley. Es decir, tus mandamientos. Entendimiento, para que no sea como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI). La Iglesia ruega, para que entienda la discreción entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre la letra y el sentido. Para que entienda y predique y lo cumpla en obra. Y la guardaré con todo mi corazón. Es decir, con todo amor.

Condúceme por la senda de tus mandamientos. La senda es menor que el camino, es decir, el camino estrecho y angosto, es decir, los mandamientos más altos que conducen a la vida: porque ancho y espacioso es el que lleva a la muerte (Mat. VII). Porque la he deseado. Voz de la Iglesia. Como si dijera la Iglesia: No he deseado otra cosa, ni me he deleitado, sino en tus mandamientos. Por eso ruego que me conduzcas en tus mandamientos, es decir, que me hagas entender.

Inclina mi corazón a tus testimonios. Voz de la Iglesia: Los soberbios no inclinan su corazón a los testimonios de Dios, porque esperan ser más altos, y entender mejor los preceptos de Dios, que la Iglesia. Y no a la avaricia. Esto es, a la vanidad: porque esos soberbios no inclinan su corazón a los testimonios de Dios; sino a la vanidad o avaricia. Inclina mi corazón, dice la Iglesia, es decir, en humildad, como aquello: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI).

Aparta mis ojos para que no vean la vanidad. Aparta mis ojos, es decir, mis sentidos, para que no vean la vanidad, es decir, la deficiencia. Como si dijera: Para que en esta vanidad, que es deficiencia, no tenga mis ojos, es decir, mis sentidos fijos. Pero ¿qué dice? En tu camino vivifícame. Esto es, en ti mismo. O en tus mandamientos vivifícame, en el alma.

Establece a tu siervo. Al pueblo cristiano. Tu palabra. Tus mandamientos. En tu temor. Es decir, santo.

Corta mi oprobio que he sospechado. Dice la Iglesia, es decir, quita, corta, lo que he sospechado de otros como oprobio. Ese oprobio que decían los gentiles: Eres adorador del crucificado: eres adorador del que murió mal: eres venerador del asesinado, y decían: He aquí nuestro Dios, que vosotros decís hecho por manos. ¿Dónde está vuestro Dios? Que venga. Lo que he sospechado. ¿Qué sospechaban ellos? Que la Iglesia observaba una falacia, porque adoraba a Cristo. Porque tus juicios son agradables. Es decir, claros: alegres para aquellos que aman y desean, es decir, no para los que no quieren, sino para los que quieren son claros y agradables.

He aquí que he deseado tus mandamientos: en tu equidad vivifícame. Es un don de tu misericordia, Señor, que guardando las santas palabras, seamos vivificados en tu equidad, es decir, cuando te confesamos igual al Padre y al Espíritu Santo.

VAV.

Y venga sobre mí tu misericordia, Señor. Para que perdones los pecados. Y tu salvación según tu palabra. Esta es la salvación, la palabra que prometiste por otro profeta, diciendo: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII). Esto es, que vengas a redimirnos: según lo que prometiste a Abraham, como se ha dicho: En tu simiente serán bendecidas todas las tribus de la tierra (Gén. XXII).

Y responderé a los que me reprochan una palabra. Dice la Iglesia. Como si dijera: Si vienes a redimirnos, responderé a aquellos que me reprochan por mi fe cómo creo, y dicen: ¿Dónde está vuestro Dios? He aquí nuestro Dios, o los ídolos de ellos que adoran. Porque he esperado en tus palabras. Constante responderé a aquellos que dicen vana mi esperanza que tengo en ti, porque su esperanza es vana.

Y no quites de mi boca la palabra de verdad en ningún momento. No consentiré a los pecadores, para no oír: ¿Por qué narras mis justicias? (Sal. IX). Porque en tus juicios he sobreesperado. Esperando en ellos, siempre los he proclamado en las Iglesias de los pueblos.

Y guardaré tu ley siempre, por los siglos de los siglos. En, siempre, muestra todo el tiempo de la vida presente. En por los siglos de los siglos muestra el siglo futuro.

Y andaba en la amplitud. Porque he sido ensanchado en la custodia de tu ley. Porque busqué tus mandamientos. Escudriñándolos diligentemente. Para esto los busqué, para creer y entender.

Y hablaba de tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba. Sabiendo que quien te confiesa en el mundo, tú lo confesarás ante el Padre y sus ángeles (Mat. X). Nosotros, si ante reyes y gobernadores por el Señor, como hicieron los mártires, nos mantenemos firmes, ya sea anunciando la palabra de verdad, ya sea luchando por la justicia (Ibid. y Marc. XIII): no debemos ser confundidos, sino constantes.

Y meditaba en tus mandamientos que amé. Para que la obra de la meditación, el amor produzca fruto.

Y levanté mis manos. Es decir, elevé. A tus mandamientos que amé. Limpias de pecado, y ajenas al derramamiento de sangre inocente. Y me ejercitaba en tus justificaciones. Para que lo que en ellas se indicaba por la letra, pueda advertirlo espiritualmente.

ZAIN.

Acuérdate de tu palabra a tu siervo, Señor: en la cual me diste esperanza. Dignifícame de tal manera, que sea considerado digno de ser recordado de tu palabra, entre las presiones de este siglo, por la esperanza de los bienes eternos, merezca consolarme, como sigue:

Esto me consoló en mi humildad: porque tu palabra me vivificará. Cuando en la angustia, me proporciona el alimento de la vida eterna.

Los soberbios actuaban inicuamente en todo momento. Quienes, dejando la humildad del precepto divino, se exaltaban en las vanidades de este siglo. Pero de tu ley no me desvié. Porque mientras ellos se acercaban a la condenación, yo me erguía en ella.

Me acordé de tus juicios. No hice nada indigno en esta vida, temiendo ser condenado por ellos. Desde el siglo, Señor. Desde el inicio de esta vida. Y me consolé. Sabiéndome seguro del juicio de muerte. Me consolé, dice la misma Iglesia: que Dios vino a redimir a sus miembros. Como si dijera: Desde el principio conocí yo, y entendí por el Espíritu Santo, que tú vendrías en carne.

La deficiencia me tomó por los pecadores que abandonan tu ley. Voz de la Iglesia. Muestra un afecto de misericordia, para que se duela por las transgresiones de los inicuos, según aquello del Apóstol: Por el dolor de un miembro, todos los miembros sufren (I Cor. XII). Por eso no quiere que nadie peque, sino que todos desean conocer el camino de la verdad (I Tim. II).

Eran cantables para mí tus justificaciones: en el lugar de mi peregrinación. Nos enseña el profeta, en esta peregrinación del mundo, a cantar incesantemente los cánticos espirituales una vez recibidos por el oído, porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V).

Me acordé en la noche de tu nombre, Señor, y guardé tu ley. Es necesario, para la fragilidad humana, que aunque siempre, más intensamente en el tiempo nocturno haga memoria del nombre del Señor (I Cor. V): cuando oprimido por el recuerdo de las riquezas, o atormentado por el fuego de la concupiscencia, y especialmente orar para que si ha comenzado a guardar la ley de Dios, no se aparte de ella en nada.

Esto me ha sucedido: porque busqué tus justificaciones. Esta ley se me ha hecho consuelo, y no escándalo: para que pudiera escudriñar más diligentemente tus justificaciones. También nosotros suplicamos al Señor: que nos insinúe sus justificaciones, nos revele los caminos, nos declare las maravillas, y si algo de la sombra de la ley oculta, con el Espíritu Santo iluminando, lo revele, para que si no alcanzamos la palma de la bienaventuranza, al menos obtengamos el perdón por los delitos. Por nuestro Señor Jesucristo, que es con el eterno Padre y el Espíritu Santo, honor, y poder, y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

La discreción de las justificaciones, mandamientos, leyes y caminos ya la describimos en la homilía anterior (homil. II): ahora volvamos al capítulo de la octava letra.

HETH.

Mi porción, Señor, dije guardar tu ley. Quien deja la soberbia del mundo, las alturas de los honores, y la jactancia de las riquezas, y coloca sus tesoros en el cielo, se convierte en la porción de Dios: como Pedro dijo al paralítico: Plata y oro no tengo; pero lo que tengo, te doy: En el nombre de Cristo Jesús, levántate y anda (Hech. III). Oh gran tesoro, oh excelente cúmulo de riquezas felices, que quien guarda la ley de Dios, y de quien Dios es porción, cure las enfermedades de las dolencias.

He suplicado tu rostro con todo mi corazón. Bien suplica el profeta con todo su corazón el rostro de Dios, quien sabe que tiene un corazón puro. Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mat. V). Ten misericordia de mí según tu palabra. Por la cual prometiste no hundir al pecador en la muerte, sino consolarlo con misericordia.

He pensado en mis caminos. Que eran rectos. Y he convertido mis pies a tus testimonios. Mis sentidos a tus preceptos: para que deba observarlos y cumplirlos en obra.

Estoy preparado, y no estoy turbado. Estoy preparado, para predicar: no estoy turbado, para soportar la tribulación por Cristo. Para guardar tus mandamientos. No me turbaron los dardos inicuos de los que reprochan.

Las cuerdas de los pecadores me rodearon, y no me olvidé de tu ley. El profeta dice que está rodeado por los improperios de los pecadores, pero no se dice olvidado de la ley divina: sabiendo que debemos entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones (Hech. XIV).

A medianoche me levantaba para confesarte, por los juicios de tu justicia. Sabe que en el tiempo de la medianoche puede sufrir peligros o alcanzar premios, porque así como a medianoche el ángel hirió a Egipto (Éxodo XI), así a medianoche las vírgenes sabias son introducidas al esposo (Mat. XXV). Y hay muchos otros testimonios sobre la medianoche. Por eso aquí se levanta en ese tiempo con juicio y justicia, para que lo que pide lo consiga.

Soy partícipe de todos los que te temen y guardan tus mandamientos. David era partícipe en el reino con todos los hombres que sufrían tribulación; y ahora la Iglesia es partícipe con aquellos que temen a Dios con temor santo, y cumplen sus mandamientos. Es partícipe con ellos en la fe, la esperanza, la caridad.

La misericordia del Señor llena la tierra. Cuando hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V). Enséñame tus justificaciones. Para no ser como aquellos que teniendo la llave del conocimiento, ni entran ellos, ni permiten entrar a otros

(Luc. XI). Hizo misericordia, cuando vino a redimirnos. De ahí que la tierra esté llena, es decir, la santa Iglesia. Enséñame tus justificaciones. Esto es, tus mandamientos, para que los entienda y predique, y los cumpla en obra.

TETH.

Has hecho bondad con tu siervo, Señor. Voz del profeta en persona de la Iglesia. Has hecho bondad, cuando viniste en carne, y nos redimiste; cuando cumpliste lo que prometiste a Abraham, y a los demás padres, como aquello; y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gén. XX). Con tu siervo: al pueblo cristiano. Según tu palabra. La palabra del Padre es el Hijo. Según tu palabra; para que no me castigues en ira por pecar, sino que me consueles con misericordia. Bondad y disciplina, y ciencia enséñame. Voz de la Iglesia. Antes debió decir ciencia, y después disciplina; porque el hombre no puede ser bueno si no tiene ciencia. ¿Qué bondad dice que hace? Porque da lluvia sobre la tierra, y hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos. Y disciplina, esto es, que primero debe medir en sí mismo, y hacer disciplina, y luego en los demás. Y ciencia, esto es, que tenga discreción, y sepa discernir entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre el cuerpo y el alma. Enséñame, para que entienda cumplir tus mandamientos en obra. Porque en tus mandamientos he creído. Por eso enséñame, porque he creído en tus preceptos; es decir, los he cumplido en obra.

Antes de ser humillado, yo pequé, por eso guardé tu palabra. El pecado precede a la humillación, y por esto somos instruidos, para que guardemos las palabras divinas.

Tú eres bueno, Señor. Porque nadie es bueno sino tú solo. Y en tu bondad enséñame tus justificaciones. Porque son buenas, como tú eres bueno.

Se ha multiplicado sobre mí la iniquidad de los soberbios; pero yo con todo mi corazón escudriñaré tus mandamientos. Porque cuando los azotes divinos me reprendían, y los soberbios del mundo me provocaban, diciendo: ¿Dónde está tu ayuda, dónde está tu esperanza, dónde está la bondad de tu Dios?; yo escudriñaba más intensamente tus mandamientos, buscando consuelo en ellos.

Se ha coagulado como leche su corazón. La leche, aunque por naturaleza es suave, corrompida por el vicio se coagula y se agria. Así también los soberbios, es decir, los herejes, primero tuvieron un corazón dulce para las santas Escrituras; pero pervirtiéndolas en la embriaguez de su sentido, se coagularon y se volvieron agrios. Pero yo he meditado en tu ley. Por la cual humillas a los soberbios, por la cual otorgas gracia a los humildes.

Bueno es para mí que me hayas humillado; para que aprenda tus justificaciones. Dice la voz de la Iglesia: Bueno fue para mí que me humillaste; porque por esto aprendí a cumplir tus mandamientos en la operación. Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones. Porque no se aprenden en la soberbia, sino en la humildad.

Buena es para mí la ley de tu boca, más que miles de oro y plata. La ley de la boca de Dios es Cristo; quien no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V). A quien el profeta previendo desea más que todos los tesoros; porque no solo manda amar a los amigos, sino también perdonar a los enemigos.

IOD.

Tus manos me hicieron y me formaron, dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Es grande que el hombre entienda que fue hecho y formado por la mano de Dios, y que fue compuesto a su imagen. Si lo reconoce, debe pedir ciencia, para entender y guardar sus mandamientos; no sea que apartándose de ellos, quien fue imagen de Dios comience a ser imagen del diablo.

Quienes te temen me verán, y se alegrarán. Voz de la Iglesia, es decir, para que aquellos que temen a Dios vean su entendimiento y tengan alegría: porque la Iglesia, cuando ve a otros observar los mandamientos de Dios, tiene gran alegría. Después se alegrarán mutuamente, tanto aquí como en el futuro. Porque en tu palabra he puesto mi esperanza, es decir, en Cristo tengo esperanza.

He conocido, Señor, que tus juicios son justos y en tu verdad. Tu justicia es que reprendas a los pecadores por sus delitos: Verdad, que humilles a los soberbios de sus prosperidades. Por lo tanto, porque me has humillado, para corregirme:

Sea ahora tu misericordia, para que me consuele. Voz del profeta en persona de la Iglesia. El profeta preveía por el Espíritu Santo que Cristo vendría en carne, quien era misericordia, para redimirnos según lo prometido, y para consolarme. Cumplió lo que prometió; porque dice en otro lugar: Muchas son las misericordias de Dios, y nuestros pecados son muchos (Sal. CXLIII). De ahí dice: Muchas son tus misericordias. Según tu palabra a tu siervo. Según lo que prometiste, ven a redimir a tu siervo, al pueblo cristiano, que te sirve especialmente. Sea ahora tu misericordia para que me consuele, según tu palabra a tu siervo. Porque prometiste que después de la humillación de la aflicción, otorgarías el auxilio de la consolación.

Vengan a mí tus misericordias y viviré, porque tu ley es mi meditación. Ya medito en tu ley, pero no puedo llegar a la vida eterna, a menos que por ti sea transformado allí.

Sean confundidos los soberbios, porque injustamente cometieron iniquidad contra mí. Sean confundidos en sus pecados, y reconozcan que actuaron injustamente contra el justo. Pero yo me ejercitaré en tus mandamientos. Mostrándoles lo que deben hacer. Pero yo. Voz de la Iglesia. Me ejercitaré en tus mandamientos. Mientras estos mencionados hicieron así: yo me ejercito en tus preceptos allí.

Se volverán a mí los que te temen, y los que conocen tus testimonios. Esto es para que, enseñándoles yo, al conocerlos se conviertan a ti.

Sea mi corazón inmaculado en tus justificaciones, para que no sea confundido. Y porque del corazón procede la multitud de vicios, como dice el Señor en el Evangelio: por eso el profeta pide ser hecho inmaculado en las justificaciones de Dios, para que en el juicio la sentencia de condenación no lo confunda (Sal. CXVIII). Así también debemos reprimir varias pensamientos, para que no nos preparen confusión cuando deseemos cumplirlos. Sea mi corazón inmaculado. Aquí el corazón se pone por el alma. Como si dijera: Sea mi alma sin pecado mortal. En tus justificaciones para que no sea confundido. Esto es, para que no tenga confusión eterna.

CAPH.

Mi alma desfalleció en tu salvación. En Jesús, porque vino a salvar a su pueblo de sus pecados. Y en tu palabra he puesto mi esperanza. Que en el principio era Dios con Dios, para venir a la redención humana.

Mis ojos desfallecieron en tu palabra; diciendo, ¿Cuándo me consolarás? Atiende. Recibo esta consolación de que vengas de los cielos en la deficiencia de los ojos espirituales.

Porque he sido como un odre en la escarcha: no he olvidado tus justificaciones. El Señor en el Evangelio dijo: Nadie pone vino nuevo en odres viejos (Marcos II): significando que el pecho humano lleno de vicios antiguos no puede contener los mandamientos de Dios. Por lo tanto, si nos calentamos con el ardor natural para pecar: cuando recibimos los mandamientos de Dios, este calor repentino se extingue, y seremos como un odre en la escarcha, enfriado en nosotros el ardor del pecado.

¿Cuántos son los días de tu siervo; cuándo harás juicio sobre los que me persiguen? Pocos son los días de esta vida. Tú, Señor, aplasta en tu juicio a Satanás con sus secuaces, bajo nuestros pies rápidamente, quienes nos persiguen.

Los inicuos me contaron fábulas, pero no como tu ley. Escuchó mucho de los herejes y gentiles que no concuerdan con los mandamientos de Dios. Por eso añade:

Todos sus mandamientos son verdad. No están comprendidos en ninguna falsedad. Los inicuos me persiguieron, ayúdame. Soporto graves guerras contra principados y potestades, y por eso no pido que se quite esta lucha; sino que me ayudes, sabiendo que nadie puede ser coronado si no lucha legítimamente.

Casi me consumieron en la tierra; pero yo no abandoné tus mandamientos. Los vicios corporales me habrían humillado mucho en la tierra: si no hubiera guardado los mandamientos divinos.

Vivifícame según tu misericordia. En la vida eterna; porque ya no vivo para mí: sino que Cristo vive en mí. Para que guarde los testimonios de tu boca. O lo que mandaste en la Ley; o lo que proclamaste en los Evangelios.

LAMED.

Para siempre, Señor, tu palabra permanece en el cielo. En aquel hombre celestial que, dejando la imagen terrenal, se hizo cielo.

De generación en generación es tu verdad. Una generación es la de la Ley y los profetas: otra la de los Evangelios. En estas generaciones permanece la verdad de Dios: porque no han proclamado mentira alguna. Fundaste la tierra, y permanece. No aquella que pasa con el cielo; sino aquella en la que se multiplica la palabra de Dios.

Por tu ordenación persevera el día; porque todo te sirve. Quien, dejando las tinieblas del mundo, vive en la luz de Dios; él en Dios, que es el verdadero día, persevera. Y todo lo que realiza por su ordenación, lo atribuye a servirle.

Si no fuera porque tu ley es mi meditación, entonces tal vez habría perecido en mi humillación. Da ejemplo, para que aunque seamos humillados en diversas persecuciones, meditemos en la ley, para no perecer.

Nunca olvidaré tus justificaciones: porque en ellas me has vivificado. Trasladándome después de muchas luchas a la vida eterna.

Soy tuyo, sálvame, Señor, porque he buscado tus justificaciones. Yo tu siervo, y tú mi Dios. De ti pido ser salvado, porque el vientre no es mi Dios, ni estoy entregado a la vana gloria, sino a tus justificaciones.

Los pecadores me esperaron, para perderme, entendí tus testimonios. Las potestades adversas me atacan en una larga lucha, pero yo entendiendo tus testimonios, recibí consuelo de ellos.

He visto el fin de toda perfección. A Cristo ciertamente, que es el fin de la Ley, y la consumación de los profetas. El profeta previó en espíritu que él consumó todo lo que está escrito de él en la Ley, los profetas y los salmos. Pues él mismo en la pasión dijo: Consumado es (Juan XIX). Muy amplio es tu mandamiento. Porque previó ese tiempo desde que se mandó a sí mismo venir por la Ley y los profetas, hasta que se extienda por el Evangelio.

MEM.

¡Cuánto amo tu ley, Señor: todo el día es mi meditación! En esto se muestra que ama la Ley de Dios: porque se le conoce meditarla todo el tiempo de su vida. Pero dijo día, porque resplandece con el esplendor de la luz divina.

Sobre mis enemigos me hiciste prudente con tu mandamiento, porque es eterno para mí. Los enemigos del profeta son los judíos, que no entienden espiritualmente. A quienes el profeta se dice más prudente, porque en estos mandamientos que guardó eternamente, previó al Señor venidero.

Sobre todos los que me enseñan entendí, porque tus testimonios son mi meditación. Enseñaban entonces los escribas y fariseos teniendo la llave del conocimiento: pero este entiende más que ellos, porque vio que el misterio de los ungüentos, las festividades y los holocaustos; se cumpliría en los Evangelios.

Sobre los ancianos entendí: porque busqué tus mandamientos. Sobre sacerdotes y príncipes busco todos los mandamientos de la ley: porque en el Nuevo Testamento espero que se realice lo que veo figurado en el antiguo.

De todo mal camino prohibí mis pies, para guardar tus palabras. Siempre me inhibí del precipicio del lodo criminal, para poder guardar más fácilmente la palabra de los mandamientos.

De tus juicios no me aparté, porque tú pusiste la ley para mí. Recibí de ti la ley de los mandamientos, que si me apartara de estos juicios: sería condenado en el juicio eterno.

¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar! más que la miel y el panal a mi boca. Pasando la miel, o cualquier otro alimento por el paladar, ya no tiene sabor: pero tus palabras, Señor, ya sea en la boca, en el paladar, o en el secreto del pecho oculto, siempre son dulces para quienes las meditan. Pues así como la miel visible aleja la amargura de nuestras gargantas: así las palabras del Señor mitigan las amarguras de nuestros crímenes.

De tus mandamientos entendí, por eso odié todo camino de iniquidad. Al beber la dulzura de los mandamientos mencionados, odié el camino de la amarga iniquidad.

NUN.

Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor. Si en las noches de este siglo brilla en nosotros la luz de la palabra de Dios: nuestros pies no caerán en los lazos de las cuerdas y los precipicios de los fosos, que las manos del arte diabólica preparan en nuestros tropiezos. Y luz para mis caminos. Para que con esta luz guiando, mientras caminamos por los senderos de esta vida: seamos llevados a aquel que es el verdadero camino.

Juré y lo he confirmado guardar los juicios de tu justicia. Primero juró, para no ser disuelto de esta custodia. Luego lo confirmó, para que lo que juró se afirme, sabiendo que nada en los juicios de Dios se proclama sino por justicia.

He sido humillado en todo, Señor: vivifícame según tu palabra. Aprendió la humildad que Cristo enseñó: quien es manso y humilde de corazón. Por eso ahora suplica, para que así como él después de la humildad de la forma de siervo fue exaltado en la gloria de Dios Padre, así también él sea trasladado de esta humildad corporal a la vida eterna.

Haz que sean agradables las ofrendas de mi boca, Señor. Voz de la Iglesia. Como si dijera: Que mis votos que te ofrezco, sean agradables a ti, es decir, aceptables y deleitables. Y enséñame tus juicios. Esto es, tus mandamientos, para que los entienda y los cumpla.

Mi alma está en tus manos. Esto es, en tus sentidos: porque estoy preparado para obrar. Y en otro lugar dice: Mi alma está en mis manos. ¿Cómo dice en mis manos? Porque estoy preparado para soportar el martirio por Cristo.

Pusieron los pecadores lazos para mí. Mira que el lazo se pone junto al camino, y si te sales del camino, caerás en el lazo. ¿Qué son estos lazos, sino las trampas del diablo, o las sugerencias del demonio? También se pueden entender como vicios y pecados. Y en tus mandamientos no erré. Voz de la Iglesia. No erré de tus mandamientos, sino que los guardé en la acción.

He adquirido tus testimonios como herencia. Tus testimonios y tus preceptos, esto es mi herencia para siempre, tanto aquí como en el futuro. Porque son la alegría de mi corazón. Tus testimonios, esto es, alegría: porque la Iglesia se deleita y se regocija en los mandamientos de Dios.

Incliné mi corazón. No fui soberbio, sino humilde, y por eso incliné mi corazón, para entenderte: porque los soberbios no inclinan su corazón a la humildad. ¿A qué incliné mi corazón? dice la Iglesia. A hacer tus justificaciones. Esto es, tus mandamientos. Para siempre por la recompensa. De la vida eterna, para que merezca recibirla.

SAMECH.

A los inicuos odié, y amé tu ley. Voz del profeta en persona de la Iglesia. ¿Cómo dice, odié a los inicuos: cuando el Señor dice: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Lucas VI)? Y en otro lugar: Orad por los que os persiguen y calumnian (Mateo V). ¿Y aquí cómo dice, odié? Pero según la ley del Antiguo Testamento puede defenderse, como se dijo: Amarás a tu amigo, y odiarás a tu enemigo (Levítico XIX). Pero ahora debe entenderse: Odié: los vicios y pecados. Y amé: esto es, aquella naturaleza, porque no se permite odiar la criatura de Dios, sino el pecado. Como dice en otro lugar; Con odio perfecto los odiaba (Sal. CXVIII). Y el odio no es perfecto. ¿Por qué? Porque quien odia a su hermano, es homicida (I Juan XIII). Y amé tu ley, es decir, tu ley que tú ordenaste, amé, la cumplí en obra.

Tú eres mi ayudador y mi protector. Ayudador, en el presente: protector, en el futuro. Y en tu palabra espero. Esto es, en Cristo, porque el Hijo es la palabra del Padre.

Apartaos de mí, malignos, y escudriñaré los mandamientos de mi Dios. Voz del profeta en persona de la Iglesia: deseando dice: Apartaos de mí, malignos. Si deseas hacer penitencia perfecta: debes separarte de la compañía de los pecadores o de todos los hombres malos, y huir a otro lugar, para que puedas hacerla perfectamente. Apartaos de mí, malignos: estos son los demonios, vicios y pecados: o potestades adversarias. Porque mientras ellos te preparan trampas, y malas sugerencias: no puedes escudriñar los mandamientos de Dios, para entenderlos bien. Pero si deseas hacer penitencia: debes separarte de su compañía.

Sostenme según tu palabra. David dice: Sostenme de la carne según lo que prometiste, para que de mi carne tomes carne y me redimas. Y viviré. Esto es en el alma si me redimes, tanto aquí como en el futuro. Y no me confundas de mi esperanza. De esto que esperé esa salvación, cuando vengas no me confundas, para que no tenga confusión ni aquí, ni en el futuro.

Ayúdame. Pide auxilio. Y seré salvo. En el alma, si vienes a ayudarme. Y meditaré en tus justificaciones. Esto es, en tus mandamientos. Siempre. Sin fin.

Despreciaste a todos los que se apartan. Esto es, desechaste. De tus justicias. ¿Por qué? Porque su pensamiento es injusto. Por eso los despreciaste: porque se apartan de tus mandamientos, y su pensamiento es injusto: de los herejes, judíos o de todos los malos, y contra Cristo, y contra la Iglesia.

Consideré a todos los pecadores de la tierra como transgresores. Deseando dice el profeta en persona de la Iglesia: porque antes de la venida de Cristo eran transgresores: que estaban bajo deuda por la transgresión del primer hombre Adán, y todos descendían al infierno: incluso los mismos infantes descendían al infierno: porque por esa deuda eran considerados transgresores: a menos que fueran lavados por el bautismo. Y ahora, los que no están bautizados, descienden al infierno. Consideré a los transgresores. Porque no todos los pecadores son transgresores, pero, todos los transgresores, son pecadores. Por eso amé tus testimonios. Para no aparecer como transgresor en ellos.

Clava con tu temor mi carne: porque temí tus juicios. Temo el juicio futuro: por eso clavando todas las concupiscencias de la carne a tu cruz, estoy preparado para vivir contigo, morir contigo, ser sepultado contigo, para que en el futuro merezca resucitar contigo. Pero también nosotros, Señor, te suplicamos, para que clavados en tu temor, con la lámpara de la luz sagrada guiando, liberados de las cuerdas del pecado, y hechos tu porción: podamos caminar por ese camino, que nos haga, liberados de los castigos de los malos, coherederos con los ángeles. Por el mismo Señor Jesucristo: a quien es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Con saludable consejo y sagrada palabra el bienaventurado profeta siempre nos exhorta: para que la justicia que él guardó en obra, nosotros debamos ejecutarla fielmente y retenerla indisolublemente. Quien para excitar más fácilmente los ánimos perezosos e inertes a guardar estas cosas, enseña qué mérito obtenemos por la justicia de su custodia, diciendo:

AIN.

Hice juicio y justicia: no me entregues a los que me calumnian. Continuamente en este cuerpo mortal nos persigue la multitud de vicios: pero si la medida de los juicios y

justificaciones de Dios permanece en nosotros, para que con prudente consejo hagamos lo que conviene a estos: no seremos entregados en manos de estos perseguidores.

Sostén a tu siervo en el bien. Porque ya no sé servir al pecado. Para que no me calumnien los soberbios. El diablo y sus ministros.

Mis ojos desfallecieron en tu salvación. En Jesús, que en hebreo se dice Salvador. Y en la palabra de tu justicia. En aquella Palabra que era en el principio con Dios: que no vino a destruir las justicias de la ley, sino a cumplirlas.

Haz con tu siervo según tu misericordia. Para que tú mismo completes mis votos. Y enséñame tus justificaciones. Para que pueda advertirlas, como he deseado muchas veces.

Soy tu siervo: dame entendimiento para conocer tus testimonios. Que los aprenda de ti, y no de los herejes, o judíos: porque no tengo tiempo ocioso de la práctica de tu servicio.

Tiempo de actuar, Señor: los inicuos han violado tu ley. Los judíos ciertamente que no la entendieron espiritualmente. Pero vendrá el tiempo cuando el Señor hará que sus secretos sean revelados por la predicación evangélica.

Por eso amé tus mandamientos: más que el oro y el topacio. Porque así como el oro supera en precio a todos los metales: así el topacio, que contiene en sí la belleza de todas las gemas, supera en honor a todas. Por eso el profeta ama más que todo los mandamientos de Dios: porque en ellos entiende anunciado el advenimiento del Señor, que vendrá a redimir al mundo.

Por eso me dirigí a todos tus mandamientos: odié todo camino de iniquidad. Nada de los caminos de iniquidad se acercó: sino que así como caminé íntegramente: así odié todo lo que moraba en los caminos de iniquidad.

PHE.

Tus testimonios son maravillosos, Señor: por eso mi alma los escudriñó. Vi en ellos que se hacía una cosa, y se figuraba otra. Y por eso, porque me es maravilloso: al escudriñarlos más diligentemente, todo, con tu declaración, lo conozco: como sigue.

La declaración de tus palabras ilumina, y da entendimiento a los pequeños. Las palabras de Dios son los escritos de los profetas y la Ley que se declaran en los Evangelios: cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y con muchas virtudes mostró a Dios. Pero el entendimiento de estos se da a nuestra pequeñez, que hemos renacido en inocencia, como dice el Señor: Te alabo, Señor, Padre del cielo y de la tierra: porque escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños (Mateo X).

Abrí mi boca y atraje el espíritu: porque deseaba tus mandamientos. Abrí un corazón puro, y me hice digno del deseo de tus mandamientos, en quien se derramó el Espíritu Santo.

Mira en mí y ten misericordia de mí: según el juicio de los que aman tu nombre. Para que me concedas aquel juicio con el que a los demás que aman tu nombre.

Dirige mis pasos según tu palabra. Y no según deseos corporales. Y no me domine toda iniquidad. Porque estoy entregado a tu servicio. Líbrame de las calumnias de los hombres:

para que guarde tus mandamientos. Las calumnias son cuando a los hombres justos se les acusa de impiedad. Y de las cuales pide ser redimido por Dios, para que guarde sus mandamientos.

Ilumina tu rostro sobre tu siervo. Confírmame con la imagen de tu gloria. Y enséñame tus justificaciones. Para que lo que veo en ellas a través del espejo, lo contemple con certeza.

Mis ojos derramaron ríos de agua: porque no guardaron tu ley. Este santo siempre hace verdadera penitencia, y no cesa de lavar con lágrimas abundantes las antiguas faltas: para que entiendas que, a menos que hagas verdadera penitencia, no te será fácil obtener el perdón de lo que has hecho. La verdadera penitencia es lavar continuamente con lágrimas lo cometido y no repetir lo ya purificado.

SADE.

Justo eres, Señor, y recto es tu juicio: mandaste justicia a tus testimonios, y tu verdad es muy grande. Todo lo que sufrimos por tu mandato es justo, recto y verdadero: porque o bien nos sobreviene por nuestros pecados, o bien para que seamos probados y manifestados.

Me consumió el celo de tu casa. Cuando la casa de Dios se convierte en cueva de ladrones por malos habitantes: o cuando veo que los cuerpos dedicados a Dios se manchan en lodazales de crímenes. Porque mis enemigos olvidaron tus palabras. Al olvidar los preceptos de la Ley, hicieron de tu casa una cueva de ladrones.

Tu palabra es intensamente ardiente, y tu siervo la amó. Porque así como el pecado consume, también ilumina al pecador si se convierte.

Soy joven y despreciado: no he olvidado tus justificaciones. Aunque David dice esto de sí mismo, quien siendo más joven que sus hermanos fue enviado a pastorear ovejas y luego elegido para el reino: sin embargo, esto debe referirse al pueblo cristiano, que primero fue despreciado y expulsado de la casa del padre, recordando las justificaciones de Dios, se convirtió en el primero al recibir la primogenitura anterior.

Tu justicia es justicia eterna. Que el pueblo anterior no conoció como perpetua. Y tu ley es verdad. Para ellos fue sombra: ahora es verdad para el pueblo de la Iglesia. Pero el profeta, sufriendo mucho por esta verdad, dice:

La tribulación y la angustia me encontraron: tus mandamientos son mi meditación. Aunque esté atribulado en penas, encadenado en prisiones: su voz siempre libre medita continuamente en los mandamientos de Dios.

Tus testimonios son equidad eterna: dame entendimiento y viviré. Para que por su inteligencia, pueda alcanzar la vida eterna.

COPH.

Clamé con todo mi corazón, escúchame, Señor: buscaré tus justificaciones. Clamé a ti, sálvame, para que guarde tus mandamientos. Hemos advertido a menudo que este clamor no es de voz corporal, sino de mente espiritual: por el cual los justos son escuchados por Dios: o él abre su oído piadoso a sus súplicas.

Me adelanté en madurez y clamé: porque en tu palabra esperé. Previene los antiguos vicios con la castidad juvenil, quien por la madurez de un espíritu vivaz, nunca apartó su esperanza de las palabras de Dios.

Mis ojos se adelantaron a ti al amanecer: para meditar en tus palabras. No lo encontró la luz dormido, sino vigilante y esforzado, meditando con la intención de los ojos espirituales en las palabras divinas.

Escucha mi voz, Señor, según tu misericordia, etc. Incesantemente emite el gemido de la voz espiritual, para ser trasladado de esta mortalidad a la vida eterna.

Se acercaron los que me persiguen con iniquidad: pero se alejaron de tu ley. Porque todo el que se acerca inicuamente a los santos para hacerles daño, se aleja de la ley de Dios.

Tú estás cerca, Señor: y todos tus mandamientos son equidad. No estás atado a lugares, sino que por la verdad de los mandamientos te infundes en los corazones de los santos.

Desde el principio conocí tus testimonios. Desde Adán en todos los patriarcas y profetas. Porque los fundaste para siempre. En los Evangelios, en los cuales también estamos fundados sobre el fundamento mencionado: como recordamos que Pablo apóstol dijo a menudo.

RES.

Mira mi humildad y líbrame: porque no he olvidado tu ley. Siendo humilde ante ti, te ruego que me liberes para ser exaltado: porque recuerdo tu ley que dice: Quien se humille será exaltado (Luc. XIV).

Juzga mi causa y redímeme: vivifícame por tu palabra. Me juzgué a mí mismo no saber nada, sino a Jesucristo, quien fue prometido venir para la redención del mundo. Según este juicio, vivifícame en tus palabras.

Lejos está de los pecadores la salvación: porque no buscaron tus justificaciones. Nuestra salvación es Cristo, quien se aleja de los judíos negligentes: porque no entienden lo figurado en las justificaciones de la ley.

Muchas son tus misericordias, Señor. Porque nos libran de muchos peligros. Vivifícame según tu juicio. Para que no se encuentre en mí lo que el juicio de muerte consuma.

Muchos me persiguen y me afligen: no me he desviado de tus testimonios. Que arremetan con odios: que ataquen con injurias: yo me levanto por tus testimonios, no me inclino.

Vi a los que no guardan el pacto, y me consumí: porque no guardaban tus palabras. El pacto fue con Israel y Dios, que dijo a Moisés: Todo lo que diga el Señor, lo haremos (Éxodo XXIV). Pero ahora también nosotros pactamos en el bautismo, para renunciar al diablo y sus obras. Por los transgresores de este pacto el profeta se consume. Y Pablo que decía: ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Cor. XI).

Mira que amo tus mandamientos, Señor: vivifícame en tu misericordia. Los amó: no por miedo, sino por el afecto de buena voluntad. Por eso pide ser vivificado en ellos.

El principio de tus palabras es verdad. Para que el hombre nuevo renacido en Cristo viva. Y todos tus juicios de justicia son eternos. Para que, reconociendo que fue creado a imagen y semejanza de Dios, no haga nada indigno de sus juicios y justicias.

SIN.

Los príncipes me persiguieron sin causa, y mi corazón temió tus palabras. Temí aquella palabra que dice: Quien me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos (Matt. X). Por eso permaneció fuerte en la pasión.

Me alegraré en tus palabras: como quien encuentra muchos despojos. Atado el fuerte, y saqueados sus bienes (Luc. XI), me alegro en aquella palabra evangélica que dice: Cuando os persigan y maldigan, y digan todo mal contra vosotros por causa de la justicia, alegraos y regocijaos: porque vuestra recompensa es grande en los cielos (Matt. V).

Odié la iniquidad y la abominé: pero amé tu ley. Mientras odia la iniquidad y ama la justicia de Dios, se extiende en mayor oficio, diciendo:

Siete veces al día te alabé: por los juicios de justicia. Alaba a Dios siete veces al día; porque su mente, permaneciendo en pleno esplendor, se apresura hacia aquel séptimo día, es decir, el sábado de los sábados, que es el descanso eterno.

Mucha paz tienen los que aman tu ley, Señor: y no hay para ellos tropiezo. Quien ama a Dios, necesariamente debe tener paz con los hermanos. Pues ama a Dios con falso amor quien se escandaliza en su hermano.

Esperaba tu salvación, Señor, y cumplí tus mandamientos. Esperando a Jesús, Señor de todos, la salvación: hice lo que en la Ley y los profetas fue mandado.

Mi alma guardó tus testimonios, y los amó intensamente. Con la diligencia de la custodia añadió un amor fuerte.

Guardé tus preceptos y tus testimonios: porque todos mis caminos están ante ti, Señor. Guarda los preceptos y testimonios, quien camina en los caminos de Dios: y no hace nada en acto, palabra o pensamiento que sea indigno de la contemplación divina.

TAU.

Que mi oración se acerque a tu presencia, Señor; según tu palabra dame entendimiento. Te ruego, Señor, que mi oración se acerque a ti, para que recibiendo entendimiento de ti, no pida nada más que lo que conviene.

Que mi súplica entre en tu presencia, Señor: según tu palabra líbrame. Para que, asumiéndola dignamente por el aroma en la noche de esta vida, sea librada de esta corrupción de la concupiscencia carnal.

Mis labios pronunciarán un himno: cuando me enseñes tus justificaciones. Si por una conciencia pura mis labios son abiertos por ti, entonces pronunciaré un himno digno de alabanza: que soy enseñado a proferir por tus justificaciones.

Mi lengua proclamará tus palabras, porque tus mandamientos son equidad. No hay otra cosa en tus palabras, Señor, sino paz, equidad y vida. Esto creeré con el corazón, esto pronunciaré con los labios, esto proclamaré con la lengua.

Sea tu mano para salvarme: porque elegí tus mandamientos. Cuando dice: Sea tu mano, designa al Señor Salvador, que fue hecho para él del linaje de David según la carne, por quien todas las cosas fueron hechas y son gobernadas. Aquí debemos entender la mano derecha. Pide, pues, que venga el Salvador, por quien sabía que sería salvado. Y cuando dice: elegí tus mandamientos, testifica que ha pospuesto todos los peligros por amor al Señor.

Anhelé tu salvación, Señor, y tu ley es mi meditación. Anhelaba ver a aquel que creía que vendría del vientre virginal en aquellos tiempos. Y para mostrar que esta ciencia le provenía de las Escrituras divinas, sigue: Y tu ley es mi meditación. En los profetas había anhelado el nacimiento de Cristo el Señor: de quien hablaban la Ley y los profetas.

Viva mi alma, y te alabará, y tus juicios me ayudarán. Absorbida la debilidad de la corrupción terrenal, confiesa vivir para Dios, por la ayuda de sus juicios.

Erré como oveja perdida, busca a tu siervo, porque no he olvidado tus mandamientos. Dice que fue, y ya no es, una oveja errante: suplica ser llevado en los hombros del pastor: para que ahora los ángeles se alegren por su hallazgo. Pero el Señor no fue enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Matt. XV). A quien suplicamos humildemente, para que, hechos hacedores de sus juicios, guardianes de sus mandamientos, y escrutadores de sus testimonios, al encontrar la oveja perdida (Luc. XV), restaurados al redil eclesiástico por la diligencia del benigno pastor, llevados en sus sagrados hombros, merezcamos gloriarnos en la compañía de los santos ángeles: a él sea la gloria con el eterno Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXIX.

Cántico de los grados. Los quince salmos de los grados nos conducen a través de ciertos avances a la cumbre: para que en los atrios del Señor podamos decir: He aquí ahora bendecid al Señor, todos los siervos del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Salmo CXXXIII). Y como muchos han discutido extensamente sobre esto: es necio querer decir poco por mucho.

Al Señor clamé en mi tribulación, y me escuchó. Tres cosas se explican rápidamente en un solo versículo; angustia, súplicas, escucha: porque nadie es atribulado, sino quien desea vivir piadosamente en Cristo. Por tanto, es necesario que clamemos al Señor no con la elevación de voces, sino con la humildad del corazón, si deseamos ser escuchados.

Señor, libra mi alma de labios inicuos. De los judíos, que no solo no creen en Cristo el Señor, sino que tampoco temen blasfemar con labios impuros. Y de la lengua engañosa. De la doctrina de los herejes, que intentan apartarnos de la línea recta de la fe.

¿Qué se te dará, o qué se te añadirá a ti por la lengua engañosa? El Señor, con afecto de piedad, se dignó interrogar al alma que clama fielmente: ¿qué se le dará, o qué se le añadirá a la lengua engañosa? Muchos dicen que en este lugar se ha cambiado la preposición: ¿Qué se te dará contra la lengua engañosa? quieren decir, como si el alma escuchara de la doctrina de Dios.

Flechas agudas de poderoso con carbones desoladores. Por carbones desoladores en hebreo se tiene ἀρχευθίνοις. Creo que el carbón desolador también está en Isaías, que se lleva a sus labios (Isaías VI), para purgar los vicios que contrajo hablando, o callando lo mejor. Y aquí también se ruega por un carbón similar: para que se le dé un carbón del altar de Dios, que haga desolación de pecados en sus labios, es decir, que lo mantenga alejado de los vicios.

¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado! Cuya conversación está en los cielos, peregrina en este cuerpo, y esta peregrinación le parece larga, porque lo que ha recibido por esperanza, no lo contempla en especie. Y por eso, como trigo entre pajas, gimiendo dice: Habité con los habitantes de Cedar. Cedar significa tinieblas. Habita, pues, este con los habitantes de las tinieblas, pero no es oscurecido por las tinieblas: como la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I). Mucho tiempo fue peregrina mi alma. Pues deseaba disolverme y estar con Cristo.

Con los que odian la paz, yo era pacífico. Cumpliendo aquello del Apóstol: Si es posible, teniendo paz con todos los hombres (Filip. I, y Rom. XII). Está, pues, con los que odian la paz: pacífico para predicarles la paz más libremente. Y cuando les hablaba, me atacaban sin causa. Él anunciaba la paz; pero los enemigos de la paz no solo no la recibían, sino que también atacaban con sus maldades al mismo predicador de la paz.

SALMO CXX.

Cántico de los grados. Este salmo contiene la segunda ascensión, cuyo título es: Cántico de los grados. Son varios, significando (como ya escuchasteis en el primero de ellos) nuestra ascensión, que se realiza en el corazón hacia Dios, desde el valle de lágrimas, es decir, desde la humildad de la tribulación.

Alcé mis ojos a los montes. Levanté, ciertamente, mis ojos espirituales a las alturas de los libros: de los Profetas y de la Ley. ¿De dónde vendrá mi ayuda? ¿De dónde sospecho que vendrá el Señor, auxiliador de todos?

Mi ayuda viene del Señor que hizo el cielo y la tierra. De él espero la ayuda, por quien el Padre estableció el cielo y la tierra. Aquí ya, por su fe, este hombre recibe del Espíritu Santo una respuesta de consolación. Dice:

No permita que tu pie resbale. No permite que se remueva la estabilidad, en la que estás firme en él. Ni se adormezca el que te guarda. Dios protege y cuida con vigilancia constante a quien permanece en él.

He aquí que no se adormecerá ni dormirá, el que guarda a Israel. Sin ninguna interrupción es custodiado por Dios: quien lo haya percibido con la intención de los ojos espirituales.

El Señor te guarda. Él mismo que hizo el cielo y la tierra, porque los dioses que no hicieron la tierra, perecen de ella.

El Señor es tu protección: sobre la mano derecha tuya. Él te protege, para que la obra de tu mano derecha, es decir, buena, no sea impedida por la parte enemiga.

De día el sol no te quemará, ni la luna de noche. El justo no puede ser elevado en las prosperidades, ni abatido en las tristezas. Lo que en el día y la noche, esto también se significa en el sol y la luna.

El Señor te guarda de todo mal. De todas las insidias del enemigo. El Señor guarda tu alma. Para que no le domine la parte del poder adverso.

El Señor guarda tu entrada. Por la cual entraste para conocer al Padre. Y tu salida desde ahora y para siempre. Para que cuando te apartes del cuerpo, seas protegido por su custodia: no caigas en aquel abismo, donde se ve al rico ardiendo, sino que en el seno de Abraham con Lázaro disfrutes del descanso eterno (Luc. XVI).

SALMO CXXI.

Cántico de los grados. Este salmo es el tercer grado de ascensión, conteniendo la voz del hombre: cuya conversación se tiene en los cielos.

Me alegré en lo que se me dijo. Me fue dicho por la Ley, y los profetas y apóstoles. Pero también digo lo que había contemplado a través del espejo, y ahora veo cara a cara (I Cor. XIII). ¿Y qué, preguntas? En la casa del Señor caminaremos. Es decir, en la Jerusalén celestial, para que seamos ciudadanos de los santos y domésticos de Dios.

Nuestros pies estaban firmes, en tus atrios, Jerusalén. Firmes en su amplitud. Pero para que no pienses que es esta terrenal, escucha lo que añadió:

Jerusalén, que se edifica como ciudad. Aún, dice, no está completado el edificio de esta ciudad: pero diariamente se edifica con piedras vivas sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, por el mismo Cristo Jesús, la piedra angular (Efes. IV): como dice el Apóstol. Su participación es en lo mismo. En un solo cuerpo de la Iglesia, por Cristo.

Porque allí subieron las tribus, las tribus del Señor. No sujetas al pecado, sino, tribus del Señor: que conociendo al Señor no tardaron en seguirlo: lo cual debe referirse a las naciones. Testimonio de Israel. Para condenarlo: porque no lo conoció en los muchos milagros mostrados. Pero las tribus de las naciones lo recibieron inmediatamente conocido. Así también la reina del Sur, o los ninivitas, en el juicio de este testimonio se levantarán, y lo condenarán (Luc. XI). Para confesar el nombre del Señor. Confiesan, porque en tu nombre se doblará toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Filip. II): y porque tú, Señor Jesucristo, estás en la gloria de Dios Padre.

Porque allí se sentaron tronos para juicio. Los tronos de Dios son los apóstoles: sobre los cuales el Señor descansa. Estos tronos se sentarán sobre los doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel: como él mismo dijo en el Evangelio (Matt. XIX). Tronos sobre la casa de David. Gobernando y amonestando a la Iglesia de Cristo con sus preceptos.

Rogad por la paz de Jerusalén. Preguntad por lo que pertenece a la paz de esta ciudad, y seguidla: para que por el amor de la paz obtengáis el fruto de la bienaventuranza eterna. Y abundancia para los que te aman. Quien, dejando lo caduco, ama a Dios sobre todas las cosas, disfruta de la abundancia de los bienes celestiales.

Sea la paz en tu fortaleza. El Señor Cristo es nuestra paz: quien nos une en un solo vínculo de caridad: cuya fortaleza, si prevalece en nosotros, también él se infunde en nuestros corazones. Y abundancia en tus torres. En estos el profeta pide que haya abundancia de bienes celestiales, que sobresaliendo en mérito, como torres fortísimas, fortalecen y adornan esta ciudad con su virtud y altura.

Por mis hermanos y mis prójimos hablaré de paz en ti. Para que también ellos se presenten perfectos para la consumación de este edificio.

Propter domum Domini Dei nostri, quaesivi bona tibi. Praedicando pacem proximis fratribus, qui efficit eos civitatem regis aeterni, cui haec bona quaesivit: ut ab universitate civitatis, in unam ejus transiret habitationem, qui ait: Pater, rogo ut ubi ego sum, et illi sint mecum. Ego in illis, et tu in me: ut videant gloriam meam: quia dilexisti me ante constitutionem mundi (Joan. XVII).

SALMO CXXII.

Cántico de los grados. Este salmo revela el cuarto ascenso de los Cánticos de los grados: en el cual aquel hombre fiel, que antes levantaba sus ojos a los montes, ahora, progresando ya en el ascenso, los eleva al mismo habitante de los cielos, diciendo:

A ti levanto mis ojos, tú que habitas en el cielo. Es de notar que en cada uno de los salmos hay un cierto progreso de los grados. El que en el primero decía: Al Señor clamé en mi tribulación, y en el segundo narraba haberse elevado sus ojos a los montes: también se alegraba porque se le había prometido la entrada en la casa de Dios: ahora ha progresado más, para levantar sus ojos al mismo Dios. Tú que habitas en el cielo. ¿A dónde iba a elevar sus ojos al ascender, sino allí donde deseaba ascender?

He aquí, como los ojos de los siervos están en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora: así nuestros ojos están en el Señor nuestro Dios hasta que se apiade de nosotros. Y somos siervos, y somos siervas: él es Señor y señora. Atienda vuestra caridad. No es de extrañar que seamos siervos y él sea Señor; pero es sorprendente que seamos siervas y él sea señora. Pero tampoco es sorprendente, porque somos siervas, pues somos la Iglesia: ni es sorprendente que él sea señora: porque es la virtud y sabiduría de Dios. Escucha, pues, al Apóstol diciendo: Nosotros predicamos a Cristo crucificado: para los judíos, ciertamente, escándalo, para los gentiles, necedad: pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I). Sometidos a muchos géneros de persecuciones, debemos siempre mantener fija la intención de nuestros ojos en la ayuda de Dios sin ningún defecto, hasta que nos otorgue misericordia.

Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros, porque estamos muy llenos de desprecio. Es decir, de desesperación, porque los santos son despreciados por los hombres malvados.

Y nuestra alma está muy llena: de oprobio de los que abundan, y de desprecio de los soberbios. No solo se refiere a las riquezas, sino a aquellos que abundan en malicia, ellos desprecian a los pobres de Cristo. Los ricos desprecian a los pobres, y los soberbios desprecian a los humildes, y ellos dicen muchas injurias contra la santa Iglesia.

SALMO CXXIII.

Cántico de los grados. Este salmo es el quinto grado de ascensión, enseñando a aquel hombre fiel a progresar, quien, por la elevación de los ojos espirituales al habitante de los cielos, venciendo todas las insidias de la influencia diabólica, comienza diciendo:

Si no hubiera estado el Señor con nosotros: diga ahora Israel. Bien habita el Señor en nosotros, si lo contemplamos con mente santa. Si no hubiera estado el Señor con nosotros,

cuando se levantaron los hombres contra nosotros: tal vez nos habrían tragado vivos. No intentaron devorar nuestras carnes los impíos; sino devorar las almas por la instigación de los crímenes; pero fuimos liberados de ellos por aquel que estaba en nosotros. A quien por esto deben ser dadas las gracias: porque por su gracia fuimos salvados.

Cuando se enojó su ánimo contra nosotros: tal vez nos habrían absorbido como agua. Las conmociones de las malas mentes, que buscan absorber a los santos de Dios, se comparan con las aguas; pero habitando el Señor en los santos, fluyen hacia abajo y corren.

Nuestra alma pasó por el torrente. Mejor en hebreo dice: El torrente pasó sobre nuestra alma: lo que significa que muchos torbellinos de tentaciones pasaron sobre su alma, y no pudieron matarla, diciendo el justo: Si no hubiera estado el Señor con nosotros: diga ahora Israel. Tal vez nuestra alma habría pasado por el agua intolerable. La palabra ἀνυπόστατον en griego es ambigua: y puede significar, lo que subsiste, y lo que es intolerable, es decir, lo que nadie puede soportar. Por lo cual tanto Aquila como Símaco, y Teodocio, y todos los intérpretes están de acuerdo con una voz: traduciendo las aguas soberbias y arrogantes por ἀνυπόστατον.

Bendito sea el Señor, que no nos dio como presa a sus dientes. Los dientes de estos torrentes son la multitud de vicios, de los cuales, para que no seamos capturados, somos rescatados por la gracia de Dios.

Nuestra alma, como un gorrión, fue liberada del lazo de los cazadores. Se nos tienden lazos en las concupiscencias y en los diversos engaños de la astucia diabólica; pero con Satanás aplastado bajo nuestros pies, como un gorrión escapamos de ellos. Así pues, sigue:

El lazo se rompió, y nosotros fuimos liberados. Si el Señor habita en nosotros: él (como hemos dicho) romperá estos lazos, para que no nos impidan.

Nuestro auxilio está en el nombre del Señor: que hizo el cielo y la tierra. Este es el nombre que está sobre todo nombre. Con la ayuda de este nombre, se vencen los lazos de la muerte, si permanecemos aferrados a él.

SALMO CXXIV.

Cántico de los grados. Este salmo es el sexto en los cánticos de los grados, que con la voz del profeta nos exhorta, a que, dejando las causas mundanas, tengamos toda nuestra confianza solo en Dios, diciendo:

Los que confían en el Señor son como el monte Sion: no se moverán para siempre. Sion, la Iglesia: el monte según Daniel, es Cristo el Señor (Dan. II). Por lo tanto, los que ponen toda su esperanza en él, no se moverán para siempre: porque se hacen conformes al cuerpo de su gloria. El que habita en Jerusalén. En la misma Iglesia nuestra madre, que está arriba, libre (Gál. IV).

Montes alrededor de ella. Las custodias de los santos, ángeles, profetas y apóstoles, que a modo de altura montañosa sobresalen en santidad sobre todos. Y el Señor alrededor de su pueblo, desde ahora y para siempre. Como él mismo se dignó prometer, diciendo: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. ult.).

Porque no dejará el Señor el cetro de los pecadores sobre la suerte de los justos. Por cetro en hebreo, tiene vara. Esto es lo que pedimos: que no nos induzcas en tentación, que no podamos soportar. Para que no extiendan los justos sus manos a la iniquidad. Para que no

piensen: ¿de qué me sirve ser justo, si siempre me persiguen los inicuos? Para que no extiendan, es decir, para que soporten a los malos, y no hagan el mal.

Haz bien, Señor, a los buenos y a los rectos de corazón. Que son buenos en la obra, o rectos en la fe.

Pero a los que se desvían en obligaciones los llevará el Señor. Por obligaciones, Aquila interpretó διαπλοκὰς: Símaco σκολιότητας, la quinta edición διεστραμμένα. Con los que obran iniquidad. Aquellos que se desvían de los preceptos de Dios, son llevados con aquellos que ignoran a Dios, para que sean heridos con la misma sentencia. Paz sobre Israel. Cristo el Señor es nuestra paz (Efes. II), que quitando la pared de enemistad entre judíos y gentiles, hizo de ambos uno, lo que antes estaba dividido.

SALMO CXXV.

Cántico de los grados. Este salmo séptimo de los grados, ofrece un cántico o ascenso en el cual el alma fiel exulta en el Señor contra la cautividad de los crímenes, y dice:

Cuando el Señor cambió la cautividad de Sion. Pues la antigua cautividad de los vicios había invadido todo el mundo; pero al iluminarnos el sol de justicia, fue ahuyentada. Así también la Iglesia, que especialmente se llama Sion, apareció. Fuimos como consolados. Por consolados, todas las ediciones por igual, tradujeron soñadores. Y bien soñadores; pues aún no hay plena alegría, estando en cautividad los que quedan.

Entonces se llenó de gozo nuestra boca: y nuestra lengua de exultación. De alegría espiritual e infinita. O nuestra boca, o nuestra lengua se llena: porque no basta para explicar tantas alabanzas por la gracia con la que somos salvados.

Entonces dirán entre las naciones, El Señor ha hecho grandes cosas con ellos. Si, dejando lo transitorio, ponemos nuestra esperanza en lo eterno, entonces se dice que el Señor nos ha hecho grandes, al ser expulsada la cautividad, y como en otro tiempo las naciones aterradas por el temor hablaban del pueblo israelita diciendo: Dios secó las aguas del mar y del Jordán a la entrada de los hijos de Israel (Josué II). En este gozo, pues, confesamos.

Porque el Señor ha hecho grandes cosas con nosotros: nos hemos alegrado. Servíamos antes a Faraón, es decir, al exterminador en duros trabajos: ahora servimos al rey celestial, cuyo yugo es suave y su carga ligera (Mat. XI).

Cambia, Señor, nuestra cautividad. El profeta confiesa tener una cautividad común con el resto del pueblo: porque compadece un miembro a los demás miembros. Como el torrente en el sur. Pues así como soplando el viento del sur se disuelven los hielos; y llenándose los torrentes, todo el horror con su ímpetu se desvanece: así soplando el Espíritu Santo, se disuelven nuestros pecados: para que, recibida la remisión, se nos haga aquello que está escrito: Como el hielo en el sereno, se disuelven tus pecados (Ecli. III).

Los que siembran con lágrimas, con gozo cosecharán; yendo iban y lloraban, echando sus semillas. Los santos de Dios sembraron con lágrimas de confesión, y en diversos tormentos, la palabra de Dios entre las naciones: yendo y llorando por la dureza de su corazón, que en el futuro con los frutos de los manojos llevarán, diciendo el Señor a ellos: En verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis: el mundo se alegrará, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Joan. XVI). Por tanto, también nosotros clamando en la tribulación, elevemos los ojos de la mente al Dios auxiliador, para que nos libre de los crueles dientes de los envidiosos:

quite de nosotros el cetro de la dominación iniqua, para que con la acostumbrada misericordia otorgada, mientras somos absueltos de la cautividad de los vicios: seamos unidos como piedras vivas al edificio de la Jerusalén celestial.

SALMO CXXVI.

Cántico de los grados de Salomón. Por eso este salmo está titulado con el nombre de Salomón: para que el mismo constructor del templo enseñe que no puede completar su edificación sin la ayuda del Señor.

Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican. Nosotros somos, según el Apóstol, templo de Dios: que si no somos edificados por nuestro Señor Jesucristo sobre los fundamentos de los apóstoles y profetas (II Cor. VI), será vana la edificación de los filósofos y de los demás doctores seculares.

Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la custodian. El alma fiel, se toma como ciudad del Rey eterno, que está frecuentada por buenos ciudadanos, es decir, por costumbres honestas, la cual no puede ser protegida por ninguna custodia, sino por aquel que no duerme protegiendo a Israel.

Es vano para vosotros levantaros antes del amanecer. Quien se levanta antes del amanecer, palpa las tinieblas nocturnas. Así también quien, dejando la luz del Evangelio, pasa a la doctrina antes mencionada, permanece en tinieblas: ni puede disfrutar de la claridad de la resurrección del Señor. Levantaos después de haber estado sentados, vosotros que coméis el pan del dolor. Vosotros que descansáis en la humillación, levantaos, vosotros que recordáis haber nacido o vivido en pecados, y deseáis pasar a Dios. O, vosotros que coméis el pan del dolor. Por dolor, Teodocio y la quinta edición interpretaron ídolos: la sexta, error. El sentido, pues, según la simple inteligencia es este: En vano corréis de madrugada al templo, y creéis adorar a Dios, que adoráis ídolos al mismo tiempo, y os alimentáis de pan inmundo.

Cuando da a sus amados el sueño: como si alguien hubiera preguntado, cuándo ha sucedido esto, se le dice: Cuando da a sus amados el sueño. Los amados son los santos, que después del sueño de la vida presente, aquí parecen dormir: para que en la resurrección merezcan llegar a la vida eterna. He aquí la herencia del Señor son los hijos, recompensa el fruto del vientre. Cuando los santos han partido de este mundo habiendo recibido el sueño del descanso, entonces serán herencia del Señor, porque ya no están sujetos a tentaciones. Pero también el mismo Señor nacido de la Virgen, se hizo fruto del vientre. Cuya humanidad asumida recibió esta recompensa: que las naciones llamadas en los hijos, sean su herencia. Les dio, dice, potestad de ser hechos hijos de Dios a los que creen en su nombre (Joan. I).

Como flechas en mano del poderoso, así son los hijos de los expulsados. Llama expulsados a los preparados y ceñidos para la batalla, palabra que también los Setenta traductores trasladaron en los libros de Esdras.

Bienaventurado el hombre que llenó su deseo de ellos. Por deseo en hebreo, tiene aljaba. Para que, como había comparado las flechas con los santos, consecuentemente introduzca la aljaba llena de flechas. No será confundido cuando hable con sus enemigos en la puerta. La puerta, la entrada o el umbral: él mismo es quien dice: Yo soy la puerta, si alguno entra por mí, será salvo (Joan. X). Por lo tanto, quien de los hijos de los expulsados está fijo en Cristo, no será confundido en el día del juicio: cuando reproche a los enemigos la desobediencia a la Ley de Dios, y por su perversidad, o toda su maldad.

SALMO CXXVII.

Cántico de los grados. Este salmo en el noveno grado de ascensión, o cántico, insinúa el temor y el amor del Señor, diciendo:

Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos. Que uniendo el temor al amor de Dios, se ejercitan en lo que predicaron los profetas, apóstoles, evangelistas.

Comerás el trabajo de tus manos: bienaventurado eres, y bien te irá. Los trabajos de los frutos son, cuando el hombre se ejercita en el mundo, para poder acceder al fruto de la eternidad. Pues laboriosamente se camina por estos caminos de Dios, como él mismo dice: Estrecho y arduo es el camino que lleva a la vida (Mat. VII). Pero este trabajo se llena de frutos eternos, cuando el hombre se enriquece con aquel pan celestial. Pues con este deseo, también aquel se conmovía, que decía: Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios (Luc. XIV).

Tu esposa como vid fecunda: en los lados de tu casa. La esposa según Salomón (Prov. VII), se toma como sabiduría, que en la casa del alma purificada, como hermosa vid traída, se extiende en los lados de nuestras obras.

Tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa. Actos de los buenos asistiendo alrededor de la doctrina celestial, con la unción de la paz y la sombra de la virtud.

He aquí así será bendecido el hombre, que teme al Señor. Con estas riquezas se enriquece.

Bendígate el Señor desde Sion. Que reina en la Iglesia. Y veas los bienes de Jerusalén todos los días de tu vida. En aquella madre celestial, de la que hemos expuesto en otros salmos; en la que los santos verán los bienes de la vida perpetua.

Y veas a los hijos de tus hijos. Recibiendo la retribución de las buenas obras. Paz sobre Israel. Nuestra paz, Jesucristo, continuamente mire sobre la mente que lo ve.

SALMO CXXVIII.

Cántico de los grados. Este salmo nos ofrece el décimo cántico o ascenso, que comenzando con la voz profética enseña a resistir incesantemente a las maldades que atacan, para que no nos derroten.

Muchas veces me han atacado desde mi juventud. Dice que es atacado desde el principio de su edad este hombre; pero calla por quién es atacado: para que se entienda que la lucha es enviada por el diablo. Puedes advertirlo más fácilmente por la prueba de Job, o por la traición de Cristo por Judas.

Diga ahora Israel, Muchas veces me han atacado desde mi juventud, pero no pudieron conmigo. Por lo tanto, quien es Israel, puede decir que es atacado todos los días de su vida. Pero esta lucha no prevalece contra él: porque el Señor lucha por él.

Sobre mi espalda fabricaron los pecadores, prolongaron la iniquidad para sí mismos. Continuamente al que corre hacia Dios y tiende a cosas mayores se le fabrican por detrás las máquinas de las maldades, porque no pueden exponerse a la vista. Pero cuando no llegan a efecto, se prolongan para sí mismos: por eso envidiando, provocan el pecado y la venganza divina sobre sí mismos. Pues sigue:

El Señor justo cortará las cervices de los pecadores. Por cervices en hebreo tiene, cadenas, o grilletes para que el sentido sea: Aquellos que me habían rodeado con sus insidias, de aquí y de allá, incluso me tenían atado; pero, con la ayuda del Señor, todos los lazos fueron desatados.

Sean confundidos y vueltos atrás todos los que odian a Sion. La Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, de la cual somos miembros.

Sean como la hierba de los tejados: que antes de ser arrancada, se seca. No se dice esto de los edificios colocados sobre la roca, sino de aquellos que, como si fueran a caer más rápidamente, se colocan sobre la arena: lo que se refiere a las obras de la carne: en las cuales no solo no se encuentra ningún grano de bondad: sino que incluso antes de que lleguen a algún crecimiento, se secan.

De la cual no llenó su mano el que siega. Quien no recibió la retribución digna de la recompensa de su obra. Ni su seno el que recoge los manojos. Quien por la pureza de conciencia, aunque tenga menos, sin embargo, aplicó buena voluntad. Y por eso de Dios como si hubiera dado mucho, lleva manojos: como la viuda de las dos monedas (Marc. XII).

Y no dijeron los que pasaban: La bendición del Señor sobre vosotros. No los bendijeron los santos de Dios: que teniendo por nada este mundo, pasaron a las cosas celestiales y eternas. Os bendecimos en el nombre del Señor. Para que, dejando las obras infructuosas y áridas, sembréis aquellas que llenen la mano de los segadores, y el seno de los que recogen los manojos.

SALMO CXXIX.

Cántico de los grados. Este salmo nos revela el undécimo grado de ascensión, y cántico: que presentando el esfuerzo del alma fiel que tiende a cosas más altas: mientras se queja de estar sumergida en lo profundo, nos provoca a entender las cosas celestiales, diciendo:

Desde lo profundo clamé a ti, Señor: Señor, escucha mi oración. Desde lo profundo clama, quien conoce la altura de las riquezas de la sabiduría de Dios: quien sufre persecuciones: quien con suspiro misericordioso lo suplica.

Sean tus oídos atentos: a la oración de tu siervo. No pide aquí el profeta un oído carnal: sabiendo que Dios es incorpóreo: sino que solicita la virtud con la que se digna escuchar a los suyos.

Si observas las iniquidades, Señor: Señor, ¿quién podrá sostenerse? Pues si transgrediendo tus leyes, la fragilidad del género humano es herida inmediatamente por tu venganza, ¿quién podrá escapar?

Porque en ti hay propiciación. Pues tú nos reconciliarás con el Padre por la cruz. Y por tu ley te esperé, Señor. La ley es espiritual, y contiene las palabras de vida: que debemos sostener, para que no pecando contra ella seamos juzgados por la ley (Rom. VII).

Sustinuit anima mea al Señor, etc. Desde la guardia de la mañana hasta la noche. Desde aquella hora matutina en que fue colocado en la viña del Señor, fijó su esperanza en aquella hora: en la que recibirá el denario de recompensa. Desde la vigilia matutina. Espere Israel en el Señor. Desde que la luz de la verdad le iluminó, contemple incesantemente las cosas

celestiales. Porque con el Señor hay misericordia. Cuando se dignó hacerse hombre por nosotros. Y abundante es la redención con Dios. Cuando no con oro, ni con plata, sino con su preciosa sangre nos redimió.

Y él redimirá a Israel de todas sus iniquidades. Pues él, el Hijo, cuando entre la plenitud de las naciones, salvará al resto de Israel, perdonada la iniquidad.

SALMO CXXX.

Cántico de los grados. Este salmo es el duodécimo en esta ascensión, o cántico, o grado, que nos enseña desde la persona del profeta la humildad que Cristo iba a llevar en la carne, diciendo:

Señor, no se ha exaltado mi corazón. Sino que en su contrición y humillación te ofrecí un sacrificio aceptable. Ni se han enaltecido mis ojos. Para que desearan lo transitorio y caduco.

Ni he caminado en cosas grandes: ni en tus maravillas sobre mí. En aquellas grandes maravillas que parecían a los hombres, no anduve, para que no me oprimieran.

Si no sentía humildemente: sino que exalté mi alma. Humilde de corazón, pero elevado en sentido. Sentía humildemente en el mundo: pero exalté mi alma en el cielo.

Como el que ha sido destetado de su madre: así recompensarás en mi alma. No siente nada pueril en sí: porque superando el alimento de leche, ha llegado a ser un hombre perfecto: ahora suplica ser alimentado con aquel pan que vino del cielo.

Espere Israel en el Señor: desde ahora y hasta la eternidad. Enseña que nuestra esperanza no debe cerrarse con ningún fin temporal: para que por la esperanza de la vida presente alcancemos los bienes del siglo futuro.

SALMO CXXXI.

Cántico de los grados. Este salmo es el decimotercero en los cánticos de los grados: que a través de la ascensión de los progresos, nos enseña sobre la venida del Hijo de Dios desde la voz profética, diciendo:

Recuerda, Señor, a David. El Hijo del Dios omnipotente, al asumir carne para la redención del pueblo, quiso ser llamado David: llamado con su nombre, del cual iba a asumir también el cuerpo. Y toda su mansedumbre. No contendió, ni clamó: sino que como un cordero manso fue llevado al sacrificio (Isaías LIII).

Como juró al Señor: hizo voto al Dios de Jacob. Puso el juramento y el voto por la firmeza de la palabra, para que no dudáramos en seguir: pero es digno de ver lo que quiso mientras tanto. Recuerda, Señor, a David, y toda su mansedumbre. Como juró al Señor. Por lo que es, como: en hebreo tiene, quien: para que el sentido sea: Recuerda, Señor, a David, y toda su mansedumbre, quien juró al Señor, e hizo voto al Dios de Jacob.

Si entro en el tabernáculo de mi casa: si subo al lecho de mi cama: si doy sueño a mis ojos, o a mis párpados adormecimiento, y descanso a mis tiempos: hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. El tabernáculo de la casa indica la sede celestial: en el lecho de la cama, en el sueño de los ojos, en el adormecimiento de los párpados, o en el descanso de los tiempos, mostró el descanso eterno, que nunca se

interrumpe. En los cuales no promete regresar: a menos que primero en el hombre construya un lugar digno para Dios Padre o la congregación de la Iglesia con su resurrección.

He aquí que la oímos en Efrata. La región de Belén hasta hoy se llama Efrata. De esto también otras Escrituras son testigos. Efrata es Belén misma. Donde primero se escuchó la Iglesia, es decir, en la que Cristo el Señor asumió carne. En esta también descansa Raquel, amada de Israel (Génesis XXXV), quien llevó el tipo de la Iglesia. La encontramos en los campos del bosque. En las naciones, que antes eran guaridas del diablo: ahora, sin embargo, campos, adorando al Señor, fructíferos.

Entraremos en el tabernáculo de Dios. Nosotros que en una casa de la Iglesia, somos reunidos por el Señor. Adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies. En el que se escuchan las predicaciones apostólicas: que como pies sostienen todo el cuerpo de la Iglesia.

Levántate, Señor, a tu descanso. Ya cumpliste el juramento, devolviste el voto: ya encontraste un lugar para Dios: ya sacaste de tu costado la Iglesia: levántate ahora de entre los muertos, regresa al tabernáculo: yendo al descanso: de los cuales hablaste anteriormente. Y no solo tú, sino, Tú y el arca de tu santificación. El cuerpo asumido, en el que la divinidad estaba cubierta. De quien las palabras de vida, de quien el pan celestial, de quien el camino, la verdad y la vida nos fueron mostrados.

Tus sacerdotes se vistan de justicia. Para que, vestidos con la coraza de la justicia, no sean heridos por los dardos del enemigo. Y tus santos exulten. En los bienes celestiales.

Por David, tu siervo, no apartes el rostro de tu Cristo. Por aquel que de la semilla de David asumió la forma de siervo: no se aparte la claridad de tu imagen de los santos, en los que habita Cristo mismo, sino que los ilumine.

Juró el Señor a David la verdad, y no lo frustrará. Dios Padre jura al hombre la verdad, que no anula, sino que cumple diciendo: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono. Nosotros somos el fruto de su vientre, que espiritualmente como del útero nos ha engendrado. Que si guardamos lo siguiente, nos sentaremos sobre su trono, y no solo nosotros, sino también nuestros hijos. Pues dice:

Si tus hijos guardan mi pacto, y mis testimonios que les enseñaré, y sus hijos hasta la eternidad de las eternidades, se sentarán sobre mi trono. Si guardamos su pacto, nos hará sentar en los celestiales: como dice el Apóstol (Efesios I): Se sentarán sobre su trono. Pero también ellos se sentarán sobre su trono a quienes se les dijo: Se sentarán sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX). Se sentarán también nuestros hijos, es decir, recordarán las buenas obras, que por amor a él hemos realizado, en su presencia.

Porque el Señor eligió a Sion: la prefirió como morada para sí. La multitud eclesiástica que le es concordante, o las almas santificadas por los sacramentos celestiales.

Este es mi descanso para siempre: aquí habitaré porque la elegí. El alma que por la gloria de la resurrección y la purificación del pecado, se ha hecho casa y descanso para él.

Bendiciendo bendeciré a su viuda: a sus pobres saciaré con panes. Por viuda, es decir, χήρα, tanto los volúmenes hebreos, como los mismos Setenta tienen θήρα: pero por la novedad de la palabra, y el cambio de una letra, poco a poco prevaleció, para que en lugar de θήρα se leyera χήρα, especialmente porque en el versículo siguiente seguían los pobres. θήρα Symmachus y Aquila lo interpretaron como alimentos.

Vestiré a sus sacerdotes con salvación, y sus santos exultarán con exultación. Pues él mismo nos viste con justicia o salvación: cuando nos hace conformes a su cuerpo: que es nuestra justicia y salvación, preparándonos tabernáculos eternos.

Allí haré brotar el cuerno de David. El reino de Cristo, que se muestra en aquellos a quienes se les dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V). Preparé una lámpara para mi Cristo. Juan Bautista o el precursor de nuestro Señor y Salvador es llamado lámpara preparada por Dios Padre: quien anunció que él vendría a las tinieblas de este mundo: Así también el mismo Señor lo llama, diciendo: Él era la lámpara ardiente (Juan V), y lo demás.

Vestiré a sus enemigos con confusión. A los judíos incrédulos cuando vean al Señor en su majestad. Sobre él florecerá mi santificación. Por santificación, NESER () en hebreo se tiene: que Aquila interpreta como consagrado, y significa la lámina de oro, que se ataba en la frente del sumo sacerdote: teniendo esculpido el nombre del Señor.

SALMO CXXXII.

Cántico de los grados.

He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Dice dos cosas: bueno y agradable. El martirio es bueno, pero no es agradable: pues tiene suplicios y penas, y siempre en los tormentos hay dolor, y ciertamente en el dolor no hay alegría. He aquí cuán bueno y cuán agradable. Nuevamente, el placer es agradable. Como si dijera: Comer un alimento dulce parece ser agradable, pues incita a la lujuria. Aquí, por tanto, puso dos cosas, y lo que parecía ser contrario, bueno y agradable, lo unió en una sola palabra. He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Hermanos de mente, no de cuerpo. Esaú y Jacob fueron hermanos, y porque habitaban juntos, fue para ellos causa de discordia. Por tanto, lo que aquí dijo, hermanos: no dice hermanos de cuerpo, sino hermanos espirituales. Hermanos de los que hablaba también el Salvador, y decía a las mujeres: Id, anunciad a mis hermanos (Mateo XXVIII). He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Este salmo propiamente conviene a los cenobios y monasterios. Aunque también puede entenderse de las Iglesias, pero allí por la diversidad de propósitos no parece haber tanta concordia. ¿Cuál es allí la fraternidad? Ciertamente uno se apresura a ir a casa: otro al circo, otro en la Iglesia piensa en usuras. En los monasterios, sin embargo, como hay un solo propósito, también hay un solo ánimo. He aquí cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad. Verdaderamente bueno, verdaderamente agradable. Dejamos a un hermano, y he aquí cuántos encontramos. Mi hermano secular (lo que digo de mí, lo digo de cada uno) no me ama tanto como a mi sustancia. Sin embargo, los hermanos espirituales: que ciertamente descuidan lo suyo, no buscan otras cosas. Como también leemos en los Hechos de los apóstoles: que la multitud de los creyentes era un solo corazón y una sola alma (Hechos IV). Y tenían, dice, todas las cosas en común. Rectamente tenían todas las cosas en común, quienes poseían a un solo Cristo. Hemos dicho mucho, pero apresurémonos a lo demás.

Como el ungüento en la cabeza: que desciende en la barba, la barba de Aarón. Oh, si hubiera tiempo para discutir de cada uno, no nos bastaría el día. Leemos en el Éxodo, cómo se confecciona el ungüento sacerdotal (Éxodo XXV, XXX). Luego leemos cómo un ungüento era para ungir a los reyes, otro ungüento para ungir a los profetas. ¿Y qué más diré? Todos los ungüentos tenían sus diversidades y misterios. ¿Nos maravillamos de los santos? El

leproso después de ser purificado, después de ser rociado con hisopo, y con la sangre de la gallina, y se deja una gallina en el desierto, y él mismo tiene su propio ungüento. Nada se santifica, sino por el ungüento. Por eso dicen también las doncellas en el Cantar de los Cantares: Ungüento derramado es tu nombre. Tras ti correremos en el olor de tus ungüentos (Cantar I). Como el ungüento en la cabeza que desciende en la barba, la barba de Aarón. Bien dijo, en la cabeza, que desciende en la barba de Aarón. La barba es indicio de virilidad. Pues la naturaleza distingue a la mujer y al hombre con esta señal: la barba, por tanto, es indicio de virilidad. La cabeza, por tanto, se dice divinidad, es decir, deidad. La barba, sin embargo, indica al hombre. Para que, dice, lleguemos al hombre perfecto, que es Cristo (Colosenses I). Mira, pues, lo que dice: Como el ungüento, como la bendición del ungüento de la cabeza, es decir, del discurso de la divinidad desciende en la barba, desciende en el hombre perfecto, que es Cristo, después desciende el mismo ungüento en el borde de su vestidura. Así la bendición, y el rocío del monte Hermón desciende en el monte Sion. El ungüento aquí se pone por bendición. Amó la justicia, dice, y odió la iniquidad: por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus compañeros (Salmo XLIV). Vean lo que dice: Amó, dice, la justicia, y odió la iniquidad. No basta amar la justicia, sino que al contrario odiar la iniquidad. Vean lo que dice: Y odió la iniquidad. Por estas virtudes, ¿qué recibió? Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus compañeros. Esto se dice a Cristo: Por eso tú fuiste ungido, para ungir a los demás. Fuiste ungido con óleo de alegría sobre tus compañeros, es decir, más que tus apóstoles. Pues tú tuviste la fuente del ungüento: ellos tuvieron gotas. Como el ungüento en la cabeza. Que el Señor nos conceda también este ungüento de la divinidad: que viene en la barba, es decir, en el hombre perfecto Aarón, en el sacerdote Aarón. Aarón se interpreta como montano. Ven que este sacerdote no es de los valles, sino que es de los montes. La barba, dice, de Aarón. Que el ungüento en la cabeza, viene en la barba, del Verbo Dios viene al hombre, que se dignó asumir. ¿Y qué nos aprovecha esta barba ungida, y este hombre perfecto? Veamos qué progresos tiene. Que desciende en el borde de su vestidura. Si nosotros somos la vestidura de Cristo, cubrimos su desnudez con nuestra fe. He aquí que colgó desnudo en la cruz: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles (I Corintios I), y sin embargo, con nuestra fe y palabra y confesión es vestido. Noé yacía desnudo en su casa, y apareció su ignominia: el hijo mayor se burló, y el menor lo cubrió (Génesis IX). ¿Y todo esto por qué lo digo? Para mostrar que somos la vestidura de Cristo. Que desciende en el borde de su vestidura: que desciende en la barba, la barba de Aarón. No es de este tiempo hablar de las vestiduras sacerdotales. Pues el sumo sacerdote tiene ocho especies de vestiduras. Es largo ahora hablar del efod, de la túnica. Es largo hablar del racional, de las manifestaciones, de las cadenillas, del cinto, de los calzoncillos, de las franjas, de la cuerda, de los cascabeles, con qué virtudes debe entrar el sacerdote en el templo del Señor, y en el santo de los santos. Y nosotros, por tanto, si queremos ser de la vestidura sacerdotal, o somos el superhumeral, que se interpreta como efod, para que tengamos buenas obras, y llevemos en nuestros hombros los mandamientos de Cristo, o ciertamente debemos ser la túnica interior: que la túnica es estrecha, y se adhiere al cuerpo: no es suelta: no se extiende, sino que se adhiere toda al cuerpo. Ves, por tanto, que quienquiera que es interior, y la túnica interior, se une más cercanamente al cuerpo. Si alguien es el racional, que se dice λογεῖον: este no está sino en el pecho constituido. Observa el orden de la Escritura: Quienquiera que es el racional, λογεῖον, y es razón, y está constituido en el pecho. Sin embargo, puede ser que alguien tenga prudencia, que tenga λόγον, que tenga discurso. Quienquiera que es verdaderamente sacerdote, debe tener δηλώσεις, es decir, manifestaciones, es decir, que lo que conciba en la mente, lo exprese, y enseñe todo. Y todas estas cosas son en vano, si la castidad no ha sido aumentada y adornada. Por eso hay un cinto, y ciñe los lomos, aprieta y mortifica. Luego se dice, que tiene calzoncillos, para que lo que sea ignominioso y sucio en nosotros, como con este cinto se limpie y mortifique. Luego se

dice que debemos tener el podere, que adorna como nuestros pies. En el mismo podere hay diversas flores: allí hay granadas, allí también hay franjas. Yo creo que aquella mujer que fluía sangre tocó esta franja, y fue sanada (Mateo IX). Luego también consideren esto: que en los extremos de los pies, entre las granadas había también cascabeles, y no entraba el sumo sacerdote en el santo de los santos, a menos que aquellos cascabeles sonaran. Los cascabeles y aquellas granadas, son las diversidades de virtudes que tienen cada una sus voces, y la salida misma del santo de los santos es vocal. Pues ya sea que comamos, ya sea que bebamos, todo lo hacemos en el nombre del Señor (I Corintios X). Prometimos cosas menores, y dijimos mayores.

Sicut ros Hermon qui descendit in montem Sion. Ros Hermon. Leemos en un cierto libro apócrifo, que en el tiempo en que los hijos de Dios descendían a las hijas de los hombres, ellos descendieron al monte Hermon, y allí hicieron un pacto sobre cómo irían a las hijas de los hombres y se unirían a ellas. Es un libro muy manifiesto y se cuenta entre los apócrifos, y los antiguos intérpretes han hablado de él: sin embargo, hemos dicho algunas cosas, no como autoridad, sino como recordatorio. Sicut ros Hermon, qui descendit in montem Sion. Leí en un libro de alguien que confirma su herejía con este libro apócrifo. ¿Qué dice? Dice: Los hijos de Dios que descendían del cielo, vinieron a Hermon y desearon a las hijas de los hombres. Dice que son ángeles descendiendo de los cielos, y almas que desearon cuerpos. Pues los cuerpos son las hijas de los hombres. ¿Veis cómo surge el dogma de los maniqueos? Así como los maniqueos dicen que las almas desearon los cuerpos humanos y se unieron al placer de los cuerpos, así también estos que dicen que los ángeles desearon los cuerpos, es decir, las hijas de los hombres, ¿no os parece que dicen lo mismo que los maniqueos? Es largo hablar ahora contra ellos, pero solo quise juzgar de qué volumen, como por ocasión de este, confirman su dogma. Hermon en nuestra lengua se interpreta como ἀνάθημα, es decir, condenación. El rocío del Señor fue antes en el pueblo de los judíos, que después fue anatematizado, y la bendición que antes descendía en el pueblo anatematizado, después descendió en el monte Sion, es decir, en la Iglesia. Nosotros, si somos de la Iglesia (y llamo Iglesia a la verdad de los dogmas, la confesión de Cristo), estamos en el edificio. Y cuántos santos hay en el desierto, cuántos de nosotros no están en la Iglesia, y aquellos que no son de la Iglesia, se encuentran en la Iglesia de Cristo. Si, por lo tanto, estamos en la Iglesia, si tenemos la fe de la Iglesia, la fe de los apóstoles, la fe de Cristo, las verdades de los dogmas, somos montes de Sion. No queremos ser de Sion valles, sino montes de Sion. Porque Sion tiene sus valles, y también tiene campo. Cualquiera que sea pecador es un valle de Sion: no es un monte de Sion. Que alguien diga: Hablas de tu propio sentido. Llamemos a Isaías como testigo, en el tiempo en que Sion había pecado, después de muchas visiones, donde se dice: visión contra Idumea: visión contra Moab: visión contra Edom y los hijos de Amón (Isaías XIII y siguientes), al final se pone: visión del valle de Sion (Ibid. XXII). Porque había descendido de la sublimidad de la fe: por eso cayó del monte al valle. Nosotros, por lo tanto, primero huyamos del valle de Sion: vayamos al campo, del campo vayamos a las colinas: de las colinas vayamos a los montes. Sigamos a Cristo en los montes. Pues nuestro hermano, como una gacela y un cervatillo de ciervos, salta por las colinas y salta por los montes (Cantar de los Cantares II). De donde también, según la verdad de la ascensión, no ascendió al cielo después de la resurrección desde el valle, sino desde el monte. Nosotros, a menos que seamos montes en virtudes, no podemos ascender al cielo. Allí, es decir, en los montes de Sion, en las virtudes, en la fe, en la confesión, en la verdad de los dogmas, allí está la bendición.

Y la vida hasta la eternidad. Nuestra vida es Cristo. Quien confiesa a Cristo, recibirá vida por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXIII.

He aquí ahora bendecid al Señor, todos los siervos del Señor. El último salmo del cántico de los grados. El primer salmo de los grados fue: Al Señor clamé en mi angustia, y me escuchó; en el segundo ascendió: Levanté mis ojos a los montes. En el tercero: Me alegré con los que me dijeron; en el cuarto: A ti levanté mis ojos, que habitas en el cielo. Vean cómo poco a poco asciende por los grados y llega a lo más sublime. Es largo, si quisiéramos decir los principios de cada uno de estos salmos de los grados. Llega al decimotercer salmo, más bien llega al duodécimo, y después de toda virtud, puso la humildad. En vano tenemos virtudes, si no son coronadas por la humildad del Señor. ¿Qué dijo? Señor, no se ha exaltado mi corazón: ni se han levantado mis ojos. Porque se mostró humilde, pide la venida de Cristo. ¿Y qué dice? Recuerda, Señor, a David y toda su mansedumbre. Y de nuevo en otro lugar: Por amor de David tu siervo, no apartes el rostro de tu ungido (Salmo CXXXI). Porque recibió a Cristo, después de la fe de Cristo congrega a la Iglesia. ¿Y qué dice? He aquí cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en unidad. La Iglesia del Señor está congregada. ¿Qué dice el último salmo? He aquí ahora bendecid al Señor, todos los siervos del Señor. Porque es bueno y delicioso habitar los hermanos juntos, y estáis congregados juntos: He aquí ahora bendecid al Señor. Ahora bendecid al Señor, después de la venida de Cristo: porque estáis congregados en él. Ahora bendecid en el último salmo de los grados: porque estáis congregados en la cumbre de las virtudes. Antes de que lleguéis al decimoquinto de los grados, es decir, a lo excelso, no podíais bendecir al Señor. Por lo tanto, ahora os digo: He aquí ahora bendecid al Señor. Cuando se dice, he aquí: de alguna manera se señala la cosa con el dedo. He aquí ahora bendecid al Señor. ¿Quiénes bendicen al Señor? Todos los siervos del Señor: que no sois siervos del pecado, sino siervos del Señor. ¿Pensamos que es poco lo que se dice? ¿Entonces soy siervo del Señor? Es la suma virtud merecer esto. ¿Cómo? Quien dice: Entonces soy siervo del emperador, reclama dignidad, y nadie se atreve a acercarse al siervo del emperador: así es infinita dignidad decirse siervo del Señor. De donde también el Apóstol se gloría de la servidumbre del Señor, y escribe al principio de sus Epístolas: Pablo, siervo de Cristo. Y de Moisés se dice: Y no como Moisés mi siervo: a quien hablé cara a cara (Éxodo XXXIII). Vean lo que dice: A los demás hablé en visión y en enigma: pero no como a Moisés mi siervo, a quien hablé cara a cara (Hebreos III). Pongamos un ejemplo: Digamos que hay un señor muy rico. Este tiene familia: y tiene siervos que le sirven. ¿Acaso tienen tanta confianza los siervos que están en las villas como aquellos que sirven diariamente? Para ellos es gran dignidad ver el rostro del señor y servirle. Por lo tanto, los demás siervos, que no ven el rostro de su señor, si quieren obtener algo, piden a sus compañeros. ¿Por qué dije todo esto? Nuestro Señor Jesús también tiene una gran familia: tiene como a su rostro, quienes le sirven: tiene otros en los campos. Yo creo que los monjes y las vírgenes son aquellos que sirven al señor a su rostro: los seculares, que están como en el campo, de su familia. Por lo tanto, aquellos que están en los campos, piden a estos que rueguen al señor, si tienen alguna necesidad. Cuánta dignidad tienen, por lo tanto, quienes ven diariamente el rostro del señor: tanta pena tienen quienes descuidan el ministerio del señor. Porque los malos siervos, cuando están en los campos, suelen temer más al señor: porque no lo ven. Pero si comienzan a verlo diariamente, lo desprecian, y la familiaridad engendra soberbia. Y nosotros, por lo tanto, no debemos despreciar por costumbre la bondad de nuestro Dios. Bendecid, por lo tanto, al Señor, todos los siervos del Señor: porque no sois siervos del pecado, sino siervos del Señor. Todos los siervos del Señor, que solo tenéis al Señor como Dios. Todos los siervos del Señor, a quienes no gobierna la ira: en quienes no reina la lujuria: en quienes no reinan otros pecados: a quienes no dominan los vicios, ellos son dominados por el Señor. Todos los siervos del Señor. Parece que hasta aquí se ha

detenido. Pero vean el aumento. No basta solo con ser siervos del Señor, a menos que también los siervos estén de pie. Porque hay quienes están de pie: otros que caen: otros que se sientan: otros que yacen. Por lo tanto, quienes caen, quienes se sientan, quienes yacen, ellos no pueden alabar al Señor. Vosotros alabad, quienes estáis de pie. Pero que alguien diga: También otros están de pie. Hay muchas Iglesias: hay muchas congregaciones. ¿Quiénes están de pie, entonces? ¿Están de pie los arrianos? ¿Nombran a Cristo los eunomianos y las demás herejías, entonces están de pie? Para que no pareciera que les daba licencia para alabar al Señor, vean lo que dice:

Quienes estáis de pie en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Para que, según lo que dice el Apóstol: Hasta que, dice, venga, para que sepas cómo debes ordenar la casa de Dios, que es la Iglesia (I Timoteo III). La Iglesia no consiste en paredes, sino en la verdad de los dogmas. La Iglesia está donde está la verdadera fe. Sin embargo, hace quince o veinte años, todos los muros de las Iglesias aquí eran poseídos por herejes. Hace veinte años, todos estos muros de las Iglesias eran poseídos por herejes. Pero la verdadera Iglesia estaba donde estaba la verdadera fe. Por lo tanto, vosotros bendecid al Señor, que sois siervos del Señor. No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV). Por lo tanto, vosotros alabad, que sois siervos del Señor, y que sois siervos, y estáis de pie. ¿Quiénes están de pie? Dice: Puso mis pies sobre la roca (Salmo XXXIX). Y a Moisés: Pero tú, aquí, está conmigo (Éxodo XXXIV). Dios se puso en la sinagoga de los dioses. Y quienes estáis de pie, no en cualquier lugar: sino, en la casa de Dios, en los atrios de la casa de nuestro Dios. En los volúmenes hebreos no se encuentra, pero está en el siguiente salmo. ¿Cómo sigue en el mismo salmo? Alabad el nombre del Señor, alabad siervos al Señor. Quienes estáis de pie en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Salmo LXXXI). Por lo tanto, este salmo tiene: Quienes estáis de pie en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios: Por eso alguien pensó que también en el mismo salmo que precedió: Quienes estáis de pie en la casa del Señor: debía añadirse: en los atrios de la casa de nuestro Dios. Pero ¿qué significa, en los atrios de la casa de nuestro Dios, y cuál es la diferencia entre la casa y los atrios, se discutirá en el siguiente salmo cuando se lea?

En las noches levantad vuestras manos en el santuario. Este mundo está puesto en el maligno (I Juan V), y no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo (Efesios VI). De donde también dice el Apóstol: La noche ha pasado: el día se ha acercado (Romanos XIII). Por lo tanto, este siglo es noche. El siglo futuro es día. De donde también dice el Apóstol: Como en el día, dice, andemos honestamente (Ibid.) Como viviremos en el día, es decir, en el siglo futuro: si ahora vivimos. En las noches levantad vuestras manos en el santuario. Queramos o no, estamos en las noches. Mientras estemos en este siglo, estamos en las noches. La noche tiene tinieblas. Las noches de estas tinieblas son los pecados de los hombres. Vean, por lo tanto, lo que dice: En las noches levantad vuestras manos en el santuario. Mientras, dice, estáis en este siglo, y en estas noches, levantad vuestras manos. No las bajéis, sino levantadlas. Levantadlas con Moisés (Éxodo XVII). Si levantáis vuestras manos, Amalec es vencido. Pero si las bajáis, Jesús es superado. Considerad también el misterio. Si levantamos las manos, Jesús vence. Si levantamos nuestras manos en buenas obras, por nuestras buenas obras Cristo vence al diablo. Las manos se interpretan en las obras. De donde está escrito: La palabra del Señor vino en mano de Ageo: La palabra vino en mano del profeta Jeremías. Ciertamente, la palabra de Dios no se hace en la mano, sino en la boca. Pero vean los misterios de la Escritura: Dios no viene a la palabra sin buena obra. Sin embargo, también el homicida confiesa a Cristo, y el Señor no viene a él: porque las manos de él no merecen la venida del Señor. De donde está escrito en otro lugar: En la mano de la lengua, muerte y vida

(Proverbios XVIII). ¿Entonces la lengua tiene mano? Decid, ¿por qué se dice: En la mano de la lengua, muerte y vida? Vean lo que dice: Dios no escucha la lengua, no las palabras, sino las obras: para que cualquiera que diga algo, también lo haga. Por lo tanto, se nos ordena en el último salmo de los grados: En las noches levantad vuestras manos en el santuario. Levantad, dice, vuestras manos: porque Jesús las levantó en la cruz. En las noches levantad vuestras manos en el santuario. ¿Por qué quiso añadir y decir, en el santuario? Y los herejes parecen levantar las manos, y los gentiles parecen levantar las manos, y los judíos parecen levantar las manos: Porque también ellos hacen limosnas: si ven a un pobre, extienden la mano. Cuando un judío da limosna, ¿no te parece que levanta la mano? Levanta la mano, pero no la levanta en el santuario; porque no confiesa a Cristo. Vosotros, sin embargo, que estáis en la casa del Señor, que estáis de pie en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios: que sois siervos del Señor, a quienes se les dijo: He aquí cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en unidad (Salmo CXXXII): así levantad las manos, para que las levantéis en el santuario, es decir, para que confeséis a Cristo, y todo lo que hagáis, lo hagáis por Cristo. Las virtudes, según la calidad del que las hace, son diversas. Como si dijera: Un cristiano hace limosna: también un gentil la hace, también un judío la hace, también otro cristiano varón santo. Encontrarás a algunos de los cristianos que dan limosna para ser alabados por la gente. Si cuando un pobre pide un bocado, miran aquí y allá, y si no ven un testigo, no dan dinero. Si está solo, retrae la mano: no da de buena gana. Oh tú, cristiano, el pobre te pide que le des dinero: ¿por qué no das en secreto, sino que das en público? Si buscas a Dios como testigo: ¿por qué buscas ojos humanos? Tu limosna ante los ignorantes parece ser limosna: pero ante Dios es una injuria. Porque haces injuria a tu hermano. Quieres mostrar al mendigo a los que miran. Cuando, por lo tanto, damos, no demos como de lo nuestro, sino del don de Cristo. No debemos dar como a un mendigo, sino como a un hermano. Damos cosas carnales; él da cosas espirituales: el pobre da más de lo que recibe. Damos pan, que se consume en el mismo día; él por el pan nos devolverá los reinos celestiales. Por lo tanto, digo esto, para que lo que hagamos, lo hagamos en el santuario: o lo que hagamos, lo hagamos por causa de Cristo. Sin embargo, muchos gentiles que hacen limosna, si ven a alguien con la mano cortada: si ven que tiene el pie canceroso y podrido, inmediatamente su alma se duele. El alma humana es vencida por la misericordia natural. ¿Y qué dice? He aquí, si yo fuera tal, ¿qué haría el pobre? Y puede ser que yo sea tal, ¿quién me dará? Y por lo tanto, debo dar a este: para que también me dé alguien, si soy tal. Este ciertamente da pan al pobre; pero en el pobre se compadece de sí mismo, no de él. Esta misericordia no es la misericordia de Cristo; sino su propia misericordia. Por lo tanto, todo lo que hagamos, hagámoslo por causa de Cristo, hagámoslo en el santuario. Ya sea que comamos, ya sea que bebamos, hagamos todo en el nombre de Cristo (I Corintios X). Leemos las Escrituras. Aprendemos los salmos, retenemos los evangelios, explicamos a los profetas: no debemos hacer esto para gloriarnos ante los hermanos, sino para agradar a Cristo: para que su palabra resuene en nuestra boca. También los hombres, también los monjes, también las mujeres suelen tener esta competencia entre ellos: para aprender más Escrituras; y en eso se creen mejores, si han aprendido más. Aquel ha aprendido más, quien hace más. Sin embargo, si lo que tú aprendes, yo lo hago: mis obras sostienen más las Escrituras que tu palabra que resuena en vano. En las noches levantad vuestras manos en el santuario. Levantad las manos en la cruz: levantad el estandarte. En las noches levantad vuestras manos en el santuario. Y cuando las levantéis en el santuario, y hagáis lo que es santo, que Cristo sea como el medicamento de vuestras buenas obras. Y bendecid al Señor. De donde también dice el Apóstol: En todo lugar levantando manos santas (I Timoteo II): y bendecid al Señor. Lo que hagáis, referidlo al Señor. Levantad las manos: que la boca resuene a Cristo. Y en las noches levantad vuestras manos. Da limosna a los pobres, y bendice al Señor: da gracias al Señor, porque te ha dado, de donde des al hermano. Más bien da gracias a Cristo cuando des, que el

hermano que ha recibido de ti, te dé gracias. Los pobres nos prestan un gran beneficio. La limosna extingue los pecados que ya no podemos lavar de otra manera. ¿Qué está escrito? como el agua extingue el fuego: así la limosna extingue los pecados (Eclesiástico III). Esto hace la limosna, lo que también el bautismo. Así como el bautismo nos perdona los pecados: así también la limosna nos perdona los pecados. Como el agua extingue el fuego, así la limosna extingue los pecados. Porque por los pecados están preparados los fuegos del infierno. Pero estos los extingue la limosna.

Bendígate el Señor desde Sion: quien hizo el cielo y la tierra. Tú bendices al Señor, y el Señor te bendice. Desde Sion, desde la atalaya, desde la Iglesia, desde los verdaderos dogmas, desde la fe piadosa. Bendígate el Señor desde Sion. Este versículo lo habla el Espíritu Santo, o ciertamente el profeta lo habla en espíritu. ¿Y qué dice? Oh tú que has ascendido hasta el último de los quince grados, que has hecho esto y aquello: que bendices al Señor: que en las noches levantas tus manos, etc., y bendices al Señor, recibe también tú la recompensa. Bendígate el Señor desde Sion. Lo que diste, recibe. Tú diste limosna: tú hiciste virtudes, de Dios recibirás premio y bendición. Bendígate el Señor desde Sion. Sion de la Jerusalén celestial en la madre de los primogénitos, donde están las futuras alegrías, donde están los arcángeles, donde las demás virtudes, donde los apóstoles, donde los profetas, donde los santos mártires, donde siguen las multitudes de ángeles y santos, dondequiera que el Cordero va (Apoc. XXI). Finalmente, Juan vio la ciudad santa descendiendo del cielo, construida con gemas, teniendo doce puertas. Toda era de oro, tenía muros de oro: tenía también calles de diversas gemas. En esta ciudad reina Cristo: en esta ciudad ellos mismos son los habitantes, y los habitantes y las puertas; ellos mismos son las casas, y los habitantes. ¿Queréis saber que son casas? Cristo habita en ellos: Cristo camina en ellos. Habitaré, dice, en ellos y caminaré (Lev. XXVI; II Cor. VI). Mira, alma santa, cuán grande es: acoge a Cristo, a quien el cielo no acoge. Mira lo que dice: Habitaré, dice (Ibid.). Pero puede ser que alguien habite estrechamente. Habitaré y caminaré en ellos. Dondequiera que camina, ciertamente la casa es amplia. ¿Dónde camina? Vosotros sois, dice, templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros. Preparemos nuestro templo, para que Cristo venga y habite en nosotros: para que nuestra alma sea Sion, sea atalaya, para que esté constituida en las alturas: para que esté arriba, no abajo. Leemos en el profeta Zacarías: Y el ángel, dice, que hablaba en mí, me dijo (Zac. I). Si el ángel hablaba en el profeta, ¡cuánto más habita en nosotros! Él nos tiene como casas y como interlocutores. Bendígate el Señor desde Sion, quien hizo el cielo y la tierra. Si eres santo, escucha lo que dice, quien hizo el cielo. Si eres pecador, quien hizo la tierra. Y el cielo hizo y la tierra. Mientras tanto, digamos según la letra. Esto dice para distinguir de los ídolos. Los dioses, dice, que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan de la tierra. Pero el Señor hizo los cielos. Esto dice para distinguir de los ídolos. Esto mientras tanto según la letra. Sin embargo, según la inteligencia espiritual, como se dice al pecador: eres tierra, y a la tierra irás: así también se dice al santo, eres cielo, y al cielo irás. ¿Por qué dije todo esto? Para probar que los santos son cielo. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos (Sal. XVIII). Y las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor (Sal. CXLVIII). Los cielos de los cielos al Señor: quien hizo el cielo y la tierra (Sal. CXIII). Aunque somos terrenales, aunque caminamos en la tierra, sin embargo, nuestra conversación está en los cielos. Allí tenemos nuestras ciudadanías. Quien hizo el cielo y la tierra. Aunque seas pecador, no desesperes: el Señor todo lo puede. Muchos de la tierra, se hacen cielos; y muchos del cielo, tierra. El infeliz Judas fue cielo, y se hizo tierra. El apóstol Pablo en el tiempo en que perseguía a la Iglesia (Hech. VII), era tierra. Confesó, y se hizo cielo. Ni quien es cielo, debe estar seguro: ni quien es tierra, debe desesperar de la vida. Jacob en el tiempo cuando huía a Mesopotamia

de su hermano, llegó a Luz: y allí, dice, puso una piedra bajo su cabeza (Gen. XXXV). Bajo su cabeza la piedra, era Cristo. Nunca se puso una piedra bajo su cabeza; sino en el tiempo cuando huía del perseguidor. Mientras estaba en la casa de su padre, y tenía refrigerios de la carne, no tenía piedra bajo su cabeza. Salió de la casa desnudo, salió con una vara, y enseguida en esa noche encontró una piedra, y la puso bajo su cabeza. Quien tenía tal almohada en la que se refrigeraba, ved su visión. Vio, dice, una escalera que llegaba de la tierra al cielo, y vio, dice, ángeles descendiendo y ascendiendo. Vio ángeles venir del cielo a la tierra, y otros de la tierra al cielo ascendiendo. ¿Queréis saber que aquella piedra que estaba bajo la cabeza de Jacob, era Cristo la piedra angular? La piedra que desecharon los edificadores, esta se ha convertido en la cabeza del ángulo (Sal. CXVII). Aquella piedra que está escrita en el libro de los Reyes, Abenezer (II Reg. VII). Esta piedra, es Cristo. Abenezer se interpreta, piedra de ayuda. Se levantó, dice, Jacob por la mañana. ¿Y qué dijo? Esta, dice, es la casa de Dios. ¿Y qué hizo? Tomó, dice, aceite y ungió la piedra. A menos que entendamos los misterios de las Escrituras; ¿qué razón había para ungir la piedra con aceite? Bendígate el Señor desde Sion: quien hizo el cielo y la tierra. Concluyendo con la bendición de los quince cánticos de los grados en la voz profética nos advierte diciendo:

SALMO CXXXIV.

Alabad el nombre del Señor. Que por la fe habéis conocido que está sobre todo nombre. Alabad, siervos, al Señor. Que habéis dejado de ser siervos del pecado.

Que estáis en la casa del Señor: en los atrios de la casa de nuestro Dios. Que estáis plantados inamoviblemente en él.

Alabad al Señor, porque el Señor es benigno. Pues pronto concede el perdón a los penitentes: cumpliendo también nuestra esperanza, con su benignidad. Cantad a su nombre, porque es suave. Pues no procede de él la aspereza de la perversidad de los herejes; sino que por esa misma suavidad fuimos rescatados de la sordidez del paganismo.

Porque Jacob eligió para sí el Señor. A él, que habiendo suplantado al pueblo, arrebató su bendición. Israel en posesión para sí. Que después de muchas luchas, mereció ver a Dios con la mente.

Porque yo he conocido que grande es el Señor. Revelando el Hijo, conocemos al Padre, diciendo él mismo: Nadie conoce al Padre, sino aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Luc. X). Y nuestro Dios sobre todos los dioses. Sobre todos los santos y ángeles, que son dignos de ser llamados dioses.

Todo lo que quiso el Señor, lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar, y en todos los abismos. Por la voluntad de su bondad le agradó a Dios hacer maravillas en las almas excelsas, en las mentes áridas, en las olas del mundo, en la profundidad de la malicia, como sigue.

Sacando nubes desde el extremo de la tierra. Elevando desde la humildad terrena a los apóstoles y profetas. Hizo relámpagos en lluvia. Para que primero infundieran la luz del conocimiento de Dios, luego la lluvia de las doctrinas.

Que saca los vientos de sus tesoros. Dirigiendo a los santos ángeles desde los secretos celestiales: que en estas nubes y lluvias, lleven fuerza y crecimiento. Que hirió a los primogénitos de Egipto: desde el hombre hasta el ganado. Los principales vicios y crímenes del mundo.

Y envió señales y prodigios en medio de ti, Egipto. Aterrando al mundo en la pasión, o en las tinieblas, o en la conmoción de la tierra. En Faraón, y en todos sus siervos. Afligiendo al diablo o sus principados en su cruz.

Que hirió a grandes reyes, y mató a reyes fuertes. Innumerables vicios, que oprimían al mundo.

Seón rey de los amorreos. Árbol infructuoso tienen consigo los maldicientes de Dios: que al ser golpeados juntos, son arrojados al fuego eterno. Y Og rey de Basán. La muralla de la confusión, que nos impedía reconocer a Dios. Y todos los reinos de Canaán. Mató a los reinos de la conmoción, que nos apartaban de Dios, y nos dominaban.

Y dio la tierra de ellos en herencia: herencia a Israel su pueblo. Dios destruyó y subvirtió todas estas cosas: y nos adoptó en su herencia por su conocimiento, para que domináramos a aquellos que no nos afligieron, lo concedió.

Señor, tu nombre es para siempre. Permaneciendo él para siempre, esto sea para nosotros herencia eterna. Señor, tu memorial de generación en generación. Para que lo que la sombra de la Ley antigua prefiguró: en la otra generación, es decir, en los Evangelios, sea reconocido.

Porque el Señor juzgó a su pueblo. A los judíos que no creen: que ya han sido juzgados, porque no creyeron. Y en tus siervos se consolará. En los creyentes, ciertamente.

Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres, tienen boca y no hablarán, etc. Recuerda con burla los execrables de los gentiles: porque aunque no tienen movimiento de ningún miembro, quisieron ennoblecerlos con el metal de oro y plata. Por eso añadió:

Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos. Que se confundan en estos los que creen: nosotros, en cambio, nos consolamos, que hechos a imagen de Dios lo adoramos.

Casa de Israel, bendecid al Señor. Congregaciones de los santos: viendo a Dios con los ojos de la mente. Casa de Aarón, bendecid al Señor. Orden perfecto de ministros.

Los que teméis al Señor, bendecid al Señor: para que así como teméis su majestad, así con caridad lo alabéis.

Bendito sea el Señor Dios desde Sion: que habita en Jerusalén. Él, nuestro Señor Jesucristo: a quien es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXV.

Aleluya. Este salmo expone las misericordias del Señor prestadas en diversas necesidades al género humano, diciendo:

Confesad al Señor, porque es bueno: porque para siempre es su misericordia. Confesad vuestros pecados, y alabad a aquel que por su misericordia perdona al que permanece en él.

Confesad al Dios de los dioses. A aquel que dio a los que creen en él el poder de ser hechos hijos de Dios.

Confesad al Señor de los señores. Esto se refiere al Hijo, y al Dios de los dioses, al Padre. Al Padre, pues, y al Hijo confesamos. Porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre.

Que hace grandes maravillas solo. Primero dijo, Confesad al Dios de los dioses, y de nuevo, al Señor de los señores: y como dijo dos personas: ahora dice, Que hace grandes maravillas solo, para no decir dos dioses. Pues está escrito: Un solo Dios, de quien son todas las cosas, y un solo Señor Jesús por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII).

Que hizo los cielos con entendimiento. Estos son los cielos que cuentan la gloria de Dios: que están vestidos con la imagen celestial y son cielos, que no están vestidos con la imagen terrena en entendimiento, en sabiduría. Porque Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios. Como también en los Proverbios dice la misma Sabiduría: Cuando hacía los cielos, con él estaba (Prov. VIII); y lo demás.

Que firmó la tierra sobre las aguas. Aunque se dice que la tierra cuelga sobre las aguas, es decir, con un peso vano: sin embargo, fundó y firmó nuestra tierra en el bautismo. No dijo la levantó, ni la exaltó, ni la hizo ascender a los cielos. Pues el bautismo perdona los pecados, y como si de una cárcel libera: pero no puede otorgar el reino de los cielos. Si no entra alguien por obras y fe, no puede estar seguro.

Que hizo grandes luminarias. Según la letra dice de las estrellas: aunque las veamos pequeñas, sin embargo, son grandes. Pues así como si subimos a una montaña alta, y vemos a un hombre en el valle debajo, nos parece algo pequeño: así también las estrellas son grandes, pero desde la altura nos parecen pequeñas. Pues la estrella que se ve en Britania, en todas partes también aparece. Esto lo dice a aquellos a quienes dijo: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V).

La luna y las estrellas en potestad de la noche. Puso a la Iglesia o sus doctores, bajo la noche de la antigua Ley: para que lo que aquella anunció en la letra, espiritualmente lo cumplan y observen.

Que hirió a Egipto con sus primogénitos, y sacó a Israel de en medio de ella: con mano fuerte, y brazo extendido. En la virtud de su poder, habiendo herido al mundo, nos sacó de sus obras.

Que dividió el mar Rojo en divisiones, y pasó a Israel por en medio de él. Pues en muchos grados se asciende por las olas de este siglo, para que pueda llegar a aquel a quien contempla con la mente.

Y sacudió a Faraón y su ejército en el mar Rojo. Si somos Israel, Dios pelea por nosotros, y nosotros callaremos, y derriba al diablo con sus secuaces: para que no puedan hacernos daño.

Que pasó a su pueblo por el desierto. Siempre el pueblo de Dios es pasado por los desiertos de este mundo, hasta que sea introducido en la tierra de promisión. Que sacó agua de la roca de la peña. Del Señor Cristo, que es la roca estable, o salió el Bautismo, o manó el cáliz de la vida eterna.

Que hirió a muchas naciones, y mató a reyes fuertes. Seón rey de los amorreos, y Og rey de Basán, y todos los reinos de Canaán mató. Dice que todos los reinos del pecado fueron

heridos por Cristo: Que hirió a grandes reyes. Primero hirió a Faraón, que se entiende como el diablo, y así a su ejército, como expusimos en el salmo anterior.

Y dio la tierra de ellos en herencia: herencia a Israel su pueblo. Ciertamente al cristiano.

Porque en nuestra humildad se acordó de nosotros el Señor: porque para siempre es su misericordia. Para visitarnos con su advenimiento.

Y nos redimió de la mano de nuestros enemigos. Derramando en nuestro precio su sangre.

Que da alimento a toda carne. Proveyéndose a sí mismo como pan vivo, y dando vida a este mundo.

Confesad al Dios de los cielos. Dadle la alabanza debida: que os cambia de lo terrenal a lo eterno.

Confesad al Señor de los señores. Que os constituyó jueces o señores del mundo. Él, nuestro Señor Jesucristo, a quien es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXXXVI.

Salmo de David por Jeremías. Este salmo pronunciado con voz profética, enseña que las mentes de los hombres son capturadas por los pecados: a ejemplo de aquella Jerusalén terrenal que, llevada en cautiverio por las naciones, lloraba. Digan, pues, las almas, que después de muchos errores se convierten al Señor:

Junto a los ríos de Babilonia allí nos sentamos, y lloramos: al recordar Sion. Si alguien no está enfermo, no sabe cuánto vale la salud. Y de nuevo el cojo no sabe cuánto vale el que está sano de pies. De igual manera el ciego al que ve. ¿Por qué se dice todo esto? Porque el salmo dice: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar Sion. Babilonia se interpreta como confusión. Por lo tanto, Babilonia es este mundo. El pecador, pues, que cayó del paraíso, vino al valle de lágrimas, es decir, a Babilonia, a este mundo. Más bien el profeta dice en persona de aquel que cayó: Junto a los ríos de Babilonia. El río de Babilonia, cuando ves a alguien hermoso por un momento, y enfermo pierde su hermosura, y se marchita su flor: esto pasa como un río, y las aguas que vienen y se van, perecen, y de nuevo otras surgen, y ellas también perecen: así también en este mundo en el que por un momento o algún tiempo, o somos ricos, o fuertes, o hermosos, y después de poco pasa como el agua y perece. Allí, pues, nos sentamos, y lloramos, al recordar Sion. Aunque ciertamente por nuestro vicio caímos del paraíso: sin embargo, recordamos la felicidad anterior, y no la olvidamos. Y aquel que descendió de Jerusalén a Jericó, que se interpreta como luna, es decir, que siempre cambia (esto se entiende como el mundo presente), cayó en manos de ladrones, y el samaritano lo tomó, y lo cura con aceite y vino, mezclando austeridad con misericordia (Luc. X).

En los sauces en medio de ella colgamos nuestros instrumentos. El sauce tiene tal naturaleza: es un árbol infructuoso, y se dice que si alguien toma una poción de él o lo come, no engendra hijos. Allí, pues, colgamos nuestros instrumentos. El instrumento del hombre es el cuerpo. Así como un instrumento compuesto de muchas flautas, emite una melodía con una sola modulación, así también nuestro instrumento tenemos el tacto; por él, es decir, por las obras, emitimos melodía, cántico e himno a Dios. De igual manera por el oído, y por el olfato, y por el gusto, y por la vista, y por todas estas virtudes como de un solo instrumento

emitimos himno y cántico al Señor. Se dice también que el sauce no tiene raíz. Pero si se corta una rama, y se planta junto al agua, enseguida reverdece. Así también el pecador, aunque haya pecado, aunque haya caído: sin embargo, si está junto a las aguas, es decir, si lee las santas Escrituras, y escucha la palabra divina de un hombre santo, su alma reverdece, y se convierte en penitencia.

Porque allí nos preguntaron, los que nos llevaron cautivos, palabras de cánticos, etc. Los demonios que nos engañaron, y nos llevaron cautivos, ahora como burlándose de nosotros y gloriándose nos dicen: Devolvednos la palabra de vuestra fe: como cuando estabais en Jerusalén cantabais himno a Dios. Responden los que pecaron, y fueron engañados, y dicen:

¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? En los pecados constituidos, que caímos de Jerusalén a Babilonia? Por lo tanto, no puede alguien, si no es santo, alabar al Señor. El pecador no debe cantar al Señor, sino llorar sus pecados.

Si me olvido de ti, Jerusalén: olvido sea mi diestra. Por lo tanto, porque pecó y cayó, recuerda su anterior conversación y Jerusalén, y se propone: que si no siempre te recordaré, y siempre te tendré en mente, olvido sea mi diestra, es decir, mis obras. No dijo izquierda, sino diestra. La izquierda siempre está en el olvido. ¿Quieres, pues, estar siempre en la memoria del Señor? Haz obras de la diestra.

Se pegue mi lengua a mi paladar: si no me acordare de ti. Es decir, no tenga ni obras ni palabra: si no está continuamente tu memoria en mi corazón.

Recuerda, Señor, a los hijos de Edom, en el día de Jerusalén. Edom se interpreta como terrenal y sanguíneo. ¿Quién es entonces sino el diablo? Mira lo que dice. Esto se dice en persona de Adán: Señor, recuerda cómo me engañó y me arrastró la serpiente diabólica, que se entiende como Nabucodonosor, y me expulsó del paraíso. Recuérdalo y retribúyele, y que sufra el castigo que su malicia me impuso: arrastrándome, me llevó a Babilonia y a los asirios.

Hija de Babilonia miserable. Hija de Babilonia, el alma es, que siempre está en movimiento, y en confusión, y no tiene estado, sino que está en vicios y pecados, que es verdaderamente miserable. Bienaventurado el que te retribuya la retribución que nos diste. Bienaventurado es el que le retribuya lo que ella hizo. Por ejemplo: me expulsó del paraíso: yo la devuelvo allí por la abstinencia. Me engañó por la fornicación: yo la devuelvo a Jerusalén por la castidad, y de los vicios a la virtud. Por lo tanto, no lo hago como enemigo, sino como amigo.

Bienaventurado el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca. Los pequeños se llaman pensamientos. Como si dijera: Vi a una mujer, la deseé: inmediatamente si no corto ese deseo, y como si tomara el pie, y lo estrellara contra la roca mientras el deseo es pequeño, no se podrá cortar después cuando crezca. Bienaventurado, por lo tanto, es el que inmediatamente corta y estrella contra la roca. Pero la roca es Cristo.

SALMO CXXXVII.

Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Cual sea la herida, tal es el emplasto. Así como el cuerpo tiene diversas heridas: así también el alma tiene sus pasiones y sus heridas, y diversas heridas, y contra el pecado debemos actuar con tal penitencia. Si alguien confiesa todos sus pecados: este confiesa al Señor con todo su corazón. Como si dijera: Alguien fornicó, confiesa por la fornicación. Pero como es avaro, o iracundo, o detractor, o blasfemo, y tiene

muchos vicios, este no confiesa con todo su corazón. Pero si alguien hace penitencia por todos los vicios y pasiones de su alma, este puede decir: Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. Porque escuchaste todas las palabras de mi boca. Este versículo no se encuentra en hebreo. Sin embargo, lo que dice es, por eso te confesaré con todo mi corazón, es decir, por todos mis vicios y pecados: porque no confesé un solo vicio ante ti, y me escuchaste.

En presencia de los ángeles te cantaré. Mira el progreso del penitente, porque después de la confesión y la penitencia, merece cantar con los ángeles. Pero el que canta, ya no hace penitencia, sino que da gracias y bendice. Adoraré hacia tu santo templo. Si este es el templo que ahora parece desierto, en el que se debe adorar: entonces los judíos no deben adorar, porque el templo ha sido destruido. Pero el templo dice la santa y celestial Jerusalén.

Sobre tu misericordia y tu verdad. El pecador escucha la misericordia, pero el justo y soberbio escucha la verdad.

Multiplicarás en mi alma la virtud. Multiplicarás, es decir, el alma sujeta a muchas preocupaciones.

Te confiesen, Señor, todos los reyes de la tierra. Los reyes de la tierra son aquellos que reinan en el pecado. Por lo tanto, que confiesen aquellos que reinan en el pecado. Pues no está escrito sobre los reyes de este mundo: El corazón del rey está en la mano de Dios (Prov. XXI). ¿Crees que el corazón de Juliano el más impío estaba en la mano de Dios? ¡De ninguna manera! ¿O el de Nerón, o Maximiano, y Decio los perseguidores? ¡De ninguna manera! Pero se refiere a aquellos que reinan en el pecado, porque aquellos que vencen los vicios y las pasiones del alma, y reinan en el pecado, su corazón está en la mano de Dios. Porque escucharon todas las palabras de tu boca. Porque guardaron tus mandamientos.

Y canten en los caminos del Señor. Los filósofos de este siglo no cantaron en los caminos del Señor, pero nosotros cantamos en los caminos del Señor, es decir, en Moisés y en Isaías, y en Jeremías, y de estos caminos venimos a aquel camino que dice: yo soy el camino.

SALMO CXXXVIII.

Señor, me has probado, etc. Admirable se ha hecho tu ciencia de mí. Esto lo interpretó más claramente Símaco: Tu ciencia me sobrepasa, es decir, no puedo conocer tus secretos, y en la profundidad de tu sabiduría mi mente no puede entrar.

¿A dónde iré de tu espíritu? ¿O a dónde huiré de tu presencia? ¿Cómo puedo comprender tu conocimiento, cuando en ti están todas las cosas, y nada te escapa, y tu espíritu está en todas partes? De lo cual entendemos que Dios es quien está completamente en todas partes.

Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás, etc. Ninguna altura es más alta que tú: ninguna profundidad es más profunda que tú: el oriente y el occidente están contenidos en tu mano.

Y dije, Entonces las tinieblas me cubrirán, y la noche será mi luz en mis delicias. En hebreo este sentido es: Y dije, Quizás las tinieblas me cubrirán: pero al contrario, la misma noche fue luz para ti: porque nada puede ocultarse de ti. Lo que Símaco interpretó mejor diciendo: Y la noche se sienta como luz alrededor de mí. Pero los siguientes versículos significan lo mismo.

Porque las tinieblas no se oscurecerán de ti, y la noche será iluminada como el día: como sus tinieblas, así también su luz. Es decir, todas las cosas que se consideran ocultas para ti son tan claras que son más manifiestas que la luz.

Me recibiste del vientre de mi madre. La Quinta Edición lo tradujo así: Me formaste del vientre de mi madre.

Mis ojos vieron mi ser imperfecto. Imperfecto aquí se usa por incompleto: lo que también significa que Dios conoce los elementos del hombre antes de que se formen en el útero. Para que en tu libro todos sean escritos. Y que nadie nazca sin la voluntad de Dios: para que nadie escape a su conocimiento.

Se formarán los días, y nadie en ellos. Símaco tradujo este lugar así: los días en que fueron formados, ni uno solo de ellos falta. Y el sentido es: todo el tiempo de la vida que ya desde el principio de esta vida tiene sus cursos asignados, corre con un fin cierto, y ni un solo día es más o menos de lo que tú, el creador, quisiste que fuera. Según los Setenta intérpretes, y una comprensión más profunda, el sentido es: Tú formas a todos en el día, tú quieres que todos sean hijos de Dios, pero no hay nadie entre los hombres que no se haga sujeto al pecado, y por esto comience a ser hijo de la noche, ni ninguno de ellos realiza durante toda su vida lo que es digno de la luz de ese día. Por lo cual el Apóstol habla a aquellos que dejaron de ser hijos de la noche: Pero nosotros, hermanos, no somos hijos de la noche, sino hijos de Dios (Tes. V).

SALMO CXXXIX.

Líbrame, Señor, del hombre malo, etc. No puede engañarnos tanto el diablo como a través del instrumento del hombre: de este pide el profeta ser liberado.

Que pensaron iniquidades en su corazón. Se refiere a los herejes.

Veneno de áspides bajo sus labios. Porque parecen tener palabras de amistad, pero están llenas de veneno mortal.

Junto al camino pusieron tropiezo para mí. Esto es, sacando testimonios de las Escrituras, que parecían tener alguna razón, intentarán engañarme.

Dije al Señor, Tú eres mi Dios. Si no eres santo, no puedes decir este versículo. Aquel en quien no reina el pecado, dice esto: Mi parte es el Señor (Sal. XV).

No me entregues, Señor, al deseo de mi pecador. Dice la Escritura: Que si alguno ve a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. V). Por lo tanto, dice el profeta: No me entregues al diablo por mi concupiscencia; sino que me conviene juzgar bien en la obra, y no en el pensamiento.

La cabeza de su circuito, el trabajo de sus labios los cubrirá. Así como la serpiente cuando ve a alguien que viene a golpearla, hace un círculo con todo su cuerpo, y en medio esconde la cabeza, donde sabe que tiene la vida; así también estos herejes a través del discurso de los filósofos, y de Aristóteles, y de los demás parecen esconderse y como protegerse, y defenderse. Pero el hombre eclesiástico como con una vara, es decir, en la cruz, deshace el círculo, y encuentra la cabeza oculta, y allí lo golpea, es decir, saca un testimonio de las Escrituras.

Habitarán los rectos con tu rostro. ¿Qué es el rostro de Dios sino Cristo? Quien no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. II).

SALMO CXL.

Señor, clamé a ti, escúchame. Moisés estaba con el pueblo, y Faraón lo seguía por detrás, y estaba angustiado por todas partes. En ese tiempo lloró a Dios. Y enseguida Dios le dijo: ¿Por qué clamas a mí? Mientras oraba en silencio, fue escuchado. Pero la Escritura no menciona que hablara, sino solo que lloró. Y la sangre de los mártires siempre clama al Señor, y es escuchada. Y el Señor dijo a Caín: La sangre de tu hermano clama a mí (Gén. IV). Y en el Apocalipsis de Juan, las almas de los justos bajo el altar decían al Señor: ¿Hasta cuándo, Señor, no nos defiendes? (Apoc. VI). Consideremos también, porque las almas de los justos son altares del Señor. Atiende a mi voz, cuando clame a ti. Esto es, mira y considera, oh Señor, lo que pido: porque no pido por deseo corporal, ni oro, ni algo de este tipo: sino para alcanzar tu misericordia. Por eso dice, atiende, es decir, escucha atentamente, porque no pido nada ajeno.

Diríjase mi oración, como incienso ante ti. Esto es, que mi oración llegue recta a ti, no teniendo ninguna suciedad, ni vicios, ni pensamientos diabólicos. Pero el incienso son las oraciones de los santos. Esto lo sabemos por el Apocalipsis: cuando los veinticuatro ancianos tenían incensarios, y decían (Ibid. VIII): Estas son las oraciones de los santos. La elevación de mis manos como sacrificio vespertino. La elevación de las manos. Muestra al Señor. Y en la elevación de las manos vemos al Creador. Pero mira, porque no dijo, extensión de mis manos. La extensión no es elevación. Pero alguien extiende, y hacia atrás, y hacia el lado, es decir, en los vicios: como dice el Señor: Y cuando extendáis vuestras manos hacia mí, no os escucharé (Jer. XV). Sacrificio vespertino, a la undécima hora, es decir, en el Evangelio, levanto mis manos. Y nuevamente el Apóstol: Levantad vuestras manos en oración (I Tim. II). Y Moisés cuando levantaba las manos, Jesús vencía: cuando las bajaba, era vencido (Éxodo XVII). Si entiendo las Escrituras según la historia, y según la letra: Moisés tiene las manos abajo. Pero si espiritualmente, levanta sus manos en alto.

Pon, Señor, guarda a mi boca. La muerte y la vida están en manos de la lengua. Y nuevamente: En verdad os digo: que de toda palabra ociosa que habléis, daréis cuenta en el día del juicio (Mat. XII). Esto, por lo tanto, pide el Profeta, que todo lo que hable, no sea ocioso, sino santo y digno de Dios. Y puerta de circunspección a mis labios. Puerta de circunspección como un muro alrededor de toda la casa pide, para que en nada sea vencido. Dice Jeremías: La muerte ha entrado por vuestras ventanas (Jer. IX). Pero tenemos cinco ventanas, es decir, la vista, el oído, el gusto, el olfato, y el tacto. Si, por lo tanto, veo a una mujer para codiciarla, ya he cometido adulterio con ella en mi corazón (Mat. V), y la muerte ha entrado por mi ventana, es decir, por la vista. Si la flauta, o el órgano, o el calamus como me disuelven, la muerte ha entrado por mi oído. Pero si toco algo suave, y me disuelvo en la suavidad del cuerpo, la muerte ha entrado por mi tacto, y así sucesivamente. Por lo tanto, el profeta pide la puerta de circunspección, es decir, que toda su casa esté fortificada, para que el adversario no tenga por dónde entrar, y dominar a los hombres. Porque se dice en la Epístola de San Pedro: Nuestro adversario el diablo como león rugiente anda alrededor, buscando a quien devorar (I Pet. V). El diablo no lucha rápidamente contra alguien a través de grandes vicios, sino a través de pequeños, para poder entrar de alguna manera, y dominar al hombre, y luego lo empuja a mayores vicios. No por la fornicación, no por la avaricia: sino que entra por los vicios menores.

No inclines mi corazón a palabras de maldad para excusar excusas en pecados. Oh género humano más infeliz, que excusamos los pecados, diciendo: Fui vencido por la naturaleza: cuando está en nuestro poder, y pecar, y con la ayuda del Señor, no pecar. Siempre nos excusamos a nosotros mismos y decimos: Yo no quería pecar: la carne me venció. Esa mujer vino a mí, ella envió, ella me tocó, ella me dijo eso, ella me llamó, y por lo que debíamos hacer penitencia, y decir: Señor, he pecado: nos excusamos, y unimos pecados a pecados. Tenemos un cuerpo igual todos, pero diferentes trabajos. Dios no es aceptador de personas. ¿Quieres saber que tenemos un cuerpo igual nosotros y los santos? El Apóstol Pablo dice: Pero veo otra ley que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado (Rom. VII). Y nuevamente después de esto: Por eso castigo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea reprobado (I Cor. IX). Y nuevamente: ¡Miserable de mí, quién me librará de este cuerpo de muerte! (Rom. VII). Por lo tanto, tenemos diferentes trabajos. Y cuanto más trabaja alguien, tanto más recibirá la recompensa.

Y con los hombres que obran iniquidad. Se entiende comúnmente: no inclines mi corazón con los hombres que obran iniquidad. Y no compartiré con sus elegidos. Así como el Señor tiene a sus santos elegidos, también el diablo tiene a sus elegidos. Entiéndeme los príncipes de los herejes, y no dudarás de sus elegidos. Porque si hubiera dicho elegidos, y no con la distinción, de ellos, habría excluido a los elegidos de Dios. Compartiré se entiende de dos maneras: o consentiré, o me haré segundo, es decir, impuro. Sabéis que la Escritura llama inmundos a dos. Dice el Apóstol: Para confundir a ambos (Efes. II), es decir, a dos hombres en un nuevo hombre. A dos, interior y exterior, es decir, haré al impuro santo. Y nuevamente: Noé en el arca, introdujo consigo los puros de siete en siete: pero los impuros de dos en dos (Gén. VII).

Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá. A quien ama el Señor, corrige: castiga a todo hijo que recibe (Hebr. XII). Bienaventurado es el que es corregido, el Señor no retribuirá dos veces lo mismo. Grande es la ira de Dios cuando no se enoja con nosotros (Nahum. I). Pues nos reserva como un becerro para el sacrificio. A Jerusalén le dice: Muchos son tus pecados, y muchas iniquidades: por eso no me enojo contigo (Jer. III), es decir, cuando eras solo adúltera, te celaba como amándote: pero cuando tuviste muchos amantes, te desprecié, y no me enojo contigo (Ezequiel XVI). Así como el hombre cela a su esposa cuando la ama: si no la cela, la odia, y no sigue sus palabras que dice: Visitaré con vara sus iniquidades (Sal. LXXXVIII). Y nuevamente: Y no visitaré a sus hijas cuando forniquen (Ose. IV). Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá. Pon aquí a un maestro, o a un padre o a un médico. Si el médico ve en el cuerpo carnes podridas, y dice, ¿qué me importa? sabes que es cruel. Pero si corta, y aplica el cauterio, es misericordioso: porque sana al hombre. De igual manera, el maestro si deja al niño, y no le exige disciplina, lo odia. Pero si exige, y el médico cura; lo que se considera aspereza, es clemencia. Acab es reprendido por el Señor por Nabot (III Reyes XXI): cuando lo mató, y tomó su viña, y derramó sangre justa. Elías el profeta fue enviado a él quien dijo: Mataste, y poseíste: inmediatamente golpeado por la conciencia bajó el cuello y los ojos, y esto siendo impío, y rey vestido de púrpura. Y después dice la Escritura: que al oírlo se vistió de cilicio bajo la púrpura. Y viendo Dios dijo: Porque Acab me ha reverenciado: no traeré males sobre él. Mira, por lo tanto, cuánto valió el cilicio, y el ayuno, y una pequeña lágrima cuánto lavó la sangre. Así, por lo tanto, se debe vestir de cilicio y ayunar, para que nadie lo vea. Me corregirá se entiende de dos maneras: o me reprenderá, o me enseñará. Que el aceite del pecador no unja mi cabeza. Mi pueblo, los que os bendicen os engañan (Isaías III). La alabanza de los herejes, y su aceite, con el que ungen las cabezas de los hombres, y les prometen señales del cielo, les unta la cabeza. Pero

toda gordura la reprende la Escritura, como dice: Y Jacob se limpió, y se sació, y pateó: el amado se engrosó: se engordó, se ensanchó (Deut. XXIII, y Jer. V). Pero el maná de los ángeles es delgado (Éxodo XVI).

Porque aún, y mi oración en sus placeres. Esto dice: Ellos ciertamente saboreaban: pero yo oraba por ellos para que se convirtieran. Fueron absorbidos unidos a la roca sus jueces. Como dice en otro lugar: Bienaventurado el que tome y estrelle a sus pequeños contra la roca (Sal. CXXXVI). Pero la roca era Cristo (I Cor. XV). Pero los pequeños son menores, y pequeños pensamientos antes de que crezcan. Y ahora esos herejes, aunque a través de Aristóteles y Platón parecen despreciar la simplicidad de la Iglesia, sin embargo, cuando vienen a las Escrituras, inmediatamente son absorbidos por la roca, es decir, por Cristo, y se convierten a él. Porque la absorción se dice por la victoria: como dice el Apóstol: La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde, infierno, tu aguijón? (I Cor. XV). Pero la victoria dice la misma absorción, que victoria tenía en absorber.

Escucharán mis palabras, porque pudieron. El mismo Señor dice: Porque vinieron a mí, fueron vencidos, y se deleitaron en mis palabras, y se convirtieron a mí, y están en mi Iglesia. Como la densidad de la tierra. Todo lo denso está cerca de la tierra. Y el alma que peca, se adhiere a la tierra. Pues el Señor desde el principio hizo todas las cosas ligeras. Por su propio defecto, cada uno se vuelve denso y es llevado a la tierra. Demos un ejemplo: como una herida en el cuerpo que se hincha está llena de densidad, y cuando viene el médico la corta, la sana y la hace ligera, y entonces se reduce a su naturaleza, como fue creada. Por eso dice: Como la densidad de la tierra fue arrancada sobre la tierra, y se salva.

Nuestros huesos fueron dispersados junto al infierno. En el vigésimo primer salmo dice: Todos mis huesos fueron dispersados. Si lo entendemos literalmente, no se sostiene. Pues fue crucificado solamente. Cuando veas a Arrio, a Eunomio fuera de la Iglesia; entiende que los huesos del Señor fueron dispersados junto al infierno. El hueso que es fuerte, son los mayores que parecen ser algo: por su mucha palabrería, y por la filosofía, y la contienda son inducidos por los herejes.

Guárdame del lazo que han tendido para mí. Siempre nos tienden lazos, ya sean los herejes o los demonios. Pues los vicios están cerca de las virtudes. Me han puesto un lazo en la limosna, si extiendo mi mano para que los hombres vean: y como haciendo el bien, caigo en el vicio y en el pecado. Si doy una túnica al hermano para que otro lo vea, me han puesto un lazo. Siempre se tienden redes a los ciervos, y se les ponen lazos donde el cazador descubre sus huellas. El ciervo se toma en lo sagrado: porque es alto, tiene grandes cuernos, y mata serpientes. Por eso dice en otro lugar: Quien hizo mis pies como los de los ciervos (Salmo XVII). Se dice que es de tal virtud, que con el aliento de sus narices puede sacar serpientes de sus cuevas, y así puede comerlas. Por tanto, las serpientes nos ponen escándalos, es decir, los demonios en nuestras propias huellas donde caminamos: En las virtudes, en la limosna, para que lo hagamos ante los hombres por vana gloria. En el ayuno, en la oración, en vestir cilicio: y mostrarlo a los hombres. Pues quien se viste de cilicio, debe llorar sus pecados: no gloriarse y mostrárselo a los hombres. Y de los escándalos de los que obran iniquidad. Esto es, para que no ofenda.

Caerán en su red los pecadores. Arriba dijo, guárdame del lazo que han tendido para mí, de muchos, ahora de uno: Caerán en su red los pecadores. Así como el Señor lanza la red, y atrapa una multitud de peces, y tiene apóstoles pescadores que los recogen y los traen a él, a estos mismos que creen por ellos, así también el diablo tiene demonios que le están sujetos,

que engañan a los hombres y se los traen. Yo estoy solo hasta que pase. Jeremías dice: Me senté solo, porque estaba lleno de amargura (Jeremías XV). Esto es, en penitencia, yo solo me cuido de estos engaños. Y Moisés dice: Pasando veré esta gran visión (Éxodo III). Si no pasa, es decir, todos los vicios, no puede ver la gran visión. La gran visión: porque la zarza ardía, y no se consumía: Ardían las espinas, es decir, los pecados. Con este fuego se purifica también Isaías: este es el carbón que tocó sus labios: que estaba sobre el altar (Isaías VI). De este carbón también se acuerda el profeta David: Flechas agudas del poderoso, con carbones desoladores (Salmo CXIII). Este carbón es desolador, hace soledad, y purga al pecador.

SALMO CXLI.

Inteligencia de David, cuando estaba en la cueva, oración. Este título se prescribe según la historia cuando David huía de Saúl, escondido en la cueva del desierto de Engadi (1 Samuel XXIV). Y Saúl entró sin saberlo, como por su causa. Pero como tiene en el título. Inteligencia de David: debemos entender espiritualmente el salmo. Se toma en el Señor el verdadero David, y se entiende a Saúl en el diablo. La cueva en este mundo: y que el diablo no introduce en este mundo nada bueno; sino estiércol, y si algo está podrido. La cueva se entiende como este mundo, porque no tiene luz perfecta, en comparación con el futuro, pero como una luz alguna brilló el Señor viniendo a este mundo. Por eso dice el Apóstol: Que es la luz de su gloria (Hebreos I). Así como David entró en la cueva escondiéndose de Saúl: así también el Señor entró en este mundo, y sufrió persecución.

Con mi voz clamé al Señor: con mi voz supliqué al Señor. Derramo ante él mi oración. Todo esto lo dice en humildad corporal, para manifestarse como verdadero hombre, como hemos dicho muchas veces. Mi tribulación le expongo: cuando mi espíritu desfallece en mí. Ni la tribulación presente, ni el desfallecimiento del espíritu lo impiden: sino que continuamente no cesa de clamar con la oración de la voz espiritual. Y tú conociste mis caminos. Las doctrinas que enseño.

En este camino por el que andaba, los soberbios me escondieron lazos. Muchas veces le escondieron lazos de tentaciones los judíos en el camino de la vida presente, y en otros salmos lo hemos declarado.

Miraba a la derecha. Para que fueran llevados de la izquierda a la derecha. Y veía, que no había quien me conociera. Dios cubierto de carne.

Se perdió de mí la huida. Se perdió su huida, cuando llevado por los judíos, muchas veces se ofreció de nuevo, y no fue reconocido por ellos. Y no hay quien busque mi alma. Toman el cuerpo para crucificarlo: pero no buscan el alma, es decir, no la tocan.

Clamé a ti, Señor. Desde la cruz. Dije, tú eres mi esperanza. Encomiendo en tus manos mi espíritu (Lucas XXIII). Mi porción en la tierra de los vivientes. En los santos que son trasladados a ella, como también le dijo al ladrón: En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Atiende a mi oración: porque estoy muy humillado. Líbrame de los que me persiguen: porque son más fuertes que yo, etc. Pide al Padre que lo saque de las prisiones del infierno, para que su resurrección sea honor del nombre paterno. Muestra de quién debe ser confesada esta confesión, diciendo: Me esperan los justos. Los apóstoles o los demás santos, a cuya espera, cuando resucite, satisfago. Hasta que me retribuyas. Aquella gloria que tuve, antes de que el mundo fuera hecho, contigo (Juan XVII). Y nosotros humildemente suplicamos y pedimos,

que recibida la voz de nuestro clamor, sacados del calabozo del infierno, nos mandes ser trasladados de la muerte, a donde preparaste un lugar luminoso y descanso al ladrón que colgaba: porque a ti es el honor y la gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLII.

Salmo de David, cuando lo perseguía su hijo Absalón. Este salmo contiene la voz de aquel que por la redención humana se vació a sí mismo, tomando forma de siervo, para librarnos de la servidumbre (Filipenses II).

Señor, escucha mi oración. Palabras humildes y llenas de humildad y misericordia. Atiende a mi súplica en tu verdad. Son palabras de confianza. En tu verdad, es decir, en tu Cristo. Yo soy el camino, la vida, y la verdad (Juan XIV). Y escúchame en tu justicia. Y en tu Cristo. Esto es, no confío en mí, sino que pido tu verdad y justicia, para que ella tenga misericordia de mí.

Y no entres en juicio con tu siervo. Aquí lo ha demostrado muy claramente, porque espera la misericordia de Dios, diciendo: Y no entres en juicio con tu siervo. Aquí es como si alguien juzgara entre Dios y el profeta, como está escrito en el salmo cincuenta: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. Y por eso Dios entra en juicio, para castigar justamente. Algo así hizo Ciro, rey de los persas y medos, al rey de los armenios, cuando transgredió sus amistades. Lo venció y lo tomó cautivo: e hizo que sus propios parientes, y su esposa, y sus hijos juzgaran entre ellos: para que justamente o tenga misericordia, o castigue. Porque no se justificará en tu presencia ningún viviente. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob: Dios de vivos, y no de muertos (Lucas XX). Por tanto, ni siquiera los patriarcas se justificarán en la presencia de Dios. Pues las estrellas no son puras en su presencia (Job XXV).

Porque el enemigo ha perseguido mi alma. Esto no necesita interpretación. No hay duda de que es el diablo: Ha humillado mi vida en la tierra. Esto es lo que dice. Antes tenía alas, y volaba: pero ahora el enemigo ha perseguido mi alma: y me ha atrapado, y me ha atado los pies y las manos, como un ave es atrapada por el hombre, para que parezca estar muerta: porque no tiene la libertad de sus alas para volar. Así también, dice, el enemigo me ha atado con la conciencia de mis pecados.

Me ha colocado en lugares oscuros, como los muertos del siglo. Si como los muertos del siglo, aún no está muerto, porque está en penitencia. Pero si alguien pecando no hace penitencia, este está muerto al siglo, y no, como muerto, sino perfectamente muerto. Por tanto, el enemigo pensó que no hago penitencia por los pecados que él mismo me sugirió que hiciera. Y mi espíritu se angustió sobre mí. Tú di primero tus pecados, y serás salvo (Isaías XLIII). Y de nuevo: Si solo suspiras por tus pecados, serás salvo (Ezequiel XVIII). En mí se turbó mi corazón. Por mi conciencia, porque he pecado.

Me acordé de los días antiguos. Me acordé de mis días anteriores, cuando tenía confianza: pero ahora para mí es noche.

Extendí mis manos hacia ti. Atado por el enemigo, no puedo hacer otra cosa que hacer penitencia, y levantar mis manos hacia ti. Mi alma como tierra sin agua para ti. Como la tierra sin agua tiene sed y busca la lluvia: así mi alma desea y tiene sed de ti, su Dios.

Escúchame pronto, Señor: mi espíritu desfallece. Mi alma desfalleció, y mi carne desfalleció: solo el espíritu quedó en mí, y también desfalleció; pero, escúchame pronto, Señor, y ten misericordia de mí.

Hazme conocer el camino por el que debo andar. Hazme conocer a tu Cristo, que dijo: Yo soy el camino (Juan XIV).

Tu buen espíritu me guiará a tierra recta. Aquí los impiísimos arrianos nos proponen, y dicen: Maestro bueno, ¿qué bien haré para ser salvo? Él dice: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios (Lucas XVIII). Por tanto, si el Hijo no es bueno, sino el Padre: el Padre es mayor que el Hijo. Entonces, según tu sentido, impiísimo arriano, ¿quién es mayor? ¿El Hijo, o el Espíritu Santo? Sin duda dices, el Hijo. Aquí dice: Tu buen espíritu me guiará a tierra recta. Por tanto, si el Espíritu es bueno, que es menor, como tú dices: mucho más el Hijo es bueno, a quien tú dices mayor. Pero en el Evangelio dice así: Y acercándose uno de los escribas tentándolo, dijo: Maestro bueno, y él dijo: ¿Por qué me llamas bueno, y no confiesas? (Mateo XIX). Como si alguien tentara a su obispo, a quien desprecia, le dijera: Obispo, y él respondiera. No soy obispo para ti, aléjate de mí. ¿No habéis leído en otro lugar: El buen pastor da su vida por sus ovejas? (Juan X). ¿Qué hay mejor que el Hijo, que se revistió de carne por nosotros, y sufrió, y descendiendo de su majestad, estuvo nueve meses en el vientre de la Virgen en sangre, estuvo en el pesebre, sufrió crecer por momentos, y ser azotado, y abofeteado, y crucificado? ¿Qué hay mejor que esto?

SALMO CXLIII.

Por aquellos que no conocen la lengua latina, aunque hemos dicho mucho del Evangelio, sin embargo, debemos decir algo del Salterio: para que otros saciados, otros no regresen en ayunas. Pero como el salmo es largo, y si quisiéramos detenernos en cada versículo, el día pasaría: debemos brevemente en cada uno de los sentidos más que las palabras replicar.

Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra. Quien interpreta brevemente, logra esto, que él mismo no tenga alabanza, y sin embargo, lo que sea que esté en la interpretación, lo retengan aquellos que lo escucharon. Bendito sea el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra. Levantemos las manos en santidad sin pensamientos y disputas; levantemos en todo lugar. Y cuando levantemos nuestras manos, nuestras oraciones a Dios son armas contra el diablo. Que adiestra mis manos para la batalla, y mis dedos para la guerra. Esta es nuestra lira, esta es nuestra cítara. En esta cantamos al Señor.

Mi misericordia, y mi refugio, mi sustentador y mi libertador. Mi protector, y en él he confiado. En tantos nombres se llama a Dios. Cuantos beneficios, tantos nombres. Que sometes a mi pueblo bajo mí. Esto puede decirse desde la persona de Cristo, es decir, desde el hombre asumido. Pero puede decirse desde la persona de los apóstoles, porque se dice: Que sometes a mi pueblo bajo mí. Esto lo dice también el santo Padre en el monasterio, y dando gracias a Dios dice: Bendito sea el Señor mi Dios, que sometes a mi pueblo bajo mí. Pues no se me somete a mí; sino que se somete a ti. Por eso me sirve, para que te sirva a ti.

Señor, ¿qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él: o el hijo del hombre, para que lo tengas en cuenta? Esto mismo se dice en el octavo salmo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él: o el hijo del hombre, para que lo visites? Señor, ¿qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él? ¿Habla de la fragilidad del cuerpo y la condición humana? ¿Y qué dice? Si miras la carne, ¿qué es el hombre? Si el Espíritu, el hombre es algo grande.

No despreciemos la carne, pero despreciemos las obras de la carne. No despreciemos la carne, que con Cristo reina en el cielo. La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (1 Corintios XV). No carne y sangre, sino las obras de la carne. La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, y ¿cómo reinan en Cristo, y cómo nos sentamos con Cristo en los cielos? Señor, ¿qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él: o el hijo del hombre, para que lo tengas en cuenta? Da gracias a Dios, y lo que dice, es esto: En cuanto a la condición humana, el hombre no es nada. Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el Eclesiastés. Si todo es vanidad, entonces también el cielo, entonces también los ángeles. Si el cielo y los ángeles son vanidad: ¡cuánta vanidad es el hombre! Y si los ángeles son vanidad, si el cielo es vanidad: ¿por qué entonces Dios ha hecho vanidad? Vanidad en comparación con Dios: pero por sí mismo no es vanidad (Eclesiastés I). Señor, ¿qué es el hombre, para que te hayas dado a conocer a él? Gran felicidad del hombre es conocer a su creador. En esto nos diferenciamos de las bestias, porque nosotros entendemos a nuestro Creador; ellas no lo entienden. Pero también el mismo estado del cuerpo busca a su artífice. Los demás animales miran a la tierra, y donde está el vientre, allí están los ojos. Pero nuestros ojos están erguidos hacia el cielo, y si la mente ha sido cegada, sin embargo, con ojos invictos vemos el cielo.

El hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como sombra. Verdaderamente nuestros días son como sombra. Fui niño, fui joven, fui adolescente, fui joven, fui hombre, es decir, fui de edad perfecta, fui de mediana edad. Sin saberlo, soy anciano. La vejez se acerca a la muerte. Me cambio cada día, y no siento que no soy nada. Ni siquiera por un momento de la hora estamos en nuestro estado, sino que siempre o crecemos o decrecemos. Por tanto, el hombre se cambia por momentos, y sin saberlo, perece. Yo anciano, recuerdo lo que fui de niño, lo que hice, cómo jugué, cómo corrí de aquí para allá: ahora me veo abrumado por un gran peso. Sus días pasan como sombra. Nuestra vida parece ser sombra, y no tiene sustancia. Lo que no tiene sustancia, pronto perece. Porque el hombre es tan miserable: porque es tan débil, ¿qué pedimos de ello? ¿qué rogamos? ¿qué dice aquí el profeta? ¿qué es lo que pide?

Señor, inclina tus cielos, y desciende. No podrás salvar esta vileza del hombre, a menos que tú mismo la vistas. Señor, inclina tus cielos, y desciende. Tu oveja errante no podrá ser sanada, a menos que sea llevada de vuelta en tus hombros (Lucas XV). Toca los montes, y humeen. Amén, amén te digo: si tuvierais fe como un grano de mostaza: podréis decir a este monte: pasa, y se trasladará (Mateo XVII). Allí se hablaba del lunático: de aquel monte, que no podía ser trasladado por ellos. Está escrito en Jeremías: Dad gloria al Señor nuestro Dios, antes de que vuestros pies tropiecen en los montes tenebrosos (Jeremías XIII). ¿Por qué dijimos todo esto? Porque ahora sigue: Toca los montes, y humeen. Los montes que reinan: los montes que se han erguido por la soberbia: que dicen: Míos son los ríos, y yo los hice. Toca los montes, y humeen. No dijo, se encenderán; sino, humeen. Que los montes tengan indicio de castigo: no de resplandor, no de esplendor.

Lanza relámpagos, y los dispersarás. Mira lo que dice. No dijo, los destruirás; sino, los dispersarás. Leemos en Génesis, en el tiempo en que construían la torre, Dios dijo: Venid, descendamos y confundamos sus lenguas, para que no tengan consenso entre ellos, sino que se dispersen (Génesis XI). Les beneficia.

Emite tu mano desde lo alto. Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII). Emite tu mano desde lo alto. Señor, inclina tus cielos y desciende. Esto se dice al Hijo: Inclina tus cielos y desciende. ¿Y cómo dijo: Emite tu mano desde lo alto? Si descendió, ¿cómo envía su mano desde lo alto? Pero aunque esté en la tierra, sin embargo, envía su mano desde el cielo: pues no se aleja del cielo. Rescátame y

líbrame de muchas aguas. Porque descendiste, porque inclinaste los cielos, y enviaste tu mano desde lo alto, y te dignaste asumir carne humana, y muchos creyeron en ti: por una agua comenzaron a ser muchas aguas: Ves que están dispersas por todo el mundo diversas herejías. Rescátame y líbrame de muchas aguas: y concédeme una fuente viva. Porque hay un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo (Efesios IV). Líbrame de muchas aguas. Pues esas muchas aguas no engendran tus hijos, sino hijos ajenos. De donde sigue: Líbrame de muchas aguas, y de la mano de los hijos ajenos. No son tus hijos, los que nacen en muchas aguas; sino que son hijos ajenos.

Cuya boca ha hablado vanidad. Prometen conocimiento para sí mismos, y levantan su boca contra su Creador. Han puesto su boca en el cielo. Cuya boca ha hablado vanidad. Su conocimiento es conocimiento de vanidad. Y su diestra, diestra de iniquidad. Ambos son condenados, tanto la boca como la mano, tanto el conocimiento como las obras. Cuya boca ha hablado vanidad, esto es, conocimiento. Y su diestra, diestra de iniquidad. Diestra, en la obra. Dicen tener la diestra: pero son totalmente siniestros. Es diestra de iniquidad, y no de equidad. Por eso a tal siniestra se dice: Que el diablo esté a su diestra. Quien tiene tal diestra, y diestra de iniquidad, el diablo está a su diestra (Salmo CVIII).

Dios, cantaré a ti un cántico nuevo. Hombre nuevo, cántico nuevo. Dios, cantaré a ti un cántico nuevo. Cantad al Señor un cántico nuevo (Salmo XCV). Qué bien no dijo canto, sino cantaré. Prometió en el futuro: pues en el presente sabe que es lucha, no cántico. Nunca canta el ejército, sino cuando ha vencido. Por tanto, porque en el presente lucho: no tengo tiempo para cantar. Cuando haya vencido, entonces cantaré: En el salterio de diez cuerdas te cantaré. Entonces extenderé ambas manos, y con cuerdas vitales te cantaré. Mi oración es tu salterio.

Tú que das la salvación a los reyes, etc. ¿A qué reyes? El corazón del rey está en la mano de Dios (Proverbios XXI): quienes reinan en su cuerpo, quienes someten su cuerpo, y lo reducen a servidumbre, para que no siendo reprobados ellos mismos al predicar a otros (II Corintios IX). Estos son los reyes de los que dice la Sabiduría en los Proverbios: Da el reino a los reyes (Proverbios VIII).

Rescátame y líbrame de la mano de los hijos ajenos. Los versículos que se han dicho antes, se repiten de nuevo. Cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra, diestra de iniquidad. Cuyos hijos, como plantas nuevas en su juventud. De la mano de los hijos ajenos. Veamos cómo son los hijos de los herejes. Cuyos hijos, como plantas nuevas en su juventud. De la mano de los hijos ajenos. Observad cuidadosamente lo que se dice de los herejes.

Sus hijas adornadas: circundadas como la semejanza de un templo, etc. Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas, ellos dijeron esto. ¿Qué digo yo? Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Por tanto, discutiremos brevemente cada cosa en vuestras oraciones. Cuyos hijos, como plantas nuevas en su juventud. Su plantación no es antigua, sino nueva. No es de la antigua ley: no es de los profetas: no es de los apóstoles, sino que es de nuevos maestros. Sus hijas, como plantas nuevas en su juventud. En su juventud: siempre son jóvenes. Aunque muchas herejías sean antiguas, sin embargo, se cambian diariamente, y se encuentran nuevas cada día. Las herejías mismas son nuevas, aunque sean antiguas: sin embargo, como diariamente renuevan sus doctrinas, son nuevas. No están contentos con el error de los antiguos maestros, sino que diariamente ellos mismos encuentran cosas nuevas: cuyos hijos, como plantas nuevas en su juventud. De la Iglesia, ¿qué se dice; de los que temen al Señor? Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos. ¿Qué se dice de ellos? Tus hijos, como plantas nuevas de olivos alrededor de tu mesa. Alrededor de la mesa de Cristo están esos hijos: no están lejos de la

mesa de Cristo. Allí no se dice, hijas; sino solamente, hijos. Sin embargo, los herejes tienen tanto hijos como hijas, tienen también el sexo más frágil, placeres, delicias. Sus hijas adornadas. El discurso está adornado, y el sentido es sucio. En las escrituras sagradas, los pensamientos siempre se llaman hijos: las palabras, hijas. Mira entonces lo que dice: Sus pensamientos, es decir, los hijos son nuevos. Pero sus palabras, es decir, las de los herejes, que tienen de la sabiduría secular, están adornadas: tienen palabras adornadas, discurso alabado. Sus hijas adornadas. Parecen estar adornadas, pero porque son hijas, y no hijos, no tienen fuerza. Circundadas como la semejanza de un templo. Bien dijo, semejanza de un templo. No tienen la verdadera Iglesia, sino la semejanza de la Iglesia.

Sus bodegas llenas: rebosando de esto a aquello. Están preparados para contender. Si los retienes en un testimonio, pasan a otro. Si los retienes en las Escrituras, huyen a Aristóteles. Si los retienes en Aristóteles, pasan a Platón. Sus bodegas llenas: rebosando de esto a aquello. Bodega propiamente se dice, que tiene riquezas almacenadas. Los herejes tienen bodegas. Tienen palabras preparadas con las que contender. Sin embargo, los eclesiásticos son simples: no tienen nada preparado. Abren la boca, y se llena por el Señor: según se dice: Abre tu boca, y la llenaré (Salmo LXXX). Y, No penséis qué responderéis a ellos: porque vuestro Padre os dará en aquella hora qué decir (Mateo X). Veis que no tenemos bodegas preparadas: pero nuestras riquezas están sometidas. Alguien dice: Da testimonio de cómo los santos no tienen bodegas. Mira, dice, las aves del cielo, que no tienen bodegas ni graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta (Mateo VI). Estas aves son especialmente los monjes: no tienen bodegas, no tienen despensas: pero tienen al Señor de las despensas y bodegas, a Cristo mismo. No tienen graneros, pero tienen al Señor de los graneros. No tienen las riquezas del diablo, pero tienen la pobreza de Cristo. ¿Qué dice el diablo? Todo esto es mío: si postrándote me adoras, te lo daré (Mateo III). ¿Qué dice Cristo a los suyos? Quien no venda todo lo que tiene, y lo dé a los pobres, no puede ser mi discípulo (Mateo XIII, y Lucas XII). Aquel promete reinos y riquezas para matar; este promete pobreza para salvar. No hacemos nada grande si dejamos lo nuestro. Cristo dejó al Padre, y los reinos de los cielos por nosotros. Nadie piense que blasfemo: porque dije, dejó al Padre. Hablo según la dispensación, según lo que es enviado: según lo que se dice: El Padre que me envió, es mayor que yo (Juan X, y XIV). Dios no es enviado: Dios no está sujeto a servidumbre: pero la dispensación es enviada. Si Dios está en todas partes, y todo está en Dios: ¿cómo es enviado Dios a algo, cuando Dios es todo? Cristo, por tanto, por nosotros se hizo pobre (II Corintios VIII). ¿Por qué dijimos todo esto? Porque ahora se ha leído: Sus bodegas llenas: rebosando de esto a aquello. Bien dijo, rebosando: de excesiva saciedad. Ellos rebosan de saciedad, y perecen: nosotros de ayuno, para salvarnos.

Sus ovejas fecundas. Tienen muchos hijos. Pues el número de los herejes es grande. Sus ovejas fecundas. De donde se dice también en el profeta Oseas: Señor, dales (Oseas IX). ¿Qué les darás? Vientre estéril y pechos secos. ¿De quién se dice esto? De los maestros de los herejes: que se jactan de su número de discípulos. Sus ovejas fecundas abundantes en sus salidas. No dijo en sus entradas, sino en sus salidas. Pues no entran en la Iglesia, sino que salen de la Iglesia, es decir, de nosotros salieron, pero no eran de nosotros. Si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Abundantes en sus salidas. Diariamente salen de la Iglesia: abundantes en sus salidas. ¿Qué se dice de la Iglesia? Toda la gloria de la hija del rey es interior (Salmo XLIV). Sus bueyes gordos. También Faraón vio en sueños bueyes gordos (Génesis XLI): el pueblo israelita es delgado, los egipcios son gordos. Veis que los maestros de los herejes no hacen otra cosa, sino estudiar las riquezas. Estudian las riquezas, y desprecian a Cristo pobre. Sus bueyes gordos. Bien dice, bueyes gordos: cuyo dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Filipenses III).

No hay ruina de muro, ni paso. ¿No os parece oscuro lo que se dice: No hay ruina de muro, ni paso, ni clamor en sus plazas? Difícilmente encontrarás herejes ignorantes. Pues todos los maestros están instruidos en la ciencia secular. No hay ruina de muro, ni paso. Si alguna vez están en disputas, cuando comiencen a disputar contigo, sus palabras son tan breves: tan concluidas con discurso artificioso, que es difícil escapar de allí. Pues cuando te han atado con sus silogismos, y te han encerrado, y como un muro te han tejido y construido un silogismo, no puedes convertirte: no puedes pasar: estás encerrado. No hay ruina de muro, ni paso. Y cuando allí te han tenido como encerrado en un círculo: entonces no estarás en el camino angosto, que lleva a la vida: sino en el ancho, que lleva a la muerte (Mateo VII). Ni clamor en sus plazas: El clamor de Jesús llama a sí mismo, y dice: El que tenga sed, venga y beba (Juan VII). El clamor de Jesús está en el camino angosto: en las plazas de los herejes no está.

Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Muchos ignorantes, consideran bienaventurados a tales. Sin embargo, para nosotros es la simplicidad cristiana: no queremos la elocuencia platónica: sino que queremos la simplicidad apostólica. Este pescador sostiene la red, tiene los pies embarrados, y las manos callosas por el trabajo. Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Bienaventurado es el pueblo, que por todas las riquezas tiene a Cristo. Ellos tienen hijos e hijas, y bodegas, y ovejas fecundas, bueyes gordos, y brillantes y hermosos. Sin embargo, nosotros no tenemos multitud: pero sabemos lo que se dice en el Evangelio: Dondequiera que estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos (Mateo XVIII). No temas, pequeño rebaño; porque agradó a Dios habitar en ti. No digan los monjes: He aquí tantas multitudes, ciudades llenas, todo el mundo; ¿nadie se salva, sino los que están en los monasterios? He aquí tantas multitudes: ¿entonces solo nosotros nos salvamos? Cuando pienses esto, escucha: No temas, pequeño rebaño: se dijo en el Evangelio, que una sola alma se salva: para que dos mil cerdos perezcan (Marcos V). ¿Por qué digo todo esto? Porque es más preciosa el alma de un santo, que infinitas multitudes de pecadores. De todo el mundo eligió doce apóstoles, de los doce uno se apartó: quedaron once. Vino la cruz: diez huyeron: quedó uno Pedro: uno con uno. Y ese uno huyó, y ojalá hubiera huido, y no hubiera negado. Por tanto, digamos, toda la raza humana pereció: Porque había perecido, por eso el Señor crucificado dice: He pisado el lagar solo, y de los pueblos no hay hombre conmigo (Isaías LXIII). En ese tiempo se cumplió el salmo: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo (Salmo XI). No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. Aquel que había prometido, diciendo: Si es necesario morir, o ir a la cárcel, no te negaré: negó (Marcos XIV). ¿Por qué digo todo esto: Porque el monje no debe mirar a la multitud de pecadores, sino a la conversación y la escasez de los santos. Toda Judea era llevada en cautiverio. Había venido Nabucodonosor, tantas miles de personas eran llevadas cautivas a Babilonia. Solo Jeremías era quien confesaba a Dios, y él mismo era arrojado al pozo de lodo, y sin embargo, era más preciosa el alma de aquel solo, que todo el pueblo (Jeremías XV). ¿Queréis saber qué hace un solo hombre? Josué, hijo de Nun, cuando toda la tierra estaba habitada, él solo era. Ciertamente había infinitas multitudes, y él solo era. Solo manda al sol y a la luna, y se detienen: el hombre manda, y el cielo escucha (Josué X). El cielo lo escucha: porque él escuchaba al Señor. Jeremías estaba en cautiverio: pero había también muchas multitudes. ¿Y qué dice? Solo me sentaba, porque estaba lleno de amargura (Jeremías XV). ¿Cómo estabas solo en la ciudad? Pero por eso solo: porque tenía a mi propósito como compañero.

SALMO CXLIV.

Alabanza a David. Este salmo, de la voz profética, contiene la alabanza de Dios: como él mismo hablando a él dice:

Te exaltaré, Dios mío rey, y bendeciré tu nombre por siempre, y por los siglos de los siglos. Exalta a Dios porque sabe que es igual al Padre: rey, porque conoce al juez del mundo.

Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre por los siglos, y por los siglos de los siglos. Y por esto principalmente alaba: porque espera hacerse conforme al nombre de él: es decir, a Cristo Señor, en el siglo futuro.

Grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera, y su grandeza no tiene fin. Porque sin fin es grande, sin fin digno de ser alabado.

Generación. Que la fe ha producido. Y progenie. Que la pasión de Cristo ha procurado. Alabarán tus obras, y anunciarán tu poder. Pues o han sido hechas por ti, o son protegidas por ti.

Hablarán de la magnificencia de tu majestad, y de tu santidad. Tú nos quieres santos, diciendo: Sed santos, porque yo soy santo (Levítico XIX, XX). Esto también lo decimos a los demás. Y contarán tus maravillas. Que diariamente obras en la Iglesia.

Dirán el poder de tus hechos terribles, y hablarán de tu grandeza. El poder es terrible, cuando se venga de los impíos, como en Faraón. La grandeza es, cuando los justos son levantados, como Israel.

Proclamarán la memoria de la abundancia de tu bondad. Porque te dignas favorecerlos. Y se regocijarán en tu justicia. Porque te vengas de los impíos.

Misericordioso y compasivo es el Señor: paciente y muy misericordioso. Y santo en todas sus obras: porque lo que se ha hecho en él, es vida.

El Señor es bueno para con todos, y sus misericordias están sobre todas sus obras. Pues por su misericordia hace y protege toda obra.

Confiesen a ti, Señor, todas tus obras, y tus santos te bendigan. Para que por los santos que te bendicen continuamente, se entienda que eres creador y hacedor de todo.

Hablarán de la gloria de tu reino. Para que sea deseado por todos. Y hablarán de tu poder. Para que sea temido por todos.

Para que hagan conocer a los hijos de los hombres tu poder, y la gloria de la magnificencia de tu reino. Para que no se aduzca la excusa por ignorancia.

Tu reino, Señor, es reino de todos los siglos. Pues todos los siglos se mueven bajo el dominio de tu reino. Y tu dominio en toda generación y progenie. Extendida en la generación eclesiástica en la progenie del siglo futuro.

Fiel es el Señor en todas sus palabras. Pues ha cumplido todo lo que habló por los profetas. Y santo en todas sus obras. Para que así como él es santo: así también nosotros que somos sus obras, seamos hechos santos en él.

El Señor sostiene a todos los que caen. Para que no se hundan en la ruina eterna. Y levanta a todos los abatidos. A quienes el estímulo de la voluptuosidad corporal ha precipitado, si hacen penitencia.

Los ojos de todos esperan en ti, Señor, y tú les das su alimento a su tiempo. La mirada interior de los santos es recibida en aquel tiempo de retribución.

Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente. Que ha soportado maldiciones e improperios en el mundo por tu nombre.

Justo es el Señor en todos sus caminos, y santo en todas sus obras. Como ya se ha dicho anteriormente.

Cercano está el Señor a todos los que le invocan en verdad. ¿Qué dice él mismo? Yo soy Dios cercano, y no Dios lejano (Jeremías XXII).

Hará la voluntad de los que le temen y escuchará sus oraciones, y los salvará. Mientras los libra, ya sea de la instigación del diablo, o del ardor del pecado.

El Señor guarda a los que le aman, y a todos los pecadores destruirá. Ama a aquellos que han preferido su amor a los amores mundanos. Pero destruirá a aquellos que han preferido el amor del mundo a su amor.

Mi boca hablará la alabanza del Señor. Ahora, y en el futuro tiempo de retribución. Y bendiga toda carne su santo nombre por siempre, y por los siglos de los siglos. Lo que dice: Toda carne, no se refiere a lo insensible: sino a todo el cuerpo de la Iglesia, que somos nosotros, que debemos alabar, bendecir, exaltar y proclamar a Dios, por quien vivimos, por quien somos alimentados y somos. A quien es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLV.

Aleluya. De Ageo y Zacarías. Este salmo, prescrito con el nombre de dos profetas, habla con la voz de uno, diciendo:

Alaba, alma mía, al Señor. Este salmo tiene el título de Ageo y Zacarías. Pero primero debemos saber que en hebreo no se encuentra, sino en los Setenta intérpretes. Digamos también de la edición Vulgata de Ageo y Zacarías. Porque aquí se habla de la restauración de Jerusalén: Reinó el Señor por los siglos, tu Dios, Sion, de generación en generación: como si se pensara que se dice de la restauración de Jerusalén, que se hizo bajo Ageo y Zacarías. Alaba, alma mía, al Señor. No dijo, alaba, cuerpo: sino, alaba, alma: no porque haya condenado al cuerpo, sino que condenó las obras de la carne. Alaba, alma mía, al Señor. La misma alma se exhorta. Como si David dijera: Alaba, David, al Señor: así también la misma alma se dice a sí misma: Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor en mi vida. Mira lo que dice: Ella misma se exhorta, y ella misma responde. ¿Qué dice? Me dice, Alaba, alma mía, al Señor. Yo misma respondo: Alabaré al Señor en mi vida. Ahora no puedo alabar, estoy oprimido por los pecados. Cada vez que abro los labios en alabanzas a Dios: tantas veces esa conciencia de los pecados se adhiere. Alabaré al Señor en mi vida. Hermosamente dijo, alabaré: no, alabo. Cuando esté con mi Señor, entonces alabaré al Señor en mi vida. Ahora estoy en la muerte, no puedo alabar. Alabaré al Señor en mi vida. Nuestra vida es Cristo. Alabemos al Señor en la vida. Cantaré a mi Dios mientras exista. Mira lo que dice: Cuando hacemos algo justo, existimos: pero cuando pecamos, dejamos de existir. Hay muchas cosas que se pueden decir: pero la oración se apresura al final.

No confiéis en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, en quienes no hay salvación. Esto lo dice en general a todos: No confiéis en los príncipes. No en el emperador, no en los prefectos, no en los jueces del siglo.

No confiéis en los príncipes. ¿Quiénes son los príncipes? Hijos de los hombres. ¿Quiénes son los hijos de los hombres? En quienes no hay salvación.

Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. Pero cuando haya regresado a su tierra, ¿qué sucederá? En ese día perecerán todos sus pensamientos. Toda la confianza de los príncipes perecerá, y perecerán todos sus pensamientos. No confiéis en los príncipes. Hoy fue, mañana no es. Hoy lo precede un ejército, y por la tarde yace en el sepulcro. Después de tanta grandeza, tanta claridad, no median tiempos: en el mismo momento es la operación de Cristo. En los hijos de los hombres, en quienes no hay salvación. ¿Quiénes son los príncipes? Hijos de los hombres. Si ellos mismos no son nada, ¿qué son sus hijos? Saldrá el espíritu. ¿De quién? del hombre. Saldrá el espíritu. Aquí pone el espíritu por el alma. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII). Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. No el espíritu volverá a su tierra: pues el espíritu no es de la tierra, sino que sale el espíritu, y el hombre vuelve a su tierra. En ese día perecerán todos sus pensamientos. Nosotros mismos que ahora no somos príncipes, cuántas cosas pensamos y decimos diariamente, mañana haré esto, destruiré mis graneros, y de nuevo mañana los edificaré. Se me dice: Necio, esta noche se te pedirá tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII). Esto lo dice de aquellos que confían en los príncipes. Pero, ¿qué se dice del santo?

Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayuda. Estos en carros y aquellos en caballos, pero nosotros invocaremos el nombre del Señor (Sal. XIX). Ellos tienen muchos ayudantes: pero son príncipes, pero son hombres, pero caen. Nosotros tenemos uno que puede salvar. Su esperanza está en el Señor su Dios. Veamos qué dicen los tres jóvenes en el horno de Babilonia: porque los llama el rey Nabucodonosor: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Dios puede liberarnos del horno ardiente. Pero si no nos libera, sabe, oh rey, que no adoramos la imagen que has levantado (Daniel. V). Vean la fe. Creemos, dice, que puede liberar. Pero si acaso nuestros pecados lo impiden: sin embargo, creemos en aquel que no quiere liberar. No creemos en esta vida, sino en la futura. No creemos en Él para no arder aquí: sino para no pasar a otros incendios a través de estos. Enciende, pues, prepara el horno: este ardor, esta combustión, es nuestra purificación. Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayuda. Vean la significación de las palabras. Su ayuda: y no pudo hacer allí ningún milagro, por la incredulidad de ellos (Mat. XIII). Dios es nuestro ayudador. Libera a los que quieren y trabajan, y colabora: a los que duermen, callan y no quieren, no los libera. Su esperanza está en el Señor su Dios. Dijo excelentemente, esperanza. Y si en el presente no libera, sin embargo, hay esperanza en el futuro. El que hizo el cielo y la tierra. Este Dios que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. En comparación con el cielo, la tierra y el mar, nosotros los hombres según la condición de la carne, somos como hormigas y pulgas. ¿Quién, pues, hizo el cielo y la tierra, no puede liberar al hombre que hizo?

El que guarda la verdad para siempre. Si nos oprime la mentira, no nos entristezcamos. El Señor guarda la verdad para siempre. No sé quién ha mentido contra nosotros, y se le cree más al mentiroso que a nosotros que decimos la verdad. No debemos desesperar. El Señor guarda la verdad para siempre. Hermosamente dijo, guarda. La guarda, y la tiene en su tesoro: nos devolverá lo que ha guardado. El que guarda la verdad para siempre. Cristo es la verdad. Hablemos la verdad, y la verdad nos guarda la verdad. Hace justicia a los que sufren injusticia. Aunque tarde, no desesperes. Viniendo, vendrá, y salvará. Hace justicia a los que sufren injusticia. Que esto solo esté en nuestra conciencia, que sufrimos justamente.

Tengamos esto en la conciencia, que sufrimos por nuestros pecados, y no hacemos aquello por lo que se nos acusa. Da alimento a los hambrientos. Y según la letra edifica, y si se entiende simplemente, edifica al oyente. Miren las aves del cielo: que no siembran, ni cosechan, y vuestro Padre celestial las alimenta. Da alimento a los hambrientos. Da a los hambrientos, no a los que eructan. El que no tiene, monje, reciba con confianza. El que tiene y eructa, no reciba. Sabes que tienes hambre: sabes que no tienes: si tienes hambre, y no tienes: das más beneficio si recibes lo que se te da. Pero si tienes, y no tienes hambre, no debes quitar el alimento de los hambrientos, y recibir estando saciado. Recibe lo que pongas en el vientre, no lo que pongas en el saco: recibe la túnica que cubra el cuerpo, no la que llene los arcones. Da alimento a los hambrientos. Esto según la letra. Digamos también de otra manera: Tengamos hambre de Cristo, y Él nos da el pan celestial. Danos hoy nuestro pan de cada día (Mat. VI). Los que dicen esto, tienen hambre. Los que desean el pan, tienen hambre. El que dice, danos hoy nuestro pan de cada día, ciertamente habla con hambre. Da alimento a los hambrientos. Alguien piensa que habla del pan celestial de los misterios. Y esto también lo aceptamos, porque verdaderamente es carne de Cristo, y verdaderamente es sangre de Cristo. Pero digamos también de otra manera. El pan de Cristo y su carne es la palabra divina, y la doctrina celestial. Quienquiera que reciba este pan, y se sacie, ¿qué sucederá? ¿Qué?

El Señor libera a los cautivos. Si este pan ha restaurado nuestra alma: esto es, la palabra divina, y la doctrina celestial: inmediatamente nuestros pies, que estaban atados, se sueltan. El Señor libera a los cautivos. Y Lázaro estaba atado, y dijo: Desatadlo (Juan XI). El Señor libera a los cautivos. Y la hija de Abraham que había estado encorvada y atada por dieciocho años, se suelta, y mira al cielo. Vean lo que se dice allí en el Evangelio: He aquí, dice, había una mujer que tenía un espíritu de enfermedad por dieciocho años, y no podía, dice, levantar la cabeza (Luc. XIII). Porque tenía un espíritu de enfermedad, no podía levantar la cabeza hacia arriba. El Señor libera a los cautivos. Ellos mismos son las cadenas que también son obras: pues los mismos pecados, que toman nuestros cuellos, atan los pies. Quienquiera que esté cautivo, no puede correr. Quienquiera que esté cautivo, no puede correr en el estadio de Cristo. Porque los pies están pesados con cadenas, y son oprimidos en la tierra, y están fijados en la tierra. El Señor libera a los cautivos. Vean el orden. Da alimento a los hambrientos. Primero tenemos hambre: luego recibimos el alimento. Pero cuando estemos saciados, nuestros pies, que estaban encadenados, se sueltan. Pero cuando comiencen a caminar libremente, ¿qué sigue? El Señor ilumina a los ciegos. Vean lo que dice: Si hablara de estos ciegos, debería decir: El Señor ilumina a los ciegos. Pero no dijo esto, sino que según la verdad hebrea y griega, ¿qué dijo? El Señor hace sabios a los ciegos. Si hablara de estos ojos de la carne, debería decir: El Señor ilumina a los ciegos. Ahora bien, se dice, El Señor hace sabios a los ciegos. Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Nuestro corazón está oscurecido por las tinieblas de los pecados. La insensatez y la necedad son tinieblas no de los ojos, sino de las costumbres. Cuando, pues, los hambrientos seamos restaurados, y nuestros pies sean liberados: entonces comenzarán también los ojos de nuestro corazón a ver la luz que alguna vez perdieron, y a tener sabiduría. Si se hace sabio, ¿qué sigue?

El Señor levanta a los caídos. Y si estabas caído: ten confianza, el Señor extiende la mano. El Señor ama a los justos. Veo dos cosas: ama, y guarda. El que ama, ama como suyo. Pero el que guarda, guarda a aquel que está en peligro. El Señor ama a los justos. Cualquiera que sea justo y perfecto, es amado por Él. Pero cualquiera que sea extranjero, y venga al servicio del Señor, él es guardado.

El Señor guarda a los extranjeros: al huérfano y a la viuda acogerá. Y según la letra es útil, acogerá al huérfano y a la viuda. Oh mártir, que eres retenido, para que derrames sangre por mí: no te preocupes por los hijos, no te preocupes por la esposa: me tienen a mí por ti.

Digamos también según el espíritu: Acogerá al huérfano y a la viuda. Acogerá al huérfano, que había perdido a Dios Padre por los pecados. Y acogerá a la viuda. A la viuda, esto es, a aquella alma que había perdido a Cristo su esposo. Pero mira lo que dice, al huérfano y a la viuda. No dijo, guardará: no dijo, salvará: sino, acogerá: si vuelve al Padre, si regresa al esposo. Y el camino de los pecadores destruirá. No dijo, destruirá a los pecadores: sino según el primer salmo, y el camino de los impíos perecerá. Si el camino de los justos es Cristo, el camino de los pecadores es el diablo. Y el camino de los pecadores destruirá. Por tanto, el camino de todos los pecadores es el diablo, él lo destruye: pero nos salvará a nosotros, que caminábamos por él, y dejamos de caminar.

Reinará el Señor por los siglos. Porque el camino de los pecadores perecerá, entonces reinará el Señor por los siglos. No dijo: por el siglo: sino, por los siglos. Mientras el camino no perezca, Cristo no reina en nosotros. Mientras el camino de los pecadores no perezca, Cristo no reina en nosotros. Mientras nuestros pies caminen por el camino del diablo, Cristo no reina en nosotros. Me enojo sin causa con mi hermano: camino por el camino del diablo: Cristo no reina en mí. Hablo mal de mi hermano: camino por el camino del diablo: Cristo no reina en mí. En cualquier pecado que camine, camino por el camino del diablo: Cristo no reina en mí. Mi mente es vana, y se distrae en diversas cosas. Estoy en un lugar, y mi mente vaga por todo el mundo. El mundo contiene a los ángeles, contiene a los reyes, contiene a los ejércitos, no contiene a un monje. ¿Por qué digo todo esto? por aquellos que vagan por todo el mundo, y no pueden sentarse en un solo lugar. Tu Dios, Sion, de generación en generación. Tu Dios, Sion. Frecuentemente hemos dicho que Sion se interpreta como atalaya o Iglesia, o alma que contempla a Dios. Tu Dios, Sion, de generación en generación. En la primera generación, de los judíos; en la segunda, de los gentiles. En todas las Escrituras, y en todos los salmos se dice generación y generación, para significar dos pueblos. Pero podemos decir también de otra manera: Reinó el Señor por los siglos tu Dios, Sion: en esta generación y en la generación venidera. Que Cristo reine en nosotros, no reine el pecado en nuestro cuerpo. El corazón del rey está en la mano de Dios (Prov. XXI). Seamos reyes: mandemos a nuestro cuerpo, y lo sometamos, y nuestro corazón esté en la mano de Dios. A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLVI.

Aleluya. Este salmo nos amonesta a alabar al edificador de la ciudad celestial, diciendo:

Alabad al Señor, porque es bueno el salmo. Este salmo está marcado con el título ALELUYA. Suelen aquellos que ignoran la lengua hebrea, cuando ven en el título de los salmos el prefijo Aleluya, preguntar qué significa. Por tanto, este salmo no solo tiene en el título, sino también en el inicio del salmo Aleluya. Donde se dice, Alabad al Señor, en hebreo se dice, ALELUYA. Dios tiene entre los hebreos diez nombres: se dice SABAOTH: se dice SADDAI: se dice ELOIM: se dice EL: se dice también IAO: se dice ESER JAJA. Entre otros nombres, uno es el nombre que se dice IA. IA se interpreta como invisible. Donde, pues, se dice alabad, en hebreo se dice Allelu. Así se dice aquí Allelu ia: como si se dijera Allelu sabaoth, Allelu saddai, Allelu eloim: así también ahora se dice Allelu ia. Finalmente, Teodocio, que es uno de los intérpretes, queriendo aprender la verdad de la interpretación, dice αἰνεῖτε τὸν Ἰά. ¿Por qué dijimos todo esto? para que sepamos que en este salmo está prefijado Aleluya: Alabad al Señor. Esta es la interpretación. Cuando salgamos, se considerará en nuestros corazones. Pero el discurso se extenderá: Alabad al Señor: porque es bueno el salmo. No dijo, buen salmo: sino absolutamente, bueno el salmo, esto es, es buena cosa salmodiar. Pero salmodiar no con la voz, sino con el corazón. Cuántos tienen buena voz,

y porque son pecadores, salmodian mal. Bien salmodia quien canta en el corazón, quien canta a Cristo en la conciencia.

Sea agradable la alabanza a nuestro Dios. Sea agradable la alabanza no con la voz, sino con la conciencia. Finalmente, Noé ofreció sacrificios, y el Señor percibió el olor de suavidad (Gen. VIII). Hay muchas cosas que se pueden decir, pero debemos brevemente tocar los puntos principales, para indicar más el sentido que extendernos en palabras.

El Señor edifica Jerusalén, congregará a los dispersos de Israel. Cómo se edifica Jerusalén, cómo se congrega, ya se ha dicho. Por tanto, de estos dos versículos se ha disertado, y no debemos edificar sobre fundamento ajeno, pasemos a lo restante. Veamos, pues, cómo se edifica Jerusalén. En lo restante, el discurso profético lo ha descrito.

El que sana a los quebrantados de corazón. Un corazón contrito y humillado no despreciará Dios (Sal. L). Y vendando sus heridas. Tú quebranta tu corazón, y el Señor recoge tus quebrantos. Aquel samaritano, que descendía de Jerusalén a Jericó, cuando vio al herido yaciendo en el camino, vendó sus heridas (Luc. X). Este es de quien ahora se dice: Y vendando sus quebrantos. Esto se dice de aquellos que hacen penitencia. Pero de aquellos que no hacen penitencia, se dice: No hay ungüento para poner, ni aceite, ni vendajes (Isai. I).

El que cuenta el número de las estrellas. ¡Qué consecuencia según la letra! y vendando sus quebrantos: El que cuenta el número de las estrellas? Pero cuando sana a los quebrantados de corazón, y vendando sus quebrantos, a aquellos que antes estaban quebrantados, y después sanados, los convierte en estrellas. El que cuenta el número de las estrellas. Pues muchos fueron los que pecaron: muchos son los que fueron curados. El que cuenta el número de las estrellas. No cuenta a los heridos, sino a aquellos que ya se han convertido en estrellas. Dios no cuenta, sino a los que son dignos de su número. Y a todos ellos llama por nombre. Porque dice de Lucifer, y de Orión que vemos en el cielo. Y esto puede entenderse: Maravilloso Dios, que hizo el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos. Pero entendámoslo de manera que nos beneficie lo que se hace diariamente. Y a todos ellos llama por nombre. ¿Quieren saber cómo de quebrantados se hacen estrellas? Está escrito en Génesis: Que Dios sacó a Abraham, y le mostró las estrellas, y le dijo: Así será tu descendencia (Gen. XV). Y a todos ellos llama por nombre. De Abram llama a Abraham. Abram se decía en Caldea, y en el cielo se llama Abraham. En el tiempo en que se hizo estrella, se llama Abraham (Ibid. XVII). El que antes era Saulo, después se llama en el cielo Pablo (Act. IX). Juan y Jacobo hijos del trueno (Marc. III). El trueno ciertamente está en el cielo. Se cuentan, pues, las estrellas: se cuentan infinitos santos, y Cristo uno no puede ser contado.

Grande es nuestro Señor y grande su poder, y su sabiduría no tiene número. Gran poder, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I). Y su sabiduría no tiene número. Cristo es sabiduría. Y una sabiduría no puede ser numerada.

El Señor sostiene a los mansos. ¿Cuáles son estas estrellas? El Señor sostiene a los mansos. Los mansos se convierten en estrellas. Los justos brillarán como las estrellas del cielo (Dan. XII): Daniel habla. Pero humilla a los pecadores hasta la tierra. Vean la diferencia de las cosas. Los ángeles caen a la tierra: los hombres van al cielo. El Señor sostiene a los mansos. La mansedumbre llama al cielo: la soberbia arrastra a la tierra. Pero humilla a los pecadores hasta la tierra.

Cantad al Señor con acción de gracias. Esto lo cumplió David: quien nos dio ejemplo de justicia, también nos dio ejemplo de penitencia. Nos enseñó cómo debemos hacer penitencia,

él mismo haciéndola. Vean al santo profeta, que no solo su justicia nos benefició, sino también su pecado.

Psallite a nuestro Dios con cítara. Que ninguna cuerda de virtudes esté rota. Que toda cuerda de virtudes resuene. Psallite a nuestro Dios con cítara. La cítara tiene muchas cuerdas: si una se rompe, no se puede producir sonido. Así también el hombre santo, aunque sea santo, si le falta una virtud, no puede emitir un sonido vocal. Él cubre el cielo con nubes. Este cielo que vemos no puede ser cubierto por nubes. Pero hay otro cielo, y otras son las nubes. Y tu verdad hasta las nubes (Salmo XXXV). ¿Acaso la verdad de Dios llega hasta esas nubes que, al soplar el viento, se disuelven rápidamente? La verdad de Dios es Cristo. Yo soy el camino, la vida y la verdad (Juan XIV); por lo tanto, la verdad de Cristo está en estas nubes, que no tienen en sí la verdad de la sustancia. ¿Puede entonces estar la verdad donde el viento tiene el poder de disipar? Mandaré, dice, a las nubes que no lluevan sobre ellos (Isaías V), es decir, sobre el pueblo judío. Las nubes son los profetas. El Señor les mandó que no llovieran sobre Israel. A nosotros se ha dirigido la palabra de la profecía. Si estas nubes chocan allí, producen trueno y relámpagos. Él cubre el cielo con nubes. Si las nubes son los profetas, y los apóstoles; ¿cómo entonces el cielo está cubierto por los apóstoles y los profetas? El cielo son los misterios divinos. Por lo tanto, ya que cualquier misterio divino es llamado cielo: cualquiera que sea digno, estas nubes lo protegen. Si alguien es indigno de recibir los sacramentos, no puede ser cubierto por las nubes. Él prepara la lluvia para la tierra. Nuestra tierra necesita lluvia, y si no recibe la lluvia, es decir, la fuente de doctrinas, no dará fruto. Cuando la tierra se humedece con esta fuente de doctrinas, ¿qué sigue?

Él hace crecer la hierba en los montes, etc. Si hablara solo de la hierba: ciertamente la hierba crece más en los valles que en las montañas. Dondequiera que haya más lluvia, allí crece más la hierba. De las montañas fluyen las aguas hacia los valles, y allí crece más la hierba.

Y da alimento a los animales. Esta Escritura que leemos, que tratamos, que tenemos en nuestras manos, se llama montes santos en las Escrituras (Salmo XXXV). Abraham es llamado monte; Isaac es llamado monte; Jeremías es llamado monte: los santos profetas son montes. Estos montes tienen tanto trigo como hierba. Si eres hombre: recibes de ellos trigo; si eres animal, recibes hierba. Salvarás a hombres y animales, Señor. Según tu fe serás salvado. Él hace crecer la hierba en los montes, y da alimento a los animales. Si eres hombre, en las Escrituras sagradas recibes inteligencia espiritual: si eres animal, según la letra al modo judío. Veo algo grande. Dios, que es alabado con tantos elogios, es llevado a cosas más humildes, y se dice: Y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Si hablara de las aves del cielo, mencionaría más bien águilas o buitres. Y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. No se menciona otra ave, sino el polluelo de los cuervos, y no los mismos cuervos, sino los polluelos de los cuervos. No se salva el cuervo, sino el polluelo que nace de él. Nosotros somos los polluelos de los cuervos. Porque nacemos de padres idólatras. Leemos en Salomón, que el ojo que se burla del padre, y la palabra de la madre, lo arrancarán los cuervos de los valles (Proverbios XXX). No dijo los polluelos de los cuervos, sino los mismos cuervos. Porque el que es cuervo, no puede ser salvado. El cuervo es soltado del arca y no regresa (Génesis VIII). En el diluvio está con los demás: después del diluvio es arrojado a la infelicidad, es decir, en ese tiempo cuando hay tranquilidad no puede estar en el arca de Dios. Si hay diluvio, el cuerpo está en medio. La tranquilidad regresa, y el cuervo huye. ¿Quiénes son estos cuervos? ¿Quiénes son los polluelos de los cuervos? Yo creo que los cuervos de color negro, que siempre persiguen los cadáveres de los muertos: que siempre con su voz ronca provocan disputas, son demonios, y cualquiera que sirva a los demonios, junto a los cuervos, también toma el color de los cuervos. Por lo tanto, nuestros padres, como ya hemos

dicho, que servían a los ídolos y a los demonios, eran cuervos. No se encuentran sino donde hay suciedad, inmundicia y cadáveres de muertos. Pero nosotros que nacimos de cuervos, no esperamos cadáveres, sino rocío. Porque se dice que los polluelos de los cuervos viven del rocío. Así dicen los filósofos, que los polluelos de los cuervos viven del rocío. ¿Quieren saber otro misterio sobre los cuervos? Elías se interpreta como Dios el Señor. Elías, es decir, nuestro Señor y Salvador, sufre persecución de los judíos, y es alimentado por los cuervos, es decir, por el pueblo de las naciones. Y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Si lo invocas, eres un polluelo; si callas, eres un cuervo. Y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Leemos en el profeta: y todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo (Joel II). Entonces, si tomamos a los cuervos simplemente: ¿acaso también los cuervos serán salvos? Responde, judío, responde tú que sigues solo la letra judía, ¿dices que estos cuervos son verdaderamente cuervos? No lo interpretas espiritualmente, sino carnalmente, dices que está escrito sobre los cuervos. Si entonces está escrito sobre los polluelos de los cuervos, y aquí se dice, y a los polluelos de los cuervos que lo invocan. Y está escrito: Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo: entonces también los polluelos de los cuervos serán salvos en la resurrección. Nosotros, por lo tanto, los polluelos de los cuervos invocamos y somos salvados. Finalmente, el apóstol Pablo escribió a la Iglesia de los santos, escribió a aquellos que invocan el nombre del Señor (I Cor. I).

No se complacerá en la fuerza del caballo. Prometimos brevedad, y por necesidad nos vimos obligados a hablar más extensamente: mentimos, pero la mentira es muy útil. Ojalá Herodes hubiera mentido y perjurado (Mateo XIV). Y nosotros, por lo tanto, prometimos cosas menores, y a los que oran les hemos ofrecido cosas mayores. La hora nos obliga a callar: la magnitud de los misterios nos obliga a hablar. No se complacerá en la fuerza del caballo. Oigo al caballo relinchar, y no podemos pasar por alto. Está escrito en el salterio: El caballo es engañoso para la salvación (Salmo XXXII). Y en otro lugar: Derribó al caballo y al jinete en el mar (Éxodo XV). Se ordena también a Israel que no críe caballos. Finalmente, Salomón, porque traía carros de Egipto, fue vencido por el placer (Deuteronomio XVII; III Reyes X). No se complacerá en la fuerza del caballo. Derribó al caballo y al jinete en el mar. Los caballos enloquecidos por las hembras se han convertido para mí: cada uno relinchaba tras la esposa de su prójimo (Jeremías V): habla Jeremías. Por lo tanto, sobre tales caballos Dios no se complace. Hablamos del caballo: derribó al caballo y al jinete en el mar. Hablamos de quiénes son los caballos: digamos quiénes son los jinetes. Yo creo que los caballos son los hombres pecadores, y los jinetes son los demonios que cabalgan sobre ellos. Si alguna vez vemos a un hermano persiguiendo y siendo enemigo, sepamos que él es el caballo. Sin embargo, el jinete es el diablo, que nos golpea con su lanza. Este corre, y aquel golpea. Pero también el caballo es llevado por las espuelas, es herido, y en contra de su voluntad enloquece. Ni en las piernas del hombre se complacerá. Vean lo que dice. No dijo, en la cabeza del hombre: no dijo, en las manos del hombre: sino, en las piernas: que están abajo. Ni en las piernas del hombre se complacerá. Las piernas aquí, al igual que los muslos, siempre se toman en el sentido de lujuria. Finalmente, en Ezequiel, Dios se ve desde los lomos hacia arriba, de color ámbar: desde los lomos hacia abajo, de fuego (Ezequiel I). Si alguien está arriba, para él es dorado: si alguien está abajo, para él está preparada la gehena. Ni en las piernas del hombre se complacerá. Digamos según la letra. Porque había dicho, No se complacerá en la fuerza del caballo, y como si hubiera descrito a un hombre guerrero: me parece que aquí donde dijo, no en las piernas, no se refiere a las piernas, sino a las grebas. Vemos, por lo tanto, que cualquier cosa que cubra las piernas no agrada a Dios, sino lo que está arriba. No agrada a Dios en la fuerza, no agrada en las piernas del hombre, pero agrada en su temor. La virtud no agrada, el temor agrada. Destruye al guerrero, eleva al que ruega, exalta a los humildes, derriba a los soberbios.

Es agradable a Dios sobre los que le temen. Un temor expulsa muchos temores. Es mejor temer a uno, para no temer a muchos: que temer a muchos, para no temer a uno. Y en aquellos que esperan en su misericordia. Esperan no en sus obras, sino en la misericordia del juicio. Alaben al Señor, porque es bueno el salmo: porque los que esperan en su misericordia, son sanados solo por la salvación. A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLVII.

Alaba, Jerusalén, al Señor: alaba a tu Dios, Sion. Acabamos de escuchar al santo profeta predicando que por la transgresión de la ley el pueblo judío ha sido abandonado, y ¿cómo se dice ahora: Alaba, Jerusalén, al Señor: alaba a tu Dios, Sion? ¿Qué sigue entonces?

Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. Entonces habla de esta Jerusalén, de esta Sion: alaba a tu Dios, Sion. ¿Por qué? Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. No hay puertas, ¿y cómo están a salvo los cerrojos? Bendijo a tus hijos en ti. ¿Cómo bendijo, quien dijo: Se os dejará vuestra casa desierta (Lucas XIII)?

Él puso paz en tus confines. ¿Dónde se ha puesto la paz, que ha sido subvertida por la guerra? Y te sacia con la grosura del trigo. ¿El trigo tiene grosura? Oh judío, responde. ¿El trigo tiene grosura? Si entonces el trigo no tiene grosura, y te ves obligado por necesidad a entenderlo espiritualmente, según este versículo, también los demás deben entenderse. Alaba, Jerusalén, al Señor. Jerusalén, visión de paz. Alaba a tu Dios, Sion. Sion se interpreta como atalaya. Vean, entonces, lo que dice. Alaba, Jerusalén, al Señor. Dondequiera que haya visión de paz, dondequiera que haya contemplación de Dios: allí se alaba a Dios. Por lo tanto, la Iglesia alaba al Señor, cuando comienza a creer en Él y a tener paz, y comienza a ver la paz, es decir, Jerusalén, la visión de la paz. Tú que antes eras siervo de los ídolos, te has convertido en siervo de Dios. Alaba, entonces, a tu Dios. Cuando realmente comiences a tener conocimiento, y seas atalaya, es decir, Sion: alaba al Señor, es decir, tú alaba Jerusalén, tú alaba Sion: tú, alma eclesiástica, tú, Iglesia. No alaben los herejes, no alaben las sinagogas, sino tú alaba. ¿Por qué? Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. El Señor ama las puertas de Sion, más que todas las moradas de Jacob (Salmo LXXXVI). Dijimos que las puertas de Sion son los profetas. Por lo tanto, ya que sabemos que las puertas de Sion se llaman profetas: veamos qué son los cerrojos de las puertas. Las verdaderas puertas de la Iglesia son los profetas. Sin los profetas no podemos entrar en la Iglesia. Maniqueo quiso entrar sin puertas, y no entró. Marción no acepta el Antiguo Testamento, y sin las puertas del Antiguo Testamento no pudo entrar en el Evangelio. Nosotros, por lo tanto, aceptamos las puertas, los profetas, y entramos por las puertas. Pero veamos qué son los cerrojos de las puertas. Muchos ladrones, muchos ladrones quieren entrar por las puertas. Todos los que vinieron antes de mí, fueron ladrones y salteadores (Juan X). Oh, si el Señor me concediera ser un cerrojo de las puertas de Sion! Si alguno de los herejes quisiera entrar por ellas en la disposición del Evangelio: yo estaría en las puertas, y lo prohibiría. Porque ha fortalecido los cerrojos de tus puertas. Hermosamente dijo, ha fortalecido: para que cuando veas a un hombre eclesiástico disputando, no pienses que es él quien disputa, sino quien fortalece al eclesiástico. Y te sacia con la grosura del trigo. A menos que, dice, el grano de trigo caiga, él mismo solo será salvo (Juan XII). Pero si él mismo cae, salva a muchos. Nuestro Señor cayó como grano de trigo en la tierra, y nos multiplicó. Pero ese grano de trigo es muy gordo, tiene médula, tiene grosura. Y te sacia con la grosura del trigo. Feliz es el que en este trigo entiende la grosura. Leemos las santas Escrituras. Yo creo que el cuerpo de Jesús es el Evangelio: las santas Escrituras, creo que son su doctrina. Y cuando dice, quien no coma mi carne, y beba mi sangre (Juan VI): aunque también pueda entenderse en el misterio: sin

embargo, más verdaderamente el cuerpo de Cristo, y su sangre, es la palabra de las Escrituras, es la doctrina divina. Si alguna vez vamos al misterio, quien es fiel, entiende, si cae en mancha, está en peligro. Si alguna vez escuchamos la palabra de Dios, y la palabra de Dios, y la carne de Cristo, y su sangre se derrama en nuestros oídos, y pensamos en otra cosa, ¡en qué peligro incurrimos! Y te sacia con la grosura del trigo. La palabra divina es muy gorda. Tiene en sí todas las delicias. Lo que quieras, nace de la palabra divina, como dicen los judíos; porque cuando comían el maná, según la voluntad de cada uno, así sabía en la boca (Sabiduría XVI). Como si dijera: Quien comía maná, si deseaba manzanas, si peras, si uvas, si pan, si carne, según la calidad y la voluntad del que comía, así también era el sabor en el maná. Así también en la carne de Cristo, que es la palabra de la doctrina, es decir, la interpretación de las santas Escrituras, como queremos, así también recibimos el alimento. Si eres santo, encuentras refrigerio. Si eres pecador, encuentras tormento. Y te sacia con la grosura del trigo. No deja restos. Bendijo a tus hijos en ti. A todos los que lo recibieron, les dio poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I). Él puso paz en tus confines, en otro salmo leemos: Y su lugar fue hecho en paz (Salmo LXXV). Mi paz os doy: mi paz os dejo, no como el mundo tiene paz (Juan XIV): ya que la paz del mundo, es nuestra guerra. Mi paz os doy. Tengan guerra con el mundo, y tendrán mi paz. Él puso paz en tus confines. Por lo tanto, quien no está en paz con su hermano, no está en los confines de Jerusalén. Que alguien diga: ¿Qué hago? ¿No quiere mi hermano reconciliarse conmigo, entonces estoy fuera de los confines de Jerusalén? En cuanto a vosotros, tened paz con todos los hombres (Romanos XII). Con los que odian la paz, yo era pacífico (Salmo CXIX). Tú ten paz, si otro se enoja. Él tiene guerra, y por su guerra nace para ti la paz. ¿Quieren saber cómo también la guerra es paz? El infeliz Judas venía a la traición, y el Señor le ofrece el beso de paz (Lucas XXII), él crea guerra con el beso.

Él envía su palabra a la tierra. Responde, judío: si hablaba del trigo, y te sacia con la grosura del trigo, ¿cómo dice ahora: Él envía su palabra a la tierra? En el principio era el Verbo (Juan I). Este Verbo se envía en carne. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid.). Él envía su palabra a la tierra. En ese tiempo se cumplió: La tierra dio su fruto (Salmo LXVI). Él envía su palabra a la tierra. Habla de la predicación evangélica, y de la doctrina de los apóstoles. Finalmente, sigue: Su palabra corre velozmente. Porque en toda la tierra se ha oído su palabra, y en el mundo entero, la doctrina apostólica. Un hombre pobre, y ya anciano, predicó desde Jerusalén hasta Ilírico, y su palabra corre velozmente. Porque había venido de Jerusalén hasta Ilírico, y su palabra corrió velozmente: luego sigue, y dice la misma palabra que había predicho, de Jerusalén hasta Ilírico: pero quiero ir también a España. Esto lo dice el apóstol Pablo (Romanos XV). Vean la velocidad de la palabra. No está contento con ir al oriente, desea correr al occidente.

Él da la nieve como lana: esparce la niebla como ceniza, etc. Ven cuánta es la dificultad, cuán oscuras son las cosas que se dicen. ¿Quién soportará ante su frío? ¿De quién? No se dice nada. Luego se dice:

Él envía su palabra, y las derrite. De aquel de quien había dicho: Él envía su palabra a la tierra. Él envía su palabra. ¿Quién envía? Dios Padre. Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Dijimos Padre: dijimos Hijo: no podemos creer en un número doble, a menos que se complete la Trinidad.

Flavit su espíritu, y fluirán las aguas. Veis que donde está el Padre y el Verbo de Dios, inmediatamente también está el Espíritu Santo. Veamos, pues, desde el principio lo que se dice: Y con la grosura del trigo te sacia: envía su palabra a la tierra, rápidamente corre su

mensaje. De repente, ¿qué sigue? Él da la nieve como lana. La palabra del Señor, que corre rápidamente, se da así como la nieve, y esa misma nieve es como lana. Ved la misericordia del Señor. El alimento del Señor se convierte para nosotros en vestimenta. Juan había dicho del Señor Salvador: He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Juan I). Y en otro lugar Isaías: Como oveja fue llevado al matadero (Isaías LIII). De este cordero, y de esta oveja, esta lana es como nieve. Dice Isaías: Si vuestros pecados fueran como la grana, los emblanqueceré como la nieve (Isaías I). Rocíame, Señor, con hisopo y seré limpio: lávame, y seré más blanco que la nieve (Salmo L). Él da la nieve como lana. Quita, Señor, mis impurezas: quita cualquier vicio que haya. Concede tu nieve y tu pureza a las mentes cristianas. Si no nos das tu nieve de pureza, no podemos tener tu vestimenta. Cristo es nuestra vestimenta. Si queremos tener la vestimenta de Cristo, seamos puros como la nieve. Esparce la escarcha como ceniza. El latín ha interpretado mal la palabra "nebulam". Lo que en griego se dice ὁμίχλη, en hebreo se traduce como "pruina" (). De hecho, así sigue: Esparce la escarcha como ceniza. Nos enseña y nos hace una vestimenta como la nieve, y cuando nos ha vestido con su vestimenta, entonces nos concede alimento. Esparce la escarcha como ceniza. Mira lo que dice: como ceniza. ¿Quieres ser puro? Haz penitencia. Comí mi pan como ceniza, y mezclaba mi bebida con llanto (Salmo CI). ¿No ves cómo esparce su escarcha como ceniza? Gran cambio de cosas. De la ceniza se hace nieve. De la penitencia, se hace puro.

Envía su cristal como bocados. Así como se parten los panes y se hacen bocados, así también el cristal se rompe y se convierte en bocados. El cristal tiene esta naturaleza, como el agua cuando se congela: lo que nosotros llamamos hielo. Entre el cristal y el agua hay esta diferencia, que es entre el agua y el hielo: porque el agua se extiende ampliamente, pero el cristal se compacta en sí mismo y se reduce a una sola forma. Si alguna vez el agua se congela, se convierte en cristal. Porque no podemos captar completamente la carne del Verbo, se rompe para que podamos captarla en partes. Son cosas oscuras, y la dificultad de la interpretación no nos permite hablar más extensamente. ¿Quién podrá resistir ante el frío de su presencia? ¿De quién? Algunos dicen del cristal, otros del Señor. A mí me parece que se dice de Dios. ¿Quién podrá resistir ante el frío de su presencia? ¿Qué tormentos se dicen en las Escrituras santas que están preparados para el pecador? Nada es más caliente que el infierno, y sin embargo, es frío. El infierno es de fuego. Pero si alguien se enfría de la caridad, es arrojado al fuego del infierno. Está escrito: porque en los últimos días se enfriará la caridad de muchos (Mateo XXIV). Por tanto, quien así se enfríe, es arrojado al fuego. Que el Señor nos conceda que nunca el frío entre en nuestros corazones; no pecamos, a menos que primero se enfríe la caridad. De hecho, ¿qué dice el Apóstol? Fervientes en espíritu (Romanos XII). Y nuestro Dios es fuego. (Deuteronomio IV). Si, por tanto, nuestro Dios es fuego, es fuego para expulsar el frío del diablo. El viento del norte es el más frío, pero se llama derecho. Bien dijo, se llama. Ha asumido un nombre, aunque es siniestro. Si, por tanto, el alma de alguien se enfría, es como el viento del norte, el más frío. ¿Cuándo se enfría el calor de la caridad en nuestro corazón? Si peca, si se enfría, si muere. Prestad atención a lo que digo: Si se enfría, si muere. Enfriarse es de los muertos, calentarse de los vivos. Si alguien, por tanto, se enfría y muere, Dios enviará su palabra y lo derretirá. Que el Señor conceda que también nuestro frío se derrita, que ese cristal se disuelva y se vuelva blando. Enviará su palabra y los derretirá. Dame un pecador a quien el Señor no mire: que no tenga calor, sino que sea todo frío y muerto. Si al escuchar la palabra de Dios se conmueve y comienza a hacer penitencia, y su corazón durísimo se ablanda, en ese momento se cumple: Enviará su palabra y los derretirá. El Padre envía: el Verbo es enviado: el Espíritu Santo unge. Flavit su espíritu: fervientes en espíritu. El frío no se expulsa, sino con el calor del Espíritu Santo. ¿Dónde están los eunomianos, dónde los arrianos, dónde los macedonianos, que dicen que el Espíritu Santo no se cuenta con el Padre y el Hijo? Dios Padre envía: el

Verbo es enviado, y sin embargo, no hay plena salud, a menos que el Espíritu Santo sople. Flavit su espíritu, y fluirán las aguas. Las aguas que antes eran duras, se volverán blandas. Quien antes no podía escuchar o dar justicia, ahora es discípulo. Pero como hemos hablado mucho, y lo que sigue es manifiesto: oremos al Señor, para que nuestra dureza se ablande, y nuestros pecados se purifiquen, para que seamos como fuego: para que el frío del diablo, sea lo que sea, en nuestros corazones, sea expulsado, y nos calentemos con el Espíritu Santo. Porque también hay un mal calor. Todos los adúlteros, como horno son sus corazones (Oseas VII). Pero ese calor es expulsado por el calor del Espíritu Santo. A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLVIII.

Aleluya de Ageo y Zacarías. Este salmo tiene dos aleluyas en el título, y muchos piensan que están puestos en el título del salmo. Pero debemos saber que un aleluya es del final del salmo anterior: el otro aleluya es el inicio del salmo siguiente. Y debemos aceptar y saber esta regla, que todos los Salmos que tienen aleluya al principio, también lo tienen al final. Pero muchos piensan que es el principio de otro salmo. No es así, sino que el salmo que tiene aleluya al principio, también lo tiene al final. ¿Por qué dije todo esto? Para que sepáis por qué en este salmo hay dos aleluyas al principio.

Alabad al Señor desde los cielos: alabadlo en las alturas. Para la alabanza de Dios, la naturaleza humana sola no es suficiente, únanse también los cielos. Alabad al Señor desde los cielos. No dijo, alabad, cielos; sino vosotros alabad, que estáis en los cielos, es decir, que habitáis en los cielos, tronos, dominaciones, potestades, serafines, querubines, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino en el futuro. Alabad al Señor desde los cielos, Vosotros que estáis en los cielos, que estáis en las alturas, alabadlo en las alturas. Altos, alabad al Altísimo. No dijo a los humildes y a los que están abajo, alabad; sino vosotros que estáis en lo sublime.

Alabadlo, todos sus ángeles. ¿Ves en qué grado están los ángeles? Primero se llaman tronos. Tronos, asientos. No pensemos que son sillas en las que Dios se sienta: sino algunas virtudes en los cielos, en las que Dios se sienta siempre, como en su carro. Alabadlo, todos sus ángeles. Quien es ángel, alaba: quien es demonio, no puede alabar. Alabadlo, todas sus virtudes. Porque hemos convocado a los ángeles a las alabanzas de Dios, y el hombre no puede conocer el nombre de todas las virtudes, digo en general: Alabadlo, todas sus virtudes. Hasta aquí de los invisibles: alabadlo, vosotros que sois invisibles. El ojo humano no puede contemplar lo invisible. Ahora viene a las criaturas que vemos con los ojos.

Alabadlo, sol y luna. Ved, gentiles: ved, maniqueos. El sol alaba, no es alabado. Alabadlo, sol y luna. Vosotros decís que el sol es Dios. He aquí después de cuántos alaba. Alabad al Señor desde los cielos: alabadlo en las alturas. Alabadlo, todos sus ángeles. Alabadlo, todas sus virtudes. Vuestro Dios se coloca en el quinto grado alabando. Alabadlo, sol y luna. No dijo luna y sol: sino, sol y luna. Lo que es mayor en luz, alaba primero. Ved el orden de los visibles. Alabadlo, sol: después del sol, la luna: después de la luna, todas las estrellas. No solo el lucero: no solo las estrellas mayores, sino que las menores también alaben al Señor. Que alguien diga: ¿Cómo alaban el sol, la luna y las estrellas a Dios? En que no se apartan de su oficio y servicio. Su servicio es alabanza de Dios. Tienes un gran honor, alma humana. El sol, la luna y las estrellas corren por ti, te sirven. Ángeles, tronos, dominaciones no necesitan el sol, ni la luna, ni las estrellas. Porque están sobre el sol y la luna en los cielos. Porque el sol, la luna y las estrellas son para nosotros: nos sirven. También dice el Apóstol: que la misma creación gime y sufre dolores de parto en la liberación de los siervos de Dios

(Romanos VIII). Pero cuando los hijos de Dios sean asumidos, también la creación se libera de este servicio. Que alguien diga: ¿Cómo sirve el sol, y se libera? ¿Cómo la luna? ¿Cómo se liberan las estrellas? El sol se libera, para no ver a los judíos: ni a los gentiles, ni a los que blasfeman a su Señor. Ve parricidas, ve homicidas, y sin embargo, sirve al mandato de aquel que lo ordenó. Porque hace salir su sol sobre justos e impíos (Mateo V). Alabadlo, todas las estrellas y la luz. Que alguien diga: ¿Qué es la luz sin sol, sin estrellas, sin luna? Podemos decir entre la noche y el día, o entre el día y la noche, lo que brilla sin sol: aunque muchos piensan que es el mismo resplandor del sol. Dice, por tanto. Alabadlo, todas las estrellas y la luz. Así como había dicho de los invisibles, alabadlo, todas sus virtudes: así también de los visibles dice, alabadlo, todo lo que brilla.

Alabadlo, cielos de los cielos. Decimos que hay varios cielos. De hecho, el Apóstol dice que fue arrebatado hasta el tercer cielo (II Corintios XII). Ved, pues, cuánta es la claridad, que hay cielo de cielos. Y las demás cosas que siguen, las dijo de los visibles.

Porque él dijo, y fueron hechas. Mandar de Dios es hacer: su mandato es obra. Porque él dijo, y fueron hechas, según lo que está escrito en el Génesis: Y dijo Dios, y Dios hizo (Génesis I). Esto es, dijo Dios Padre; hizo el Hijo. Que alguien diga: Entonces es mayor el que manda, y menor el que es mandado. Dicen esto los arrianos, dicen esto los eunomianos, y dicen los macedonianos. Te respondo según tu sentido: Oh hereje, dices, es mayor el Padre que manda, y menor el Hijo en que es mandado por él. Si esto lo tomas según el sentido humano: respóndeme, ¿qué es mayor, mandar o hacer? Digo: que se haga una casa, y otro hace la casa. Decir no es gran cosa, hacer es difícil. Mayor, por tanto, es el que hace, que el que manda. Pero también esto es impío: Porque el Hijo no es mayor que el Padre. Así como es impío creer esto del Hijo contra el Padre, así también es impío creer aquello del Padre contra el Hijo. Porque él dijo, y fueron hechas: él mandó, y fueron creadas. Una naturaleza manda y hace. Dios manda, y Dios hace. Manda el pintor, que pinte el pintor: y el pintor pinta, lo que se le mandó pintar.

Las estableció para siempre, y para el siglo de los siglos: puso un precepto, y no pasará. Grande es el honor del hombre, y grande su infelicidad. El sol corre para ti, los elementos te sirven: ¿y tú ignoras a tu Creador? Puso un precepto, y no pasará. Puso un precepto al sol. He aquí que por tantos años el precepto de Dios nunca ha pasado. Tanto no ha pasado, que su curso ha sido comprendido por la observación humana. Puso un precepto, y no pasará. Puso un precepto a la luna, para que en treinta días crezca y decrezca. ¿Acaso alguna vez cambia sus cursos? En el cielo se guarda el precepto de Dios, y en la tierra no se guarda. Puso un precepto al mar, para que no salga de sus orillas. Viene el océano hinchado de olas, y vuelve sobre sí mismo, y recuerda el precepto de Dios. Todo el mundo sirve a Dios, y recuerda su precepto, y solo el hombre no lo recuerda. Por eso decimos, y en la Oración Dominical: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mateo VI). Así como en el cielo los ángeles te sirven, y la creación te sirve, así también el hombre te sirva. ¡Oh infeliz género humano! Dios descendió a ti: porque tú no quieres ascender al cielo. ¿No te basta, que no lo recibes: sino que lo matas, lo crucificas, lo blasfemas, lo flagelas? ¿No te basta, que lo matas, sino que tampoco haces penitencia por haberlo matado? Dijo de los invisibles: dijo también de los visibles, pero de los visibles celestiales: ahora también de la tierra. Ved el orden de la alabanza. Primero alaban los invisibles, luego los visibles. Y esos mismos visibles, se dividen en dos: en celestiales y terrestres. Dijo de los celestiales, ahora dice de los terrestres.

Alabad al Señor desde la tierra. Porque alabaron los ángeles, alabó el cielo: alabe también la tierra. Veamos desde la tierra quiénes alaban primero. Dragones y todos los abismos, fuego, granizo, nieve, hielo, viento de tormenta, que hacen su palabra: montes y todas las colinas,

árboles frutales, y todos los cedros, bestias, y todo el ganado, serpientes y aves aladas. Después de tanto, ¿qué se dice? Después de dragones, después de serpientes, después de fuego, después de granizo, después de bestias, y todo el ganado: oh hombre, que te pareces grande, de ti se dice, y no de un simple hombre, sino de esos hombres que entre los hombres son mayores.

Reyes de la tierra, y todos los pueblos: príncipes, y todos los jueces de la tierra. Luego, ¿qué sigue?

Jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor, porque exaltado es su nombre solo, y lo que sigue. ¡Oh cuántos misterios se contienen en estos! Alabaron los celestiales, alabaron los invisibles: ahora desciende a los terrenales, y a la alabanza de Dios, primero se incitan los dragones y los abismos. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Romanos V). Tú que primero eras dragón, que tenías veneno de serpiente: oh tú que primero eras abismo, y las tinieblas se cernían sobre el abismo (Génesis I). Ved lo que dice: ¿Dónde dragones, dónde veneno, dónde abismo, dónde tinieblas? No desesperes, pues. Oh tú que eras dragón, que eras tenebroso, y no te atrevías a alabar a Dios: haz penitencia, y de inmediato te convertirás. Aunque en hebreo no tiene dragones, sino que tiene THANINIM, que se interpreta como cetáceos. Se dice que los cetáceos son de magnitud infinita. De hecho, se dice que los cetáceos están en los abismos. Digamos, pues, primero según la letra. Ved lo que dice: Alabad lo que está en el mar, y alabad lo que está fuera del mar. Dragones y todos los abismos. Una parte por el todo, sinécdoque. Luego sigue: Fuego. Ved la concordancia discordante del agua y el fuego: juntos alaban a Dios. Dragones y todos los abismos. Todo lo que nace del agua, nace del fuego, esto es, del humor, y del calor; ni el fuego solo puede generar sin humor, ni el humor sin fuego. Nada es tan contrario, como el humor al calor, y el calor al humor. Sin embargo, por la voluntad de Dios, estas cosas que son diversas entre sí, concuerdan en nuestro nacimiento. Granizo, nieve, hielo, y viento de tormenta, que hacen su palabra. Hay muchas cosas que decir, y no puedo detenerme en cada una. Granizo, nieve, hielo, y viento de tormenta. Todo lo que vemos en el mundo, nos sirve. Serpientes, abismos, fuego, granizo, nieve, viento de tormenta parecen estar sin razón: pero nos sirven. Ayer hubo tormenta, parecía ser contrario a nosotros: había frío: había humedad: había lluvias. Esto que por un momento parece ser contrario a nosotros, es a nuestro favor: nos produce fruto. Ved lo que dice: Aquello y aquello que hacen su palabra. Avergüénzate, hombre. Serpientes, abismos, nieve, lluvias, tormenta, hacen la palabra de Dios, y tú no la haces. Montes y todas las colinas. Ni los montes se convierten en colinas, ni los valles en montes: guardan su naturaleza. Árboles frutales, y todos los cedros. Ves un árbol como seco, sin hojas: cuando llega el verano, te envía brotes: te produce frutos. El árbol te produce fruto, y tú no produces frutos para Dios. Y todos los cedros. Imita al cedro. Los cedros se esfuerzan por alcanzar lo alto: como si quisieran ir al cielo. Y tú imita a los árboles irracionales. Bestias y todo el ganado. No cambian su naturaleza. Todo está en su orden, excepto solo el hombre, a quien todo está sujeto. Serpientes y aves aladas. Ni las que están en el cielo descienden a la tierra; sino que allí sirven a Dios. Que alguien diga, hablas según la historia: no dices alegóricamente. Si dices según la historia: ¿por qué primero los abismos, y la nieve, y el granizo, luego los árboles frutales, y las demás cosas irracionales alaban a Dios, y al final el hombre? Leamos el Génesis, y según el orden de la creación, y de las criaturas, así veremos que todo alaba. Porque allí está escrito, que primero fueron hechas las criaturas que están en el agua: luego fueron hechas las que están en la tierra: luego fueron hechas las aves, y después hizo al hombre. Por tanto, como primero fue hecho; así alaba al Señor. Pero hay otro sentido: Oh hombre, todas estas cosas que dije, ¿por causa de quién fueron hechas? Bestias, serpientes, árboles frutales, aves aladas: todas estas cosas alaban a Dios en que no cambian su

naturaleza. Reyes de la tierra, y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra. Jóvenes y vírgenes, ancianos con los jóvenes alaben el nombre del Señor, porque exaltado es su nombre solo. Toda edad, todo sexo, y todo poder lo alabe; a quien el Padre, habiendo evacuado potestades, dio un nombre excelso: y nadie se lo quite, sino a aquel de quien y sigue:

La confesión de él sobre el cielo y la tierra. Porque, según el Apóstol, todo le confiesa: no solo lo celestial y lo terrenal, sino también lo infernal (Filipenses II). Y exaltó el cuerno de su pueblo. Eclesiástico, por supuesto.

Himno a todos sus santos, hijos de Israel, pueblo que se acerca a él. A estos se les asigna el himno celestial, que en él se han hecho santos: que lo contemplan con la mente: que se acercan a su fe: a quienes la perversidad iniqua no separa de él: que nos digna entregar al reino de Dios Padre, y hacernos conformes a la claridad de su cuerpo: para que ya no con canto local y transitorio, sino con himno perpetuo e inmutable de la estación celestial, cantemos con modulación continua: porque a él es con el eterno Padre y el Espíritu Santo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CXLIX.

Este salmo se ha leído, que tiene al principio:

Cantad al Señor un cántico nuevo. Porque también el salmo noventa y cinco, y el noventa y siete tienen los mismos principios. El salmo noventa y cinco está preanotado con este título: Salmo de David, cuando se edificaba la casa después de la cautividad, es decir, después del arrepentimiento, se edifica la casa de Cristo. Por lo tanto, dijo primero: Cantad al Señor un cántico nuevo, y el nuevo pueblo canta un cántico nuevo, y bendijo: corramos a lo restante.

Alégrese Israel en aquel que lo hizo. Que se alegre aquel que con sentido ve a Dios. Israel aquí se interpreta como el que ve a Dios con sentido. Y los hijos de Sion se regocijen en su rey. Los hijos de la Iglesia, hijos del nuevo pueblo, se regocijen en su rey, en Cristo, que reina en ellos. Veis cómo tocamos ligeramente cada punto.

Alaben su nombre en coro. Dondequiera que hay coro, allí se congregan diversas voces en un solo cántico. Pues así como diversas voces, esto es, cuando han sido reunidas, forman el coro del Señor.

Alaben su nombre en coro. Donde hay disensión, donde hay envidia, allí no hay coro.

Alaben su nombre en coro: con pandero y salterio cántenle. Este coro tiene cántico, y tiene pandero, y tiene salterio. Crucifiquemos nuestros cuerpos a Cristo, y con tal pandero cantemos a Dios. Con pandero y salterio cántenle. El pandero no tiene carne, sino piel. Y mientras somos carnales, no somos pandero. El pandero no es, sino lo que no tiene carne: sino lo que está tensado. El pandero no puede estar contraído, sino extendido. Y que no nos contraigan los pecados, sino que la justicia nos ensanche. Corramos a lo restante. Con pandero y salterio cántenle. Lo que decimos en coro, digámoslo en salterio. El salterio es propiamente un tipo de instrumento musical, que es como una cítara. Tiene similitud con la cítara, pero no es cítara. Entre el salterio y la cítara, hay esta diferencia: La cítara se toca hacia abajo: en cambio, el salterio se toca hacia arriba, lo que en lenguaje vulgar se llama polifonía. Esto es, por tanto, el salterio. Aquí, por tanto, se nos ordena que en el cántico nuevo cantemos a Dios: no hacia abajo con la cítara, sino hacia arriba, esto es, en el salterio.

Porque el Señor se complace en su pueblo, y exaltó a los mansos en la salvación. Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra (Mateo V). Si, por tanto, allí se dice, bienaventurados los mansos, esto es, los humildes: porque poseerán la tierra, y aquí se dice exaltó a los mansos en la salvación: y estos mansos poseerán la tierra como herencia: por tanto, esta tierra no está abajo, sino que está arriba. ¿Qué dice entonces? Exaltó a los mansos en la salvación. Pues si los mansos poseyeran esta tierra, que está abajo: no diría, exaltó.

Se regocijarán los santos en la gloria. ¿En qué gloria? despierta, gloria mía, despierta salterio y cítara: me levantaré al amanecer. ¿En qué gloria? Pues aún no había sido dado el espíritu: porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII), esto es, no había sido crucificado. Se regocijarán los santos en la gloria. Esto, por tanto, digo: se regocijarán los santos en la cruz. Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI). He aquí que con la voz del Apóstol la profecía se ha cumplido. Alégrense en sus lechos. Lavaré cada noche mi lecho, con mis lágrimas regaré mi cama. Eso es del pecador: eso es del penitente. Pero esto que se dice: Se alegrarán en sus lechos, pertenece a los santos, pertenece a los justos. ¿Quién de nosotros se alegra en su lecho? ¿Quién no lucha con su carne? Yo, cuando me despierto de mi lecho, no me alegro, sino que lucho: no suspiro por el reino de los cielos, sino que lucho con la carne. El incendio de la carne lo riego con lágrimas, y lo extingo. Por eso se dice: Lavaré cada noche mi lecho: con mis lágrimas regaré mi cama (Salmo VI). Mi lecho que arde de lujuria, se extingue con lágrimas. Felices aquellos, de quienes se dice: Se alegrarán en sus lechos.

Las exaltaciones de Dios en su garganta. Ciertamente, quien clama, no clama en la garganta, sino en los labios. ¿Y cómo dice, Las exaltaciones de Dios en su garganta? Clamando en nuestros corazones, abba, padre (Romanos VIII). La voz que clama a Dios, no es de los labios, sino del corazón. Por lo tanto, el Señor dice a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV). Ciertamente Moisés no había dicho nada. Y espadas de dos filos en sus manos. Esto, que se regocijan en sus lechos, se dice de los santos, se dice de los hombres perfectos, ¿qué tienen además? Y espadas de dos filos en sus manos. Las espadas de los santos son de dos filos. Leemos en el Apocalipsis de Juan, que se lee en las Iglesias, y se recibe (pues no se cuenta entre las Escrituras apócrifas, sino entre las eclesiásticas), se dice allí del Señor Salvador: Y una espada, dice, de doble filo salía de su boca (Apocalipsis I). Ves, por tanto, que estos santos recibieron estas espadas de dos filos, que tienen en sus manos, de la boca del Señor. El Señor, por tanto, da espadas de su boca a sus santos. Espada de dos filos, esto es, la palabra de su doctrina. Espada de dos filos, tanto según la historia, como según la alegoría, tanto según la letra, como según el espíritu. Esta espada de dos filos, tiene dos puntas, y habla del presente siglo, y del futuro. Y aquí mata a los adversarios, y en el cielo abre los reinos celestiales. ¿Por qué tienen estas espadas los santos?

Para ejecutar venganza, dice, en las naciones. Oh, si yo pudiera tener esta espada de dos filos, para poder ejecutar venganza en las naciones: podría matar a las gentes: podría a Arrio: podría a Eunomio: podría a Maniqueo: ¡podría a todas las herejías! Y ved lo que dice: Para ejecutar venganza en las naciones. ¿Para que sean muertos, y perezcan? No dice esto. Reprensiones en los pueblos. Reprende, para que los pueblos sean salvados. Que sean salvados, los que han sido inducidos por malos maestros. Pero los pueblos no pueden ser liberados, a menos que los maestros sean atados. De donde sigue:

Para atar a sus reyes con cadenas. ¿Quieres liberar al pueblo? ata a los maestros. Para atar a sus reyes. No los llamó maestros, sino reyes. Pues reinan en sus pecados, y en sus miserias. Para atar a sus reyes con cadenas. Bien dijo, con cadenas: para que los maestros no corran

mucho: para que no engañen a muchos: sino que estén atados y se detengan. Y a sus nobles con grilletes de hierro. Ves a sus nobles entre los herejes decir: Este hombre es docto: aquel hace señales: este expulsa demonios. Los santos del Señor, porque tienen espadas de dos filos, esto es, de dos puntas, tanto del Antiguo, como del Nuevo Testamento, atan a esos maestros, y atan sus pies, para que no puedan correr. Y a sus nobles con grilletes de hierro. Los atan, no los matan; no los matan, sino que los atan. Vinculan las manos, y los llevan cautivos a la Iglesia con cadenas de hierro. Estas cadenas no se hacen, sino de los testimonios de las Escrituras: mientras uno une testimonio con testimonio. Si quieres que estas cadenas no se rompan, no sean simples, sino entrelazadas de aquí y de allá: Porque el cordón de tres dobleces no se rompe. Pero todo esto, ¿para qué se hace?

Para ejecutar en ellos el juicio escrito. ¿Qué es el juicio escrito? Para que los que primero negaron a Dios, después se vuelvan al arrepentimiento. Juicio escrito, para que liberen a sus cautivos, para que los que ataron, y los que llevaron de la Iglesia, después los liberen en la Iglesia. Para ejecutar en ellos el juicio escrito. Hablo con palabras más simples, esto es, para que los juzguen así como está dispuesto en las Escrituras sagradas. Esta es la gloria de todos sus santos. Verdaderamente no es gloria, donde hay oro, donde hay plata, donde hay gemas, donde hay vestiduras de seda. Quienquiera que tenga estas espadas, ¿qué otra cosa necesita? Mira lo que dice: Esta es la gloria de todos sus santos. Roguemos a Dios, para que tengamos esta gloria: para que la espada que sale de la boca de nuestro Salvador, arme nuestras manos. Quien tiene esta espada, no teme la espada del mundo. Os digo algo nuevo: Frecuentemente la espada de este mundo corta esa espada. Frecuentemente sucede, que la espada del mundo nos da esa espada. Pues si tememos a esta, no recibiremos aquella. Demos gracias, por tanto, a aquel que tiene esta espada, y bendigámoslo por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO CL.

Aleluya. Este salmo del tercer quinquagenario contiene el sacramento, es decir, que el primero por el bautismo y el arrepentimiento nos regenera al bien de la inocencia: el segundo, después del juicio, comprende el fruto de la inocencia: el tercero, con la edificación de la ciudad divina completada, y la esperanza de todos los santos consumada, nos exhorta a la eterna gratitud y alabanza. Pues dice:

Alabad al Señor en sus santos. Que los colocará después del juicio celebrado, en la gloria de la eternidad. Alabadlo en el firmamento de su poder. Porque, quitada toda debilidad, les ha traído el firmamento de la virtud eterna.

Alabadlo por sus proezas. Porque consumiendo la muerte con inmortalidad potencialmente, les ha otorgado la gloria de una vida inmutable: que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Corintios II). Alabadlo según la multitud de su grandeza. Porque asigna mansiones de cuerpos celestiales distinguidas con honor multifacético, como dice el Señor: En la casa de mi Padre muchas moradas hay (Juan XIV).

Alabadlo con sonido de trompeta. En la que, muertos en la batalla, vencieron: aplastando el Señor a Satanás bajo sus pies. Alabadlo con salterio y cítara. Porque les ha permitido cumplir el cántico de la ley desde el cielo: o después de haber mortificado la carne (Romanos XVI), que se toma como cítara, los ha vivificado en sí mismos.

Alabadlo con pandero y coro. En el pandero, porque el cuerpo mortificado ha sido donado con inmortalidad. En el coro, porque ha sido asociado a los coros angélicos. Alabadlo con cuerdas y órgano. Porque, con las entrañas retorcidas por la abstinencia de alimentos, y

vencidas las concupiscencias carnales, han sido hallados dignos del reino de Dios, para entonar alabanzas divinas.

Alabadlo con címbalos resonantes: alabadlo con címbalos de júbilo. Esta alabanza se cumple en címbalos resonantes y exultantes, porque, eliminada la corrupción de la carne y la sangre, conformados a la imagen del Creador, con toda plenitud de esperanza completada, resplandecen como el sol en el reino de Dios Padre omnipotente. Todo espíritu alabe al Señor. En este reino, por tanto, no hay carne, no hay sangre, no hay corrupción, sino que el hombre ya hecho totalmente espiritual: no cesa de alabar a Dios en espíritu (que es espíritu). Que nos conceda, para que en este siglo, hechos hacedores de la ley, probados en la lucha de esta vida, y hallados fieles, enriquecidos con frutos espirituales, merezcamos ser añadidos a estos que cantan. A él la gloria y el dominio con el eterno Padre y el Espíritu Santo, y en todos los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO CXIX.

Vayamos al salmo que se ha leído después del salmo ciento dieciocho. El salmo ciento dieciocho (como hemos dicho frecuentemente) es literario, esto es, es alfabético: pues comienza desde ALEPH hasta la última letra hebrea, que en hebreo se llama THAU. Y cada verso, comienza con cada una de las letras. Son veintidós letras hebreas, y ocho versos comienzan con cada una de las letras. Por ejemplo, desde la letra a, que se llama ALEPH, comienzan ocho versos. Nuevamente, cuando estos han terminado, desde la segunda letra que se llama BETH, comienzan otros ocho versos. Y en el tercero, cuando estos han terminado, desde otra que se llama GIMEL, comienzan otros ocho versos. Por lo tanto, el salmo ciento dieciocho es alfabético. Si queremos leer una carta, no podemos leerla, a menos que primero sepamos las letras. Así, por tanto, tampoco podemos conocer las Escrituras, a menos que primero conozcamos el alfabeto. El salmo ciento dieciocho, por tanto, es alfabético, moral, e instruye nuestra vida. Y como ahora no es tiempo de hablar de todo el salmo, hablemos ahora del primer salmo de los grados, que comienza así:

Al Señor clamé en mi tribulación, y Él me escuchó. Por eso se llaman salmos de los grados, como hemos dicho frecuentemente, porque ascendemos a cosas mayores por ciertos grados. Ahora no es el momento de discutir sobre todos los salmos de los grados y decir cómo se hacen los grados a través de cada salmo para llegar a lo más alto. Por ahora, hablemos del primer grado, dejando el misterio de por qué se llama el decimoquinto grado; pues repetir lo mismo frecuentemente es tedioso para los oyentes. Por eso el Apóstol testifica que estuvo quince días con Pedro en Jerusalén, para comparar ambos Testamentos, el séptimo y el octavo (Gálatas II). Hay muchas cosas que decir. Al Señor clamé en mi tribulación, y Él me escuchó. Cualquiera que aún esté en el grado más bajo, mira hacia el altísimo decimoquinto grado. Cualquiera que esté en el decimoquinto, ya está cerca del templo, y este templo, cuyas ruinas ahora vemos, ofendió a su Señor. ¿Y qué dijo el Señor? Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV). ¿Y qué dice en otro lugar? Vuestra casa será dejada desierta (Lucas XIII). El Señor salió, y el templo cayó. Este templo, por tanto, tiene alrededor quince grados. Vemos algunas señales: contad, y veréis que es así como decimos. Los levitas y sacerdotes, cada uno según su orden, estaban de pie en los grados. Por ejemplo: el sumo sacerdote estaba en el primer grado, es decir, en el decimoquinto grado hacia arriba. En el segundo grado estaban los sacerdotes, y entre los sacerdotes había diversidad. En el tercero, de nuevo, estaban los menores. En el cuarto, de nuevo, estaban los levitas. Y entre los levitas había mucha diversidad: cualquiera que fuera el último, estaba en el último grado. Considerad que este templo terrenal es figura del templo celestial: una estrella difiere de otra en gloria: así

también la resurrección de los muertos (II Corintios XV). Feliz quien merezca estar en el decimoquinto grado en la Jerusalén celestial y en el templo. Sin embargo, porque aquello es grande, y creo que es de los apóstoles y mártires santos: oremos para que al menos merezcamos estar en el último grado del templo del Señor. Están en diferentes grados, pero cantan un salmo en alabanza al Señor. Son diferentes lugares: pero una sola alabanza al Señor. Esto que hemos dicho de la Jerusalén celestial, ahora, mientras estamos en este mundo, creo que se practica todos los días. Uno de nosotros está en el primer grado, no desespere del segundo; quien está en el segundo grado, no desespere del tercero. Felices los mártires, muchos de los cuales merecieron ascender del último grado al primero. Quien vive en este mundo, no puede ascender inmediatamente del primero al más alto. No debemos, por tanto, contentarnos con el primer grado, siempre debemos esforzarnos por cosas mayores. Ni quien está en el último debe desesperar del primero; ni quien está en el primero debe estar seguro: pues puede caer al último. Creo que eso es lo que también significa la escalera de Jacob, cuando Jacob huía de su hermano Esaú. Y llegó, dice, a Betel, y durmió allí, y puso una piedra bajo su cabeza (Génesis XXVIII). Ved a nuestro asceta, huía de un hombre cruelísimo, huía de su hermano, y encontró ayuda en la piedra. Esa piedra es Cristo: esta piedra es ayuda para quienes sufren persecución. Sin embargo, para los judíos incrédulos, es piedra de tropiezo y roca de escándalo (I Pedro II). Y vio, dice, allí una escalera erguida desde la tierra hasta el cielo, y en el cielo, dice, al Señor. Y vio, dice, ángeles subiendo y bajando. Ved lo que dice: Vio ángeles subiendo: vio a Pablo subiendo. Vio ángeles bajando: Judas el traidor caía. Vio ángeles subiendo: hombres santos yendo de la tierra al cielo. Vio ángeles bajando: al diablo y sus demonios precipitados del cielo con su ejército. Es grande la dificultad de ascender de las tierras a las celestiales. Caemos más fácilmente que ascendemos, caemos fácilmente: en el ascenso hay gran trabajo, gran sudor. Si estoy en el primer grado, ¡cuánto me queda hasta el cielo! Si estoy en el segundo, si en el tercero, si en el cuarto, si en el décimo, ¿de qué me sirve si no llego al más alto? Hazme tener esa escalera de quince grados: llego hasta el decimocuarto; si no alcanzo el decimoquinto, ¿de qué me sirve haber llegado al decimocuarto? Y si llego al decimoquinto y caigo, cuanto mayor es el ascenso, mayor es la caída. Considera también el sacramento: porque es gran trabajo y gran sudor ascender de las tierras al cielo. ¿Queréis saber cuáles son esos grados? ¿Cuál es el primer grado? Creo que el primer grado es el ayuno: aún está cerca de la tierra: nos alejamos de la tierra, ascendemos: sin embargo, aún pensamos en cosas terrenales y corporales. Que alguien diga: ¿de qué me sirve el ayuno? Yo busco que mi alma esté pura ante el Señor: ¡cuántos no ayunan y son santos! Yo no digo esto. Si el apóstol Pablo castigaba su cuerpo y lo sometía a servidumbre: para que, predicando a otros, él mismo no fuera hallado reprobado (I Corintios IX); si dice: Pero veo otra ley que resiste a la ley de mi mente, y me lleva cautivo; y después dice: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Si él teme las insidias del cuerpo, ¿nosotros estamos seguros? Si él dice: Cuando soy débil, entonces soy fuerte: la debilidad del cuerpo es la salud del alma. Todo esto lo digo porque la abstinencia es el primer grado, y no debemos pensar inmediatamente que si ayunamos, ascendemos a los reinos celestiales. Los ayunos no nos llevan a los reinos celestiales: pero sin ayunos, no ascendemos a los reinos celestiales. Solos no son útiles, con otros son útiles. Todo esto lo dije porque es como un fundamento para quienes ascienden a cosas mayores. El segundo grado es: renunciar al mundo, no buscar nada del mundo, despreciar lo terrenal. Que alguien diga: ¿Y hacer esto es el segundo? Yo digo que es el segundo. No es nada dejar lo terrenal: dejar los vicios del alma es grande. Pues si ayuno, es decir, si estoy en el primer grado; si dejo mis posesiones, es decir, si estoy en el segundo grado, ¿de qué me sirve si soy rencoroso, si soy iracundo, si soy detractor, si soy envidioso? No es grande dejar lo terrenal: son mayores los vicios que deben dejarse. Pero que alguien diga, es difícil: es grande: es duro. Y por eso es grande, porque es difícil: el atleta no es coronado si no compite legítimamente. Que nadie se desespere, el

ascenso es arduo, es difícil: nace la desesperación. No te desesperes, oh hombre, en el decimoquinto grado el Señor está arriba: te observa: da ayuda. Si estás en el primer grado, y te parece grande el espacio entre el primero y el decimoquinto: no mires el grado, sino mira el cielo. Y ve lo que dice. No dijo: Vi al Señor de pie en el decimoquinto grado: pues no podíamos llegar al Señor de pie y erguido; pero ve lo que dice: Vi al Señor apoyado sobre la escalera (Génesis XXXVIII). Ve lo que dice de quien estaba de pie: Se inclinó y se humilló para que pudiéramos ascender. El Señor está inclinado por ti, se humilló: sube seguro. Este, por tanto, que ahora está en el primer grado, no está en tribulación: ya se ha alejado de la tribulación, ya ha puesto el pie en el primer grado. Pues no dice: Ahora estoy en tribulación, ahora clamo; sino que, porque está en el primer grado, relata lo que sufrió. ¿Y qué dice? Al Señor clamé en mi tribulación, y Él me escuchó. Antes de poner el pie en el primer grado, estaba en tribulación, porque no podía dejar lo terrenal. Al Señor clamé en mi tribulación, y Él me escuchó. Este versículo parece no tener nada en su interior. El versículo es pequeño: pero tiene tres sentidos unidos en sí. ¿Qué dice? Cuando estaba en tribulación, he aquí uno, clamé; y después del clamor, ¿qué? y me escuchó. En un solo verso, tribulación anterior, clamor, escucha. No dijo: Cuando estaba seguro, cuando estaba alegre, clamé, sino cuando estaba en tribulación, clamé. Pedís, dice, y no sois escuchados: porque pedís negligentemente (Santiago IV). Al Señor clamé en mi tribulación, y Él me escuchó. ¿Qué me escuchó? ¿Me hizo estar en el primer grado? pero en comparación con el decimoquinto grado, ¿qué es estar en el primer grado? Dejé lo terrenal, aún no he ascendido a lo alto: por tanto, no debo estar seguro, en los demás grados debo pedir la ayuda de Dios.

Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa. Dice esto de todas las herejías. Lo dice de los judíos, lo dice de los arrianos, lo dice de los maniqueos, lo dice de las demás herejías. Cuando dice el arriano: El Padre es mayor, el Hijo es menor, ¿qué diremos nosotros? Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa. Cuando dice el maniqueo, y los semejantes a los maniqueos: El Señor no resucitó en la verdad del cuerpo, y para que sepas que no fue un cuerpo verdadero, entró con las puertas cerradas (Juan XX), ¿qué diremos nosotros? Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa. Las heridas de la lengua son mayores que las de la espada. La espada mata el cuerpo, no mata el alma. La lengua es una cosa mala, un gran mal: un miembro pequeño, pero causa grandes úlceras. Cuántos males tiene la lengua, leed la Epístola de Santiago (Cap. III). La lengua no tiene término medio; o es un gran mal, o es un gran bien. Un gran bien, si confiesa a Cristo como Dios; un gran mal, si niega a Cristo como Dios. Por tanto, que nadie piense y diga mientras tanto, no he pecado en obra: si he pecado, he pecado con la lengua. ¿Qué pecado es mayor que la blasfemia contra Dios? y sin embargo, la lengua peca. ¿Por qué cayó el diablo del cielo? ¿porque robó? ¿porque cometió homicidio? ¿porque cometió adulterio? Y estas cosas son malas, pero el diablo no cayó por esto, sino por su lengua. Pues dijo: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo (Isaías XIV). No piensen, por tanto, los monjes que deben estar seguros, y digan mientras tanto: No cometemos grandes crímenes en el monasterio, no cometo adulterio, no robo, no cometo homicidio, no cometo parricidio, y las demás cosas que son grandes vicios. Es un gran crimen cuando difamo a mi hermano, con mi lengua mato a mi hermano. Pues quien odia a su hermano es homicida (Juan III). Ved lo que dice Salomón: En la mano de la lengua, está la muerte y la vida (Proverbios XVIII). Ved lo que dice: En la mano de la lengua. Ves cuán grande mal es la lengua: y tiene mano. Pues ¿qué dice? En la mano de la lengua. Es un gran vicio difamar a los hermanos, no poder callar, ir de celda en celda, difamar a otros. Yo soy pecador: él es pecador, ¿qué te importa? Considérate a ti mismo para no caer. ¿Por qué te alegras en la caída de otro? ¿Acaso si yo caigo, tú estarás firme? Aunque mi caída sea, la caída del hermano debe ser tu temor, no tu alegría. Él cayó; ¿te alegras o estás triste?

Respóndeme: El hermano cayó; o estás alegre, o estás triste. Si estás alegre, ¿por qué te alegras en la caída de otro? Si estás triste, ¿por qué andas contando? ¿por qué lo cuentas a otros? Que Dios vea tu tristeza, y que el mismo hermano lo sienta, no que lo oigan los oídos de los hermanos. Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa.

¿Qué se te dará, o qué se te añadirá, a la lengua engañosa? El Espíritu Santo responde al profeta que dice: Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa: ¿qué se te dará, o qué se te añadirá, a la lengua engañosa? Le responde, y dice, tú que dices: Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa, ¿qué deseas que se te dé? Y después de que se te haya dado, ¿qué deseas que se te añada a la lengua engañosa? Ved lo que dice: No dijo, contra la lengua engañosa, sino, a la lengua engañosa. Si hubiera dicho, contra la lengua engañosa, parecería que hablaba del adversario. Ved cuál es el sacramento del Profeta, más bien del santo en el primer grado. Lo digo más sencillamente, para los más simples. ¿Qué dice? Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa. Por ejemplo, de los labios de mi adversario, que me difama. Pero el Señor responde otra cosa. ¿Y qué dijo? No dijo, ¿qué se te dará, o qué se te añadirá, contra la lengua engañosa? es decir, no dijo, ¿qué deseas que se te haga contra tu adversario? Pero ¿qué dice? ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá, a la lengua engañosa? No dijo, contra la lengua: sino, a la lengua. Ved lo que dice a la lengua engañosa: a tu lengua, no a la del adversario. Pues si el adversario te difama, nada te daña: tú te matas si difamas a otros. Por ejemplo: Si un hermano me difama, ¿qué me ha dañado? Si dice que soy homicida, si dice que soy adúltero, si dice que soy criminal, si dice que soy mentiroso, ¿qué me ha dañado? De dos cosas, una: o dice la verdad, o miente. Si dice la verdad, no me daña lo que él dice: sino porque realmente lo hice. Pero si miente, su mentira no me daña: sino que mata al alma que habla. Somos infelices, somos miserables. Cuando tenemos a alguien como enemigo: mientras pensamos que hacemos algo contra él, lo hacemos contra nosotros. Difamamos a él, vamos de aquí para allá, lo decimos a todos sobre él: ¿pensamos que le dañamos? No le dañamos, sino que matamos nuestras almas, porque mentimos. Pues la boca que miente, mata el alma (Sabiduría I). ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá, a la lengua engañosa? Como un buen médico, que dice: para esta enfermedad, para esta herida, ¿qué deseas que se te aplique? ¿qué emplasto deseas que se te aplique? Como si alguien dijera a un herido: ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá, a la herida que te duele? El Señor pregunta, no porque ignore, sino para que quien rogaba sepa cómo debe rogar.

Flechas agudas de poderoso, con carbones desoladores. Flechas agudas de poderoso. Ahora responde al Señor, qué pide. Porque el Señor había dicho: ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá? Ahora este dice, qué pide: Señor, esto pido: flechas agudas de poderoso, con carbones desoladores. Ved lo que dice. El veneno de mi lengua, y mi difamación, ninguna cosa puede expulsar: sino tus flechas, que hacen desolación en mi lengua. Mi lengua se hincha, tiene veneno dentro: si no es herida por tus flechas, y golpeada, el veneno no sale. Debemos dar un ejemplo: si hay una herida en el cuerpo, y en esa herida ya hay carnes podridas, y hay cáncer, y hay pus dentro; si no se abre, el pus no sale. Y si el pus sale, si no se cauteriza, el pus vuelve a nacer. Mira, por tanto, lo que dice: Porque mi lengua se hincha, y tiene pus, y tiene veneno, primero hiere con flechas, para que el pus pueda salir: luego pon tus carbones y fuego, para que todo lo malo sea quemado, y haga desolación. Mira, por tanto, lo que dice: Flechas agudas de poderoso, con carbones desoladores. Ojalá se nos dé este carbón desolador. Ojalá también digamos: ¿No ardía nuestro corazón en el camino, cuando nos abría las Escrituras? (Lucas XXIV). También dice Isaías a Babilonia: Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: estos serán para ti en ayuda (Isaías XLVII). Y los Apóstoles, antes de recibir el Espíritu Santo, aún tenían en su lengua algunos tumores humanos; por eso el Espíritu Santo descendió en forma de fuego sobre sus lenguas (Hechos II), para que todo lo

que tenían de impuro, el Espíritu Santo lo purificara. Digamos también otro ejemplo: Isaías, cuando vio al Señor sentado sobre un trono alto y elevado, ¿qué dice? ¡Ay de mí, miserable, porque estoy herido, porque tengo labios inmundos, y en medio de un pueblo que tiene labios inmundos, yo habito! (Isaías VI). Mira, ¿qué dice? ¡Ay de mí, miserable, porque tengo labios inmundos! Y después, ¿qué dice? Porque tenía labios inmundos, por eso se envía uno de los Serafines, y toma un carbón de fuego del altar, y toca sus labios y su lengua, y la purifica. ¿Y qué dice? He aquí que esto tocó tus labios, y purifiqué tu lengua. Y enseguida, ¿qué dice? ¿A quién enviaré a este pueblo, y quién irá? ¡Oh misterios de las Escrituras! mientras tenía lengua engañosa y labios inmundos, no se le dice, ¿a quién enviaré, y quién irá? se purifican sus labios, y enseguida es enviado a hablar. Por tanto, quien tiene labios inmundos, no puede profetizar, no puede ser enviado al servicio de Dios. Con carbones desoladores. Ojalá se nos conceda también esta soledad, para que todo lo malo sea quitado de nuestra lengua: para que donde hay espinas, donde hay zarzas, donde hay ortigas, se envíe el fuego del Señor, y todo lo queme, y se haga la soledad de Cristo.

¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! Esto lo dice el santo, quien no desea el cuerpo, quien no busca la tierra, quien anhela el cielo. ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! Cuando estamos enfermos, cuando tenemos fiebre, cuando sospechamos que vamos a morir, cuando agitamos los brazos, cuando tememos, cuando pedimos permiso, no podemos decir este versículo. Este estaba sano, no estaba enfermo, y ¿qué decía? ¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado. Porque mientras estamos en el tabernáculo de este cuerpo, estamos lejos del Señor (II Cor. V). ¡Ay de mí porque mi estancia se ha prolongado! Mi estancia: No dijo, mi habitación, sino mi estancia: en este mundo presente no tenemos una habitación, sino una peregrinación. Por eso también el Apóstol dice: Como extranjeros y peregrinos. Soy extranjero y peregrino (I Pedro II). ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! ¿Qué dice con esto? Es decir: Infeliz de mí mientras esté en este cuerpo. ¿Quién de nosotros puede decir esto? Si llegamos a los ochenta años, tememos morir; y si llegamos a los cien, y estamos enfermos, aún así pedimos tiempo y espacio. ¿Por qué hacemos todo esto? Porque la conciencia de nuestros pecados nos remuerde. Sabemos que si salimos del cuerpo, no vamos a Cristo, sino al infierno. ¿Qué dice el Apóstol? Deseo partir y estar con Cristo (Filip. I). Dame seguridad: porque después de la muerte estaré con Cristo: incluso ahora deseo morir. Por eso este, porque es santo, dice: ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! He habitado con los que habitan en Cedar. Cedar en nuestra lengua se interpreta como tinieblas. Mira entonces lo que dice: ¿En qué lugar estamos? ¿En qué mundo estamos? He habitado con los que habitan en Cedar. He estado mucho tiempo en las tinieblas: he vivido mucho tiempo en las tinieblas: he estado mucho tiempo en el cuerpo de esta muerte. Mucho tiempo ha sido extranjera mi alma. Mira lo que dice el santo: Y si he vivido diez años, mucho tiempo ha sido extranjera mi alma. ¿Qué felicidad hay, en comparación con las celestiales, en estar en lo terrenal? Hay mucho que decir, pero ya la oración se apresura al final.

Con los que odian la paz, yo era pacífico: cuando les hablaba, me atacaban sin motivo. Infelices de nosotros, no podemos contener nuestra lengua de no criticar: si alguien nos ofende, mostramos un rostro pacífico, pero el corazón tiene veneno. Nos llamamos monjes, y aunque no seamos como deberíamos ser, aún así nos llamamos. Oramos a la tercera hora: oramos a la sexta hora: a la novena, hacemos el lucernario: a medianoche nos levantamos: luego al canto del gallo oramos. Miren a qué horas siempre nos despertamos para el servicio de Dios. Miren lo que dice, a la tercera hora, sexta, novena, lucernario, medianoche, canto del gallo, temprano en la mañana. Hacemos todo esto, y no consideramos que si nuestra alma tiene enemistades contra un hermano, oramos en vano. Porque ¿qué se dice en el Evangelio?

Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti (Mat. V). Miren lo que dice: No dijo, si tienes algo contra tu hermano; sino, si tu hermano tiene algo contra ti. Parece imponernos algo injusto; porque si hubiera dicho, si tienes algo contra tu hermano, estaba en nuestro poder lo que teníamos. Pero ahora, ¿qué dice? Si recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti. Le respondo: Señor, esto no está en mi poder, si mi hermano tiene algo contra mí, yo no tengo nada contra él. Si él tiene algo contra mí, ¿qué me importa a mí? ¿Y por qué no quieres aceptar mi ofrenda, y dices, si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti: deja tu ofrenda, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego ofrece tu ofrenda? Aquí yo no tengo nada; si él tiene, ¿qué me importa a mí? El Señor te responde: ¿Y qué dice? Mal siervo, entiendo tu ánimo: ¿No tienes nada contra tu hermano? ¿nada tienes? ¿lo amas? Entonces, ¿por qué no quieres que se salve? Si lo amas, ve, pídele que no tenga nada contra ti, para que pueda salvarse. Pero muestras que no lo amas; porque no quieres que se salve; ve, pídele, póstrate a sus pies, ruega día y noche, di: dejé mi ofrenda en el altar, por ti no puedo ofrecer sacrificios. Él se conmueve, y ¿qué dice? Si este que me ruega, no ofrece su ofrenda, yo que soy rogado, y no perdono, ¿qué haré? Por eso también dice el Apóstol, que demos de comer y beber a nuestros enemigos (Rom. XII). ¿Y qué dice? Porque haciendo esto, amontonas carbones de fuego sobre su cabeza. Alguien dirá, esto lo hacen los enemigos; por eso hacen bien al adversario, para amontonar carbones de fuego sobre su cabeza. Pero se dice otra cosa: si él te ha hecho mal, y tú le haces bien, amontonas carbones de fuego sobre su cabeza, es decir, purificas sus vicios, y cocinas su maldad, para que se convierta al arrepentimiento. Mira entonces lo que dice el santo profeta. Con los que odian la paz, yo era pacífico. No dijo, los que querían la paz: sino, los que odian la paz. Ellos odiaban la paz, y yo amaba a los que odiaban la paz. Por eso también dice el Apóstol: En cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres (Rom. XII). Roguemos al hermano. Si es nuestro enemigo, roguemos dos, tres, y siete veces. Sin embargo, si mi hermano peca, ¿cuántas veces le perdonaré, siete veces? Te digo, no siete veces, sino setenta veces siete, es decir, cuatrocientas noventa veces (Mat. XVIII). Si quisiéramos contar desde la mañana hasta la tarde, no podríamos cometer tantos pecados, cuatrocientos noventa. Sin embargo, ¿qué dice el Señor? Si setenta veces siete peca en un día, y se vuelve y te pide, perdónale. Pero dices, no se convierte de todo corazón, miente. Dejemos el juicio a Dios; me ruega, me suplica, no lo dice de verdad, Dios lo sabe; yo escucho la voz, Cristo entiende el corazón: yo recibo lo que escucho, que Cristo reciba lo que sabe. Luego mira tu recompensa: él miente, tú recibes la verdad; su destrucción es tu salvación. ¿Por qué he dicho todo esto? Porque en los monasterios, y especialmente en los cenobios, suelen estar estos vicios. No nos avergonzamos, no nos dolemos: dejamos madres, dejamos padres, dejamos hermanos, dejamos hermanas, dejamos esposas, dejamos hijos, dejamos nuestras patrias, dejamos casas, dejamos nuestras celdas, dejamos las celdas en las que nacimos y fuimos criados, y dejamos a los siervos con los que fuimos criados: venimos al monasterio, y por eso dejamos todo esto, ¿para hacer una riña por una cosa frívola con los hermanos en el monasterio? Dejamos la posesión, dejamos la patria, dejamos el mundo, ¿y por una pluma hacemos una riña en el monasterio? Si escucho una palabra amarga, no puedo soportarla: hierve en mi corazón: se escribe en mis entrañas por diez o quince días, no puede ser quitada de mi corazón, hablo con mi hermano, que me había ofendido, y prometo paz con los labios, y guardo veneno en el corazón. Frecuentemente los ojos y el rostro son indicio de la mente. Cuando nuestro corazón está herido contra alguien, no podemos mirarlo con ojos rectos: el rostro mismo y los ojos son como un espejo de nuestra alma. ¿Qué dice la Escritura? Y no podían hablarle pacíficamente (Gen. XXXVII), la lengua no podía mentir lo que el corazón no contenía. Esto digo, a ustedes mismos y a mí, pues no predico esto para hacerme seguro: la ocasión de este versículo nos obligó a decirlo así. Grande es el mal de la lengua. Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa. No de la lengua de otro,

sino de mi propia lengua líbrame. Nada me daña la lengua de otro: mi lengua es mi enemiga. Señor, libra mi alma: Líbrame de mi lengua, mi lengua es una espada: mata mi alma. Creo que daño a mi enemigo, y no sé que me estoy matando a mí mismo. Los adversarios luchan, cuando les hablo, y yo hablo pacíficamente. Ellos tienen un ánimo enemigo, pero nosotros tengamos un ánimo pacífico, pues está escrito también en los Paralipómenos: Y salieron, dice, los hijos de Israel a luchar con mente pacífica. Alguien va a la lucha, y tiene una mente pacífica: pero las armas de los cristianos son la paz: la paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento (Filip. IV). Bienaventurados los pacificadores: no solo los que hacen la paz entre los que riñen, sino los que hacen la paz en sí mismos. Bienaventurados los pacificadores. Si otros hacen riña, y yo intervengo en medio, y hago la paz entre ellos, y yo mismo no tengo paz en mi mente: ¿de qué me sirve que ellos hayan hecho la paz? Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Mat. V). Bienaventurados los pacificadores que hablan pacíficamente a los que odian la paz. Bienaventurados los pacificadores. Cristo es la paz. Si Salomón se interpreta como Cristo: Salomón se interpreta como pacífico: entonces Cristo nuestro Dios, es la paz. Al ir al cielo, nos dejó un estandarte, diciendo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV). Guardemos lo que Cristo nos ha dado: tengamos paz: Guardemos la paz, y ella nos guardará en Cristo Jesús: a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO DE LA EXPOSICIÓN DE LOS SALMOS. (C,G,S)*

PRÓLOGO.

El Salterio es como una gran casa, que tiene una sola llave exterior en la puerta: pero en los diversos aposentos interiores tiene sus propias llaves. Aunque la llave más amplia es la gran puerta del Espíritu Santo; sin embargo, cada aposento tiene sus propias llavecitas. Si alguien, por tanto, arroja la llave confusa de la casa, si quiere abrir un aposento, no puede, a menos que encuentre la llave. Así, cada salmo es como una celda, teniendo sus propias llaves. La gran puerta de esta casa es el primer salmo, que comienza así:

SALMO PRIMERO.

Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos. Algunos piensan que la llave de este salmo debe referirse a la persona de nuestro Señor Cristo: para que este bienaventurado varón sea Cristo según el hombre. Buena es la voluntad, pero es ignorancia. Porque si el bienaventurado varón es Cristo, y Cristo dio la ley, ¿cómo se dice ahora de Cristo: sino que en la ley del Señor está su voluntad? Además, ¿cómo se compara a otro árbol, y se dice: Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas? Porque si se compara a un árbol, todo lo que se compara es menor que aquello a lo que se compara, entonces el árbol es mayor que el Señor, que se compara al árbol. Ven, por tanto, que el salmo no puede interpretarse sobre la persona del Señor. Pero se dice en general de cualquier hombre justo: aunque muchos piensan que se dice de José, aquel de Arimatea, que no anduvo en el consejo de los judíos, y en el camino de los pecadores no se detuvo, y en la cátedra de los fariseos no se sentó: sin embargo, lo que otros interpretan especialmente en él, nosotros lo interpretamos en general en el hombre justo. Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos. Leemos en Génesis que Adán fue maldecido cuando se dice, maldita será la tierra por tu causa (Gen. III, 17). La maldición del primer hombre ahora se resuelve con bendición. Como en la antigua Ley se pone una bienaventuranza: pero en el Evangelio se nombran ocho bienaventuranzas a la vez (Mat. V). Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos. Bienaventurado el varón, no el hombre; sino el varón: el varón que ha llegado a ser un varón perfecto en Cristo, que no anduvo en el consejo de los impíos.

Describió tres pecados generales de los hombres: o pensamos, o hacemos, o enseñamos. Primero pensamos; luego, cuando hemos pensado, convertimos el pensamiento en obras: cuando hemos hecho algo ya de obra, también sucede que enseñamos a otros lo que nosotros mismos hemos hecho. Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, que no pensó mal: y en el camino de los pecadores no se detuvo, y en la cátedra de pestilencia no se sentó. Esto es, que no enseñó a otros, y en el camino de los pecadores no se detuvo. Es difícil que alguien no peque. De hecho, dice también Juan el Evangelista: Porque quien niega haber cometido pecado, miente, y es mentiroso (I Juan I, 8). Si, por tanto, todos pecamos, pero nadie es bienaventurado sino quien no peca: entonces, porque todos pecamos, nadie es bienaventurado. Pero miren lo que dice, y en el camino de los pecadores no se detuvo; no dijo, bienaventurado el varón que no pecó, sino bienaventurado el varón que no perseveró en el pecado, y en el camino de los pecadores no se detuvo. Yo ayer pequé, no soy bienaventurado. Si no me detengo en el pecado, si me retiro, ya soy bienaventurado. Y en la cátedra de pestilencia no se sentó. Así como allí dijo, se detuvo, así también aquí, se sentó: así como allí quien no perseveró en el pecado, es bienaventurado: así aquí quien no perseveró y se sentó en la mala doctrina, es bienaventurado. ¿Qué, entonces? ven ustedes mismos, cómo la bienaventuranza se concede triplemente: si no pensamos mal, si no perseveramos en el pecado, si no enseñamos lo que es malo. Esto es lo que dice el profeta: Sobre tres y cuatro pecados no la convertiré, dice el Señor (Amós I, 9). Esto lo dice ocho veces, Amós lo dice. Es decir, pensaste, te perdoné: hiciste, te perdoné: ¿acaso también debes enseñar lo malo? Esto es lo que se dice: sobre tres y cuatro pecados no se enoje contigo, dice el Señor. Y en su ley meditará de día y de noche. Dijo tres cosas que no debíamos hacer, no andar en el consejo de los impíos, y no detenerse en el camino de los pecadores, y no sentarse en la cátedra de pestilencia: Dijo tres cosas que no debemos hacer: dice dos cosas que debemos hacer; porque no nos basta evitar el mal, si no alcanzamos el bien.

Sino que en la ley del Señor está su voluntad. No dijo temor, sino, su voluntad; porque muchos hacen por temor, pero el temor del que hace no tiene recompensa. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, para que quiera hacer lo que el Señor ha mandado. Y en su ley meditará de día y de noche: No puede el discurso explicar cuánto concibe la mente. Sino que en la ley del Señor está su voluntad. Alguien dice: Aquí yo quiero hacer la ley de Dios, entonces soy bienaventurado porque quiero; pero mira lo que sigue: no basta querer la ley de Dios, sino, en su ley meditará de día y de noche. Meditará de día y de noche. Alguien dirá: esto la naturaleza humana no lo soporta, pues hay que caminar, y beber, y comer, y dormir, y adquirir lo necesario para la vida. ¿Cómo meditará en la ley de Dios de día y de noche? especialmente cuando dice el Apóstol, Orad sin cesar (I Tes. V, 17). ¿Acaso en el tiempo que duermo, puedo orar? La meditación de la ley no está en leer, sino en hacer. De hecho, se dice en otro lugar: Ya sea que coman, ya sea que beban, ya sea que hagan algo, todo háganlo en el nombre del Señor (I Cor. X, 31). Si doy limosna, medito la ley de Dios: si visito al enfermo, mis pies meditan la ley de Dios: si hago lo que se ha mandado, lo que otros meditan con la boca, yo lo medito con el cuerpo. Los judíos, por tanto, meditan con la boca, nuestra meditación es la obra. Dijo, por tanto, tres cosas que no debemos hacer, dijo dos cosas que debemos hacer: ¿qué premio merecerá quien haga esto?

Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo. Y su hoja no cae. A mí me interpretan simplemente quienes dicen, así como un árbol si es plantado junto a aguas, es necesario que florezca, y no se seque, porque sus raíces tienen la humedad de donde viven, así cualquiera que medita la ley de Dios, esa misma meditación de la ley lo hace florecer y vivir. Esto lo interpretan simplemente; pero nosotros comparando lo espiritual con lo espiritual, leyendo que en el paraíso fue plantado el árbol de la vida, y el árbol del

conocimiento del bien y del mal, y que el árbol de la vida fue plantado en el paraíso, y que de ese paraíso sale una fuente que se divide en cuatro principios (Gen. II). Leemos también en Salomón (si a alguien le place recibir el Libro), porque allí se habla de la sabiduría: Cristo es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24): entonces donde Salomón habla: Es árbol de vida para los que la toman (Prov. III, 18), allí se dice de la Sabiduría. Si, por tanto, la sabiduría es el árbol de la vida, y la sabiduría es Cristo mismo. Ves, por tanto, que el varón bienaventurado y santo se compara a este árbol, es decir, a la sabiduría. Ves, por tanto, que el varón bienaventurado y justo que no anduvo en el consejo de los impíos, que no hizo aquellas cosas, y que hizo estas, y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas. Esto es, será semejante a Cristo, si nos hizo sentar en los cielos, y reinar con él (Efes. II, 6). Ves, por tanto, que reinaremos con Cristo en el cielo. Ves que este árbol fue plantado en el paraíso, y todos nosotros hemos sido plantados con él.

Y será como un árbol plantado junto a corrientes de agua. De esa fuente proceden todos los ríos, que dará su fruto a su tiempo. Este árbol no da fruto en todo momento, sino a su tiempo. Este árbol no da en este siglo presente, sino en el futuro, es decir, en el día del juicio. Este árbol ahora tiene flores, este árbol ahora brota, y promete frutos futuros. Este árbol tiene dos cosas, tiene frutos y tiene hojas. El fruto tiene, el sentido en las Escrituras: las hojas, palabras simples; el fruto está en el sentido, las hojas están en las palabras. Por tanto, cualquiera que lea las Sagradas Escrituras, si las lee según los judíos, solo entiende las hojas; pero si las entiende espiritualmente, capta el fruto.

Y su hoja no caerá. Sin embargo, también las hojas de este árbol son útiles. Finalmente, si alguien las entiende también según la historia, tiene utilidad para su alma. Leemos en el Apocalipsis de Juan (que en estas provincias no se recibe el libro: sin embargo, debemos saber que en todo el occidente, y en otras provincias de Fenicia, y en Egipto se recibe el libro, y es eclesiástico, pues también los antiguos hombres eclesiásticos, entre los cuales están Ireneo, y Policarpo, y Dionisio, y otros intérpretes romanos, entre los cuales está también el santo Cipriano, reciben el libro e interpretan), leemos allí: Y he aquí, dice, vi un trono puesto, y un cordero, y un árbol, dice, junto al río, y a ambos lados de la ribera el mismo árbol (Apoc. XXII). Esto es, estaba de este lado y de aquel lado. Y tenía, dice, frutos el mismo árbol, y en el año, cada mes daba doce veces frutos, y tenía, dice, hojas, y sus hojas eran para la sanidad de las naciones. Vi, dice, un trono puesto: aunque creemos en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, y la Trinidad es, sin embargo, el reino es uno. Vi, dice, un trono puesto, y vi, dice, delante del trono un cordero de pie. Se dice de la asunción del cuerpo del Salvador: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. Y salía, dice, una fuente de debajo del medio del trono. Veis, por tanto, que del medio del trono sale la fuente de las gracias. Sin embargo, esa fuente no sale del trono, a menos que el cordero esté enfrente. Porque si no creemos en la incorporación de Cristo, no recibimos esas gracias. Y el árbol, dice, uno alto estaba puesto. No dijo árboles, sino un árbol. Si es un árbol, ¿cómo está de este lado de la ribera y de aquel lado de la ribera? Porque si hubiera dicho, vi árboles, podría ser que unos estuvieran de un lado y otros de otro. Ahora bien, se dice que un solo árbol está a ambos lados; un río sale del trono de Dios, esto es, la gracia del Espíritu Santo. Y esa gracia del Espíritu Santo está en las Sagradas Escrituras, esto es, en ese río de las Escrituras. Sin embargo, este río tiene dos riberas, el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y en ambos lados el árbol plantado, es Cristo. Este árbol, por tanto, en el año, esto es, cada mes, daba doce veces frutos. No podemos recibir frutos de este árbol, sino a través de los apóstoles. Si alguien, por tanto, llega al árbol a través de los apóstoles, es necesario que reciba frutos, coseche frutos de las Sagradas Escrituras, esto es, el sentido divino que reside en la letra. Si alguien, por tanto, llega a este árbol a través de los apóstoles, capta su fruto; si alguien no puede, aún es más

débil, todavía no es discípulo, sino que es de la multitud, está afuera, es gentil. Quien no puede captar el fruto, que capte las palabras, esto es, las hojas para la sanidad de las naciones: porque está escrito: Y sus hojas para la sanidad de las naciones. Si alguien aún es de las naciones, si alguien no es discípulo, y aún es de la multitud, que reciba sus hojas, esto es, que reciba palabras simples como medicina. Finalmente, está escrito, sus hojas para la sanidad de las naciones, esto es, para medicina. ¿Por qué hemos dicho todo esto y nos hemos extendido al Apocalipsis? Porque está escrito, que dará su fruto a su tiempo, y su hoja no caerá, y todo lo que haga, siempre prosperará. Hemos hablado de la bienaventuranza del hombre justo, hemos hablado de su recompensa. Porque quien no haga tres cosas, y haga dos, se compara al árbol del paraíso, esto es, a la sabiduría de Cristo. Hemos hablado, por tanto, del hombre santo, ahora veamos del hombre contrario. ¿Qué se dice del pecador e impío?

No así los impíos. Todos esos géneros de recompensas que hemos dicho del justo, el impío no los recibirá. No así los impíos. No dijo, no así los pecadores; porque si hubiera dicho de los pecadores, todos estaríamos excluidos. No así los impíos. Entre el impío y el pecador hay esta diferencia: el que es impío, niega a Dios; el que es pecador, confiesa y peca. No así los impíos. En algunos se lee, no así esto segundo. No así los impíos, no así. Pero sepamos que en hebreo está puesto una sola vez. Hemos hablado del hombre santo, y de su comparación. Y será como un árbol plantado junto a corrientes de agua. Ahora, por el contrario, se dice del impío. Así como el hombre justo se compara a un árbol: así el impío se compara al polvo, que el viento arroja de la faz de la tierra. El polvo, aunque es de la tierra, sin embargo, deja de ser tierra. Pero como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra. Ved lo que se dice, tan infeliz será el impío, que ni siquiera será polvo terrenal. Parece no tener sustancia, pero tiene su sustancia. No tiene nada sólido; pero lo que tiene, lo tiene para castigo. Se dispersa de aquí para allá. Nunca está en un solo lugar. A dondequiera que el viento lo lleve, allí se dirige su impulso. Así también el impío que una vez ha negado a Dios, a dondequiera que el viento del diablo lo lleve, allí es conducido por el error. Porque hemos dicho qué es el justo, y a qué se compara: qué es el impío, y a qué se compara: y hemos hablado de este siglo presente: ahora debemos conocer del futuro y eterno.

Por eso no resucitarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en el consejo de los justos. Leemos en el Evangelio según Juan, el que cree en mí, no será juzgado; el que no cree en mí, ya ha sido juzgado (Juan III, 18). ¿Quién, entonces, será juzgado, si el que cree, no será juzgado, y el que no cree, ya ha sido juzgado? ¿quiénes serán juzgados en el día del juicio? Busquemos, por tanto, un término medio entre el creyente y el no creyente que deba ser juzgado. El que cree no será juzgado. El que cree no peca, el que verdaderamente cree no peca, el que tiene verdadera fe no peca. Finalmente, cuando pecamos, nuestra mente fluctúa en la fe; en el momento en que pecamos, cuando nos enojamos, cuando calumniamos, cuando cometemos homicidios, cuando fornicamos, ¿dónde está la fe? Por tanto, lo que dice, el que cree en mí, no será juzgado, no tiene necesidad de ser juzgado quien ya es bienaventurado. El que no cree en mí, ya ha sido juzgado, ya está predestinado al castigo. ¿Quién, entonces, es juzgado? El que cree, pero es vencido por los pecados; el que tiene cosas buenas, tiene también malas; el que en el momento en que cree, hace el bien, en el que no cree, hace el mal. Veamos, por tanto, ahora lo que se dice: por eso no resucitarán los impíos en el juicio. No resucitarán para ser juzgados, porque ya han sido juzgados. Porque el que no cree en mí, ya ha sido juzgado. Ni los pecadores en el consejo de los justos. No dijo, los pecadores no resucitarán, sino que no resucitarán en el consejo de los justos. No merecen resucitar con aquellos que no serán juzgados. Si creyeran en mí, resucitarían con aquellos que no serán juzgados.

Porque el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá. Porque el Señor conoce el camino de los justos. ¿Y qué grande es, si el Señor conoce el camino de los justos, si se dice que el Señor conoce a aquellos a quienes se digna conocer? Finalmente, de los pecadores se dice, Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conoce el Señor (Lucas XIII, 27): dice el Apóstol: Si alguien conoce, será conocido. Porque el Señor conoce el camino de los justos (I Cor. XIV, 38). El que es pecador, Dios no lo conoce: el que es justo, es conocido por Dios. Leemos en Génesis en el tiempo en que Adán transgredió, en el tiempo en que escuchó más al serpiente que a Dios, cuando se escondió de la faz de Dios, vino el Señor después del almuerzo en el paraíso, y pasea (Gén. III): ved lo que se dice, Dios busca a Adán no al mediodía, sino al atardecer: ya que Adán había perdido el sol, porque no tenía el mediodía: al atardecer, esto es, δειλινὸν, y caminaba, porque Dios no se detiene con el pecador, sino que camina. Sabía que él estaba en el paraíso, y no ignoraba lo que había sucedido, pero porque Adán había pecado, Dios no lo conoce. Y Dios dijo: Adán, ¿dónde estás? Hemos dicho cómo el pecador es desconocido por Dios. Por el contrario, debemos saber cómo el justo es conocido por Dios. Dios dice a Abraham: Sal de tu tierra, y de tu parentela (Gén. XII, 1). Vino a Palestina, estuvo en Habramio, estuvo en Geraris mucho tiempo; cuando le nació un hijo, Isaac, y había recibido la promesa, que en tu simiente serán bendecidas todas las naciones, tomó a Isaac, y lo ofreció a Dios, y se oyó una voz del cielo, perdona a tu hijo, y enseguida se escribe en el tiempo en que ofreció a su hijo, ¿qué dice Dios a Abraham? He aquí que ahora sé que temes al Señor tu Dios. ¿Tú que habías hablado tanto tiempo, ahora conociste a Abraham? Pero porque fue una gran fe al ofrecer a su hijo, por eso ahora primero comenzó Dios a conocerlo. ¿Por qué he dicho todo esto? porque está escrito, porque el Señor conoce el camino de los justos. Digamos también de otra manera: el camino, y la vida, y la verdad es Cristo: caminemos, por tanto, en Cristo, y nuestro camino lo conoce Dios Padre. Y el camino de los impíos perecerá. No dijo, los impíos perecerán; pero si hacen penitencia, también ellos serán salvados. En el tiempo en que el apóstol Pablo perseguía a Cristo, y a las Iglesias, era impío. Si, por tanto, los impíos perecerán, no se da lugar a la penitencia. Pero no dijo, los impíos perecerán, sino, el camino de los impíos perecerá. Esto es, perecerá la impiedad; no el impío, sino la misma impiedad; no perecerá el hombre que fue impío, sino que al hacer penitencia el hombre, perecerá la impiedad. Que Dios, por tanto, nos conceda esto, que no hagamos tres cosas, y hagamos dos; que seamos comparados al árbol de la vida, no seamos impíos, que se comparan al polvo; no seamos pecadores, porque los pecadores no resucitan en el consejo de los justos, y que el mal camino perezca: y bendigamos a Dios, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO V.

El quinto salmo está preanotado con este título. Al final, por la que obtiene la herencia, Salmo de David. Muchos piensan que los títulos no pertenecen a los salmos. Y no saben por qué lo estiman así. Si no se encontraran en los volúmenes hebreos, griegos y latinos, lo pensarían correctamente: pero ahora que se encuentran en los libros hebreos, y especialmente este título que está preanotado en el quinto salmo, me sorprende que quieran decir que algo en la Escritura está sin causa. Si una iota y un ápice no pasarán de la Ley, ¡cuánto más tantas palabras o sílabas! Al final, por la que obtiene la herencia, Salmo de David. La herencia no se promete al principio, sino al final del mundo. Los judíos pensaron que la obtendrían al principio, nosotros la obtenemos al final. De donde dice también el apóstol Juan: Hijitos, es la última hora (I Juan II, 18). En la última hora, por tanto, es el fin. Al final la herencia, al final por la que obtiene la herencia. ¿Quién es esta que obtiene la herencia? Me parece que es la Iglesia, ella es la que obtiene la herencia. El Salmo de David canta al principio, lo que la Iglesia recibirá al final. El quinto salmo, por tanto, es desde la persona de la Iglesia. Otros

interpretan muchas cosas, muchos dicen según la historia del pueblo de Israel, que quería regresar de Babilonia a Judea. Esto interpretan ellos, no han interpretado al final por la que obtiene la herencia. Nosotros, por tanto, comparando cosas espirituales con espirituales, con vuestras oraciones intentamos disertar este salmo desde la persona de la Iglesia.

SALMO VII.

A cada cosa se le asignan nombres, para que a través de los nombres se reconozcan las cosas. Así también los salmos están precedidos por títulos, para que a través de los títulos se entiendan los salmos. El quinto salmo está precedido por este título: "Al final, por la que obtiene la herencia". El sexto salmo tiene el título: "Al final, en himnos por la octava, salmo de David". En el quinto se dice "por la que obtiene la herencia", en el sexto se dice "por la octava". En el séptimo, porque también debe ser cantado bajo aleluya, ya que en ese otro domingo se leyó el sexto salmo, y nosotros, debido a la enfermedad, no pudimos interpretarlo, ahora se ha leído el séptimo salmo. Tiene el siguiente título: "Salmo de David que cantó al Señor por las palabras de Cusí, hijo de Jemini". Vean los misterios. ¿Acaso estas cosas están escritas sin razón? En el quinto se dice "por la que obtiene la herencia", en el sexto se dice "por la octava", en el séptimo se dice "por las palabras de Cusí, hijo de Jemini". Ven entonces cuántos misterios están entrelazados, "por la que obtiene la herencia". Porque en el quinto salmo discutimos, interpretando que el salmo fue cantado desde la perspectiva de la Iglesia, que ha obtenido la herencia de Cristo. El sexto salmo propiamente pertenece a la resurrección de Cristo, que es el día octavo. Nosotros tenemos tanto el primer día como el octavo día. En el octavo día recibimos el reino de los cielos. El octavo día después del sábado, el primero en el principio. Sería largo si quisiéramos hablar ahora sobre el número ocho. Porque hay ocho bienaventuranzas en Mateo: porque en el salmo ciento dieciocho cada letra tiene ocho versos: cómo hay quince salmos de grados, cómo son siete y ocho, cómo dice Eclesiastés, "da parte a siete, y también a ocho" (Ecles. XI, 2): cómo la puerta oriental en Ezequiel tiene siete escalones y ocho; sería largo decir cómo David es el octavo de los hijos de Isaí, quien recibió el reino. Esto es lo que ahora se dice "por la octava", porque en la octava recibimos el reino de los cielos, de donde dice: "Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira". Pero como no podemos interpretar dos salmos a la vez, nos basta con haber discutido sobre el título del sexto salmo. Ahora vayamos al comienzo del séptimo salmo que comienza así: "Salmo de David que cantó al Señor por las palabras de Cusí, hijo de Jemini". Sé que muchos, y ciertamente hombres muy eruditos, han interpretado este título de la siguiente manera: En el tiempo, dice, en que Absalón se levantó contra su padre David (les ruego que escuchen pacientemente, pues queremos interpretar las Escrituras, no declamar). En ese tiempo en que Absalón se levantó contra David, uno de los amigos de David llamado Cusí quiso ir con David, pero David lo envió de regreso a Absalón, para que frustrara los consejos de Ajitofel. En ese tiempo en que Ajitofel dio el consejo de que Absalón persiguiera inmediatamente a David desprevenido y lo matara: Cusí entonces dio consejo y frustró el consejo de Ajitofel, y él mismo envió un mensaje a David diciendo, "esto y esto prepara Absalón". Y David comenzó a huir y a prepararse; en ese tiempo en que Cusí envió palabras a David, David cantó este salmo al Señor, porque los consejos de Ajitofel fueron frustrados. Esto dicen ellos, y realmente lo han narrado razonablemente: pero leamos diligentemente las Escrituras, porque allí está escrito que este Cusí es hijo de Araquita. Allí ese Cusí se escribe con otra letra en el libro de los Reyes: allí Cus se escribe con SAMECII, pero aquí Cus se escribe con la letra SIN. Además, ese Cus es hijo de Araqui: de donde muchos griegos, sin saberlo, leen, Cusí amigo de David. Ven entonces que incluso en la lectura los griegos se equivocan. Es manifiesto entonces, según la regla de las Escrituras, que ese Cusí es hijo de Araqui, pero este Cusí se llama Jemini. Porque dijimos que ese Cusí era

hijo de Araqui, ¿quién es este Jemini? Y debemos, comparando cosas espirituales con espirituales, encontrar la regla de este nombre. ¿Dónde encontramos en las Escrituras, Jemini? No hay duda de que es una de las doce tribus, llamada Benjamín. Benjamín se interpreta como "hijo de la derecha". En el tiempo en que murió Raquel en Efrata (hemos visto con nuestros propios ojos la tumba, no buscamos ejemplos). En ese tiempo en que Raquel estaba muriendo, dio a luz, dice, a un niño, y las mujeres, o ella misma que estaba muriendo, lo llamaron Benoni, es decir, "hijo de mi dolor". Pero Jacob, el padre, cambió el dolor de la madre en gloria, y no lo llamó Benoni, es decir, "hijo de mi dolor", sino Benjamín, es decir, "hijo de la derecha", es decir, "de mi fuerza". Benjamín, por lo tanto, es un nombre compuesto de dos partes, de hijo y derecha. Ben se dice hijo, Jamin se dice derecha. Sepamos entonces que siempre la tribu de Benjamín se llama Jemini. Leemos en el libro de los Reyes, en el tiempo en que se escribe sobre Saúl, "Y he aquí, dice, un hombre de la tribu de Benjamín llamado Saúl, hijo, dice, de Cis, hijo de Abiel, hijo de Jetta, hijo de Jether, hijo de Jera, hijo de Jemini". E inmediatamente allí se dice "hombre Jeminaeo", es decir, de la tribu Jeminaea, es decir, de la tribu de Benjamín. Demos también otro testimonio para que no podamos dudar. Aquel Semei que en el monte de los Olivos en el tiempo en que David huía de su hijo Absalón, dice la Escritura: "Y he aquí, dice, Semei de la parentela de Saúl de la tribu de Benjamín. Y lanzaba piedras, dice, contra David, y decía: Sal, sal, hombre sanguinario". En ese tiempo cuando uno de sus capitanes llamado Abisai dice: "Iré, dice, y lo mataré", ¿qué le dice David? "¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Y he aquí, dice, el que ha salido de mis lomos lucha contra mí, ¿y os maravilláis si el hijo de Jemini, es decir, de la tribu de Benjamín, de la tribu de Saúl, que fue enemigo?" Todo esto, ¿por qué lo dije? Para mostrar que Jemini es la tribu de Benjamín. Dijimos qué es Benjamín, dijimos el nombre del padre, veamos qué es Cusí hijo de Jemini. Cus en lengua hebrea se interpreta como Etíope, es decir, negro y tenebroso. Tal como tiene el alma, así también el cuerpo, de quien dice Jeremías: "¿Puede el etíope cambiar su piel, o el leopardo sus manchas?" (Jer. XIII, 23). Por lo tanto, este Cusí significa a su enemigo Saúl, negro y etíope. Y dice esto, como el etíope no puede cambiar su piel: así tampoco este puede cambiar sus costumbres. Este vino a mis manos, pude matarlo, cuya sangre pude derramar: quise vencerlo con beneficio, pero su malicia no puede ser vencida. Porque así como el etíope no puede cambiar su piel, así tampoco su malicia puede cambiarse. Finalmente, ¿qué dice: "Señor Dios mío, si he hecho esto", es decir, si le he hecho algo malo. "Si hay iniquidad en mis manos, si he devuelto mal a los que me retribuyen mal". Vean lo que dice: Yo por los males devolví bienes, él por los bienes devolvió males. Es manifiesto entonces que el salmo es contra Saúl.

SALMO IX.

Jesús, hijo de Nave, luchaba en el desierto, y Moisés orando, vencía: uno luchaba, otro vencía en oración. Así también yo, según lo que está escrito, "abre tu boca y yo la llenaré": yo parezco hablar, pero son otros quienes, orando, me hacen hablar. El noveno salmo que ustedes cantaron al Señor, es grande en versos, grande en misterios. Como no podemos discutir sobre todo, basta por ahora hablar del título. Como no podemos entrar en la casa, pues es grande el palacio del rey, ni podemos conocer todos los misterios del rey, por ahora, como en el título de la casa, en el mismo vestíbulo, mostremos de quién es la casa. "Al final, por los ocultos del hijo, salmo de David". "Al final", lo que se dice, no pertenece a los judíos, sino a nosotros que hemos creído al final. Aquel es el hijo primero, nosotros los últimos. Nosotros, por lo tanto, que estamos al final, debemos escuchar este salmo, porque pertenece a aquellos que están al final. "Por los ocultos del hijo". ¿Cuáles son estos ocultos del hijo? El misterio que en todos los siglos pasados estuvo oculto, nos ha sido revelado al final. "Por los ocultos del hijo", en hebreo tiene otra cosa: en hebreo tiene ALMOTH, que se interpreta

como "por la muerte": al se dice "por", moth se dice "muerte". Por lo tanto, se dice por la muerte, por la muerte del hijo está escrito en hebreo. Vean entonces los Setenta Intérpretes que interpretaban para el rey gentil Ptolomeo, y era duro decir la muerte del hijo, pues sabían que se decía del Hijo de Dios. Veían que estaba escrito y sin embargo temían decir que el Hijo de Dios moriría. Esto por ahora sobre el título, y todo el salmo se dice sobre la muerte del Salvador.

Se dice de los judíos: "En la trampa que tendieron, quedó atrapado su pie": luego sobre la vocación de los gentiles, "todas las naciones que olvidan a Dios". Y finalmente contra el diablo: "no hay Dios ante sus ojos, se sienta al acecho con los ricos". Infelices ricos con quienes se sienta el diablo. Finalmente, vean lo que se dice del diablo, "se sienta al acecho con los ricos". Porque cualquiera que es rico, si no despoja al pobre, no puede ser rico, por eso dijo, "se sienta al acecho con los ricos". Siempre que los ricos persiguen a los cristianos, digamos: el diablo se sienta al acecho con los ricos.

Acecha para atrapar al pobre, atrapar al pobre mientras lo atrae. En su trampa lo humillará. Esto es el impío, esto es el diablo. Al pobre no solo en riquezas, sino también en espíritu, porque bienaventurados los pobres de espíritu. En su trampa lo humillará: ¿a quién? Se sobreentiende al pobre. Vean lo que se dice: Lo humillará, no lo matará: pero cuando humille al pobre, la humillación del pobre es la ruina del diablo. ¿Qué sigue? Se inclinará y caerá mientras domine a los pobres. ¿No les parece que el diablo en la persecución cuando mataba a los cristianos, cuando mataba a los mártires, en eso mismo se mataba al matar? ¿Se inclinará y caerá mientras domine a los pobres? El mártir asesinado va al cielo, aquel que mata se humilla y cae. Esto por ahora sobre el salmo brevemente discutido por los ocultos del hijo, y esto se dice en el Antiguo Testamento: porque en el Antiguo Testamento, del hijo se dice ocultamente, ahora en el Evangelio leamos claramente, de las manifestaciones del hijo.

SALMO LXXVIII.

Porque nos hemos hecho pobres: porque tú te hiciste pobre por nosotros, por eso también nosotros nos hemos hecho pobres. Oración del pobre cuando esté angustiado, y derrame su oración ante el Señor. Porque tú te hiciste pobre, siendo rico, y nosotros nos hemos hecho pobres: "Ayúdanos, Dios nuestro Salvador". En hebreo tiene: "Ayúdanos, Jesús nuestro": porque dondequiera que está el Salvador, en hebreo, tiene Jesús. Finalmente, Gabriel cuando vino a María, "Y lo llamarás, dice, Jesús, porque él salvará a su pueblo". Ayúdanos, Jesús nuestro. Vean lo que dice, "ayuda". Quien dice "ayuda", también intenta liberarse, pues no nos ayuda mientras dormimos, sino mientras trabajamos. Por la gloria de tu nombre, Señor, líbranos: porque tu nuevo nombre ha sido invocado sobre nosotros, que es bendecido entre las naciones: "Y perdona nuestros pecados por tu nombre". Tú Salvador, como Cristo, y nosotros cristianos, ten misericordia de nosotros por tu nombre.

Que entre en tu presencia el gemido de los prisioneros. Esto suelen decir quienes siguen las doctrinas de Orígenes, "el gemido de los prisioneros", es decir, de los ángeles, que están, dicen, encadenados en los cuerpos: porque así como si se pusieran grilletes en los pies, pesan sobre el cuerpo, y no permiten correr: así también nuestros cuerpos encierran las almas, es decir, los ángeles los pesan en la tierra. ¿Y con qué palabras lo aprueban? "¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. VII, 24). Y aquello que se dice, "Deseo disolverme y estar con Cristo. Regresar y estar con Cristo" (Filip. I, 23). Vean, dice, lo que dice el Apóstol. Cualquiera que dice, Deseo regresar: ciertamente dice allí donde antes estaba. Que entre en tu presencia el gemido de los prisioneros. Yo, sin embargo, simplemente, con simplicidad rústica y eclesiástica, te responderé así. Así respondieron los

apóstoles, así hablaron, no con palabras retóricas y diabólicas: "Porque es mejor regresar y estar con Cristo". Porque así tiene en griego, no tiene, "disolverme", sino "regresar". Regresar y estar con Cristo. Donde Adán, mi padre, estuvo, allí también deseo estar: de donde él fue expulsado, yo deseo regresar. En Adán todos fuimos expulsados del paraíso, que entre en tu presencia el gemido de los prisioneros.

¿Por qué no entender esto simplemente dicho de los mártires, que están encerrados en las cárceles? ¿Cuántos no fueron enviados a las minas? Yo digo que verdaderamente Dios escucha la voz de esos prisioneros.

Según la grandeza de tu brazo, posee a los hijos de los muertos. Todos nosotros (si es que lo merecemos) somos hijos de los mártires. El Apóstol cuando estaba en la cárcel, estaba encadenado: todos los apóstoles cuando estaban en las cárceles, estaban encadenados: todos los mártires que fueron asesinados, estaban encadenados en las cárceles. Por eso ahora se dice: "Posee a los hijos de los muertos". Devuelve a nuestros vecinos siete veces en su seno. Me parece que no ruega contra ellos, sino por ellos, es decir, dales tu sábado: el sábado se interpreta como descanso. Lo que dice es esto: haz que descansen en su malicia, o ciertamente de otra manera, devuélveles aquí, y no les devuelvas en el futuro.

Nosotros, en cambio, somos tu pueblo y las ovejas de tu prado. Donde dice ovejas, significa inocencia. Las ovejas no tienen más que al pastor. Te confesaremos por siempre. Te confesaremos, ya sea que hagamos penitencia, o ciertamente lo que es mejor, te glorificamos. De generación en generación, en el primer pueblo y en el segundo pueblo. Aunque según la historia se dice de otra manera en Ezequiel: sin embargo, según la comprensión espiritual decimos esto, porque estas dos naciones, es decir, dos varas se unen en Ezequiel, y se hace un solo reino. De generación en generación anunciaremos tu alabanza. Es la voz de los apóstoles. Pedro en el pueblo de la circuncisión; Pablo y Bernabé en las naciones.

SALMO CXXVII.

Bienaventurados todos los que temen al Señor. ¿Qué premio tienen los que temen al Señor, qué corona? Veamos qué alabanza tienen, qué premio. Bienaventurado eres, y te irá bien. Ya he hablado de la bienaventuranza, busco qué bienaventuranza es. ¿Qué bienaventuranza tiene quien teme al Señor? Tu esposa como vid fecunda, en los lados de tu casa. Tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa. Creo que con la ayuda de Cristo todos tememos a Dios. ¿Entonces no tenemos esta bienaventuranza? Porque está escrito, "quien teme al Señor", tiene esta bienaventuranza; "tu esposa como vid fecunda en los lados de tu casa; tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa". ¿Entonces quien tiene un hijo o dos, no es bienaventurado? ¿Qué dice, "tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa"? A menos que tengamos tantos hijos que rodeen nuestra mesa, ¿no tendremos la bienaventuranza de quien teme al Señor? Isaac no tuvo esta bienaventuranza, pues tuvo dos hijos, uno muy malo, Esaú, que hubiera sido mucho mejor si no hubiera nacido. Pero tuvo un hijo, Jacob: ¿entonces no tuvo bienaventuranza? Porque uno no podía rodear la mesa. ¿Entonces las vírgenes no temen a Dios? ¿Qué se dice, que quien teme al Señor entienda la bienaventuranza? "Tu esposa como vid fecunda en los lados de tu casa; tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa". Esta bienaventuranza no la tuvo Juan. Juan ciertamente, tanto el Evangelista como el Bautista: ambos fueron vírgenes. Esta bienaventuranza no la tuvo Pablo, quien dice: "Quisiera que todos fueran como yo" (I Cor. VII, 7). Ven entonces que la esposa y los hijos deben entenderse espiritualmente, de lo contrario, si no lo entendemos espiritualmente, los ángeles no tienen esta bienaventuranza, porque no tienen hijos. Regresemos entonces al orden de la lectura.

Bienaventurados todos los que temen al Señor. ¿Cómo puede alguien decir, "El Señor es mi parte", si no tiene otra parte en el mundo? De la misma manera, no teme a Dios quien teme algo fuera del Señor. Finalmente, el mismo Salvador dice: "No temáis a los que pueden matar el cuerpo; sino temed a aquel que puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno" (Mateo 10, 28). Por lo tanto, veis que quien teme algo fuera de Dios, no teme a Dios. ¿Qué señales tiene quien teme al Señor? Quien camina en sus caminos. Hay muchos caminos y muchos caminos conducen a un solo camino. Finalmente, se dice también en Jeremías: "Deteneos en los caminos del Señor, y preguntad por sus sendas eternas, y encontraréis el camino, y caminaréis por él" (Jeremías 6, 16). Ved lo que dice: deteneos en los caminos, y preguntad por los caminos eternos del Señor, y encontraréis un camino, y caminad por él. Ved cómo a través de muchos caminos llegamos a un solo camino. Esto se dice también en el Evangelio con otras palabras bajo otro significado en la parábola de aquel comerciante que tenía muchas perlas, quien las vendió y compró una perla preciosísima. Lo que dice es esto: tened muchas perlas, y deteneos en los caminos. Esto es, deteneos en los caminos, y preguntad por las sendas eternas del Señor. Hermosamente eternas, para que no pensemos que con la venida de Cristo, la Ley y los profetas han terminado. Pero ved lo que dice. Deteneos en los caminos, en la Ley y los profetas, y deteneos en los caminos. No creáis de tal manera en un solo camino, que abandonéis los muchos caminos; sino deteneos en los caminos, preguntad por las sendas eternas del Señor. Preguntad por las sendas del Señor, qué dijo Jeremías, Isaías, Ezequiel, qué dijeron los otros profetas. Preguntad por las sendas: se dice mejor en griego τρίβους; senda se dice porque ha sido pisada por el pie de los que caminan. Y lo que se dice es esto, preguntad por las sendas, esto es τρίβους, porque ciertamente el pie del Señor las ha pisado. Pues también el Señor caminó por ellas. Pero cuando hayas preguntado por las sendas eternas del Señor, y a través de esas sendas encontrarás un camino que dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", camina por él. Ved los misterios de las Escrituras, ved en las palabras simples de las Escrituras muchos sacramentos, en los caminos, en las sendas, en la Ley y los profetas. No dijo, Caminad, sino Deteneos. Deteneos, para que no abandonéis la Ley, ni los profetas. Sin embargo, cuando hayáis encontrado esos caminos, a través de estos caminos, en este único camino caminad.

Comerás el fruto de tus manos. Muchos, no entendiendo, han interpretado este lugar de otra manera: Comerás el fruto de tus frutos. Finalmente, los ejemplares latinos lo tienen así, comerás el fruto de tus frutos. Pero nosotros leemos en hebreo que está escrito así, comerás el fruto de tus manos. ¿Quién come el fruto de los frutos? Ciertamente debe entenderse al contrario, porque alguien come el fruto de sus labores, no el fruto de los frutos. Porque, por lo tanto, en hebreo está escrito así, comerás el fruto de tus manos. Yo creo que también en griego los Setenta Intérpretes han interpretado bien en este lugar; mano en lengua hebrea se dice JAD; pero en este lugar, no tienen JAD, sino CHAAPH; Chaaph se interpreta como καρπὸς, no καρπὸς, sino alguna parte de la mano; ya que καρπὸς se dice en griego APEPA. De esta manera hemos hablado de la interpretación. Comerás el fruto de tus manos. Cada uno cosechará lo que siembre. He aquí el hombre, y sus obras. Por lo tanto, también nosotros comeremos el fruto de nuestras manos. Alguien podría decir, entonces después de la resurrección comeremos. Esto se dice del hombre bienaventurado: Comerás el fruto de tus manos. Yo digo esto simplemente. Porque el hombre está compuesto de dos sustancias, esto es, de alma y cuerpo: el alma es inmortal, pero el cuerpo es mortal. Lo que es mortal, que tenga alimentos mortales. Pero lo que es inmortal, esto es, el alma que es inmortal, tiene alimentos inmortales. ¿Queréis saber que también el alma tiene sus alimentos? Dice el Señor y Salvador cuando tenía hambre. ¿Qué dice? Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió (Juan 4, 34). ¿Queréis saber qué alimentos tiene el alma? Nos dice también el

profeta: Gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo 33, 9). Porque así como el cuerpo, si no recibe sus alimentos, muere: así también el alma si no recibe alimentos espirituales, muere. Todo esto lo digo porque algunos suelen decir, No necesito la Sagrada Escritura, me basta con temer a Dios. Y esto lo decimos porque así como hay alimentos para el cuerpo, también hay alimentos para nuestra alma en las Sagradas Escrituras.

Tu esposa será como una vid fecunda en los lados de tu casa. Salomón dice que quiso tomar la sabiduría como esposa (Sabiduría 8, 2). Dice también en otro lugar sobre la Sabiduría: Ámala, y ella te abrazará. Rodéala y te protegerá (Proverbios 4, 6). Tomemos también nosotros a esta esposa, y tengámosla en nuestros abrazos. Nunca la dejemos salir de nuestro seno. Nunca huya de nuestras manos. Si siempre está en nuestro abrazo esta esposa, haremos de ella hijos; no hijas, sino hijos. Finalmente, aquí se dice, tus hijos serán como brotes de olivo alrededor de tu mesa. ¿Acaso no podía decir, tus hijas? ¿O no podía decir τὰ τέκνα σου, para que se entendieran tanto hombres como mujeres? Pero ved lo que dice, tus hijos. Quien tiene a la sabiduría como esposa no hace de ella hijas, sino hijos. No tiene nada blando, nada delicado, nada tierno, nada afeminado en su mente. ¿Creéis que los santos por otra razón no tuvieron hijas, sino hijos? Leamos el Génesis, pues allí se mantiene el orden de las generaciones. El santo Abraham tuvo a Sara como esposa; tuvo a Agar como concubina; después tuvo a Cetura. De dos esposas engendró hijos. No tuvo hijas. Vayamos a Isaac. E Isaac tuvo dos hijos, no tuvo hijas. Era santo y no tenía nada blando, ni tierno, ni afeminado en él, sino todo viril y rígido. El bienaventurado Jacob tuvo doce patriarcas como hijos. Y tuvo una hija llamada Dina, que se interpreta como causa de disputas, riña. Finalmente, tuvo una hija y doce hijos. Y por una hija surgieron tantas guerras en Siquem. Jacob nunca dijo, Temo, me habéis hecho odioso. Habla a Leví y Simeón, Leví y Simeón en su consejo no venga mi alma (Génesis 49, 6). ¿Por qué? Porque los hombres quisieron defender la causa de una mujer. Todo esto lo digo porque los santos no tienen hijas, sino solo hijos. Os digo algo nuevo, nuevo para los que no saben. Sin embargo, para los que leen las Escrituras, y las leen diligentemente, no es nuevo; sino lo que ya saben. Jacob tuvo doce hijos patriarcas, Rubén, Simeón, Judá, Leví, Isacar, Aser y los demás hasta el duodécimo. Leed en la Generación, y nunca encontraréis que de tantos doce patriarcas alguno haya tenido una hija, sino solo hijos. Os digo una cosa para que no lo olvidéis. Aser tuvo una hija llamada Sara. Jacob tuvo doce hijos y una hija. Así entre los doce patriarcas, un patriarca tuvo solo una hija. Todo esto lo digo para que debamos entender espiritualmente a los hijos e hijas en las Escrituras. Tu esposa será como una vid fecunda en los lados de tu casa. Así como una vid fecunda tiene muchos racimos, así también nuestra esposa, esto es, la sabiduría nuestra esposa, que es la novia. Finalmente, se escribe en otro lugar: Ven, hermana mía, esposa mía (Cantar de los Cantares 5, 1). Para que en lo que dijo, esposa, no entiendas algo vergonzoso, se añade hermana; para que todo amor impuro sea excluido. Ven, hermana mía, que sea un amor santo, y por eso te llamo hermana y esposa mía. Por eso te llamo esposa, para tener una esposa, y de ti hacer muchos hijos, muchos hijos como racimos de la vid. Así como la vid tiene diversos racimos. Y hay una sola raíz. Pero se extiende ampliamente aquí y allá, y esas ramas tienen sus frutos, y en esos frutos hay racimos, y un racimo es mayor, otro menor, unas uvas son más grandes, otras más pequeñas; así también de la sabiduría, que es nuestra esposa: si no la dejamos nunca, nacen más racimos, esto es, muchas virtudes; pensamientos santos, obras ilustres. Tus hijos serán como brotes de olivo alrededor de tu mesa. Leemos en otro lugar: Y el vino alegra el corazón del hombre (Salmo 104, 15). Leemos también en el Cantar de los Cantares: Venid, hermanos, bebed y embriagaos. Y el vino que alegra el corazón del hombre. Este vino no alegra el corazón del hombre; sino que lo abruma, y lo enloquece. Finalmente, se escribe, que los que son poderosos no beban vino (Proverbios 31, 4). Escribe también el Apóstol, que no debemos beber vino ni comer carne (Romanos 14). Nuevamente se nos dice:

Y el vino alegra el corazón del hombre. Pero se dice vino espiritual, que si alguien lo bebe inmediatamente se embriaga. Todos vosotros, para dejar vuestras posesiones, y vuestros padres, y vuestros hijos y parientes, bebisteis vino, y comenzasteis a enloquecer por Cristo. ¿No os parece que es embriaguez? ¿No os parece locura espiritual, despreciar las delicias, buscar la suciedad, huir de las ciudades, seguir los desiertos, desconocer los afectos, ignorar la cercanía de la carne, y solo conocer a Cristo? Finalmente, los apóstoles estaban embriagados con este vino, y por eso se les dice: Están llenos de mosto (Hechos 2, 13). No estaban embriagados con la Ley antigua, sino con el Evangelio. Por lo tanto, creo que Noé se embriagó con este vino. Tus hijos serán como brotes de olivo. No se comparan nuestros hijos con otra cosa que no sea brotes de olivo. No dijo olivo viejo, sino brotes de olivo. Así como allí sobre la embriaguez de los apóstoles, no se dice del vino viejo, sino del mosto: así también aquí se dice brotes de olivo, que todo verdea en la juventud del Evangelio. Brotes de olivo llenos de luz. El aceite tiene esta naturaleza, que condimenta los alimentos, que proporciona combustible a la luz, que restaura el cuerpo cansado por un largo camino al ungirlo casi al trabajo y la salud anteriores. Finalmente, quienquiera que esté cansado y es ungido, casi recupera su vigor anterior. ¿Creéis que sin razón ahora se dice vino y aceite? ¿No podría haberse dicho miel, no otras especias, no otro árbol, sino solo vid y olivo? Vino y aceite. En el vino austeridad, en el aceite misericordia. Finalmente, aquel que descendía de Jerusalén a Jericó, que había sido herido, el samaritano, esto es, el guardián, no le vertió nada más que vino y aceite. Vino la austeridad de los preceptos, vino típico; para que cualquier humor malo sea cocido y consumido. Pero como la fragilidad humana no puede soportar la verdad. Si miras las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién podrá sostenerse? (Salmo 129, 3). Si el Señor fuera solo justo, no podríamos vivir. Por eso a la justicia de él, esto es, al vino, se le añade el aceite de la misericordia.

He aquí que así será bendecido el hombre que teme al Señor. Ya hemos hablado mucho, apresurémonos al final. Que el Señor te bendiga desde Sion. De esta Sion y cómo dice otro profeta: Sion será arada como un campo (Jeremías 26, 18). Y el Señor dice: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados (Mateo 23, 37). Finalmente, cuando el Señor se acercó a Jerusalén y la vio, lloró. ¿Cuándo la lloró? Ciertamente la lloró porque iba a caer, como si fuera a perecer. Finalmente, ¿qué dice? Levantaos, vámonos de aquí. Y en otro lugar lo que dice: Vuestra casa os será dejada desierta. Por lo tanto, lo que dice, que el Señor te bendiga desde Sion, no dice esta Sion que vemos estar desierta. Las mismas puertas, y el mismo campo, y las mismas ruinas significan la ira del Señor. Aunque nosotros no lo sepamos, los mismos ojos claman la ira del Señor. Que el Señor te bendiga desde Sion. Sion se interpreta como atalaya. Jerusalén se interpreta como visión de paz. Si nuestra alma tiene una atalaya. Si está en lo alto. Si no piensa en las cosas terrenales, sino en las celestiales. Si nuestra alma tiene la visión de la paz, esto es, si Cristo, que es la verdadera paz, habita en ella: él nos bendice. Si Cristo habita en nosotros, también nosotros seremos Sion. Y nosotros seremos Jerusalén. Y verás a los hijos de tus hijos. Yo os hablo. Si con mi sermón os instruyo, veo a mis hijos: si vosotros instruís a otros, veo a los hijos de mis hijos. Oremos, pues, al Señor, para que tengamos hijos, tengamos nietos, y siempre tengamos mucha descendencia. Apresurémonos a hacer tales hijos. Esta es una unión santa. Os digo algo nuevo: sin el abrazo de una esposa nacen más tales hijos. Paz sobre Israel. Israel se interpreta como mente que ve a Dios. Ved, pues, lo que se dice paz sobre Israel. Sobre aquellos que tienen una mente que ve a Dios. Si mi mente tiene la visión de Dios, si siempre veo a Cristo, no veré a otros. Quien tiene a Cristo en sí, tiene en sí la paz. Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan 14, 27). Aunque haya muchas persecuciones, aunque haya muchos que persigan, sin embargo, en quien habita Cristo, él siempre tiene a Cristo; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 128.

Muchas veces me han combatido desde mi juventud, diga ahora Israel. Muchas veces me han combatido desde mi juventud. Se dicen dos cosas. Y muchas veces me han combatido, y desde mi juventud me han combatido. Por lo tanto, si en la mediana edad comienzo a servir al Señor, por ejemplo, a los cuarenta años, no puedo decir, me han combatido desde mi juventud. Pero ¿qué digo? me han matado desde mi juventud, me han herido desde mi juventud, me han pisoteado desde mi juventud. Pero quien desde la niñez comienza a servir al Señor: y muchas veces es combatido por el diablo y sus ángeles, y sin embargo no es vencido; ¿qué dice este? Muchas veces me han combatido desde mi juventud: pero no pudieron conmigo. Un atleta, a menos que compita legítimamente, no es coronado, a menos que reciba un golpe, a menos que tenga el rostro amoratado, a menos que la sangre fluya de su rostro. El moretón merece la corona, el dolor merece la alegría. Muchas veces me han combatido desde mi juventud. Diga este versículo la virgen del Señor. Diga el monje que desde una edad temprana comenzó a servir al Señor. Pero yo que a los cuarenta o cincuenta años comencé a servir al Señor, ¿cómo puedo decir: Muchas veces me han combatido desde mi juventud? Diga, pues, esto la virgen. Diga el monje íntegro de cuerpo y espíritu. Y ¿qué diga: Muchas veces me han combatido desde mi juventud? Diga alguien: Oh monje, ¿cómo te han combatido los demonios y el diablo? Parecían ser hombres los que combatían, pero yo en los hombres entendía al diablo. Cuando, pues, los persiguen los hombres, no nos enojemos con el perseguidor, sino compadezcámonos y lloremos por ellos: porque es otro quien persigue en los perseguidores. Si un endemoniado, que tiene un demonio, viene, y me da un puñetazo, y me golpea con el pie, ¿acaso me enojo con él? Él golpea con el puño, y yo lloro y lamento al que golpea. Veo que es peor golpeado por aquel que opera en él, que yo por su mano. Cuantas veces, pues, sufrimos algo, y soportamos algunas tentaciones, entendamos que es él y ellos, quienes nos generan tentaciones, en los hombres. Diga alguien: Asegura esto mismo con las Escrituras: porque no debemos hablar nada a menos que esté adornado y aprobado por las Escrituras. Judas fue traidor, pero Satanás entró en él, y él mismo traicionó en el traidor. La esposa de Potifar en el momento en que tomó a José, su siervo, la señora al siervo, la riquísima al pobre, la ciudadana al extranjero, ella tomaba a José, pero el santo varón en las manos de la mujer entendía que era el diablo quien lo retenía. Todo esto lo digo para que cuando suframos algo de los hombres, no nos enojemos con los hombres: sino que los lamentemos. Y veamos al insidioso que opera en ellos. Muchas veces me han combatido desde mi juventud: pero no pudieron conmigo. Me combatieron, en pensamientos impuros: me combatieron, en la ira. Yo accedí a los pensamientos; pero [quizás debería añadirse no] accedí a las tentaciones; pero hice algo que el pensamiento me compelía. Si la ira me venció, e hice daño a mi hermano, no puedo decir: Pero no pudieron conmigo. Pues pudieron conmigo.

Super dorsum meum fabricaron los pecadores. Presten atención cuidadosamente a lo que dice la Escritura. Es un santo atleta, y no es coronado sino quien ha competido legítimamente: pues sabéis que hay muchos tipos de atletas. Hay otros atletas: algunos son como los Pammacharii, otros compiten por días, y otros son corredores, es decir, los que corren en el estadio. Finalmente, el Apóstol también dice que corre para alcanzar la corona (I Cor. IX, 26). Y ¿qué se dice en otro lugar? Olvidando lo que queda atrás, me extiendo hacia lo que está adelante (Filip. III, 13). Mirad, pues, lo que dice la Escritura. Sobre mi espalda fabricaban los pecadores. Siempre corrí así, y corrí tanto, que mi adversario nunca me adelantó, sino que siempre se encontró detrás de mí. Nunca vino frente a mis ojos: pues no pudo soportar la luz de mis ojos; sino que siempre perseguía esa parte que es ciega, que no

tiene ojos. Sobre mi espalda fabricaban los pecadores. Siempre que alguien difama a los hermanos, este fabrica a sus espaldas. Sobre mi espalda fabricaban los pecadores, pero yo no veía sus insidias; ellos fabricaban a mis espaldas, y yo con mis ojos contemplaba el paraíso. Ellos me tendían trampas, y yo deseaba ver la corona. Prolongaron su iniquidad. ¿Qué dijo, prolongaron su iniquidad? Si yo peco, y después de mi pecado hago penitencia, mi iniquidad es breve y no larga. Pero si peco, cualquier día que peque, la cuerda de mis pecados se hará más larga. De donde se dice en otro lugar: Las cuerdas de los pecadores me rodearon (Sal. CXVIII, 61). Mira lo que dice, Las cuerdas de los pecadores me rodearon. Y en otro lugar está escrito: Cada uno será atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22). Mira lo que dice, cada uno será atado con las cuerdas de sus pecados. La cuerda de los pecados, a menos que tenga muchos pecados, no puede ser tejida. Si cometo un pecado, no es tanto una cuerda, como un solo hilo. Si es un solo hilo, se rompe rápidamente, y no puede sostener ni atar. Pero si hay muchos pecados y prolongan las iniquidades, de muchos pecados, como de muchos hilos, se hace una cuerda, y ata, y no se rompe rápidamente. ¿Por qué dije todo esto? Porque leemos en este versículo, prolongaron su iniquidad.

El Señor justo cortará las cervices de los pecadores. Mirad lo que dice, no dijo, cortará a los pecadores. Si hubiera dicho esto, nadie podría salvarse, todos somos pecadores. Pero ¿qué dice? El Señor justo cortará las cervices de los pecadores. Que son pecadores y también soberbios: porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes: por eso cortará las cervices de los pecadores.

SALMO CXXXI.

Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre. Muchos piensan que por lo que está escrito en el Evangelio, Ten piedad de nosotros, hijo de David (esto dicen los ciegos que estaban sentados en Jericó), este David, que se interpreta como fuerte de mano, se refiere al Señor Salvador. Pero en este salmo, si queremos referirlo, como ellos piensan, perjudica mucho a nuestra comprensión. Pues si lo que se dice, Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre, se refiere a Cristo, ¿cómo dice como de otro: Hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob? He aquí que lo oímos en Efrata, lo encontramos en los campos del bosque. Y ¿cómo se dice: Por amor de David, tu siervo, no apartes el rostro de tu ungido? Pues si, como piensan, Cristo es David, ¿cómo dice, por amor de David, tu siervo, no apartes el rostro de tu ungido? No tiene sentido. Pues si David se dice Cristo, así comenzamos a entender, por amor de Cristo tu siervo no apartes el rostro de tu ungido. Esto lo digo por aquellos que interpretan a David en este lugar como Cristo: No porque neguemos que Cristo se interprete como David según la calidad de los lugares; pero en este lugar el sentido no lo admite. Y os digo por qué se equivocan, porque está escrito: Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre. Y el Señor dice en el Evangelio: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Por cierto sentido; pero errando interpretan aquí a David como Cristo, y refieren su mansedumbre a Cristo. Nosotros, pues, interpretemos este salmo en David, para que el que nacerá de David sea verdaderamente entendido como Cristo. Finalmente, ved el orden, pues el salmo es grande, y ya hemos dicho mucho, debemos resumir brevemente los sentidos, no discutir más ampliamente: para que el oyente prudente, de lo que hemos dicho, también entienda por sí mismo lo que no decimos.

Como juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob. En hebreo no tiene ὡ, es decir, como, ni es así el sentido; sino que tiene ὸς, es decir, quien, y el sentido es: Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre, quien juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob. Y esto creo que no es tanto un error de los Setenta Intérpretes, como un error de los escribas.

Si entro en el tabernáculo de mi casa. David dice esto, no busco otro descanso sino el de Cristo, que ha de nacer de mi descendencia, es decir, el que prometiste, porque ha de nacer de mis lomos.

Si doy a mis ojos y a mis párpados sueño. Y descanso a mis tiempos, hasta que encuentre un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob. Muchos piensan que esto se dice de la Iglesia; pero a mí me parece que no se dice tanto de la Iglesia, como de Santa María. Finalmente se dice.

He aquí que lo oímos en Efrata, lo encontramos en los campos del bosque. Leamos las Escrituras sagradas, y día y noche examinemos cada sílaba y letra. Alguien podría decir de Efrata, aquí dijo Belén. Pues leemos en Génesis: Vino a Belén, es decir, Efrata. Esto se dice de Jacob cuando su esposa Raquel murió. Esto es, Efrata. Pero veamos por qué Efrata recibió el nombre. Pues está escrito en Crónicas, que María, hermana de Moisés y Aarón, tuvo un marido llamado Or: no Ur, sino Or (I Par. XI). Y después se describe el orden, y se dice: María, hermana de Moisés y Aarón, esta es Efrata. Esto está escrito en los libros de Crónicas. Buscad y encontraréis. Finalmente, también esta Efrata recibió el nombre. Quizás a alguien le parezca que no es verdad, porque es nuevo: pero lo remito a la autoridad del libro.

He aquí que lo oímos en Efrata. En hebreo no tiene ella, sino que tiene él, es decir, aquel que ha de nacer de la descendencia. Lo oímos en Efrata: lo que es el sentido de María. Pero también podemos entenderlo simplemente, ya que Efrata se llama Belén. Y Cristo nació en Belén. Feliz, pues, el lugar que tanto tiempo antes fue cantado con la voz de los profetas. Todos los lugares son ciertamente santos, venerables, y donde nació, y donde fue crucificado, y donde resucitó, y donde ascendió victorioso a los cielos; pero este lugar es propiamente más venerable. Mira cuánta misericordia de Dios, aquí nació un niño pequeño. Se coloca en un pesebre; pues no había lugar para ellos en el mesón. Oh monje, el Señor nace en la tierra, y no tiene una celda propia: no había lugar para ellos en el mesón. Toda la humanidad tiene un lugar: Cristo no encontró lugar entre los hombres. No lo encontró en Platón, no en Aristóteles, sino en un pesebre. Entre bestias y animales brutos y algunos simples e inocentes. De donde también dice el Señor en el Evangelio. Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos. Pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.

SALMO CXLI.

Inteligencia de David, cuando estaba en la cueva. Se prescribe oración. Este título es según la historia, cuando David huía de Saúl en el desierto de Engadi, escondido en la cueva. Y Saúl entró sin saberlo, como por su causa, pero como tiene en su prescripción, Inteligencia de David, debemos entender el salmo espiritualmente. Este salmo se toma también en el verdadero Señor David, y se entiende a Saúl en el diablo: la cueva, sin embargo, en este mundo. Y que el diablo no envía en este mundo nada bueno, sino estiércol, y si algo está podrido. La cueva se entiende como este mundo, porque no tiene luz perfecta en comparación con el futuro, sino que como alguna luz brilló el Señor viniendo a este mundo. Por eso dice el Apóstol: Quien es la luz de su gloria (Heb. I, 3). Así como David entró en la cueva escondiéndose de Saúl: así también el Señor entró en este mundo, y sufrió persecución.

Derramo ante él mi oración. Dijo más significativamente, derramo todo mi corazón ante el Señor: Como alguien que confiesa su herida al médico. Y le dice todas las pasiones que tiene, para que así le aplique cuidado. Mi tribulación la pronuncio ante él, es decir, la tribulación que el Apóstol enumera, que enumerada con las demás hace esperanza, y la esperanza no confunde.

Cuando desfallece en mí mi espíritu. Si no desfallece en nosotros el espíritu malo que asfixiaba a Saúl, no puede el Señor conocer nuestros caminos. ¿Cuáles son los caminos de los justos? Justicia, buenas obras, camino recto, castidad, continencia y otras cosas semejantes a estas.

En este camino en el que andaba, me escondieron un lazo. Los vicios están cerca de las virtudes. En cualquier camino que alguien quiera andar, en él ponen lazos. Ya sea en el ayuno, o en la limosna, o en las demás virtudes.

Miraba a la derecha, y veía, y no había quien me conociera. Si hacemos el salmo en Dios, el mismo Señor habla. Todos mis discípulos me abandonaron, y huyeron. Uno quedó, Pedro, que se prometió diciendo: Si es necesario morir por ti, no te abandonaré: y él mismo negó. Por eso dijo, Lo miraba a la derecha, y no dijo, a la izquierda, porque Pedro hizo penitencia.

Pereció la fuga de mí. Cuando fue capturado por los judíos. Y no hay quien busque mi alma. Pues todos clamaban: Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII).

Atiende a mi súplica, porque estoy muy humillado. Si alguien no está humillado, no es escuchado por el Señor. Pues ¿de qué sirve que alguien ore con palabras y tenga el cuello erguido? Pero si lo entendemos en el Señor: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

Líbrame de los que me persiguen, porque son más fuertes que yo. Los que luchan contra nosotros son más fuertes que nosotros, es decir, los príncipes de este mundo.

Saca mi alma de la prisión, para confesar tu nombre. Es decir, de este cuerpo. Para confesar, es decir, para glorificar. Como dice; Te confieso, Padre.

Me esperan los justos, hasta que me recompenses. El Señor dice: Me esperan los apóstoles, hasta que resucite de los muertos.